

Michael Bar-Zohar
Nissim Mishal

Las grandes operaciones del MOSSAD

se



El Mossad es considerado, por muchos de los que lo admiran o lo temen, el mejor servicio de inteligencia del mundo. Es también el más enigmático y, quizá por ello, el que despierta mayor fascinación. Este libro desvela las operaciones más peligrosas en los más de sesenta años de historia del Mossad, entre ellas la captura de Adolph Eichmann, la destrucción de Septiembre Negro o la eliminación de científicos clave del programa nuclear iraní.

Nadie hasta ahora había desvelado hasta tal punto los secretos del Mossad. A través de una exhaustiva investigación y entrevistas exclusivas con líderes israelíes y agentes del servicio de inteligencia, los autores recrean las misiones con increíble detalle y con un lenguaje vivo y directo que atrapa al lector como si de una espectacular novela de espías se tratara. Pero a la vez el libro se convierte en un auténtico manual de historia contemporánea y de las fuerzas ocultas que mueven el mundo.



Michael Bar-Zohar & Nissim Mishał

Las grandes operaciones del Mossad

ePub r1.0

Titivillus 31.08.2019

Título original: *Mossad. The Greatest Missions of the Israeli Secret Service*

Michael Bar-Zohar & Nissim Mishal, 2012

Traducción: Ana Herrera

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



Índice

Introducción. Solo en la guarida del león

1. El rey de las sombras
2. Funerales en Teherán
3. Un ahorcamiento en Bagdad
4. Un topo soviético y un cadáver en el mar
5. «Ah, ¿eso? Es el discurso de Krushev...»
6. «¡Traed a Eichmann vivo o muerto!»
7. ¿Dónde está Yossele?
8. Un héroe nazi al servicio del Mossad
9. Nuestro hombre en Damasco
10. «¡Yo quiero un MiG-21!»
11. Los que nunca olvidarán
12. La búsqueda del Príncipe Rojo
13. Las vírgenes sirias
14. «¡Hoy estaremos en guerra!»
15. Una dulce trampa para el espía atómico
16. El súper cañón de Saddam
17. Fiasco en Ammán
18. Desde Corea del Norte con amor
19. Amor y muerte al atardecer
20. Las cámaras iban grabando
21. Desde la tierra de la reina de Saba

Epílogo. ¿Guerra con Irán?

Agradecimientos

Bibliografía y fuentes

Ilustraciones

Sobre los autores

Por los héroes desconocidos,
las batallas nunca contadas,
los libros no escritos,
los secretos no revelados
y por un sueño de paz nunca abandonado y nunca olvidado.

MICHAEL BAR-ZOHAR

Para Amy Korman, por su consejo y su inspiración y por ser mi firme apoyo.

NISSIM MISHAL

INTRODUCCIÓN

Solo en la guarida del león

El 12 de noviembre de 2011, una tremenda explosión destruyó una base secreta de misiles junto a Teherán, mató a diecisiete guardias revolucionarios y redujo docenas de misiles a un montón de hierros carbonizados. El general Hassan Tehrani Moghaddam, «padre» de los misiles Shehab de largo alcance y hombre al cargo del programa de misiles de Irán, murió en la explosión. Pero el objetivo secreto de aquella bomba no era Moghaddam, sino un cohete de combustible sólido capaz de transportar un misil nuclear a más de nueve mil kilómetros de distancia, desde los silos subterráneos de Irán hasta territorio estadounidense.

El nuevo misil planeado por los líderes de Irán pretendía doblegar ante ellos las principales ciudades norteamericanas y transformar Irán en una potencia mundial dominante. La explosión de noviembre retrasó varios meses ese proyecto.

Aunque el objetivo del nuevo misil de largo alcance era Estados Unidos, lo más probable es que las explosiones que destruyeron la base iraní las preparara el servicio secreto israelí: el Mossad. Desde su creación hace más de sesenta años, el Mossad ha actuado con valentía y en secreto contra todos los peligros que amenazan Israel y Occidente, y ahora, más que nunca, la información de inteligencia obtenida mediante el espionaje y las diversas operaciones afecta a la seguridad norteamericana, tanto dentro como fuera de sus fronteras.

En este mismo momento, según fuentes extranjeras, el Mossad se enfrenta a la cruda y explícita amenaza de los líderes iraníes de borrar Israel del mapa. Se cree que el Mossad está llevando a cabo una persistente guerra en la sombra mediante el sabotaje de instalaciones nucleares, el asesinato de científicos y el suministro de equipo y materias primas defectuosas a las fábricas a través de empresas falsas; asimismo, organiza desertiones de oficiales de alto rango del ejército y de figuras importantes de la investigación

nuclear, e introduce virus devastadores en los sistemas informáticos de Irán, todo ello con el objetivo de combatir la amenaza de un Irán con armas nucleares y lo que eso supondría para Estados Unidos y el resto del mundo. Aunque el Mossad ha retrasado varios años la creación de la bomba nuclear iraní, su combate encubierto está alcanzando su punto álgido antes de emplear medidas de último recurso, como un ataque militar.

En su lucha contra el terrorismo desde los años setenta, el Mossad ha capturado y eliminado a muchos terroristas importantes en sus refugios de Beirut, Damasco, Bagdad y Túnez, así como en sus puestos de combate en París, Roma, Atenas y Chipre. El 12 de febrero de 2008, según los medios de comunicación occidentales, agentes del Mossad tendieron una emboscada y mataron a Imad Mughniyeh, líder militar de Hezbolá en Damasco. Mughniyeh era enemigo jurado de Israel, pero también el número uno de la lista de los «más buscados» por el FBI: planeó y ejecutó la masacre de 241 marines de Estados Unidos en Beirut y dejó tras de sí un rastro sangriento de cientos de muertos norteamericanos, israelíes, franceses y argentinos. Ahora mismo, los líderes de la Yihad islámica y de Al Qaeda son perseguidos por todo Oriente Medio.

Y sin embargo, cuando el Mossad advirtió a Occidente de que la Primavera Árabe podía convertirse en el Invierno Árabe, nadie pareció escucharle. A lo largo de 2011, Occidente recibió con ilusión lo que parecía el amanecer de una nueva era de democracia, libertad y derechos humanos en Oriente Medio, y con la esperanza de obtener la aprobación de los egipcios, presionó al presidente Mubarak, su mejor aliado en el mundo árabe, para que dimitiera. Pero las primeras multitudes que irrumpieron en la plaza de Tahrir, en El Cairo, quemaron la bandera estadounidense; a continuación, atacaron la embajada israelí, exigieron el fin del tratado de paz con Israel y arrestaron a activistas de ONG norteamericanas. Las elecciones libres en Egipto han llevado al poder a los Hermanos Musulmanes, y hoy en día Egipto se agita al borde de la anarquía y la catástrofe económica. Un régimen fundamentalista islámico está echando raíces en Túnez, y es más que probable que en Libia ocurra lo mismo. Yemen es un caos. En Siria, el presidente Assad está masacrando a su propio pueblo. Las naciones más moderadas, como Marruecos, Jordania, Arabia Saudita y los emiratos del Golfo Pérsico, se sienten traicionadas por sus aliados occidentales. La esperanza de que se respetasen los derechos humanos, se reconocieran los derechos de las mujeres y se promulgaran leyes democráticas, que gobernó e inspiró esas revoluciones

que han hecho época, ha quedado barrida por los partidos religiosos fanáticos, mejor organizados y más conectados con las masas.

Este Invierno Árabe ha convertido Oriente Medio en una bomba de relojería que amenaza al pueblo israelí y sus aliados en el mundo occidental. A medida que la historia sigue su curso, las tareas del Mossad son cada vez más arriesgadas, pero también más vitales para Occidente. El Mossad parece la mejor defensa contra la amenaza nuclear iraní, contra el terrorismo, contra lo que pueda surgir del caos de Oriente Medio. Y lo más importante de todo: el Mossad es la última barrera antes de la guerra abierta.

La fuerza vital del Mossad son sus guerreros anónimos, hombres y mujeres que arriesgan sus vidas, que viven apartados de sus familias bajo identidades falsas y llevan a cabo atrevidas operaciones en países enemigos donde el menor error puede llevar a su arresto, tortura o muerte. Durante la guerra fría, el peor destino posible de un agente secreto capturado en el bloque occidental o comunista era ser intercambiado por otro agente en un puente neblinoso y frío de Berlín. Ruso o norteamericano, británico o de Alemania del Este, el agente sabía que no estaba solo, que siempre habría alguien que podía hacerle volver del frío. Pero para los solitarios guerreros del Mossad no hay intercambios ni puentes neblinosos: pagan su audacia con su vida.

En este libro sacamos a la luz las misiones más importantes y los héroes más valerosos del Mossad, así como los errores y fallos que más de una vez han empañado la imagen de la agencia y sacudido sus mismos cimientos. Esas misiones han moldeado el destino de Israel y en muchos sentidos el del mundo. Si hay algo que comparten todos los agentes del Mossad es un profundo e idealista amor a su país, una devoción total a su existencia y supervivencia, una disposición total a asumir los riesgos más dramáticos y enfrentarse a los máximos peligros por el bien de Israel.

CAPÍTULO UNO

El rey de las sombras

A finales del verano de 1971, una violenta tormenta azotaba el litoral mediterráneo y olas de gran altura batían las costas de Gaza. Prudentemente, los pescadores árabes locales se quedaron en tierra: aquél no era un buen día para enfrentarse al traicionero mar. Pero de repente vieron con asombro que del rugiente oleaje surgía un barquito destartado que encallaba pesadamente en la arena húmeda. Unos cuantos palestinos, con la ropa y las kufiyas arrugadas y empapadas, saltaron al mar y fueron vadeando hasta la orilla. Su rostro sin afeitar mostraba la fatiga de un largo viaje por mar, pero no se entretuvieron a descansar: huían para salvar la vida. En el mar encrespado apareció entonces un torpedero israelí tripulado por soldados vestidos con uniforme de combate, y los persiguió a toda velocidad. A medida que se aproximaban a la costa, los soldados saltaban al agua poco profunda y abrían fuego contra los palestinos que huían. Un par de jóvenes de Gaza, que jugaban en la playa, corrieron hacia los palestinos y los condujeron hasta la seguridad de un huerto cercano; los soldados israelíes perdieron su pista, pero siguieron registrando la playa.

Ya avanzada la noche, un joven palestino con un Kalashnikov se introdujo a hurtadillas en el huerto para investigar y encontró a los fugitivos juntos y acurrucados en un rincón.

—¿Quiénes sois, hermanos? —preguntó.

—Miembros del Frente Popular de Liberación de Palestina —le respondieron—. Del campo de refugiados de Tiro, en Líbano.

—*Marhaba*, bienvenidos —dijo el joven.

—¿Conoces a Abu-Seif, nuestro comandante? Nos ha enviado a reunirnos con los comandantes del Frente Popular en Beit Lahia —un bastión terrorista al sur de la franja de Gaza—. Tenemos dinero y armas, y queremos coordinar nuestras operaciones.

—Yo os ayudaré —contestó el joven.

A la mañana siguiente, varios terroristas armados escoltaron a los recién llegados a una casa aislada dentro del campo de refugiados de Jabalia, los acompañaron hasta una sala grande y les invitaron a sentarse a la mesa. Poco después entraban los comandantes del Frente Popular con los que esperaban reunirse. Intercambiaron cálidos saludos con sus hermanos libaneses y se sentaron frente a ellos.

—¿Podemos empezar? —preguntó un joven robusto, ya algo calvo, que llevaba una kufiya roja y que parecía el líder del grupo libanés—. ¿Estamos todos?

—Todos.

El libanés levantó la mano y miró su reloj. Era una señal convenida de antemano. De repente, los «enviados libaneses» sacaron las pistolas y abrieron fuego. En menos de un minuto, los terroristas de Beit Lahia estaban muertos. Los «libaneses» salieron corriendo de la casa y enfilaron las tortuosas callejuelas del campamento de Jabalia y las atestadas calles de Gaza, y pronto cruzaron hacia territorio israelí. Aquella misma noche el hombre de la kufiya roja, el capitán Meir Dagan, comandante del comando secreto Rimon de las Fuerzas de Defensa de Israel (FDI), informó al general Ariel (*Arik*) Sharon de que la operación Camaleón había sido un éxito. Todos los líderes del Frente Popular de Beit Lahia, un grupo terrorista letal, habían muerto.

Dagan tenía sólo veintiséis años y era ya un luchador legendario. Él mismo había planeado toda la operación: fingir que eran terroristas libaneses, acercarse por mar en una barca vieja desde Ashdod, un puerto de Israel, esconderse durante una larga noche, la reunión con los líderes terroristas y la ruta de huida después de la operación. Incluso había organizado la falsa persecución del torpedero israelí. Dagan era especialista en guerrillas, un hombre atrevido y creativo que no se sometía a las normas convencionales. En una ocasión, Isaac Rabin dijo: «Meir tiene la increíble habilidad de inventar operaciones antiterroristas que parecen películas».

El futuro jefe del Mossad, Dany Yatom, recordaba a Dagan cuando era un joven robusto, con una poblada mata de pelo castaño, que se presentó voluntario para unirse al comando israelí más prestigioso, el Sayeret Matkal, y sorprendió a todo el mundo con su habilidad para lanzar el cuchillo. Podía acertar de pleno en el objetivo que quisiera con su enorme cuchillo de

comando. Pero aunque era un excelente tirador no pasó los exámenes del Sayeret Matkal y tuvo que contentarse inicialmente con las alas plateadas de los paracaidistas.

A principios de los años setenta fue enviado a la franja de Gaza, conquistada por Israel en la guerra de los Seis Días de 1967, y que desde entonces se había convertido en un avispero de actividad terrorista. Los terroristas palestinos mataban israelíes a diario, tanto en la franja de Gaza como en Israel, con bombas, explosivos y armas de fuego; el FDI había perdido totalmente el control sobre los violentos campos de refugiados. El 2 de enero de 1971, cuando los encantadores hermanos Arroyo (Avigail, de cinco años, y Mark, de ocho) volaron en pedazos al arrojar un terrorista una granada a su coche, el general Ariel Sharon decidió que había que poner fin a aquella sangrienta masacre. Reclutó a algunos amigos de su juventud, curtidos en mil combates, y a varios soldados jóvenes con talento. Uno de ellos era Dagan, un joven bajo, de rostro redondo y bastante robusto, que cojeaba un poco tras haber pisado una mina terrestre en la guerra de los Seis Días. Mientras se recuperaba en el hospital de Soroka, en Beer-Sheva, se enamoró de la enfermera que le cuidaba, Bina, y ambos se casaron tras su recuperación.

Oficialmente, la unidad de Sharon no existía. Su misión era destruir las organizaciones terroristas de Gaza usando métodos arriesgados y poco convencionales. Dagan solía pasear por la Gaza ocupada con un bastón, un dóberman, varias pistolas, revólveres y metralletas. Algunos aseguraban que le habían visto disfrazado de árabe, montado tranquilamente en un burro por las traicioneras callejuelas de Gaza. Su dolencia no enfriaba su decisión de llevar a cabo las operaciones más peligrosas. Su punto de vista era muy sencillo: «Ellos son el enemigo, malos árabes que quieren matarnos, de modo que tenemos que matarlos nosotros primero a ellos».

Dentro de la unidad, Dagan creó el primer comando secreto israelí, Rimon, que operaba bajo apariencia árabe en lo más profundo de los bastiones enemigos. Para poder moverse libremente entre las multitudes árabes y llegar a sus objetivos sin ser detectados, tenían que actuar disfrazados. Pronto les empezaron a conocer como «el equipo de Arik», y los rumores aseguraban que a menudo mataban a los terroristas capturados a sangre fría. A veces, se decía, llevaban a un terrorista a un callejón y le decían: «Tienes dos minutos para escapar», y cuando lo intentaba, lo mataban a tiros. A veces dejaban un puñal o una pistola olvidados, y cuando el

terrorista iba a cogerlos, lo mataban al instante. Los periodistas decían que cada mañana Dagan salía al campo y mientras usaba una mano para orinar, con la otra disparaba a una lata de Coca-Cola vacía. Dagan rechazaba tales afirmaciones. «A todos nos adjudican leyendas —dijo—, pero algunas de las cosas que han escrito son sencillamente falsas».

La pequeña unidad de comandos israelíes estaba empeñada en una guerra dura, cruel, y sus miembros arriesgaban a diario sus propias vidas. Casi cada noche, la gente de Dagan se disfrazaba de mujer o de pescador y seguía buscando terroristas conocidos. A mediados de enero de 1971, disfrazados de terroristas árabes en el norte de la franja, atrajeron a unos miembros de Fatah a una emboscada y en el tiroteo que siguió éstos acabaron muertos. El 29 de enero de 1971, esta vez de uniforme, Dagan y sus hombres viajaban en dos *jeeps* por las afueras del campo de Jabalia. Al cruzarse con un taxi, Dagan reconoció entre sus pasajeros a un notorio terrorista, Abu Nimer, ordenó detener los jeeps y sus soldados rodearon el taxi. Dagan se acercó y en aquel momento Abu Nimer salió empuñando una granada de mano. Mirando a Dagan, tiró de la anilla. «¡Granada!», gritó Dagan, pero en lugar de echarse a correr para ponerse a cubierto, saltó hacia el hombre, lo agarró y le arrancó la granada de la mano. Por esa acción fue recompensado con la Medalla al Valor. Se asegura que después de arrojar a un lado la granada, Dagan mató a Abu Nimer con sus propias manos.

Años más tarde, en una de las escasas entrevistas que concedió, en este caso al periodista israelí Ron Leshem, Dagan dijo:

Rimon no era un grupo de ataque. [...] Aquello no era el salvaje Oeste, donde todo el mundo tenía el gatillo fácil. Nunca hicimos daño a mujeres y niños [...]. Atacábamos a personas que eran violentos asesinos, y así disuadíamos a otros. Para proteger a los civiles, el Estado a veces debe hacer cosas que son contrarias a la conducta democrática. Es cierto que, en unidades como la nuestra, los límites acaban siendo difusos. Por eso debes estar seguro de que tu gente sea la mejor. Los actos más sucios deben llevarlos a cabo los hombres más honrados.

Fueran sus actos democráticos o no, Sharon, Dagan y sus colegas eliminaron en gran medida el terrorismo en Gaza, y durante años la zona permaneció tranquila y pacífica. Algunos aseguran que Sharon dijo de su leal colaborador, medio en broma: «La especialidad de Meir es separar la cabeza de un árabe de su cuerpo».

Sin embargo, pocos conocían al auténtico Dagan. Había nacido con el nombre de Meir Huberman en 1945, en un vagón de ferrocarril a las afueras de Herson, en Ucrania, mientras su familia escapaba de Siberia a Polonia. La

mayor parte de su familia pereció en el Holocausto. Meir emigró a Israel con sus padres y se crió en un barrio pobre de Lod, una antigua ciudad árabe unos 24 kilómetros al sur de Tel Aviv. Muchos sabían que era un luchador infatigable, pero pocos conocían sus pasiones secretas: ávido lector de libros de historia, vegetariano, le encantaba la música clásica y sus aficiones eran pintar y esculpir.

Desde muy temprana edad se sintió acosado por el terrible sufrimiento de su familia y de los judíos durante el Holocausto y dedicó toda su vida a la defensa del recién nacido Estado de Israel. Mientras iba ascendiendo en la jerarquía del ejército, lo primero que hacía en cada nueva oficina donde le destinaban era colgar en la pared una foto ampliada de un viejo judío, envuelto en su chal de plegarias, arrodillado frente a dos oficiales de las SS, uno con un bate de béisbol y el otro con una pistola. «Ese anciano es mi abuelo —les decía Dagan a los visitantes—. Cuando miro esa foto sé que debemos ser fuertes y defendernos, para que el Holocausto no vuelva a repetirse nunca».

El anciano era de verdad el abuelo de Dagan, Ber Ehrlich Slushni, que fue asesinado en Lukov unos segundos después de que se tomara aquella foto.

Durante la guerra de Yom Kippur, en 1973, Dagan fue de los primeros israelíes en cruzar el canal de Suez con una unidad de reconocimiento. En la guerra del Líbano, en 1982, entró en Beirut a la cabeza de su brigada acorazada. Pronto se convirtió en comandante de la zona de seguridad del sur del Líbano, y allí el audaz guerrillero salió de nuevo del almidonado uniforme de coronel y resucitó el recurso del secreto, el camuflaje y el engaño de sus días de Gaza. Sus soldados dieron con un nombre nuevo para su jefe secreto: le llamaban «el rey de las sombras». La vida en Líbano, con sus alianzas secretas, traiciones, crueldades y guerras fantasma, ocupaba un lugar importante en su corazón. «Antes de que mi brigada acorazada entrase en Beirut —decía—, yo ya conocía bien esa ciudad». Y cuando terminó la guerra, no abandonó sus aventuras secretas. En 1984 fue reprendido oficialmente por el jefe del Estado Mayor Moshe Levy por haber entrado, disfrazado de árabe, en el cuartel general de los terroristas en Bhamdoun.

Durante la intifada (la rebelión palestina de 1987-1993), Dagan fue trasladado a Cisjordania como consejero del jefe del Estado Mayor, Ehud Barak, y allí volvió a recuperar sus viejas costumbres e incluso convenció a Barak de que se uniera a él. Los dos se vestían con chándal, como corresponde a unos auténticos palestinos, cogían un Mercedes azul celeste

con matrícula local e iban a dar paseos por la traicionera *kasbah* de Nablus. A su vuelta, aterrorizaban y luego dejaban sorprendidos a los centinelas del cuartel general militar, una vez éstos reconocían quién iba sentado en el asiento delantero.

En 1995 Dagan, por entonces general de división, dejó el ejército y, junto con su colega Ben-Hanan, emprendió un viaje en motocicleta por las llanuras asiáticas que iba a durar 18 meses. El viaje se suspendió tras recibir la noticia del asesinato de Isaac Rabin. De vuelta en Israel, Dagan pasó algún tiempo a la cabeza de la autoridad antiterrorista, hizo un intento desganado de dedicarse al mundo de los negocios y ayudó a Sharon en su campaña electoral con el Likud. Luego, en 2002, se retiró a su hogar en el campo, en Galilea, con sus libros, sus discos, su paleta y su cincel de escultor.

Treinta años después de Gaza, como general retirado, empezaba a dedicarse a su familia («de repente me desperté y mis hijos ya eran mayores») cuando recibió una llamada de su antiguo colega, ahora primer ministro, Arik Sharon. «Quiero que te pongas a la cabeza del Mossad —le pidió Sharon a su amigo, que entonces contaba cincuenta y siete años—. Necesito un jefe del Mossad con un cuchillo entre los dientes».

Era 2002, y el Mossad estaba perdiendo fuelle. En los años anteriores, varios fracasos habían asestado graves golpes a su prestigio: el fiasco del plan de asesinar a un importante líder de Hamás en Ammán, muy publicitado, y la captura de agentes israelíes en Suiza, Chipre y Nueva Zelanda habían dañado gravemente la reputación del Mossad. Su último jefe, Efraim Halevy, no estaba a la altura de las expectativas. Antiguo embajador ante la Unión Europea en Bruselas, se trataba de un buen diplomático y analista, pero no era un líder ni un combatiente. Sharon quería poner a la cabeza del Mossad a un líder creativo y audaz, que supusiera un arma formidable contra el terrorismo islámico y el reactor nuclear iraní.

Dagan no fue bienvenido en el Mossad. Era un desconocido, centrado sobre todo en las operaciones, y nunca se había preocupado demasiado por el análisis de la información o por los intercambios diplomáticos secretos. Varios oficiales de alto rango del Mossad dimitieron como protesta, pero a Dagan no le importó demasiado. Reconstruyó las unidades de operación, estableciendo íntimas relaciones de trabajo con los servicios secretos extranjeros, y se ocupó personalmente de la amenaza iraní. Cuando tuvo lugar la segunda y desastrosa guerra del Líbano, en 2006, fue el único líder israelí que puso objeciones a la estrategia basada en bombardeos masivos por parte

de las Fuerzas Aéreas. Creía más en una ofensiva por tierra y dudaba de que las Fuerzas Aéreas fueran capaces de ganar la guerra, y por lo que salió de la guerra sin tacha.

Aun así, fue muy criticado por la prensa por la dura actitud que mostraba hacia sus subordinados. Algunos oficiales del Mossad, resentidos tras haber sido despedidos, acudieron con sus quejas a los medios de comunicación, y Dagan se encontró bajo un bombardeo constante. «¿Quién es ese Dagan?», escribió un popular columnista.

Y de repente, un día, los titulares cambiaron: los periódicos publicaban diariamente artículos halagüeños, cargados de elogios superlativos, alabando al «hombre que restauró el honor del Mossad».

Bajo el control de Dagan, el Mossad había logrado lo que hasta entonces resultaba inimaginable: el asesinato del loco asesino de Hezbolá Imad Mughniyeh en Damasco, la destrucción del reactor nuclear sirio, la liquidación de los líderes terroristas clave de Líbano y Siria y, lo más extraordinario de todo, una campaña implacable, constante y productiva contra el programa de armas nucleares secretas de Irán.

CAPÍTULO DOS

Funerales en Teherán

El 23 de julio de 2011, a las cuatro y media de la tarde, dos pistoleros montados en moto aparecieron en la calle Bani Hashem, en el sur de Teherán, sacaron unas armas automáticas de sus cazadoras de cuero y dispararon a un hombre que estaba a punto de entrar en su casa. Desaparecieron después del asesinato, mucho antes de que llegase la policía. La víctima era Dariush Rezaei-Nejad, un profesor de Física de 35 años, importante figura en el programa secreto de armamento nuclear de Irán y encargado de desarrollar los dispositivos electrónicos necesarios para activar una cabeza nuclear.

Rezaei-Nejad no era el primer científico iraní que había sucumbido a una muerte violenta en los últimos tiempos. Oficialmente, Irán estaba desarrollando tecnología nuclear para fines pacíficos y aseguraban que el reactor de Bushehr, una fuente de energía importante construida con ayuda rusa, era la prueba de sus buenas intenciones. Pero, además del reactor de Bushehr, se descubrieron otras instalaciones nucleares clandestinas, todas ellas fuertemente custodiadas y virtualmente inaccesibles. Con el tiempo, Irán tuvo que admitir la existencia de algunos de esos centros, aunque negaba que en ellos se construyesen armas. Pero por aquel entonces los servicios secretos occidentales y las organizaciones locales clandestinas habían señalado a diversos científicos importantes de universidades iraníes destinados a construir la primera bomba nuclear iraní. En Irán, lo que sólo se podría describir como «grupos desconocidos» estaban librando una guerra brutal para detener el programa secreto de armas nucleares.

El 29 de noviembre de 2010, a las siete cuarenta y cinco de la mañana, en el norte de Teherán, apareció una moto por detrás del coche del doctor Majid Shahriyari, el jefe científico del proyecto nuclear de Irán. Al adelantar al coche, el motorista, que llevaba el casco puesto, adhirió un dispositivo al parabrisas posterior del vehículo. Unos segundos después aquel dispositivo explotó y mató al físico, de cuarenta y cinco años de edad, e hirió a su mujer.

Simultáneamente, en la calle Atashi, al sur de Teherán, otro motorista hacía lo mismo con el Peugeot 206 del doctor Fereidoun Abassi-Davani, otro importante científico nuclear. La explosión hirió a Abassi-Davani y a su mujer.

El gobierno iraní señaló de inmediato al Mossad. El papel que esos dos científicos jugaban en el proyecto de armas atómicas de Irán estaba velado por el secreto, pero Ali Akbar Salehi, jefe del proyecto, declaró que el ataque había convertido a Shahriyari en un mártir y había privado a su equipo de su «flor más preciada».

El presidente Ahmadineyad expresó también su aprecio por las dos víctimas de una manera muy ingeniosa: en cuanto Abassi-Davani se recuperó de sus heridas, Ahmadineyad le nombró vicepresidente de Irán.

Los hombres que atacaron a los científicos no aparecieron nunca.

El 12 de enero de 2010, a las 7.50 de la mañana, el profesor Massoud Ali Mohammadi salió de su casa de la calle Shariati, en el barrio de Gheydarihe, al norte de Teherán. Se dirigía a su laboratorio en la Universidad de Tecnología de Sharif.

Cuando intentó abrir su coche, una enorme explosión sacudió al tranquilo vecindario. Las fuerzas de seguridad que corrieron al escenario encontraron el coche de Mohammadi destrozado por el impacto y su cuerpo hecho pedazos. Lo había matado una carga explosiva oculta en una motocicleta aparcada junto al vehículo. Los medios de comunicación iraníes aseguraron que el asesinato lo habían llevado a cabo agentes del Mossad. El presidente Ahmadineyad declaró que «este asesinato nos recuerda los métodos sionistas».

El profesor Mohammadi, de 50 años, era experto en física cuántica y consejero del programa de armas nucleares iraní. Los medios de comunicación europeos informaron de que había sido miembro de la Guardia Revolucionaria, el ejército paralelo progubernamental, pero la vida de Mohammadi, como su muerte, estaba envuelta en el misterio. Varios de sus amigos mantenían que sólo se había dedicado a investigaciones teóricas, y nunca a proyectos militares; algunos aseguraban también que apoyaba los movimientos de disidencia y que había participado en protestas antigubernamentales.

Sin embargo, resultó que la mitad de los que se hallaban presentes en su funeral eran guardias revolucionarios y su ataúd fue portado por oficiales de

la Guardia Revolucionaria. Posteriores investigaciones confirmaron al fin que Mohammadi, en realidad, se hallaba implicado de lleno en el desarrollo de las ambiciones nucleares iraníes.

En enero de 2007, el doctor Ardeshir Hosseinpour fue asesinado con veneno radiactivo, supuestamente por agentes del Mossad. La noticia del asesinato apareció en el *Sunday Times*, de Londres, que citaba como fuente al gabinete de estrategia e información Stratfor, con base en Texas. Algunos funcionarios iraníes se burlaron de esa noticia y aseguraron que el Mossad no habría podido llevar a cabo jamás una operación semejante dentro de Irán, y que «el profesor Hosseinpour se asfixió al aspirar humo durante un incendio en su casa». También insistían en que el profesor, de cuarenta y cuatro años, sólo era un renombrado experto en electromagnetismo y que no estaba involucrado en ningún aspecto en el desarrollo nuclear de Irán.

Pero resultó que Hosseinpour trabajaba en unas instalaciones secretas en Isfahán, donde se convertía uranio radiactivo en gas. Ese gas se usaba luego para enriquecer uranio mediante una serie («cascadas») de centrifugaciones en Natanz, una instalación subterránea fortificada en un lugar muy apartado. En 2006, Hosseinpour fue recompensado con el premio más importante a la ciencia y la tecnología de Irán; dos años después le concedieron la más alta condecoración militar de su país por su investigación militar.

El asesinato de científicos nucleares iraníes formaba parte de una guerra mucho más amplia. Según el *Daily Telegraph* de Londres, el Mossad de Dagan desplegó una fuerza de asalto con agentes dobles, equipos de intervención, saboteadores y empresas tapadera, y aplicó su fuerza a lo largo de años de operaciones encubiertas contra el programa de armas nucleares de Irán.

La directora de análisis de Stratfor, Reva Bhalla, afirmó: «Con la cooperación de Estados Unidos, las operaciones encubiertas israelíes se han centrado tanto en eliminar personas clave implicadas en el programa nuclear como en sabotear la cadena de suministro iraní». Aseguraba que Israel había usado tácticas similares en Iraq a principios de los años ochenta, cuando el Mossad mató a tres científicos nucleares iraquíes, entorpeciendo así la construcción del reactor atómico de Osiraq, cerca de Bagdad.

Con su supuesta guerra contra el programa nuclear iraní, el Mossad de Dagan, efectivamente, estaba retrasando en lo posible el desarrollo de una bomba nuclear iraní y, por tanto, frustrando el peligro más grave para la

existencia de Israel desde su creación: las amenazas de aniquilación por parte de Ahmadineyad.

Sin embargo, estas pequeñas victorias no pueden compensar el peor error cometido en la historia del Mossad: no haber desvelado el proyecto nuclear secreto de Irán desde sus inicios. Durante varios años, Irán fue aumentando su potencia nuclear... e Israel no se enteró. Irán invirtió enormes cantidades de dinero, reclutó científicos, construyó bases secretas, llevó a cabo pruebas sofisticadas... e Israel siguió sin enterarse. Desde el momento en que el Irán de Jomeini decidió convertirse en una potencia nuclear, empezó a usar engaños, ardides y estratagemas que confundieron por completo a los servicios secretos occidentales, incluido el Mossad.

El sah de Irán Reza Pahlevi inició la construcción de dos reactores nucleares, tanto para objetivos pacíficos como militares. El proyecto del sah empezó en los años setenta y no causó alarma alguna en Israel, que en aquel momento era un aliado muy estrecho de Irán. En 1977, el general Ezer Weizman, ministro de Defensa de Israel, recibió en el Ministerio de Defensa en Tel Aviv al general Hassan Toufanian, que estaba a cargo de la modernización del ejército iraní. Como aliado suyo, Israel suministraba a Irán equipo militar moderno. Según la transcripción de esa reunión confidencial, Weizman se ofreció a proporcionar a Irán misiles tierra-tierra de último modelo, y el director general del ministerio, el doctor Pinhas Zusman, dejó asombrado a Toufanian al decir que los misiles israelíes podían adaptarse para llevar cabezas nucleares. Pero antes de que todos estos dirigentes pudieran llevar sus planes adelante, la revolución iraní cambió las relaciones entre Israel e Irán. El gobierno revolucionario islámico masacró a los partidarios del sah y se volvió contra Israel. El sah, enfermo, escapó de su país, que quedó bajo el control del ayatolá Jomeini y de sus leales mulás.

Jomeini puso fin de inmediato al proyecto nuclear, que consideraba antiislámico. Se frenó la construcción de los reactores y se dismanteló todo el equipo. Pero en los años ochenta estalló una guerra sangrienta entre Iraq e Irán, y Saddam Hussein utilizó gas venenoso contra los iraníes. El uso de armas no convencionales por parte de su enemigo más acérrimo hizo que los ayatolás se replantearan su política. Antes incluso de la muerte de Jomeini, el que parecía que acabaría siendo su sucesor, Ali Jamenei, instruyó a sus militares para que desarrollasen nuevas armas (biológicas, químicas y nucleares) para oponerlas a las armas de destrucción masiva que Iraq había empleado contra Irán. Poco después, los complacientes líderes religiosos

predicaban desde sus púlpitos que debía eliminarse la prohibición de fabricar armas «antiislámicas».

A mediados de los años ochenta empezaron a propagarse noticias fragmentarias sobre las intenciones de Irán. Con el colapso de la antigua Unión Soviética en 1989, Europa se vio inundada por los rumores de que Irán había intentado comprar bombas y cabezas nucleares a funcionarios sin empleo o científicos muertos de hambre de la antigua clase dirigente militar soviética. La prensa occidental describía con dramatismo la desaparición de científicos y generales rusos de sus hogares, aparentemente reclutados por los iraníes. Reporteros de imaginación fértil escribían artículos sobre camiones cerrados que se dirigían hacia el este desde Europa, pasando de largo por los controles fronterizos hasta alcanzar Oriente Medio. Fuentes de Teherán, Moscú y Beijing revelaron que Irán había firmado un acuerdo con Rusia para construir un reactor atómico en Bushehr, en la costa del Golfo Pérsico, y otro acuerdo con China para construir dos reactores más pequeños.

Alarmados, Estados Unidos e Israel enviaron equipos de agentes especiales por toda Europa, a la caza de las bombas soviéticas vendidas a Irán y de los científicos reclutados. No encontraron nada. Estados Unidos presionó mucho a Rusia y China para que cancelasen sus acuerdos con Irán, y consiguió que China se echara atrás. Rusia decidió seguir adelante, pero fue retrasando el acuerdo. El reactor tardó más de veinte años en construirse, y su uso se limitó mediante estrictos controles rusos e internacionales.

Pero Israel y Estados Unidos deberían haber reemprendido su búsqueda cuando las pistas fueron desapareciendo. Ni los jefes del Mossad ni los de la CIA se dieron cuenta de que los reactores rusos y chinos eran simples distracciones, una pantalla de humo para «el mejor servicio secreto de todo el mundo». Irán había iniciado subrepticamente un monumental proyecto destinado a convertir su Estado en una potencia nuclear.

En otoño de 1987 se celebró una reunión secreta en Dubai. Ocho hombres se reunieron en un despacho pequeño y polvoriento: tres iraníes, dos pakistaníes y tres expertos europeos (dos de ellos alemanes) que trabajaban para Irán.

Los representantes de Irán y Pakistán firmaron un acuerdo confidencial mediante el cual se transfirió una elevada suma de dinero a los pakistaníes, o más precisamente al doctor Abdul Qadeer Khan, jefe del programa oficial de armas nucleares de Pakistán.

Unos años antes, Pakistán había iniciado su propio proyecto nuclear para igualar la potencia militar de su enemigo acérrimo: la India. El doctor Khan necesitaba desesperadamente las sustancias fisibles necesarias para ensamblar una bomba nuclear. Sin embargo, decidió no usar plutonio, que se extrae en los clásicos reactores nucleares, sino uranio enriquecido. El mineral de uranio extraído en las minas contiene sólo un 1% de uranio 235, vital para la producción de armas nucleares, y un 99% de uranio 238, que no sirve para nada. El doctor Khan desarrolló un método para convertir el uranio natural en gas, y alimentar con ese gas una línea de centrifugadoras conectadas en cadena llamada «cascada». Las centrifugadoras revolucionan el gas de uranio a la enloquecedora velocidad de 100.000 vueltas por minuto y el uranio más ligero, el 235, se separa del más pesado, el 238. Repitiendo ese mismo proceso miles de veces, las centrifugadoras producen uranio enriquecido 235. Cuando ese gas se convierte en materia sólida, se transforma en la sustancia necesaria para la bomba nuclear.

Khan había robado los planos de las centrifugadoras a Eurenco, una empresa europea en la que trabajó a principios de los años setenta, y empezó a fabricar las suyas propias en Pakistán. Pronto se convirtió en un «mercader de la muerte», cuyos métodos, fórmulas y centrifugadoras estaban en venta. Irán era su principal cliente, así como Libia y Corea del Norte.

Los iraníes también compraban centrifugadoras en cualquier lugar, y luego aprendían a fabricarlas ellos mismos. De vez en cuando llegaban a Irán enormes cargamentos de uranio, centrifugadoras, materiales electrónicos y piezas de repuesto. Se construían enormes instalaciones para el tratamiento del uranio crudo, para almacenar las centrifugadoras y para convertir el gas de nuevo en materia sólida; los científicos iraníes viajaban a Pakistán, y expertos pakistaníes llegaban a Irán [...] y nadie lo sabía.

Los iraníes tuvieron mucho cuidado de no jugárselo todo a una sola carta. Dispersaron el proyecto nuclear en ciudades repartidas por todo su país, en bases militares, laboratorios disimulados e instalaciones remotas. Algunas incluso estaban construidas bajo tierra y rodeadas de baterías de misiles tierra-aire. Se erigió una planta en Isfahán, otra en Arak; la más importante (la de las centrifugadoras) estaba situada en Natanz, y un cuarto centro se hallaba en la ciudad santa de Qom. A la mínima indicación de que una ubicación podía haber sido revelada, los iraníes trasladaban las instalaciones nucleares a otro lugar, extrayendo incluso capas de tierra que pudieran haber quedado irradiadas por sustancias radiactivas. También despistaron y engañaron hábilmente a los inspectores de la Agencia Internacional de Energía Atómica. Su presidente, el doctor egipcio Mohamed El Baradei, se comportaba como si

creyese todas las afirmaciones falsas de los iraníes y publicaba complacientes informes que permitieron a Irán continuar con su plan mortal.

El 1 de junio de 1988, las autoridades estadounidenses vieron por primera vez la verdadera extensión del trabajo de los iraníes. Un desertor pakistaní apareció ante los investigadores del FBI en Nueva York y pidió asilo político. Se presentó como el doctor Iftikhar Khan Chaudhry y reveló la plena extensión de la cooperación secreta entre Irán y Pakistán. Desenmascaró al doctor Khan, describió reuniones en las que había participado y dio los nombres de los expertos pakistaníes que habían tomado parte en el proyecto iraní.

El FBI comprobó los datos y las cifras del testimonio de Chaudhry y resultaron ser correctos. Entonces, el FBI recomendó que se permitiera a Chaudhry permanecer en Estados Unidos como refugiado político..., pero su asombroso testimonio no tuvo seguimiento alguno. Quizá por pura negligencia, los altos cargos estadounidenses enterraron las transcripciones de Chaudhry, no emprendieron acción alguna y no advirtieron a Israel. Tuvieron que pasar cuatro años para que saliera a la luz la verdad sobre Irán.

De pronto, en agosto de 2002, el movimiento clandestino disidente iraní Mujahedeen-e-Jalq (MEK, por sus siglas en inglés) reveló a los medios de comunicación del mundo entero la existencia de dos instalaciones nucleares en Arak y Natanz. En los años siguientes, el MEK fue desvelando más datos sobre el proyecto nuclear iraní, lo cual levantó algunas sospechas de que esa información provenía de fuentes externas. La CIA también se mostró escéptica y supuso que los israelíes y los británicos estaban intentando implicar a Estados Unidos en operaciones dudosas. Al parecer, la CIA creía que el Mossad y el MI6 británico estaban proporcionando al MEK una información que habían obtenido ellos, y que utilizaban a la oposición iraní porque esperaban que la considerasen creíble. Según fuentes israelíes, de hecho fue un vigilante que pertenecía al Mossad quien descubrió la gigantesca instalación de las centrifugadoras en Natanz, en lo más profundo del desierto. Aquel mismo año de 2002, el movimiento clandestino iraní entregó a la CIA un ordenador portátil cargado de documentos. Los disidentes no explicaron de dónde habían sacado aquel ordenador; los escépticos norteamericanos sospechaban que los documentos habían sido introducidos recientemente en el disco duro y acusaron al Mossad de haber colocado allí información que

habían obtenido de sus propias fuentes, y de pasárselo luego a los líderes del MEK para que lo entregaran en Occidente.

Pero sobre la mesa de los estadounidenses y los europeos se estaban acumulando tantas pruebas que al final tuvieron que abrir los ojos. Los rumores sobre el lucrativo y mortal comercio del doctor Khan se extendieron por todo el mundo hasta que, el 4 de febrero de 2004, un lacrimoso doctor Khan apareció en la televisión pakistaní y confesó que en realidad sí que había vendido información, experiencia y centrifugadoras a Libia, Corea del Norte e Irán, y que había ganado muchos millones con todo ello. El gobierno pakistaní se apresuró a conceder el perdón total al «doctor Muerte», el padre de su bomba nuclear.

Israel se convirtió entonces en una fuente importante de información sobre Irán. Por una parte, Meir Dagan y su Mossad proporcionaron a Estados Unidos datos recientes sobre la instalación secreta que habían construido los iraníes en Qom. Al parecer, Israel también estaba implicado en la desertión de diversos e importantes dirigentes de la Guardia Revolucionaria y el proyecto atómico. Además, el Mossad dio datos actualizados a diversos países, exhortándolos a capturar barcos que llevasen equipo nuclear a Irán desde sus puertos.

Pero la obtención de todos esos datos no bastaba para Israel: el fanatismo iraní lo amenazaba abiertamente con la aniquilación, pero el resto del mundo no emprendía acciones firmes. A Israel no le quedó otro remedio que iniciar una guerra clandestina total contra el programa nuclear iraní.

Después de dieciséis años de ignorancia suprema de sus predecesores, Dagan decidió actuar.

En enero de 2006 un avión se estrelló en el centro de Irán y todos sus pasajeros murieron, entre los que se encontraban oficiales de alto rango de la Guardia Revolucionaria, incluido Ahmed Kazami, uno de sus comandantes. Los iraníes mantenían que el accidente se había debido al mal tiempo, pero el grupo de Stratfor insinuó que el avión fue saboteado por agentes occidentales.

Sólo un mes antes, un avión militar de carga se estrelló contra un edificio de apartamentos en Teherán y murieron los 94 pasajeros. Muchos eran también oficiales de la Guardia Revolucionaria, así como influyentes periodistas afines al régimen. En noviembre de 2006, otro avión se estrelló durante el despegue en Teherán y murieron 36 guardias revolucionarios. En la radio nacional, el ministro de Defensa iraní aseguró: «Según material

recogido por fuentes de los servicios secretos, podemos afirmar que los responsables de estos accidentes han sido agentes norteamericanos, británicos e israelíes».

Mientras tanto, con discreción, sin reconocimiento público, Dagan había llegado a ser el estratega fundamental de la política de Israel respecto a Irán. Dagan creía que Israel quizá no tendría otro remedio que lanzar un ataque a gran escala, pero creía que una acción semejante sólo podía utilizarse como último recurso.

El sabotaje empezó en febrero de 2005. La prensa internacional informó de una explosión en unas instalaciones nucleares en Dialeh, alcanzadas por un misil disparado desde un avión sin identificar. Ese mismo mes hubo otra explosión junto a Bushehr, en un gasoducto que suministraba gas al reactor nuclear construido por los rusos.

La instalación de pruebas nucleares de Parchin, junto a Teherán, también fue atacada. Allí, expertos iraníes estaban desarrollando una «lente explosiva», un mecanismo que transformaría el núcleo de la bomba en una masa crítica y desencadenaría la reacción en cadena necesaria para una explosión atómica. El movimiento de resistencia iraní aseguraba que la explosión de Parchin había causado daños importantes a los laboratorios secretos.

En abril de 2006, el sanctasanctórum, la instalación central de Natanz, se convirtió en escenario de una asamblea festiva. Una gran multitud de científicos, técnicos y jefes del proyecto nuclear se reunieron bajo tierra, donde miles de centrifugadoras funcionaban las veinticuatro horas del día. Con ánimo de celebración, fueron a visitar la primera prueba de activación de una nueva cascada centrifugadora. Todo el mundo esperaba el momento en que se pusiera en marcha, el ingeniero jefe apretó el botón de activación... y una fuerte explosión sacudió todo el recinto. Las tuberías estallaron con un estruendo ensordecedor y la cascada entera se hizo pedazos.

Furiosos, los jefes del proyecto nuclear ordenaron una investigación meticulosa. Al parecer, «personas desconocidas» habían introducido piezas defectuosas en el equipo. La CBS informó de que en realidad las centrifugadoras habían sido destruidas por diminutas cargas explosivas colocadas poco antes de la prueba. También aseguraba que el servicio secreto israelí había ayudado a unos agentes norteamericanos a provocar la explosión de Natanz.

En enero de 2007 las centrifugadoras fueron objeto de un sofisticado sabotaje. Los servicios secretos occidentales habían establecido empresas tapadera en el este de Europa que fabricaban el material aislante utilizado en los conductos que comunicaban las centrifugadoras. Los iraníes no podían comprarlo en el mercado abierto, debido a las limitaciones que les había impuesto la ONU, de modo que se dirigieron a empresas falsas de Europa del Este dirigidas por exiliados rusos e iraníes, que trabajaban en secreto para las agencias de inteligencia occidentales. Después de instalar el aislamiento, los iraníes averiguaron que era defectuoso y no servía para nada.

En mayo de 2007, el presidente George W. Bush firmó una orden presidencial secreta autorizando a la CIA a iniciar operaciones encubiertas para retrasar el proyecto nuclear de Irán. Poco después, algunos servicios secretos occidentales tomaron la decisión de sabotear la cadena de suministro de piezas, equipos y materias primas del proyecto. En agosto, Dagan se reunió con el subsecretario de Estado de Estados Unidos, Nicolas Burns, para discutir su estrategia con respecto a Irán.

A lo largo de los últimos siete años, en las instalaciones de Irán han seguido sucediéndose percances, sabotajes y explosiones. Un fallo misterioso causó problemas en el sistema de refrigeración del reactor de Bushehr, que retrasó su finalización nada menos que dos años. En mayo de 2008, una explosión en una fábrica de cosméticos en Arak causó daños importantes a la instalación nuclear adyacente. Otra explosión destruyó un complejo de alta seguridad en Isfahán, donde se estaba convirtiendo uranio en gas.

En 2008 y 2010, el *New York Times* reveló que los Tinner, una familia de ingenieros suizos, habían ayudado a la CIA a sacar a la luz los programas nucleares de Libia e Irán, y que la agencia les pagó diez millones de dólares. La CIA también los protegió para que no fuesen juzgados por las autoridades suizas por tráfico ilegal de componentes nucleares. El padre, Friedrich Tinner, y sus dos hijos Urs y Marco habían vendido a los iraníes una instalación de suministro eléctrico defectuosa para la planta de Natanz, que destruyó cincuenta centrifugadoras. Los Tinner compraron bombas de presión de la empresa Pfeiffer Vacuum en Alemania, las hicieron amañar en Nuevo México y luego se las vendieron a los iraníes.

La revista *Time* afirmó que el Mossad estaba implicado en el secuestro del barco *Arctic Sea*, que navegaba de Finlandia a Argelia con tripulación rusa y bajo bandera maltesa, llevando «un cargamento de madera». El 24 de julio de

2009, dos días después de iniciar su viaje, el barco fue secuestrado por ocho piratas y pasó un mes entero hasta que las autoridades rusas reconocieron que un comando ruso se había apoderado del barco. El *London Times* y el *Daily Telegraph* mantenían que era el Mossad quien había hecho sonar la alarma. Los hombres de Dagan, decían, informaron a los rusos de que aquel barco llevaba en realidad una carga de uranio, vendido a los iraníes por un antiguo funcionario ruso. Pero el almirante Kouts, que dirige la lucha contra la piratería en la Unión Europea, ofreció otra versión a la revista *Time*. La única explicación posible, afirmaba, era que el barco hubiese sido secuestrado por el Mossad para interceptar el uranio.

Pero a pesar de estos ataques continuos, los iraníes no permanecían ociosos. Entre 2005 y 2008, en un secreto absoluto, construyeron una instalación nueva junto a Qom. Planeaban instalar tres mil centrifugadoras en los nuevos recintos subterráneos. Sin embargo, a mediados de 2009 los iraníes se dieron cuenta de que los servicios secretos de Estados Unidos, Reino Unido e Israel tenían pleno conocimiento de la existencia de la planta de Qom. Irán reaccionó enseguida. En septiembre de 2009, Teherán sorprendió al mundo informando apresuradamente a la IAEA de la existencia de la instalación de Qom. Algunas fuentes aseguraron entonces que los iraníes habían cogido a un espía occidental (posiblemente, un agente del MI6) que había recogido información fiable sobre Qom, de modo que revelaron su existencia para que su bochorno no fuese tan grande.

Un mes más tarde, el director de la CIA, Leon Panetta, contó en *Time* que su organización sabía de la existencia de Qom desde hacía tres años y que Israel estaba implicado en su detección.

El descubrimiento de Qom permitió entrever la alianza secreta que se había forjado entre tres grupos comprometidos en el combate contra Irán: la CIA, el MI6 y el Mossad. Según fuentes francesas, los tres servicios actuaban juntos: el Mossad era quien llevaba a cabo las operaciones dentro de Irán, mientras que la CIA y el MI6 ayudaban a los israelíes. El Mossad fue responsable de diversas explosiones en octubre de 2010, en una planta de los montes Zagros que montaba misiles Shehab; en ellas murieron 18 técnicos iraníes. Con la ayuda de sus aliados británicos y norteamericanos, el Mossad también eliminó a cinco científicos nucleares.

Esta alianza se había establecido en gran medida debido a los esfuerzos de Meir Dagan. Desde el momento en que se convirtió en director del Mossad,

empezó a presionar a sus hombres para que estableciesen una cooperación estrecha con los servicios secretos extranjeros. Sus asesores le aconsejaban que no revelase secretos del Mossad a extranjeros, pero él rechazaba sus argumentos. «Dejaos de tonterías —rezongaba—, ¡y vamos a trabajar con ellos!».

Junto a los británicos y los norteamericanos, Dagan tenía otros aliados importantes que le entregaban preciosa información desde dentro del propio Irán: los líderes de la resistencia iraní. En inusuales conferencias de prensa celebradas fuera del país, los líderes del Consejo de Resistencia Nacional de Irán revelaron el nombre del científico líder del proyecto iraní, cuya identidad había permanecido en secreto hasta entonces. Mohsen Fakhrizadeh, de 49 años de edad, era profesor de Física en la Universidad de Teherán y se decía que era un hombre misterioso, elusivo. La resistencia reveló muchos detalles sobre él, incluida su pertenencia a la Guardia Revolucionaria desde los dieciocho años, su dirección (calle Shahid Mahallati, en Teherán), sus números de pasaporte (0009228 y 4229533) e incluso el número de teléfono de su casa (021-2448413). Fakhrizadeh estaba especializado en el complejo proceso de crear una masa crítica en el interior del dispositivo atómico para provocar la reacción en cadena y la explosión nuclear. Su equipo también estaba trabajando en la miniaturización de la bomba, para que se pudiese colocar en la cabeza nuclear de un misil Shehab.

Después de estas revelaciones, a Fakhrizadeh se le negó la entrada en Estados Unidos y la Unión Europea, y sus cuentas bancarias en Occidente quedaron congeladas. La resistencia describía con detalle todas sus funciones, revelaba los nombres de los científicos que trabajaban con él e incluso la ubicación de sus laboratorios secretos. Esa abundancia de detalles y medios de transmisión sustenta la creencia de que, de nuevo, «determinado servicio secreto», que Occidente siempre sospechó que llevaba una agenda propia, recogía minuciosamente todos estos hechos y datos sobre el científico iraní y se los pasaba a la resistencia iraní, que a su vez los transmitía a Occidente. Al exponer al científico ante el público querían advertirle de que podía ser el siguiente en acabar asesinado, y obligarle a escabullirse para ponerse a cubierto o bien elegir la mejor solución: desertar y huir a Occidente.

El general Ali Reza Asgari, antiguo viceministro de Defensa iraní muy implicado en el proyecto nuclear, desapareció en febrero de 2007 mientras viajaba a Estambul. Los servicios secretos iraníes le buscaron por todo el mundo, pero no consiguieron encontrarle. Casi cuatro años después, en enero

de 2011, el ministro de Asuntos Exteriores de Irán, Ali Akbar Salehi, se dirigió al secretario general de Naciones Unidas y acusó al Mossad de secuestrarlo y tenerlo encarcelado en Israel.

Pero según el *Sunday Telegraph* de Londres, Asgari había desertado a Occidente; el Mossad fue quien planeó su desertión y se hizo cargo de su protección en Turquía. Otras fuentes mantienen que posteriormente la agencia israelí dio parte a la CIA y les suministró valiosa información sobre el programa de armas nucleares de Irán.

En marzo de 2007, un mes después de la desaparición de Asgari, desapareció otro importante oficial iraní. Amir Shirazi servía en la unidad Al Quds, fuerza de élite de los Guardias Revolucionarios encargada de operaciones secretas más allá de la frontera iraní. Una fuente iraní reveló al *London Times* que además de Asgari y Shirazi había desaparecido también otro oficial de alto rango: el comandante de la Guardia Revolucionaria en el Golfo Pérsico, Mohammad Soltani.

En julio de 2009, el científico nuclear Shahram Amiri se unió a la lista de desertores. Amiri, que estaba empleado en Qom, desapareció en Arabia Saudita durante un peregrinaje a La Meca. Los iraníes exigieron que los saudíes averiguasen lo que le había ocurrido. Amiri reapareció unos meses más tarde en Estados Unidos, informó exhaustivamente y recibió cinco millones de dólares, una nueva identidad y un nuevo hogar en Arizona. Fuentes de la CIA revelaron que había sido informador para los servicios secretos occidentales durante años, y que les había suministrado información «única y sustancial». Amiri reveló que la Universidad Malek-Ashtar de Tecnología, donde él había dado clases, servía como tapadera académica para una unidad de investigación que diseñaba las cabezas nucleares para los misiles iraníes de largo alcance; Fakhrizadeh era quien dirigía aquella universidad.

Después de un año en Estados Unidos, Amiri cambió de opinión y decidió volver a Irán. Por lo visto, era incapaz de soportar el estrés de su nueva vida. En un vídeo casero que apareció en Internet aseguraba que había sido raptado por la CIA. Unas horas más tarde envió otro vídeo desdiciéndose del primero, y luego un tercero negando el segundo. Se puso en contacto con la embajada pakistaní, que representaba los intereses iraníes en Estados Unidos, y pidió que le trasladaran de vuelta a Irán. Los pakistaníes le ayudaron y, en julio de 2010, Amiri aterrizó en su país. A continuación apareció en una conferencia

de prensa, acusó a la CIA de secuestro y de malos tratos... y desapareció. Algunos observadores acusaron a la CIA de ese fracaso, pero un portavoz de la agencia exclamó: «Nosotros obtuvimos información importante, y los iraníes se quedaron con Amiri. ¿No es un buen trato?».

Pero los iraníes no carecían de recursos contra el Mossad. En diciembre de 2004, Irán arrestó a diez sospechosos de espiar para Israel y Estados Unidos; tres de ellos trabajaban en el interior de las instalaciones nucleares. En 2008, los iraníes anunciaron que habían desmantelado otra célula del Mossad: tres ciudadanos iraníes entrenados por el Mossad para usar equipos de comunicaciones muy sofisticados, armas y explosivos. En noviembre de 2008 ahorcaron a Ali Ashtari, de 43 años, al que declararon culpable de espiar para Israel. En el curso de ese juicio, Ashtari admitió haberse reunido con agentes del Mossad en Europa que supuestamente le habían dado dinero y equipamiento electrónico. «La gente del Mossad quería que vendiese ordenadores y equipamiento electrónico marcado a los servicios secretos iraníes, para poder introducir dispositivos de escucha en los instrumentos de comunicación que yo vendía», testificó Ashtari.

El 28 de diciembre de 2010, en el lóbrego patio de la prisión de Evin, en Teherán, unos funcionarios iraníes ahorcaron a otro espía, Ali-Akbar Siadat, que fue hallado culpable de trabajar para el Mossad y suministrar información a este organismo sobre la capacidad militar iraní y el programa de misiles que llevaba a cabo la Guardia Revolucionaria. Durante los seis años anteriores, Siadat se había reunido con agentes israelíes en Turquía, Tailandia y los Países Bajos, y recibió pagos de 3.000 a 7.000 dólares por cada una de las reuniones. Los funcionarios iraníes prometieron que habría más arrestos y más ejecuciones.

Pero 2010 fue el año del gran revés para el proyecto nuclear iraní. ¿Se debió quizá a la falta de componentes de alta calidad para el equipamiento iraní? ¿A las piezas y metales defectuosos que las falsas empresas del Mossad vendieron a los iraníes? ¿A causa de los aviones estrellados, laboratorios incendiados, explosiones en instalaciones de misiles y nucleares, desertión de funcionarios de primer orden, muerte de científicos de primera categoría, revueltas y levantamientos de grupos minoritarios, todos ellos acontecimientos y fenómenos que Irán (correcta o incorrectamente) atribuía a la gente de Dagan?

¿O más bien fue por el último «golpe maestro» de Dagan, según la prensa europea? En verano de 2010, miles de ordenadores que controlaban el

proyecto nuclear iraní resultaron infectados con el pérfido virus Stuxnet. Considerado como uno de los más sofisticados del mundo, el Stuxnet afectó a los ordenadores que controlaban las centrifugadoras de Natanz y desencadenó el caos. Su complejidad no dejaba duda alguna de que era producto de un gran grupo de expertos y considerables subvenciones. Uno de los rasgos característicos de ese virus era que podía dirigirse a un sistema específico, sin causar daño a los demás que pudiera encontrar. Su presencia en un ordenador también era difícil de detectar. Una vez en el sistema iraní, podía modificar la velocidad de rotación de una centrifugadora, haciendo que su producto resultase inútil, sin que nadie fuera consciente de ello. Los observadores señalaron a dos países con capacidad de llevar a cabo un ciberataque semejante: Estados Unidos e Israel.

El presidente Ahmadineyad intentó restar importancia al efecto que había tenido Stuxnet y declaró que Irán tenía la situación perfectamente controlada. La verdad, sin embargo, es que a principios de 2011 más o menos la mitad de las centrifugadoras de Irán estaban inmovilizadas.

Se cree que la gente de Dagan ha retrasado el programa de armas nucleares de Irán con sus incesantes ataques en diversos frentes a lo largo de muchos años: presión diplomática, sanciones impuestas por el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, contra-proliferación (impedir a los iraníes que consiguieran los materiales necesarios para producir una bomba, o bien guerra económica); prohibición a los bancos del mundo libre hacer negocios con Irán; cambio de régimen, mediante el apoyo y fomento de la inestabilidad política y el aliento a las divisiones étnicas dentro de Irán, donde kurdos, azerbaiyanos, beloshis, árabes y turcomanos constituyen un 50% de la población; y, de forma más directa, medidas encubiertas y operaciones especiales contra el proyecto iraní.

Pero por muy buenos que sean y por mucha cooperación que hayan establecido, es imposible detener dicho proyecto de manera permanente. «Dagan es el último James Bond», dijo un analista israelí del más alto nivel. Pero ni siquiera James Bond podría salvar al mundo en este asunto. En el mejor de los casos, lo único que es posible conseguir es retrasar a los iraníes. Sólo una decisión del gobierno iraní o bien un ataque masivo desde el extranjero podría poner fin al sueño iraní de crear un gigante nuclear donde en tiempos se encontró el Imperio persa.

Y sin embargo, cuando Dagan fue nombrado *ramsad* (abreviatura de *rosh hamossad*, jefe del Mossad), algunos expertos predijeron que Irán lograría

obtener capacidad nuclear en 2005. Posteriormente, la fecha se trasladó a 2007, 2009 y 2011. Y cuando Dagan dejó su cargo, el 6 de enero de 2011, tenía un mensaje para su país: el proyecto de Irán se había retrasado al menos hasta 2015. Por tanto, recomendó que se prosiguiera con la misma clase de acciones, que tan efectivas habían resultado en los últimos ocho años, y que se paralizase cualquier posible ataque militar hacia Irán. Sólo cuando la hoja de la daga empiece a cortar nuestra carne, dijo, debemos atacar; la hoja de esa daga todavía se encuentra a cuatro años de distancia.

Dagan ocupó el cargo de *ramsad* ocho años y medio, más que la mayoría de directores del Mossad. Fue reemplazado por Tamir Pardo, veterano funcionario del Mossad que empezó su carrera operativa como ayudante de Yoni Netanyahu, el héroe de la incursión israelí de 1976 en Entebbe, y posteriormente fue distinguido como un audaz agente, experto en nuevas tecnologías y planificador creativo de operaciones inusuales.

Cuando le pasó la antorcha a Pardo, Dagan habló de la terrible soledad de los agentes del Mossad que operaban en países enemigos, donde no tenían a quién recurrir ni nadie que pudiera rescatarles en caso de necesidad. También admitió con total franqueza algunos de sus fracasos. El más importante fue no poder encontrar el lugar donde Hamás escondía al soldado israelí Gilad Shalit, secuestrado hacía cinco años (Shalit fue liberado más tarde, intercambiado por cientos de terroristas palestinos). Sin embargo, a pesar de tales fracasos, los logros de Dagan le honran como el mejor *ramsad* hasta el momento. El primer ministro Benjamín Netanyahu le dio las gracias «en nombre del pueblo judío» y le abrazó con calidez. En una reacción espontánea y sin precedentes, los ministros del gabinete israelí se pusieron en pie y aplaudieron al *ramsad* de 65 años. George W. Bush le rindió homenaje mediante una carta personal.

Pero el tributo más importante a Dagan había llegado un año antes a través de una fuente extranjera: el diario egipcio *Al-Ahram*, un periódico conocido por sus virulentas y hostiles críticas a Israel. El 16 de enero de 2010, el rotativo publicó un artículo del conocido escritor Ashraf Abu al-Haul. «Sin Dagan —escribió Al-Haul—, el proyecto nuclear iraní se habría completado hace años. [...] Los iraníes saben quién está detrás de la muerte del científico nuclear Massud Ali Mohammadi: todos los líderes iraníes de saben que la palabra clave es “Dagan”. Sólo unas pocas personas están familiarizadas con el nombre del director del Mossad israelí. Éste trabaja con discreción, lejos de

la atención mediática, pero en los últimos siete años ha asestado golpes muy dolorosos al proyecto nuclear iraní y ha detenido su avance».

«El Mossad es responsable de diversas operaciones audaces en Oriente Medio», añadía Al-Haul, y mencionaba algunas de las hazañas de Dagan contra Siria, Hezbolá, Hamás y la yihad islámica (véanse los capítulos 18-20).

«Todo esto —concluyó— ha hecho de Dagan el Supermán del Estado de Israel».

No hubo supermanes en torno a la cuna del servicio secreto israelí cuando nació, en 1948, tan sólo un puñado de veteranos del «Shai», que ya habían adquirido mucha experiencia en operaciones encubiertas y de espionaje como servicio de inteligencia de la Haganá, el movimiento clandestino militar más importante de la comunidad judía de Palestina. Y en su primer año, esos luchadores secretos, modestos y leales, que constituían el incipiente servicio secreto militar, se vieron agitados por la violencia, las luchas internas, la crueldad y el asesinato, en lo que se conoció como «el caso Be'eri».

CAPÍTULO TRES

Un ahorcamiento en Bagdad

Isser Be'eri, también conocido como Gran Isser, era un hombre alto y desgarbado con el pelo gris y ralo. Sus cejas espesas sombreaban unas cuencas oscuras y hundidas, y en sus labios finos a menudo se dibujaba una sonrisa sarcástica. Nacido en Polonia, se le consideraba un asceta, un hombre modesto de una integridad intachable, aunque sus rivales aseguraban que era un megalómano feroz y peligroso. Miembro de la Haganá desde mucho tiempo atrás, el Gran Isser trabajaba como director de una empresa privada de construcción en Haifa. Era un hombre solitario, silencioso y asocial, que vivía con su esposa e hijo en una casa grande y azotada por el viento en el pueblo costero de Bat Galim.

Poco antes de la creación de Israel, Be'eri fue nombrado jefe del Shai por los comandantes de la Haganá. Cuando se declaró la independencia, el 14 de mayo de 1948, Israel fue atacado por sus vecinos desde todas partes y Be'eri se convirtió en jefe del recién creado servicio secreto militar. Be'eri era activo en el ala izquierda del movimiento laborista y tenía excelentes contactos políticos. Sus amigos y colegas alababan su devoción a la defensa de Israel. La guerra de Independencia se prolongó hasta abril de 1949.

Sin embargo, poco después de que Be'eri se convirtiera en jefe del servicio secreto empezaron a ocurrir acontecimientos extraños y aterradores, al parecer sin relación entre sí.

Un par de excursionistas hicieron un descubrimiento macabro en el monte Carmelo: en un barranco muy hondo, al pie de la montaña, encontraron un cuerpo medio quemado y cosido a balazos. Fue identificado como un conocido informante árabe del servicio, Ali Kassem. Sus asesinos le habían tiroteado y luego habían intentado quemar su cuerpo.

Pocas semanas después, en una reunión secreta con el primer ministro Ben-Gurión, el Gran Isser acusó a Abba Hushi, influyente líder del Mapai,

partido de Ben-Gurión, de ser un traidor y un agente británico. Ben-Gurión se quedó estupefacto. Reino Unido había sido el poder dominante en Palestina antes del establecimiento del Estado de Israel, y la Haganá mantenía una lucha secreta contra las restricciones que imponía a la comunidad judía. El servicio secreto británico había intentado con frecuencia introducir a sus espías entre los líderes judíos, pero que Abba Hushi, pilar de la comunidad judía y líder carismático de los trabajadores de Haifa, fuera un traidor... parecía imposible. Al principio, los líderes israelíes que conocían el asunto desestimaron la acusación de Be'eri, pero éste había encontrado dos telegramas confidenciales enviados por los servicios secretos británicos a una oficina de correos de Haifa en mayo de 1948. Los dejó sobre el escritorio de Ben-Gurión: constituían la prueba irrefutable de la traición de Hushi.

Al mismo tiempo, Be'eri ordenó el arresto de un amigo de Hushi, Jules Amster. Be'eri lo hizo llevar a un depósito de sal en Atlit, a las afueras de Haifa, donde le golpearon y torturaron durante 76 días, y le presionaron para que admitiera que Hushi era un traidor despreciable. Amster no quiso doblegarse y finalmente fue liberado, pero ya era un hombre destrozado. Se había quedado sin dientes, tenía las piernas llenas de heridas y cicatrices, y durante años le acosó el terror.

El 30 de junio de 1948, Meir Tubiansky, un capitán del ejército, fue arrestado mientras compraba en un mercado de Tel Aviv y conducido a Beth Giz, un pueblo árabe ocupado hacía poco. Los servicios secretos militares sospechaban que, mientras permanecía en Jerusalén, Tubiansky había revelado información confidencial a un ciudadano británico que, a su vez, se la había pasado a la Legión Árabe, el ejército de Jordania. La artillería de Jordania había usado la información para bombardear duramente varios objetivos estratégicos en Jerusalén. En un juicio militar sumario que duró menos de una hora, Tubiansky fue acusado de espiar para los árabes, hallado culpable y sentenciado a muerte. Un pelotón de fusilamiento reunido a toda prisa le ejecutó ante un asombrado grupo de soldados israelíes. (Tubiansky sería la única persona ejecutada en toda la historia de Israel, aparte de Adolf Eichmann).

La investigación de esas muertes y torturas condujo a los investigadores al perpetrador: el Gran Isser.

Sospechaba que Ali Kassem era agente doble y ordenó su asesinato.

También tendió una trampa a Abba Hushi. Según diversos investigadores, el Gran Isser quería resolver un asunto personal con Hushi y quizá lo hubiese conseguido si el principal falsificador empleado por el servicio, atormentado por la culpa, no hubiese confesado ante sus superiores que había falsificado los telegramas que implicaban a Abba Hushi, por orden directa de Be'eri.

Y Be'eri fue también quien ordenó el precipitado arresto y ejecución del capitán Tubiansky.

El primer ministro Ben-Gurión actuó de inmediato: Be'eri fue juzgado por un tribunal militar y luego por uno civil, despojado de su rango, dado de baja del FDI con deshonor y declarado culpable de las muertes de Ali Kassem y de Meir Tubiansky.

Los líderes de Israel se quedaron atónitos. Los métodos de Be'eri parecían copiados directamente del infame KGB; su siniestra personalidad y las órdenes que dio para la falsificación, la tortura y el asesinato eran una mancha en los principios morales y humanos sobre los que se había fundado Israel.

El asunto Be'eri dejó una truculenta cicatriz en el servicio secreto que tuvo un profundo impacto en su evolución. Si los líderes civiles se hubieran mostrado remisos a condenar a Be'eri dado que estaban en tiempos de guerra, el servicio secreto de Israel habría asumido un carácter totalmente distinto. Podría haberse convertido en una organización tipo KGB, para la cual las incriminaciones falsas, los engaños, las torturas y los crímenes eran prácticas rutinarias. Por el contrario, en el futuro los métodos de Be'eri serían prohibidos. El servicio secreto puso límites a su propio poder y basó sus operaciones futuras en principios morales y legales que garantizaran los derechos de los individuos.

Al echar a Be'eri, otro hombre apareció en el centro del escenario del mundo de sombras de Israel, el polo opuesto de Be'eri: Reuven Shiloah.

Reuven Shiloah, de 40 años, discreto y reservado, era un hombre misterioso. Procedía de un ambiente cultural rico y poseía una mente aguda y analítica, así como un profundo conocimiento de Oriente Medio: sus tradiciones tribales, sus clanes dominantes, sus alianzas fugaces y sus enemistades de sangre. Uno de sus admiradores le llamaba «la reina del juego de ajedrez de Ben-Gurión» mientras sirvió como consejero político de éste. Algunos le comparaban con el astuto cardenal Richelieu, de Francia; otros le veían como un sutil manipulador, un marionetista, un hombre que sabía de qué hilos tirar

entre bambalinas. Shiloah llevaba toda su vida participando en misiones secretas y operaciones encubiertas.

Shiloah, hijo meloso y educado de un rabino, había nacido en la ciudad antigua de Jerusalén. Siempre vestido con formalidad, el joven pulcro y ya algo calvo fue enviado a Bagdad para una misión mucho antes de la creación de Israel. Pasó tres años en Iraq, simulando ser periodista y maestro, y estudiando la política de aquel país. Durante la Segunda Guerra Mundial, negoció con los británicos para establecer un comando judío que saboteara operaciones en la Europa ocupada por los nazis. Ayudó a crear dos unidades de comando especiales de ese tipo: una fue el batallón alemán, equipado con armas y uniformes alemanes, que llevó a cabo audaces misiones tras las líneas enemigas en Europa; el otro era un batallón árabe, cuyos miembros hablaban árabe, vestían como árabes y estaban entrenados para realizar misiones en lo más profundo del territorio árabe. También convenció a los británicos de que dejaran caer en paracaídas a voluntarios judíos de Palestina sobre la Europa ocupada, para organizar la resistencia judía local. Shiloah fue el primero en establecer contacto con la OSS (*Office of Strategic Services*), precursora de la CIA. Justo antes de la guerra de Independencia de Israel, viajó a las vecinas capitales árabes en secreto y se trajo consigo un preciado trofeo: los planes de invasión del ejército árabe.

La necesidad compulsiva de Shiloah de actuar bajo un espeso manto de secreto se convirtió en fuente de mil leyendas. Sus amigos bromeaban diciendo que una vez paró un taxi y el conductor le preguntó: «¿Adónde?». «Es secreto de Estado», respondió Shiloah.

Durante la guerra de Independencia, Shiloah encabezó el servicio de información de política externa. Se trataba de uno de los diversos grupos de inteligencia casi independientes creados antes del nacimiento de Israel. Pero el 13 de diciembre de 1949, Ben-Gurión emitió la orden de establecer «un instituto —en hebreo, *mossad*— para coordinar todas las agencias de inteligencia estatales», que estaría encabezado por Reuven Shiloah.

Sin embargo, tuvieron que pasar dos años más de retrasos y disputas antes de que se creara el Mossad. Los miembros de una unidad de inteligencia conocida como el departamento político, que habían estado recogiendo información en el extranjero y disfrutando de generosas cuentas de gastos y un estilo de vida lleno de glamour, se rebelaron y se negaron a continuar espionando para Israel al enterarse de que iban a dismantelar su unidad e

incorporarla al Mossad. Sólo después de reprenderlos (y despedir a la mayoría de ellos) pudo Shiloah crear el Mossad.

Finalmente le cambiaron el nombre y se acabó llamando Instituto de Inteligencia y Operaciones Especiales, y su lema, elegido de Proverbios 11, 14, era: «Donde no hay dirección sabia, caerá el pueblo; mas en la multitud de consejeros hay seguridad».

Pero ni el nuevo nombre ni el lema eran lo que hacían único al Mossad: Shiloah estaba decidido a conferirle un rasgo excepcional. El Mossad sería no sólo el largo tentáculo de Israel, sino también del pueblo judío entero. En una reunión con sus primeros reclutas, el *ramsad* declaró: «Además de todas las funciones de un servicio secreto, tenemos otra tarea importante: proteger al pueblo judío, esté donde esté, y organizar su inmigración a Israel». Y ciertamente, en los años que siguieron, el Mossad ayudaría en secreto a crear unidades de autodefensa en lugares donde las comunidades judías estaban en peligro: El Cairo, Alejandría, Damasco, Bagdad y algunas ciudades sudamericanas. Se transportaba subrepticamente a los jóvenes militantes judíos a Israel, donde los entrenaban el ejército y el Mossad; se pasaban armas de contrabando a países inestables o enemigos, y se organizaba a los judíos locales, ocultos, en unidades de defensa, creando fuerzas capaces de defender a la comunidad judía de los ataques de una muchedumbre o de grupos armados irregulares, al menos hasta que llegase la ayuda de las fuerzas del gobierno o de organizaciones internacionales.

En los años cincuenta, el Mossad llevó a Israel a decenas de miles de judíos en peligro de los países árabes de Oriente Medio y de Marruecos, y años más tarde, en los ochenta, fue de nuevo el Mossad el que organizó el rescate de los judíos atrapados en el Irán de Jomeini y llevó a cabo el éxodo masivo de los judíos etíopes a Israel. Pero durante su primera operación encubierta en Iraq, se produjo el desastre.

En los grandes almacenes Orosdi Bak de Bagdad, situados en la calle Rashid, un joven llamado Assad atendía el departamento de corbatas. Refugiado palestino, había abandonado su hogar en Acre después de que el ejército israelí tomara esa ciudad. Poco antes de marcharse de Israel, hizo un favor a su primo, que estaba enfermo, y ocupó su lugar como camarero en un café junto al complejo del gobernador militar. Durante una semana, Assad recorrió los pasillos del edificio llevando una bandeja de latón ornamentada y sirviendo diminutas tazas de fuerte café turco a los oficiales del ejército

israelí. Los rostros de algunos de aquellos jóvenes oficiales se le quedaron grabados.

Aquel día, el 22 de mayo de 1951, estaba observando a los clientes que pasaban por los almacenes cuando vio un rostro que le resultaba familiar. «No puede ser —pensó en un principio—, ¡es imposible!». Pero lo cierto era que recordaba al hombre al que estaba viendo: no con camisa y pantalones de verano que llevaba en ese momento, sino con un uniforme caqui. Assad alertó de inmediato a la policía: «¡He visto a un oficial del ejército israelí! ¡Aquí, en Bagdad!».

La policía arrestó enseguida a aquel hombre de aspecto europeo que iba acompañado por un judío iraquí delgado, anodino y con gafas. Este último, llamado Nissim Moshe, le contó a la policía que era un simple funcionario en el centro comunitario judío. «Conocí a este turista ayer en un concierto —explicó—, y me pidió que le enseñara las tiendas». Cuando llegaron al cuartel general, separaron a ambos hombres. Los detectives iraquíes interrogaron brutalmente a Moshe, preguntándole por el hombre que habían identificado como israelí, y él se atuvo a su declaración: había conocido a aquel turista el día anterior y no sabía nada de él. En las oscuras bodegas del cuartel general de la policía, los interrogadores colgaron a Moshe por los pies y luego por las manos, le pegaron y le amenazaron con matarlo. Pero aquel desastrado prisionero parecía no saber nada. Al cabo de una semana de torturas, los iraquíes decidieron que Nissim Moshe era un don nadie y lo soltaron.

El otro prisionero no dejaba de repetir que era iraní y que se llamaba Ismail Salhun; enseñó a sus captores su pasaporte iraní, pero ellos siguieron torturándolo. No parecía iraní y no hablaba ni una sola palabra de persa. Al final prepararon un careo entre él y Assad, el palestino que le había identificado. «Se me heló la sangre en las venas al verlo», dijo más tarde el prisionero, que se derrumbó y confesó: era Yehuda Taggar (Yudke Tadjer), israelí, capitán del FDI. Los detectives le llevaron a su apartamento, rompieron los muebles, hurgaron en las paredes y descubrieron un escondite con documentos: un voluminoso expediente sujeto con cinta adhesiva al fondo de un cajón, en su escritorio.

Y empezó la pesadilla. No sólo para Taggar, sino para toda la comunidad judía de Bagdad.

En dicha ciudad actuaban varias organizaciones clandestinas judías e israelíes, incluyendo una unidad ilegal de emigración, un grupo de

autodefensa y unos cuantos movimientos juveniles y sionistas. Algunos habían sido creados incluso antes que el propio Estado de Israel. En todo Bagdad se ocultaban armas y documentos en diversos escondites, algunos dentro de la propia sinagoga central de Mas'uda Shemtov. Recientemente se habían unido a esos grupos unas pocas redes de espionaje, establecidas a toda prisa antes de la creación del Mossad; la compartimentación era casi inexistente y la caída de una podía hacer caer fácilmente también a todas las demás. Los judíos iraquíes estaban sentados encima de un barril de pólvora: Iraq era el enemigo más infame del joven Estado de Israel y el único que se había negado a firmar un armisticio con éste. Todos los miembros de las redes secretas judías sabían que los iraquíes no mostrarían misericordia alguna, y que su vida pendía de un hilo.

Por ese motivo, Yehuda Taggar había sido enviado allí para desvincular la red de espionaje de las demás. Antiguo oficial de las fuerzas de élite Palmach, Taggar tenía veintisiete años, el flequillo rebelde y la sonrisa fácil. Se trataba de su primera misión en el extranjero y, antes de su captura, había hecho todo lo posible para aislar la red que dirigía de los demás grupos, pero algunos de sus propios hombres estaban todavía involucrados en otras actividades secretas; otro israelí con pasaporte británico auténtico, Peter Yaniv (*Rodney el Hindú*) dirigía una red aparte, pero seguía en contacto con Taggar.

Las comunicaciones de Taggar con Tel Aviv pasaban por el comandante superior de todos los grupos que operaban en Bagdad: un hombre reservado cuya identidad pocos conocían. Su nombre encubierto era Zaki Haviv, pero en realidad se trataba de Mordechai Ben-Porat, israelí de origen iraquí y antiguo oficial en la guerra de Independencia de Israel. Se resistía mucho a volver a Bagdad y estaba a punto de casarse con una joven a la que había conocido en el ejército, pero finalmente cedió a la presión de la comunidad de inteligencia y llevó a cabo su peligrosa misión.

Los días que siguieron al arresto de Taggar, toda la organización secreta se hizo añicos. Las unidades especiales de la policía iraquí arrestaron a muchos judíos. Algunos se derrumbaron al ser interrogados y llevaron a sus captores a sus escondites. Los iraquíes descubrieron documentos que ligaban a determinados judíos con el espionaje. Bajo las losas de la sinagoga de Shemtov, la policía descubrió un enorme alijo de armas, reunido a lo largo de los años y que empezó a formarse después de un sangriento pogromo en 1941, en el cual fueron asesinados 179 judíos, 2.118 quedaron heridos, y centenares de mujeres fueron violadas. El número de armas encontrado

sorprendió a los iraquíes: 436 granadas, 33 pistolas automáticas, 186 revólveres, 97 cargadores de metralletas, 32 dagas de combate y 25.000 cartuchos.

Durante los feroces interrogatorios iraquíes, un nombre fue apareciendo cada vez con mayor frecuencia: Zaki Haviv, el misterioso jefe de los movimientos clandestinos. Pero ¿quién era? ¿Y dónde estaba? Finalmente, un joven e inteligente detective estableció la conexión: Zaki Haviv no podía ser otro que Nissim Moshe, el hombre vulgar al que habían arrestado con Taggar y luego soltado. Un montón de agentes asaltó la casa de Moshe, pero no encontraron a nadie. Se llevó a cabo una persecución de proporciones épicas por todo Bagdad, pero Zaki Haviv había desaparecido.

En realidad, estaba en el único lugar donde a la policía ni se le había ocurrido buscarle. Estaba... en la cárcel.

Un par de días después de su liberación tras el arresto inicial con Taggar, despertaron a Ben-Porat golpeando su puerta con fuerza.

—¡Abran, policía! —gritaron los agentes.

Ben-Porat pensó que había llegado su fin. La casa no tenía salida posterior y ya no había nadie en Bagdad que pudiera salvarle. Comprendió que para un hombre en su posición no podía haber otro veredicto en los tribunales iraquíes que el cadalso. Se resignó y abrió la puerta. Fuera se encontraban dos oficiales de policía.

—Está usted arrestado —dijo uno.

Ben-Porat fingió sorpresa.

—Pero ¿qué he hecho yo?

—Bah, nada grave —contestó el policía—. Sólo un accidente de coche. Ahora, vístase.

Ben-Porat no podía creer lo que estaba oyendo. Se había olvidado por completo del accidente en el cual se había visto involucrado unos meses antes. Había ignorado las citaciones del tribunal y ahora debía enfrentarse a la justicia iraquí. El juicio fue rápido, apenas duró una hora, y el juez le sentenció a dos semanas en prisión. Así, mientras un ejército de agentes iraquíes en plena alerta le buscaba, Zaki Haviv estaba pagando su deuda con la sociedad en una cárcel de Bagdad.

Dos semanas antes de su liberación, debían llevarle al cuartel general para tomarle las huellas dactilares y hacerle unas fotos. Haviv Sabía que si ocurría tal cosa estaba perdido: le identificarían y aquella vez la sentencia no sería de dos semanas. Iba andando con sus dos guardias por las calles de Bagdad hasta el cuartel general, que se hallaba a cierta distancia. De camino pasaron por el atestado zoco de Shurja, un mercado exótico repleto de diminutos tenderetes oscuros, comerciantes que pregonaban sus mercancías a gritos y callejuelas estrechas y serpenteantes. En el momento que le pareció adecuado, Ben-Porat empujó a sus guardias a un lado, se internó entre la multitud y se esfumó. Los policías ni siquiera intentaron buscarle. Después de todo, le iban a soltar al cabo de menos de una hora, así que, ¿para qué preocuparse?

Pero cuando informaron de aquel incidente, se desencadenó toda la furia del infierno. ¡Habían dejado escapar a Zaki Haviv, el hombre más buscado de todo Iraq! La prensa de la oposición lo averiguó y atacó la ineptitud del gobierno con llamativos titulares. «¿Dónde está Haviv?», preguntaba un periódico, y respondía: «Haviv... ¡en Tel Aviv!».

En Tel Aviv, los superiores de Ben-Porat prepararon meticulosamente su huida de Iraq. Mientras se escondía en casa de un amigo, se puso en marcha el atrevido plan. En aquel momento estaba ya en funcionamiento un gigantesco puente aéreo para llevar a toda la comunidad judía de Iraq a Israel, vía Chipre. Unos 100.000 judíos huían de Iraq en enormes aviones que despegaban casi cada noche.

La noche del 12 de junio, Ben-Porat se puso sus mejores galas y llamó a un taxi. Sus amigos le habían empapado bien en *arrack* (el licor local), así que, apestando a alcohol, se dejó caer en el asiento de atrás y fingió que se dormía. El conductor ayudó a salir de su vehículo a su cliente dormido en una callejuela detrás del aeropuerto de Bagdad y se fue. Una vez solo, Ben-Porat corrió a la verja del aeropuerto (sabía exactamente por dónde la habían cortado) y se deslizó al interior. Ya en la pista, un avión acababa de embarcar a todos sus emigrantes y estaba empezando a rodar para el despegue. De repente, el piloto apuntó con sus faros a la torre de control y cegó momentáneamente a los controladores. El avión cogió velocidad, su puerta trasera se abrió tres metros por encima del suelo y apareció una cuerda colgando. Ben-Porat surgió de la oscuridad, echó a correr, agarró la cuerda y lo subieron al avión, que despegó de inmediato. Ni la tripulación de tierra ni los pasajeros se dieron cuenta de la huida, que parece sacada directamente de una película de acción.

Mientras el avión sobrevolaba la ciudad, sus luces se encendieron y se apagaron tres veces. «Alabado sea Dios», murmuró un grupito de hombres reunidos en un terrado. Su amigo estaba sano y salvo, ya en camino.

Unas pocas horas más tarde Haviv estaba realmente en Tel Aviv.

Se casó con su novia y en los años que siguieron volvió a la política, llegó a ser miembro del parlamento, ministro, y hoy en día es un líder venerado de los judíos iraquíes en Israel.

Los que quedaron atrás no tuvieron tanta suerte. Muchos judíos fueron arrestados, golpeados y torturados. Taggar y veintiuno más fueron juzgados por subversión. Dos importantes judíos de Bagdad, Shalom Salach y Joseph Batzri, fueron acusados de posesión de explosivos y armas y sentenciados a muerte.

Poco después de que empezara su juicio, despertaron a Taggar en medio de la noche y encontró su celda llena de policías.

—Te vamos a colgar esta noche —le informó el investigador jefe.

—¡Pero no podéis ahorcar a un hombre sin juicio! —protestó Taggar.

—¿Ah, no? Ya lo sabemos todo sobre ti: eres oficial israelí, eres un espía... No necesitamos saber nada más.

Un rabino barbudo entró, se sentó junto a Taggar y le leyó unos salmos. A las tres y media de la madrugada, los guardias se lo llevaron a la cámara de ejecución. Él iba andando entre ellos, anonadado. Sólo unas semanas antes había visitado a su familia en Jerusalén y en el camino de vuelta había disfrutado de los placeres de París y Roma. Y ahora iba a colgar de una cuerda.

Los iraquíes le hicieron firmar diversos formularios (la burocracia continúa en marcha incluso en esos momentos) y luego el verdugo le quitó los anillos y el reloj. Taggar pidió que su cuerpo fuese enviado a Israel. El verdugo le hizo ponerse de pie encima de una trampilla y le ató unos sacos de arena a los pies. Se vio obligado a ponerse de espaldas al verdugo, que le colocó la soga en el cuello y agarró la manivela que controlaba la trampilla. Taggar rechazó la capucha negra que intentaron ponerle en la cabeza. El verdugo miró a su oficial al mando, que permanecía firmes junto con otros oficiales frente al hombre que iba a morir. Taggar pensó en su familia, en su Jerusalén natal y en la vida que podía haber llevado. «¿Se me romperá el

cuello?», se preguntó, y sintió que un terror absoluto se apoderaba de todo su ser.

Y luego, de repente, los oficiales se fueron. Taggar fue apartado de la trampilla y el verdugo, con el ceño fruncido, le quitó los sacos de arena de los pies y el nudo corredizo del cuello, al tiempo que murmuraba que había perdido su paga aquella noche. Taggar se dio cuenta de que no iba a morir. Todo, hasta el más pequeño detalle, había sido un ardid. Esperaban que se derrumbase y que revelase más detalles sobre sus cómplices. Pero en aquel momento, mientras le volvían a llevar a su celda vivo aún, Taggar tuvo la certeza de que no moriría en una prisión iraquí. Sus amigos le sacarían de allí.

Cuando acabó el juicio le sentenciaron a muerte, pero su sentencia fue conmutada de inmediato por cadena perpetua. Batzri y Salach fueron ahorcados. Pasaron su última noche en la Tierra con Taggar, que intentó animarles.

Luego empezó para Yudke un vía crucis al que de alguna manera consiguió sobrevivir. Estuvo en diversas prisiones iraquíes en compañía de asesinos, prisioneros políticos y carceleros sádicos, pero seguía convencido de que no moriría en cautividad. ¡Algún día sería libre!

Tuvo que esperar nueve años. En 1958, el general Abdul Karim Kassem se hizo con el poder tras un golpe de Estado y asesinó al primer ministro iraquí y a la familia real. Dos años más tarde, sin embargo, algunos de sus colaboradores más cercanos tramaron un plan para asesinarle (cosa que conseguirían hacer unos años después). El Mossad se enteró del complot y el *ramsad* estableció de inmediato contacto con los fieles a Kassem y les propuso un trato: les daría los nombres de los conspiradores a cambio de la libertad de Yehuda Taggar.

Taggar estaba en su oscura y lúgubre celda cuando sus carceleros se acercaron con ropa caqui. «¡Póntela! —le ordenaron—. Te vas a Bagdad».

Un coche de policía llevó al estupefacto Taggar al palacio real y varios soldados le escoltaron hasta una enorme oficina. Detrás de un escritorio muy ornamentado se encontraba una figura familiar: el presidente Kassem en persona. Taggar se dio cuenta de repente: ¡le iban a dejar libre! Kassem pasó un buen rato examinando la cara del israelí.

—Dígame —dijo finalmente—, si se declarase la guerra entre Iraq e Israel, ¿lucharía usted contra nosotros?

—Cuando vuelva a mi país —respondió Taggar—, haré todo lo que pueda para promover el entendimiento y la paz entre Israel y los Estados árabes. Pero si estalla la guerra, lucharé por Israel, igual que usted ha luchado varias veces por su país.

A Kassem debió de gustarle aquella respuesta. Se levantó.

—Cuando vuelva a su país —declaró—, díglele a su gente que Iraq ahora es un Estado independiente. Ya no seremos nunca más lacayos del imperialismo.

Desde palacio, un coche llevó a Taggar al aeropuerto. Aún no podía creer lo que estaba ocurriendo. Le metieron en un avión hacia Beirut, luego voló a Nicosia, en Chipre, y finalmente aterrizó en Israel. En el aeropuerto le esperaban sus amigos y colegas. Pensaban que encontrarían a un hombre roto, un desecho humano..., pero el hombre que bajó de aquel avión era el mismo al que habían conocido hacía más de nueve años, vigoroso, extrovertido y sonriente. «¿Cómo lo has conseguido? —le preguntaron—. ¿Cómo has conseguido conservar la cordura, el optimismo?». «Sabía que me sacaríais de allí», se limitó a decir Yudke.

Al devolver a Taggar a casa, los jefes del Mossad se habían atenido a otro de los principios forjados ya desde su comienzo: no escatimar esfuerzos, medios ni sacrificios para recuperar a su gente.

En Israel Taggar se casó, formó una familia y después de una brillante carrera diplomática en el extranjero, acabó trabajando como profesor universitario.

Reuven Shiloah no estuvo implicado en absoluto en la tragedia de Bagdad. Sin embargo, a finales de 1952, dimitió y fue reemplazado por una estrella recién aparecida en el sombrío mundo de los servicios secretos de Israel.

El Pequeño Isser.

CAPÍTULO CUATRO

Un topo soviético y un cadáver en el mar

Ze'ev Avni suspiraba por llegar a ser agente del Mossad.

Al llegar al cuartel general del Mossad un lluvioso día de abril de 1956, deseaba con todo su corazón salir de allí como empleado de la organización. Durante años había intentado ser uno de los pocos seleccionados y ése había sido el objetivo fundamental de su vida.

Nacido como Wolf Goldstein en Riga, Letonia, se crió en Suiza, sirvió en el ejército suizo durante la Segunda Guerra Mundial y emigró a Israel en 1948. Allí se cambió el nombre al hebreo Ze'ev Avni y, tras un par de años viviendo y trabajando en el kibutz Hazorea, pasó a trabajar en el Ministerio de Asuntos Exteriores y fue enviado a Bruselas. Afable, muy leído, hablaba varios idiomas y había seducido a sus superiores con sus modales y su diligencia, así como con su disposición a ofrecerse voluntario para cualquier tarea, especialmente las relacionadas con el Mossad. Cuando se necesitaba un diplomático para un trabajo como correo secreto, para un viaje urgente a otra ciudad o para entregar documentos clasificados a una unidad clandestina del Mossad en cualquier lugar de Europa, Avni era el primero en ofrecerse. Su frecuente colaboración informal con el Mossad le convirtió en uno de sus hombres en Europa, y esa colaboración se hizo más intensa cuando fue trasladado a la embajada de Israel en Belgrado, Yugoslavia. En diversas cartas al *ramsad* Isser Harel, Avni sugería establecer un centro de operaciones del Mossad en dicha ciudad. Harel se negó: el Mossad no tenía necesidad alguna de establecer un centro de operaciones en Yugoslavia. Pero Avni no se rindió. En abril de 1956 volvió a Israel en visita privada y pidió ver al *ramsad*. Se le concedió su petición y llegó el día en que iba a reunirse con Isser Harel por primera vez.

Tenso y nervioso, entró en el despacho de Harel, ubicado en una casa vieja de la antigua colonia alemana en Tel Aviv. Harel había sido nombrado *ramsad* hacía menos de cuatro años, pero ya era una leyenda. La gente

admiraba y temía a aquel hombre bajito y enigmático; por los oscuros pasillos del Mossad se propagaban historias sobre él, algunas falsas y otras verdaderas. Avni había oído algunas cosas sobre Harel, a quien llamaban Pequeño Isser para distinguirlo del famoso Gran Isser. Avni temía aquel encuentro, dados los rumores que corrían sobre la tozudez, los modales bruscos y la fantástica intuición del Pequeño Isser.

Pero el hombre que recibió a Avni en su monástico despacho, bajo, delgado y calvo, con pantalones caqui y una camisa de manga corta, era afable y hablaba con cortesía. Admitió sentirse impresionado por el porte y los conocimientos políticos de Avni. Le preguntó el motivo de su visita a Israel en aquel momento, y Avni le explicó que la hija que había tenido de su primer matrimonio le había pedido que fuera a verla.

—¿Qué edad tiene su hija? —le preguntó Isser, sonriente.

—Ocho años.

—¿Ocho? —Isser parecía sorprendido.

Le resultaba extraño, al parecer, que un diplomático volviera a casa desde el extranjero porque su hija pequeña le llamaba. Avni le explicó entonces con detalle la compleja relación que tenía con su primera mujer, su hija y su mujer actual. Isser se impacientó, le cortó y le informó de que no instalarían ningún centro de operaciones del Mossad en Belgrado. En cuanto al futuro de Avni, le dijo:

—Ya veremos después de que complete su servicio en Yugoslavia.

Avni quedó desolado.

Sin embargo, antes de irse, Isser se ofreció a reunirse con él de nuevo al cabo de un par de días.

—Pero no en este edificio —añadió—; hay demasiada gente entrando y saliendo. Nos veremos en mi oficina secreta en el centro; mi chófer le llevará hasta allí.

Todavía había esperanzas, pensó Avni. En otro caso, ¿por qué iba a querer verle de nuevo Isser?

Unos pocos días más tarde, Avni entraba en un apartamento anodino en el centro de Tel Aviv. Ahora ya no tenía motivo alguno para temer a Isser; después de todo, se había mostrado muy amistoso en su primer encuentro.

Isser le esperaba y le condujo a una sala grande: las paredes vacías, un escritorio, un par de sillas, las ventanas cerradas. Avni se sentó e Isser de repente se convirtió en una verdadera fiera. Su rostro se contorsionó, golpeó la mesa con los puños y rugió:

—¡Usted es un agente soviético! ¡Confiese! ¡Confiese! —Y volvió a repetir—: ¡Confiese! —Siguió aporreando el escritorio con los puños cerrados, y continuó gritando—: ¡Sé que le han enviado los soviéticos! ¡Sé que es un espía! ¡Confiese!

Avni, estupefacto, se quedó paralizado. Era incapaz de decir una sola palabra.

—¡Confiese! Si coopera conmigo intentaré ayudarle, pero si no...

El corazón de Avni latía desbocado en su pecho. Estaba cubierto de sudor frío y notaba la lengua pesada como el plomo. Estaba seguro de que había llegado su momento final y de que Isser haría que le matasen.

Finalmente, reunió la fuerza suficiente para pronunciar unas pocas palabras.

—Lo confieso —murmuró—. Trabajo para los rusos.

Isser abrió una puerta oculta y entraron dos de sus mejores agentes y un oficial de policía. El oficial arrestó a Avni y se lo llevaron a un lugar donde realizaban los interrogatorios. Entonces, poco a poco, fue revelando su identidad y su verdadero objetivo. Ferviente comunista desde adolescente, fue reclutado por el GRU soviético (el servicio de espionaje del Ejército Rojo) mientras aún vivía en Suiza y espió para la Unión Soviética durante la Segunda Guerra Mundial. Poco después le aconsejaron que emigrase a Israel y esperase. Se iba a convertir en topo a largo plazo. Durante muchos años esperó un mensaje de Moscú, pero los enlaces de los espías rusos esperaron a contactar con él cuando fue enviado a Bruselas. Allí les entregó información importante sobre los tratos entre Israel y la industria de armamento de la FN (fábrica nacional de armas) en Bélgica, les pasó los códigos del Ministerio de Exteriores israelí e incluso les reveló el nombre de dos ex nazis alemanes que espían para Israel en Egipto. Para sorpresa de sus jefes, los dos alemanes fueron expulsados a toda prisa de Egipto. Pero eso no bastó a los funcionarios rusos al mando de Avni: querían que su hombre se infiltrase en el Mossad. Por eso Avni lo había intentado con tanto entusiasmo hasta el momento en que Isser gritó: «¡Confiese!».

Y cuando confesó, no sabía lo más sorprendente: ¡podía haber escapado de la trampa que le había tendido Isser completamente libre! El *ramsad* no tenía ni la menor prueba que le acusara, ni un solo indicio de que Avni fuese un espía, sólo sospechas. Es cierto que, tiempo atrás, alguien le había mencionado que Avni fue expulsado de su kibutz por sus opiniones comunistas. Pero ¿espía soviético?

Isser había actuado por pura intuición. Los incesantes esfuerzos de Avni para unirse al Mossad, la visita a su hija, algo extraña, sus intentos de convencer a Isser para que estableciese un centro de operaciones del Mossad en Belgrado... Todos esos hechos de poca importancia se mezclaron en la mente aguda de Isser y le llevaron a una conclusión poco probable: un topo, un traidor, casi había penetrado en el sanctasanctórum de Israel.

En su juicio, Avni realizó una confesión completa y fue sentenciado a catorce años de cárcel. Salió en libertad bajo fianza al cabo de nueve, se convirtió en un ciudadano modelo y se hizo psicólogo. Isser contó a su biógrafo que Avni fue el espía más peligroso que capturó Israel, pero también el «más encantador»; hablaba con mucha calidez de él y le llamaba «el caballero espía».

El propio Avni nos contó que a lo largo de los años, algunos de los funcionarios de alto rango y oficiales que le habían interrogado en el Shabak (equivalente aproximado del FBI norteamericano) se convirtieron en buenos amigos suyos.

La operación Pigmalión, como llamaron al asunto Avni, fue durante muchos años uno de los secretos mejor guardados del Mossad, aunque para los pocos que estaban en el ajo era una prueba más del sorprendente instinto de Isser.

Pero ¿quién era ese Pequeño Isser? Taciturno, tímido, tozudo como una mula, se decía que había nacido en la antigua ciudad fortaleza de Dvinsk, en la Rusia imperial; se decía también que había emigrado a Israel a los 18 años y que llevaba en la mochila una hogaza de pan, en el interior de la cual había escondido un revólver. El Pequeño Isser se estableció primero en el kibutz Shefayim, donde se casó con una alegre amazona, Rivka. Duro, obstinado y enérgico, dejó el kibutz por motivos desconocidos con su mujer, un hijo y la camisa que llevaba puesta. Durante la Segunda Guerra Mundial se unió a la Haganá y pronto llegó a ser jefe del departamento judío del Shai, que seguía la pista a traidores y disidentes. Los «disidentes» eran miembros del grupo

Irgun y del Stern, dos organizaciones clandestinas de derechas que se oponían a la autoridad y la política de David Ben-Gurión y la comunidad organizada judía. Tras la expulsión del Gran Isser, el Pequeño Isser se convirtió en jefe del servicio de seguridad interno, el Shabak.

El Mossad apenas había empezado a funcionar cuando, repentinamente, Ben-Gurión aceptó la dimisión de Reuven Shiloah y nombró a Isser jefe del Mossad. El motivo oficial del cambio era un accidente de tráfico que había incapacitado a Shiloah, según se dijo, pero en el Mossad se rumoreaba que Isser había conseguido que echaran a Shiloah después de convencer a Ben-Gurión de que el *ramsad* era un hombre muy erudito y simpático, pero incapaz de dirigir a los agentes y llevar a cabo operaciones secretas.

Con Isser, la estructura de inteligencia adquirió la que sería su forma definitiva. Se compondría de cinco servicios: el Mossad, el Shabak, el Aman (inteligencia militar), la rama especial de la policía y la división de investigación del Ministerio de Exteriores. De todos estos, sólo el Mossad, el Aman y el Shabak eran importantes; los otros dos no estaban tan bien considerados. Los directores de los cinco servicios y sus colaboradores formaban el «Comité de jefes de servicio». Isser fue nombrado presidente de ese comité. Ben-Gurión creó también un título especial para él: *memunneh*, jefe ejecutivo a cargo de los servicios de seguridad. Cuando el Pequeño Isser, recién nombrado, se hizo cargo de su nuevo puesto, Ben-Gurión observó:

—Por supuesto, continuarás dirigiendo el Shabak, incluso ahora que tienes el Mossad.

Isser eligió a un nuevo director del Shabak, pero el control global tanto del Mossad como del Shabak seguía en sus manos. De ese modo, el Pequeño Isser se convirtió en la estrella del servicio secreto de Israel.

El asunto Pigmalión fue una de las diversas operaciones clave que dirigió Isser en el primer año de existencia de Israel, sobre todo contra espías soviéticos, muchos de los cuales fueron capturados, encarcelados o expulsados.

Pero no todos los espías trabajaban para los soviéticos, y no todas las historias de espías tuvieron un final feliz.

Una tarde de principios de diciembre de 1954, un solitario avión de carga describía círculos sobre el Mediterráneo oriental. Cuando sus pilotos se aseguraron de que no había barcos a la vista en la zona, una de las puertas del aparato se abrió y dejaron caer algo al mar: un cadáver.

El avión dio media vuelta y, una hora más tarde, aterrizó en Israel, marcando así el fin de la operación Ingeniero (no es el nombre real), una operación que fue ultra-confidencial durante más de cincuenta años.

En 1949 llegaron a Haifa tres hermanos de una familia judía de Bulgaria. El mayor, Alexander Israel, se acababa de graduar en la escuela de Ingeniería de Sofía. Se alistó en el ejército, llegó al rango de capitán y fue enviado a la marina israelí. El capitán Israel era un joven guapo y extraordinariamente encantador; estaba muy bien considerado por sus superiores y se le asignó una investigación de máximo secreto sobre guerra electrónica y desarrollo de nuevas armas. Tras obtener una autorización de alta seguridad, tuvo acceso a parte del material más sensible. Se cambió su nombre de pila por el hebreo Avner y en 1953 se casó con Matilda Ardit, una joven muy guapa de origen turco. La joven pareja se estableció en Haifa, cerca de la base naval más importante de Israel. Matilda estaba muy enamorada de su carismático marido, pero no era consciente de los aspectos menos encantadores de su personalidad.

No sabía que tenía un largo y variopinto expediente policial. Avner Israel estaba acusado de alquilar simultáneamente el mismo apartamento a más de un inquilino, de fingir que era representante de una empresa que fabricaba frigoríficos y recibir los plazos de compra de unos frigoríficos que nunca se entregaron, y otros asuntos semejantes. Uno de los casos llegó a los tribunales y fue convocado para el juicio el 8 de noviembre de 1954.

Matilda, que estaba esperando un hijo, no sabía nada de los fraudes de su marido, ni tampoco de su aventura con una bonita secretaria del consulado italiano en Haifa. Avner incluso le pidió que se casara con él, y la chica italiana accedió con una condición: que primero se convirtiera al catolicismo.

Para el joven Avner aquello no suponía un grave problema. Ya se había convertido antes, en Bulgaria, cuando se vio obligado a casarse con otra chica cristiana a la que había seducido. La familia de ella, furiosa, exigió (casi a punta de pistola) que se convirtiera y se casara con la muchacha. Poco después de la boda él huyó de Sofía, su mujer se suicidó y luego él regresó a Sofía y al judaísmo. En esta ocasión, volvió a hacer lo mismo. Viajó a Jerusalén con su amada, fue bautizado en el convento de Tierra Santa y se cambió el nombre a Ivor. Con unos documentos proporcionados por la Iglesia, el encantador capitán se registró en el Ministerio del Interior y se emitió un pasaporte con su nuevo nombre, Alexander Ivor.

Él y su novia italiana fijaron la fecha del 7 de noviembre de 1954 para su boda. El juicio de Haifa se iba a celebrar el 8 de noviembre. Avner Israel, alias Alexander Ivor, no tenía intención alguna de presentarse en ninguno de los dos compromisos. Había llegado el momento de desaparecer.

A finales de octubre, el capitán Israel obtuvo un permiso de dos semanas. No tenía visado de salida, pero Alexander Ivor sí que lo tenía, así como un montón de documentos, algunos auténticos, otros falsos. Compró un billete de avión para Roma y el 4 de noviembre se fue. Ni su mujer ni su «prometida» sabían nada de su partida. Al desaparecer su «prometido», la mujer italiana inició una búsqueda ansiosa. Finalmente, acudió a la policía de Haifa; con su ayuda descubrió su dirección y al presentarse allí descubrió conmovida a la señora Matilda Israel, embarazada de siete meses.

Avner Israel desapareció en Roma, aunque no por mucho tiempo. El agente residente del Mossad en la ciudad tenía buenas fuentes de información entre la comunidad diplomática árabe de Italia. El 17 de noviembre llegó un cable urgente al cuartel general del Mossad en Tel Aviv: «Un oficial israelí, Alexander Ivor, o Ivon, o Ivy, está aquí, intentando vender información militar al agregado militar egipcio».

El *ramsad* y el nuevo jefe del Shabak, Amos Manor, unieron sus fuerzas para averiguar quién era. Al cabo de pocos días descubrieron su identidad y se sintieron consternados al ver que se trataba de un oficial naval israelí. Un nuevo telegrama de Roma resultó incluso más preocupante: el agente del Mossad informaba de que Israel había vendido a los egipcios los planes detallados de una enorme base del FDI en Israel, y que éstos le habían pagado 1.500 dólares que luego él depositó en el banco Credit Suisse. Se decía que había prometido dar más información a los egipcios y accedido a volar a Egipto para proporcionarla.

Pocos días después llegó otro telegrama: «La embajada Egipcia ha encargado a la compañía TWA dos billetes para El Cairo para finales de noviembre. Al parecer, los dos pasajeros serán el agregado militar egipcio y el oficial israelí».

En el cuartel general del Mossad sonó la señal de alarma. Para Isser, había una enorme diferencia entre vender información a un agregado militar en un país extranjero y la transferencia de aquel mismo informante a la capital de Egipto, donde sería interrogado por expertos que podían obtener de él

información mucho más detallada y peligrosa. Isser estaba decidido a impedir a toda costa que Avner Israel volase a El Cairo.

Decidió despachar a Roma a su equipo de operaciones. En aquellos primeros tiempos, el Mossad no tenía todavía un departamento de operaciones, y usaba la unidad operativa del Shabak. Su comandante, Rafi Eitan, uno de los mejores agentes que tenía Israel, era una leyenda entre sus hombres. Nacido en un kibutz, era un hombre pequeño y grueso, con gafas, muy alegre, pero también osado, creativo e implacable. Luchador del Palmach en los años que precedieron a la independencia, se había implicado mucho en Aliya Bet, la organización secreta que pasaba clandestinamente a los judíos a Palestina a pesar de las restricciones británicas. Tenían que huir de Europa en barcos destartados, eludir los buques de guerra británicos que recorrían las costas de Palestina, atracar en playas desiertas y luego mezclarse con la población local judía. La hazaña más famosa de Rafi fue volar la instalación de radar británica en el monte Carmelo, junto a Haifa, que detectaba la aproximación de los barcos de Aliya Bet. Para llegar hasta el radar, Rafi tuvo que reptar por unas alcantarillas repulsivas y se ganó el sobrenombre de «Rafi el Apestoso». Sus actividades futuras durante la guerra de Independencia confirmaron su valor, su astucia y su inteligencia. Cuando Isser reunió su equipo operativo, reclutó a gente de diversos entornos: supervivientes del Holocausto, veteranos del Palmach y la Haganá, antiguos miembros del Irgun y del grupo Stern, militantes derechistas a los cuales había perseguido durante las luchas pre-estatales... (Uno de los reclutas del Mossad fue Yitzhak Shamir, antiguo líder del grupo Stern y futuro primer ministro).

Rafi fue nombrado jefe del equipo operativo.

Partió hacia Roma junto con los agentes Raphael Medan y Emmanuel (*Emma*) Talmor. Poco después se les unieron otros agentes e inmediatamente prepararon una emboscada en el aeropuerto de Fiumicino en Roma. En la última reunión antes de su partida, Isser les había ordenado que detuvieran a Avner Israel en el aeropuerto. «No debe subir a ese avión. Fingid una pelea, dejadle aturdido, herido si es necesario. Y si falla todo lo demás... ¡disparad a matar!».

Ésa era la primera vez que se les otorgaba a los agentes israelíes licencia para matar.

Pero el ataque en el aeropuerto no tuvo lugar: al parecer, la información sobre el viaje a Egipto era errónea. Israel se quedó en Roma un tiempo y

luego, de repente, se fue y empezó a viajar por Europa, con el equipo de Eitan siguiéndole los pasos. Como si intentara zafarse de aquellos que le perseguían, fue a Zurich, Ginebra, Génova, París, Viena...

Y luego, de repente, el capitán Israel desapareció. Los agentes del Mossad lo buscaron por todas partes y no lo encontraron. Pero la suerte que solía acompañar a Rafi Eitan le ayudó también en esa ocasión. En Viena se encontraba un enviado israelí de una organización secreta, Nativ, cuya misión era facilitar el vuelo de judíos desde Rusia y el bloque del Este, para llevarlos a Israel. El hombre de Nativ mantenía estrechos vínculos con el Mossad. Un día de diciembre su esposa, de nacionalidad búlgara, resultó tener una sorpresa para él.

—No te lo creerás —le dijo, sonriendo—. Esta mañana iba andando por la calle y me he tropezado con un amigo de Sofía. No le había visto desde hacía años. ¡Fuimos juntos al colegio, a la misma clase! Qué coincidencia, ¿no te parece?

—¿Ah, sí? ¿Y cómo se llama?

—Alexander Israel. Hemos quedado mañana para comer.

El enviado de Nativ sabía que Eitan estaba buscando a un hombre que correspondía con la descripción de su mujer, y le alertó enseguida. Al día siguiente, dos agentes del Mossad fueron a comer al mismo restaurante y se sentaron no lejos de donde Alexander Israel y su amiga de la infancia compartían sus recuerdos. Cuando Israel se despidió de la esposa del hombre de Nativ, se pegaron a él como su sombra.

Pocos días después, Alexander Ivor subió en un avión de Austrian Airlines en dirección a París. En el asiento contiguo iba una mujer joven y atractiva. Ivor, que era un mujeriego redomado, inició una conversación con ella, y ella le respondió encantada. Decidieron verse de nuevo en París y salir juntos. Justo antes de aterrizar, ella se volvió hacia el militar.

—Unos amigos míos vienen a buscarme al aeropuerto. ¿Quiere unirse a nosotros? Seguro que habrá sitio en el coche.

Ivor estaba encantado. En el aeropuerto, dos caballeros bien vestidos esperaban a la dama. Los cuatro se subieron en un coche y se dirigieron a París. Ivor iba junto al conductor. Ya se había hecho de noche; el conductor vio a un hombre que estaba de pie en un cruce mal iluminado, haciendo señas como si quisiera que le llevaran.

—Vamos a cogerle —dijo.

Detuvo el coche y de repente el «autoestopista» y otro puñado de hombres que emergieron de las sombras rodearon el vehículo, mientras otro automóvil se detenía detrás de ellos.

—¡Nos van a secuestrar! —gritó Ivor.

De repente, el hombre que iba tras él le agarró por la garganta. Ivor luchó frenéticamente, intentando soltarse de la presa de su atacante. La portezuela del coche se abrió y el hombre que estaba de pie fuera saltó sobre Ivor y le redujo. Luego sacó una pistola y gritó en hebreo:

—¡Otro movimiento más y estás muerto!

Ivor se quedó paralizado. Una mano que sujetaba un trapo empapado en cloroformo le tapó el rostro, e Ivor se sumió en un sueño profundo.

Lo llevaron a escondidas a un piso franco en París, donde Rafi Eitan y sus hombres lo interrogaron. Admitió que había vendido documentos secretos a los egipcios y que lo había hecho por dinero. Desde Israel, Isser telegrafió una orden para llevarlo de vuelta. Incluso el traidor más miserable, creía, debía someterse a juicio, y había que respetar sus derechos legales. Eitan y sus hombres drogaron a Avner, lo metieron en una caja de embalaje grande y lo introdujeron en un avión de carga israelí Air Force Dakota, que volaba una vez a la semana desde París hasta Tel Aviv.

El camino a casa fue largo y extenuante. El avión tuvo que repostar en Roma y Atenas. Un doctor muy conocido, un anestesista llamado Yona Elian, voló con el grupo. Cada vez que aterrizaban y despegaban, el doctor inyectaba un somnífero a su pasajero. Después del despegue en Atenas, sin embargo, se produjo el desastre. Avner Israel, inconsciente, empezó de pronto a respirar agitadamente, se le aceleró el pulso y sus latidos cardíacos se volvieron irregulares. El doctor Elian hizo esfuerzos hercúleos para estabilizarle y controlar el ataque, e incluso intentó revivir al hombre, sacudido por las convulsiones, mediante la respiración artificial, pero no sirvió de nada. Mucho antes de que el avión aterrizase en Israel, el prisionero había muerto.

Inmediatamente después del aterrizaje, los agentes del Mossad llamaron a Isser y le informaron de la muerte de Israel. El *ramsad* ordenó que dejaran el cuerpo en el avión y le dijo al piloto que despegara de nuevo. Lejos de la costa de Israel, el cuerpo fue arrojado desde el avión.

Este fallo inesperado provocó una gran conmoción en el cuartel general del Mossad. Isser corrió a la oficina del primer ministro Moshe Sharett y le pidió que nombrase un comité que investigase la muerte del oficial. Sharett nombró un comité de dos hombres, que exoneró a los agentes del Mossad de todo cargo. Lo único que habían hecho, afirmó el comité, era llevar a juicio al hombre; no se les podía culpar por su muerte. El motivo principal de esta parecía ser una sobredosis de los somníferos que le inyectó el doctor. Cuando se le preguntó años después, el médico afirmó que la muerte la causaron cambios abruptos en la presión atmosférica dentro del avión. (En 1960 participó, también como anestesista, en la captura de Eichmann en Argentina).

Los hombres de Isser examinaron los documentos de Avner Israel y descubrieron declaraciones juradas y cartas de recomendación de la Iglesia Católica en Jerusalén. Después de vender sus secretos a los egipcios, había planeado escapar a Sudamérica. En sus maletas, los agentes encontraron un billete de barco para ir a Brasil.

El siguiente problema al que tuvo que enfrentarse Isser fue la familia de Israel. Tendría que haber llamado a Matilda y haberle explicado toda la verdad, pero los jefes del Mossad, avergonzados por el triste fin del asunto, prefirieron enterrar la historia y obtuvieron el pleno apoyo del primer ministro Sharett. El Mossad filtró a la prensa historias inventadas sobre el capitán Avner Israel, que indicaban que había escapado de Israel después de verse entrampado con deudas personales y aventuras románticas. Los periódicos publicaron las noticias con grandes titulares.

Durante muchos años Matilda, los hermanos de su marido y su hijo, Moshe Israel-Ivor, permanecieron en la ignorancia sobre lo que había ocurrido. Creían que él vivía todavía en algún sitio, quizá en Sudamérica. Esa mentira era imperdonable.

El primer fracaso de esa misión fue la forma en que trataron a Israel, aunque fuese un traidor; el segundo fue la conspiración de silencio, la supresión del nombre de Israel de los registros militares, el engaño del Mossad a su mujer y sus hermanos. Rafi Eitan y diversos funcionarios del Mossad objetaron con vehemencia la decisión del *ramsad* de arrojar el cuerpo al mar y engañar a la familia, pero tenían las manos atadas. «En aquellos tiempos, el Pequeño Isser era el Señor Seguridad —nos dijo Eitan—. Era gobernante absoluto de todos los servicios secretos, y la inteligencia jamás discutió sus decisiones».

La publicación de esta historia, años más tarde, demuestra lo difícil que es borrar la existencia de una persona. Incluso tras su muerte, a veces nos hablan desde la tumba.

CAPÍTULO CINCO

«Ah, ¿eso? Es el discurso de Kruschev...».

Todo empezó con una aventura amorosa.

En la primavera de 1956, Lucia Baranovski estaba perdidamente enamorada de un guapo periodista, Victor Grayevski. Su matrimonio con el viceprimer ministro de la Polonia comunista funcionaba mal, y ya apenas se veían. Lucia trabajaba como secretaria de Edward Ochab, secretario general del Partido Comunista Polaco, y los miembros del personal se habían ido acostumbrando a las frecuentes visitas del encantador Victor a su adorable novia. Los sentimientos de Lucia por aquel apuesto joven no constituían ningún secreto.

Victor era editor de la Agencia Polaca de Noticias (PAP), donde se encargaba de los asuntos soviéticos y de Europa del Este. En realidad era judío y su nombre real era Victor Shpilman. Pero años atrás, cuando se unió al partido comunista, sus amigos le dijeron que con un nombre como Shpilman no llegaría demasiado lejos, de modo que se lo cambió a Grayevski, que sonaba más polaco.

Cuando el ejército alemán invadió Polonia en la Segunda Guerra Mundial, él era un niño. Su familia consiguió atravesar Rusia y escapar por los pelos al Holocausto. Después de la guerra volvieron a Polonia. En 1949, los padres y la hermana pequeña de Victor emigraron a Israel, pero él, que era un comunista ferviente, se quedó: admiraba a Stalin y deseaba ayudar en la creación del paraíso de los trabajadores.

Pero ni sus amigos ni colegas, ni siquiera su amada, sabían que el desencanto empezaba ya a devorar el corazón del joven comunista. En 1955 visitó a su familia en Israel y descubrió otro mundo: libre, progresista, una nación judía democrática, una especie de sueño, completamente distinto de lo que le había contado la propaganda comunista. De vuelta en Polonia, Victor, que tenía treinta años, empezó a pensar en emigrar a Israel.

Una mañana de principios de abril de 1956 fue, como de costumbre, a visitar a su novia a la oficina de la secretaría del Partido. En una esquina de su mesa vio un expediente encuadernado con tapas rojas, numerado y sellado con la inscripción «TOP SECRET».

—¿Qué es esto? —le preguntó a Lucia.

—Ah, ¿esto? Es el discurso de Krushev —respondió ella con indiferencia.

Victor se quedó pasmado. Había oído hablar del discurso de Krushev, pero no conocía a nadie que hubiese escuchado o leído una sola frase. Era uno de los secretos mejor guardados de todo el bloque comunista.

Victor sabía que Nikita Krushev, el todopoderoso secretario general del Partido Comunista Soviético, había pronunciado el discurso en el vigésimo congreso del Partido que había tenido lugar el mes de febrero anterior en el Kremlin. El 25 de febrero, poco antes de medianoche, se pidió a todos los invitados y jefes de partidos comunistas extranjeros que abandonaran la sala. A medianoche, Krushev subió al podio y habló ante los 1.400 delegados soviéticos. Se decía que su discurso supuso una sorpresa y una conmoción terrible para todos los presentes.

Pero ¿qué había dicho? Según un periodista estadounidense que despachó un primer informe a Occidente, el discurso duró cuatro horas y Krushev describió con detalle los terribles crímenes del hombre adorado por millones de comunistas de todo el mundo: Stalin. Según los rumores, Krushev acusaba a Stalin de haber masacrado a millones de personas. Se decía entre susurros que mientras escuchaban el discurso, muchos delegados lloraban y se tiraban de los pelos, desesperados. Algunos se desmayaron o sufrieron ataques al corazón; al menos dos se suicidaron después de aquella noche.

Pero en los medios de comunicación soviéticos no se publicó ni una palabra sobre las revelaciones de Krushev. Corrían por Moscú todo tipo de rumores y se leyeron algunos fragmentos del discurso en sesiones cerradas de los organismos supremos del Partido. Pero el texto completo de aquel discurso permanecía oculto, como si fuera un secreto de Estado. Algunos reporteros extranjeros le habían dicho a Victor que los servicios secretos occidentales estaban organizando un esfuerzo conjunto para obtenerlo. La CIA había ofrecido incluso un millón de dólares de recompensa. Se estimaba que la publicación del texto, en el punto álgido de la guerra fría entre Occidente y el bloque soviético, podía generar un terremoto político en los países

comunistas y desencadenar una crisis sin precedentes. Cientos de millones de comunistas, dentro y fuera de Rusia, adoraban ciegamente a Stalin. La revelación de sus crímenes podía destruir su fe e incluso causar el colapso de la Unión Soviética.

Pero todos los esfuerzos para obtener el discurso fracasaron. Continuó siendo un enigma.

Más tarde, Victor supo que Krushev había decidido enviar unas pocas copias numeradas a líderes de partidos comunistas de Europa del Este, y por eso aquel expediente encuadernado en rojo había llegado hasta el escritorio de Lucia.

Cuando Victor Grayevski lo vio, tuvo una idea descabellada y le pidió a Lucia que se lo prestara un par de horas para poder leerlo en casa, lejos del ajetreo de la oficina. Para su sorpresa, ella accedió; le hacía feliz complacerle. «Puedes llevártelo —le dijo—. Pero tienes que devolverlo antes de las cuatro, porque tengo que guardarlo en la caja fuerte».

En casa, Victor leyó el discurso. Sin duda, era asombroso. Krushev había destrozado, audazmente y sin compasión, el mito de Yosif Vissariónovich Stalin. Krushev revelaba que, durante sus años en el poder, Stalin cometió crímenes monstruosos y ordenó asesinar a millones de personas. Recordaba a su audiencia que Lenin, el padre de la Revolución bolchevique, advirtió al Partido en contra de Stalin, y condenaba el culto a la personalidad del hombre que fue saludado como «Sol de las Naciones». Hablaba del traslado de grupos étnicos enteros dentro de la Unión Soviética, que condujo a incontables muertes; de las «grandes purgas» (1936-1937), cuando un millón y medio de comunistas fueron arrestados y 680.000 de ellos ejecutados. De los 1.966 delegados del séptimo Congreso del Partido, 848 fueron ejecutados siguiendo órdenes de Stalin, así como 98 de los 138 candidatos al Comité Central. Krushev también habló del complot de los médicos: acusaciones inventadas contra algunos médicos judíos que supuestamente habían conspirado para asesinar a Stalin y a otros líderes soviéticos. Las palabras de Krushev mostraban a Stalin como un asesino de masas, que había masacrado a millones de rusos y personas de otros países, muchos de ellos comunistas leales. En cuatro horas, el mesías se había metamorfoseado en un monstruo.

El discurso de Krushev destrozó completamente las últimas ilusiones que conservaba Victor sobre el comunismo. Asimismo, se dio cuenta de que tenía entre sus manos un arma explosiva que podía conmocionar los cimientos del

bando soviético. Decidió devolver el expediente rojo a Lucia, pero mientras se dirigía a verla, se lo pensó mejor y sus pies le llevaron a otro lugar: la embajada israelí. Entró en ella con gesto seguro y el muro de policías polacos y agentes del servicio secreto se apartó y le dejó pasar. Unos minutos después se hallaba en el despacho de Yaacov Barmor, oficialmente primer secretario de la embajada, pero, en realidad, representante del Shabak en Polonia.

Grayevski le tendió el archivo rojo, el israelí lo hojeó y se quedó con la boca abierta. Le preguntó si podía esperar unos minutos, cogió el archivo, salió de la habitación y regresó una hora más tarde. Grayevski se dio cuenta de que Barmor lo había fotocopiado, pero no le hizo preguntas. Lo cogió, se lo escondió debajo del abrigo y se fue. Llegó al despacho de Lucia a tiempo, y ella lo metió en la caja fuerte. Nadie le importunó ni le preguntó por su visita improvisada a la embajada israelí.

El viernes 13 de abril de 1956, a primera hora de la tarde, Zelig Katz entró en el despacho del director del Shabak, Amos Manor. Katz era secretario personal de Manor. El cuartel general del Shabak estaba situado en un antiguo edificio árabe en Jaffa, no lejos del pintoresco mercadillo. Manor hizo a Katz la pregunta rutinaria del viernes:

—¿Algún material de Europa del Este?

El viernes era el día que la valija diplomática traía los informes de los agentes del Shabak que operaban detrás del Telón de Acero.

Zelig, despreocupadamente, dijo medio en broma que hacía unos minutos había recibido de Varsovia «un discurso de Krushev ante el Congreso». Manor saltó de su silla.

—¿Cómo? —rugió—. ¡Tráelo de inmediato!

Manor, un joven alto y guapo, había emigrado a Israel hacía pocos años. Nacido con el nombre de Arthur Mendelovitch en el seno de una familia acomodada de Rumania, fue enviado a Auschwitz, donde murió toda su familia (padres, hermana y dos hermanos). Él sobrevivió, aunque pesaba apenas cuarenta kilos cuando se liberó el campo. De vuelta en Bucarest, trabajó para el Aliya Bet, ayudando a pasar clandestinamente refugiados judíos a la Palestina controlada por los británicos. Usaba el nombre de guerra de Amos, y diversos más, para cubrir sus huellas. Cuando le llegó el turno de partir hacia Israel, en 1949, las autoridades rumanas no le dejaron salir. Consiguió escapar con un pasaporte checo falso a nombre de Otto Stanek. Sus

amigos empezaron a llamarle «el hombre de los mil nombres»; en Israel, se convirtió en Amos Manor.

Ascendió con rapidez en el servicio secreto. Isser estaba fascinado con él. Manor era lo opuesto a él: Isser era menudo y Manor, grande. Isser era duro y áspero, Amos, fino y educado. Isser no practicaba ningún deporte, mientras que Manor era nadador y jugaba a fútbol, tenis y voleibol. Isser hablaba ruso y yiddish, Manor hablaba siete idiomas. Isser era miembro devoto del Partido Laborista, mientras que a Amos no le interesaba la política. Isser vestía con modestia, Amos con ropa moderna, de aspecto europeo. Pero además de todo ello, era un hombre inteligente y lleno de recursos. Isser le reclutó para el Shabak en 1949 y apenas cuatro años antes de aquel viernes, en 1952, había sido nombrado director por Ben-Gurión, siguiendo la recomendación de Isser. También le pusieron a cargo de las relaciones secretas de los servicios de inteligencia israelíes con la CIA.

Aquel viernes lluvioso, Manor se sumergió en el fajo de documentos fotocopados. No tuvo problemas para leerlo, pues uno de los siete idiomas que manejaba era el ruso. A medida que leía se dio cuenta de la enorme importancia del discurso de Kruschey, así que se metió en su coche y salió disparado hacia la casa de Ben-Gurión.

—Tiene que leer esto —le dijo al primer ministro.

Ben-Gurión, que sabía ruso, leyó el discurso. A la mañana siguiente, sabbat, convocó urgentemente a Manor.

—Es un documento histórico —dijo—, y todo esto prueba que en el futuro Rusia será una nación democrática.

Isser obtuvo el discurso el 15 de abril y enseguida se dio cuenta de que podía ser un filón para Israel. En él se encontraban los medios para mejorar las relaciones del Mossad con la CIA, que se habían iniciado en 1947. En 1951, mientras visitaba Estados Unidos, Ben-Gurión llamó al general Walter Bedell Smith, a quien había conocido en Europa al final de la Segunda Guerra Mundial. Bedell Smith era director de la CIA (a punto de ser reemplazado por Allen Dulles, veterano de la OSS y hermano del futuro secretario de Estado). Bedell Smith accedió, aunque con vacilaciones, a establecer una cooperación limitada entre la CIA y el Mossad. El principal aspecto de esa cooperación era la entrega por parte de los israelíes de informes elaborados por los emigrantes soviéticos y del bloque del Este. Muchos eran ingenieros, técnicos e incluso oficiales del ejército, que habían trabajado en las instalaciones soviéticas o del

Pacto de Varsovia y podían suministrar información detallada sobre las capacidades de los ejércitos del bloque comunista. Esa información era transmitida regularmente e impresionaba mucho a los estadounidenses. La CIA nombró como enlace con Israel a una figura legendaria: James Jesus Angleton, jefe de contraespionaje de la CIA. Angleton visitó Israel, conoció a los jefes de sus servicios y estableció una relación amistosa con Amos Manor, e incluso pasó algunas noches en su diminuto apartamento de dos habitaciones con una botella de whisky escocés.

Pero esta vez Isser y Amos ofrecían algo más que informes de emigrantes. Decidieron entregar el discurso de Krushev a los estadounidenses, no a través del hombre de la CIA en Tel Aviv, sino directamente en Washington. Manor despachó una copia del discurso con un correo especial a Izzi Dorot, el representante del Mossad en Estados Unidos, que corrió a Langley y se lo entregó a Angleton. El 27 de abril, Angleton llevó el discurso a Allen Dulles, y aquel mismo día se encontraba en la mesa del presidente Eisenhower.

Los expertos en inteligencia de Estados Unidos estaban asombrados. Los minúsculos servicios secretos de Israel habían obtenido lo que los sofisticados y gigantescos servicios de Estados Unidos, Reino Unido y Francia no habían logrado. Escéptico, el personal de alto nivel de la CIA hizo que examinaran aquel documento algunos expertos, que concluyeron de forma unánime que era auténtico. Basándose en este hecho, la CIA lo filtró al *New York Times*, que lo publicó en su primera plana el 5 de junio de 1956. Su divulgación causó una especie de terremoto en el mundo comunista, y empujó a millones de personas a volver la espalda a la Unión Soviética. Algunos historiadores mantienen que los levantamientos espontáneos contra los soviéticos en Polonia y Hungría, en el otoño de 1956, fueron motivados por las revelaciones de Krushev.

El golpe maestro del servicio secreto condujo a un avance importantísimo en las relaciones del Mossad con sus homólogos norteamericanos, y el modesto expediente que la dulce Lucia enseñó a su apuesto Victor rodeó al Mossad israelí de un aura legendaria.

En Varsovia nadie sospechaba que Victor Grayevski era quien había filtrado el discurso de Krushev a Estados Unidos. En enero de 1957, Victor emigró a Israel, donde el agradecido Amos Manor le ayudó a encontrar trabajo en el Departamento de Europa del Este del Ministerio de Asuntos Exteriores. Poco

después fue contratado también como editor y reportero en el departamento polaco de Kol Israel, la red radiofónica de propiedad estatal.

Pero pronto cogió también un tercer trabajo. Nada más llegar a Israel había conocido a unos diplomáticos soviéticos en un *ulpan*, una escuela especial donde se enseñaba la lengua hebrea a inmigrantes y extranjeros. Resultó que uno de los diplomáticos rusos se encontró con él en un pasillo del Ministerio de Exteriores y se quedó impresionado con la importante posición que ocupaba aquel nuevo inmigrante. Al cabo de poco tiempo un agente del KGB apareció «por casualidad» al lado de Grayevski en una calle de Tel Aviv, conversó con él y le recordó su pasado en Polonia, como antinazi y comunista. Luego le hizo una oferta: ser agente de la KGB en Israel. Grayevski le prometió pensarlo y luego corrió al cuartel general del Mossad. «¿Qué debo hacer?», preguntó.

La gente del Mossad estaba encantada. «Maravilloso —dijeron—. ¡Acepta!», y convirtieron a Grayevski en un agente doble que proporcionaría información falsa a los rusos.

Así empezó una nueva y larga carrera para Victor, que durante muchos años suministró a los rusos información inventada y amañada por el Mossad. Sus enlaces de la KGB se reunían con él en los bosques en torno a Jerusalén y Ramala, así como en iglesias rusas y monasterios de Jaffa, Jerusalén y Tiberíades, y programaban encuentros «casuales» en restaurantes muy concurridos y en recepciones diplomáticas. Ni una sola vez, en los catorce años que Grayevski fue agente doble, sospecharon los soviéticos que les estaban utilizando. Le felicitaban una y otra vez por el excelente material que les proporcionaba, y en los cuarteles generales del KGB en Moscú se rumoreaba que la Unión Soviética tenía un agente introducido en los más íntimos círculos del gobierno israelí.

A lo largo de todos esos años, los soviéticos confiaron en Grayevski y nunca cuestionaron su credibilidad, con una única excepción, en 1967, cuando ignoraron sus conclusiones. Curiosamente, ésa fue la única ocasión en que les entregó una información del todo veraz. Durante el «periodo de espera» que hubo en 1967 antes de la guerra de los Seis Días, el presidente de Egipto, Gamal Abdel Nasser, creyó erróneamente que Israel se proponía atacar Siria en mayo, de modo que concentró sus tropas en el Sinaí, expulsó a los pacificadores de la ONU, cerró los estrechos del mar Rojo a los barcos israelíes y amenazó a Israel con la aniquilación. Israel no tenía intención alguna de

atacar y deseaba evitar una guerra con Egipto. El primer ministro Eshkol pidió entonces al Mossad que informase a los soviéticos de que si Egipto no cancelaba sus medidas agresivas, Israel tendría que ir a la guerra. Esperaba que la Unión Soviética, que tenía una enorme influencia en Egipto, detuviera a Nasser. Grayevski transmitió a la KGB un documento detallando las verdaderas intenciones de Israel, pero la URSS evaluó erróneamente la situación, Moscú ignoró el informe de Grayevski y animó a Nasser en su beligerancia.

El resultado fue que Israel, con un ataque preventivo, destruyó los ejércitos de Egipto, Siria y Jordania, y conquistó gran parte de su territorio. La Unión Soviética también se convirtió en una gran perdedora: sus armas resultaron inferiores, incumplió sus promesas y no consiguió apoyar a sus maltrechos aliados.

Sin embargo, la fructuosa relación entre Grayevski y la KGB llegó a su momento culminante aquel año. Fue convocado a una reunión con su enlace soviético en un bosque en el centro de Israel, donde el agente de la KGB le informó solemnemente de que el gobierno soviético quería darle las gracias por sus leales servicios ¡y había decidido recompensarle con su más alta distinción, la Medalla Lenin!

El ruso se disculpó por no poder colgarle la medalla en la solapa a Grayevski en Israel, pero le aseguró que se la guardarían en Moscú y que la recibiría cuando viajase allí. Grayevski prefirió quedarse en Israel.

Y en 1971 se retiró del juego de espías.

Pero no cayó en el olvido. En 2007 fue invitado al cuartel general del Shabak, donde le recibió un selecto grupo que incluía a antiguos y actuales directores del Shabak y el Mossad, así como a varios de sus amigos, colegas y parientes. El que entonces era director del Shabak, Yuval Diskin, le entregó una prestigiosa condecoración por sus servicios... y Grayevski se convirtió en el único agente secreto condecorado dos veces: por su propio país, al que había servido con devoción toda su vida, y por el enemigo de su país, al que había engañado a pesar del riesgo que corría.

Un periodista le describió como «el hombre que inició el fin del Imperio soviético», pero Grayevski no lo veía así. «No soy un héroe y no he hecho historia —dijo—. Quien hizo historia fue Krushev. Yo simplemente coincidí con la historia durante un par de horas, y luego nuestros caminos se separaron».

Murió a los ochenta y un años de edad. En algún lugar del Kremlin, en una cajita forrada de terciopelo rojo, su medalla, con el perfil de Vladímir Ilich Lenin grabado, todavía le espera.

CAPÍTULO SEIS

«¡Traed a Eichmann vivo o muerto!».

—¿Y cómo te llamas? —preguntó la chica.

—Nicolas —contestó el pretendiente con una sonrisa—. Pero mis amigos me llaman Nick. Nick Eichmann.

LA HIJA DEL JUDÍO CIEGO

A finales del otoño de 1957, Isser Harel recibió un extraño mensaje de Frankfurt, en Alemania. En él se decía que el doctor Fritz Bauer, fiscal general de Hesse, quería transmitir cierta información secreta al Mossad. Isser conocía a Bauer, una figura muy respetada en Alemania. Era un hombre alto, carismático, con la mandíbula firme, conocido por perseguir con gran empeño a los criminales nazis. Su melena blanca y leonina le otorgaba un vago parecido con David Ben-Gurión. Además, Bauer era judío, y un luchador nato. En 1933, con el ascenso de Hitler al poder, fue confinado en un campo de concentración, pero la terrible experiencia no quebró su ánimo. Más tarde huyó a Dinamarca y luego a Suecia, y tras el final de la guerra decidió dedicar su vida a la persecución y el castigo de los criminales nazis. Hablaba con toda franqueza de la decepción que había sufrido con las autoridades de la Alemania occidental, que tan poco habían hecho para desarraigar el nazismo.

En noviembre de 1957, Isser envió a Shaul Darom, oficial de seguridad israelí, a reunirse con Bauer. Al llegar a Frankfurt, Darom mantuvo una larga conversación con el fiscal general, y pocos días después entró en el despacho de Isser en Tel Aviv.

«El doctor Bauer me ha dicho que Eichmann está vivo y que se esconde en Argentina», le contó Darom.

Isser se sobresaltó. Como para millones de judíos, el coronel de las SS Adolf Eichman representaba la encarnación del horror nazi. El *Obersturmbannführer* Eichmann había dirigido personalmente la «solución final», la aniquilación sistemática de los judíos europeos; había dedicado su

vida a la meticulosa masacre de seis millones de judíos. Pero después de la guerra desapareció y nadie sabía dónde estaba. Se decía que vivía en Siria, en Egipto, en Kuwait, en Sudamérica...

Darom relató con detalle su conversación con Bauer. Pocos meses antes, Bauer había recibido una carta de Argentina enviada por un emigrado alemán medio judío, que había sufrido el acoso de los nazis durante la guerra. Había leído en el periódico que Bauer perseguía implacable a los criminales nazis y sabía que en el primer lugar de la lista de los más buscados se encontraba Adolf Eichmann. Cuando su hermosa hija, Sylvia, le dijo que estaba saliendo con un joven, Nick Eichmann, se quedó atónito y pensó que aquel joven Nick debía estar relacionado con el asesino de masas desaparecido. Así que escribió a Bauer que podía conducir a sus agentes al escondite de Eichmann, de quien se decía vivía en Buenos Aires bajo una identidad falsa.

Bauer ya sabía que Eichmann había escapado de Alemania después de la guerra. Su mujer, Vera, y sus tres hijos se quedaron en Austria, pero desaparecieron pocos años después. Al final Bauer averiguó que habían emigrado a Argentina, donde Vera se volvió a casar. Bauer estaba convencido de que se había reunido con el propio Eichmann y que su segundo matrimonio era ficticio. El «segundo marido» no podía ser otro que el propio Eichmann, que la esperaba allí.

Bauer temía perder a Eichmann si le pedía al gobierno alemán que requiriese la extradición de Argentina. No confiaba en el poder judicial alemán, todavía repleto de antiguos nazis, y también sospechaba de algunos empleados de la embajada alemana en Buenos Aires. Bauer temía que, antes de que se emitiera una demanda de extradición oficial y se entregara a los argentinos, alguien de la embajada advirtiese a Eichmann y éste pudiera desaparecer de nuevo.

Bauer habló con Shaul Darom con toda sinceridad: quería que el Mossad averiguase si aquel hombre de Buenos Aires era realmente Eichmann y, en caso de serlo, que valorase si la mejor opción era pedir su extradición o bien realizar una operación encubierta y secuestrarlo.

—Le hablo después de meditarlo muchos días y noches —confesó Bauer—. Sólo un hombre en Alemania conoce mi decisión de transmitirles esta información: el ministro-presidente de Hesse, Georg August Zinn —socialdemócrata y futuro presidente del consejo federal alemán, el Bundesrat.

Shaul Darom, de vuelta ya en Israel, puso encima del escritorio de Isser una sola hoja de papel, que revelaba el escondite de Eichmann. Los ojos de Isser se concentraron en una frase: «Calle Chacabuco 4261, Olivos, Buenos Aires».

A principios de enero de 1958, un joven paseaba por la calle Chacabuco. Se trataba de Emmanuel (*Emma*) Talmor, miembro de las operaciones especiales del Mossad. Isser le había enviado para que comprobase si el mensaje de Bauer era preciso. Emma no quería que le vieran; Olivos era un barrio pobre, habitado sobre todo por trabajadores. A ambos lados de la calle sin pavimentar había chozas decrepitas, incluida la del número 4261. En el diminuto jardín, Talmor vio a una mujer desaliñada y gorda.

—No creo que pueda ser la casa de Eichmann —informó Talmor a Isser en su oficina de Tel Aviv, unos días más tarde—. Estoy seguro de que Eichmann transfirió una gran cantidad de dinero a Argentina, como todos los peces gordos nazis que prepararon su huida mucho antes de que cayera el Reich. No puedo creer que viva en una covacha semejante, en un barrio tan pobre. Ni tampoco que esa mujer gorda del jardín sea Vera Eichmann.

Las objeciones de Talmor no convencieron al *ramsad*. Isser quería continuar investigando, pero necesitaba contactar con la fuente de Bauer. Se puso en contacto con éste, que inmediatamente reveló el nombre y la dirección de su informante: Lothar Hermann, quien se había trasladado a otra ciudad, Coronel Suárez, a algo menos de quinientos kilómetros de Buenos Aires. Bauer envió a Isser una carta de presentación, en la que pedía a Hermann que hiciera todo lo que estuviera en su mano para ayudar al portador de la carta.

En febrero de 1958, un visitante de ultramar llegó a Coronel Suárez: Efraim Hoffstetter, jefe de investigación de la policía de Tel Aviv. Resultó que estaba en Argentina para un congreso de la Interpol y se ofreció a cooperar con Isser, pero como precaución, cuando llamó a la puerta de la avenida de la Libertad, se presentó como alemán, con el nombre de Karl Huppert. En el salón vio a un hombre ciego, vestido con sencillez, con las manos apoyadas en una mesa de madera. Cuando Hoffstetter entró, el ciego oyó sus pasos, se volvió hacia él y le cogió la mano. Era Lothar Hermann.

—Soy amigo de Fritz Bauer —explicó Hoffstetter, y añadió que estaba relacionado con el servicio secreto alemán.

Hermann le dijo que era judío y que había sido policía hasta que los nazis tomaron el poder. Sus padres fueron asesinados y él fue enviado a Dachau, donde perdió la vista; posteriormente emigró a Argentina con su esposa alemana. Cuando dio con el nombre de Eichmann, contactó con Bauer. Su único motivo, dijo, era ayudar a castigar a los criminales nazis que habían asesinado a su familia.

—Mire —dijo, tocando el brazo de su encantadora hija Sylvia, que acababa de entrar—. Ella es la que encontró a Eichmann para ustedes.

La chica se ruborizó y entre vacilaciones le contó su historia a Hoffstetter.

Hasta hacía un año y medio, dijo, su familia había vivido en el barrio de Olivos, en Buenos Aires. Allí conoció a Nick Eichmann, un chico muy agradable con quien salió unas cuantas veces. Ella no le dijo que era de origen judío, porque se suponía que los Hermann eran una familia aria. Pero Nick no se anduvo con rodeos: en una ocasión, le dijo que los alemanes tendrían que haber acabado el trabajo y aniquilado a todos los judíos, y en otra, mencionó que su padre había servido como oficial en la Wehrmacht durante la Segunda Guerra Mundial y había cumplido su deber con la Madre Patria.

Nick compartía sus opiniones con Sylvia con toda libertad, pero nunca la invitó a su casa. Cuando la familia se fue de Buenos Aires y empezaron a escribirse, él tampoco le dio la dirección de su casa, sino que le indicó que mandara las cartas a casa de un amigo.

Esta extraña conducta despertó las sospechas de Lothar Hermann, en el sentido de que Nick podía ser hijo de Eichmann. Viajó con su hija a Buenos Aires y fueron en autobús a Olivos. Sylvia, con la ayuda de algunos amigos, encontró la dirección de Nick e incluso consiguió entrar en la casa de la calle Chacabuco. Pero Nick no estaba. Allí conoció a un hombre calvo y con gafas que llevaba un bigote fino, y que afirmó ser el padre de Nick.

Hermann dijo entonces a Hoffstetter que estaba de acuerdo en regresar a Buenos Aires con Sylvia para ayudar a proseguir aquella investigación. Sylvia tenía que acompañar a su padre ciego a todas partes, y escribir y leer su correspondencia. Hoffstetter le dio una lista de lo que necesitaba para la identificación definitiva de Eichmann: su foto, su nombre actual, su lugar de trabajo, documentos oficiales sobre él y sus huellas dactilares. Hoffstetter y Hermann establecieron entonces un sistema de seguridad para su correspondencia, y Hoffstetter le dio a Hermann algo de dinero para los

gastos. Al final, se sacó una tarjeta postal del bolsillo y la rasgó por la mitad. Le dio una mitad a Hermann.

—Si alguien le trae la otra mitad —dijo—, puede contárselo todo. Será uno de los nuestros.

Hoffstetter les dejó, volvió a Israel e informó a Isser.

Pocos meses más tarde, el informe de Hermann llegó al cuartel general del Mossad. Explicaba con entusiasmo que lo había averiguado todo sobre Eichmann. La casa de la calle Chacabuco había sido construida por un austríaco, Francisco Schmidt, diez años antes. Schmidt había alquilado la casa a dos familias: los Daguto y los Klement. Hermann afirmó categóricamente que Schmidt era Eichmann. Creía que los Daguto y los Klement sólo servían como cobertura para el auténtico Eichmann.

Isser le pidió a su agente en Argentina que verificase el informe de Hermann. El hombre telegrafió: «No existe duda alguna de que Francisco Schmidt no es Eichmann. No vive ni ha vivido nunca en la calle Chacabuco».

Isser concluyó que Hermann no era una fuente fiable y decidió cerrar la investigación.

EL ERROR

La decisión de Isser constituyó un grave error y pudo haber arruinado la oportunidad que tenía Israel de capturar a Eichmann. No podemos hacer otra cosa que sorprendernos por la incompetencia que dificultó los primeros pasos de la operación. ¿Cómo es posible que una investigación tan compleja y secreta se confiase a un hombre anciano, ciego y sin habilidades especiales? ¿Cómo pudo el Mossad tomarse en serio su identificación errónea de Eichmann? ¿Cómo pudo ignorar Isser el hecho de que Sylvia había visitado la calle Chacabuco y había conocido al padre de Nick Eichmann? En lugar de enviar a Buenos Aires a un investigador profesional, que podría haber comprobado la identidad de los dos inquilinos y del propietario, Isser se limitó a dejarlo correr. Ese grave error era impropio de él.

Un año y medio más tarde, Fritz Bauer fue a Israel. No quería reunirse con Isser Harel, a quien culpaba de no haber conseguido capturar a Eichmann, así que se dirigió directamente al fiscal general Haim Cohen, en Jerusalén. Al describir a Cohen la gran torpeza con la que el Mossad había llevado la investigación, dio rienda suelta a su rabia.

Haim Cohen convocó a Isser y a Zvi Aharoni, jefe investigador del Shabak, en Jerusalén. Bauer los esperaba en el despacho y acusó a Harel de realizar una investigación chapucera. También dijo que si el Mossad no era capaz de llevar a cabo aquella misión, no tendría otra elección que pedir a las autoridades alemanas que la emprendieran. Pero no fue esa amenaza la que persuadió a Harel de reabrir el caso, sino una nueva información que había traído Bauer consigo, dos palabras que parecían resolver todo el misterio. El nombre ficticio de Eichmann en Argentina, reveló Bauer, era Ricardo Klement.

De repente, Israel se dio cuenta de en qué se había equivocado, y de cuál era el error que había cometido su hombre. Eichmann sí era uno de los inquilinos de la calle Chacabuco, pero no Schmidt... sino Klement.

La hija de Hermann sí había conocido al hijo de Eichmann, y la familia Eichmann sí que vivía en la calle Chacabuco. Pero Hermann no sabía que Eichmann se había cambiado el nombre a Klement, y en lugar de eso le señaló equivocadamente como Francisco Schmidt. Si Isser hubiese hecho bien su trabajo y hubiese enviado a algún agente hábil para que investigara la historia de Hermann, habrían descubierto la verdadera identidad de Eichmann hacía mucho tiempo.

Isser sugirió a Cohen y Bauer que pusieran a Zvi Aharoni a cargo de la investigación. Aharoni era un hombre alto, delgado, con la frente despejada, bigote cuadrado y la mente muy aguda. Él mismo era judío alemán y tenía muy buena relación personal con Cohen, aunque menos con Isser. Aharoni todavía estaba enfadado porque en 1958, al llegar a Buenos Aires por otro caso, Isser no le encargó que comprobara el testimonio de Hermann. Pero eso ya estaba olvidado. En aquel momento, Isser necesitaba la experiencia de Aharoni.

De modo que en febrero de 1960, Aharoni aterrizó en Buenos Aires y pidió a un amigo, un judío local, que echara un vistazo a la casa de la calle Chacabuco. El hombre volvió preocupado. La casa estaba vacía, informó. Unos pintores y albañiles estaban reformando uno de los dos apartamentos, de hecho, el antiguo piso de los Klement. Pero éstos se habían marchado con destino desconocido. Aharoni tuvo que ingeniar un plan para seguir el rastro a Klement sin levantar sospechas.

A principios de marzo, un joven argentino con uniforme de botones se dirigió a la casa de la calle Chacabuco. Llevaba un paquete pequeño y

envuelto para regalo dirigido a Nicolas Klement. Contenía un encendedor caro y una tarjeta perfumada con una breve nota: «Querido Nick, felicidades por tu cumpleaños». Parecía un simple regalo de cumpleaños enviado por una mujer que quería permanecer en el anonimato.

El mensajero entró en el piso, donde estaban trabajando unos pocos pintores, y preguntó por la familia Klement, pero la mayor parte de los trabajadores no tenía ni idea de quiénes eran. Uno de los pintores, sin embargo, le dijo al botones que le parecía que se habían trasladado al barrio de San Fernando, al otro lado de Buenos Aires. Entonces llevó al botones hasta un taller cercano, donde trabajaba el hermano de Nick Eichmann. Era un hombre rubio llamado Dieter, pero aunque sus modales eran agradables, se negó a indicarle cuál era la nueva dirección de los Klement. Sin embargo, el hablador Dieter reveló al botones que su padre estaba trabajando temporalmente en la lejana ciudad de Tucumán.

El botones volvió a la calle Chacabuco y siguió haciendo a los pintores incesantes preguntas. Al final un hombre dijo que recordaba vagamente la nueva dirección de los Klement.

—Debe usted coger el tren hasta la estación de San Fernando —le indicó—. Entonces tome el autobús 203 y baje en Avijenda. Al otro lado de la calle hay un quiosco. A la derecha, un poco apartada de las demás casas, verá una pequeña, de ladrillo. Ésa es la casa de los Klement.

El mensajero, encantado, volvió corriendo e informó a Aharoni. Al día siguiente, éste cogió el tren a San Fernando, siguió las indicaciones del pintor y encontró la casa de inmediato. Se detuvo en el quiosco cercano y preguntó el nombre de la calle.

—Calle Garibaldi —le dijo el viejo vendedor.

La investigación estaba encarrilada de nuevo.

CALLE GARIBALDI

A mediados de marzo, Aharoni se vistió con un traje y se dirigió a una casa de la calle Garibaldi, situada frente a la de Klement, al otro lado de la calle.

—Represento a una empresa norteamericana —le dijo a la mujer que le abrió la puerta—. Fabricamos máquinas de coser y queremos construir una fábrica en esta zona. Nos gustaría comprarle su casa. —Y luego añadió,

señalando hacia la casa de Klement—: Y ésa de ahí también. ¿Le gustaría vender?

Mientras hablaba con la mujer, Aharoni iba apretando un botón oculto en el asa de una pequeña maleta que llevaba en la mano. Con él activaba una cámara oculta que tomaba fotos de la casa de los Klement desde diversos ángulos.

Al día siguiente, Aharoni fue a los registros municipales y comprobó que el terreno en el que estaba situada la casa de los Klement pertenecía a la señora Vera Liebl de Eichmann, prueba de que Vera no se había vuelto a casar y que, siguiendo la costumbre argentina, había puesto la escritura a su nombre tanto de soltera como de casada. Al parecer, Ricardo Klement prefería no ser mencionado en los documentos oficiales.

Aharoni volvió a la calle Garibaldi varias veces, a pie, en coche privado o en una camioneta pequeña, y tomó fotos de la casa, de Vera y del niño pequeño que jugaba en el jardín. No vio a Klement, pero decidió esperar a una fecha especial: el 21 de marzo. El archivo de Aharoni indicaba que aquel sería el vigésimo quinto aniversario de boda de Adolf Eichmann y Vera Liebl, y esperaba que Eichmann volviera de Tucumán para celebrarlo con su familia.

El 21 de marzo, Aharoni regresó con su cámara. En el jardín vio a un hombre delgado y calvo, de peso medio, con la boca fina, la nariz grande y bigote. Llevaba gafas. Todos aquellos rasgos cuadraban con la descripción de su expediente de inteligencia.

Eichmann.

En Israel, Isser se dirigió en coche a casa de Ben-Gurión.

—Hemos localizado a Eichmann en Argentina —informó—. Creo que podemos capturarlo y traerlo a Israel.

Ben-Gurión respondió inmediatamente:

—Traedlo, vivo o muerto. —Pensó un momento y añadió—: Sería mejor traerlo vivo. Será muy importante para nuestros jóvenes.

LLEGA LA AVANZADA

Isser creó el grupo de operaciones. Sus doce miembros al completo eran voluntarios. Algunos eran supervivientes del Holocausto, con los números del campo de concentración tatuados en sus antebrazos. El núcleo del equipo lo constituía la unidad operativa de los servicios secretos, y a su cabeza se

encontraban los dos agentes más importantes del Shabak: Rafi Eitan fue nombrado comandante y a su lado estaba Zvi Malkin, a quien Eitan describía como «valiente, fuerte físicamente y dotado de creatividad táctica». Malkin, un hombre calvo, con las cejas espesas, la mandíbula marcada y ojos profundos y melancólicos, era conocido por ser el mejor cazador de espías del Shabak. Nunca llevaba armas («uno puede sentirse tentado de usarlas»), confiaba en el «sentido común, la inventiva y la improvisación», y había desenmascarado a diversos agentes soviéticos. Pasó parte de su niñez en Polonia y emigró con su familia a Israel después de un sangriento pogromo en el pueblo de Grasznik Lubelski. Sólo se quedaron en Polonia su hermana Fruma y su familia; todos ellos, junto con los demás parientes de Zvi, perecieron en el Holocausto. Él se crió en Haifa y luchó en la guerra de Independencia. Entre sus muchos talentos estaba la pintura, escribir «compulsivamente» y el teatro. Durante una estancia en Nueva York se hizo amigo de Lee Strasberg, fundador del Actors Studio, y con él aprendió muchísimo de artes escénicas. «En muchas de las operaciones del Mossad en las cuales participé —diría más tarde—, actuaba como si estuviera en el escenario, con disfraces y maquillaje. En otras operaciones parecía que yo era el director de una obra teatral. Escribía mis órdenes como si fueran libretos».

Otro de los miembros del equipo era Abraham (*Avrum*) Shalom, un vienés robusto y hermético ayudante de Eitan, y futuro director del Shabak. También estaban Yaacov Gat, un discreto agente de campo con base en París; Moshe Tavor, antiguo soldado del ejército británico y ex miembro del grupo secreto de «los Vengadores», que perseguía criminales nazis al final de la guerra y con el que mató personalmente a algunos; y el tranquilo y discreto Shalom Danny, pintor de talento y «genio» de la falsificación de documentos. Algunos aseguraban que había escapado de un campo de concentración nazi falsificando una autorización con papel de váter.

La mayoría estaban casados y tenían familia.

El equipo se complementaba en un sentido profesional. Efraim Ilani conocía bien Argentina y estaba familiarizado con las calles de Buenos Aires. Era un cerrajero hábil, hombre de gran fortaleza física y tenía una cara «honrada», que inspiraba confianza a cualquiera. Yehudith Nissiyahu, mujer religiosa y la mejor agente femenina del Mossad, también se ofreció voluntaria. Era tranquila, tímida, discreta, con cierto exceso de peso y aspecto sencillo. Estaba casada con un activista del Partido Laborista, Mordecai

Nissiyahu. En varias ocasiones albergó en su casa a uno de los autores de este libro, y nada en su conducta parecía fuera de lo corriente.

El doctor Yona Elian, un médico que había participado en varias operaciones del Mossad en el pasado, estaría allí para ayudar a llevar a Eichmann de vuelta a Israel. Zvi Aharoni, el investigador, también se unió al grupo, aunque el primer voluntario en unirse al equipo fue Isser en persona. Le encantaba dirigir a sus hombres en operaciones peligrosas en el extranjero, pero aquella vez sabía que en el curso de la acción sería necesario tomar decisiones al más alto nivel y eso podría tener también consecuencias políticas trascendentales. Por tanto, era crucial que a los israelíes los dirigiese alguien que pudiera tomar ese tipo de decisiones políticas en caso necesario. Isser tenía la sensación de que debía asumir el mando.

A finales de abril, una avanzada de cuatro agentes entró en Argentina desde distintas direcciones. Pasaron de contrabando equipo esencial: walkie-talkies, herramientas e instrumentos electrónicos, suministros médicos y también una parte del laboratorio ambulante de Shalom Danny, equipado para producir pasaportes, documentos y declaraciones juradas.

Alquilaron un apartamento en Buenos Aires (nombre en clave: «El Castillo»), donde vivirían y trabajarían varios miembros del equipo, y almacenaron comida allí. Al día siguiente los cuatro alquilaron un coche y se fueron hasta San Fernando, adonde llegaron a las siete cuarenta de la tarde.

Ya estaba oscuro y se llevaron una gran sorpresa. Mientras conducían despacio por la carretera 202, de repente vieron que Ricardo Klement avanzaba directamente hacia ellos. No les prestó atención, sino que se dio la vuelta y entró en su casa.

Los agentes concluyeron que era probable que Klement volviese a casa cada tarde aproximadamente a la misma hora, de modo que su captura podría llevarse a cabo en el mismo trecho desierto y oscuro entre la parada de autobús y su hogar.

Aquella noche enviaron un telegrama codificado a Israel: «Operación factible».

UN AVIÓN PARA ABBA EBAN

Isser sentía que la suerte le sonreía. Aquel 20 de mayo Argentina celebraría el 150.º aniversario de su independencia; acudirían delegaciones de alto nivel de todo el mundo para participar en las festividades, y también una

delegación israelí encabezada por Abba Eban, ministro de Educación. Abba Eban se alegró mucho al saber que El Al pondría a su disposición un avión especial, un «Whispering Giant» de Britannia. Nadie le contó a Eban que el auténtico motivo de la generosidad de El Al era la operación Eichmann.

El vuelo 601 a Buenos Aires estaba programado para el 11 de mayo. La tripulación del avión estaba cuidadosamente seleccionada, e Isser había revelado el secreto sólo a dos de los funcionarios de El Al: Mordecai Ben-Ari y Efraim Ben-Artzi. Al piloto, Zvi Tohar, se le aconsejó que llevase con él un mecánico cualificado, por si el avión tenía que despegar repentinamente sin ayuda de la tripulación de tierra argentina.

El 1 de mayo, al amanecer, Isser aterrizó en Buenos Aires con pasaporte europeo. Un viento gélido barría las pistas de aterrizaje del aeropuerto. En Argentina era casi invierno. Ocho días después, la tarde del 9 de mayo, diversos israelíes llegaron a un edificio nuevo de apartamentos en Buenos Aires y entraron en un piso que habían alquilado unos días antes (nombre en clave: «Alturas»). Estaban presentes todos los miembros del operativo. Antes, se habían instalado en diversos hoteles de la ciudad. El último en llegar fue Isser; por primera vez, «los doce» estaban juntos.

Desde su llegada a Argentina, Isser había establecido un ingenioso modo de comunicación con su equipo: en el bolsillo llevaba una lista de trescientas cafeterías de Buenos Aires, con sus direcciones y sus horarios de apertura. Cada mañana salía a dar un paseo a pie y visitaba diversas cafeterías, siguiendo un itinerario y un horario que había diseñado de antemano. De esa manera, sus hombres podían saber con exactitud dónde se le podía encontrar en cada momento del día. El único gran inconveniente de ese sistema eran los litros y litros de fuerte café argentino que tuvo que tomar el *ramsad* en esos recorridos diarios. Desde las cafeterías, Isser organizó los preparativos para el secuestro.

Fueron días de actividad febril: llevar y traer el equipo necesario para mantener un prisionero, alquilar coches para vigilancia y captura, alquilar apartamentos y villas apartadas, fuera de la ciudad, donde podían retener a Eichmann. La villa más importante («La Base») se encontraba de camino al aeropuerto; la alquilaron dos agentes del Mossad haciéndose pasar por turistas. Uno de ellos era Yaacov Meidad (*Mio*), un hombre robusto nacido en Alemania que había perdido a sus padres en el Holocausto y luchó en el ejército británico durante la guerra. La mujer que fingía ser su compañera era Yehudith Nissiyahu. Dentro de la villa, los agentes construyeron un escondite

para Eichmann y sus guardias, por si la policía local se acercaba a investigar. Se preparó un segundo piso como alternativa.

El plan era capturar a Eichmann el 10 de mayo, esperar el avión el 11 de mayo y salir el 12 de mayo hacia Israel.

Pero un cambio de última hora estropeó el plan establecido. Debido al gran número de visitantes que acudían para las celebraciones del aniversario, el Departamento de Protocolo del Ministerio de Asuntos Exteriores argentino informó a la delegación israelí que tendrían que posponer su llegada hasta el 19 de mayo a las dos de la tarde. Para Isser, eso significaba retrasar la captura de Eichmann hasta el 19 de mayo... o ejecutar el plan el 10 de mayo y esperar en el escondite con su prisionero durante nueve o diez días. Eso podía ser muy arriesgado, especialmente si, a petición de la familia, se organizaba una búsqueda intensiva del desaparecido. Existía el peligro de que la policía encontrase a Eichmann y a sus secuestradores israelíes.

A pesar de sus reservas, Isser decidió seguir adelante con el plan original, pero debido a la fatiga de su gente, lo aplazó un día. El día D sería el 11 de mayo, y la hora H serían las 19.40.

El plan operativo ya estaba organizado y dispuesto hasta en los detalles más nimios: Eichmann volvía del trabajo cada tarde a las ocho menos veinte, bajaba del autobús 203 en el quiosco y se iba a casa andando por la calle Garibaldi. La calle era oscura, el tráfico, escaso. La operación la llevarían a cabo agentes desplazados en dos coches: un equipo para el secuestro, otro para seguridad y protección. El primer coche estaría aparcado a un lado de la carretera con el capó levantado, y los agentes simularían estar reparándolo. Cuando Eichmann pasara junto a ellos se le echarían encima, lo sujetarían y lo meterían dentro. Ese coche saldría disparado al momento, con el otro vehículo detrás. El médico viajaría en el segundo coche, para estar cerca por si había que drogar al prisionero.

Isser, con tono estricto, dio órdenes precisas.

—Si os encontráis con cualquier tipo de problema —dijo—, no soltéis a Eichmann, aunque os detengan. Si la policía os arresta, decíd que sois israelíes y que actuáis por vuestra cuenta y riesgo para llevar a ese criminal nazi ante la justicia.

Aquellos que escaparan al arresto, añadió, dejarían el país según el plan original.

También dio instrucciones a Meidad y Yehudith Nissiyahu para ocupar la villa y fingir que eran un par de turistas.

—De vez en cuando salid y pasad un rato en el jardín, tomando un aperitivo y leyendo el periódico.

A todos los demás agentes se les ordenó que dejaran sus hoteles y se trasladaran a los pisos francos designados.

CUENTA ATRÁS

11 de mayo, por la mañana.

La unidad operativa completó sus preparativos. Antes incluso de la hora H, los hombres habían empezado a cubrir sus huellas. Devolvieron la mayor parte de los vehículos alquilados y todos los miembros del equipo tenían sus disfraces preparados: maquillaje, bigotes falsos, barbas y pelucas. Cada uno de ellos contaba con documentos nuevos que encajaban con sus nuevos rostros. Los doce que habían llegado a Buenos Aires pocos días antes, y que habían recorrido sus calles, alquilado coches y apartamentos, se habían registrado en hoteles y vigilado la casa de la calle Garibaldi, desaparecieron. Otros doce con aspecto distinto, con documentos distintos y diferentes nombres ocuparon su lugar.

Isser también dejó su hotel, guardó su equipaje en la consigna de la estación de ferrocarril y regresó a la ciudad. Aquel día, como todos los demás, siguió recorriendo los cafés. En aquella ocasión se movía por una zona de negocios y entretenimiento, donde las cafeterías estaban apenas a un paseo de cinco minutos unas de otras.

13.00: Isser, Rafi Eitan y los principales agentes se reunieron para hablar de los últimos detalles en un gran restaurante en el centro de la ciudad. En torno a ellos los argentinos, felices, reían, bebían y devoraban carne asada. A las 14.00 el equipo se dispersó.

14.30: los agentes recogieron el coche para la captura, que llevaba unos días en un aparcamiento grande del centro, y lo llevaron hasta «La Base». El segundo coche salió de otro garaje.

15.30: los dos coches estaban aparcados junto a «La Base», preparados para desplazarse.

16.30: últimas instrucciones en «La Base». Los chicos de la unidad de operaciones se cambiaron de ropa, cogieron sus documentos y se dispusieron

a salir.

18.30: los dos coches se pusieron en marcha. Cuatro agentes iban en el coche de la captura: Zvi Aharoni como conductor, Rafi Eitan, el comandante; Moshe Tavor y Zvi Malkin. En el segundo coche iban tres agentes más: Abraham Shalom, Yaacov Gat y el doctor Eliau, que llevaba un maletín con drogas, instrumental y sedantes.

Los coches llegaron por separado y se reunieron en un cruce, no lejos de la casa de los Klement. Los agentes comprobaron la zona y se cercioraron de que no había controles ni fuerzas policiales cerca.

19.35: los dos coches aparcaron en la calle Garibaldi. El lugar estaba ya envuelto en una oscuridad espesa. El coche de la captura, un sedán Chevrolet negro, estaba aparcado en la acera, vuelto hacia la casa de los Klement. Dos agentes salieron y levantaron el capó; Aharoni se quedó al volante mientras el cuarto hombre permanecía agazapado dentro del coche, vigilando el lugar por donde se esperaba que surgiese Eichmann de la oscuridad. Uno de los hombres se puso unos guantes finos, por si tenía que tocar a Eichmann; la mera idea de tocarle le llenaba de asco. Al otro lado de la calle se encontraba el segundo coche, un Buick negro. Dos agentes salieron y permanecieron junto al vehículo. El tercero se quedó sentado en el asiento del conductor, dispuesto a encender los faros y cegar a Klement cuando se aproximase. La trampa estaba montada.

Pero Klement no apareció.

19.40: el autobús 203 se detuvo en la esquina, pero no salió nadie.

19.50: llegaron dos autobuses más, uno tras otro. Klement no estaba en ninguno de los dos. La ansiedad entre los agentes iba en aumento. ¿Qué había ocurrido? ¿Habría cambiado sus costumbres? ¿Había oído el peligro y había huido?

20.00: en una reunión anterior, Isser le había dicho al grupo que si Klement no había aparecido a las ocho, abortaran y se fueran. Rafi Eitan, sin embargo, decidió esperar hasta las ocho y media.

20.05: otro autobús se detuvo en la esquina. Al principio los israelíes no veían nada, pero Avrum Shalom, que estaba en el segundo equipo, distinguió de repente una silueta que se acercaba por la calle Garibaldi. ¡Klement! Encendió los faros, dirigiendo su luz cegadora a la figura que se aproximaba.

Ricardo Klement caminaba hacia su casa. Las luces deslumbrantes le dieron en la cara y apartó la vista sin dejar de andar. Vio un coche a un lado de la carretera (probablemente, había tenido un problema con el motor) y a algunas personas junto a éste. En ese momento, uno de los hombres que había al lado del Chevrolet se volvió hacia él.

—Un momentito, señor —dijo. Era Zvi Malkin, que usó las únicas palabras que sabía en español.

Klement se metió la mano en el bolsillo para buscar la linterna, que solía usar a menudo en aquella parte oscura de la calle. Entonces todo ocurrió con la velocidad del rayo. Malkin temió que Klement llevase un arma, así que saltó sobre él y le arrojó a la tierra que había junto a la carretera. Klement dejó escapar un grito fuerte, agudo. Desde el coche, otro hombre y otro más saltaron sobre él. Unos fuertes brazos le cogieron la cabeza y le taparon la boca. Le llevaron hacia el asiento trasero del coche y le echaron sobre el suelo, aturdido. El conductor puso en marcha el vehículo y éste salió disparado hacia delante. Apenas había pasado un minuto entre el momento en que apareció Klement y la partida del coche.

Segundos más tarde, el otro coche se puso en marcha y les siguió.

Unas manos diestras ataron rápidamente las manos y pies de Klement, y alguien le metió un trapo en la boca. Luego le quitaron las gafas y las reemplazaron por unas negras y opacas, y una voz ladró en alemán, junto a su oído:

—¡Un solo movimiento y eres hombre muerto!

Él obedeció; no se movió ni una sola vez en todo el viaje. Mientras tanto, dos manos se deslizaron bajo sus ropas y le palparon la piel. Las manos de Rafi Eitan buscaban sus cicatrices: una bajo la axila izquierda, otra en el lado derecho del vientre. Eitan miró a Malkin y asintió. Se estrecharon la mano. Habían cogido a Eichmann.

Eitan pensaba que tenía controlados sus sentimientos, pero de pronto se dio cuenta de que estaba tarareando la canción de los partisanos judíos durante la guerra contra los nazis, y repitiendo el estribillo: «¡Aquí estamos! ¡Aquí estamos!».

El coche avanzaba muy deprisa y de repente se detuvo, pero el motor no se apagó. Klement no podía saber que la barrera del tren estaba bajada. Los dos coches tuvieron que esperar largos minutos hasta que pasó un inacabable

tren de mercancías. Para los agentes, aquél fue el momento más crítico de toda la operación. Sus coches estaban rodeados por otros vehículos, todos esperando que se levantara la barrera. Se podían oír voces en el exterior, pero Klement no se atrevió a moverse. Ninguno de los argentinos que los rodeaban notó nada extraño en el suelo del coche. Minutos más tarde se levantó la barrera y los coches se desplazaron hacia delante, poco a poco.

20.55: los dos coches se detuvieron en la entrada de «La Base». Klement avanzó con dificultad entre sus captores, como un ciego, y fue conducido a la casa. No puso objeción alguna cuando los hombres que le sujetaban empezaron a desnudarle. Le pidieron en alemán que abriese la boca. Él obedeció. La examinaron, buscando quizá una cápsula con veneno alojada entre sus dientes. Todavía con las gafas opacas puestas, no veía nada, pero notó de nuevo las manos que examinaban su cuerpo y le tocaban las cicatrices. Una mano experta se deslizó bajo su axila izquierda y tocó la diminuta cicatriz que le había quedado cuando, unos años antes, intentó quitarse el pequeño tatuaje con su grupo sanguíneo, habitual entre los oficiales de las SS.

De repente, una voz dijo en alemán:

—Talla de sombrero... de zapatos... fecha de nacimiento... nombre del padre... nombre de la madre...

Como un robot, el otro respondió en alemán. Ni siquiera cuando le preguntaron:

—¿Cuál es el número de su carnet del partido nazi? ¿Su número de las SS? —pudo permanecer callado.

45.326. Y otro número, 63.752.

—¿Su nombre?

—Ricardo Klement.

—¿Su nombre? —repitió la voz.

Él tembló.

—Otto Heninger.

—¿Su nombre?

—Adolf Eichmann.

El silencio se hizo a su alrededor. Él se derrumbó.

—Soy Adolf Eichmann —repitió—. Sé que estoy en manos de los israelíes. También sé algo de hebreo, lo estudié con un rabino en Varsovia...

Recordaba algunos versos de la Biblia y empezó a recitarlos, intentando pronunciar las palabras hebreas con el acento adecuado.

Nadie dijo nada.

Los israelíes le miraban, estupefactos.

UN MENSAJERO PARA SDEH BOKER

Isser se desplazaba de un café a otro. Era ya tarde cuando entró en uno y se derrumbó en una silla frente a la puerta. De repente, vio a dos de sus hombres a la entrada y se levantó de un salto.

—Lo tenemos —confirmó Aharoni, sonriendo—. Ha sido identificado sin ninguna duda, y ha confesado que es Adolf Eichmann.

Isser agitó las manos y le dejaron solo. Ahora tenía que volver a la estación de ferrocarril, recoger su maleta y registrarse en un nuevo hotel bajo su nueva identidad, como si acabase de llegar a Buenos Aires. El aire de la noche era frío y cortante, y decidió salir a caminar. Tenía un poco de fiebre y estaba resfriado, pero de pronto se encontraba maravillosamente bien. Anduvo solo en la oscuridad, disfrutando del frío aire nocturno y sintiendo que flotaba... Era una sensación de embriaguez tal que jamás la olvidaría.

Al día siguiente un coche se detuvo junto a una cabaña de troncos en el kibutz Sdeh Boker. Un hombre delgado, con gafas, salió del coche, enseñó su identificación a los guardias y entró en el estudio de Ben-Gurión. Era Yaacov Caroz, el colaborador más cercano de Isser.

—Me envía Isser —dijo—. Acabamos de recibir un telegrama suyo. Hemos cogido a Eichmann.

El Viejo se quedó callado y luego preguntó:

—¿Cuándo vuelve Isser? Le necesito.

Al mirar las caras consternadas de sus hombres, Isser se dio cuenta de lo mucho que les deprimía la simple presencia de Eichmann. El monstruo alemán estaba ahora a su lado, separado de ellos sólo por una delgada pared... y eso ponía nerviosas a aquellas personas tan curtidas y las llenaba de asco. No podían acostumbrarse a mirar a un hombre que, a sus ojos, era la propia encarnación del mal, y que había sido el asesino de los parientes más cercanos de muchos de ellos: padres, madres, hermanos y hermanas, todos

desaparecidos en los crematorios. Hacerse cargo de Eichmann significaba atender sus necesidades las veinticuatro horas del día. No podían darle una navaja, de modo que tenían que afeitarse ellos; no podían dejarle solo ni un segundo, para que no se suicidase; tenían que acompañarle incluso cuando iba al baño. Yehudith Nissiyahu cocinaba y servía las comidas de Eichmann, pero se negaba a lavar los platos una vez había comido. La repulsión que sentía por él la abrumaba. Zvi Malkin, sentado en un rincón, combatía su repugnancia dibujando a Eichmann en un viejo ejemplar de una *Guía de Sudamérica*. Los guardias, que cambiaban cada veinticuatro horas, salían totalmente agobiados, e Isser albergaba la sensación de que tenía que darle a cada uno un permiso de un día entero. Que caminaran por Buenos Aires, pensó, que disfrutaran de la animada vida de aquella gran ciudad, y así olvidarían durante unas pocas horas la horrible realidad de «La Base».

Aquellos diez días se estaban convirtiendo en los más largos de su vida, escondidos en un país extranjero y viviendo con el temor de que cualquier pequeño error pudiera desencadenar una batida policial y un escándalo internacional.

PLANEANDO LA HUIDA

Eichmann permanecía sentado en una habitación sencilla, sin ventanas, iluminada día y noche por una solitaria bombilla. Era obediente y acataba con facilidad las instrucciones de sus guardias. Parecía haberse resignado a su destino. El único que hablaba con él era Aharoni, que le interrogó sobre su vida antes de la captura. Eichmann respondió a todas las preguntas. Le contó a Aharoni que después de la derrota alemana en mayo de 1945 había asumido la identidad de un soldado de la Luftwaffe, Adolf Karl Barth. Más tarde fingió ser un teniente de la 22 división de caballería Waffen-SS, Otto Eckmann, y fue encarcelado en un campo de prisioneros de guerra. Al final de aquel año, cuando su nombre apareció en los juicios de Núremberg como uno de los nazis más importantes, escapó del campo. Con el nombre de Otto Heninger se escondió hasta 1950 en Zelle, en la Baja Sajonia, y aquel mismo año huyó a Argentina a través de Italia, usando una de las rutas de huida de los criminales nazis.

Nueve años habían transcurrido desde que desembarcó en Argentina, vestido con camisa blanca, pajarita y abrigo de invierno, con gafas de sol y un bigotito fino. Pasó cuatro meses con unos amigos en la pensión Jurmann, en un barrio periférico de Buenos Aires, y cuatro más en casa de un contacto alemán llamado Rippler. Sólo entonces se arriesgó a desplazarse solo y dejó

Buenos Aires por Tucumán, una ciudad pequeña a casi mil kilómetros de distancia. Allí encontró un empleo en Capri, una empresa de construcción poco conocida, de la que se decía que era una tapadera cuya misión era proporcionar trabajo a los fugitivos nazis.

El 4 de abril de 1952 Eichmann recibió su documento de identidad argentino con el nombre de Ricardo Klement, nacido en Bolzano, Italia; soltero y mecánico de profesión.

Un año antes, a principios de 1951, Eichmann había enviado una carta a su mujer en Austria bajo nombre falso. Le informaba de que «el tío de sus niños, el hombre que ella creía que estaba muerto, en realidad estaba vivo y bien». Vera Liebl reconoció inmediatamente su letra y les dijo a sus hijos que su tío Ricardo, el primo de su padre fallecido, los había invitado a reunirse con él a Argentina.

Obtuvo un pasaporte legal para ella y para sus hijos. La maquinaria secreta nazi se puso en marcha febrilmente y se ocupó de difuminar y borrar las huellas de Vera. Cuando los agentes secretos israelíes pusieron al fin sus manos en el expediente de «Vera Liebl» de los archivos austríacos, lo que encontraron fue una carpeta vacía, cuyo contenido al parecer se había evaporado.

En junio de 1952, Vera Liebl y sus tres hijos, Horst, Dieter y Klaus, desaparecieron de su hogar en Austria. A principios de julio volvieron a aparecer brevemente en Génova, y el 28 de julio desembarcaron en Buenos Aires. El 15 de agosto bajaron del tren en la polvorienta estación de Tucumán.

«Vera Eichmann —escribió Moshe Pearlman en su libro— todavía guardaba en el recuerdo la imagen del atractivo oficial nazi de aspecto impresionante, con su uniforme y sus botas brillantes. Pero quien la esperaba en el andén de Tucumán era un hombre de mediana edad, vestido con modestia, el rostro pálido y arrugado, expresión deprimida y caminar lento. Aquél era su Adolf».

Eichmann *el Terrible* se había vuelto irreconocible. Había adelgazado mucho, se había quedado calvo, sus mejillas estaban hundidas y su rostro había perdido el aire de arrogancia que tanto le caracterizaba. Parecía resignado y ansioso; sólo sus labios finos mostraban todavía crueldad y malicia.

En 1953 Capri quebró y Eichmann tuvo que buscarse otro trabajo. Primero intentó abrir una lavandería en Buenos Aires con otros dos nazis,

luego trabajó en una granja de conejos y más tarde en una envasadora de zumos de frutas. Finalmente, con la ayuda de otra organización secreta nazi, Ricardo Klement fue nombrado capataz en la planta de montaje de Mercedes-Benz en Suárez. Por aquel entonces ya había empezado a creer que su vida acabaría pacíficamente. Hasta que llegó el 11 de mayo de 1960.

Mientras tanto, los hijos de Eichmann le buscaban en hospitales, morgues y comisarías. Pidieron ayuda a la organización juvenil fascista-peronista Tacuara, que se unió a la búsqueda. Pero los hijos de Eichmann comprendieron pronto que los israelíes debían de haber capturado a su padre. Intentaron convencer a las organizaciones pronazis, sin conseguirlo, de que adoptaran alguna medida drástica, quizá secuestrar al embajador israelí y retenerle hasta que su padre fuese liberado, pero los argentinos se negaron.

Isser dio instrucciones a sus hombres de lo que debían hacer si la policía localizaba el escondite. Si asaltaban «La Base», indicó Isser, Eichmann debía ser conducido a toda prisa a una cámara secreta que habían preparado en el interior de la casa. Si la policía intentaba hacer un registro minucioso, sacarían a Eichmann de la casa por una salida trasera, destinada específicamente a tal fin. Con Eichmann escaparían varios agentes, mientras los demás harían todo lo posible por entorpecer la búsqueda, a pesar de los riesgos que esto podría suponer.

Para quien quiera que estuviera con Eichmann en ese momento, Isser decía: «Si la policía encuentra el escondite y entra, esposaos a él y tirad las llaves, para que no puedan separaros. Decidles que sois israelíes y que, junto con vuestros amigos, habéis capturado al criminal más odiado de todo el mundo, Adolf Eichmann, para llevarlo a juicio. Y luego dad a la policía mi nombre real, Isser Harel, así como mi identidad falsa, y el nombre del hotel donde me alojo. Si os cogen a vosotros y a Eichmann, yo también seré arrestado».

Unos días más tarde, Eichmann accedió a firmar un documento en el que declaraba que estaba dispuesto a que lo llevaran a Israel para ser juzgado allí. Decía lo siguiente:

Yo, el abajo firmante Adolf Eichmann, por mi propia y libre voluntad, declaro lo siguiente: ahora que mi auténtica identidad ha sido descubierta, reconozco que no tiene sentido intentar evadirme de la justicia. Accedo a que se me conduzca a Israel y a ser juzgado ante un tribunal cualificado. Se comprende que se me concederá la asistencia de un abogado y que se me permitirá exponer ante el tribunal, sin manipular los hechos, un relato de los últimos años de mi servicio en Alemania, de modo que se transmita una descripción fidedigna de dichos

acontecimientos a las generaciones futuras. Hago esta declaración por voluntad propia. Nada se me ha prometido, y tampoco me han amenazado. Mi deseo es encontrar la paz al fin.

Como no puedo recordar todos los detalles, y quizá me confunda al establecer los hechos, pido que se pongan a mi disposición los documentos y testimonios relevantes para ayudarme a establecer la verdad.

ADOLF EICHMANN,
Buenos Aires, mayo de 1960

Esta declaración, por supuesto, no tenía validez legal.

LLEGA EL AVIÓN

18 de mayo de 1960, 11.00.

En el aeropuerto internacional de Lod, junto a Tel Aviv, tenía lugar una ceremonia formal. Muchas personalidades de alto rango, incluido el jefe del Estado Mayor, el general Laskov; el director general del Ministerio de Asuntos Exteriores y el embajador argentino en Israel, acudieron a la partida de la impresionante delegación a Argentina, para la celebración de su 150.º aniversario. El «Whispering Giant» de El Al despegó, llevando consigo también un pequeño pasaje regular que iba a hacer escala durante el camino.

Pocos de los pasajeros notaron que en Roma subían a bordo tres civiles más. Al cabo de un par de horas, esos nuevos pasajeros se habían convertido en miembros de la tripulación de El Al y se desplazaban por los pasillos con uniformes de la compañía aérea. En realidad se trataba de agentes del Mossad en ruta para ayudar a sus colegas de Buenos Aires. Uno de ellos era Yehuda Carmel, un hombre calvo, con la nariz prominente y un fino bigote. No estaba demasiado contento con aquel viaje: sabía que le habían elegido no por su talento, sino por su aspecto externo. Pocos días antes le habían llamado al despacho de su jefe, donde vio unas fotos sobre el escritorio: la suya y la de un hombre desconocido. Se parecían mucho. Cuando le dijeron que el hombre era Adolf Eichmann, se puso a temblar, y se quedó aún mucho más conmovido cuando le dijeron que le habían elegido para que fuese su doble. El plan de Isser era llevar a Carmel a Argentina como miembro de la tripulación de El Al, coger su uniforme y documentos y usarlos para introducir a Eichmann drogado en el avión. Carmel llevaba un pasaporte israelí a nombre de Ze'ev Zichroni.

Isser también había preparado un plan alternativo. Con la ayuda de un intermediario, convocó a un joven miembro de un kibutz, Meir Bar-Hon, que estaba visitando a unos parientes en Buenos Aires. Le pidieron que acudiese

al bar Gloria, en la avenida Bartolomé Mitre, donde le esperaban dos hombres: Isser y el doctor Elían. Isser le dio instrucciones:

—Cuando vuelva a casa de sus parientes, llame a un médico y dígame que ha tenido un accidente de coche y que sufre de mareo, náuseas y debilidad general. El médico probablemente concluirá que ha sufrido usted una conmoción y le llevará a un hospital. El 19 de mayo por la mañana dígame que se encuentra mucho mejor y quiere irse a casa. Le darán el alta y el hospital le proporcionará un documento certificando de que ha sido tratado por una conmoción.

El doctor Elían explicó entonces a Meir cuáles eran los síntomas específicos que debía presentar.

Meir se fue del bar Gloria y siguió las instrucciones de Isser. Estuvo ingresado en un gran hospital de Buenos Aires durante tres días y el 19 de mayo le dieron el alta. Una hora más tarde, Isser tenía en sus manos un documento oficial emitido por un hospital a nombre de Meir Bar-Hon, certificando que le acababan de dar el alta tras sufrir un accidente de coche.

De modo que si fallaba el plan para sacar a escondidas a Eichmann de Argentina como miembro de la tripulación de El Al, Isser podía ponerle en una camilla y llevarle al avión como Meir Bar-Hon, un paciente que todavía sufría una conmoción grave.

19 de mayo.

El avión de El Al aterrizó en Buenos Aires por la tarde. Los funcionarios de protocolo del Ministerio de Asuntos Exteriores, entusiastas judíos locales y niños con pequeñas banderas blancas y azules se alineaban a ambos lados de la alfombra roja colocada junto a la pasarela.

Un par de horas más tarde, Isser hablaba con el piloto, Zvi Tohar, y un ejecutivo de El Al y fijaba el momento del despegue: el 20 de mayo a medianoche.

Isser expuso sus planes. Después de una breve discusión, acordaron seguir el plan A: llevarían a Eichmann a bordo como si fuera un miembro de la tripulación que se había puesto enfermo. Su doble, Yehuda Carmel, ya había entregado al equipo del Mossad su uniforme y los documentos a nombre de Ze'ev Zichroni, piloto de El Al. Shalom Danny, el falsificador del equipo, modificó los documentos para que encajasen perfectamente con Eichmann. A

Carmel se le entregó una nueva documentación y se le dijo que abandonase Argentina enseguida.

Aquella noche, en «La Base», todo era actividad. Después de una semana de tensa espera, los agentes del Mossad volvían a la vida. Drogaron a Eichmann, éste se quedó dormido y ellos vaciaron la casa con meticulosidad: desmontaron los diversos instrumentos y dispositivos, empaquetaron todos los efectos personales y la casa quedó exactamente en el mismo estado que antes de su llegada. De madrugada no quedaba nada que pudiese sugerir el papel que había jugado aquella villa en los últimos ocho días. En el resto de los pisos francos se llevaban a cabo acciones similares.

20 de mayo.

Isser salió de su hotel por última vez, cogió un taxi hasta la estación de ferrocarril y dejó su equipaje en una consigna. Luego volvió a su ronda habitual por los cafés. La gente de El Al fue la primera en aparecer, y juntos prepararon un calendario detallado.

A mediodía empezó la última fase. Isser pagó la cuenta en el último café que visitó, recogió su equipaje y se dirigió hacia el aeropuerto para supervisar la operación de salida. Fue andando por la terminal en busca de un lugar donde establecer más cómodamente su puesto de mando, pasó por la zona de compras y venta de billetes, y finalmente descubrió una cafetería para los empleados del aeropuerto. Fuera hacía un frío terrible y la cafetería estaba llena de oficinistas, personal de tierra y de vuelo que iban a tomar una bebida caliente o una comida ligera. Isser estaba encantado; era ideal: nadie se fijaría en él ni se daría cuenta de las consultas apresuradas y sigilosas con todos sus hombres. Isser esperó hasta que quedó un asiento libre y desde allí empezó a supervisar los movimientos finales en suelo argentino.

¡HOLA, EL AL!

21.00: en el piso franco todo estaba preparado. Habían lavado, afeitado y vestido a Eichmann con el uniforme de El Al, y en su bolsillo llevaba un documento de identidad a nombre de Ze'ev Zichroni. Le habían maquillado tan bien que ni su propio hijo le habría reconocido. El médico y dos agentes llevaban también uniformes de El Al. El médico inyectó a Eichmann una droga que no le dejaba inconsciente, sino que se limitaba a confundir sus sentidos. Podía oír y ver, e incluso andar, pero no hablar, ni tampoco entender demasiado lo que estaba ocurriendo.

Aharoni, que también llevaba uniforme de El Al, se puso al volante del coche y un agente se sentó a su lado. Eichmann iba en el asiento posterior, entre el médico y otro agente del Mossad. El coche partió.

Al mismo tiempo salieron de un hotel económico del centro de la ciudad otros dos coches que llevaban a la auténtica tripulación de El Al. Su viaje hasta el aeropuerto se sincronizó meticulosamente con el progreso de los vehículos del Mossad.

En su improvisado puesto de mando, Isser recibía información actualizada minuto a minuto. Ordenó que llevaran el equipaje de sus hombres al aeropuerto. Había preparado rutas de huida individuales para cada uno de ellos, pero si el plan principal se llevaba a cabo sin tropiezos, todos abandonarían Argentina en el avión de El Al. No lejos de Isser, Shalom Danny bebía una taza de humeante café negro. Los transeúntes no tenían ni idea de que aquel cliente tenía que comprobar muchas cosas: había montado su laboratorio de falsificaciones ante sus propios ojos y estaba muy ocupado amañando los pasaportes de los agentes del Mossad, poniendo todos los sellos e inscripciones necesarios para permitir su rápida partida.

23.00: un hombre apareció junto a Isser y le dijo que habían llegado todos los coches del Mossad y de El Al. Isser corrió al aparcamiento y comprobó los coches de la compañía aérea. Los miembros de la tripulación permanecieron callados; tenían la sensación de estar participando en algo extraordinario, pero no tenían ni idea de qué se trataba. Escucharon con calma las instrucciones de Isser y no hicieron preguntas. Isser miró en el tercer coche, donde Eichmann dormitaba entre sus acompañantes.

—Adelante —les dijo—. ¡Buena suerte!

Los tres coches avanzaron mientras Isser volvía a la terminal y el pequeño convoy llegó a la barrera de Aerolíneas Argentinas. El avión israelí estaba aparcado en su espacio.

—¡Hola, El Al! —exclamó alegremente uno de los israelíes.

Los guardias le reconocieron; de hecho, estaban acostumbrados a las idas y venidas de los israelíes a lo largo del día. Echaron una mirada cansada a los ocupantes de los tres vehículos, vestidos con uniformes de El Al. En dos de los coches los pasajeros iban cantando, riendo y parloteando alegremente, mientras los ocupantes del tercer vehículo dormían en sus asientos.

La barrera se levantó y los tres coches avanzaron hacia el avión. Se abrieron las puertas y los hombres uniformados, una docena más o menos, se desplazaron en grupo hacia la escalera. Eichmann iba trastabillando entre ellos, casi totalmente oculto por los demás. Dos hombres le sujetaban, le ayudaron a subir las escaleras y le colocaron junto a una ventanilla, en primera clase. El médico y el equipo de seguridad se repartieron por los asientos en torno a él, fingiendo estar dormidos. Si los funcionarios de inmigración argentinos venían a examinar su documentación, debían decir que esos hombres eran los que trabajaban en el segundo turno y que tenían que descansar antes de la siguiente etapa del viaje.

23.15: Isser, de nuevo en su silla de la cafetería, oyó el característico rugido de los motores del «Whispering Giant». El avión rodó por la pista de aterrizaje hasta la terminal y se detuvo ante su puerta de embarque. Isser se dirigió rápidamente hasta la sala de espera de Salidas y miró a su alrededor. Vio a sus hombres en todos los rincones, de pie junto a sus equipajes. Isser se deslizó en torno a ellos y a medida que se aproximaba a cada uno de los agentes, susurraba:

—Id al avión.

Ellos se desplazaron con toda tranquilidad y se unieron a la fila de control de pasaportes. Todos los llevaban preparados, y Shalom Danny había hecho con ellos un trabajo excelente.

23.45: después de pasar por inmigración y aduanas sin problemas, el grupo atravesó la puerta de embarque y se dirigió al avión. Isser fue el último en recoger su equipaje, pasar por los controles y subir al avión, que salió a la pista casi de inmediato.

24.00 horas de la noche del 20 al 21 de mayo. El avión se detuvo; les habían comunicado un retraso desde la torre de control. Los agentes estaban muy tensos. ¿Habría ocurrido algo? ¿Habría llegado un soplo de última hora a la policía argentina? ¿Se les ordenaría que volvieran? Pero tras unos minutos de horrible ansiedad, por fin se dio vía libre al avión. El «Whispering Giant» despegó por encima de las relucientes aguas del río de la Plata. Isser respiró con alivio.

«TENGO QUE INFORMAR AL KNESSET...».

22 de mayo. El avión aterrizó en el aeropuerto de Lod a primera hora de la mañana

A las 9.50 de la mañana, Isser se dirigió directamente a Jerusalén. El secretario de Ben-Gurión, Yitzhak Navon, le condujo de inmediato a la oficina del primer ministro.

Ben-Gurión se quedó muy sorprendido.

—¿Cuándo ha llegado?

—Hace dos horas. Tenemos a Eichmann.

—¿Dónde está? —preguntó el Viejo.

—Aquí, en Israel. Adolf Eichmann está en Israel, y si está de acuerdo, le entregaremos inmediatamente a la policía.

Ben-Gurión se quedó callado. No se echó a llorar, como informaron después muchos periodistas, ni tampoco soltó una risa triunfante, como escribieron otros. No abrazó a Isser ni mostró emoción alguna.

—¿Está seguro de que es Eichmann? —preguntó—. ¿Cómo le han identificado?

Isser, sorprendido, contestó que sí. Le detalló a Ben-Gurión todos los criterios por los que habían identificado a Eichmann y recalcó que el propio prisionero había admitido su identidad. Pero el Viejo no estaba satisfecho del todo.

—No basta —dijo.

Antes de autorizar cualquier paso posterior, quiso que un par de personas que habían conocido a Eichmann se reunieran con él y le identificaran formalmente. Tenían que estar seguros al cien por cien, y no pensaba decir ni una sola palabra al gobierno hasta entonces.

Isser llamó a su oficina y pidió a su personal que buscara a alguien que pudiera identificar a Eichmann personalmente. Al momento localizaron a dos israelíes que en el pasado le habían conocido. Llevaron a ambos a la celda donde le tenían encerrado, hablaron con él y le identificaron formalmente.

A mediodía, un enviado israelí irrumpió en un restaurante de Frankfurt y corrió hacia una de las mesas, donde esperaba un hombre solo con el pelo blanco, visiblemente nervioso y tenso.

—Herr Bauer —le dijo—, Adolf Eichmann está en nuestras manos. Nuestros hombres le han capturado y lo han llevado a Israel. En cualquier momento, el primer ministro hará una declaración formal en el Knesset.

Bauer, pálido y muy conmovido, se levantó. Le temblaban las manos. El hombre que había dado al Mossad la dirección de Eichmann en Argentina, el hombre sin el cual Eichmann probablemente nunca habría sido capturado, no pudo contenerse más. Se echó a llorar, cogió el hombro del israelí, le abrazó y le besó.

16.00: en la sesión plenaria del Knesset, Ben-Gurión subió a la tribuna. Con voz firme y clara, leyó una breve declaración:

—Tengo que informar al Knesset de que los servicios de seguridad de Israel han capturado recientemente a uno de los mayores criminales nazis, Adolf Eichmann, responsable junto con otros líderes nazis de lo que llamaron «la solución final», es decir, el exterminio de seis millones de judíos europeos. Eichmann está ahora mismo arrestado aquí, en Israel. Pronto será sometido a juicio en Israel, de acuerdo con la ley de crímenes de los nazis y sus colaboradores.

Las palabras de Ben-Gurión fueron recibidas con conmoción y asombro, que se convirtieron en un enorme y espontáneo aplauso. El asombro y la admiración se extendieron por todo el Knesset y el mundo entero. Al final de la sesión, un hombre se levantó de su asiento, detrás del banco del gobierno. Pocos conocían su cara o su nombre. Era Isser Harel.

El juicio a Adolf Eichmann empezó en Jerusalén el 11 de abril de 1961. La acusación presentó como testigos a 110 supervivientes del Holocausto. Algunos no habían hablado nunca antes de su pasado y contaban entonces por primera vez sus horribles historias. Daba la sensación de que el estado de Israel entero permanecía pegado a la radio y seguía con enorme dolor y espanto la terrible historia que iba emergiendo de los testimonios. Y parecía que el pueblo judío en su conjunto se identificaba con el fiscal, Gideon Hausner, que se enfrentó al criminal nazi en representación de sus seis millones de víctimas.

El 15 de diciembre de 1961 Eichmann fue sentenciado a muerte. Su apelación fue rechazada por el Tribunal Supremo y el presidente Yitzhak Ben-Zvi le negó el perdón. El 31 de mayo de 1962, se informó a Adolf Eichmann de que su final era inminente. En su celda, el condenado escribió algunas cartas a su familia y se bebió media botella de vino tinto del Carmelo. Hacia medianoche, el reverendo Hull, ministro no conformista, entró en la celda de Eichmann como había hecho en varias ocasiones anteriores.

—Esta noche no analizaré la Biblia con usted —le dijo Eichmann—. No tengo tiempo que perder.

El ministro se fue, pero entonces llegó un visitante inesperado a la celda de Eichmann: Rafi Eitan.

El secuestrador se quedó de pie frente al hombre condenado y vestido con el uniforme de color marrón claro de los presos, y no pronunció palabra. Eichmann le miró y le dijo en alemán:

—Espero que su turno llegue después del mío.

Los guardias condujeron a Eichmann a una habitación diminuta preparada como cámara de ejecución. Fue colocado sobre una trampilla y se le puso en torno al cuello un nudo corredizo. Un pequeño grupo de funcionarios, periodistas y un médico, a los que se permitió estar presentes en la ejecución, oyeron sus últimas palabras, pronunciadas según la tradición nazi:

—Nos encontraremos de nuevo. He vivido creyendo en Dios... He obedecido las leyes de la guerra, y fui leal a mi bandera.

Dos funcionarios de policía apretaron simultáneamente dos botones desde detrás de una pantalla. Sólo uno de ellos abría la trampilla. Ninguno de los dos sabía quién accionaba el botón de control, de modo que se desconoce quién fue el verdugo de Eichmann. Eitan no vio la ejecución, pero sí que oyó el ruido de la trampilla.

El cuerpo de Eichmann fue incinerado en un horno de aluminio en el patio de la prisión. «El humo negro se alzó hacia el cielo —escribió un periodista norteamericano—. Nadie dijo una sola palabra, pero era imposible no recordar los crematorios de Auschwitz».

Poco antes del amanecer del día 1 de junio de 1962, una lancha rápida de los guardacostas israelíes salió de las aguas territoriales de Israel. Apagaron el motor y mientras la embarcación flotaba silenciosamente, un policía arrojó las cenizas de Eichmann al Mediterráneo.

El viento y las olas dispersaron los restos del hombre que, veinte años antes, había declarado alegremente: «Me reiré en mi tumba, feliz por haber exterminado a seis millones de judíos».

Ante el lecho de muerte de su madre, Zvi Malkin pensó en sus parientes asesinados, en su hermana Fruma y sus hijitos, que perecieron en el Holocausto. Se inclinó hacia su madre y le susurró:

—Madre, yo cogí a Eichmann. Fruma está vengada.

—Ya sabía que nunca olvidarías a tu hermana —susurró la moribunda.

CAPÍTULO SIETE

¿Dónde está Yossele?

Mientras Isser, sus agentes y el cautivo Eichmann esperaban en los pisos francos de Buenos Aires la llegada del avión Britannia desde Tel Aviv, el *ramsad* estaba muy ocupado con otro proyecto. Isser había decidido comprobar los rumores de que otro criminal nazi se escondía en la misma ciudad: el doctor Josef Mengele, «el ángel de la muerte», el monstruoso doctor que recibía los trenes de judíos en el andén de Auschwitz y con total indiferencia enviaba a los más sanos a trabajar y a los más débiles: mujeres, niños y ancianos, a las cámaras de gas. Mengele se había convertido en un símbolo de la crueldad y locura del Tercer Reich tras desaparecer después de la guerra, muy probablemente en Argentina.

Mengele procedía de una familia rica que, mientras permanecía oculto, continuó apoyándole mediante el envío de grandes sumas de dinero. El rastro del dinero, seguido por agentes del Mossad, conducía a Buenos Aires; sin embargo, hasta el momento no habían tenido éxito en sus esfuerzos por hallar a Mengele.

Pero esta vez tuvieron suerte. En mayo de 1960, poco antes de que el Britannia aterrizase en Buenos Aires, agentes de Israel encontraron la dirección de Mengele. ¡Vivía en Buenos Aires con su nombre real! Al parecer, estaba muy seguro de que se encontraba bien protegido. Isser envió a su mejor investigador, Zvi Aharoni, a comprobar la dirección, pero Mengele no estaba en casa. Sus vecinos le contaron a Aharoni que la pareja se había marchado fuera unos días, pero que volverían pronto. Emocionado, Isser llamó a Rafi Eitan.

—Observemos y sigámosle —dijo—; cuando Mengele vuelva, le secuestramos también y nos lo llevamos a Israel junto con Eichmann.

Rafi se negó. La operación de Eichmann era muy compleja, dijo; habían capturado a un hombre y tenían una oportunidad excelente de subirlo a un

avión y llevarlo a Israel. Pero otra operación para la captura de un segundo hombre aumentaría los riesgos de una manera tremenda. Sería un grave error.

Isser cedió y Rafi le hizo una oferta alternativa:

—Si llevas a Eichmann a Israel y mantienes en secreto su captura durante una semana, yo te traeré a Mengele.

—¿Y cómo vas a hacer tal cosa? —quiso saber Isser.

—Aún tenemos en Buenos Aires unos cuantos pisos francos de la operación Eichmann que nadie conoce. Mantengámoslos. Mientras tú vuelas a Israel con Eichmann, yo volaré con Zvi Malkin y Abraham Shalom a uno de los países vecinos a Argentina. Al llegar a Israel mantén en secreto la captura de Eichmann; nadie sabrá lo que hemos hecho y nadie nos buscará. Entonces volveremos a Buenos Aires y cogeremos a Mengele. Le retendremos en uno de los pisos francos y al cabo de unos días lo llevaremos a Israel.

Isser accedió. Cuando el Britannia, con Eichmann a bordo, despegó hacia Israel, Eitan, Shalom y Malkin volaron a Santiago, la capital de la vecina Chile. Se proponían volver a Buenos Aires al cabo de un día o dos, si la captura de Eichmann se mantenía en secreto, y lanzar la operación Mengele.

Pero a la mañana siguiente todos los medios de comunicación anunciaron en sus titulares la captura de Eichmann por los israelíes en Argentina. Era impensable que algunos de los principales agentes del Mossad regresaran al país y llevaran a cabo otro secuestro. Rafi y sus amigos tuvieron que abandonar su proyecto y volver a Israel.

Más adelante, Isser Harel le contó a Rafi que le había pedido a Ben-Gurión que mantuviese en secreto la captura de Eichmann durante una semana, pero que el Viejo se negó.

—Demasiada gente sabe ya que tenemos a Eichmann en nuestro poder —le dijo supuestamente Ben-Gurión a Isser—. No podremos mantener más tiempo el secreto. He decidido informar al Knesset de su captura esta misma tarde.

La noticia de la captura de Eichmann se divulgó e Israel perdió la oportunidad de llevar a juicio a uno de los criminales más sádicos de la historia.

Poco después de la captura de Eichmann, Mengele se dio cuenta de que el peligro le acechaba, se trasladó a Paraguay y desapareció hasta su muerte de

un ataque cardíaco casi veinte años más tarde, en febrero de 1979.

A principios de marzo de 1962, Isser Harel fue convocado por Ben-Gurión. El Viejo le saludó con calidez y charló con él un rato sobre diversos asuntos. «¿Qué es lo que querrá?», se preguntaba Isser. Conocía bien a Ben-Gurión, y estaba seguro de que no le había invitado para parlotear sobre asuntos intrascendentes. Los dos hombres se caían bien y se parecían. Ambos eran bajos, tozudos y decididos, líderes natos, dedicados por entero a la seguridad de Israel; no eran personas que perdieran tiempo ni palabras. Y desde la captura de Eichmann, estaban mucho más unidos.

De repente, en medio de la conversación, Ben-Gurión se volvió hacia Isser.

—Dígame, ¿podría encontrar al niño?

No dijo de qué niño se trataba, pero Isser lo comprendió al momento. Durante los dos últimos años, una pregunta había recorrido de forma recurrente todo Israel: se gritaba desde los titulares de los periódicos, la exclamaban en la tribuna del Knesset y se arrojaba con furia al rostro de los judíos ultraortodoxos por parte de la juventud secular: ¿dónde está Yossele?

Yossele era Yossele Schuchmacher, un niño de ocho años de la ciudad de Holon secuestrado por un grupo de judíos ultraortodoxos, encabezado por su abuelo. El viejo Hassid quería educar a Yossele en la tradición ultraortodoxa y arrebató el niño a sus padres. Desde entonces, había desaparecido sin dejar rastro. Cada día que seguía perdido, la disputa sobre el niño iba en aumento, y había pasado de ser un asunto familiar a convertirse en un escándalo nacional, que provocaba un enfrentamiento cada vez más violento entre judíos seculares y ultraortodoxos. Algunos temían que estallase una guerra civil que desgarrase la nación entera. Como último recurso, Ben-Gurión recurrió a Isser.

—Si quiere que lo encuentre, lo intentaré —dijo éste.

Luego volvió a su despacho y abrió un expediente operativo. Lo llamó «operación Cachorro de Tigre».

Yossele era un niño guapo y vivaracho. Su único error, al parecer, era tener los padres equivocados, o eso pensaba su abuelo, Nahman Shtarkes. El viejo Shtarkes, esquelético, barbudo y con gafas, era un jasídico fanático, un hombre duro y tozudo. Nadie había podido doblegarle, ni los matones de la KGB ni los campos de trabajo soviéticos de la dura Siberia, donde había

pasado parte de la Segunda Guerra Mundial. En Siberia perdió un ojo y tres dedos de los pies debido a la congelación, pero su moral permaneció intacta; sus vicisitudes no hicieron otra cosa que alimentar su odio por los soviéticos, que llegó a su punto álgido en 1951, cuando unos matones apuñalaron a uno de sus hijos y lo mataron. Se consoló con los dos hijos que le quedaban, Shalom y Ovadia, y con su hija Ida, que estaba casada con un sastre.

La joven pareja vivió durante un tiempo en la antigua casa de los Shtarkes en Lvov, donde se habían establecido después de vagar por toda Rusia y Polonia. Allí, en 1953, nació el segundo hijo de la familia Schuchmacher: Yossele.

El chico tenía cuatro años cuando emigró a Israel con sus padres. El abuelo y la abuela Shtarkes, junto con uno de sus hijos, Shalom, habían llegado a Israel unos meses antes. Nahman Shtarkes, que pertenecía a la secta jasídica de Breslau, se estableció en Mea Shearim, la zona ultraortodoxa de Jerusalén. Era otro mundo, donde los hombres llevaban largas levitas negras o caftanes de seda, sombreros negros o de piel, barbas abundantes y largos tirabuzones en las sienes, y las mujeres vestían vestidos largos y mojigatos y se cubrían el pelo con pelucas o pañuelos. Era un mundo de yeshivás, sinagogas y tribunales de famosos rabinos. Shalom se unió a una yeshivá; su hermano Ovadia se trasladó a Reino Unido.

Ida y Alter Schuchmacher se establecieron en Holon. Al final, Alter consiguió un trabajo en una fábrica textil en la zona de Tel Aviv, y a Ida la contrató un fotógrafo. Se compraron un pequeño apartamento e intentaron ganarse la vida, pero se endeudaron muchísimo. Para que les salieran las cuentas, enviaron a su hija Zina a una institución religiosa en K'far Habad y confiaron a Yossele a sus abuelos.

Azotados por los malos tiempos, Ida y Alter Schuchmacher escribieron a amigos suyos en Rusia diciendo que quizá no deberían haber emigrado a Israel. Algunas de las respuestas a las quejas de la pareja cayeron en manos de Nahman Shtarkes, que concluyó que los Schuchmacher se proponían volver a Rusia con sus hijos. Lleno de ira, decidió no devolver a Yossele a sus padres.

A finales de 1959, sin embargo, la situación económica de los Schuchmacher mejoró. En esas circunstancias, decidieron volver a reunir a su familia. En diciembre Ida fue a Jerusalén a recoger a su hijo, pero ni Yossele ni su abuelo se hallaban en casa.

—Mañana tu hermano Shalom te llevará el niño —le dijo la madre de Ida—. Ahora mismo está con su abuelo en la sinagoga, y no debes molestarles.

Al día siguiente, sin embargo, Shalom llegó solo a Holon y le dijo a su hermana que el padre había decidido no devolverle a Yossele. Consternada, Ida corrió a Jerusalén con su marido. Pasaron el fin de semana en la casa de los Shtarkes y en esa ocasión Yossele sí se encontraba allí. El sábado por la noche, cuando estaban a punto de irse con el niño, la madre de Ida dijo:

—Hace mucho frío fuera. Deja que el niño duerma aquí y mañana yo misma te lo llevaré.

Accedieron. Ida dio un beso a su hijo, que se acurrucó en la cama, y se fue con su marido. ¿Cómo iba a pensar que pasarían años antes de que volviera a ver a su hijito?

Al día siguiente ni Yossele ni la abuela aparecieron por Holon. Una vez más, Ida y Alter se dirigieron a Jerusalén, pero sin resultado alguno. El niño se había desvanecido y el viejo Shtarkes se negó tozudamente a devolvérselo, a pesar de las lágrimas de Ida. Su hijo había desaparecido.

Después de unos cuantos viajes más, Ida y Alter se dieron cuenta de que el anciano no les devolvería a su hijo ni les revelaría su paradero. En enero de 1960 decidieron acudir a los tribunales y presentaron una denuncia contra Nahman Shtarkes ante el tribunal rabínico de Tel Aviv. Shtarkes no respondió. Y entonces empezó la pesadilla...

El 15 de enero, el Tribunal Supremo de Israel ordenó a Nahman Shtarkes que devolviera el hijo a sus padres al cabo de treinta días, y lo convocó ante el tribunal. Él respondió dos días más tarde: «No puedo acudir debido a mi mala salud».

El 17 de febrero la familia presentó una denuncia ante la policía y pidió que Nahman Shtarkes fuese arrestado y mantenido bajo custodia hasta que les devolviera a su hijo. El Tribunal Supremo ordenó a la policía que encontrase al niño. Diez días más tarde, la policía abrió un expediente para Yossele y empezó la búsqueda.

7 de abril: la policía no pudo encontrar rastro alguno del muchacho y pidió al Tribunal Supremo que la dispensara de la búsqueda.

12 de mayo: el Tribunal Supremo, indignado, instó a la policía a que continuase la búsqueda, y finalmente ordenó el arresto de Nahman Shtarkes, que fue detenido al día siguiente.

Pero si alguien había pensado que estar en la cárcel doblegaría la resolución del viejo Shtarkes, estaba muy equivocado. El viejo obstinado no dijo ni una sola palabra.

Al momento resultó evidente que Shtarkes no había escondido al niño él solo, sino que había recibido la ayuda de una red de judíos ultraortodoxos que habían burlado a la policía. Todos estaban comprometidos en una misión sacrosanta: impedir el maligno plan de llevar al niño a Rusia y convertirlo al cristianismo... o al menos eso les había dicho Shtarkes. Incluso el rabino Frank, rabino en jefe de todo Jerusalén, publicó una norma apoyando al viejo Shtarkes e instando a la comunidad ortodoxa a que le ayudase en todos los sentidos.

El asunto apareció en la agenda del Knesset en mayo de 1960, y la prensa se cebó. Los primeros en darse cuenta de las enormes implicaciones del asunto fueron los representantes de los partidos religiosos. El miembro del Knesset Shlomo Lorenz tenía la sensación de que el secuestro del niño podía prender la mecha de una guerra religiosa en Israel, así que ofreció a Shtarkes y a la familia Schuchmacher sus servicios como mediador. Llevó al abuelo, que todavía permanecía en prisión, un acuerdo firmado en el que los padres se comprometían dar al niño una educación ortodoxa. Shtarkes accedió a firmar el acuerdo con una sola condición: que el rabino Meizish, uno de los más fanáticos de todo Jerusalén, le ordenase que lo hiciera.

Lorenz corrió a Jerusalén y se reunió con el rabino. Meizish dijo que consentiría en el acuerdo con la condición de que los secuestradores no fueran procesados.

Entonces Lorenz se dirigió al jefe de policía, Joseph Nahmias.

—Estoy de acuerdo —accedió Nahmias—. Llévese mi coche y traiga al niño. Tiene usted inmunidad parlamentaria y de todos modos nadie seguirá mi coche, así que la gente implicada quedará en el anonimato.

Exultante, Lorenz volvió a hablar con el rabino Meizish, pero éste había cambiado de opinión. Lorenz volvía a encontrarse en la casilla de salida. Sabía que el niño probablemente estaba oculto en alguna comunidad religiosa, escuela talmúdica o pueblo ortodoxo. Pero ante el obstáculo de un muro de silencio, encontrar al niño era una misión imposible.

El 12 de abril de 1961, Nahman Shtarkes fue liberado de la prisión «por motivos de salud», después de haber prometido que intentaría encontrar al niño. Pero no mantuvo su palabra y el Tribunal Supremo hizo que le

arrestaran de nuevo, afirmando que el secuestro era «un crimen horrible y despreciable». En agosto de 1961 se creó un «Comité Nacional por el Regreso de Yossele» que empezó a repartir folletos, organizar reuniones públicas y alertar a los medios de comunicación. Recogieron miles de firmas; la sombra siniestra de una guerra cultural acechaba en el horizonte.

En agosto de 1961, la policía asaltó el poblado jasídico de Komemiut, pero se encontraron con que el pájaro había volado del nido. Yossele había permanecido oculto en aquel pueblo un año y medio antes, en diciembre de 1959, cuando su tío Shalom lo llevó a casa de un tal Zalman Kot bajo el nombre de Israel Hazak.

En el tiempo transcurrido, sin embargo, se habían llevado al niño a otro lugar, mientras Shalom Shtarkes dejaba el país y se establecía en la comunidad jasídica de Golders Green, en Londres. A petición de la policía israelí, Shtarkes fue arrestado por los británicos; al nacer su primer hijo, Kalman, la familia llevó al niño a la prisión, donde se realizó la circuncisión ritual.

Pero Yossele había desaparecido sin dejar rastro. Había quien creía que lo habían sacado de forma clandestina del país, o incluso que había enfermado y muerto. La policía se convirtió en el hazmerreír de todo el mundo. Hubo choques violentos entre judíos seculares y ortodoxos. Estudiantes de las yeshivás eran apaleados en la calle por los transeúntes. Jóvenes seculares acosaban a los jóvenes ortodoxos al grito de: «¿Dónde está Yossele?».

La furia del público israelí llegó al punto de ebullición. Debates tormentosos sacudían el Knesset.

Fue entonces cuando Ben-Gurión llamó a Isser.

Cuando Isser Harel aceptó ocuparse de la búsqueda de Yossele, no se dio cuenta de que estaba aceptando la misión más difícil y complicada de toda su carrera. Nunca discutía las operaciones con su mujer, Rivka, pero en esta ocasión le dijo: «La autoridad del gobierno está en juego». Uno de sus mejores agentes, Abraham Shalom, tenía una opinión distinta: «Isser quería demostrar que podía tener éxito allí donde había fracasado la policía».

La policía se alegró de poder desentenderse de aquella tarea tan ingrata. Joseph Nahmias, jefe de policía, le preguntó a Isser: «¿Cree de verdad que es posible encontrar al niño?». Amos Manor, director del Shabak y colaborador íntimo de Isser, estaba en contra del proyecto, y muchos de los funcionarios del Mossad y del Shabak eran de la misma opinión. Todos pensaban que

aquella misión no entraba dentro de sus funciones; se suponía que debían trabajar para la seguridad de Israel, y no buscar a un niño en las escuelas jasídicas. A diferencia de Isser, no creían que la función del servicio secreto fuera preservar la reputación del Estado israelí. Sin embargo, en cuanto Isser tomó la decisión, no se opusieron. Su autoridad era absoluta.

Isser y sus colaboradores crearon un grupo operativo de unos cuarenta agentes: los mejores investigadores del Shabak, miembros del equipo operativo, agentes religiosos o gente que simulaba serlo, e incluso civiles que se ofrecieron voluntarios. La mayor parte de los voluntarios eran miembros de la comunidad ortodoxa que se daban cuenta del peligro que suponía el secuestro de Yossele para la nación. Sin embargo, sus primeras operaciones acabaron con un triste fracaso. Intentaron penetrar en los bastiones ultraortodoxos de una manera directa y fueron reconocidos enseguida; se burlaron de ellos y acabaron rechazados. «Sentí como si hubiese aterrizado de repente en Marte —explicó uno de los agentes de Isser— y tuviese que mezclarme con una multitud de hombrecitos verdes sin ser visto».

Pacientemente, Isser estudió el expediente, leyó y releó cada uno de los documentos; no había rastro alguno de Yossele en ningún lugar de Israel. Al final, Isser llegó a una conclusión: habían sacado al niño del país.

Sí, pero ¿adónde? Una extraña noticia llamó su atención. A mediados de marzo de 1962, un gran grupo de judíos jasídicos había viajado a Israel desde Suiza. Muchos hombres, mujeres y niños se habían desplazado para escoltar el ataúd de su venerable rabino y enterrarlo en Tierra Santa. Isser empezó a sospechar que el funeral era simplemente una tapadera para sacar a Yossele del país cuando el grupo volviese a Suiza, pocas semanas después. Isser envió a sus hombres al aeropuerto y un pequeño equipo, encabezado por Abraham Shalom, recibió la orden de partir hacia Zúrich para seguir a los jasídicos a su regreso. Los agentes del Mossad fueron incluso a la residencia de los niños y se metieron en el jardín a hurtadillas por la noche, para mirar por las ventanas y examinarlos a todos. «Llegamos a aquella yeshivá enmedio del bosque —recuerda Shalom— y nos pegamos a las ventanas; sabíamos que podían haberlo disfrazado, pero buscábamos a un niño que pudiera ser de la misma edad». Al cabo de una semana de aventuras nocturnas, tuvieron que informar a Isser de que Yossele, definitivamente, no se encontraba entre los niños suizos.

Isser decidió entonces asumir el mando de la operación. Dejó todos los asuntos pendientes en manos de sus colaboradores, estableció un cuartel

general improvisado en París y envió a sus hombres por todo el mundo. Llevaron a cabo investigaciones en Francia, Italia, Suiza, Bélgica, Reino Unido, Sudamérica, Estados Unidos y el norte de África. Usando distintas tapaderas, intentaron penetrar en yeshivás y comunidades ortodoxas para elaborar una lista de todos los centros donde podría estar oculto el niño. Un joven judío ortodoxo de Jerusalén llegó a la famosa yeshivá del rabino Soloweichik de Suiza, fingiendo ser un erudito que acudía a estudiar la Tora con el renombrado maestro. Una mujer religiosa, modesta y devota, llegó a Londres con cálidas cartas de recomendación de la suegra de Shalom Shtarkes, cuya confianza se había ganado, y fue invitada por la familia Shtarkes a alojarse con ellos como huésped. No sabían que la buena mujer era Yehudith Nissiyahu, la mejor agente femenina de Isser, que había participado en el secuestro de Eichmann.

Yehudith no era la única agente del Mossad que operaba en Londres por aquel entonces. La ciudad era un importante centro de jasidismo ultraortodoxo de la secta de Satmar (que recibía su nombre del pueblo rumano de Satu Mare, donde la secta se había originado). Isser envió a otro equipo de agentes a los barrios residenciales jasidim de Londres. Otro equipo se dirigió a Irlanda. Durante las operaciones en Reino Unido, los hombres de Isser dieron con una joven pareja religiosa que repentinamente alquiló una casa aislada en Irlanda. Los agentes del Mossad creían que iban a usar la casa como nuevo escondite de Yossele, y prepararon un elaborado plan para la captura del niño. Alquilaron apartamentos y coches a toda prisa, pasaron equipo de contrabando, prepararon documentos falsos: la operación estaba planeada hasta el más mínimo detalle.

Y luego empezaron los fracasos.

El primero en volver a casa frustrado fue el equipo de Irlanda. Resultó que la «pareja religiosa» era tan sólo una pareja religiosa que había decidido irse de vacaciones a Irlanda. Yehudith Nissiyahu tampoco consiguió obtener información alguna de la familia Shtarkes, y el joven que fue a estudiar las Sagradas Escrituras en Suiza volvió iluminado, pero con las manos vacías. De todo el mundo llegaban respuestas negativas al cuartel general de Isser. El niño había desaparecido.

El que tuvo el peor destino fue el equipo que había intentado penetrar en el grupo de los jasidim Satmar, en Londres. Los jóvenes y avispados estudiantes de una yeshivá del barrio de Stamford Hill se enfrentaron de inmediato a los huéspedes no deseados gritando: «¡Aquí vienen los sionistas!

¡Venid, Yossele está aquí!». Incluso llamaron a la policía de Londres. Los colaboradores de Isser tuvieron que esforzarse para sacar a sus colegas de los calabozos de Su Majestad.

Uno tras otro, los agentes más devotos de Isser perdían la esperanza.

—Isser, no funcionará —le decían—. Abandona la búsqueda. Estás buscando una aguja en un pajar. No encontraremos al niño.

Pero él no se rendía. Tozudo como una mula, desdeñó todas las dudas y quejas y continuó obsesionado por la búsqueda y confiado en que, a pesar de todas las probabilidades, acabaría por encontrar al niño.

En París convocó a Yaacov Caroz, jefe de la delegación del Mossad. Caroz, nacido en Rumania, había perdido a sus padres en el Holocausto y llevaba implicado en asuntos de espionaje y seguridad desde que estudiaba en la Universidad Hebrea de Jerusalén. Esbelto, de frente despejada, rasgos delicados y con gafas, Caroz tenía el aspecto de un intelectual. Había sido jefe del Tevel (Universo), departamento del Mossad a cargo de las relaciones encubiertas con los servicios secretos extranjeros, y allí forjó algunas de las alianzas más secretas e inesperadas de Israel. Ayudó a crear un «pacto periférico» entre Israel e Irán, Etiopía, Turquía e incluso Sudán (todos los países no árabes de la periferia de Oriente Medio); alentó una cooperación estrecha con los jefes de los servicios secretos francés, británico y alemán; estableció una alianza con el formidable general Oufkir, el temido ministro del Interior de Marruecos, y visitó en secreto al rey Hassan de Marruecos; incluso ayudó al emperador de Etiopía, Haile Selassie, a aplastar un intento de golpe de Estado por parte de sus colaboradores más cercanos. Durante una misión secreta en Argelia se enamoró de una joven, Juliette (Yael), con la que se casó. Caroz, discreto y engañosamente educado, era un espía con traje y corbata que nunca había actuado como agente de campo; sin embargo, era un hombre de mundo que hablaba con fluidez francés e inglés, por lo que constituía un agente muy valioso para Isser.

Isser trabajaba las veinticuatro horas del día. Había alquilado la habitación de un hotel, pero pasaba la mayor parte del día y la noche en el apartamento que había convertido en su cuartel general operativo. Sus colaboradores le compraron una cama plegable (la llamaban «la camita de Yossele») y de vez en cuando se dejaba caer en ella y dormía brevemente. Esa situación se prolongó durante meses. La mayor parte del tiempo la pasaba comprobando informes, leyendo telegramas y hablando con sus hombres, dispersos por toda

Europa. Al amanecer dejaba su oficina y se iba al hotel, donde se duchaba, se refrescaba y volvía al trabajo. La primera noche, al regresar al hotel de madrugada, el portero le dirigió una sonrisa de complicidad. Al parecer, aquel caballero disfrutaba plenamente la vida nocturna parisina. La segunda noche, el portero se permitió dedicarle un guiño amistoso. Pero al ver que la tercera, cuarta y quinta noche continuaban las aventuras nocturnas, el portero no pudo mantener su discreción por más tiempo. Cuando Isser volvió al amanecer, con los ojos rojos por la falta de sueño, el rostro sin afeitar y la ropa arrugada, el portero, teatralmente, se quitó el sombrero, le hizo una reverencia y declaró: «¡Mis respetos, *monsieur*!».

Entonces, una mañana de abril, a los agentes del Mossad les llegó un dato curioso. Lo había recogido un joven judío ortodoxo llamado Meir, a quien habían enviado a Amberes, en Bélgica. Allí entró en contacto con un grupo de comerciantes de diamantes religiosos que seguían al viejo rabino Itzikel, y que le consideraban un hombre santo. Cuando querían resolver sus disputas de negocios no buscaban ayuda en los tribunales estatales, sino que pedían al rabino que actuase de mediador y juez, a menudo en tratos por valor de muchos millones. Su palabra era ley. Incluso en la Europa de hoy en día, ese grupo de comerciantes seguía observando las costumbres de los viejos tiempos.

Meir consiguió penetrar en el círculo de seguidores del rabino y se enteró de que durante la Segunda Guerra Mundial había actuado como movimiento clandestino de resistencia antinazi, salvando a muchos judíos de la Gestapo. Después de la guerra, el grupo continuó usando los mismos métodos y la experiencia que habían adquirido como organización clandestina para emprender negocios en todo el mundo. Los comerciantes de diamantes le contaron a Meir la historia extraordinaria de una mujer católica francesa, rubia y con los ojos azules, que formó parte de su organización durante la guerra y les ayudó a rescatar judíos de las garras de Hitler. La mujer se sintió profundamente influida por el carisma del rabino, se convirtió al judaísmo y se transformó en ortodoxa devota; más aún, en un elemento de valor incalculable para el grupo. Sus años en la resistencia le habían enseñado mucho: era lista, atrevida, sabía cubrir bien sus huellas, cambiar de disfraz y usar su encanto como arma. Además, tenía instinto para los negocios y una inteligencia aguda y natural. Había viajado por todo el mundo llevando a cabo misiones para el grupo de Amberes con pasaporte francés. «Es una mujer santa», le dijeron los judíos de Amberes a Meir, y le contaron que había visitado Israel. El hijo de su primer matrimonio, Claude, también se convirtió,

y después de estudiar en yeshivás de Suiza y Aix-les-Bains, ahora era estudiante talmúdico en Jerusalén. Pero ni siquiera la gente de Amberes sabía dónde se encontraba esa fabulosa mujer santa en aquellos momentos.

Esa historia disparó la imaginación de Isser. En principio, no había nada que relacionase a la mujer francesa con Yossele, pero a ojos de Isser se trataba de una persona con un enorme potencial, una mujer con mil caras. Podía ser un regalo de Dios para los líderes ortodoxos, si necesitaban a alguien que emprendiera misiones secretas relacionadas con Yossele.

Isser decidió seguir su intuición, abandonar todas las demás pistas y concentrarse en la misteriosa conversa. Mandó un telegrama a Israel con todos los detalles que conocía y dio instrucciones a su equipo para que encontrara a madre e hijo.

Pocos días después llegó la respuesta. El nombre del hijo era Ariel y sí, estaba en Israel. Sin embargo, nadie sabía dónde se hallaba su madre. Su nombre original era Madeleine Ferraille; en Israel se hacía llamar Ruth Ben-David.

Los informes que fluían al cuartel general de Isser iban pintando un retrato mucho más preciso de Madeleine Ferraille. Aquella guapa joven había estudiado Geografía e Historia en la Universidad de Toulouse y en la Sorbona, en París. Se casó con su novio de la universidad, Henri, y su hijo nació poco después de que estallara la Segunda Guerra Mundial. Madeleine se unió al maquis durante la guerra y sus actividades clandestinas la pusieron en contacto con judíos franceses y belgas, entre ellos el grupo de Amberes. Al final de la guerra, incluso inició algunas empresas de importaciónexportación con alguno de ellos.

En 1951 se divorció de Henri, después de enamorarse de un joven rabino en una pequeña ciudad de Alsacia. El rabino, que era sionista ferviente, quería emigrar a Israel, y los dos amantes decidieron casarse allí. Su conversión al judaísmo, por consiguiente, no fue tanto por amor a la religión en sí misma como por amor a uno de sus practicantes. La recién convertida Ruth Ben-David se tapó el pelo rubio con un pañuelo, cambió sus ropas elegantes por los vestidos informes de las judías ortodoxas y siguió a su prometido hasta Tierra Santa. Pero en Israel la cosa se estropeó: el rabino la abandonó y ella se quedó sola, deprimida y frustrada. Por lo visto su crisis personal la había movido a acercarse a los círculos más extremistas de Jerusalén y a su líder, el rabino Meizish. Consiguió ganarse el respeto en el entorno religioso al

aprovechar su pasaporte francés para cruzar al sector jordano de Jerusalén y rezar ante el Muro de las Lamentaciones.

A principios de los años cincuenta, Ruth regresó a Francia y volvió a viajar mucho. Los agentes del Mossad averiguaron que se alojaba a menudo en Aix-les-Bains, así como en una institución religiosa de mujeres junto a París. Pero no tenía dirección permanente.

Las autoridades de inmigración informaron a los hombres de Isser de que en los últimos años, Ruth había visitado Israel en dos ocasiones. La segunda vez, el 21 de junio de 1960, se fue de Israel con una niña pequeña que constaba en su pasaporte como hija suya. Partió en un vuelo de Alitalia, y su destino final era Zúrich. Pero ¿quién era esa niña? Ben-David no tenía ninguna hija. Isser tuvo la sensación de que estaba tras la pista correcta. «¡Encuéntrala!», le ordenó a Yaacov Caroz.

Provistos de una descripción detallada de la mujer, Caroz y otro agente partieron hacia Aix-les-Bains, y mientras entraban en coche a la pequeña ciudad, vieron algo asombroso: Ruth Ben-David (o en este caso, Madeleine Ferraille) elegantemente vestida, estaba de pie junto a la carretera haciendo autoestop. Se sobresaltaron. Una elegante y refinada mujer francesa haciendo autoestop en las carreteras de Francia no era una imagen habitual, como poco. El conductor giró de inmediato en redondo y se dirigió hacia la dama, pero otro coche se detuvo antes que ellos y partió con ella.

Los agentes volvieron de Aix-les-Bains con las manos vacías, pero a través de otra fuente se enteraron de que Ruth Ben-David mantenía un estrecho vínculo con Joseph Domb, un rico comerciante de joyas de Londres. Se la había visto sentada a solas con Domb en un automóvil, algo que resultaba inadecuado para un hombre jasídico. Isser conocía a Domb: era enemigo acérrimo del Estado de Israel. Pertenecía a la secta jasídica Satmar, era confidente íntimo del rabino de Satmar en Nueva York y conocía a los principales líderes de Satmar en diversas comunidades de Europa. «Si el rabino de Satmar en Nueva York es el papa —dijo un experto a Isser—, Domb es arzobispo».

Isser se dio cuenta de que todos los caminos llevaban a Londres. Allí vivían dos hijos del viejo Shtarkes. Allí tenía su base una activa comunidad de la secta Satmar, dirigida por Domb. Allí fue visto éste con Ruth Ben-David, que podía haber sacado a Yossele de Israel. Las dudas de Isser se disiparon: el jasidim de Satmar en Israel y Europa tenía que ser quien

orquestó el secuestro del niño. Domb había dirigido la operación. Ruth Ben-David resultó crucial en el rapto a causa de su talento, su experiencia y su pasaporte francés; ella podía saber dónde estaba oculto el niño.

Sus sospechas se vieron confirmadas por un agente del Shabak que interceptó varias cartas que Ruth Ben-David había escrito a su hijo y que contenían veladas alusiones a Yossele Schuchmacher.

Sin embargo, Isser necesitaba más información y decidió penetrar en el jasidim de Satmar. Sus hombres de Londres identificaron a un *mohel* (un rabino especializado en la circuncisión de niños judíos recién nacidos) llamado Freyer (no es su nombre real). Se trataba de un charlatán, un hombre que disfrutaba los placeres de la vida por debajo de la capa de su rectitud y, no menos importante, alguien muy cercano a Domb y que aseguraba saber dónde se encontraba Yossele.

Isser puso en marcha una complicada operación, destinada a llevar a Freyer a París. Uno de sus hombres fingió ser un príncipe marroquí, acudió secretamente a Freyer y le explicó que se había enamorado de una chica judía. Se habían casado en secreto y observaban la fe judía en su casa en Marruecos. Ahora, su esposa acababa de dar a luz a un varón y querían que lo circuncidaran, pero no podían hacerlo en su país: la familia de él lo mataría si se enteraba. Su mujer y su hijo se encontraban en París, ¿querría acaso el rabino Freyer circuncidar al niño? Se le recompensaría generosamente.

Freyer accedió de buen grado y unos días después llegó a París. En cuanto entró en el apartamento del «príncipe marroquí» fue apresado por los agentes del Mossad que le llevaron a una habitación vacía, donde fue interrogado durante horas por Victor Cohen, jefe del departamento de investigación del Shabak. El *mohel* estaba aterrorizado, no ofreció resistencia alguna y se mostró dispuesto a hablar. Pero cuando se le preguntó por Yossele, levantó las manos.

—Lo siento muchísimo —dijo—, pero no sé ni una palabra.

Resultó que en realidad Freyer no sabía nada del niño secuestrado, y que todas sus bravatas sólo estaban destinadas a impresionar a sus amigos. Una vez más todos los esfuerzos de Isser se estrellaban contra un muro.

Sorprendentemente, sin embargo, otro equipo había encontrado una veta de oro. Con la ayuda del servicio secreto francés, consiguieron interceptar varias cartas enviadas a Madeleine Ferraille, en una de las cuales encontraron la oportunidad que tanto buscaban. Era una respuesta a un anuncio de un

periódico mediante el que había puesto a la venta su casa de campo en Orleans, una ciudad encantadora en el «jardín de Francia»: el valle del Loira. Enviaron una carta al apartado de correos que se indicaba en el anuncio y ofrecieron a Ferraille más de lo que pedía por su casa. Aseguraron ser hombres de negocios austríacos que buscaban un lugar de vacaciones. Madeleine Ferraille respondió y les proporcionó la dirección de la casa. Poco después ellos le escribieron de nuevo diciendo que la habían visitado y que se ajustaba a sus necesidades. Fijaron una cita para cerrar el trato el 21 de junio de 1962, en el vestíbulo de un gran hotel en París.

Pocos días antes de la cita, los hombres de Isser llegaron a París uno por uno y emprendieron una actividad febril. Alquilaron coches y pisos francos en París y sus alrededores, establecieron rutas de huida, prepararon documentos y equipo y trajeron de Israel expertos en vigilancia e interrogatorios.

Isser decidió también que el mejor medio de hacer que Ruth Ben-David les contara todos sus secretos era a través de su hijo. Ariel estudiaba en una yeshivá de Israel y al parecer sabía muchas cosas de Yossele. Isser decidió arrestarle simultáneamente al secuestro de su madre en Francia. Ariel era ortodoxo, pero mucho menos fanático que su madre. Isser estableció un sistema de comunicación que permitiría a los agentes del Mossad sincronizar el interrogatorio de Ruth con el de su hijo en Israel, de modo que pudieran usar las respuestas del hijo para interrogar a la madre.

Y en efecto, la mañana del 21 de junio una mujer alta y elegante, extraordinariamente hermosa, entró en el vestíbulo del hotel. Era Madeleine Ferraille.

La encantadora francesa se presentó a los dos austríacos que la esperaban. Uno de ellos era Herr Furber, el otro Herr Schmidt. Ella hablaba un inglés excelente, y tenía también un buen dominio del alemán. En ningún momento sospechó cuál era la verdadera identidad de los dos compradores. Llegaron rápidamente a un acuerdo sobre la venta de la casa, pero el abogado de los hombres se retrasaba. Furber le llamó desde una de las cabinas del hotel y, al volver, explicó que el abogado se había disculpado profusamente: estaba retenido en su hogar por diversos asuntos urgentes y le había pedido que acudieran a su casa en Chantilly, cerca de la ciudad. Le había dado a Furber la dirección e instrucciones detalladas, y había asegurado que les recibiría inmediatamente para firmar los papeles en el acto.

—¿Vamos? —preguntó Furber.

Madeleine aceptó. Subieron al coche de alquiler de los austríacos y se dirigieron a la villa del abogado. Pero el encanto de la francesa casi hizo fracasar la operación entera. Furber, el agente que iba al volante, estaba tan seducido por Madeleine que se pasó un semáforo en rojo. El estridente sonido de un silbato le devolvió a la realidad. Un policía gordo y furioso corría hacia él, haciendo sonar el silbato y señalando hacia la luz roja.

Furber detuvo el coche, lleno de ominosas premoniciones. ¿Qué hacer? Se hallaba en un país extranjero, con documentos falsos, conduciendo un coche alquilado junto a una mujer que estaba a punto de desaparecer. Le pondrían una multa de tráfico, la policía iniciaría un procedimiento contra él y... Pero Madeleine Ferraille, que era la causa de todos sus problemas, fue precisamente la que acudió a su rescate. Sacó la cabeza por la ventanilla y dirigió una radiante sonrisa al agente de policía.

—*Monsieur l'agent* —dijo con dulzura—, este hombre es un turista. Está en un país extranjero, viaja con una dama e intenta entretenerla con sus historias. Sin duda lo entenderá. Por favor, perdónelo...

El policía también cayó rendido al encanto de la dama y dejó que los aterrorizados agentes se fueran sin ponerles siquiera una multa.

Al final el coche entró en la bonita ciudad de Chantilly, donde vivía el «abogado». Entraron en el jardín de la casa y se detuvieron ante la entrada principal. Los dos hombres de negocios ayudaron amablemente a su invitada a salir del coche, la escoltaron hasta la casa, la puerta se abrió y ella entró.

La condujeron hasta el despacho del «abogado», papel que representaba Yacoov Caroz.

—*Madame* —dijo en francés—, no está usted aquí para hablar de su casa en Orleans, sino por otro tema.

—¿Cómo? ¿Qué está pasando aquí?

—Quiero que hablemos del niño Yossele Schuchmacher.

En ese mismo momento otros dos hombres aparecieron a su lado. Cuando ella se volvió, se dio cuenta de que los dos «hombres de negocios» habían desaparecido sin dejar rastro. Sintió miedo.

—¡He caído en una trampa! —susurró ásperamente en francés.

—Ha caído en las manos del servicio secreto israelí, *madame* —dijo Caroz.

En ese preciso momento, varios oficiales de policía arrestaban a Ariel Ben-David, el hijo de la francesa, en la ciudad de Be'er Yacov, en Israel.

En Chantilly, Caroz se volvió hacia Ruth Ben-David.

—*Madame*, está usted implicada en el secuestro de Yossele Schuchmacher. ¡Queremos al niño!

—No sé nada y no diré nada —respondió ella con firmeza.

Después de la conmoción inicial, se recuperó rápidamente. Caroz había llevado a su cuñada, que era enfermera diplomada, para que estuviera cerca en caso de emergencia.

Los israelíes comprendieron que Ruth era su última esperanza, pero imaginaban que aquella dama de hierro no se derrumbaría con facilidad y que podría costar bastante obtener la información. Se la entregaron a Yehudith Nissiyahu, que acababa de llegar de Londres. Ésta la trató bien y se hizo cargo de sus necesidades como mujer religiosa: le proporcionó libros de oraciones y velas para el sabbat, le preparó comida *kosher*. El ala en la que se encontraba alojada estaba vedada a los hombres. La enfermera ocupaba la habitación contigua a la suya.

Comenzaron los interrogatorios. La conversa pasó horas frente a los agentes, sobre todo Yaacov Caroz y Victor Cohen, que se dirigían a ella en francés. Se sorprendió mucho al ver lo que los israelíes sabían de ella, pero se negó tozudamente a revelar cualquier información sobre Yossele.

—No diré nada —seguía repitiendo.

A Victor Cohen lo llamaba *flic*, que significa «poli» en francés. Obstinada, negaba cualquier relación con el secuestro. «Así que empecé a hablar con ella de todo tipo de temas —recordaba más tarde Victor Cohen—, sólo para ablandarla. Quería comprender cómo era posible que una chica cristiana se hubiese convertido en una fanática ortodoxa. Son dos mundos muy distintos. Al principio, cuando hablábamos, ella insistía en que tenía que haber otra mujer en la habitación con nosotros. Más tarde accedió a sentarse conmigo a solas, pero tenía que dejar la puerta abierta».

Uno de los interrogadores estaba encargado del desagradable deber de arrojarle acusaciones insultantes a la cara, para hacerle perder la calma. Los hombres del Mossad esperaban que ella reaccionase de forma impulsiva y que se le escaparan cosas que no habría querido decir. Éstas se podrían usar en el interrogatorio simultáneo de su hijo en Israel.

Y en efecto, el interrogatorio de Ariel Ben-David empezó a dar fruto. El investigador jefe en Israel era Abraham Hadar, un hombre duro, cuyo nombre en código, incongruentemente, era «Pashosh» (tordo). Le dijo al joven que su madre se había rendido.

—Tu madre lo ha confesado todo —le aseguró—. Tus mentiras no te llevarán a ninguna parte. ¡Dime la verdad!

Al cabo de un rato, Ariel se derrumbó. Dijo que sabía lo que le había ocurrido al niño y que hablaría «sólo si mi madre y yo obtenemos inmunidad».

Pashosh le dijo:

—¡Ya la tenéis!

E inmediatamente llevó a Ariel a Amos Manor, el jefe del Shabak. Mientras entraban, Manor gritó a Ariel:

—Sea lo que sea lo que te haya prometido Pashosh, lo acepto. Y ahora, ¿dónde está el niño?

Ariel estaba muy afectado. Finalmente, admitió que su madre había sacado clandestinamente del país a Yossele, disfrazado de niña. Había falsificado el pasaporte, donde él estaba registrado con su nombre anterior, Claude, cambiándolo por el de Claudine, y también cambió la fecha de nacimiento para que coincidiera con la edad de Yossele. Él sabía que habían llevado al niño a Suiza.

La confesión de Ariel llegó a Chantilly y los interrogadores de Ruth Ben-David le presentaron los nuevos hechos.

—Ariel está en nuestras manos —la informó Victor Cohen—. Se enfrenta a un castigo muy severo. Lo ha confesado todo. ¿No le importa lo que le pueda pasar a su hijo?

—Ya no es hijo mío —murmuró ella.

Seguía sin doblegarse. Los interrogadores no pudieron evitar admirar la tremenda fortaleza de aquella mujer.

Poco a poco, la situación se volvió insostenible. La solución parecía muy cercana y, sin embargo, los interrogadores sentían que todo podía acabar con un fracaso total.

Finalmente, Isser decidió que había llegado el momento de tomar las riendas él mismo.

En la oscura y desnuda habitación, Isser Harel y Ruth Ben-David se enfrentaban el uno al otro con una mesa entre ambos. Varios agentes del Mossad estaban tras ellos; Cohen y Caroz servían de intérpretes.

Isser creía firmemente que aquella mujer orgullosa y decidida no cedería ante las amenazas. La única forma, pensó, era convencerla con argumentos morales. Era religiosa, sí, pero atendería a la lógica. Al fin y al cabo, no había sido judía ultraortodoxa toda su vida, y el fanatismo de generaciones anteriores no fluía por sus venas desde su nacimiento. Era una mujer inteligente y astuta, y debía dirigirse a ella como tal.

—Represento al gobierno israelí —dijo Isser, sopesando cada una de sus palabras—. Su hijo nos lo ha contado todo y hemos obtenido mucha información sobre usted. Conocemos la mayor parte de sus secretos. Sentimos haber tenido que traerla aquí por la fuerza. Usted se convirtió al judaísmo, y el judaísmo significa Israel. Sin Israel, el judaísmo no sobrevivirá. El secuestro de Yossele ha asestado un golpe terrible a la comunidad religiosa de Israel, ha provocado sentimientos de furia contra los ortodoxos. Usted podría ser la causa de muchos derramamientos de sangre y de una guerra civil. Si no devuelve al niño, todo puede acabar en un baño de sangre. ¡Piense en lo que podría ocurrirle a ese niño! Podría ponerse enfermo, incluso morir. ¿Cómo se enfrentarían usted y sus cómplices entonces a sus padres? Eso les perseguiría durante el resto de sus vidas. ¡Y nunca serían absueltos!

»Usted es mujer y madre. Si alguien desaprobaba la forma en que usted educa a su hijo y se lo quitara, ¿cómo se sentiría? ¿Podría usted dormir por las noches?

»Nosotros no luchamos contra la religión; nuestro único objetivo es recuperar al niño. En cuanto lo tengamos en nuestras manos, usted será libre y su hijo también... e Israel estará unido de nuevo.

Isser veía que en el rostro de Ruth empezaba a reflejarse su conflicto interno. Parecía desgarrada por sentimientos contradictorios. Ruth se encontraba en un estado de gran tensión, luchando contra sí misma como sólo hace una persona fuerte ante un dilema insoluble.

Los agentes del Mossad estaban inmóviles como estatuas. Ellos también creían que había llegado el momento de la verdad.

Ruth levantó la cabeza.

—¿Cómo sé que usted es un representante genuino del Estado de Israel? ¿Cómo puedo confiar en usted?

Sin parpadear siquiera, Isser sacó su pasaporte diplomático, emitido con su nombre real, y se lo tendió a Ruth Ben-David.

Sus hombres se quedaron anonadados. ¿Se habría vuelto loco? Darle su nombre y pasaporte... ¡constituía un riesgo tremendo! Isser, sin embargo, sentía que sólo si le demostraba que era sincero y que confiaba en ella existía alguna probabilidad de tener éxito.

Durante largo rato Ruth miró el sello de Israel grabado en el pasaporte. Se mordió los labios hasta que aparecieron gotas de sangre en su boca.

—No puedo soportarlo más —murmuró—. Voy a derrumbarme... —Luego, de repente, levantó la cabeza—. El niño está con la familia Gertner, en la calle Penn 126, Brooklyn, Nueva York. Le llaman Yankele.

Isser se puso de pie de un salto.

—En cuanto tengamos al niño, será usted libre.

Salió de la habitación.

Un febril intercambio de telegramas alertó a Jerusalén, y después a Nueva York y Washington. Isser llamó a Israel Gur-Arie, oficial de seguridad en las misiones diplomáticas israelíes en Estados Unidos. Gur-Arie, que tenía entonces su base en Nueva York, comprobó la dirección de Brooklyn y telegrafió diciendo que la dirección era correcta y que la familia Gertner vivía en un barrio poblado sobre todo por jasinides de Satmar. Jerusalén despachó un telegrama a Abraham Harman, embajador de Israel en Washington, dándole instrucciones de que contactara con el FBI y les pidiera que buscaran al niño y lo entregaran a Israel.

El propio Gur-Arie llamó a su homólogo del FBI y le dio todos los detalles: lo que comía el niño, cómo vestía, etcétera. El agente de FBI respondió:

—Si sabe tanto de él, venga usted mismo a buscarlo.

—Deme autorización —replicó Gur-Arie.

El agente del FBI se negó.

Inquietantes telegramas empezaron a fluir hacia el cuartel general de Isser. «Los norteamericanos dudan —informaban Gur-Arie y el embajador israelí—. Preguntan si estamos absolutamente seguros de que el niño está en esa dirección. ¿Qué ocurrirá si asaltamos la casa y no lo encontramos?». El FBI insinuaba que sus reticencias se debían a las inminentes elecciones al Congreso: la secta Satmar controlaba casi 100.000 votos, y la administración no quería arriesgarse a enemistarse con ellos.

En Chantilly, Isser estaba perdiendo la paciencia. A medianoche, cogió el teléfono.

—Póngame con Harman, en Washington —ordenó.

Cuando establecieron la conexión, fue directo al grano.

—Harman —dijo—, soy Isser Harel. Quiero que se ponga en contacto con el fiscal general Robert Kennedy, inmediatamente, y le diga en mi nombre que el FBI debe ir a buscar al niño enseguida.

Harman estaba asombrado.

—Isser, ¿cómo puede hablarme de esa manera? —preguntó, y dio a entender que el servicio secreto norteamericano podía estar grabando su conversación.

—Pues mucho mejor —replicó Isser—. Así no hablo sólo con usted.

Esperaba que los estadounidenses estuviesen escuchando, y que su firmeza les empujara a la acción.

Harman seguía dudando e intentó advertir a Isser de las posibles complicaciones diplomáticas.

—No le he pedido su opinión —le espetó Isser—. Dígales que si no actúan de inmediato, serán responsables de lo que pueda pasar.

Pocas horas más tarde llamaron por teléfono a Isser. Los funcionarios del consulado en Nueva York le informaron de que Robert Kennedy había decidido emprender una acción inmediata. Un equipo de agentes del FBI, acompañados por el funcionario de seguridad israelí, había ido a Brooklyn; habían encontrado al niño y se lo habían llevado a un lugar seguro. Era Yossele.

Un joven reportero llamado Elie Wiesel (futuro ganador del premio Nobel) llamó a Gur-Arie. «He oído decir que han encontrado al niño», le dijo.

Gur-Arie, que había jurado mantener el secreto, lo negó con firmeza. Wiesel no se lo perdonó durante años.

El 4 de julio de 1962 fue un día de fiesta nacional también en Israel, ya que aquel día el avión que traía a Yossele de vuelta a casa aterrizó en el aeropuerto de Lod. La prensa, entusiasmada, alabó la eficiencia de los servicios secretos. Israel se estaba convirtiendo en el único país del mundo donde esa organización en la sombra era amada y admirada por la nación entera. Un abogado israelí muy conocido, Shlomo Cohen Zidon, escribió una carta de agradecimiento a Ben-Gurión por haber encontrado al niño. Éste le respondió: «Debería usted dar las gracias a los servicios secretos y sobre todo a su responsable, que pasó días y noches dedicado a esa misión y no descansó, ni siquiera cuando sus colaboradores se rindieron, hasta encontrar al niño y sacarlo de su escondite, algo que no fue nada fácil».

Mientras todo Israel celebraba el rescate de Yossele, Isser se hallaba en París, donde sus hombres celebraron una discreta fiesta en su honor. Uno de los agentes levantó su copa «a la salud del niño devuelto a su patria, del hombre de voluntad de hierro que lo ha encontrado y del Estado que tan bien protege a sus ciudadanos». Otro agente regaló a Isser un cachorro de tigre de peluche, como recuerdo de la operación; sus colegas le enviaron también a su casa de Tel Aviv la «camita de Yossele», en la que había pasado tantas noches sin dormir.

Ahora que habían encontrado el niño, salió a la luz toda la verdad.

Todo había empezado con un telegrama.

En la primavera de 1960, mientras trasladaban clandestinamente a Yossele de una yeshivá a otra dentro de Israel, Ruth Ben-David recibió un telegrama de su amigo, el rabino Meizish: «Ven inmediatamente a Jerusalén, te he encontrado un buen partido». Cuando Ruth llegó, resultó que el «buen partido» era en realidad una misión secreta: sacar a Yossele de Israel sin que nadie se enterara.

Ruth regresó a Francia, alteró su pasaporte cambiando el nombre de su hijo Claude por el de Claudine y la fecha de nacimiento de 1945 a 1953. Ella se cambió también de ropa y de nombre, convirtiéndose en Madeleine Ferraille. Voló a Génova y compró un pasaje en un barco que zarpaba hacia Israel, llevando pasajeros y nuevos inmigrantes.

En el muelle de Génova empezó a jugar, como por casualidad, con la hija de ocho años de una familia de inmigrantes. En medio del embarque, mientras

los inmigrantes andaban atareados con sus paquetes y maletas, la encantadora Madeleine cogió a la niña de la mano y recorrió con ella la cubierta del barco. Los funcionarios de inmigración italianos comprobaron su pasaporte y anotaron que había subido a bordo con su hija. En Israel repitió el mismo truco y la inmigración israelí anotó debidamente que había bajado del barco con su hija.

Pocos días más tarde, Madeleine Ferraille abordaba un avión en el aeropuerto de Lod con su «hija Claudine», que no era otro que Yossele Schuchmacher con un vestido de niña y unos zapatitos de charol.

Yossele pasó casi dos años en internados ultraortodoxos en Suiza y en Francia, pero cuando su búsqueda en Israel adquirió una escala mayor, Madeleine se personó en el internado de Meaux, donde el niño estaba escondido bajo la identidad de «Menachem, huérfano de ascendencia suiza».

Lo volvió a vestir con ropa de niña y voló con él a Estados Unidos. Allí la ayudó el jefe de la secta de Satmar, el rabino Joel Teitelbaum, que ordenó a un lechero llamado Gertner que se llevara a «Yankele» a su hogar y lo hiciera pasar por un primo de Argentina que había ido a hacerles una larga visita.

Los expertos del Mossad se dieron cuenta de que la red clandestina ultraortodoxa que se extendía por Estados Unidos y Europa era comparable con las organizaciones secretas de los mejores servicios de inteligencia del mundo. Y sobre todo, les sorprendió muchísimo Ruth Ben-David, que seguía al dedillo las consignas de la conspiración: nunca tuvo dirección permanente, llevaba todos sus documentos importantes en el bolso y cambiaba de identidad tan fácilmente como uno se cambia de ropa. La encantadora francesa era la Mata Hari del mundo ortodoxo.

Pero mientras todos en Israel se alegraban por el regreso de Yossele con sus padres, Ruth Ben-David se sentía rota y vencida. «Soy culpable —les decía a sus amigos, sollozando—. He traicionado nuestra causa; nunca me lo podré perdonar. Se me había confiado un precioso tesoro, y no fui capaz de conservarlo».

Aun así, Madeleine Ferraille/Ruth Ben-David había demostrado de una manera tan admirable todas las cualidades que necesita un agente secreto, que Isser Harel decidió ofrecerle trabajo en el Mossad. Pero era demasiado tarde. Ruth volvió a Jerusalén, desapareció en el mundo ultraortodoxo y tres años más tarde se casó con el rabino Amram Blau, de setenta y dos años y jefe de una de las sectas más radicales de todas, Neturei Karta.

Isser Harel y Yossele Schuchmacher no se conocieron hasta nueve años después, cuando uno de los autores de este libro celebró una fiesta en honor a Isser e invitó a Yossele. Éste, que ahora es soldado de primera clase en una división de tanques, estrechó la mano a Isser y declaró: «Me siento profundamente conmovido. Isser Harel ha sido la persona más importante de mi vida. Sin él, yo no estaría aquí, entre vosotros».

CAPÍTULO OCHO

Un héroe nazi al servicio del Mossad

Un sofocante y tórrido día de agosto de 1963, dos hombres entraron en las oficinas de una empresa de ingeniería en Madrid y preguntaron por el propietario, un austríaco llamado Otto Skorzeny. Se presentaron ante éste como funcionarios de inteligencia de la OTAN y le dijeron que acudían a él recomendados por su ex esposa. Querían hacerle una oferta que no podría rechazar.

Muy pronto, el respetable hombre de negocios se dio cuenta de que sus visitantes lo sabían todo sobre él y su pasado. Durante la Segunda Guerra Mundial, el oficial de las SS Skorzeny había sido uno de los grandes héroes (si no el mayor) de la Alemania nazi. Atleta alto y carismático, con la cara llena de cicatrices por duelos de esgrima, fue un intrépido oficial de comando que llevó a cabo operaciones espectaculares. El 12 de septiembre de 1943 aterrizó, con un batallón de paracaidistas transportados por planeadores, en la cima del Gran Sasso, el pico más alto de los Apeninos italianos, y asaltó el hotel Campo Imperator, donde el antiguo dictador fascista Benito Mussolini estaba encarcelado por el nuevo gobierno italiano antinazi. El capitán de las SS rescató a Mussolini y se lo entregó a un agradecido Hitler, que llenó a Skorzeny de medallas y ascensos. En la batalla de las Ardenas, a finales de 1944, Skorzeny (entonces coronel de las Waffen-SS) se introdujo en la línea del frente con dos docenas de sus hombres vestidos de soldados norteamericanos y causó el desorden y la confusión entre las filas aliadas. Sus operaciones le granjearon la reputación de ser «el hombre más peligroso de Europa». Declarado no culpable en los juicios de Dachau después de la guerra, se trasladó a España, donde disfrutó de la protección del dictador fascista Franco y estableció su empresa.

Sus visitantes, aquel día de 1963, no perdieron el tiempo charlando de trivialidades.

—No somos exactamente de la OTAN —admitió uno de ellos en perfecto alemán—. En realidad, pertenecemos a los servicios secretos israelíes.

Los dos hombres eran Rafi Eitan y el jefe de la rama del Mossad en Alemania, Abraham Ahituv.

Skorzeny palideció. Apenas un año antes, los israelíes habían colgado a Adolf Eichmann. ¿Ahora iban tras él? Había quedado exonerado en los juicios de guerra, pero había quien aseguraba que tomó parte en la quema de sinagogas judías durante la Noche de los Cristales Rotos, en noviembre de 1938.

El hombre bajito sentado frente a él despejó sus dudas:

—Necesitamos su ayuda —dijo—. Sabemos que tiene buenos contactos en Egipto.

Entonces procedió a contarle al ex coronel de las SS por qué le necesitaba el Estado judío.

El 21 de julio de 1962, sólo dos semanas después del regreso triunfante de Yossele a Israel, Egipto sorprendió al mundo entero lanzando cuatro misiles. Dos eran del tipo Al-Zafir («El Vencedor»), con un alcance de 280 kilómetros, y dos del tipo Al-Qahir («El Conquistador»), con un alcance de 560 kilómetros. Los enormes misiles, envueltos en banderas egipcias, desfilaron orgullosamente por las calles de El Cairo el día de la revolución, el 23 de julio. El presidente Gamal Abdel Nasser alardeó ante una multitud emocionada de que los misiles eran capaces de acertar cualquier blanco «al sur de Beirut».

Al sur de Beirut, la ansiedad y el nerviosismo se apoderaron de los líderes de Israel: los misiles de Nasser podían alcanzar perfectamente cualquier blanco en su país. Todo aquello constituyó una sorpresa enorme y en los pasillos del poder se pronunciaron agrias palabras contra Isser Harel. Mientras Nasser construía sus cohetes mortales, decían los críticos, el Pequeño Isser estaba ocupado buscando a Yossele. Mientras terribles peligros amenazaban la mismísima existencia del Estado judío, los mejores agentes de Isser iban corriendo de una yeshivá a otra, disfrazados de judíos ultraortodoxos. Ben-Gurión, preocupado, convocó a Isser Harel, que prometió conseguir toda la información del proyecto egipcio lo antes posible. De vuelta en su cuartel general, Isser envió en misión a sus mejores hombres y activó los topes e informantes que tenía en Egipto. Y el 16 de agosto, menos de un mes después

del lanzamiento de los cuatro misiles, volvió reunirse con Ben-Gurión con un informe detallado.

Los misiles los habían construido científicos alemanes, informó Isser.

En 1959, Nasser había decidido establecer un arsenal secreto de armas no convencionales. Nombró al general Mahmoud Khalil, antiguo comandante de la inteligencia de las Fuerzas Aéreas, como jefe de la Oficina para Programas Especiales Militares, para que desarrollase esas armas ultrasecretas modernas: cazas a reacción, cohetes y misiles, así como sustancias químicas y radiactivas. A esa oficina se le concedió un amplio presupuesto.

La primera tarea de Khalil fue encontrar a los hombres que pudieran materializar esas armas. Y sabía dónde buscar.

Sus agentes empezaron a reclutar a cientos de expertos y científicos alemanes, la mayoría de los cuales habían estado empleados en institutos de investigación de cohetes y aviación, y en terrenos de pruebas de la Alemania nazi. Más de trescientos alemanes, tentados por los altos salarios, bonificaciones y miles de privilegios, acudieron clandestinamente a Egipto y ayudaron a Nasser a construir tres instalaciones secretas.

La primera fue la fábrica 36, donde el genio de la construcción aeronáutica Willy Messerschmitt empezó el montaje de un caza egipcio con motor a reacción. Messerschmitt era el padre de los mortales aviones de combate de la Luftwaffe, la Fuerza Aérea nazi, durante la Segunda Guerra Mundial. Mahmoud Khalil firmó un contrato con él el 29 de noviembre de 1959.

En la segunda fábrica, conocida con el código 135, un ingeniero llamado Ferdinand Brandner estaba construyendo motores a reacción para las aeronaves de Messerschmitt. Brandner había pasado siete años en Rusia; tras su regreso a Alemania, Khalil se puso en contacto con él con la ayuda del doctor Eckart, uno de los directores de Daimler-Benz.

Pero la más secreta era la fábrica 333, escondida en una zona remota en el desierto. Allí, los antiguos niños prodigio de Hitler construían ahora las prodigiosas armas de Nasser: los misiles de alcance intermedio.

Según las fuentes de Isser, el proyecto egipcio se había acelerado en diciembre de 1960. Ese mes, un avión de reconocimiento estadounidense U-2 fotografió una enorme instalación en Dimona, Israel, que parecía un reactor nuclear. La prensa mundial anunció el descubrimiento con grandes titulares;

nadie creyó las forzadas explicaciones de Israel de que se trataba de una fábrica textil. Egipto y otros países árabes lanzaros furibundas amenazas contra Israel, pero las amenazas no bastaban y Egipto esperaba neutralizar el proyecto nuclear secreto de Israel desarrollando sus propias armas no convencionales.

El jefe de los científicos alemanes de cohetes en Egipto era el profesor Eugen Sänger, director del Instituto de Investigación de Propulsión a Reacción en Stuttgart. Después de la guerra, Sänger pasó varios años en Francia, donde construyó el cohete Veronique, una réplica mediocre del V-2 alemán. Había acudido a Egipto con sus colaboradores: el profesor Paul Goerke, experto en electrónica y teledirección, y Wolfgang Pilz, antiguo ingeniero de la instalación de Peenemünde, donde el genial Wernher von Braun desarrolló los cohetes V-2 de los nazis. Otro experto en sistemas de teledirección y control que colaboraba estrechamente con sus colegas de Egipto era el doctor Hans Kleinwachter, cuyo laboratorio para desarrollar sistemas de navegación para misiles se encontraba en la pintoresca ciudad alemana de Lorrach, junto a la frontera suiza. El departamento de química lo encabezaba el doctor Ermin Dadieu, antiguo oficial de las SS. Los alemanes y los egipcios establecieron diversas empresas tapadera: Intra, Intra-Handel, Patwag y Linda, que compraban piezas y materiales para el proyecto de los misiles. El director administrativo de Intra-Handel era el doctor Heinz Krug, que también dirigía el Instituto de Propulsión a Reacción en Stuttgart. Hassan Kamil, un millonario egipcio que vivía en Suiza, fue contratado asimismo como hombre de paja y de contacto. Con su ayuda, los egipcios establecieron dos empresas fantasma en Suiza, MECO (Mechanical Corporation) y MTP (Motors, Turbines and Pumps), cuya tarea era adquirir material básico, aparatos eléctricos y herramientas de precisión, así como reclutar especialistas y expertos. Los tres directores de esas empresas eran Messerschmitt, Brandner y Kamil.

En 1961, Sänger y muchos cientos de ingenieros, técnicos y trabajadores locales egipcios habían empezado ya a construir los misiles egipcios, pero a finales de aquel año, el gobierno alemán descubrió la conexión secreta entre el proyecto egipcio y el Instituto de Propulsión a Reacción de Stuttgart. Las autoridades alemanas obligaron a Sänger a dimitir y regresar a Alemania, e impusieron el cese de toda actividad. El profesor Pilz le sucedió como jefe del proyecto egipcio.

En julio de 1962, la fábrica 333 produjo 30 misiles. Cuatro de ellos fueron lanzados, tras anunciarlo a bombo y platillo, ante una selecta multitud de invitados de varios gobiernos y de periodistas; otros 20 (algunos de ellos falsos), envueltos en la bandera egipcia, desfilaron por las calles de El Cairo.

Cuando Isser Harel acudió a ver a Ben-Gurión en agosto, sacó una carta de Pilz a Kamil Azzab, director egipcio de la 333, carta que Rafi Eitan y sus hombres habían conseguido copiar. Era una petición de 3.700.000 francos suizos para piezas de maquinaria y otra equipación necesario para construir 500 misiles del tipo 2 y 400 misiles del tipo 5.

¡900 misiles! El informe de Isser causó una profunda preocupación en los servicios de Defensa. Los expertos israelíes estaban seguros de que los egipcios no tenían intención alguna de cargar las ojivas de los misiles con explosivos convencionales: no habrían gastado millones de dólares en su construcción para que los misiles llevasen dentro sólo media tonelada de dinamita. Un bombardero lo habría hecho con mucha mayor precisión. Estaba claro que Egipto cargaría las ojivas con bombas atómicas o alguna otra sustancia prohibida por la ley internacional, como gas venenoso, cultivos bacterianos o residuos radiactivos mortales.

Según Isser, los científicos alemanes trabajaban en un plan taimado para destruir Israel; estaban desarrollando armas apocalípticas, enormes misiles, ojivas nucleares que podían «matar a todo ser vivo» y envenenar el aire de Israel durante años; incluso trabajaban en rayos mortales y otro tipo de invenciones infernales.

«Nos lo tomamos demasiado en serio —admitió posteriormente el general Zvi Zur, jefe del Estado Mayor por aquel entonces—. Nuestros científicos eran aficionados, y no sabían manejar bien la información». Aun así, los israelíes descubrieron el talón de Aquiles del proyecto egipcio: los alemanes no habían logrado desarrollar aún un sistema de navegación adecuado, que dirigiese bien los misiles a sus objetivos. Mientras no consiguiesen superar aquel obstáculo, no podrían usarlos.

Isser Harel ya no era el mismo hombre que su gente conocía y admiraba. Desde la captura de Eichmann, había experimentado un cambio profundo. Aquel hombre frío, reputado por sus nervios de acero, ahora contemplaba Alemania como la eterna enemiga de Israel y el pueblo judío. Creía fervientemente que el actual gobierno de Alemania apoyaba a los científicos de Egipto y les ayudaba en secreto en sus esfuerzos para destruir a Israel. El

ramsad pidió a Ben-Gurión que avisara al canciller alemán Konrad Adenauer y le exigiera que actuara de inmediato para detener las actividades de los científicos. Ben-Gurión se negó. Hacía poco, Alemania había entregado a Israel un enorme empréstito de 500 millones de dólares para explotar el desierto de Negev, y Ben-Gurión y Adenauer habían establecido unas relaciones personales de confianza y respeto mutuo. Adenauer y su ministro de Defensa, Franz Josef Strauss, suministraron a Israel enormes cantidades de armas modernas que valían cientos de millones de dólares: tanques, cañones, helicópteros, aviones, todo ello gratis, en un gesto secreto para expiar el Holocausto y los crímenes alemanes contra el pueblo judío. Ben-Gurión confiaba en el actual gobierno alemán y no quería poner en peligro las relaciones de Israel con él haciendo acusaciones y exigiéndoles que intervinieran en la crisis egipcia, de modo que dio instrucciones al viceministro de Defensa, Simon Peres, para que escribiera una carta personal a Strauss y le pidiera ayuda discretamente.

Pero eso no bastó para Isser, que decidió lanzar una campaña personal para interrumpir las actividades alemanas en Egipto.

El 11 de septiembre de 1962, a las 10.30 de la mañana, un extranjero moreno con rasgos propios de Oriente Medio entró en las oficinas de Intra en la Schillerstrasse de Múnich. El oficinista que le introdujo en el despacho del director de la empresa, el doctor Heinz Krug, le oyó decir que le enviaba el coronel Nadim, oficial egipcio que mantenía estrechos contactos con Krug. Media hora después, el egipcio salió del edificio con Krug. Una azafata de la United Arab Airlines vio a los dos hombres dirigirse al mostrador de compra de billetes de la compañía aérea. Fue la última persona que vio a Krug.

A la mañana siguiente, la señora Krug informó a la policía de que su esposo había desaparecido. Dos días después, la policía encontró el Mercedes blanco de Krug abandonado a las afueras de Múnich. El coche estaba cubierto de barro y el tanque de la gasolina, completamente seco. Una llamada anónima a la policía anunció: «El doctor Krug está muerto». Pero informaciones de otras fuentes hicieron creer a la policía que Krug había sido secuestrado por agentes del Mossad y llevado a Israel. Hoy en día, ya no queda duda alguna de que Krug murió.

El 27 de noviembre, Hannelore Wende, secretaria de Pilz en la fábrica 333, vio un grueso sobre en el correo matutino: el remitente era un conocido abogado de Hamburgo. Hannelore abrió el envoltorio. Una ensordecedora explosión sacudió todo el edificio. Gravemente herida, la secretaria de Pilz

fue conducida al hospital, donde pasaría unos meses antes de abandonarlo ciega, sorda y con la cara llena de cicatrices.

Al día siguiente, un enorme paquete rotulado como «Libros» llegó a la fábrica 333; cuando lo abrió un empleado egipcio, el paquete explotó, matando a cinco personas. El remitente del envío, un editor de Stuttgart, resultó ser falso.

Con el pasar los días siguieron llegando paquetes bomba. Algunos de ellos los habían enviado desde Alemania, otros desde el interior de Egipto. Algunos estallaban, causando bajas, otros eran desmontados por expertos del ejército egipcio, alertados por empleados de la 333. La identidad de los remitentes no se estableció oficialmente, pero los egipcios y los periodistas estaban seguros de que las bombas fueron preparadas y enviadas a El Cairo por el Mossad israelí. Mucho más tarde se estableció que algunas de las cartas bomba fueron enviadas por el «espía del champán». Se trataba de un agente israelí, Ze'ev Gur-Arie, que operaba en Egipto bajo el nombre falso de Wolfgang Lutz, alemán propietario de un criadero de caballos junto a El Cairo. Fingiendo ser un antiguo oficial de las SS, se había establecido en El Cairo con su esposa alemana y trabó estrechas relaciones con la alta sociedad egipcia y sus líderes militares.

Las cartas bomba preocupaban enormemente a los científicos alemanes, que sentían que su vida estaba en peligro. Muchos de ellos recibían llamadas telefónicas anónimas amenazándoles a ellos o a sus familias si seguían trabajando en el proyecto de Nasser. Se aplicaron estrictas medidas de seguridad a las tres «fábricas» de Egipto, y a las empresas asociadas de Europa. Cuando visitaban Europa, los científicos tenían que desplazarse en grandes grupos, acompañados por agentes de seguridad alemanes. Esta práctica probablemente salvó al profesor Pilz en su viaje a Europa a finales de 1962: un grupo de desconocidos le siguió por Alemania e Italia, pero no tuvieron la oportunidad de acercarse a él.

Isser pasó el otoño y el invierno de 1962 en Europa, dirigiendo varias operaciones del Mossad destinadas a obtener información más precisa y actualizada. Rafi Eitan consiguió infiltrarse en una misión diplomática que manejaba el correo de los científicos alemanes. Tales operaciones eran sus favoritas. «Es mucho mejor que reclutar agentes —decía—. Cuando reclutas a un agente tienes que entrenarlo, buscarle una tapadera infalible, colocarlo en el lugar y darle tiempo para que establezca contactos. Pero leer el correo de

tus enemigos es mucho mejor: obtienes resultados inmediatos y material de primera clase».

Para sus operaciones poco convencionales, Eitan necesitaba un equipo electrónico muy sofisticado, pero no sabía de dónde sacarlo. El equipo usado por la CIA y otras agencias de espionaje no lo vendían en las tiendas. Mientras leía el periódico en su oficina de París, Eitan vio un artículo breve sobre el conocido gánster judío Meyer Lansky, el jefe de la mafia de Miami. Su mente intrigante vio en ello una oportunidad y llamó a la telefonista:

—¡Localice a Meyer Lansky en Miami! —le pidió.

Tres minutos más tarde, Lansky estaba al teléfono.

—*Shalom*, Meyer —le saludó Eitan—. Soy israelí, trabajo en París y necesito su ayuda para el Estado sionista.

—Por supuesto —aceptó Lansky—. Dentro de un mes estaré en Lausana, en Suiza. Nos reuniremos allí.

Eitan se reunió con Lansky en Lausana y le contó lo que necesitaba. Lansky le dio la dirección de un hombre en Chicago.

—Él le conseguirá lo que quiere —aseguró.

Una semana más tarde, Eitan aterrizó en Chicago y se dirigió a la dirección que le habían dado. «El equipo electrónico que conseguimos a través de aquel hombre nos resultó muy útil en nuestras operaciones contra los científicos alemanes», resumió Eitan.

Una de esas operaciones proporcionó un nuevo nombre a Isser Harel: el del doctor Otto Joklik. Según las fuentes, Joklik era un científico austríaco especializado en radiación nuclear y se suponía que estaba empleado en un proyecto egipcio de alto secreto para obtener armas nucleares en un tiempo récord. Los egipcios pretendían establecer una nueva empresa tapadera para Joklik en Austria llamada Austra, que compraría material radiactivo para el proyecto de Joklik y lo enviaría a Egipto. Austra estaría separada de Intra, para evitar que la investigaran las autoridades alemanas. Joklik iba a llevar a cabo dos pruebas nucleares para Egipto y a producir varias bombas atómicas que se encajarían en las ojivas de los misiles.

Todo ello indicaba que Joklik era un hombre muy peligroso, quizá el más peligroso de los científicos alemanes. Se envió una orden urgente a todos los centros del Mossad en Europa: «¡Buscad a Joklik!».

Pero Isser se llevaría una sorpresa tremenda. El 23 de octubre de 1962 un desconocido llamó a la puerta de una embajada israelí en Europa y pidió ver al funcionario de seguridad.

—Me llamo Otto Joklik —declaró—. Estoy dispuesto a entregarles un informe completo de mi actividad para los preparativos de guerra egipcios.

Dos semanas más tarde, envuelto en el mayor de los secretos, Joklik aterrizaba en Israel.

Muchos meses después, cuando salió a la luz la deserción de Joklik, los reporteros europeos escribieron que probablemente éste contactó con los israelíes a causa de la desaparición del director de Intra, Heinz Krug. Joklik mantenía un contacto estrecho con Krug, uno de los pocos que conocían el papel de Joklik en los «programas militares especiales» egipcios. Cuando desapareció Krug, a Joklik le entró el pánico. ¿Y si los israelíes eran los que habían secuestrado a Krug? Éste podía confesar y revelar las tareas secretas de Joklik. Si era así, Joklik estaba sentenciado, y lo sabía perfectamente. Por tanto decidió adelantarse y rendirse a los israelíes. De esa manera, esperaba, al menos salvaría la vida.

Joklik pasó cuatro días en Israel. Lo mantuvieron en un estricto aislamiento en unas instalaciones de máxima seguridad del Mossad. Isser decidió aprovecharlo para dos tareas fundamentales: como fuente de información sobre el proyecto egipcio y como agente doble, que volvería a Egipto y trabajaría allí para el Mossad.

Otto Joklik explicó a los israelíes que había sido reclutado por un alto cargo alemán de las Líneas Árabes Unidas, que se presentó como general Mahmoud Khalil y al que los científicos alemanes llamaban Herr Doktor Mahmoud. De su reunión con Herr Doktor surgieron dos proyectos: Ibis y Cleopatra. El secreto de la existencia de esos proyectos sólo lo compartían el profesor Pilz y el doctor Krug.

La operación Ibis proporcionaría a Egipto un arma nuclear capaz de producir peligrosas radiaciones nucleares. Joklik se dedicó a obtener grandes cantidades de un isótopo radiactivo, el cobalto-60, y a experimentar con él en Egipto. Si los experimentos tenían éxito, Joklik intentaría conseguir más cobalto, que sería colocado en las ojivas de los misiles y propagaría radiación mortal después de su impacto.

El objetivo del segundo proyecto, Cleopatra, era producir dos bombas atómicas. Joklik sugirió un ingenioso método para manufacturar las bombas:

comprar uranio enriquecido al 20% en Estados Unidos o en Europa; enriquecerlo hasta el 90% mediante unas centrifugadoras especiales desarrolladas en Alemania y Países Bajos por los científicos Wilhelm Groth, Jacob Kistemaker y Gernot Zippe, y construir la bomba con el uranio enriquecido.

Joklik voló a Estados Unidos e intentó conseguir el uranio enriquecido allí; también se reunió con diversos científicos alemanes y los invitó a construir centrifugadoras en Egipto. Simultáneamente, compró algo de cobalto-60 en Europa y se lo envió a una ginecóloga de El Cairo, cuyo nombre era doctora Khalil: la hermana de Herr Doktor Mahmoud.

Cuando terminó la confesión de Joklik en Israel, su testimonio fue enviado a diversos expertos para que lo comprobaran y valorasen. Por el motivo que sea, esos informes no obtuvieron la atención debida. Con respecto al Proyecto Cleopatra, los expertos dijeron que no existía casi ninguna posibilidad de que Joklik pudiera conseguir uranio enriquecido al 20%. Y aunque lo hiciera, Egipto necesitaría al menos un centenar de las mejores centrifugadoras para recoger el uranio suficiente para montar una sola bomba al cabo de dos o tres años. Y aunque consiguieran construir la bomba, no funcionaría, porque las fórmulas de Joklik eran incorrectas. Los expertos desestimaron la operación Ibis y las armas radiológicas, cuyo impacto, decían, no causaría más daños que una bomba normal.

El tono tranquilizador de esos informes, sin embargo, no calmó a los líderes de la nación. Se alarmaron más si cabe al saber que los egipcios también estaban desarrollando armas químicas. El 11 de enero de 1963 sus miedos resultaron justificados, cuando los egipcios usaron gas tóxico en su guerra contra Yemen. La ministra israelí de Asuntos Exteriores, Golda Meir, se reunió con el presidente John F. Kennedy, habló con él del peligro de que los egipcios armasen sus misiles con ojivas no convencionales y le pidió que interviniera, pero Kennedy no lo hizo.

Las ojivas no convencionales eran muy peligrosas, pero se dio prioridad al entorpecimiento de los sistemas de navegación de los misiles.

En invierno de 1963, el experto en dichos sistemas de la fábrica 333, el doctor Kleinwachter, estaba pasando unas semanas en Alemania. La noche del 20 de febrero dejó su laboratorio en Lorrach y condujo su coche por la estrecha carretera que llevaba a su casa. La carretera estaba oscura y desierta, cubierta de espesa nieve. De repente, con un chirrido de neumáticos, un coche

surgió de una calle transversal y le bloqueó el paso. Un hombre bajó y se dirigió hacia Kleinwachter, que distinguió a un tercer individuo dentro del vehículo.

—¿Dónde vive el doctor Shenker? —le preguntó el hombre.

Y, sin esperar respuesta, sacó un revólver equipado con silenciador y disparó. La bala destrozó el parabrisas y se alojó en la bufanda de lana del científico. Kleinwachter buscó su revólver en la guantera pero el asaltante se alejó corriendo hacia un segundo coche, que salió disparado y se perdió de vista.

La policía encontró el primer vehículo abandonado a unos cien metros de la escena del asalto. Los tres hombres habían escapado en otro coche y habían olvidado un pasaporte a nombre de Ali Samir, uno de los jefes del servicio secreto egipcio. Sin embargo, resultó ser una pista falsa: el día del ataque, Samir estaba en El Cairo y fue fotografiado con un periodista alemán.

Los hombres que atacaron a Kleinwachter no fueron hallados nunca, aunque la opinión de la prensa era unánime: el intento de asesinato lo habían perpetrado los israelíes, y habían fracasado.

Unas semanas más tarde el Mossad volvió a intentarlo de nuevo. Esta vez fue en Suiza y el objetivo, el doctor Paul Goerke, nacido en Alemania.

Goerke, como Kleinwachter, trabajaba en un sistema de navegación para los misiles egipcios en su laboratorio de la fábrica 333. Los egipcios lo consideraban muy valioso, y también el Mossad. Su hija Heidi vivía en Friburgo, una ciudad alemana cercana a la frontera suiza. Poco después del atentado contra la vida de Kleinwachter, el doctor Joklik llamó a Heidi y le dijo que se había reunido con su padre en Egipto, donde trabajaba en el desarrollo de armas terribles destinadas a destruir Israel. Joklik insinuó que si Goerke no abandonaba sus actividades, se exponía a riesgos espantosos. Por el contrario, si abandonaba Egipto no sufriría daño alguno.

—Si quiere a su padre —concluyó Joklik—, venga el sábado 2 de marzo a las cuatro de la tarde al hotel Tres Reyes, en Basilea, y le presentaré a uno de mis amigos.

Heidi, aterrorizada, contactó de inmediato con H. Mann, ex oficial nazi a quien los egipcios habían encargado la seguridad de los científicos. Mann alertó a la policía de Friburgo, que a su vez se puso en contacto con las autoridades suizas. Y así, cuando Joklik y su amigo entraron en el hotel Tres

Reyes, varios coches de policía esperaban ante el edificio, había detectives situados en el vestíbulo y grabadoras junto a la mesa donde se encontraba sentada Heidi Goerke.

Joklik y su amigo (el agente del Mossad Ben-Gal) cayeron en la trampa. No sospecharon nada y hablaron con Heidi Goerke durante una hora, esforzándose por no realizar amenazas directas, pero aludiendo al peligro que podía correr su padre si seguía fabricando aquellas terribles armas. Le ofrecieron a Heidi un billete de avión a El Cairo para que convenciera a su padre de regresar a Alemania, donde él y su familia estarían a salvo.

Una vez concluida la reunión, los dos hombres salieron del hotel y cogieron el tren de las seis en punto hacia Zúrich, donde sus caminos se separaron. Pero mientras Joklik esperaba otro tren en el andén, fue arrestado por un policía de paisano. Ben-Gal fue detenido también, cerca del consulado israelí.

Aquella noche, la policía alemana pidió a la suiza que extraditara a los dos hombres sospechosos de haber amenazado a Heidi Goerke y de haber participado en el ataque al doctor Kleinwachter.

Desde su cuartel general en Europa, Isser activó sus contactos e intentó persuadir a los suizos de que liberasen a Ben-Gal y a Joklik, pero éstos se negaron debido a la petición de extradición alemana. Isser volvió entonces a Israel en avión y se reunió con la ministra de Asuntos Exteriores Golda Meir. En los últimos tiempos se habían hecho amigos y compartían la misma hostilidad y suspicacia hacia Alemania. Golda sugirió que Israel contactara con el canciller Adenauer y le pidiera que Alemania retirase la orden de extradición.

Isser partió hacia Tiberíades, donde el primer ministro Ben-Gurión estaba de vacaciones, y le exhortó a mandar a un enviado especial a Bonn, la capital de Alemania occidental. El enviado presentaría a Adenauer pruebas de las atroces actividades de los científicos alemanes en Egipto y pediría la retirada de la petición de extradición.

Ben-Gurión se negó.

Isser no cedió.

—Tiene que decidir qué haremos si el arresto se hace público. Todo el asunto volará por los aires.

—¿Qué quiere decir con eso de que volará por los aires? —preguntó Ben-Gurión.

—En cuanto se conozca el arresto de Ben-Gal, el asunto de los científicos alemanes en Egipto también saldrá a la luz. Israel tendrá que explicar por qué Ben-Gal actuó como lo hizo. Tendremos que revelar que los egipcios han estado comprando a Alemania equipo para sus misiles y otros proyectos militares.

Ben-Gurión pensó un momento y al final dijo:

—Bueno, pues que así sea.

Ése fue el principio del distanciamiento entre los dos hombres.

La tarde del jueves 15 de marzo de 1963, la United Press International anunció el arresto de Joklik y de Ben-Gal, «sospechosos de haber amenazado a la hija de un científico alemán empleado en Egipto». Isser Harel convocó una reunión secreta con los editores de los periódicos, ante los cuales describió el trasfondo del arresto de Ben-Gal. Hizo especial hincapié en el papel que representaba Joklik en el asunto, el tipo de trabajo que llevaba a cabo en el proyecto egipcio y el hecho de que se hubiese cambiado de bando voluntariamente y estuviese intentando reparar el daño.

Durante los días siguientes, los colaboradores de Isser informaron a tres periodistas israelíes: Naftali Lavi, del *Haaretz*, Shmuel Segev, del *Ma'ariv*, y Yeshayahu Ben-Porat, del *Yedioth Ahronoth*. Les explicaron todos los datos y les dieron las direcciones de Intra, Patwag y el Instituto Stuttgart. Los tres hombres partieron a Europa para recabar información sobre los científicos alemanes y telegrafiar a sus periódicos en Israel. Las noticias del proyecto de los científicos alemanes resultarían mucho más creíbles si procedían de Europa, pensó Isser. Otros hombres del Mossad fueron enviados al extranjero para informar a periodistas pro israelíes.

Isser Harel no se daba cuenta de que todo lo relacionado con Alemania constituía un asunto especialmente sensible en Israel. Su ataque desenfrenado a Alemania desencadenó una avalancha que luego fue imposible detener, un diluvio de acusaciones contra los científicos que provocó un auténtico pánico en Israel.

El 17 de marzo, la prensa israelí y extranjera se ahogaba en un mar de titulares sensacionalistas: científicos alemanes, la mayoría de ellos ex nazis, estaban produciendo armas mortales en Egipto. Preparaban armas biológicas,

químicas, nucleares y radiactivas. Desarrollaban gas tóxico, gérmenes terribles, rayos mortales, ojivas equipadas con bombas atómicas o residuos radiactivos que propagarían radiaciones letales. Los periódicos competían unos con otros para publicar reportajes que parecían plagiados de los cómics de Flash Gordon: el rayo de la muerte que siseaba y lo abrasaba todo a su paso, el aire por encima de Israel envenenado durante 90 años por lo menos, los gérmenes difundiendo atroces enfermedades, etcétera. La campaña acusaba también al gobierno de la República Federal de Alemania de no intentar poner fin a las diabólicas actividades de sus súbditos que trabajaban para Egipto, e incluso de seguir los pasos de Hitler. Los reporteros enviados a Europa añadían más leña al fuego al «descubrir» cada día nuevos detalles sobre el diabólico complot de los científicos.

El juicio a Ben-Gal y Joklik en Basilea acabó con sentencias leves para ambos hombres: dos meses de cárcel, ya cubiertos por la prisión preventiva. Pero tuvo un resultado secundario con enormes implicaciones.

Durante el juicio, el juez se dio cuenta de repente de que uno de los espectadores portaba un arma.

—¿Cómo se atreve usted a ir armado en mi tribunal? —preguntó, indignado.

—Tengo permiso para llevar armas en todo momento —respondió el hombre—. Soy el oficial de seguridad de los científicos alemanes en Egipto.

Se identificó como H. Mann, el hombre con quien había contactado Heidi Goerke después de la llamada telefónica de Joklik, y que fue quien alertó a la policía alemana.

Un informante secreto del Mossad dejó la sala del tribunal de inmediato e informó del incidente a sus superiores. Al oír aquella noticia, el veterano agente del Mossad Raphi Medan se subió al primer tren en dirección a Viena y corrió a casa del famoso cazador de nazis Simon Wiesenthal, que accedió de inmediato a ayudar al Mossad.

—¿Sabe algo de un alemán llamado H. Mann? —preguntó Medan.

Wiesenthal se puso manos a la obra con sus desbordados archivos. Al cabo de unas horas se reencontró con Medan con un expediente entre las manos.

—Fue oficial de las SS durante la guerra —le informó—. Sirvió en un comando a las órdenes del coronel Otto Skorzeny.

Medan llevó la información al omnipresente Rafi Eitan y a Abraham Ahituv.

Ahituv, un hombre algo calvo, quemado por el sol, con bigote y gafas, había nacido en Alemania como Abraham Gotfried y a los cinco años emigró a Israel con sus padres, profundamente religiosos. A los dieciséis ya era miembro de la Haganá y, con dieciocho, fue uno de los fundadores del Shabak. Extremadamente inteligente, completó sus estudios durante su servicio y se graduó en la facultad de Derecho *summa cum laude*. En 1955 capturó en Israel al espía egipcio más destacado, Rif'at El Gamal, que operaba bajo identidad israelí con el nombre de Jack Bitton. Ahituv reclutó a El Gamal, convirtiéndole en uno de los mejores agentes dobles del Mossad, que fue suministrando a los egipcios información sabiamente alterada durante más de doce años. En 1967, justo antes de la guerra de los Seis Días, El Gamal informó a los egipcios de que Israel llevaría a cabo un ataque terrestre antes de enviar sus aviones al combate; la lasitud resultante de las Fuerzas Aéreas egipcias facilitó su destrucción en tierra por parte de los reactores israelíes. Más tarde, Ahituv se convertiría en uno de los mejores directores del Shabak, apreciado sobre todo por sus esfuerzos por integrar a los árabes israelíes en la sociedad de Israel.

Aquella noche de mayo de 1963, Ahituv estaba escuchando el informe de Medan sobre Mann y Skorzeny cuando se volvió hacia Eitan:

—¿Por qué no intentamos reclutar a Skorzeny?

Al principio la idea parecía extravagante, pero tenía su lógica: si Skorzeny se ponía en contra de Mann, podía obtener material confidencial de su antiguo subordinado. La cuestión era cómo contactar con Skorzeny. Una rápida comprobación reveló que su ex esposa seguía estando muy próxima a él. Ahora dirigía una empresa que se había especializado en el comercio del metal. Los agentes del Mossad encontraron a un hombre de negocios israelí, Shlomo Zablodovitch, que se dedicaba al mismo tipo de negocio, y contactaron con él, que afirmó conocer a la señora Skorzeny y se la presentó. Ella les contó todo lo que necesitaban saber.

Y así fue como Eitan y Ahituv aparecieron en el despacho de Skorzeny en Madrid. Pidieron al antiguo héroe del Tercer Reich que se convirtiera en agente suyo y que proporcionara al Mossad información sobre las actividades de los científicos alemanes en Egipto. Además de a H. Mann, Skorzeny

conocía a unos cuantos líderes de la comunidad alemana en Egipto, muchos de los cuales eran antiguos compañeros suyos.

—¿Cómo puedo confiar en usted? —preguntó Skorzeny—. ¿Cómo puedo estar seguro de que no vendrá a por mí más tarde?

Temía que los vengadores israelíes acabaran por encontrarle como habían encontrado a Eichmann, y que su destino fuese el mismo. Rafi Eitan encontró la solución de inmediato.

—Estamos en posición de liberarlo de sus miedos —dijo; luego cogió una hoja de papel y escribió una carta a Skorzeny, en nombre del Estado de Israel, que le declaraba «liberado de todo temor» y le aseguraba que no sería objeto de ningún tipo de persecución ni violencia.

Skorzeny examinó el documento y luego se quedó en silencio. Se levantó y empezó a pasear de un lado a otro, sumido en sus pensamientos.

Al final se volvió hacia los israelíes y dijo:

—De acuerdo.

Durante los meses siguientes, Skorzeny entregó a sus enlaces del Mossad información muy valiosa sobre las actividades de los científicos alemanes en Egipto. Con la ayuda de H. Mann y de otros antiguos adláteres, obtuvo listas detalladas de los científicos alemanes y sus direcciones, informes del progreso de sus planes y planos de los misiles, así como correspondencia sobre los problemas a la hora de montar el sistema de navegación para los misiles.

Pero Isser Harel ya no leería los informes de Skorzeny.

Mientras tanto, los medios de información israelíes se habían desatado. Titulares llamativos, editoriales, caricaturas e incluso poemas anunciaban que la Alemania de 1963 era idéntica a la de 1933, y la misma Alemania que había masacrado a seis millones de judíos ayudaba ahora a Egipto a preparar un nuevo Holocausto. En el Knesset, el líder de la oposición, Menachem Begin, lanzó a Ben-Gurión una diatriba incendiaria: «Está usted vendiendo Uzis a los alemanes, y ellos venden gérmenes a nuestros enemigos». En un discurso, la aliada de Isser, Golda Meir, acusó a los alemanes de Egipto de producir armas «cuyo objetivo es destruir a todos los seres vivos».

Las acusaciones eran exageradas y casi totalmente alejadas de la realidad. Amos Manor, jefe del Shabak y amigo íntimo de Isser, diría más tarde: «Durante aquel periodo en el que Isser dirigía la campaña contra los

científicos alemanes, era un hombre desequilibrado. Se trataba de una obsesión, o algo peor. No se podía mantener una conversación normal sobre ese tema con él».

El viceministro de Defensa Simon Peres, que volvió a Israel el 24 de marzo después de un viaje a África, percibió de inmediato el tremendo peligro que encerraba la cruzada de Isser Harel. También se dio cuenta de que eso de las armas «que matan a todo ser vivo» era sencillamente ridículo. El Aman, la rama de inteligencia del FDI, hizo una estimación distinta por completo. «Reunimos toda la información que pudimos —dijo el jefe de inteligencia del FDI, el general Meir Amit—, y poco a poco fue surgiendo una imagen clara: la historia se había exagerado hasta límites insospechados. [...] Nuestra gente decía que no podía ser verdad, que era imposible que se tratase de algo serio».

La gente de Amit no encontró indicación alguna de que los científicos alemanes estuvieran desarrollando armas químicas o bacteriológicas; las historias sobre armas catastróficas parecían extraídas de la literatura de ciencia ficción; la cantidad de cobalto llevada a Egipto era infinitesimal. También se estableció que el doctor Otto Joklik, cuyo testimonio había representado un papel fundamental en todo aquel asunto, no era más que un oportunista en el que no se podía confiar.

El informe del Aman llegó a la mesa de Ben-Gurión el 24 de marzo. Éste convocó de inmediato a Isser Harel y le interrogó sobre sus fuentes, pidiendo respuestas completas y precisas. Isser admitió haber enviado reporteros a Europa después de informarles exhaustivamente; también admitió que no tenía información alguna sobre gas tóxico, radiología o bombas de cobalto.

Al día siguiente Ben-Gurión se reunió con Simon Peres, que llegó con el jefe del Estado Mayor y el general Amit. El jefe del Aman emitió un informe detallado que presentaba una imagen muy precisa: los científicos que trabajaban en Egipto eran mediocres y estaban construyendo misiles obsoletos. Sus actividades eran peligrosas, sin duda, pero el pánico que se había extendido por los círculos del gobierno en Israel, incluido el Ministerio de Defensa y el FDI, era completamente desproporcionado.

Ben-Gurión volvió a convocar a Isser. Su conversación fue tensa y Ben-Gurión expresó dudas sobre la precisión de los informes y las valoraciones de Isser. La confianza total que había caracterizado las relaciones entre ambos hombres se vio reemplazada por un debate furibundo que también incluía

otros aspectos de las relaciones germano-israelíes. Isser, furioso, volvió a su oficina y envió una carta de dimisión a Ben-Gurión.

Éste intentó convencerle de que no se fuera, pero Isser se mostró inflexible.

—Dimito —dijo—. No hay marcha atrás.

Era el fin de una era.

Ben-Gurión pidió entonces a Isser que se quedara al menos hasta que encontrara un sustituto, pero él se negó.

—Dígale a Ben-Gurión que envíe a alguien de inmediato para hacerse cargo de las llaves —dijo al secretario de Ben-Gurión.

El primer ministro tuvo que encontrar un sustituto para el legendario *ramsad* de inmediato.

—Trae a Amos Manor enseguida —le pidió a su secretario, que corrió al teléfono.

Pero el jefe del Shabak no estaba localizable; iba de camino al kibutz Maagan, en el valle del Jordán, para visitar a unos parientes, y todavía no se habían inventado los móviles.

—Entonces que venga Meir —ordenó Ben-Gurión, impaciente.

Meir Amit estaba en visita de inspección en el Negev, pero consiguieron localizarlo por radio y lo hicieron volver a Tel-Aviv. A su llegada, supo que se le había nombrado director en funciones del Mossad hasta que un nuevo jefe se hiciera cargo de la organización. Unas semanas más tarde, el nombramiento de Amit se convirtió en definitivo.

Tras la discreta carta de Peres a Franz Josef Strauss, Alemania encargó a un reputado experto, el profesor Boehm, que encontrara la forma de recuperar a los científicos que se hallaban en Egipto. Alemania consiguió tentar a muchos de ellos ofreciéndoles empleo en instituciones de investigación en su territorio. Los demás fueron abandonando Egipto poco a poco. No consiguieron acabar los misiles, sus sistemas de navegación fracasaron, las ojivas de los misiles no se llenaron de materiales radiactivos y el avión de Messerschmitt ni siquiera llegó a despegar.

Uno de los autores de este libro viajó a Huntsville, en Alabama, donde se reunió con el chico de los ojos azules de la NASA, el doctor Wernher von

Braun. Von Braun examinó las listas de científicos alemanes en Egipto y sus supuestos proyectos y concluyó que existían muy pocas posibilidades de que esos científicos de segunda fila hubieran sido capaces alguna vez de construir misiles efectivos.

El empeño egipcio de Herr Doktor Mahmoud acabó en un completo fracaso.

El asunto de los científicos alemanes supuso la caída de Isser Harel y el ascenso de Meir Amit. Harel llegó a sentir un enorme odio por su sucesor y lo combatió amargamente durante sus años como *ramsad*. El asunto de los científicos alemanes también socavó el poder político de Ben-Gurión, que pocos meses después dimitió de su cargo.

En El Cairo, el servicio secreto egipcio desenmascaró a Wolfgang Lutz, el «espía del champán», y le arrestó en 1965, aunque no consiguieron desvelar cuál era su cobertura alemana. Fue sentenciado a prisión y liberado al cabo de dos años y medio.

El final de todo el asunto supuso también el final del trabajo del Mossad con Otto Skorzeny, el agente más improbable que espío jamás para el Estado judío.

CAPÍTULO NUEVE

Nuestro hombre en Damasco

Querida Nadia, querida familia:

Os escribo estas últimas palabras esperando que permanezcáis unidos para siempre. Pido a mi mujer que me perdone, que se cuide mucho y que dé una buena educación a nuestros hijos. [...] Mi queridísima Nadia: debes volver a casarte, para que nuestros hijos tengan un padre. Eres absolutamente libre en ese sentido. Te pido que no llores por el pasado, sino que mires hacia el futuro. Te envío mis últimos besos.

Por favor, reza por mi alma.

Tuyo, Elie

Esta carta llegó a la mesa del nuevo *ramsad*, Meir Amit, en mayo de 1965. Elie Cohen, uno de los espías más osados de la historia del espionaje, la había escrito con mano temblorosa justo unos minutos antes de que su vida llegase a un abrupto fin en la horca, en Damasco.

La vida secreta de Elie Cohen había empezado más de veinte años antes. Cohen, un judío egipcio joven y atractivo, iba de camino a su casa una húmeda tarde de mediados de julio de 1954. Tenía treinta años, era de estatura media, con un bigote negro bien recortado y una sonrisa encantadora. En una calle de El Cairo tropezó con un viejo amigo suyo, oficial de policía.

—Esta noche arrestaremos a algunos terroristas israelíes —le confió su amigo—. Uno de ellos se llama Shmuel Azar.

Elie fingió sorpresa y admiración, pero en cuanto se separó de su amigo, corrió a su apartamento alquilado y recogió la pistola, los explosivos y los documentos que guardaba allí. Elie estaba profundamente implicado en actividades clandestinas. Planeaba rutas de huida y preparaba documentos falsos para familias judías que querían emigrar a Israel. También era miembro de la organización clandestina judía responsable de una operación muy ambiciosa conocida como «el asunto Lavon».

A principios de 1954, los líderes de Israel se enteraron de que el gobierno británico había decidido abandonar Egipto por completo. Egipto era el más fuerte de todos los países árabes, y enemigo jurado de Israel. Mientras el ejército británico estuviese presente en el país y mantuviese sus bases y campos de aviación militares a lo largo del canal de Suez, Israel podía contar con su influencia moderadora sobre la junta militar que gobernaba el país. Con la decisión de evacuar Egipto, esa influencia se evaporaraba de repente. Además, las modernas bases, campos de aviación y enormes almacenes de equipo y materiales de guerra caerían en manos del ejército egipcio. Israel, que sólo tenía entonces seis años de existencia, podía convertirse en el blanco de un ataque por parte de un ejército egipcio mucho mayor y mejor equipado, que quisiera vengar su vergonzosa derrota en la guerra de Independencia de Israel, en 1948.

¿Podían dar marcha atrás los británicos en su decisión? Ben-Gurión ya no estaba al mando de Israel; se había retirado al kibutz Sdeh Boker y le había reemplazado un líder moderado pero débil, Moshe Sharett. El ministro de Defensa Pinhas Lavon disputaba abiertamente la autoridad de Sharett. Sin conocimiento de éste, y sin informar al Mossad, Lavon y el coronel Binyamin Gibli, jefe de la inteligencia militar (Aman), tramaron un plan peligroso y absurdo. Encontraron una cláusula en el acuerdo británico-egipcio que permitía a Reino Unido volver a sus antiguas bases en caso de grave crisis, y concluyeron ingenuamente que si varias bombas terroristas asolaban Egipto, Gran Bretaña pensaría que los líderes egipcios no eran capaces de mantener la ley y el orden, y anularía su decisión de abandonar el país. Lavon y Gibli decidieron poner bombas en El Cairo y en Alejandría, tomando como objetivo bibliotecas y centros culturales norteamericanos y británicos, cines, estafetas de Correos y otros edificios públicos. Los agentes secretos del Aman reclutaron a algunos judíos locales jóvenes, fervientes sionistas que estaban dispuestos a dar su vida por Israel. Al hacerlo, el Aman rompió una regla sacrosanta de la comunidad de la inteligencia israelí: nunca jamás usar a judíos locales en operaciones hostiles, ya que podía costarles la vida y colocar a toda la comunidad judía en grave peligro. Además, aquellos jóvenes, hombres y mujeres, no recibieron ningún entrenamiento previo para realizar tales operaciones.

Las bombas eran rudimentarias, hechas con fundas de gafas en las que se había colocado una sustancia química. Otra sustancia se vertía en un condón introducido en la funda. Altamente corrosivo, el producto químico quemaba todo el condón y acababa poniendo su contenido en contacto con la sustancia

introducida en la funda, produciendo un estallido no demasiado potente. El condón se usaba como herramienta temporizadora, para permitir a la persona colocar el objeto incendiario y escapar antes de que se produjera la explosión.

El plan estaba condenado al fracaso desde el principio. El 23 de julio, después de un par de operaciones de poca importancia, una de las bombas explotó en el bolsillo de Philip Natanson, miembro de la red sionista, a la entrada del cine Río, en Alejandría. Fue arrestado por la policía y, en los días siguientes, capturaron a los demás miembros de la red.

Elie Cohen fue también arrestado, pero en el registro de su apartamento no se halló prueba incriminadora alguna. Le soltaron, aunque la policía egipcia le abrió un expediente que incluía tres fotos y los datos de Elie Shauel Jundi Cohen, nacido en 1924 en Alejandría, hijo de Shaul y Sophie Cohen, que emigraron a un lugar desconocido en 1949 con las dos hermanas y cinco hermanos de Eli. El sospechoso era graduado del Colegio Francés y estudiante en la Universidad Faruk de El Cairo.

Los egipcios no sabían que la familia de Elie había emigrado a Israel y se había establecido en Bat Yam, un barrio residencial de Tel Aviv.

A pesar de los arrestos, Elie decidió quedarse en Egipto y no huir. Temiendo lo peor para sus amigos, recogió toda la información que pudo sobre su encarcelación, palizas y torturas en las prisiones de Egipto.

En octubre, los egipcios anunciaron públicamente el arresto de «espías israelíes», y el 7 de diciembre se inició su juicio en El Cairo. Max Bennet, agente encubierto israelí que fue arrestado con el grupo, se suicidó cortándose las venas con un clavo oxidado que había sacado de la puerta de su celda. En el juicio, el fiscal pidió la pena de muerte para algunos de los detenidos. Llovieron peticiones de clemencia del nuncio papal, el ministro francés de Asuntos Exteriores, los embajadores de Estados Unidos y Reino Unido, los miembros de la Cámara de los Comunes británica Richard Crossman y Maurice Auerbach, el rabino jefe de Egipto..., todo en vano. El 17 de enero de 1955, la corte militar extraordinaria anunció las sentencias: dos de los acusados fueron declarados no culpables; dos fueron sentenciados a siete años de prisión con trabajos forzados, dos a 15 años, y dos a cadena perpetua. Los dos líderes de la red, el doctor Moshe Marzuk y el ingeniero Shmuel Azar, fueron sentenciados a muerte y colgados, cuatro días después, en el patio de la prisión de El Cairo. En Israel, un tremendo escándalo político sacudió al gobierno: ¿quién había dado la estúpida y criminal orden de llevar a cabo

aquella operación? Varios comités de investigación no consiguieron una respuesta clara y rotunda. Lavon y Gibli se señalaban el uno al otro. El ministro de Defensa Lavon se vio obligado a dimitir y fue reemplazado por Ben-Gurión, que volvió después de haberse jubilado; el coronel Gibli nunca fue ascendido y, al cabo de poco tiempo, tuvo que abandonar el ejército.

En Egipto, Elie Cohen había perdido a algunos de sus mejores amigos. Aunque todavía era sospechoso a ojos de las autoridades, se quedó en El Cairo y prosiguió sus actividades clandestinas. Sólo en 1957, después de la guerra de Suez, emigró a Israel.

Una de las calles de Bat Yam, tranquila y sombreada, lleva el nombre de calle de los Mártires de El Cairo. Elie pasaba andando por aquella calle cada día, cuando iba a visitar a su familia. Sus primeros pasos en Israel no fueron fáciles. Durante unas semanas buscó trabajo y, gracias a que hablaba fluidamente varios idiomas (árabe, francés, inglés e incluso hebreo), encontró un puesto: traductor de revistas semanales y mensuales para el Aman. Su oficina en una calle de Tel Aviv estaba camuflada como agencia comercial. Elie recibía un modesto salario: 170 libras israelíes (95 dólares) al mes. Al cabo de unos meses le despidieron y uno de sus amigos, también judío egipcio, le encontró un nuevo trabajo: contable en una cadena de almacenes, Hamashbir. El trabajo era muy aburrido, pero el sueldo era alto. En aquella época, su hermano le presentó a una joven enfermera guapa y lista de origen iraquí. Un mes después de conocerla, Elie se casó con Nadia, hermana de un floreciente intelectual, Sami Michael. Una mañana, un hombre entró en el despacho de Elie.

—Me llamo Zalman —se presentó—. Soy oficial de inteligencia. Quiero ofrecerle trabajo.

—¿Qué clase de trabajo?

—Muy interesante, en realidad. Viajará mucho por Europa. Quizá vaya incluso a países árabes como agente nuestro.

Elie se negó.

—Me acabo de casar —dijo—. No quiero viajar a Europa ni a ningún otro sitio.

Ése fue el final de la conversación, pero no el de aquel asunto. Nadia se quedó embarazada y tuvo que abandonar su trabajo. Hamashir hizo una reestructuración y despidió a unos cuantos empleados, Elie entre ellos. Éste

no conseguía encontrar otro trabajo y entonces, como por casualidad, un visitante inesperado llamó a la puerta de su apartamento de alquiler.

Era Zalman otra vez.

—¿Por qué se niega a trabajar para nosotros? —Quiso saber Zalman—. Le pagaremos 350 libras —195 dólares— al mes. Recibirá seis meses de entrenamiento. Luego, si quiere, puede quedarse. Si no, es libre de irse.

Esta vez, Elie no se negó. Y se convirtió en agente secreto.

Algunos de los veteranos del Aman cuentan una versión distinta. Mantienen que cuando llegó a Israel, Elie no consiguió trabajar en el Aman porque las pruebas psicológicas demostraron que era demasiado confiado. Tenía talento y una memoria excelente, pero también cierta tendencia a confiar demasiado en sí mismo y a adoptar riesgos innecesarios. Esos rasgos característicos, combinados, le hacían inadecuado para el Aman.

Pero a principios de los años sesenta las cosas cambiaron. La unidad 131 del Aman, unidad de operaciones especiales de la rama de inteligencia del FDI, empezó a buscar urgentemente un agente muy cualificado para Damasco, la capital de Siria. En los últimos años, Siria se había convertido en el país árabe más agresivo, y enemigo jurado de Israel. Nunca perdía la ocasión de atacar. Siria se enfrentó a Israel en sangrientos combates en los Altos del Golán y en las costas del lago de Galilea, y envió batallones de terroristas a través de la frontera israelí. También planeaba llevar a cabo un grandioso proyecto de ingeniería, destinado a desviar las aguas de los afluentes del río Jordán y privar de agua a Israel.

A finales de los años cincuenta, Israel había iniciado un proyecto de enormes tuberías y canalizaciones que llevarían parte del agua del Jordán a la árida región de Negev. El agua la tomaban de la parte del río que pasaba por territorio israelí. El proyecto del agua provocó una serie de conferencias árabes al más alto nivel. Las naciones árabes decidieron solemnemente desviar los afluentes del Jordán y así aniquilar el proyecto israelí, y el trabajo recayó en Siria.

Israel no podía sobrevivir sin el agua del Jordán. No podía dejar que Siria consiguiera su objetivo y empezó a planear una respuesta. Necesitaba un agente en Damasco, alguien de confianza, seguro y atrevido. Precisamente las mismas características que habían obligado al Aman a rechazar a Elie le hacían perfecto ahora para la unidad 131. (50 años más tarde se reveló que el

Aman había intentado reclutar a otra persona para ese trabajo: ¡Sami Michael, el hermano de Nadia Cohen! Michael se negó, se quedó en Israel y acabó siendo un gran poeta).

El entrenamiento de Cohen fue largo y agotador. Cada mañana, con cualquier pretexto, Elie se iba de su casa y se dirigía al centro de entrenamiento del Aman. Durante varias semanas tuvo un solo instructor, un hombre llamado Yitzhak. Primero aprendió a memorizar cosas. Yitzhak colocaba una docena de objetos en una mesa: un lápiz, unas llaves, un cigarrillo, una goma de borrar, unos alfileres... Elie los miraba un segundo o dos. Luego tenía que cerrar los ojos y describir cómo eran. También aprendió a identificar el tipo y la marca de tanques, aviones y cañones.

—Salgamos a dar un paseo —le decía Yitzhak, y los dos se dedicaban a pasear por las atestadas calles de Tel Aviv—. ¿Ves ese quiosco de periódicos que hay ahí? —susurraba Yitzhak—. Ve y finge que miras los periódicos, pero al mismo tiempo intenta averiguar quién nos está siguiendo.

Cuando volvían al centro, Yitzhak escuchaba el informe de Elie y luego arrojaba un puñado de fotos a la mesa.

—Tienes razón con éste, es verdad que te seguía. Pero ¿qué me dices de este otro que estaba junto al árbol? También iba tras de ti.

Una mañana, Zalman le presentó a otro instructor, Yehuda, que le enseñó a usar un pequeño y sofisticado radiotransmisor y luego le mandó a realizar exámenes físicos y pruebas psicológicas. Tras terminar los exámenes, Zalman le presentó a una joven, Marcelle Cousin.

—Es hora de hacer la prueba definitiva, Elie —dijo—. Marcelle te dará un pasaporte francés a nombre de un judío egipcio que ha emigrado a África y ahora viene a Israel como turista. Con ese pasaporte irás a Jerusalén y permanecerás allí diez días. Marcelle te dará todos los detalles sobre tu tapadera: tu pasado en Egipto, tu familia, tu trabajo en África. En Jerusalén sólo hablarás francés y árabe. Tendrás que reunirte con gente, hacer amigos, establecer nuevos contactos sin revelar tu auténtica identidad. También deberás asegurarte de que no te sigue nadie.

Elie pasó diez días en Jerusalén. A su vuelta, cogió unos días de permiso. Nadia acababa de dar a luz a una hija, Sophie. Después de Rosh Hashana (el Año Nuevo judío), Zalman le presentó a dos hombres más que no se identificaron.

—Has aprobado el examen de Jerusalén, Elie —le comunicó uno de ellos con una sonrisa—. Es hora de que nos pongamos a hacer cosas más serias.

En una habitación vacía de las instalaciones del Aman, Elie conoció a un jeque musulmán que le enseñó pacientemente el Corán y las plegarias musulmanas. Elie intentaba concentrarse, pero seguía cometiendo errores.

—No te preocupes —le decían sus instructores—. Si alguien te empieza a hacer preguntas, le dices que no eres un musulmán muy devoto y que sólo tienes recuerdos vagos de cuando ibas al colegio.

A Elie le anticiparon entonces cuál sería su misión: pronto se le enviaría a un país extranjero neutral y, después de un entrenamiento específico, se dirigiría a una capital árabe.

—¿A cuál? —preguntó él.

—Se te comunicará a su debido tiempo. Tendrás que fingir que eres árabe —continuó Zalman—, crear contactos locales y establecer una red de espionaje israelí.

Elie accedió sin dudar. Confiaba en poder llevar a cabo la misión.

—Dispondrás de documentación siria o iraquí —le informaron sus entrenadores.

—¿Por qué? No sé nada de Iraq. Dadme documentos egipcios.

—Eso es imposible —replicó Zalman—. Los egipcios tienen registros actualizados de su población y de todos los pasaportes que han emitido. Es demasiado peligroso. Iraq y Siria, en cambio, no disponen de tales registros. No podrán desenmascararte.

Dos días después, Zalman y sus colegas revelaron a Elie su nueva identidad.

—Tu nombre es Kamal. El nombre de tu padre es Amin Tabet, de modo que tu nombre completo será Kamal Amin Tabet.

Los oficiales del caso de Elie habían preparado como tapadera una historia muy detallada para su nuevo agente.

—Eres hijo de padres sirios. El nombre de tu madre es Saida Ibrahim. Tenías una hermana. Naciste en Beirut, en Líbano; tras nacer tu hermana tu familia abandonó el país y se trasladó a Alejandría, en Egipto. No lo olvides: tu familia es siria. Un año después murió tu hermana. Tu padre era

comerciante de tejidos. En 1946 tu tío emigró a Argentina. Poco después, escribió a tu padre e invitó a tu familia a unirse a él en Buenos Aires. En 1947 todos vosotros llegasteis a Argentina. Tu padre y tu tío se asociaron con una tercera persona y abrieron una tienda de tejidos, pero acabó quebrando. Tu padre murió en 1956 y seis meses después tu madre murió también. Tú te quedaste a vivir con tu tío y trabajaste en una agencia de viajes. Más tarde te metiste en negocios y éstos tuvieron mucho éxito.

Elie necesitaba también una tapadera para su familia.

—He encontrado trabajo en una empresa que trabaja con los ministerios de Defensa y Asuntos Exteriores —le contó a Nadia al volver a casa—. Necesitan a alguien que viaje por Europa, compre herramientas, equipo y materiales para Ta'as —la industria militar de Israel—, y encuentre mercados para sus productos. Volveré a casa a menudo, con largos permisos. Ya sé que la separación será dura (para los dos lo será), pero recibirás todo mi salario y, dentro de pocos años, compraremos muebles en Europa y arreglaremos el apartamento.

A principios de febrero de 1961 un coche sin distintivos llevó a Elie al aeropuerto de Lod. Un hombre joven, que se identificó a sí mismo como Gideon, le tendió un pasaporte israelí con su nombre real, quinientos dólares y un billete de avión a Zúrich.

Al llegar a Zúrich, Elie se reunió con un hombre con el pelo blanco que cogió su pasaporte y le entregó otro de un país europeo, con otro nombre. Ese pasaporte llevaba un visado de entrada en Chile y otro de tránsito para Argentina.

—En Buenos Aires nuestra gente te ampliará el plazo del visado de tránsito —le comunicó el hombre, poniendo en la mano de Elie un billete de avión a Santiago, con escala en Buenos Aires—. Mañana llegarás a Buenos Aires. Al día siguiente, a las once de la mañana, debes ir al café Corrientes. Nuestra gente contactará contigo allí.

Elie llegó a la capital de Argentina y se registró en un hotel. A la mañana siguiente, a las once en punto, un hombre anciano se acercó a su mesa en el café Corrientes y se presentó como Abraham. Cohen recibió instrucciones para establecerse en un apartamento amueblado, ya alquilado para él. Un profesor local se pondría en contacto con él y le enseñaría a hablar español.

—No tendrás otra preocupación —indicó Abraham—. Yo me ocuparé de tus finanzas.

Tres meses más tarde, Elie ya estaba preparado para la siguiente etapa. Hablaba un español pasable, conocía bien Buenos Aires y se vestía y comportaba como otros miles de inmigrantes árabes que vivían en la capital de Argentina. Otro tutor le instruyó para hablar árabe con acento sirio.

Abraham se reunió con él en un café y le tendió un pasaporte sirio a nombre de Kamal Amin Tabet.

—A finales de semana debes cambiar de dirección —le informó Abraham—. Abre una cuenta bancaria con este nombre. Empieza a visitar los restaurantes árabes, los cines donde se proyectan películas árabes y los clubes culturales y políticos árabes. Intenta hacer tantos amigos como sea posible y establece contactos con los líderes de la comunidad árabe. Eres un comerciante rico, un hombre de negocios sobresaliente. Estás en el negocio de importación-exportación, pero también tienes relaciones con el transporte y las inversiones. Haz generosas contribuciones a las obras de caridad de la comunidad árabe. ¡Buena suerte!

El espía israelí, en realidad, tuvo muy buena suerte. Al cabo de unos meses, Elie Cohen se había introducido con éxito en el corazón de la comunidad árabe-siria de Buenos Aires. Su encanto personal, confianza, sentido común y fortuna atrajeron a unos cuantos de los árabes más importantes de Argentina. Pronto se convirtió en una figura muy conocida en los círculos árabes. El mayor avance tuvo lugar una noche en un club musulmán, al conocer a un caballero muy solemne, bien vestido, algo calvo y con el labio superior adornado por un frondoso bigote. Se presentó como Abdel Latif Hassan, editor jefe de la revista *Arab World*, publicada en Argentina. Hassan se sintió profundamente impresionado por la seriedad del «inmigrante sirio» y los dos se hicieron muy amigos.

A los actos culturales en los clubes siguieron reuniones más íntimas en compañía de los líderes de la comunidad árabe. Elie consiguió entrar en la lista de invitados de la embajada siria, donde le invitaban a fiestas y recepciones de alto copete. En una recepción oficial, Hassan acompañó a su amigo Tabet hasta un oficial de aspecto imponente, vestido con uniforme de general sirio.

—Permítame que le presente a un auténtico y devoto patriota sirio —dijo Hassan al general, y luego, volviéndose hacia Elie, añadió—: Te presento al general Amin El-Hafez, agregado militar de la embajada.

Elie parecía haber completado la fase final del afianzamiento de su tapadera; había llegado el momento de emprender la auténtica misión de espionaje. Elie informó en una reunión breve y furtiva con Abraham en julio de 1961. Al día siguiente, fue a la oficina de Hassan.

—Estoy harto de vivir en Argentina —confesó.

Le explicó que amaba Siria más que nada y que quería volver. ¿Podía ayudarle Hassan con unas cuantas cartas de recomendación? El editor le redactó inmediatamente cuatro cartas: una para su cuñado en Alejandría, dos para amigos suyos en Beirut (uno de ellos, un banquero muy influyente) y la cuarta para su hijo en Damasco. Elie visitó a sus otros amigos árabes, y su maletín pronto quedó lleno de entusiastas cartas de recomendación escritas por los líderes de la comunidad de Buenos Aires.

A finales de julio de 1961, Kamal Amin Tabet voló a Zúrich, cambió de avión y se dirigió hacia Múnich. En el aeropuerto de la capital bávara, un agente israelí llamado Zelinger se acercó a él y le tendió su pasaporte israelí y un billete de avión para Tel Aviv. A principios de agosto, Elie volvió con su familia.

—Pasaré algunos meses en casa —le dijo a Nadia.

Durante los siguientes meses se sometió a un entrenamiento intensivo. La tapadera de Elie era perfecta y él se identificaba por completo con ese nuevo personaje. Su instructor de radio, Yehuda, había regresado, y le entrenó para realizar transmisiones de radio en código. Al cabo de unas pocas semanas pudo recibir y transmitir entre doce y dieciséis palabras por minuto. Leía compulsivamente libros y documentos sobre Siria, su ejército, sus armas y estrategias. Después de mil reuniones con especialistas, al final se convirtió en experto en política interior siria.

En diciembre de 1961, Elie voló de nuevo a Zúrich, aunque su destino final era Damasco, la guarida del león.

La tensión en la frontera sirio-israelí había aumentado a medida que el régimen sirio se debilitaba. Desde 1948, una larga serie de golpes militares había sacudido el país. Era muy extraño que un dictador sirio acabara muriendo de muerte natural: morían en la horca, frente a un pelotón de ejecución o bien mediante los buenos servicios de un asesino. El país, muy inestable, se hallaba en constante agitación. Muy a menudo, los líderes sirios, deseosos de distraer la atención pública de sus asuntos internos, causaban deliberadamente incidentes en las fronteras. Las ejecuciones públicas eran un

espectáculo habitual en las plazas de Damasco. Uno tras otro, los verdugos colgaban a personas etiquetadas como conspiradores, espías, enemigos del Estado y partidarios del régimen anterior. No mucho antes de que llegase Elie, el 28 de septiembre de 1961, hubo otro golpe de Estado que puso fin a la efímera alianza sirio-egipcia, pomposamente llamada República Árabe Unida.

Antes de partir a aquella misión, Elie se reunió con el ubicuo Zalman, que le dio instrucciones detalladas:

—Zelinger, nuestro hombre en Múnich, te entregará el transmisor de radio. Cuando llegues a Damasco, un empleado de la corporación de radiodifusión siria se pondrá en contacto contigo. Él también es un «inmigrante» como tú, que se ha establecido en Siria no hace mucho. No conoce tu verdadera identidad. ¡No intentes buscarle! Él dará contigo en el momento adecuado para establecer contacto.

En Múnich, Zelinger tenía preparado un impresionante equipo de espionaje: hojas de papel en las cuales estaba escrita con tinta invisible la clave para el código de transmisión; libros que servían como códigos de transmisión, una máquina de escribir especial, un transistor en el que se había insertado un transmisor, una maquinilla de afeitar eléctrica cuyo cordón podía servir como antena para el transmisor, bastoncillos de dinamita escondidos en jabón Yardley y cigarrillos, algunas píldoras de cianuro para suicidarse, por si acaso...

Elie se preguntaba cómo conseguiría introducir todo aquel equipo en Siria, donde los controles de aduanas e inmigración eran duros y estrictos.

Zelinger tenía la respuesta:

—Comprarás un pasaje en el SS *Astoria*, que zarpa desde Génova hacia Beirut a principios de enero. Alguien se pondrá en contacto contigo en el barco y te ayudará a pasar los controles de frontera en Siria.

Elie navegó a bordo del *Astoria*. Una mañana, mientras estaba sentado junto a un grupo de pasajeros egipcios, un hombre se acercó a él y le susurró:

—Sígueme.

Elie se levantó y se apartó del grupo.

—Me llamo Majeed Sheikh El-Ard. Tengo un coche —dijo el hombre, dando a entender que llevaría a Elie a Damasco.

El-Ard, un hombre bajito y apocado, era empresario internacional y un hombre de negocios muy conocido (y sospechoso) en Damasco. Estaba casado con una judía egipcia y, sin embargo, decidió pasar los años de la Segunda Guerra Mundial en la Alemania nazi. Su carácter voluble y codicioso le convertía en un aliado improbable, cosa que atrajo la atención de los servicios secretos israelíes. Pronto lo convirtieron en agente suyo, aunque él no era consciente: creía que trabajaba para unos extremistas sirios de derechas que actuaban en la clandestinidad. Pensaba que la tapadera de Kamal Amin Tabet era cierta, y en los años venideros sería de gran ayuda para el espía israelí.

Su primera tarea era asegurarse de que el equipaje pasara sano y salvo por los controles sirios.

10 de enero de 1962. El coche de El-Ard, procedente de Beirut, fue detenido en la frontera siria. En el portaequipajes iban las bolsas de Elie Cohen, llenas de equipo de transmisión y otros artículos incriminatorios. Elie estaba sentado en el asiento del pasajero, junto a Sheikh El-Ard.

—Vamos a ver a mi amigo Abu Khaldun —explicó El-Ard a Elie mientras se acercaban a la frontera—. Resulta que tiene problemas financieros. 500 dólares mejorarían mucho su situación.

Y así, 500 dólares pasaron de la cartera del agente israelí al bolsillo de Abu Khaldun, inspector de aduanas sirio. La barrera se levantó y el coche siguió rodando por el desierto. Elie Cohen estaba en Siria.

En el bullicioso Damasco, repleto de mezquitas atestadas y zocos llenos de colorido, no era difícil mezclarse entre la multitud. Pero el objetivo de Elie era precisamente el contrario: deseaba hacerse notar, y rápido. Alquiló una lujosa villa en el elegante barrio de Abu Ramen, cerca del cuartel general del ejército sirio, desde cuyo balcón Elie podía ver la entrada del pabellón oficial de huéspedes del gobierno sirio. Su casa se encontraba entre las embajadas extranjeras, los hogares de ricos hombres de negocios y las residencias oficiales de los líderes de la nación. Elie ocultó de inmediato su equipo secreto en varios lugares disimulados por toda la casa. Para evitar el riesgo de introducir informantes o traidores en su hogar, decidió no contratar a ningún sirviente y vivir solo.

Tuvo suerte de nuevo: había llegado a Damasco en el momento justo. En El Cairo, el presidente Nasser contemplaba el desmoronamiento de la República Árabe Unida como una afrenta personal y una humillación para

Egipto. Los líderes sirios, tanto políticos como militares, estaban obsesionados con la posibilidad de que hubiese un golpe de Estado de inspiración egipcia, de modo que el espionaje israelí no estaba en su agenda. Por otra parte, necesitaban desesperadamente nuevos aliados, fuentes de financiación tanto en Siria como entre los emigrantes sirios de ultramar. Kamal Amin Tabet, millonario y nacionalista ferviente, provisto de excelentes cartas de recomendación, era el hombre adecuado, aparecido en el momento preciso.

Cohen estableció sus contactos rápidamente y con efectividad. Sus cartas de recomendación le abrieron las puertas de la alta sociedad, los bancos y los círculos comerciales que habían inspirado el golpe del 28 de septiembre. Sus nuevos amigos presentaron a Elie a funcionarios del más alto nivel, oficiales de alto rango del ejército y líderes del partido de gobierno. Dos hombres de negocios ricos cortejaron al joven y atractivo millonario con la esperanza de que se casara con una de sus hijas. En un alarde de generosidad, Tabet contribuyó con una sustancial suma de dinero a la construcción de un comedor público para los pobres en Damasco. Su nueva popularidad le allanó el camino hacia los círculos del gobierno, pero él no quiso identificarse demasiado con los nuevos gobernantes porque intuía que la situación sería sólo temporal. Tras su separación de Egipto, Siria estaba a punto de sufrir grandes conmociones internas.

Un mes después de su llegada a Damasco, Elie recibió la visita de George Salem Seif, que dirigía un programa en Radio Damasco que emitía para los sirios residentes en el extranjero. Era el hombre a quien Zalman había mencionado en la última reunión con Elie en Israel. Seif había «vuelto» a Siria un poco antes que Tabet y, debido a su posición, podía proporcionar información a Elie sobre la situación política y militar interna. Seif también le mostró a Elie las directrices secretas del Ministerio de Propaganda, donde se señalaba lo que podía emitirse y lo que debía ocultarse al público. En las fiestas que se celebraban en casa de Seif, Elie conoció a diversos funcionarios importantes y a políticos muy conocidos.

Seif, como El-Ard, no tenía ni idea de cuál era la identidad real de Elie Cohen. Él también creía que se trataba de un fanático nacionalista con su propia agenda política.

Elie Cohen se dio cuenta de que se había convertido en el espía más solitario del mundo, sin un solo amigo o confidente; no sabía ni siquiera si había otra red israelí operando en Damasco. Necesitaba nervios de acero para

soportar el estrés de esa soledad terrible y representar un papel tan peligroso veinticuatro horas al día. Sabía que ni siquiera durante sus raras visitas a casa podía compartir el secreto con su mujer, y tenía que engañarla a ella también.

Empezó a transmitir mensajes a Israel a diario, a las ocho de la mañana y a veces también por la noche. Sus emisiones se llevaban a cabo bajo una cobertura infalible: su transmisor estaba situado en su villa, muy cerca del cuartel general del ejército, que era fuente de transmisiones sin fin. Nadie podría diferenciar entre las emisiones de Elie y la miríada de mensajes procedentes del centro de comunicaciones del ejército.

Seis meses después de llegar a Siria, Kamal Amin Tabet se había convertido en una figura muy conocida en la alta sociedad de Damasco. Entonces decidió irse al extranjero «en viaje de negocios». Primero voló a Argentina, donde se reunió con varios de sus amigos árabes, y luego viajó a Europa, cambió de avión y de identidad y, una calurosa noche de verano, aterrizó en el aeropuerto de Lod. Cargado de regalos, el «viajante» llegó a su humilde apartamento de Bat Yam, donde le esperaban Nadia y Sophie.

Al final del otoño, Elie Cohen voló a Europa. Pocos días más tarde, Kamal Amin Tabet llegó a Damasco. Durante su estancia en Israel, sus superiores en el Aman le habían equipado con una cámara en miniatura para que pudiera fotografiar lugares y documentos. Tuvo que ocultar los microfilms en las lujosas cajas donde se guardaban las piezas de backgammon, cajas hechas de madera pulida y embellecida con una taracea de nácar y marfil. El ornamento taraceado podía extraerse de la madera pulida y reinsertarse después de colocar el microfilm en la cavidad. Tabet enviaría los juegos de backgammon a «amigos de Argentina», que a su vez los mandarían a Israel en valija diplomática.

Algunos de los primeros documentos enviados por Elie informaban del creciente malestar en el ejército y el poder cada vez mayor del partido socialista Baaz (‘Renacimiento’). Elie notaba un profundo cambio de ánimo en Siria, y se dejó guiar por la intuición. Estableció contactos cercanos con los líderes del Baaz y contribuyó al partido con grandes sumas de dinero.

Había hecho lo correcto. El 8 de marzo de 1963, un nuevo golpe de Estado sacudió Damasco. El ejército depuso al gobierno y el partido Baaz se hizo con el poder en Siria. El general Hafez, amigo de Elie de Buenos Aires, fue nombrado ministro de Defensa en el gabinete de Salah Al-Bitar. En julio tuvo lugar un nuevo golpe, esta vez dentro del propio régimen: Hafez se

convirtió en presidente del Consejo Revolucionario y jefe del Estado y los mejores amigos de Tabet ocuparon posiciones clave en el gabinete y la jerarquía militar. El espía israelí era ya miembro del círculo más íntimo del poder.

Una fiesta llena de glamour en Damasco. Uno tras otro, los lujosos coches de ministros y generales llegan a la enorme mansión. Una larga fila de invitados en traje de noche y resplandecientes uniformes entra en la casa, donde el anfitrión les da una calurosa bienvenida. La lista de invitados es el «Quién es quién» de Damasco: varios ministros, incluyendo el de Defensa y el de Reforma Agraria, un gran número de generales y coroneles, los líderes más importantes del partido Baaz, hombres de negocios y magnates. Muchos de ellos están de pie en torno al coronel Salim Hatum, el oficial que condujo sus tanques hacia Damasco la noche del golpe y entregó en realidad la presidencia al general Hafez. El presidente Hafez mismo llega más tarde y estrecha calurosamente la mano del anfitrión, su amigo Kamal Amin Tabet. Va acompañado por la señora Hafez, deslumbrante con el abrigo de visón que le regaló Tabet como prueba de la admiración del emigrante sirio por el presidente y su esposa. No es la única que ha recibido regalos caros. Algunas mujeres llevan joyas y algunos funcionarios conducen coches que les ha regalado Tabet. Importantes personajes políticos han ingresado el dinero de Tabet en sus cuentas.

En el salón, un grupo de funcionarios y oficiales del ejército, recién llegados de la frontera con Israel, discuten la situación militar. Se les unen empresarios e ingenieros que trabajaban en el ambicioso proyecto de desviar los afluentes del río Jordán. En el espacioso vestíbulo, los directores de Radio Damasco, patrocinada por el gobierno, se codean con los jefes del Ministerio de Propaganda. Tabet es ahora uno de ellos: el gobierno le ha pedido que dirija algunas emisiones de radio para comunidades emigrantes en el extranjero. Tabet tiene otro programa de radio en el que analiza temas políticos y económicos.

Esa fiesta, como muchas otras, le ha costado una fortuna a Tabet, pero él ni se inmuta. Ha llegado a la cumbre del éxito y no parece haber puerta que no consiga abrir. Tiene buenos amigos en el cuartel general del ejército y participa regularmente en las reuniones donde se deciden las directrices políticas del partido Baaz.

Elie siguió transmitiendo a Israel informes de carácter militar, nombres y actividades de funcionarios de alto rango, órdenes militares ultrasecretas y

otros datos. Fotografió y despachó mapas militares, sobre todo los planos detallados de las fortificaciones a lo largo de la frontera israelí, hasta Ammán. Envío informes de las nuevas armas incorporadas al ejército sirio y describió también la capacidad siria para adquirir nuevas armas. Meses más tarde, un general sirio admitía amargamente: «No había secreto del ejército que Elie Cohen no conociera».

Elie transmitía cada mañana a Israel sin temor de que lo capturasen, gracias al paraguas protector de las emisiones del ejército sirio desde los cuarteles generales cercanos. Pero en una ocasión, un amigo, el teniente del ejército Zaher Al-Din, le hizo una visita por sorpresa. Elie consiguió esconder el transmisor, pero en la mesa quedó un fajo de papeles con el código secreto, en forma de cuadrículas llenas de letras.

—¿Qué es eso? —quiso saber Zaher.

—Ah, nada, crucigramas —constestó Elie.

Además de las transmisiones y las cajas de backgammon para sus «amigos argentinos», Elie estableció una tercera forma de comunicación con Israel: Radio Damasco. Acordó con sus superiores de Tel Aviv un código de palabras y frases que insertaba en sus emisiones radiofónicas y que eran debidamente decodificadas por el Aman.

Entonces dio otro paso más en sus esfuerzos por obtener información confidencial. En los círculos del gobierno de Damasco empezó a correr el rumor de que Tabet celebraba fiestas de sexo prohibido en su villa. Sólo sus amigos más íntimos y cercanos estaban invitados a esas fiestas, en las cuales los invitados se relacionaban con gran número de hermosas mujeres. Algunas de ellas eran prostitutas callejeras; otras, chicas de buena familia. Los invitados de Tabet disfrutaban de sexo salvaje, pero su anfitrión era el único que permanecía sereno.

Tabet también suministraba atractivas (y generosas) secretarias a sus amigos situados en altos cargos. Uno de esos amigos era el coronel Salim Hatum, cuya amante comunicaba a Tabet cada palabra que pronunciaba el coronel.

Tabet demostraba un extremo fervor patriótico al hablar de Israel, al que definía como «el enemigo más vil del nacionalismo árabe». Instaba a los líderes de Siria a aumentar su propaganda anti israelí y a abrir un «segundo frente» contra Israel, además de Egipto. Incluso acusaba a sus amigos de no hacer lo suficiente contra el agresor israelí. Así conseguía su objetivo: sus

amigos militares querían demostrarle que se equivocaba y que estaban listos para enfrentarse con el enemigo. En tres ocasiones le llevaron a visitar los puestos sirios a lo largo de la frontera israelí; le dejaron ver las fortificaciones y los búnkeres, le mostraron las armas concentradas en la zona y le describieron sus planes defensivos y ofensivos.

El teniente Zaher Al-Din le llevó al campo militar de El-Hama, donde se habían almacenado grandes cantidades de nuevas armas. En su cuarta visita a la frontera israelí, Tabet era el único civil en un grupo de oficiales de alto rango sirios y egipcios. El grupo lo encabezaba un respetado líder militar árabe, el general egipcio Ali Amer, jefe del Mando Árabe Unido, que comandaba (al menos, sobre el papel) las fuerzas combinadas de Egipto, Siria e Iraq.

Justo después de la visita de Amer, los líderes del Baaz hicieron a Tabet un encargo vital: fue enviado en misión de reconciliación a ver al anciano líder del Baaz Salah Al-Bitar, que había sido derrocado por el general Hafez y desde entonces estaba «restableciéndose» en Jericó. Tabet viajó a Jordania y pasó unos cuantos días con el ex primer ministro. De vuelta en Damasco, Tabet acompañó al aeropuerto al achacoso presidente Hafez, que iba a recibir tratamiento médico en París. Cuando Hafez regresó, unas pocas semanas más tarde, Tabet estaba una vez más en la fila de gente que le daba la bienvenida en la pista de aterrizaje, su misión completada con éxito.

En 1963 tuvo lugar un cambio importante en Israel. El nuevo *ramsad* que había reemplazado al Pequeño Isser, Meir Amit, estuvo durante unos meses al mando tanto del Aman como del Mossad. Amit decidió eliminar la Unidad 131 y trasladar a todos sus hombres y operaciones al Mossad. Una mañana, Elie Cohen se enteró de que su patrono había cambiado y que ahora era agente del Mossad.

Ese mismo año Nadia dio a luz a una segunda hija, Iris, y en noviembre de 1964, durante su segunda visita a Israel aquel año, Elie vio convertirse en realidad su sueño secreto: Nadia tuvo un tercer hijo, ¡un niño! Le pusieron de nombre Shaul.

«Durante esa visita, notamos que Elie había cambiado —comentaron con posterioridad algunos miembros de su familia—. Se le notaba reservado, nervioso y serio. Perdió los estribos varias veces; no quería salir, no quería ver a los amigos. “Pronto dejaré mi trabajo —nos decía—. El año que viene volveré a Israel. No abandonaré a mi familia nunca más”».

A finales de noviembre, Elie se despidió de su mujer y sus tres hijos y se marchó de nuevo. Nadia no sabía que aquél era su último adiós.

El 13 de noviembre de 1964 era miércoles. Las posiciones sirias en la frontera israelí, cerca de Tel-Dan, abrieron fuego sobre unos tractores israelíes que trabajaban en la zona desmilitarizada. La reacción israelí fue tremenda: tanques y cañones respondieron con fuego pesado y, minutos más tarde, aviones Mirage y Vautour se unieron a la batalla. Los aviones bombardearon las posiciones sirias; luego se dirigieron hacia las obras de desvío de las aguas jordanas e hicieron saltar por los aires los canales construidos por los sirios. Equipo mecánico pesado, bulldozers, tractores y palas fueron destruidos sistemáticamente. Las Fuerzas Aéreas sirias no lo impidieron, como si todavía no dominasen sus cazas soviéticos MiG recién adquiridos.

La prensa mundial validó de forma casi unánime la respuesta israelí a la agresión siria. Meses después, funcionarios sirios dirían que uno de los arquitectos del ataque israelí había sido Elie Cohen, que se encontraba en Israel durante la batalla. Gracias a Cohen, los israelíes eran plenamente conscientes de la precaria situación de las Fuerzas Aéreas sirias y de su incapacidad para entrar en combate en esas circunstancias. Los israelíes también tenían información detallada sobre las fortificaciones sirias y las obras de desvío del agua. Sabían exactamente qué tipo y qué cantidad de armas estaban situadas en cada base y cada búnker.

Pero Elie Cohen lo había hecho mucho mejor aún: había conseguido trabar amistad con un empresario saudí contratado para planificar y excavar los primeros canales del proyecto sirio. Gracias a esa amistad, los israelíes se enteraron, meses antes, del lugar donde se llevarían a cabo las excavaciones, lo profundos y anchos que serían los canales, qué equipo usarían y otros detalles técnicos. El contratista también reveló a su amigo Tabet la capacidad de los canales para soportar los bombardeos y la extensión de las medidas de seguridad. El nombre del buen amigo de Cohen era Bin Laden, el padre del pequeño Osama. Gracias a la detallada información que transmitió al espía, Israel atacó el proyecto varias veces, hasta que los países árabes decidieron abandonarlo completamente en 1965.

A mediados de enero de 1965, pocas semanas después de que Elie hubiese abandonado Israel, llegó una bonita postal al buzón de correos de Nadia Cohen. «Mi queridísima Nadia —escribía Elie en francés—. Sólo unas líneas para desearte un feliz Año Nuevo, que espero que traiga felicidad a toda la

familia. Muchísimos besos a mis queridos Fifi (Sophie), Iris y Shaikah (Shaul), y para ti, desde lo más profundo de mi corazón. Elie».

Cuando Nadia recibió esa postal, Elie yacía, maltrecho y torturado, en el duro suelo de piedra de una prisión de Damasco.

Hacía ya varios meses que el Mujabarat (servicio secreto sirio) estaba en alerta. La alarma la había disparado el jefe Tayara, responsable del departamento palestino. Tayara observó que desde el verano de 1964, casi todas las decisiones adoptadas por el gobierno sirio por la tarde (o incluso durante la noche) eran difundidas al día siguiente en los programas en árabe de Kol Israel, la radio patrocinada por el gobierno de dicho país. Además, Israel había hecho públicas algunas decisiones muy secretas que se habían tomado a puerta cerrada. Tayara quedó asombrado por la precisión de los bombardeos israelíes durante el incidente del 13 de noviembre; su conclusión lógica fue que tenían conocimiento exacto del despliegue del ejército sirio en las primeras líneas y sabían con toda exactitud dónde y cómo atacar. Estaba seguro de que Israel tenía un espía en los estratos más altos del gobierno sirio. La información del espía era la que emitía Kol Israel al cabo de sólo unas horas, lo cual significaba que ese espía transmitía sus informes por radiotelegrafía. Pero ¿dónde se encontraba el transmisor?

En otoño de 1964, Tayara y sus colegas hicieron grandes esfuerzos para localizar el transmisor secreto con equipo de origen soviético, pero fracasaron.

Y entonces, en enero de 1965, tuvieron un golpe de suerte.

Un barco soviético descargó en el puerto de Latakia varios contenedores enormes llenos de equipo de comunicaciones nuevo, destinado a sustituir los instrumentos obsoletos del ejército sirio. La actualización del equipo tuvo lugar el 7 de enero de 1965. Para instalar los nuevos dispositivos y comprobarlos, se suspendieron todas las comunicaciones del ejército durante veinticuatro horas.

Al hacerse el silencio en todas las comunicaciones militares del país, un oficial de servicio en un receptor del ejército captó una transmisión muy débil: era la del espía. El oficial descolgó de inmediato el teléfono.

Varias brigadas del Mujabarat equipadas con localizadores soviéticos se pusieron en marcha al instante para situar el origen de la transmisión. Desgraciadamente, ésta se detuvo antes de que la localizaran. Pero los febriles

cálculos de los técnicos apuntaban todos en una misma dirección: el hogar de Kamal Amin Tabet.

«Es un error», decidió un oficial de alto rango del Mujabarat. Era impensable que Tabet, a quien los líderes del Baaz querían nombrar ministro en el siguiente gabinete, pudiera ser un espía. Tabet estaba por encima de toda sospecha.

Pero por la noche, la transmisión volvió a aparecer. El Mujabarat volvió a enviar sus coches y obtuvo una vez más el mismo resultado.

A las ocho de la mañana de un soleado día de enero, cuatro oficiales del Mujabarat irrumpieron en la espléndida casa del barrio de Abu Ramen. Rompieron la puerta de entrada, arrancándola de sus bisagras, y luego se lanzaron hacia el dormitorio con las armas en la mano. El espía estaba allí, pero no dormía. Lo cogieron con las manos en la masa, en plena transmisión. Él se puso de pie de un salto y se enfrentó a los oficiales; no intentó huir, ni tampoco se resistió a sus captores. Por una vez, las apuestas estaban en su contra.

—Kamal Amin Tabet —rugió el oficial al mando—. ¡Queda arrestado!

La noticia se extendió por Damasco como la pólvora. ¡Increíble, absurdo, imposible, una locura! No había palabras para expresar la conmoción y la incredulidad de los líderes sirios al enterarse. ¿Cómo era posible que uno de los líderes del partido gobernante, amigo personal del presidente, millonario y miembro de la alta sociedad, fuera un espía?

Pero las pruebas eran irrefutables: el transmisor que Tabet solía esconder detrás de los postigos de las ventanas, el diminuto transmisor de reserva oculto en la enorme araña del salón, los microfilms, los cigarrillos llenos de dinamita, las páginas en código... Ese hombre era un traidor.

Llenos de pánico, los dirigentes del régimen ordenaron una investigación completa. ¿Qué sabía exactamente Tabet? ¿Podía incriminarles? El presidente Hafez en persona fue a interrogarle a su celda. «Durante su interrogatorio —testificó posteriormente Hafez—, mientras miraba a los ojos de Tabet me asaltó de repente una terrible sospecha. Sentí que el hombre que estaba ante mí no era árabe en absoluto. Con muchas precauciones, le hice algunas preguntas sobre la religión musulmana y el Corán. Le pedí que me recitara la sura Al-Fatiha, el primer capítulo del Corán. Tabet apenas se sabía unos pocos versículos. Intentó defenderse diciendo que había dejado Siria cuando todavía

era muy joven y que su memoria le traicionaba. Pero en aquel momento lo supe: era judío».

Los torturadores de Damasco hicieron el resto. Mientras Tabet yacía aún en su oscura celda, inconsciente, con la cara cubierta de feas heridas y las uñas arrancadas, su confesión fue enviada a toda prisa al general Hafez. Aquel hombre no era Amin Tabet: era Elie Cohen, un judío israelí.

El 24 de enero de 1965, Damasco anunció oficialmente «el arresto de un importante espía israelí». Un oficial de alto rango, lívido de rabia, rugió en una conferencia de prensa: «¡Israel es el demonio, y Cohen es el agente del demonio!».

El pánico se extendió por todo Damasco. ¿Era Cohen un lobo solitario o bien la cabeza de una red de espías? Una tras otra fueron arrestadas sesenta y nueve personas; veintisiete de ellas eran mujeres. Entre los sospechosos estaban Majeed Sheikh El-Ard, George Salem Seif, el teniente Zaher Al-Din, oficiales de alta graduación del Ministerio de Propaganda, prostitutas y otras mujeres cuya identidad no fue revelada. Interrogaron también a cuatrocientas personas más que habían estado en contacto con Tabet. La investigación puso de relieve algunos problemas graves: muchos de los líderes políticos, militares y de negocios de Siria estaban entre los amigos más íntimos de Cohen; los investigadores no podían tocarlos. Sus nombres no se mencionaron, ya que cualquier alusión pública a ellos podía crear la impresión de que eran cómplices en el espionaje de Tabet. Los sirios también averiguaron que Tabet había hecho todos los esfuerzos posibles por evitar cualquier contacto entre sus diversos informantes y, por tanto, resultaba muy difícil establecer la extensión de la red de espionaje.

En Israel, la censura militar impuso un bloqueo total sobre cualquier mención al arresto de Cohen. Los israelíes todavía esperaban salvarle y estaban decididos a evitar que llegaran noticias sobre él a los medios locales. Pero había algunas personas que sí tenían derecho a saberlo. Una tarde, un desconocido visitó a los hermanos de Elie.

—Su hermano ha sido arrestado en Damasco y acusado de espiar para Israel —les explicó.

Los hermanos se quedaron perplejos. Uno de ellos, Maurice, corrió a casa de su madre en Bat Yamj.

—Madre, tienes que ser fuerte —le dijo—. Han arrestado a Elie en Siria.

La anciana se quedó sin habla. Finalmente, consiguió articular:

—¿En Siria? Pero ¿cómo? ¿Acaso cruzó la frontera por error?

Cuando Maurice le explicó lo que estaba haciendo Elie en Damasco, la pobre mujer se desmayó.

Nadia estaba de pie junto a sus tres hijos, atónita. Aunque siempre había sospechado que su marido no se lo contaba todo, no se le había ni pasado por la cabeza cuál era su auténtico trabajo. Los colegas de Elie intentaron calmarla.

—Váyase a París ahora mismo —le dijo uno de ellos—. Contrataremos a los mejores abogados. Haremos todo lo posible para salvarlo.

Meir Amit en persona se encargó de la campaña para rescatar a Cohen.

El 31 de enero, uno de los mejores abogados de Francia, Jacques Mercier, fue a Damasco. Oficialmente, le había contratado la familia Cohen; en realidad, era el Estado de Israel quien cubría sus gastos y sus honorarios. Acudió a Siria con una misión imposible. «Desde el primer día que pasé en Damasco —contó más tarde—, me di cuenta de que el destino de Elie Cohen estaba sellado: le iban a ahorcar. Lo único que podía hacer era ganar tiempo e intentar cerrar un trato que pudiera salvarle la vida».

Al principio, Mercier intentó evitar que se celebrara un juicio. Se reunió con los líderes del régimen y les pidió que le permitieran ver a Cohen, para que éste pudiera firmar el nombramiento de Mercier como abogado suyo.

Su petición fue rechazada de plano.

Sin embargo, Mercier averiguó enseguida que tenía algunos aliados en determinados círculos del gobierno, que sentían un gran respeto por la opinión pública mundial. Éstos querían un juicio en el cual se protegieran los derechos del acusado. Les apoyaban (por motivos totalmente distintos) los «halcones» del estamento militar, enemigos jurados de Hafez que querían sacar a la luz los estrechos vínculos del presidente con Tabet en un tribunal abierto. Un juicio como ése, pensaban, haría pública la corrupción del régimen y desestabilizaría su posición.

Pero a ese enfoque se oponía encarnizadamente otro grupo: todos aquellos que habían mantenido relaciones cercanas con Tabet. Sabían que un juicio público podía enviarlos también a ellos al patíbulo. Esa facción tenía un solo

objetivo: evitar un juicio público a toda costa y eliminar a Cohen lo antes posible.

Al final, el juicio tuvo lugar ante un tribunal militar especial, a puerta cerrada y frente a una sala vacía. Sólo algunas partes, debidamente seleccionadas, fueron transmitidas por la televisión estatal. No había ni fiscal ni abogado defensor. Cuando el tribunal preguntó a Elie Cohen si deseaba un abogado defensor, el juez que lo presidía explotó:

—¡Usted no necesita defensor! Toda la prensa corrupta está de su lado y todos los enemigos de la revolución son sus defensores.

El presidente de la sala asumió las funciones de interrogador, fiscal y juez. Pero lo peor de todo era que se trataba del general de brigada Salah Dali, antiguo amigo de Tabet. Otro amigo cercano e incluso íntimo de Tabet, el coronel Salim Hatum, se encontraba entre los jueces. Para desmentir los rumores de sus relaciones con Cohen, le preguntó:

—¿Conoce usted a Salim Hatum?

Y el acusado, como un actor que sigue un guión muy minucioso, se volvió hacia la sala vacía, localizó con la vista a Hatum y respondió:

—No, no le veo en esta sala.

Ese fragmento fue retransmitido por televisión.

«Todo Damasco se rió de ese episodio —explicó Mercier—. Aquello no era un juicio, era una pantomima, un circo».

Las cámaras de televisión mostraron a los acusados junto con Elie Cohen: El-Ard, Al-Din, Seif, unas cuantas prostitutas. Pero ¿quiénes eran las otras mujeres? ¿Esposas de funcionarios de alto rango? ¿«Secretarias»? ¿Amigas de Tabet y de los líderes del Baaz? Y ¿cuáles eran los secretos que Cohen había transmitido a sus contactos israelíes? Se le acusaba de espionaje, pero a lo largo de todo el juicio, nada se dijo de las cosas que había hecho ni del contenido de sus transmisiones. Lo único que la cámara no pudo disimular fue el nervioso temblor de un músculo en la mejilla izquierda de Cohen, así como una inclinación acusada y repetida de la cabeza. Eran efectos de la tortura sufrida por medio de electrodos aplicados a su cuerpo y su cabeza.

Israel siguió el juicio en silencio. Cada noche, la familia de Elie se reunía ante el televisor que les había prestado el Mossad. Los niños, Nadia, los hermanos lloraban al ver la cara de Elie. Su madre, impulsiva, besaba la

pantalla y apretaba contra la cara de Elie la pequeña estrella de David que colgaba de la cadena de su cuello.

—¡Ése es mi papá! ¡Es un héroe! —decía Sophie.

Nadia lloraba en silencio.

En Damasco, Mercier se despertaba en plena noche, bañado en sudor frío y acosado por horribles pesadillas. Su inutilidad le deprimía hondamente. El 31 de marzo, el tribunal militar hizo público su veredicto: Elie Cohen, Majeed Sheikh El-Ard y el teniente Zaher Al-Din fueron condenados a muerte.

Mercier hizo un nuevo esfuerzo. En abril y mayo de 1965 visitó tres veces Damasco con ofertas sustanciosas de Israel. La primera era un trato: Israel estaba dispuesto a entregar a Siria medicinas y equipo agrícola pesado, con un valor estimado de millones de dólares, a cambio de la vida de Cohen. Los sirios rechazaron la oferta. Israel hizo otra: devolver a Siria los once espías sirios que habían sido capturados y estaban encarcelados en Israel. Los sirios también rechazaron la oferta, pero insinuaron que quizá se pudiera conseguir un indulto presidencial.

El 1 de mayo, la sentencia de El-Ard fue conmutada a cadena perpetua. El 8 de mayo, la sentencia de Elie Cohen se publicó oficialmente. El Mossad hizo un último esfuerzo. En París, Nadia Cohen presentó una petición de clemencia ante la embajada siria. Llegaron otras peticiones de todo el mundo, firmadas por figuras famosas como el papa Pablo VI o el filósofo británico Bertrand Russell, estadistas como Edgar Faure y Antoine Pinay de Francia, la reina madre Isabel, el político Camille Huysmans de Bélgica y el canadiense John Diefenbaker; ministros y cardenales italianos, veintidós miembros del parlamento británico, la Human Rights League, la Cruz Roja internacional... Si Elie se enteró de todo eso, debió de recordar los llamamientos similares que habían intentado en vano salvar la vida de sus amigos en El Cairo, once años antes.

El 18 de mayo, en mitad de la noche, los carceleros despertaron a Elie Cohen, lo vistieron con una larga túnica blanca y lo llevaron a la plaza del mercado de Damasco. Le dejaron escribir una carta a su familia e intercambiar unas pocas palabras con el rabino de Damasco, Nissim Andabo. Unos soldados sirios ataron entonces a su pecho un enorme cartel donde estaba escrita su sentencia en grandes letras árabes, y las cámaras de la televisión y de los periódicos se centraron en el hombre solitario que subía las escaleras del patíbulo entre dos filas de soldados armados.

El verdugo esperaba, y ató rápidamente el nudo en torno al cuello de Elie. Luego hizo que el condenado se pusiera de pie sobre un taburete bajo.

Elie se enfrentó a la multitud, resignado pero no derrotado. La gente contuvo el aliento. Oyeron claramente el ruido sordo cuando le quitaron el taburete de debajo de los pies; hombres y mujeres chillaron con deleite, contemplando los estertores de la agonía del espía israelí.

Grandes multitudes de damascenos, misteriosamente despiertos a aquellas horas de la madrugada, pasaron ante el patíbulo durante las seis horas siguientes para ver el cuerpo. En Israel, el espeso velo de silencio se levantó al momento. Al cabo de unas pocas horas, Elie Cohen se había convertido en un héroe nacional. Cientos de miles de personas participaron del dolor de su familia. Se puso su nombre a escuelas, calles y parques. Artículos y libros describieron sus hazañas. Nadia no volvió a casarse nunca.

Hoy en día, cuarenta y seis años después de la muerte de Elie Cohen, Siria sigue negándose a devolver su cuerpo para ser enterrado en Israel. Elie Cohen está considerado como uno de los héroes del Mossad, aunque hay otros muchos que señalan a los servicios secretos israelíes con un dedo acusador. Su familia y diversos estudiosos afirman que el Mossad usó a Elie con una imprudencia extrema, haciendo que retransmitiera sus informes a diario y a veces hasta dos veces al día; llegaron a ordenarle que transmitiera regularmente los debates del parlamento sirio, aunque su importancia era casi nula. Una tarea inútil que hacía correr riesgos innecesarios a Elie.

Elie Cohen fue un gran espía, y su final fue el final de todos los grandes espías.

Un exceso de confianza y las exigencias desmesuradas de sus enlaces le llevaron a la muerte.

CAPÍTULO DIEZ

«¡Yo quiero un MiG-21!».

Meir Amit, el sucesor de Isser Harel, era un hombre especial. Era firme, decidido, a veces brusco y quejica, pero también cálido, encantador, buen soldado y hombre de muchos amigos. Moshé Dayán nos confesó en una ocasión: «Fue el único amigo que tuve».

La historia de Meir Amit simboliza el cambio de liderazgo en el Mossad. Isser Harel nació en Rusia y pertenecía a la generación de los pioneros, mientras que Meir Amit, que era *sabra* (nacido en Israel), fue el primero de un largo linaje de generales israelíes; había combatido en las guerras de su país y se unió al Mossad después de vestir de uniforme durante muchos años. La generación de Isser era discreta, callada, envuelta en las sombras del anonimato, la conspiración y la ocultación. Meir Amit era un hombre del ejército, con muchos amigos y colegas que sabían lo que estaba haciendo. La vida en las sombras no iba con él. Y aunque el Pequeño Isser tenía de su lado el carisma y el misterio, Amit y sus sucesores tenían la franqueza brutal y la autoridad que les otorgaban el rango y el uniforme.

Nacido en Tiberíades, criado en Jerusalén y finalmente miembro del kibutz Alonim, Meir había pasado la mayor parte de su vida de uniforme. Miembro de la Haganá desde los 16 años, comandante de batallón cuando se creó el FDI, fue herido en la guerra de Independencia de Israel y más tarde desarrolló una brillante carrera en el ejército. Comandante de la brigada de élite Golani, jefe de operaciones durante la campaña del Sinaí, jefe del comando del sur y luego del central, habría acabado siendo nombrado jefe del Estado Mayor, pero un malhadado salto de paracaídas le inmovilizó durante un año en el lecho de un hospital. Recuperado en parte, y después de una larga convalecencia y de estudiar en la Universidad de Columbia, fue nombrado jefe del Aman. Y ahí fue donde lo encontró Ben-Gurión la dramática tarde de abril de 1963 en que necesitó un sustituto para el Pequeño Isser.

Los primeros pasos de Meir en el Mossad no fueron fáciles. Muchos de los colegas de Isser Harel, como Yaacov Caroz, no podían soportar sus abruptos modales y su confianza en sí mismo. Algunos dimitieron de inmediato, otros tardaron algo más. Bajo el liderazgo de Amit empezó un cambio de guardia. Pero la agitación interna contra el nuevo *ramsad* no fue nada comparada con lo que le hizo el Pequeño Isser.

A finales de la primavera de 1963, Ben-Gurión dimitió de su cargo y fue remplazado como primer ministro y ministro de Defensa por su colaborador más cercano, Levi Eshkol. Eshkol propugnó varias iniciativas que pusieron furioso a su predecesor, una de las cuales fue nombrar consejero suyo al Pequeño Isser en asuntos de inteligencia. El Pequeño Isser estaba amargado y decepcionado tras su salida del Mossad, y cuando se enteró de que Meir Amit había hecho a los marroquíes un favor inusual, fue a por él, directo a la yugular.

El Mossad de Meir Amit había establecido relaciones muy estrechas con el reino de Marruecos.

El acercamiento empezó ya durante el mandato de Isser y las primeras conexiones las establecieron Yaacov Caroz y Rafi Eitan. En invierno de 1963, Isser le dijo a Eitan, en la más estricta confidencialidad:

—Hassan II, el rey de Marruecos, teme una conspiración del presidente de Egipto Nasser para asesinarle debido a sus políticas pro occidentales. Quiere que el Mossad se haga cargo de su seguridad personal.

La historia parecía bastante improbable. ¿Un rey árabe recurriendo al servicio secreto israelí para que le ayudase? Rafi Eitan, siempre práctico, y otro agente, David Shomron, volaron directos a Rabat con pasaportes falsos y fueron introducidos en el palacio del rey por una entrada secreta. Allí se reunieron con el formidable general Ufkir, ministro del Interior del rey, cuyo simple nombre hacía temblar a la gente. Era conocido por su crueldad, usaba la tortura contra los enemigos del rey y era responsable de las inexplicables desapariciones de muchos opositores al régimen. Sin embargo, era también el consejero más valioso del rey en asuntos de inteligencia, y cualquier acuerdo entre Israel y Marruecos necesitaba su aprobación. Ufkir apareció ante Eitan con su ayudante, el coronel Dlimi.

Allí mismo, Eitan y Ufkir llegaron a un acuerdo: el Mossad y el servicio secreto marroquí establecerían relaciones estrechas y oficinas permanentes en ambos países; el Mossad adiestraría a los servicios secretos marroquíes

mientras que Marruecos daría cobertura a los agentes del Mossad en todo el mundo; se crearía un cuerpo especial para recoger información conjuntamente, y el Mossad también entrenaría a la unidad especial a cargo de la seguridad del rey. El acuerdo se selló mediante una visita al rey; Eitan le hizo una reverencia y le besó la mano torpemente... y el Mossad obtuvo su primer aliado en el mundo árabe.

Dos semanas después, Ufkir estaba en Israel. El general, acostumbrado a palacios suntuosos y hoteles elegantes, pasó su larga visita en el diminuto apartamento de tres habitaciones de Eitan, en un barrio modesto de Tel-Aviv. Eitan consiguió arreglárselas para que Philip, el legendario chef del Mossad, cocinara para su invitado marroquí. Ufkir se marchó y regresó de nuevo; las relaciones entre los dos servicios se iban estrechando. En 1965, Ufkir le pidió a Meir Amit un favor especial.

El principal líder de la oposición, el enemigo más peligroso del rey, era un marroquí llamado Mehdi Ben Barka. Exiliado tras ser acusado de conspirar contra el rey, seguía dirigiendo actividades subversivas desde sus escondites. Sentenciado a muerte *in absentia*, sabía que su vida estaba en peligro; operaba con extrema precaución y los hombres de Ufkir no habían conseguido encontrarle. ¿Podía ayudarles el Mossad?

Los hombres de Amit les ayudaron. Con un astuto pretexto establecieron contacto con Ben Barka en Suiza y le convencieron de que acudiera a París para una reunión importante. En la puerta de la Brasserie Lipp, el famoso restaurante de la Rive Gauche, fue arrestado por dos oficiales de policía franceses que, como se supo luego, estaban a sueldo de Ufkir. Ben Barka fue entregado a éste y desapareció, aunque un testigo declaró que había visto cómo Ufkir le apuñalaba hasta matarle. El propio Meir Amit informó al primer ministro Eshkol: «El tipo está muerto».

En Francia, la desaparición de Ben Barka causó un escándalo político sin precedentes. El presidente De Gaulle estaba fuera de sí de indignación y, cuando se enteró del papel representado por Israel en el secuestro, su furia se desató. Isser Harel no salía de su asombro. ¿Cómo había podido participar el Mossad en un asunto semejante? ¿Cómo podía haber tomado parte Amit en una operación tan criminal e inmoral, poniendo en entredicho la estrecha alianza de Israel con Francia? Pidió a Eshkol que despidiera a Amit de inmediato. Eshkol dudó, pero nombró dos comisiones de investigación que no encontraron motivos para emprender medida alguna contra Amit. Después de todo, Amit había atraído a Ben Barka a París, pero no participó en su rapto ni

en su asesinato. El Pequeño Isser dimitió y exigió la dimisión inmediata tanto de Eshkol como de Amit. Intentó lanzar una campaña en la prensa, pero la censura militar prohibió estrictamente cualquier mención de aquel asunto.

Isser siguió oponiéndose a Amit con obstinación, pero el *ramsad* ya estaba comprometido en otra operación crucial para la defensa de Israel: una alianza secreta con los kurdos de Iraq.

«A finales de 1965 —explicó Amit en sus memorias—, nuestro sueño empezó a convertirse en realidad. Ocurrió algo increíble: una delegación oficial israelí se estableció en el campamento del mulá Mustafá Barzani, líder de los kurdos rebeldes del norte de Iraq».

La llegada de los oficiales del Mossad al Kurdistán fue considerada una victoria tremenda para la inteligencia israelí. Por primera vez se establecía contacto con uno de los tres grupos que forman la nación iraquí, los kurdos, que sostenían una guerra tozuda e interminable contra el gobierno de Bagdad. (Los otros dos grupos eran los musulmanes chiítas y suníes). Los rebeldes, dirigidos por Barzani, controlaban una gran zona en el interior de Iraq. Si el Mossad tenía éxito y conseguía convertir a los rebeldes kurdos en una fuerza militar potente, los líderes iraquíes se verían obligados a centrar sus esfuerzos en sus problemas internos, y su capacidad de luchar contra Israel se vería disminuida. La alianza con los kurdos se podía convertir en un impulso importante para Israel.

Los dos primeros agentes del Mossad pasaron tres meses en Kurdistán. Barzani los acogió en su círculo más íntimo, les llevaba con él allí donde iba y les reveló todos sus secretos. Ese primer encuentro puso los cimientos para una cooperación más estrecha, que duraría muchos años. Barzani y los jefes militares kurdos visitaron Israel; Meir Amit y sus colaboradores fueron a Kurdistán. Israel suministró armas a los kurdos y defendió sus intereses en foros internacionales.

Beni Ze'evi, el primer agente israelí que visitó Iraq, había dejado a su esposa Galila, embarazada, en Londres. El hijo de Beni, Nadav, nació mientras su padre seguía a Barzani por las escarpadas montañas de Kurdistán. A Ze'evi le llegó un telegrama codificado firmado por Rimon, el nombre en clave de Meir Amit, que decía: «La madre y el niño gozan de una salud excelente. *Mazal tov!*».

Cuando Barzani se enteró del nacimiento del niño, cogió cuatro piedras y limitó un terreno con ellas.

—Éste es mi regalo para tu hijo —le dijo a Ze’evi—. Cuando crezca, puede venir a nuestro país y reclamar este pedazo de tierra.

Y mientras sus relaciones con los kurdos iban afianzándose, Meir Amit empezó a planear otra gran operación del Mossad, con el nombre en clave de Yahalom (diamante), quizá la operación de la que se sentía más orgulloso.

Durante el año anterior a la muerte de Amit, le vimos varias veces en su casa de Ramat-Gan. «La historia empezó en una de las reuniones con el general Ezer Weizman, que entonces era jefe de las Fuerzas Aéreas —nos explicó—. Tomábamos el desayuno juntos cada dos o tres semanas, y un día le pregunté a Ezer qué podía hacer por él como *ramsad*. “Meir, quiero un MiG-21”, me contestó de inmediato.

»Yo le dije: “¿Te has vuelto loco? No existe un avión semejante en el mundo occidental”». El MiG-21 era el caza soviético más sofisticado de aquella época; los rusos suministraban muchos de esos aviones a los países árabes.

Pero Ezer se mantuvo en sus trece: «Necesitamos un MiG-21, y no deberías escatimar ningún esfuerzo para conseguirnos uno».

Amit decidió confiar la operación a Rehavia Vardi, un veterano oficial de operaciones que en el pasado ya había intentado conseguir un MiG-21 en Egipto o Siria. «Pasamos muchos meses trabajando en esa operación —explicó Vardi años más tarde—. Nuestro principal problema era cómo transformar la idea en una operación».

Vardi tanteó el terreno por todo el mundo árabe. Después de largas semanas, obtuvo un informe de Yaacov Nimrodi, el agregado militar de Israel en Irán. Nimrodi le habló de un judío iraquí, Yossef Shemesh, que aseguraba conocer a un piloto que podía llevar un MiG-21 a Israel. Shemesh, soltero, atractivo, mujeriego y *bon vivant*, tenía una extraña habilidad para hacerse amigo de la gente y conseguir que confiaran en él. «Era un manipulador nato, y podía resultar muy persuasivo —contó Nimrodi—. Reclutó al piloto de la manera más profesional; se lo estuvo trabajando un año entero. Sólo él podía hacer una cosa así, nadie más». Nimrodi decidió probar a Shemesh y le envió a realizar operaciones de espionaje secundarias. Shemesh pasó la prueba con éxito, obteniendo datos excelentes. Entonces Nimrodi le dio luz verde para lanzar su operación.

En Bagdad, Shemesh tenía una amante cristiana cuya hermana, Camille, estaba casada con el piloto de las Fuerzas Aéreas iraquíes Munir Redfa,

también cristiano. Shemesh sabía que Redfa estaba frustrado y amargado, porque aunque era un excelente piloto de MiG-21 no conseguía un ascenso. Además, le habían ordenado que pilotase un anticuado MiG-17 para llevar a cabo una misión repugnante: bombardear los pueblos kurdos. Él lo consideraba una humillación y una degradación. Se quejó a sus superiores y le dieron a entender que, como cristiano, nunca sería ascendido ni llegaría a jefe de escuadrón. Redfa, que era un hombre muy ambicioso, concluyó que ya no tenía sentido alguno seguir viviendo en Iraq.

Durante casi un año Shemesh mantuvo largas conversaciones con el joven piloto y finalmente consiguió convencerle de que hiciera un breve viaje a Atenas. Usando toda su elocuencia y poderes de persuasión, Shemesh explicó a las autoridades iraquíes que Camille, la esposa de Redfa, sufría una grave enfermedad y que la única manera de salvarla era que la examinaran unos doctores occidentales. Tenía que volar a Grecia de inmediato, aseguró, y pidió en su nombre que se permitiera a su marido unirse a ella, ya que era el único miembro de la familia que hablaba inglés.

Las autoridades accedieron y a Munir Redfa se le permitió viajar con su mujer a Atenas. Allí se reunieron con otro piloto (el coronel Ze'ev Liron [*Londner*]), oficial de las Fuerzas Aéreas israelíes. Liron, nacido en Polonia y superviviente del Holocausto, era jefe de inteligencia de las Fuerzas Armadas, y el Mossad le había pedido que les ayudase en el caso de Redfa. Liron y Redfa tuvieron varias conversaciones, en las que el primero simulaba ser un piloto polaco que trabajaba para una organización anti comunista. Munir le habló de su familia, de su vida en Iraq, de su profunda decepción con sus superiores, que le enviaban a bombardear pueblos kurdos. Todos los hombres aptos kurdos se habían ido a luchar, explicó, y en los pueblos sólo quedaban mujeres, niños y ancianos. ¿Y él tenía que matar a esas personas? Para él suponía la gota que colmaba el vaso y el hecho que lo había llevado a tomar la decisión final: iba a abandonar Iraq para siempre.

Siguiendo órdenes del Mossad, Liron invitó a Munir a que le acompañara a una pequeña isla griega. El Mossad dio a Redfa un nombre en clave: Yahalom (diamante). En la serena y tranquila atmósfera de la isla, los dos hombres continuaron sus conversaciones y se hicieron buenos amigos. Una tarde, a última hora, Liron le preguntó a Redfa qué ocurriría si abandonaba Iraq con su avión.

—Que me matarían —contestó Redfa—. Además, creo que ningún país se avendría a darme asilo.

—Hay un país que te recibiría con los brazos abiertos —replicó Liron, y le reveló la verdad a su asombrado amigo—: Soy piloto israelí, no soy polaco.

Hubo un largo silencio.

—Mañana hablaremos de esto —decidió, y se separaron para pasar la noche.

A la mañana siguiente, Redfa le dijo a Liron que había decidido aceptar su oferta. Los dos empezaron a discutir las condiciones de la deserción de Redfa y la cantidad de dinero que obtendría.

Redfa era muy modesto.

«Meir Amit me dijo que le ofreciera a Redfa una determinada cantidad de dinero —contó Liron más tarde—, y que la doblase si era necesario. Pero Redfa aceptó de inmediato mi oferta inicial. Acordamos que su familia se reuniría con él en Israel».

Desde la isla griega, ambos volaron a Roma. Shemesh y su amante llegaron de Bagdad, y pocos días después se unía a ellos Yehuda Porat, oficial investigador de la inteligencia de las Fuerzas Aéreas, que empezó a interrogar a Redfa.

«Era educado, muy considerado, un hombre de honor —recordaba Porat—, valiente y poco hablador; no mostraba ninguna de las inhibiciones que se podían esperar de un hombre en su situación».

En Roma, Liron y Redfa decidieron cómo se comunicarían y acordaron que cuando Redfa oyera en Radio Kol Israel en árabe la popular canción árabe *Marhabtein Marhabtein*, ésa sería la señal para que se pusiera en marcha. Lo que Redfa no sabía era que mientras se reunía con sus enlaces en diversos cafés de Roma, los jefes del Mossad le observaban.

«Decidí echarle un vistazo personalmente al piloto antes de que la operación llegase a su fase final —nos dijo Meir Amit—. Volé a Roma y fui al café donde tenían que acudir el piloto iraquí y mis hombres, me senté en una mesa cercana y esperé. Al cabo de un rato entró un grupo de personas. El hombre me causó una buena impresión; indiqué a nuestro oficial que estaba sentado con él que todo estaba bien y me fui».

Durante nuestra reunión con Amit, él insistió en leernos un fragmento de su libro *Head on* [De frente], en el que describe el grupo que entró en el café de Roma: «El amante judío (Shemesh), calzado con zapatillas porque tenía

una herida en un pie; su amante, una señora gorda y casi fea (no entendí qué veía en ella), y Diamante (el nombre en clave de Redfa), un hombre bajo, robusto y de anchos hombros, con expresión seria. No sabían que les estaban poniendo a prueba».

Sólo cuando se convenció de que podía confiar en Diamante, Amit dio a Rehavia Vardi la orden de proceder con el interrogatorio al piloto iraquí en Israel. Liron y Redfa volvieron a Atenas y cogieron un vuelo a Tel Aviv, pero un problema en el aeropuerto griego casi arruina la operación. Por error, Redfa embarcó en un vuelo a El Cairo en lugar de Tel Aviv. Liron no se dio cuenta de que Redfa había desaparecido hasta que embarcó solo en el avión de El Al.

«Me desesperé —explicó Liron más adelante—. Estaba seguro de que se había arruinado todo, pero unos minutos después Munir apareció a mi lado. Resultó que los auxiliares de vuelo del avión de El Cairo contaron a los pasajeros, vieron que había uno de más, comprobaron los billetes y enviaron a Munir al vuelo de Tel Aviv».

Redfa sólo pasó 24 horas en Israel. Despachó allí e incluso ensayó el itinerario del vuelo a Israel. En unas instalaciones del Mossad le enseñaron un código secreto, luego sus nuevos amigos le llevaron a dar un paseo por la calle Allenby, una de las principales arterias de Tel Aviv, y por la noche le llevaron a un buen restaurante en Jaffa, «para que se sintiera a sus anchas».

Redfa volvió a Atenas, cambió de avión y aterrizó en Bagdad, preparándose para la última etapa.

Pero... «en aquel momento casi me da un ataque al corazón —recordaba Amit—. Pocos días antes de su desertión, el piloto iraquí decidió vender los muebles de su casa. Imaginen las implicaciones de que un piloto de caza liquide todas sus posesiones... Me entró el pánico y temí que el Mujabarat iraquí averiguase lo de la venta, interrogara a Redfa, le arrestara y toda la operación se fuese al traste. Gracias a Dios el Mujabarat no se enteró y la estúpida venta de las pertenencias de ese tacaño no condujo a su arresto».

Existía otro problema: ¿cómo sacar a la familia del piloto de Iraq y llevarla primero a Reino Unido y más tarde a Estados Unidos? Tenía unas cuantas hermanas y cuñados que había que sacar de Iraq antes de que él huyese, mientras que su familia inmediata volaría a Israel, tal y como se había acordado. La esposa de Redfa no sabía nada de todo aquello y él temía contarle la verdad; sólo le había dicho que se iban a Europa a pasar una larga

temporada. Ella voló con sus dos hijos a Ámsterdam y la gente del Mossad que la esperaba allí los llevó a París, donde Liron se reunió con ellos. Ella seguía sin tener ni idea de quién era toda esa gente.

«Los instalamos en un pequeño apartamento con una cama doble — recordaba Liron—. Nos sentamos en aquella cama y allí mismo, la noche antes de que volasen a Israel, yo mismo le revelé a la mujer que era un funcionario israelí, que su marido aterrizaría en Israel al día siguiente y que nosotros nos íbamos también allí».

Su reacción fue dramática. «Lloró y chilló toda la noche — informó Liron a sus superiores—. Decía que su marido era un traidor, que aquello era una traición contra Iraq, y que sus hermanos matarían a Munir cuando averiguasen lo que había hecho.

»Quería acudir de inmediato a la embajada iraquí y contarles lo que se proponía hacer su marido. No dejó de chillar y llorar en toda la noche. Yo intentaba calmarla; le dije que si ella quería verlo, tenía que venir a Israel conmigo. Se dio cuenta de que no tenía elección. Con los ojos hinchados y uno de sus hijos enfermo, se metió en el avión y voló a Israel».

El 17 de julio de 1966, uno de los puestos del Mossad en Europa recibió una carta codificada de Munir informándoles de que el día del vuelo se aproximaba. El 14 de agosto despegó, pero una avería en el sistema eléctrico del avión le obligó a volver y aterrizar en la base aérea de Rashid. «Más tarde —dijo Amit—, comprobó que no se trataba de una avería grave. La cabina se llenó de humo de repente a causa de un fusible quemado; si hubiera seguido su rumbo, habría llegado sin problemas. Pero no quiso arriesgarse y volvió a la base, y a mí me salieron unas cuantas canas más...».

Dos días más tarde, Munir Redfa despegó otra vez, se atuvo a la ruta acordada y en las pantallas del radar israelí apareció un puntito que indicaba la aproximación de un avión extranjero al espacio aéreo israelí. El nuevo comandante de las Fuerzas Aéreas, el general Mordechai (*Motti*) Hod, sólo había dado a conocer la misión a un par de pilotos.

Ellos fueron quienes escoltaron el avión iraquí hasta su base. Todas las demás unidades, pilotos, escuadrones y bases de las Fuerzas Aéreas recibieron una orden de Hod: «Hoy no hagan nada, absolutamente nada, sin antes recibir una orden verbal mía. Y ya conocen mi voz». Hod no quería que algún piloto demasiado diligente abatiera el «artefacto enemigo» que estaba invadiendo el perímetro de Israel.

El MiG-21 penetró en el espacio aéreo de Israel. Ran Pecker, uno de los pilotos más expertos de la Fuerza Aérea, había sido escogido para escoltar a Redfa. «Nuestro invitado está disminuyendo la velocidad —informó Ran al control de la Fuerza Aérea—, y me hace señas con el pulgar de que quiere aterrizar; también inclina las alas, el código internacional que indica que viene en son de paz». A las ocho de la mañana, 65 minutos después de despegar de Bagdad, Redfa aterrizó en la Base Aérea de Hatzor, en Israel.

Un año después de que empezara la operación y diez meses antes de la guerra de los Seis Días, librada en 1967, las Fuerzas Aéreas consiguieron su MiG-21. Los dos cazas Mirage que lo habían escoltado desde la frontera aterrizaron con él. Meir Amit y sus hombres habían logrado lo imposible: el MiG-21, que en aquella época se consideraba la joya de la corona del arsenal soviético y la principal amenaza a las Fuerzas Aéreas occidentales, estaba ahora en manos de Israel.

Después de aterrizar, todavía algo confuso, Munir fue conducido al hogar del comandante de la base de Hatzor, donde varios oficiales de alto rango le habían preparado una fiesta, con inexcusable indiferencia hacia los sentimientos del hombre.

«Munir se quedó sorprendido por la fiesta y al principio le parecía que se había colado en la boda de otra persona —recuerda Meir Amit—. Se sentó en un rincón y se quedó allí en silencio».

Tras un breve descanso, cuando le aseguraron que su mujer y sus hijos estaban ya en un avión de El Al de camino hacia Israel, llevaron a Munir Redfa a una conferencia de prensa. En su declaración habló de la persecución de los cristianos en Iraq, del bombardeo de los kurdos y de sus motivos para la desertión.

Después de la conferencia de prensa, Munir fue conducido a Herzliya, una ciudad junto al mar al norte de Tel Aviv, para que se reuniera con su familia. «Todos hicimos lo posible para calmarle, animarle y felicitarle por la operación —escribió Meir Amit—. Yo le prometí que haría todo lo que estuviera en mi mano para ayudarle a él y a su familia a recuperarse, pero temía el siguiente paso, ya que sabíamos que la familia de Munir era muy problemática».

Pocos días después de que Munir hubiese aterrizado con su MiG en Hatzor, llegó a Israel el hermano de su mujer (oficial del ejército iraquí), acompañado por Shemesh y su amante. El oficial estaba furioso; le habían

dicho que tenía que acudir a Europa a visitar urgentemente a su hermana, que estaba muy enferma, y para su sorpresa le llevaron a Israel. Cuando se reunió con Munir le gritó, le llamó traidor, se le echó encima, intentó pegarle. También acusó a su hermana, la mujer de Munir, de conocer los planes de su marido desde el principio, cosa que la convertía en cómplice de un crimen abominable. Ella negó esas acusaciones, pero en vano. Unos pocos días más tarde, el hermano abandonó Israel.

El primero en pilotar el MiG fue Danny Shapira, famoso piloto de las Fuerzas Aéreas y el mejor piloto de Israel. Motti Hod lo llamó el día después de que aterrizase el avión y le dijo: «Vas a ser el primer piloto occidental en pilotar un MiG-21. Empieza a estudiar el avión, vuela en él todo lo que puedas y aprende cuáles son sus puntos fuertes y sus puntos débiles».

Shapira se reunió con Redfa. «Nos conocimos en Herzliya unos pocos días después de su llegada —explicó Danny Shapira—. Cuando nos presentaron, casi se puso firmes. Más tarde nos vimos en Hatzor, junto al avión. Me enseñó todos los interruptores, repasamos los letreros, que estaban en ruso y árabe, y al cabo de una hora le dije que iba a despegar. Él estaba asombrado. “Pero ¡no ha completado el curso!”, me dijo. Le expliqué que era piloto de pruebas. Parecía muy preocupado, y me pidió estar junto al avión cuando despegase. Se lo prometí».

Todos los oficiales de alto rango de las Fuerzas Aéreas llegaron a Hatzor para observar el vuelo inaugural. Ezer Weizman, hasta hacía poco comandante de las Fuerzas Aéreas, también estaba allí. «Ezer vino a verme —recordaba Shapira—; me dio palmaditas en la espalda, y dijo: “Danny, sin trucos. Trae de vuelta el avión, ¿vale?”».

»Redfa también estaba allí. Yo despegué, hice lo que tenía que hacer y después de aterrizar, Redfa vino a verme y me abrazó. Tenía lágrimas en los ojos. “Con pilotos como usted —dijo—, los árabes nunca les derrotarán”».

Después de unos cuantos vuelos de prueba, los expertos de las Fuerzas Aéreas comprendieron por qué Occidente tenía en tan alta estima el MiG-21: volaba muy alto y muy rápido, y pesaba una tonelada menos que el Mirage III franco-israelí.

La operación del MiG-21 copó los titulares de la prensa mundial. Los estadounidenses estaban asombrados. Poco después enviaron una delegación de técnicos y pidieron estudiar y pilotar el avión. Sin embargo, Israel les negó el acceso al caza si no compartían antes con ellos el expediente del SAM-2, el

nuevo misil antiaéreo soviético. Al final, los estadounidenses accedieron y mandaron a Israel a unos pilotos que examinaron el MiG-21 y volaron con él.

Aprender los secretos del MiG-21 constituyó una tremenda ayuda para las Fuerzas Aéreas israelíes, y fue esencial para preparar los enfrentamientos con el MiG que tuvieron lugar diez meses más tarde, en la guerra de los Seis Días, en junio de 1967. «Ese MiG tuvo un papel importante en la victoria de las Fuerzas Aéreas israelíes sobre las árabes, y en particular en la destrucción de las Fuerzas Aéreas egipcias en unas pocas horas», explicó Amit con orgullo.

El Mossad y las Fuerzas Aéreas israelíes habían conseguido una tremenda victoria, pero Munir Redfa y su familia lo pagaron caro. «Después de su llegada, Munir llevó una vida dura, deprimente y triste —recordaba un oficial de alto rango del Mossad—. Construir una nueva vida para un agente [fuera de su país] es casi una misión imposible. Munir se sentía frustrado, pero su familia también sufrió. Una familia entera quedó rota».

Durante tres años, Munir intentó que Israel fuese su hogar, e incluso tripuló aviones Dakota en viajes de ida y vuelta al Sinaí para las compañías petrolíferas de Israel. Su familia vivía en Tel Aviv; les dieron una tapadera como refugiados iraníes. Pero la esposa de Munir, que era católica devota, no consiguió hacer amigos, se sentía aislada y no pudo adaptarse a la vida en Israel. Finalmente se fueron y se trasladaron a un país occidental bajo falsas identidades. También allí, lejos de su casa y de sus parientes, rodeados por agentes de seguridad locales, se sentían solos y temían al largo brazo del Mujabarat iraquí.

En agosto de 1988, 22 años después de su desertión, Munir Redfa murió en su casa de un repentino ataque al corazón. Su mujer llamó llorando a Meir Amit (que había abandonado el Mossad hacía mucho tiempo) y le contó que aquella mañana su marido había bajado del segundo piso de su casa y, de pie en el vestíbulo junto a su hijo, se derrumbó de repente y murió al instante.

El Mossad celebró una ceremonia conmemorativa por Munir Redfa. Los oficiales veteranos no podían contener las lágrimas. «Era una imagen surrealista —dijo Liron—: el Mossad israelí llorando a un piloto iraquí...».

Tras el éxito de la operación Diamante y la posterior y asombrosa victoria en la guerra de los Seis Días, Meir Amit vio la oportunidad de lanzar una nueva operación, y solicitó a sus superiores que se liberase a los prisioneros del asunto Lavon como parte de un intercambio de prisioneros de guerra. Los jóvenes cautivos llevaban trece años pudriéndose en prisión, sin posibilidad

alguna de indulto o de liberación anticipada. Parecía que Israel los había olvidado, se decía Amit. Ahora que había terminado la guerra de los Seis Días, Israel estaba en condiciones de negociar con Egipto: habían capturado 4.338 soldados y 830 civiles egipcios, mientras que Egipto sólo había capturado a 11 israelíes. Sin embargo, los egipcios se negaron con firmeza a incluir a los prisioneros del asunto Lavon en el trato.

Meir Amit no se dio por vencido.

—Olvidalo, Meir —le dijo su amigo el ministro de Defensa, Moshé Dayán—. Los egipcios no los soltarán nunca.

El primer ministro Eshkol estuvo de acuerdo, pero Amit se negó a rendirse. Finalmente, envió una nota personal al presidente Nasser, «de soldado a soldado», y pidió la liberación de los prisioneros, así como la de Wolfgang Lutz, el «espía del champán» arrestado durante el asunto de los científicos alemanes.

Amit negoció también un intercambio de prisioneros con los sirios, y puso un empeño personal en esta negociación. Pidió a los sirios que le ayudasen a liberar a la señora Shula Cohen de su celda libanesa. Shula Cohen (nombre en clave «La Perla») era una de las espías más legendarias del Mossad, una sencilla ama de casa que había establecido relaciones con líderes de las altas esferas de Líbano y Siria, organizado la emigración clandestina de miles de judíos sirios y libaneses, y dirigido una red de espías con mucho éxito.

Para su sorpresa, el ruego a Nasser funcionó y los sirios le hicieron caso poco después. Meir Amit ganó. En una transacción encubierta, los prisioneros del asunto Lavon, Lutz y Shula Cohen fueron devueltos a Israel.

A veces las misiones para devolver a casa a un compatriota son las más valiosas.

CAPÍTULO ONCE

Los que nunca olvidarán

A principios de septiembre de 1964, un hombre calvo y robusto de cuarenta y tantos años, con gafas de sol, llegó en un tren expreso desde París a la estación de ferrocarril de Rotterdam, en Países Bajos. Se inscribió en el lujoso Rheinhof, en el centro de la ciudad, bajo el nombre de Anton Kunzle, un hombre de negocios austríaco. Luego se dirigió a la estafeta de Correos más cercana y alquiló un apartado de correos con el mismo nombre. Desde la oficina de correos fue al Amro Bank, abrió una cuenta y depositó en ella tres mil dólares. En un impresor encargó tarjetas de visita y papel de carta a nombre de Anton Kunzle, gerente de una empresa de inversiones en Rotterdam. Desde allí corrió al consulado de Brasil y rellenó los formularios para obtener un visado turístico a Brasil. En una clínica médica se sometió a un somero examen y obtuvo un certificado médico sobre su salud, y luego visitó a un optometrista, falseó los resultados y encargó unas gruesas gafas de aumento, aunque no las necesitaba.

A la mañana siguiente hizo un breve viaje a Zúrich y abrió una cuenta en el banco Credit Suisse, en el cual depositó seis mil dólares. Luego regresó a París, donde un artista del maquillaje añadió un frondoso bigote a su rostro; un fotógrafo le tomó después una foto con sus nuevas gafas y le entregó unas fotos de pasaporte. De vuelta en Rotterdam, llevó las fotos al empleado del consulado brasileño y la visa turística a Brasil fue sellada en su pasaporte austríaco. Ahora ya podía comprar sus billetes de avión a Río de Janeiro y, desde allí, a Sao Paulo y Montevideo, en Uruguay. A dondequiera que iba, el locuaz Kunzle hablaba de sus florecientes negocios en Austria. Las generosas propinas que iba dejando a su paso, así como su gusto por los mejores hoteles y los restaurantes más exclusivos, hablaban por sí solos: Kunzle era, realmente, un hombre de negocios rico y próspero.

Mediante esos actos en apariencia sencillos, el agente del Mossad Yitzhak Sarid (no es su nombre real) estaba preparando una tapadera perfecta. En

algún lugar entre París, Rotterdam y Zúrich, Yitzhak Sarid se evaporó y un nuevo hombre emergió en su lugar: Anton Kunzle, hombre de negocios austríaco, con una dirección en Rotterdam, cuentas bancarias, tarjetas de visita, un visado y un billete de avión a Brasil.

Sólo unos días antes, el 1 de septiembre, Yitzhak Sarid había sido convocado a una reunión en París. Sarid era miembro del equipo operativo con el nombre en clave de Cesárea. En un piso franco de la Avenue de Versailles, se reunió con el comandante de Cesárea, Yoske Yariv, un hombre robusto y musculoso a quien sus subordinados admiraban. Yariv, antiguo oficial del ejército, había reemplazado a Rafi Eitan como jefe del equipo operativo; Eitan era ahora jefe de la delegación europea, con base en París.

Yariv empezó diciendo que al cabo de unos meses, el parlamento de Alemania occidental iba a aprobar un estatuto que limitaría la responsabilidad por los crímenes de guerra, lo que significaría que los criminales nazis (que ahora vivían ocultos) podrían abandonar sus escondites y reemprender su vida normal, como si nunca hubiesen cometido sus atroces actos. Yariv dijo que muchos alemanes querían pasar página y dejar atrás el horrible pasado alemán. Otras naciones que habían sufrido bajo los alemanes tampoco se mostraban muy deseosas de seguir buscando criminales nazis. Desde la captura de Eichmann, cuatro años antes, la conciencia de los crímenes nazis había disminuido, como si el juicio y la ejecución de Eichmann hubiesen cerrado un capítulo en la historia mundial. Era imperativo, dijo Yariv, asegurarse de que el estatuto que limitaba los crímenes nazis no se convirtiera en ley. Había que recordar al mundo que algunos monstruos todavía andaban sueltos.

«Deberíamos matar a alguno de los mayores criminales nazis», sugirió Yariv a Sarid, y un agente del Mossad en misión en Sudamérica descubrió a cuál: el Carnicero de Riga, un nazi letón responsable del asesinato de miles de judíos, había sido identificado con toda seguridad. Vivía en Brasil bajo su nombre real, Herberts Cukurs. El *ramsad*, Meir Amit, dio luz verde a la operación.

Yariv acudió a Sarid, y no sólo por su historial como agente listo y lleno de recursos que había participado en la operación de Eichmann. También sabía que Sarid había nacido en Alemania, y que sus padres habían muerto ambos en el Holocausto. Sarid huyó a Palestina, pero juró luchar contra Hitler y fue uno de los primeros palestinos voluntarios en el ejército británico

durante la guerra. Yariv no tenía que preocuparse por las motivaciones de Sarid.

«Quiero que te construyas una tapadera como hombre de negocios austríaco —le pidió el comandante de Cesárea a Sarid—. Tu trabajo será volar a Brasil, encontrar a Cukurs y ganarte su confianza. Ése será el primer paso hacia su ejecución». En el informe detallado que siguió, Yariv proporcionó a Sarid su nuevo nombre: Anton Kunzle.

Diez días después de la reunión en París, Anton Kunzle embarcó en un avión de Varig a Río de Janeiro. Estaba muy emocionado y sin embargo preocupado por su misión. Nunca se había visto en una situación semejante; tenía que operar completamente solo en un país extranjero, e intentar hacerse amigo de un monstruo con los sentidos muy aguzados, que sin duda esperaba que algún día alguien intentara matarle. Kunzle sabía bien que un simple error podía tener como resultado el fracaso de toda la operación; un solo paso en falso podía costarle la vida.

Durante el vuelo, examinó un voluminoso expediente con numerosos documentos, testimonios y recortes de prensa sobre Herberts Cukurs. Se había hecho famoso en los años treinta como piloto hábil y atrevido, y voló desde Letonia a Gambia, en África, en un pequeño avión que había construido con sus propias manos. De la noche a la mañana el joven y apuesto piloto se convirtió en un héroe nacional en Letonia: recibió la medalla internacional Santos Dumont en honor al pionero de la aviación brasileño y la prensa le llamaba «el Águila de Letonia» y «el Lindbergh de Letonia». El museo de la Guerra, en Riga, fue asaltado por multitudes que ansiaban ver el avión de Cukurs, que se exhibía allí.

Cukurs era un nacionalista letón de derechas, pero tenía muchos amigos judíos. Incluso había viajado a Palestina y volvió muy impresionado por los logros de los sionistas. Sus entusiastas discursos sobre los pioneros de Palestina le hacían parecer aliado de los judíos letones.

Sin embargo, cuando estalló la Segunda Guerra Mundial las cosas cambiaron de repente. Letonia fue ocupada en primer lugar por los soviéticos, que enseguida se ganaron el odio de la gente y persiguieron a los que eran como Cukurs. Pero el Ejército Rojo se retiró después de la invasión de Rusia por parte de Hitler y Letonia fue conquistada por el ejército alemán. Entonces, Cukurs se transformó por completo. Como nacionalista acérrimo y líder de la organización fanática fascista Cruz de Trueno, que se ofreció voluntaria para

servir a los nazis, Cukurs se convirtió en el más cruel y sádico asesino de judíos de Riga. Poco después, sus soldados y él reunieron a trescientos judíos en la sinagoga local y le prendieron fuego, matando a todos los que estaban dentro. Arrestó a judíos, los mató a golpes con su revólver, disparó a otros cientos, humilló y mató a judíos ortodoxos, aplastó cabezas de bebés contra los muros de la ciudad. Una noche hizo que una chica judía se desnudara ante un grupo de prisioneros y obligó a un viejo rabino a acariciarla y chuparla, entre las risotadas ebrias de los guardianes letones. En verano ordenó ahogar a 1.200 judíos en el lago Kuldiga y en noviembre de 1941 dirigió a treinta mil judíos de Riga a los campos de la muerte en los bosques de Rumbula, donde unos soldados alemanes los desnudaron y los mataron a tiros, a sangre fría.

Al leer las declaraciones de algunos judíos que sobrevivieron por milagro, Kunzle se sintió profundamente afectado. Los documentos de aquel expediente describían la huida de Cukurs a Francia con documentación falsa al final de la guerra. Había fingido ser un «campesino» y consiguió abordar un barco con destino a Río de Janeiro. Se llevó con él una extraña «póliza de seguros»: una joven judía, Miriam Keitzner, a quien había protegido durante la guerra. Miriam, para quien a partir de entonces se convirtió en un héroe, hablaba en Brasil de su noble «salvador de Riga».

En Río, Cukurs no tardó en establecer cálidas relaciones con muchos judíos brasileños. Le encantaba explicar a su público la fascinante historia de Miriam. «Los nazis la cogieron en Letonia —solía decir—. Iba a morir condenada a una muerte horrible, pero yo la salvé arriesgando mi vida». No todos los días llegaba a Río un héroe tan valiente y salvador de judíos, y los judíos de la ciudad hicieron todo lo posible por demostrar al valeroso letón lo mucho que valoraban sus nobles hazañas.

Cukurs se hizo muy popular en la comunidad judía... hasta la noche en que el valeroso letón bebió demasiado. El alcohol le soltó la lengua y el ebrio Cukurs contó una historia muy distinta a sus oyentes. Hablaba de judíos, sí, pero los llamaba cerdos y escoria. Rememoraba con entusiasmo los métodos que él y sus amigos nazis habían usado para matar a los judíos de Europa: quemados, ahogados, tiroteados, muertos a palos... Los amigos judíos del letón se quedaron estupefactos; empezaron a investigar y lo que descubrieron fue horroroso.

Tras quedar expuesta su verdadera identidad, Cukurs desapareció. No abandonó Río, sino que se limitó a trasladarse a un barrio más alejado de la extensa ciudad y abandonó a Miriam Keitzner, a quien ya no necesitaba. Más

tarde Miriam se casó con un judío local y se asimiló a la sociedad brasileña. En cuanto a Cukurs, llevó a Brasil a su mujer y tuvieron tres hijos.

Pasaron diez años. Cukurs era el respetable propietario de la empresa Air Taxi, pero la comunidad judía de Río volvió a descubrirlo por casualidad. Se convocó una manifestación para apelar a la conciencia pública y los estudiantes irrumpieron en las oficinas de Air Taxi, destrozaron las ventanas, máquinas y material de oficina, y vaciaron los archivos... Cukurs se fue inmediatamente de Río con su familia y se estableció en Sao Paulo.

Aunque allí nadie le molestaba, Cukurs sentía que todavía estaba en peligro. Los miedos le acosaban y sospechaba de todo extranjero que se le acercaba. En junio de 1960, pocos días después de la captura de Eichmann, Cukurs acudió a la comisaría de policía de Sao Paulo y pidió protección policial. Su petición fue concedida, pero también tuvo publicidad en los medios, y parientes de las víctimas de Cukurs en todo el mundo se enteraron de dónde vivía.

A medida que pasaban los años, los miedos de Cukurs iban en aumento. Decía a su mujer y a sus hijos que los vengativos judíos podían descubrir su paradero y venir a matarle en cualquier momento. Incluso preparó una lista de sus enemigos más peligrosos, la mayoría de ellos importantes judíos brasileños de Río. En el primer lugar de la lista se encontraban el doctor Aharon Steinbruck, un senador; el doctor Alfredo Gartenberg, el doctor Marcus Constantino, el doctor Israel Skolnikov, el señor Klinger y el señor Pairitzki.

Cukurs seguía usando su nombre real, pero sus casas parecían fortalezas y al parecer pagaba cuantiosos sobornos para su protección policial y la de los servicios de seguridad.

Emprendió diversos negocios, pero fracasó. Según el archivo de Kunzle, su última dirección se hallaba en el puerto deportivo de un lago artificial a las afueras de Sao Paulo. Cukurs alquilaba barcos y llevaba a los turistas a hacer visitas aéreas sobre la ciudad en su hidroavión.

Kunzle supo que si intentaba acercarse a Cukurs directamente despertaría sus sospechas, de modo que primero pasó unos cuantos días en Río. Su estancia en la imponente ciudad brasileña contrastaba muchísimo con la oscura misión que había emprendido. Recorrió a pie las playas de Copacabana e Ipanema, mirando a las bellas mulatas con sus bikinis mínimos, contempló el impresionante Pan de Azúcar y la enorme estatua de Cristo en la

cima del Corcovado, y asistió a una ceremonia de *macumba* (el vudú brasileño), absorto por la cálida luz del sol y los ritmos de la samba. Era un turista típico, pero se puso en contacto con diversos funcionarios importantes e inversores privados en el negocio del turismo, se reunió con el ministro de Turismo local y se presentó como inversor interesado en empresas turísticas en Brasil. Así consiguió unas cuantas cartas de recomendación para figuras importantes del negocio del turismo de Sao Paulo.

Kunzle llegó a Sao Paulo e inmediatamente encontró el puerto deportivo de Cukurs. Al lado del muelle, un poco apartado de los barcos de recreo, vio un antiguo hidroavión y, junto a él, a un hombre alto y esbelto que llevaba un mono de piloto: Herberts Cukurs.

Kunzle se acercó a la bonita chica alemana que vendía los billetes para las excursiones en barco de Cukurs y le pidió información sobre el turismo de la zona. No sabía entonces que la joven era la mujer del hijo mayor de Cukurs. La chica admitió que no sabía demasiado de turismo, pero señaló al hombre del mono: «Pregúntele, él le ayudará».

Kunzle se dirigió al piloto y se presentó como inversor austríaco. Hizo algunas preguntas profesionales y Cukurs le respondió de mala gana, pero su actitud cambió cuando Kunzle le propuso contratarle para que le llevase con su avión a dar una vuelta por encima de la ciudad. Unos minutos más tarde estaban en el aire. Los dos hombres tuvieron una charla larga y amistosa; Kunzle sabía hacer amistades. De vuelta, Cukurs le invitó a tomar un chupito de coñac en su barco.

Mientras bebían, Cukurs lanzó de repente una furiosa diatriba contra sus acusadores.

—¿Yo, criminal de guerra? —gritó—. ¡Yo salvé a una chica judía durante la guerra!

Kunzle sospechaba que la indignación de Cukurs era falsa, y que el letón sólo quería provocar su reacción.

—¿Sirvió usted en la guerra? —preguntó Cukurs.

—Sí —respondió Kunzle—, en el frente ruso. —Pero el tono de su respuesta parecía indicar lo contrario: que Kunzle había servido en el ejército, sí, pero desde luego no en el frente ruso. También se desabrochó la camisa y le enseñó a Cukurs una cicatriz que tenía en el pecho—. De la guerra —dijo, sin añadir más.

Kunzle evaluó con rapidez a su anfitrión. Cukurs estaba en mala situación económica: el mono raído, el avión destartado, el penoso estado de los barcos: todo indicaba un nivel de vida bajo. Kunzle se dio cuenta de que tenía que hacer creer a Cukurs que él, Kunzle, era la oportunidad para solucionar sus problemas, un hombre que podía aportarle grandes beneficios. Por tanto, siguió hablando de su empresa y sus socios, y de sus grandiosos proyectos para invertir mucho dinero en turismo en Latinoamérica. Insinuó que Cukurs quizá pudiera unirse al grupo, ya que conocía bien el escenario turístico brasileño.

Cukurs parecía interesado en las palabras de su invitado, pero Kunzle se puso en pie de repente.

—Bueno —dijo—, ya no le molesto más. Debe de estar usted muy ocupado.

—No, no, en absoluto —replicó Cukurs, y sugirió a Kunzle que se pasara por su casa algún día, después del trabajo, «para poder discutir nuestros intereses comunes».

El contacto ya se había establecido, y se había lanzado el anzuelo. Ahora había que convencer a Cukurs para que se lo tragase.

Aquella noche Kunzle despachó un telegrama codificado a Yoske Yariv, en el que usó por primera vez el nombre en clave que Yariv había elegido para Cukurs: el Difunto.

Cukurs también escribió algo aquella noche. Cogió la lista de sus enemigos más peligrosos y anotó en ella otro nombre: Anton Kunzle.

Una semana más tarde, un taxi se detuvo junto a una casa en el barrio de Riviera, en Sao Paulo. La casa era modesta, pero protegida como una fortaleza: estaba rodeada por un muro y alambre de espinos, la entrada cerrada por una cancela de hierro junto a la que se encontraba un joven con un perro de aspecto fiero.

Kunzle pidió al joven (que resultó ser uno de los hijos de Cukurs) que informase de su llegada al piloto. Cukurs le recibió con calidez, le enseñó la casa, le presentó a su mujer, Milda, y luego abrió un cajón y mostró a Kunzle unas quince medallas de la guerra. Muchas de ellas estaban adornadas con una esvástica.

Luego abrió otro cajón y enseñó al asombrado Kunzle su armería privada: tres revólveres pesados y un rifle semiautomático. Cukurs reveló con orgullo

que el servicio secreto brasileño le había dado permiso para tener todas aquellas armas. «Sé defenderme», añadió.

Kunzle se tomó las palabras de Cukurs como una amenaza velada. Si intentas hacerme daño, parecía decir su anfitrión, debes saber que estoy armado y soy peligroso.

Cukurs tuvo una idea repentina:

—¿Por qué no viene conmigo y recorremos mis granjas? Están en el campo, podemos pasar la noche allí.

Kunzle accedió de buen grado, pero de camino a su hotel se detuvo en una ferretería y compró una navaja automática. Por si acaso.

Unos días más tarde, los dos se subieron en un coche alquilado por Kunzle y se dirigieron hacia las montañas.

Fue un viaje extraño y tenso. Anton Kunzle, armado sólo con un cuchillo, temía a Cukurs y sin embargo estaba decidido a tentarle con la perspectiva de dinero fácil y conducirlo a la muerte.

Y sentado en el coche a su lado estaba Herberts Cukurs, fuerte, serio pero pobre; sospechaba de su nuevo amigo e iba armado con un arma pesada, pero al mismo tiempo era incapaz de resistir el cebo que Kunzle agitaba ante él.

Kunzle pensó que al final quizá fuese él la víctima de aquel juego del gato y el ratón; tal vez Cukurs no se hubiese creído su tapadera, quizá le llevaba a la montaña para matarle allí.

Por el camino visitaron una granja muy descuidada y, de repente, Cukurs sacó el rifle semiautomático de su bolsa; Kunzle se inquietó. ¿Por qué llevaba Cukurs dos armas, una pistola y un rifle?

—¿Y si hacemos una competición de tiro? —le preguntó Cukurs.

Kunzle lo entendió de inmediato: Cukurs quería valorar su habilidad como antiguo luchador del frente ruso y ver si sabía disparar o no. El letón sujetó una diana de papel a un árbol, cargó el rifle y disparó diez balas en rápida sucesión. Los disparos se agruparon en un agujero de diez centímetros de diámetro. Cukurs sacó de su bolsa una segunda diana de papel, cargó de nuevo el rifle y se lo tendió a Kunzle. Éste, veterano del ejército británico y del FDI, era un excelente tirador. Cogió el arma y sin casi apuntar realizó los diez disparos, formando un agujero de tres centímetros de diámetro. Cukurs asintió con gesto aprobador.

—Excelente, Herr Anton —comentó.

Los dos volvieron al coche y viajaron a una segunda granja. Era más grande aún, e incluía un denso bosque y un río donde los caimanes descansaban perezosamente. Cukurs abrió camino hacia el bosque y Kunzle se vio de nuevo asaltado por el temor. ¿Sería una trampa? ¿Le habría llevado allí Cukurs para matarle sin dejar pruebas?

Siguió caminando al lado de él. De pronto pisó una roca, se le soltó un clavo del zapato y se le clavó en el talón. Doblado de dolor, Kunzle se arrodilló y se quitó el zapato. La sangre goteaba de una herida que tenía en el talón.

Cukurs se inclinó también hacia él y sacó el arma. Kunzle estaba a su merced, completamente indefenso. «Ya está —pensó—, ha llegado mi último momento». El letón le iba a disparar como a un perro. Pero Cukurs le tendió el arma.

—Use la culata —dijo—, vuelva a clavarlo.

Kunzle cogió la pistola. De repente, los papeles se habían invertido. Estaban solos en una granja en la montaña. No había ni un alma viviente a varios kilómetros a la redonda. El arma estaba cargada; podía eliminar a Cukurs en ese mismo momento, apuntarle con el arma y, sencillamente, apretar el gatillo.

Pero por el contrario, se inclinó y golpeó con fuerza el extremo puntiagudo del clavo y luego devolvió el arma a su propietario.

Al hacerse de noche, los dos hombres llegaron a una cabaña destartalada e improvisaron una cena con algo de comida que habían llevado. Extendieron sus sacos de dormir en unas viejas camas de hierro y Kunzle vio que Cukurs se metía el arma debajo de la almohada. Turbado por pensamientos ominosos, sacó el cuchillo de su bolsillo y lo dejó preparado, pero fue incapaz de dormir.

En plena noche, oyó un ruido procedente de la cama de Cukurs. El nazi se levantó, cogió su arma y salió sin hacer ruido. ¿Por qué?, pensó Kunzle, que aguzó el oído acechando los sonidos del exterior, y de repente oyó un ruido fácilmente reconocible. Cukurs estaba de pie fuera, orinando. Sin duda había animales salvajes en los alrededores.

Al día siguiente regresaron sanos y salvos a Sao Paulo. Kunzle dejó escapar un suspiro de alivio cuando volvió a su hotel.

Durante la semana siguiente, Kunzle invitó a Cukurs a bares y restaurantes selectos y a clubes nocturnos caros. Notó la mirada hambrienta de Cukurs y se dio cuenta de que habían pasado años desde la última vez que el hombre había disfrutado de todos aquellos placeres que el dinero podía comprar. El siguiente movimiento fue pedir a Cukurs que le acompañara en diversos vuelos nacionales, con los gastos pagados por Kunzle, por supuesto. Visitaron varias localidades turísticas importantes y Cukurs disfrutó de la mejor comida y el mejor alojamiento.

Entonces Kunzle sugirió que viajasen a Montevideo, la capital de Uruguay. Sus socios, decía, querían establecer el centro de sus negocios en Sudamérica y él deseaba comprobar la disponibilidad de edificios de oficinas y otras instalaciones. Incluso estaba dispuesto a pagar el nuevo pasaporte de Cukurs.

Kunzle voló a Montevideo y unos días más tarde Cukurs se reunió con él. Pero las sospechas del letón no se habían disipado, y se llevó la cámara con él. Al salir del avión en el aeropuerto de Montevideo vio a Kunzle, que le esperaba. Cukurs sacó la máquina e hizo varias fotos a Kunzle, cogiéndole por sorpresa. Su amigo, socio y capitalista se había convertido, a sus ojos, en el sospechoso principal de una conspiración para asesinarle.

Mientras tanto, Kunzle había alquilado un enorme coche estadounidense. Su color le molestaba un poco (era de un rosa chillón), pero era el único disponible en la agencia de alquiler. También había reservado habitaciones para ambos en el mejor hotel de la ciudad, el Victoria Plaza. Pasaron unos cuantos días en Montevideo, buscando un edificio que pudiera servir como sede de la empresa de Kunzle. No encontraron ningún sitio, pero disfrutaron de unas vacaciones de ensueño. Kunzle invitó a Cukurs a los mejores restaurantes, le llevó a clubes nocturnos, a visitar los lugares más interesantes, al casino, donde compartió sus ganancias con su invitado. Cukurs estaba encantado. Finalmente se separaron y Kunzle partió hacia Europa, después de prometer a Cukurs que volvería al cabo de unos meses para continuar desarrollando su proyecto. Cukurs regresó a Sao Paulo, donde le dijo a su mujer que en Montevideo alguien le había estado siguiendo, de modo que tenía que permanecer alerta y dispuesto para defenderse.

En París, Kunzle se reunió de nuevo con Yariv y sus amigos, e inmediatamente empezaron a preparar la operación. Se decidió que Cukurs sería ejecutado en Montevideo, por varias razones: en Brasil, Cukurs estaba protegido por la policía local y eso podía crear algunos problemas; la

numerosa comunidad judía era vulnerable a los ataques de neo nazis o alemanes que quisieran vengarse y, finalmente, la pena de muerte aún era legal, y si cogían y juzgaban a un grupo especial de operaciones, podían ejecutarlos.

El grupo especial de operaciones contaba con cinco agentes, y estaba encabezado por Yoske Yariv en persona. Uno de los agentes era Ze'ev Amit (*Slutzky*), primo del *ramsad*, Meir Amit; los otros miembros eran Kunzle, Arye Cohen (no es su nombre real) y Eliezer Sudit (*Sharon*), que también tenía un pasaporte australiano a nombre de Oswald Taussig.

Los miembros del equipo llegaron a Montevideo en febrero de 1965. Oswald Taussig alquiló un Volkswagen verde y también una casita pequeña, la casa Cubertini, en la calle Cartagena, en el barrio de Carrasco. En el último momento Yariv le encargó una tarea truculenta: comprar un baúl grande, como los baúles de viaje que se usaban en el siglo diecinueve. Éste se usaría como ataúd improvisado para el cuerpo del nazi una vez concluida la operación.

Kunzle invitó de nuevo a Cukurs a Montevideo.

El 15 de febrero de 1965, Cukurs se dirigió a la comisaría central de la policía, donde le recibió un oficial, Alcido Cintra Bueno Filho.

—Soy un hombre de negocios —explicó el letón—. Durante varios años he estado bajo la protección de la policía brasileña, porque tenía motivos para temer por mi vida. Ahora, un socio de negocios europeo me pide que viaje a Montevideo para reunirme con él. ¿Qué opina, puedo viajar a Uruguay? ¿No será arriesgado?

—¡No vaya! —le conminó el oficial con firmeza—. Aquí vive en paz porque nosotros le protegemos, pero no lo olvide: en el momento en que salga de Brasil, ya no estará protegido. Se expone a sus enemigos. Y si tiene enemigos, supongo que no le habrán olvidado.

Cukurs pensó un poco, pareció dudar, pero al final se levantó y dijo:

—Siempre he sido valiente. No tengo miedo; sé defenderme. Siempre llevo un arma y créame: a pesar de todos los años que han pasado, todavía soy un buen tirador.

Kunzle se reunió con Cukurs en Montevideo el 23 de febrero. La trampa ya estaba montada. Kunzle llevó a Cukurs en un Volkswagen negro alquilado hasta la casa Cubertini, donde le esperaba el equipo. De camino se detuvieron

varias veces para examinar algunas casas que podían usarse como oficina para la empresa. Finalmente, llegaron a la casa Cubertini y vieron a unos hombres que estaban reformando la casa vecina. El coche verde de Taussig, que también era un Volkswagen, estaba aparcado ante la casa. Kunzle apagó el motor, salió del vehículo y se dirigió hacia la puerta seguido por Cukurs. Kunzle abrió la puerta y vio una imagen terrorífica: en la casa a oscuras, los miembros del grupo especial de operaciones estaban pegados a las paredes, vestidos sólo con calzoncillos. Sabían que no podrían doblegar a Cukurs sin una lucha encarnizada, así que se habían desnudado para que su ropa no quedase manchada de sangre. Había algo terrible en la imagen de un grupo de gente en calzoncillos, esperando en la oscuridad a su víctima.

Kunzle se desplazó a un lado y Cukurs entró en la casa. En cuanto dio un paso, Kunzle cerró de golpe tras él. Tres hombres saltaron encima de Cukurs. Ze'ev Amit intentó cogerle por la garganta, tal y como le habían enseñado en París, mientras los otros le asaltaban desde ambos lados.

El letón se resistió, consiguió sacudirse a sus atacantes y se dirigió hacia la puerta. Llegó a mover el picaporte y luego intentó sacar el arma que llevaba en el bolsillo, al tiempo que gritaba en alemán:

—*Lassen Sie Mich sprechen!* (¡Déjenme hablar!).

Durante la lucha, Yariv intentó taponarle la boca a Cukurs con la mano para evitar que gritase. Él le mordió ferozmente y casi le arranca un dedo. Yariv gritó, dolorido; en aquel momento Amit cogió un pesado martillo de construcción y descargó un golpe en la cabeza de Cukurs. La sangre brotó de la herida. Los cuerpos de atacantes y víctima se convirtieron en un convulso montón en el suelo, mientras Cukurs intentaba desesperadamente sacar el arma. Fue cuestión de segundos: Arye apretó su arma contra la cabeza de Cukurs y disparó dos veces; el silenciador ahogó el sonido.

El cuerpo de Cukurs se derrumbó y su sangre manchó sus ropas y las baldosas del suelo. Los miembros del equipo también estaban cubiertos de sangre.

Oswald Taussig corrió al jardín y abrió la tubería principal del agua. Sus amigos se quitaron la sangre de encima y luego limpiaron el suelo y las paredes, pero aun así, en las baldosas seguía habiendo grandes manchas de sangre.

Uno de los miembros del equipo aseguraría después que su intención había sido capturar a Cukurs vivo y llevarle ante una corte marcial

improvisada antes de ejecutarle. Pero la mala planificación o una burda subestimación de la fuerza física del letón convirtieron la misión en un baño de sangre repulsivo, que no estaba planeado y era innecesario. El agente del Mossad había alquilado la casa de la calle Cartagena en el último momento, y compraron el baúl de viaje en el último momento también. En lugar de saltar sobre su víctima en calzoncillos, los agentes del Mossad podían haberle disparado directamente. Pero como nos dijeron algunos de los miembros del grupo especial de operaciones, la misión se había cumplido.

Los agentes colocaron el cuerpo de Cukurs en el baúl, para que la policía creyera que habían pensado secuestrarle y sacarle de Uruguay. Luego dejaron una carta escrita a máquina en inglés encima del cuerpo, que habían preparado de antemano: «Considerando la gravedad de los crímenes de los cuales se acusaba a Herberts Cukurs, sobre todo su responsabilidad personal en el asesinato de 30.000 hombres, mujeres y niños, y considerando la terrible crueldad mostrada por Herberts Cukurs al llevar a cabo esos crímenes, condenamos al mencionado Cukurs a muerte. El acusado fue ejecutado el 23 de febrero de 1965 por “los que nunca perdonarán”».

El equipo salió de aquel edificio y se fue en los dos Volkswagen de alquiler. En la casa vecina, los trabajadores seguían martilleando y haciendo ruido: no habían oído nada. A Yariv le dolía terriblemente la mano. Hasta el día de su muerte no pudo volver a usar por completo uno de los dedos. Taussig y Kunzle devolvieron los coches y dejaron sus hoteles. Todo el equipo partió hacia Montevideo y luego regresaron por rutas enrevesadas hacia Europa e Israel. Ze'ev Amit volvió a París «herido en cuerpo y en alma». Terribles pesadillas le acosaron durante muchos meses, y no pudo superar su conmoción y su dolor.

Cuando todos los miembros del grupo especial de operaciones hubieron dejado Latinoamérica, un agente del Mossad llamó a las agencias de noticias de Alemania e informó de la ejecución de un criminal nazi en Montevideo por «los que nunca perdonarán».

Los periodistas que recibieron el mensaje lo desecharon de inmediato, creyendo que se trataba de una broma. Al ver que no ocurría nada, los agentes del Mossad prepararon un mensaje mucho más detallado y creíble y lo enviaron a las agencias de noticias y a un reportero de un periódico de Montevideo, que alertó a la policía. El 8 de marzo, más de diez días después de que mataran a Cukurs, la policía llegó al fin a la casa Cubertini.

Al día siguiente la prensa mundial anunciaba, con grandes titulares, el descubrimiento del cuerpo de Cukurs en una casa vacía en Montevideo. En los medios de comunicación se citaban dos nombres como sospechosos del asesinato: Anton Kunzle y Oswald Taussig. Pocos días después, una revista semanal de Río de Janeiro publicaba una enorme foto de Anton Kunzle que había tomado Cukurs. La revista llamaba a Kunzle «el austríaco sonriente». La foto fue reproducida en la primera página del periódico israelí *Maariv* y algunos amigos del agente del Mossad identificaron de inmediato a Anton Kunzle.

Al cabo de unos días, llegó una carta a casa de Cukurs, un precario intento de Anton Kunzle por cubrir sus huellas.

Mi querido Herberts:

Con la ayuda de Dios y de algunos de nuestros compatriotas, he llegado sano y salvo a Chile. Ahora estoy descansando después de un viaje agotador y estoy seguro de que tú también volverás pronto a casa. Mientras tanto, he descubierto que nos han seguido dos personas, un hombre y una mujer. Debemos tener mucho cuidado y tomar todas las precauciones posibles. Como ya te he dicho, corres un gran riesgo trabajando y viajando bajo tu propio nombre. Podría ser desastroso para nosotros, y también conducir a que se descubriese mi verdadera identidad.

Así que espero que las complicaciones en Uruguay te hayan enseñado una lección para el futuro y que ahora seas más prudente. Si notas algo sospechoso en tu casa o por los alrededores, recuerda el consejo que te di: escóndete entre los hombres de Von Leed [un líder nazi que había huido a El Cairo con un grupo de exiliados alemanes] durante un año o dos, hasta que se aclare el tema de la amnistía.

Cuando recibas esta carta responde a la dirección que ya conoces en Santiago de Chile.

Un abrazo,

ANTON K.

La carta, por supuesto, no engañó a nadie. La mujer de Cukurs, Milda, fue categórica: Kunzle era el asesino.

La mayor parte de los participantes en la muerte de Cukurs ha muerto ya. Ze'ev Amit, a quien los autores de este libro conocían bien, murió en la guerra de Yom Kippur, en 1973.

Su misión sirvió para algo: los parlamentos de Alemania y Austria rechazaron el estatuto que limitaba los crímenes nazis.

Años más tarde, el antiguo *ramsad* Isser Harel llamó a uno de los autores de este libro y le dijo que un buen amigo suyo quería verle. No le dio detalles, sólo una dirección en el norte de Tel Aviv. El autor encontró allí una casita muy pulcra. Un hombre robusto y calvo, con gafas, le abrió la puerta. El autor le reconoció de inmediato.

—*Guten Abend, Herr Kunzle* —le dijo al hombre.

CAPÍTULO DOCE

La búsqueda del Príncipe Rojo

El 5 de septiembre de 1972, a las 4.30 de la madrugada, ocho terroristas armados y con gafas de esquiar irrumpieron en el apartamento del equipo israelí de los Juegos Olímpicos de Múnich. Mataron a Moshe Weinberg, el entrenador del equipo de lucha, que intentó impedirles el paso, y a Joe Romano, campeón de halterofilia. Algunos atletas, despertados por los gritos y los disparos, huyeron saltando por las ventanas; nueve fueron tomados como rehenes por los terroristas.

Llegó la policía alemana, seguida por periodistas, fotógrafos y gente de la televisión que cubría el drama que se estaba desarrollando en la villa olímpica. Por primera vez en la historia, el mundo entero contempló en vivo en las pantallas de sus televisores un ataque terrorista homicida. También lo vio Golda Meir, primera ministra de Israel, a la que despertó su ayudante militar. Golda se sentía atrapada: el ataque había ocurrido en un país amigo y la responsabilidad de rescatar a los rehenes recaía sobre los hombros de Alemania. Las autoridades del estado de Baviera, donde había tenido lugar el ataque, rechazaron educadamente la sugerencia de Israel de enviar la Sayeret Matkal, la mejor unidad de comandos israelí. «No tienen por qué preocuparse —dijeron los alemanes a los representantes israelíes—, liberaremos a todos los rehenes».

Pero Alemania carecía de experiencia, creatividad y valor para enfrentarse a una organización terrorista artera y mortal. Después de una fatigosa negociación entre los terroristas y las autoridades alemanas, que duró un día entero, los terroristas y los rehenes fueron conducidos al aeropuerto de Fürstenfeldbruck, en las afueras de Múnich. Allí los alemanes habían prometido a los terroristas que podrían abordar un avión que los llevaría al destino que eligieran, pero en realidad la policía había preparado una trampa infantil y precaria en el aeropuerto. Colocaron allí un avión de Lufthansa vacío y sin tripulación, y unos tiradores incompetentes en los tejados. El líder

de los terroristas fue a inspeccionar el avión. ¿Ésa era la aeronave que iba a despegar al cabo de unos pocos minutos, sin tripulación y con los motores fríos? Los terroristas se dieron cuenta al instante de que les estaban engañando, así que abrieron fuego y lanzaron granadas de mano. Durante el tiroteo que siguió con la policía, asesinaron a todos los rehenes. También murió un oficial de la policía alemana, así como cinco de los ocho terroristas (los otros tres serían capturados, aunque liberados poco después, tras el secuestro de un avión de Lufthansa por parte de la organización terrorista). El general israelí Zvi Zamir, que acababa de reemplazar a Meir Amit como *ramsad*, contempló impotente el sangriento drama desde la torre de control. La primera ministra Golda Meir le había enviado a Múnich, pero no tenía poderes para interferir en la operación alemana. Sus anfitriones le aseguraron que su plan era excelente, que sólo tenía que observar y lo vería. Lo que vio el *ramsad* fue la matanza de los atletas israelíes. Entonces se dio cuenta de que Israel tenía un nuevo enemigo: una organización terrorista que se autodenominaba Septiembre Negro.

Septiembre Negro. Así habían bautizado los terroristas palestinos el mes de septiembre de 1970, en el cual el rey Hussein de Jordania mató a miles de los suyos en su reino. A lo largo de los años transcurridos desde la guerra de los Seis Días en 1967, los terroristas habían ido recuperando gradualmente el control de grandes áreas del territorio de Jordania y muchos barrios de la capital, Ammán. Ciudades y pueblos a lo largo de la frontera israelí se habían convertido en bases suyas, y paseaban por las calles con sus armas. Rechazaban la autoridad del rey Hussein y poco a poco se habían convertido en los auténticos amos de Jordania. El rey lo sabía, pero no hacía nada. En una de sus visitas a un campamento del ejército, vio un sujetador que ondeaba como una bandera en la antena de un tanque.

—¿Qué es esto? —preguntó, furioso.

—Eso significa que somos mujeres —replicó el comandante del tanque, que era un hombre—. Usted no nos deja luchar.

Finalmente, Hussein explotó: no seguiría escondiendo la cabeza bajo tierra como un avestruz mientras su reino se le escurría entre los dedos. El 17 de septiembre de 1970, el rey envió a su ejército contra las bases y los campamentos terroristas. Fue una matanza horrible: dispararon a los terroristas en las calles, los cazaron, los capturaron y los ejecutaron sin juicio. Algunos de ellos encontraron asilo en campos de refugiados palestinos, pero la artillería jordana los bombardeó sin ningún tipo de miramiento, matando a

miles de personas. Grupos de terroristas presa del pánico cruzaron el río Jordán y se rindieron al ejército israelí: preferían pudrirse en sus prisiones que morir por las armas jordanas. Durante la matanza, la mayoría de los terroristas supervivientes huyeron a Siria y Líbano. Hasta el día de hoy, el número de terroristas muertos en Septiembre Negro sigue siendo una incógnita; las cifras oscilan entre las 2.000 y las 7.000 personas.

Yassir Arafat, jefe de Al Fatah, la principal organización terrorista palestina, se obsesionó con la venganza y creó una organización interna secreta en el interior de Al Fatah, un movimiento clandestino dentro del movimiento clandestino. Ni siquiera los miembros regulares de Al Fatah y sus comandantes conocían su existencia. La llamaron Septiembre Negro». Esa organización no se atenía a las líneas de conducta «respetables» que Arafat estaba intentando imponer a su grupo para obtener el reconocimiento y la simpatía internacional. Sería un grupo cruel, implacable, que atacaría a los «enemigos del pueblo palestino» sin misericordia y de todas las formas posibles. Formalmente, Septiembre Negro no existía y Arafat podía negar cualquier conexión con él, pero en secreto era su creador y su líder. Nombró jefe de la organización a Abu Yussef, uno de los principales comandantes de Al Fatah, mientras que el jefe de operaciones sería Ali Hassan Salameh, un joven con ideas fanáticas, pero también intrépido y listo. Ali era hijo de Hassan Salameh, el último comandante supremo de las fuerzas palestinas durante la guerra árabe-israelí de 1948. Hassan Salameh murió en combate y su hijo Ali juró continuar la lucha de su padre.

Las primeras operaciones de Septiembre Negro no preocuparon demasiado a Israel, ya que iban dirigidas sobre todo contra Jordania. Los terroristas pusieron una bomba en las oficinas en Roma de la compañía aérea nacional jordana; atacaron la embajada de Jordania en París con cócteles molotov; secuestraron un avión comercial jordano que se dirigía a Libia; sabotearon la embajada jordana en Berna, una fábrica de material electrónico en Alemania, depósitos de petróleo en Hamburgo y Rotterdam, y en el sótano de una casa de Bonn asesinaron a cinco agentes secretos jordanos. Su operación más terrible fue el asesinato del antiguo primer ministro jordano Wasfi Al-Tal en el vestíbulo del hotel Sheraton de El Cairo. Uno de los asesinos se agachó sobre el cuerpo y lamió la sangre de la víctima.

Con la victoria de Israel en la guerra de los Seis Días de 1967, los terroristas emprendieron la tarea de continuar la guerra contra el Estado judío. Secuestraron aviones, cruzaron la frontera de Israel y asesinaron a civiles,

colocaron bombas y cargas explosivas en las grandes ciudades... El Shabak y el Mossad tenían que luchar contra un nuevo enemigo, penetrar en las organizaciones terroristas, frustrar sus planes y arrestar a sus activistas. La principal organización a la que Israel tenía que enfrentarse era Al Fatah, no Septiembre Negro.

Pero pronto Septiembre Negro cruzó los límites que había establecido originalmente para sus actividades y empezó a actuar contra naciones occidentales: primero y ante todo contra Israel.

La matanza de Múnich constituyó su primer y sangriento asalto.

Y así fue como Ali Hassan Salameh se ganó su sobrenombre. Él era el cerebro que se encontraba detrás de la operación de Múnich. Entre los terroristas se extendieron los rumores sobre su obsesión por el asesinato y la sangre, y empezaron a llamar al hijo de Hassan Salameh «el Príncipe Rojo».

A principios de octubre de 1972, dos generales retirados pidieron audiencia con la primera ministra Golda Meir, que había reemplazado a Levi Eshkol tras su repentina muerte en 1969. Eran el nuevo *ramsad*, Zvi Zamir, y el consejero de la primera ministra en asuntos antiterroristas y ex jefe del Aman, Aharon Yariv.

Golda Meir se había quedado traumatizada con el asesinato de los atletas israelíes en la «noche de Múnich». «Una vez más, judíos atados e indefensos fueron asesinados en suelo alemán», había dicho. Golda era una mujer fuerte y dura; estaba claro que no permitiría que la matanza de Múnich quedase sin castigo.

Y eso exactamente fueron a proponerle Zamir y Yariv.

Zvi Zamir, flaco, calvo y pecoso, con unos rasgos angulosos que destacaban en un rostro triangular, era un antiguo combatiente del Palmach, pero no se le consideraba un general excepcional. El cargo más elevado que había alcanzado durante su servicio militar era el de comandante del frente sur. Más tarde sirvió como agregado militar y representante del Ministerio de Defensa israelí en Reino Unido y en 1968 fue nombrado *ramsad* para reemplazar a Meir Amit, que había completado su mandato. Muchos criticaron el nombramiento de Zamir, un hombre soso y tímido sin experiencia alguna en operaciones secretas. Al carecer de carisma, no se consideraba a sí mismo jefe del Mossad como Harel y Amit antes que él: prefería actuar como una especie de presidente del consejo de administración y delegar su autoridad en muchos de sus colaboradores de alto rango. Sólo

conseguiría hacerse famoso en la guerra de Yom Kippur (véase el capítulo 14), pero en 1972 no podía alardear de ningún éxito importante. Tampoco gustaba a algunos de los agentes más veteranos del Mossad, como Rafi Eitan, que dejaron el servicio en señal de protesta.

Yariv, igual que Zamir, era un hombre que prefería permanecer entre bastidores y no en primer plano. Fue un buen jefe del Aman durante la guerra de los Seis días, pero era admirado sobre todo por su mente ilustrada y analítica. Esbelto, afable, con gafas, la frente despejada y muy buenos modales, Yariv parecía un erudito profesor más que un jefe del espionaje.

Yariv y Zamir tenían mucho en común. Se suponía que eran rivales, porque sus funciones se solapaban, pero trabajaban en armonía y con confianza mutua. Ambos eran tranquilos, discretos, reservados y bastante tímidos. No les gustaba nada estar en el candelero y eran muy precavidos en sus análisis y sus planificaciones. Pero la idea que presentaron a Golda aquella tarde de octubre era sorprendentemente despiadada: el servicio secreto identificaría y localizaría a los líderes de Septiembre Negro y los mataría. A todos.

Desde Múnich, Yariv y Zamir se habían embarcado en una actividad frenética y habían ido recogiendo datos fiables sobre Septiembre Negro. Acudieron a Golda bien preparados. Septiembre Negro, dijeron, pretendía emprender una guerra total contra Israel. El grupo había jurado matar a tantos judíos como pudiera: militares, civiles, mujeres y niños. La única forma de detenerles era asesinar a sus líderes, uno tras otro. Aplastar la cabeza de la serpiente.

Golda dudó. No era fácil para ella tomar una decisión que suponía enviar a unos jóvenes a una campaña de asesinatos muy arriesgada. Israel no había hecho nunca nada semejante. Meditó durante largo rato y luego empezó a hablar con voz apenas audible, como si lo hiciese para sí misma; mencionó los horribles recuerdos del Holocausto y la trágica marcha del pueblo judío a lo largo de todas las épocas, siempre perseguidos, acosados y masacrados.

Finalmente, levantó la cabeza y miró a Yariv y Zamir.

—Enviad a los chicos —decidió.

Inmediatamente, Zamir empezó a preparar la operación. La llamó Cólera de Dios.

Pero Golda también tenía algo que decir. Como primera ministra de un Estado democrático judío, no podía confiar en la promesa de Yariv y Zamir de que «los chicos» no causarían daño más que a los líderes y los militantes importantes de Septiembre Negro. No bastaba con una promesa. Sabía que tal operación estaría fuera de la ley y que si se relajaba la supervisión civil sobre el Mossad, existía el peligro real de que también se pudiese matar a gente inocente. Por tanto, decidió establecer un férreo control sobre la operación Cólera de Dios. Creó un comité secreto que incluía, además de a ella misma, al ministro de Defensa Moshé Dayán y al viceprimer ministro Yigal Allon, un ex general muy inteligente. Los tres integraron un tribunal secreto con la misión de analizar y aprobar cada caso individual de la operación. Lo llamaron el comité X. Yariv y Zamir debían someter cada expediente y cada nombre a ese trío, y sólo tras obtener su aprobación podía entrar en escena el grupo especial de operaciones del Mossad.

Massada (Cesárea), el departamento operativo del Mossad, recibió el encargo de ejecutar la Cólera de Dios. Lo encabezaba Mike Harari, un agente muy discreto, moreno y con las facciones duras. Casi todos los golpes se iban a llevar a cabo en Europa, donde Septiembre Negro había desplegado a sus hombres, protegidos por sofisticadas tapaderas.

Harari escogió a sus hombres en Kidon, el equipo operativo de Massada. Cada unidad enviada contra un comando de Septiembre Negro estaba compuesta por varios equipos secundarios. Un equipo de seis hombres y mujeres se encargaría de identificar y seguir a los sospechosos. Tenían que asegurarse de que el hombre a quien señalaban como objetivo era el que buscaban. Llegarían a la ciudad donde operaba el terrorista sospechoso, le seguirían, le fotografiarían en secreto, irían conociendo sus costumbres, localizarían a sus amigos, encontrarían su dirección exacta, los bares y restaurantes a los que acudía, sus rutinas, hora tras hora. Una unidad más pequeña, en muchos casos formada sólo por un hombre y una mujer, estaría a cargo de la logística: alquilar apartamentos, habitaciones de hotel y coches. Otro pequeño equipo estaría a cargo de las comunicaciones con el cuartel general operativo avanzado establecido en las respectivas ciudades europeas y con el cuartel general del Mossad en Israel.

El grupo especial de operaciones en sí mismo constaba de varios agentes del Mossad, que eran los últimos en llegar al terreno. Su tarea consistía en dirigirse a una determinada dirección, en un determinado momento, y matar al hombre cuya fotografía y otros detalles identificativos les habían entregado.

Mientras ellos operaban en la ciudad, otro equipo les protegía, un grupo de agentes armados y conductores situados cerca, con vehículos dispuestos para salir corriendo, y con rutas de huida ya ensayadas. Su tarea era proteger (con las armas, en caso necesario) a los miembros del grupo especial de operaciones. Inmediatamente después de terminar la operación, todos los miembros del grupo especial de operaciones y sus destacamentos de seguridad abandonarían el país.

El grupo que identificaba y seguía al sospechoso debía abandonar el país antes de la operación. Los otros podían quedarse unos días más para cubrir las huellas, hacer el equipaje y devolver los coches alquilados utilizados en la operación.

La primera ciudad elegida para una operación de Cólera de Dios fue Roma.

En la Ciudad Eterna, el equipo de avanzadilla identificó y siguió a un hombre a quien nadie habría considerado sospechoso de terrorismo: un empleado de baja categoría de la embajada Libia, un palestino de 38 años nacido en Nablus llamado Wael Zwaiter. Era esbelto, amable y discreto, hijo de un hombre de letras muy conocido y traductor al árabe. El propio Wael era conocido por sus excelentes traducciones de ficción y poesía al y del árabe. También era devoto amante del arte. Trabajaba como intérprete en la embajada Libia por el escaso salario de 100 dinares libios al mes, llevaba una vida modesta y vivía en un diminuto apartamento en la Piazza Annibaliano. Sus amigos le conocían como un hombre moderado, que rechazaba cualquier tipo de violencia y a menudo expresaba su disgusto hacia el terrorismo y las matanzas.

Pero ni siquiera los amigos más íntimos de Zwaiter conocían su secreto: su buen amigo era un fanático cruel que dirigía operaciones de Septiembre Negro en Roma con despiadada decisión. Recientemente había maquinado y llevado a cabo una operación letal: identificó a dos jóvenes inglesas que pasaban los primeros días de sus vacaciones en Roma antes de continuar hacia Israel. Zwaiter instruyó a dos palestinos jóvenes, atractivos y encantadores para que establecieran contacto con las chicas e intentaran seducirlas. Y efectivamente, pronto los jóvenes Casanovas acabaron en el lecho de las inglesas. Cuando se despidieron de sus amantes, uno de los palestinos pidió a su chica que se llevase un pequeño magnetófono, un regalo para su familia, que vivía en Cisjordania. La muy tonta aceptó de inmediato y el magnetófono fue facturado junto con el resto del equipaje de las jóvenes en

el mostrador de El Al del aeropuerto de Roma. No sabían que Zwaiter y sus encantadores amantes las estaban llevando a la muerte. Bajo la supervisión de Zwaiter, los agentes de Septiembre Negro habían cogido el magnetófono, lo habían llenado de explosivos y lo habían vuelto a embalar en una caja nueva. La bomba-trampa estaba programada para explotar en cuanto el avión alcanzase la altura de crucero. El avión y todos sus pasajeros estaban condenados.

Afortunadamente, los terroristas no sabían que después de que un avión de Swissair que se dirigía a Israel hubiese estallado mediante un dispositivo similar, los compartimentos de almacenamiento de los aviones de El Al se habían forrado con una gruesa capa de blindaje, de modo que ninguna explosión pudiese hacer caer el aparato. El reproductor explotó, pero la explosión quedó contenida por el blindaje. El piloto de El Al, alertado por una luz roja intermitente, volvió de inmediato al aeropuerto. Las asombradas chicas inglesas fueron interrogadas y confesaron la relación mantenida con sus amantes palestinos, pero éstos habían abandonado Italia después de despedirse tiernamente de las chicas a las que habían enviado a la muerte.

Los primeros miembros del grupo especial de operaciones llegaron a Roma y siguieron a Zwaiter durante varios días. Una pareja joven paseaba por delante de la embajada libia y cada vez que Zwaiter entraba o salía la mujer tomaba fotos con una cámara escondida en el bolso. Más adelante llegaron a Roma varios «turistas» en distintos vuelos. Uno de ellos, un canadiense de cuarenta y siete años que respondía al nombre de Anthony Hutton, alquiló un coche en Avis y le dijo al dependiente que iba a alojarse en el hotel Excelsior, en la Via Veneto. Si el dependiente hubiese comprobado la información, habría averiguado que en el Excelsior no se alojaba nadie con ese nombre, igual que otros «turistas» que habían alquilado coches aquella misma semana y dado direcciones falsas a las agencias de alquiler.

La noche del 16 de octubre, Zwaiter volvió a casa y estaba a punto de meter una moneda de una lira en la ranura del ascensor. La entrada a la casa estaba oscura y alguien en el tercer piso tocaba una melodía melancólica al piano. De repente, de entre las sombras, surgieron dos hombres y le metieron doce balas de Beretta del 0,22 en el cuerpo. Nadie oyó los disparos; los dos agentes se subieron a un Fiat 125 aparcado en la Piazza Annibaliano y pocas horas después estaban fuera del país.

Ahora que Zwaiter había muerto, su tapadera ya no era necesaria. Un periódico de Beirut publicó su necrológica, firmada por diversas

organizaciones terroristas que lamentaban la muerte de Zwaiter, «uno de nuestros mejores combatientes».

El líder del pequeño grupo que había matado a Zwaiter era un israelí de veintitantos años, David Molad (no es su nombre real). Nacido en Túnez, emigró a Israel de niño. De sus padres, ambos profesores y sionistas, había heredado un perfecto dominio de la lengua francesa y un amor profundo y emotivo por el Estado de Israel, así como un ardiente patriotismo. Desde muy joven soñaba con servir a Israel, incluso a riesgo de su propia vida. En el ejército se ofreció voluntario para una unidad de comando de élite en el FDI, y sorprendió a sus comandantes con su atrevimiento y su creatividad. Tras licenciarse, se unió al Mossad y se convirtió rápidamente en uno de sus mejores agentes, participando en las operaciones más peligrosas. A causa de su dominio del francés podía hacerse pasar por francés, belga, canadiense o suizo. Se casó joven y pronto fue padre de un niño, pero eso no enfrió su decisión de servir en primera línea con los luchadores del Mossad.

Tras la muerte de Zwaiter, Molad pasó unos cuantos días en Israel y luego voló a París.

Pocos días más tarde sonó el teléfono en un apartamento de la Rue Alesia 175, en París. El doctor Mahmoud Hamshari respondió a la llamada.

—¿Es usted el doctor Hamshari, el representante de la OLP — Organización por la Liberación de Palestina— en Francia?

El que llamaba tenía fuerte acento italiano; se presentó como un periodista italiano que simpatizaba con la causa palestina, y pidió una entrevista a Hamshari. Acordaron reunirse en un café, lejos de la casa del palestino. Hamshari, un respetado historiador que vivía en París con su esposa francesa, Marie-Claude, y su hija pequeña, había adoptado en los últimos tiempos precauciones muy estrictas. Cuando andaba por la calle vigilaba si le seguía alguien; salía de los cafés y los restaurantes antes de que le sirvieran, y a menudo comprobaba con sus vecinos si algún desconocido había preguntado por él.

En teoría, no tenía de qué preocuparse. Era un profesor universitario, un hombre moderado, bien integrado en los círculos intelectuales parisinos. «No necesita tomar precauciones —escribió Annie Francos en la publicación semanal *Jeune Afrique*—, porque no es peligroso. Los servicios secretos israelíes lo saben muy bien».

Pero los servicios secretos israelíes conocían unas cuantas cosas más: la participación de Hamshari en el intento de asesinato frustrado de Ben-Gurión en Dinamarca en 1969; su implicación en la explosión en pleno vuelo de un avión de línea de Swissair en 1970, que segó la vida de cuarenta y siete personas; sus conexiones con unos misteriosos jóvenes árabes, que se introducían en su apartamento a escondidas por la noche, cargados con pesadas maletas...

Los servicios secretos israelíes también sabían que Hamshari era ahora el segundo en el escalafón de mando de Septiembre Negro en Europa.

De modo que el día que Hamshari salió para entrevistarse con el periodista italiano, un par de hombres irrumpieron en su apartamento y lo abandonaron quince minutos después.

Al día siguiente, los desconocidos esperaron a que salieran del piso la mujer y la hija de Hamshari y él se quedase solo. El teléfono sonó y él cogió el receptor.

—¿El doctor Hamshari? —Era el periodista italiano otra vez.

—Sí, soy yo.

En ese momento Hamshari oyó un silbido... y después hubo una explosión estruendosa. Una carga explosiva oculta bajo su escritorio estalló y Hamshari se desplomó gravemente herido. Unos días más tarde murió en el hospital, no sin antes culpar al Mossad de su muerte.

Pocas semanas después de la muerte de Hamshari, Mike Harari y un hombre llamado Jonathan Ingleby llegaron a la isla de Chipre y se registraron en el hotel Olympia de Nicosia. Hacía un tiempo que Chipre se había convertido en un campo de batalla entre agentes israelíes y árabes a causa de su situación, cercana a Israel, Siria, Líbano y Egipto. Esta vez, los dos agentes israelíes seguían a un palestino de nombre Hussein Abd el Hir. Pocos meses antes, Septiembre Negro lo había destinado a Chipre como representante. También estaba a cargo de las relaciones con la Unión Soviética y las naciones del bloque del Este, que ahora eran paraíso y refugio seguro de los terroristas. En Rusia, Checoslovaquia, Hungría y Bulgaria, los terroristas palestinos se entrenaban en instalaciones del ejército y de las unidades de fuerzas especiales. Esos países enviaban cargamentos de armas y equipos a las organizaciones terroristas; algunos líderes palestinos, entusiastas partidarios de la ideología soviética, estudiaron en la Universidad Patrice Lumumba de Moscú.

Abd el Hir también estaba a cargo de infiltrar terroristas en Israel y de eliminar a los espías árabes que llegaban a Chipre para reunirse con sus jefes israelíes. El comité X lo sentenció a muerte.

Aquella noche, Abd el Hir volvió a la habitación de su hotel, apagó la luz y se fue a la cama. Jonathan Ingleby se aseguró de que el hombre estaba dormido y luego apretó un botón de un monitor de control remoto. Una explosión tremebunda sacudió todo el hotel. En el tercer piso, un par de israelíes en luna de miel se metieron bajo la cama para protegerse. El recepcionista corrió a la habitación de Abd el Hir y, cuando se disipó el humo, vio una escena terrorífica que le hizo desfallecer: la cabeza ensangrentada de Abd el Hir le miraba encajada en la taza del retrete.

La venganza de Septiembre Negro fue instantánea.

El 26 de enero de 1973, un israelí de nombre Moshe Hanan Ishai se reunió con un amigo palestino en el pub Morrison de la avenida José Antonio en Madrid. Después de salir del pub, dos hombres aparecieron ante ellos y les bloquearon el paso. El palestino escapó, los dos hombres sacaron sus armas, acribillaron a tiros a Ishai y desaparecieron.

Sólo unos días más tarde se estableció que el verdadero nombre de Ishai era Baruch Cohen, veterano agente del Mossad que había establecido una red de estudiantes palestinos en Madrid. El joven con el que se había reunido en el pub era uno de sus informantes, aunque en realidad se trataba de infiltrado en la red por parte de Septiembre Negro. Sus camaradas vengaron la muerte de Abd el Hir arrebatándole la suya a Baruch Cohen.

Septiembre Negro también fue sospechoso de tirotear y herir a otro agente israelí, Zadok Ophir, en un café de Bruselas, y de asesinar al doctor Ami Shechori, agregado de la embajada israelí en Londres, mediante una carta bomba.

Dos semanas después de la muerte de Abd el Hir, Septiembre Negro nombró a un nuevo agente en Chipre. Apenas veinticuatro horas después de llegar a Nicosia, el palestino se reunió con su contacto de la KGB, volvió a su hotel, apagó la luz... y murió de la misma manera que su predecesor.

Arafat y Ali Hassan Salameh decidieron, por tanto, llevar a cabo un acto de venganza masivo. Planearon secuestrar un avión, cargarlo de explosivos y que un comando suicida lo estrellase contra Israel. El avión caería en el centro

de Tel Aviv, matando a cientos de personas. Era una primera versión del atentado del 11 de septiembre contra las Torres Gemelas de Nueva York.

Los informantes del Mossad se enteraron de los preparativos y varios agentes empezaron a seguir en París a un grupo de palestinos que aparentemente estaban a cargo del proyecto. Una noche los agentes observaron que un hombre anciano se había unido al grupo. Despacharon las fotos del hombre al cuartel general de Mossad y el desconocido fue identificado como Basil Al-Kubaissi, importante líder de Septiembre Negro. Kubaissi era un jurista muy conocido, profesor de Derecho en la Universidad Americana de Beirut y erudito muy respetado. Pero también era un hombre secretamente peligroso (como Zwaiter, Hamshari y algunos más). En 1956 había intentado asesinar a Faisal, rey de Iraq, colocando un coche bomba en el camino de la comitiva real; la bomba explotó antes de tiempo y Al-Kubaissi escapó a Líbano y luego a Estados Unidos. Pocos años más tarde intentó asesinar a Golda Meir, que estaba de visita en Estados Unidos. El intento resultó fallido y entonces se propuso asesinar a Meir en la Cumbre Internacional Socialista en París. Fue otro fracaso, pero Al-Kubaissi no cejó en su empeño: se unió al Frente Popular para la Liberación de Palestina y se convirtió en ayudante de George Habash, el líder del grupo. Participó en la planificación de la matanza del 30 de mayo de 1972, en la que un grupo de pasajeros inocentes del aeropuerto de Lod fue atacado por terroristas árabes y japoneses. Murieron veintiséis personas, la mayoría peregrinos portorriqueños que iban a Tierra Santa. Más tarde Al-Kubaissi se unió a Septiembre Negro y en ese momento se encontraba en París, probablemente para dirigir la operación suicida del avión. Se registró en un pequeño hotel de la Rue des Arcades, junto a la Place de la Madeleine.

El 6 de abril, después de cenar en el café de la Paix, Al-Kubaissi volvió a su hotel. En la Place de la Madeleine le esperaba el grupo operativo del Mossad. Dos personas estaban en la calle, dos más en un coche. Uno de ellos llevaba una peluca rubia. Cuando Al-Kubaissi apareció, los dos agentes se acercaron a él y amartillaron sus armas, pero ocurrió algo inesperado. Un llamativo coche se detuvo junto a Al-Kubaissi y una joven muy guapa se asomó por la ventanilla. Intercambiaron unas pocas frases y Al-Kubaissi se metió en el coche, que partió de inmediato. Los frustrados agentes comprendieron que la mujer era una prostituta y que le había ofrecido sus servicios a Al-Kubaissi.

¡Toda la operación iba a fracasar por culpa de una fulana!

Pero el comandante del equipo, que estaba presente, calmó a los desilusionados combatientes. «Esperemos —dijo en tono de seguridad—; seguro que lo vuelve a traer enseguida». No le preguntaron cómo lo sabía, pero el hombre tenía razón: apenas veinte minutos después, el coche estaba de vuelta. Al-Kubaissi se despidió de la prostituta y se dirigió andando hacia su hotel. Había avanzado unos pocos pasos cuando de entre las sombras salieron dos hombres que le bloquearon el paso. Uno de ellos era David Molad.

Al-Kubaissi lo comprendió de inmediato.

—¡No! —gritó en francés—. ¡No lo hagáis!

Nueve balas perforaron su cuerpo y él se derrumbó ante la iglesia de la Madeleine. Los agentes del Mossad subieron al coche destinado a la fuga y se alejaron de la plaza.

Al día siguiente, como en el caso de Zwaiter, el portavoz del Frente Popular para la Liberación de Palestina reveló el auténtico papel que desempeñaba el profesor de Derecho.

En los meses que siguieron, Molad y los miembros del Kidon mataron a varios enviados de Septiembre Negro que habían acudido a Grecia a comprar barcos, cargarlos con explosivos y enviarlos por mar a los puertos de Israel.

Pero una pregunta seguía sin tener respuesta: ¿dónde se encontraba el cerebro de la operación de Múnich? ¿Dónde estaba Salameh?

Salameh estaba en el cuartel general de Beirut, planeando sus siguientes movimientos. El primero era la toma de la embajada israelí en Tailandia por parte de un grupo de Septiembre Negro. Pero la operación fracasó. Amenazados por los duros generales tailandeses y presionados por el embajador egipcio en Bangkok, los terroristas liberaron a sus rehenes y se fueron de Tailandia completamente humillados.

La siguiente operación de Salameh fue más temeraria: sus hombres, armados hasta los dientes, irrumpieron en la embajada saudí en Jartum durante una fiesta de despedida de un enviado europeo y capturaron a casi todo el cuerpo diplomático de la capital sudanesa. Por orden de Arafat, liberaron a la mayoría de los rehenes y se quedaron sólo con el embajador estadounidense, Cleo A. Noel, junto con el subdirector de la misión estadounidense, George C. Moore, y el embajador en funciones belga, Guy Eid. Siguiendo instrucciones de Salameh, los asesinaron con una crueldad espantosa, disparando primero a los pies y las piernas de sus víctimas y luego

levantando poco a poco los cañones de sus fusiles de asalto Kalashnikov hasta que les destrozaron el pecho.

Los terroristas fueron arrestados después de aquella matanza, pero pocas semanas después el gobierno sudanés los liberó.

El mundo reaccionó con ira e indignación al atroz asesinato de los diplomáticos. Israel sentía que ya era hora de asestar un golpe mortal a Septiembre Negro.

En Jerusalén, Golda Meir dio el visto bueno para la operación Primavera de la Juventud, una nueva fase de la operación Cólera de Dios en curso.

En abril de 1973, un turista belga de treinta y cinco años, Gilbert Rimbaud, se registró en el hotel Sand de Beirut. El mismo día otro turista, Dieter Altnuder, llegó al mismo hotel. Esos dos hombres no se conocían entre sí; a ambos les dieron habitaciones con vistas al mar.

El 6 de abril llegaron al hotel tres turistas más: Andrew Wichelaw, atildado e impecablemente vestido, era británico; David Molad, que llegó dos horas más tarde en el vuelo de Roma, mostró un pasaporte belga a nombre de Charles Boussard; George Elder, que llegó por la noche, era británico también, pero muy distinto a su compatriota. Otro turista británico, Charles Macy, se registró en el hotel Atlantic de la playa de El-Baida y, como un auténtico inglés, preguntaba dos veces al día cuál era el pronóstico del tiempo.

Cada uno por su cuenta, los seis hombres visitaron Beirut, recorrieron las calles y se familiarizaron con las principales arterias de tráfico. En las agencias Avis y Lenacar alquilaron tres Buick Skylark, una furgoneta Plymouth, un Valiant y un Renault 16.

El 9 de abril, una flotilla de nueve barcos lanzamisiles y patrulleras de la Marina israelí navegó hasta alta mar y se perdió en las rutas del tráfico marítimo internacional. El lanzamisiles *Mivtah* transportaba una unidad de paracaidistas, bajo el mando del coronel Amnon Lipkin-Shahak, que iba a atacar el cuartel general del Frente Popular para la Liberación de Palestina. Otras dos unidades se habían embarcado en el lanzamisiles *Gaash*: otra sección de paracaidistas y la unidad del Sayeret Matkal, bajo las órdenes del coronel Ehud Barak. Estas dos unidades tenían otra misión. Antes de embarcar, cada una había recibido las fotos de cuatro personas. Tres de ellos eran Abu Yussef, el comandante supremo de Septiembre Negro; Kamal Adwan, el comandante de las operaciones prioritarias de Al Fatah, que

también estaba a cargo de las operaciones de Septiembre Negro en los territorios ocupados israelíes, y Kamal Nasser, el principal portavoz de Al Fatah. Los tres, les dijeron a los soldados, vivían en el mismo edificio de apartamentos en la Rue Verdun.

La cuarta foto era la de Ali Hassan Salameh. Nadie sabía dónde estaba.

Los comandos llevaban ropa civil. A las 21.30 de la noche, mientras los barcos se acercaban a Beirut, se vistieron con pelucas y ropa *hippie*. Ehud Barak se puso un vestido y adoptó el aspecto de una morena voluptuosa. En el sujetador ocultó varias cargas explosivas.

De la oscuridad emergieron varios botes de goma que se dirigieron hacia la desierta playa de Beirut, transportando a los paracaidistas desde los barcos. Frente a ellos vieron seis coches, con uno de los «turistas» detrás de cada volante. Cada soldado sabía qué coche tenía asignado. En cuestión de minutos, los vehículos se alejaron rápidamente en distintas direcciones: unos cuantos siguieron la ruta que llevaba al cuartel general del Frente Popular; otros, uno de ellos conducido por Molad, se dirigieron al edificio de apartamentos donde vivían los líderes de Septiembre Negro.

La unidad del comando militar que se dirigía hacia el cuartel general del Frente Popular había ensayado antes aquel ataque, usando un edificio en construcción en un barrio residencial de Tel Aviv. Una noche, mientras el jefe del Estado Mayor David (*Dado*) El'azar asistía para observar el entrenamiento, se acercó a él un joven y apuesto teniente, Avida Shor.

—Vamos a usar 120 kilos de explosivos para volar el edificio de Beirut —explicó Avida—, pero lo cierto es que es innecesario y peligroso. La explosión podría afectar a los edificios colindantes, y hay muchos civiles allí. —Sacó una libreta de su bolsillo—. He hecho algunos cálculos; deberíamos usar sólo 80 kilos de explosivos; así el edificio se derrumbará sin dañar a personas inocentes de otras casas.

El'azar hizo que comprobaran las cifras y accedió a la sugerencia de Shor; para ello, dio instrucciones al comandante de la operación de que usara una carga de no más de 80 kilos.

Los paracaidistas alcanzaron el cuartel general del Frente Popular. Tras un breve tiroteo, en el cual murieron dos comandos israelíes, los paracaidistas se apoderaron del vestíbulo principal del edificio y colocaron allí los ochenta kilos de explosivos. La explosión convirtió el edificio en un montón de ruinas y mató a muchos terroristas, pero nadie de las casas vecinas resultó herido.

Uno de los comandos que murieron fue el teniente Avida Shor.

Al mismo tiempo, otras unidades de paracaidistas y comandos navales atacaron varios campamentos terroristas al sur de Beirut, en una maniobra de distracción destinada a atraer la respuesta de los terroristas y del ejército libanés. Pero no hubo tal respuesta.

En aquel preciso momento, los comandos del Sayeret Matkal llegaban al edificio de la Rue Verdun. Estaban a punto de entrar cuando pasaron cerca dos oficiales de la policía libanesa; pero lo único que vieron fue a una pareja de amantes besándose tiernamente en la acera. El Romeo no era otro que Muki Betzer, uno de los mejores luchadores del Sayeret, y su curvilínea Julieta era Ehud Barak. En cuanto los policías hubieron girado en la esquina, los israelíes entraron en el edificio, e irrumpieron simultáneamente en los apartamentos de Kamal Adwan, en el segundo piso; Kamal Nasser, en el tercer piso, y Abu Yussef, en el sexto.

Los líderes terroristas no tuvieron ninguna opción. Cuando los paracaidistas irrumpieron en sus pisos, se apresuraron a buscar sus armas, pero los soldados fueron más rápidos. En cuestión de minutos habían muerto tres terroristas. La mujer de Abu Yussef intentó protegerle con su propio cuerpo y la alcanzaron también. Otra de las bajas fue una anciana mujer italiana que vivía en el mismo rellano que el apartamento de Adwan. Oyó los tiros, abrió la puerta... y le alcanzó un disparo de arma de fuego.

Durante la operación, los comandos se llevaron documentos hallados en los armarios y cajones de los líderes de Septiembre Negro. Recogieron a continuación a sus heridos y muertos, corrieron a los coches y se dirigieron a la playa, donde les esperaban los botes de goma.

Al llegar, los seis «turistas» del Mossad aparcaron sus coches de alquiler en una pulcra fila, dejando las llaves en el contacto. Pocos días después, las empresas de alquiler de coches recibieron su pago a través de American Express.

El grupo operativo se reunió en el barco nodriza y navegó hacia Israel. La operación había sido un éxito total. El cuartel general del FPLP ya no existía y los líderes de Septiembre Negro habían muerto, entre ellos Abu Yussef, el comandante de la organización.

Pero los comandos no sabían que apenas a 50 metros de distancia de la Rue Verdun, Ali Hassan Salameh dormía pacíficamente en un apartamento

normal y corriente. Ni se había enterado. Al día siguiente, cuando se anunció la muerte de Abu Yussef, él se convirtió en líder de Septiembre Negro.

Primavera de Juventud anunció el fin de Septiembre Negro: la organización nunca se recuperaría de la muerte de todos sus líderes.

Todos menos uno.

En Tel Aviv, los documentos conseguidos durante la operación Primavera de Juventud ayudaron a resolver un misterio que llevaba dos años preocupando al Mossad: el asunto de la Pascua judía.

En abril de 1971, dos jóvenes francesas muy atractivas habían aterrizado en el aeropuerto de Lod e intentado pasar por inmigración con pasaportes franceses falsos. La seguridad del aeropuerto recibió una advertencia y llevó a las chicas a una sala aparte, donde fueron registradas por mujeres policía y oficiales femeninas del Shabak. El registro reveló algo extraño: la ropa de las mujeres, incluida la ropa interior, pesaba dos veces más de lo que habría debido ser su peso normal. Las policías se dieron cuenta de que esa ropa estaba impregnada de un polvillo blanco; al parecer, la habían sumergido en una solución espesa que lo contenía. Al sacudir y frotar las prendas, cayeron grandes cantidades de polvo, y se encontró más en los tacones de las exquisitas sandalias. Las chicas llevaban unos cinco kilos de polvo blanco que resultó ser un potente explosivo plástico. En una caja de tampones, en la maleta de una de las chicas, la policía encontró numerosos detonadores.

Las chicas confesaron bajo interrogatorio y admitieron que eran hermanas, hijas de un rico hombre de negocios de Marruecos; sus nombres eran Nadia y Madeleine Bardeli. En París un hombre había entrado en contacto con ellas y, como eran aventureras por naturaleza, habían accedido a pasar el polvo de contrabando.

—¿Y quién más está involucrado? —les preguntaron los detectives.

Aquella tarde, varios oficiales de policía asaltaron el pequeño hotel Commodore en Tel Aviv y arrestaron a una pareja de ancianos franceses, Pierre y Edith Bourghalter. Al desmontar el transistor de la pareja, descubrieron que estaba atiborrado de mechas de acción retardada para manufacturar cargas explosivas. Pierre Bourghalter se echó a llorar.

Al día siguiente, sin sospechar nada, el comandante de la operación aterrizó también en Israel: una atractiva mujer francesa, de veintiséis años, con un pasaporte a nombre de Francine Adeleine Maria. Su nombre real era

Évelyne Barges y era muy conocida por el Mossad como terrorista profesional, marxista fanática que había participado ya en diversos atentados terroristas en Europa.

En los interrogatorios de la policía, los miembros del llamado Equipo Pascua confesaron que se proponían colocar explosivo plástico en nueve hoteles importantes de Tel Aviv en el punto álgido de la temporada turística, y matar a todos los turistas e israelíes que pudieran, asestando un fuerte golpe a Israel.

Ese grupo tan simpático acabó en la cárcel, pero el hombre que manejaba los hilos en la oscuridad no fue capturado. Se trataba de Mohamed Boudia, un argelino encantador, actor y director de un teatro de París. De nuevo un doctor Jekyll y Mr. Hyde: un hombre muy culto, intelectual y artista, cuya vida en escena no era más que una tapadera para sus actividades criminales. Era amante de Évelyne Barge y tenía tantos líos amorosos que los agentes del Mossad lo llamaban Barba Azul.

En un principio, Boudia había estado bajo las órdenes de George Habash y el FPLP. Un año después de la captura del grupo de la Pascua judía, se unió a Septiembre Negro y fue nombrado jefe de la organización en Francia. Estuvo implicado en el asesinato de Khader Kanou, reportero sirio en París del que se sospechaba que era informante del Mossad. Boudia estaba a cargo también de las operaciones de Septiembre Negro en Europa, y planeó un ataque a un campo de tránsito para inmigrantes judíos desde Rusia. Después del asesinato de Hamshari, Boudia se volvió extremadamente precavido y seguirle empezó a resultar muy difícil.

En mayo de 1972, un equipo especial de operaciones del grupo Massada llegó a París e intentó localizar a Boudia. Tenían el nombre y la dirección de su nueva amante. Los agentes esperaron pacientemente, ocultos tras la esquina del edificio donde ella vivía. Al final apareció Boudia como salido de la nada y entró, pero al día siguiente, cuando la mayoría de los residentes salieron del edificio para ir a trabajar... ¡él no se encontraba entre ellos! Tras un mes entero de frustración, los agentes notaron algo extraño al comparar sus notas: después de cada una de las tórridas noches que Boudia pasaba con su amante, salía de la casa una mujer alta y gruesa. A veces era rubia, otras veces morena. Al final los agentes resolvieron el acertijo: aprovechando su habilidad como actor, Boudia se disfrazaba de mujer antes de salir del edificio.

Pero sin saber por qué dejó de visitar a su amante y el Mossad le perdió el rastro. La única pista que tenían era que cada mañana viajaba en metro para ir a sus reuniones y que enlazaba con un tren en la estación de Étoile, bajo el Arco de Triunfo. Esa estación de metro era un centro de comunicaciones importante: por ella pasaban muchos trenes y millones de personas se desplazaban por sus pasadizos subterráneos, para hacer transbordo entre líneas. ¿Cómo encontrar allí a Boudia, «el hombre de las mil caras»?

Pero no había elección. Se alertó a agentes del Mossad de toda Europa; montones de israelíes recibieron fotos de Boudia y se situaron en los pasillos, pasadizos, vestíbulos y plataformas de la gigantesca estación de Étoile. Pasó un día, luego dos, después tres, y no ocurrió nada. Pero el cuarto día, uno de los agentes vio a Boudia: disfrazado, maquillado, pero era el hombre que buscaban. Aquella vez se pegaron a él como lapas hasta que se subió a su coche, que tenía aparcado junto a la salida del metro. Siguieron el vehículo y lo vigilaron en su trayecto nocturno, hasta que Boudia entró en una casa de la Rue des Fossés-Saint-Bernard, probablemente donde vivía su nueva amante. A la mañana siguiente, el 29 de junio de 1973, Boudia se acercó a su coche, lo inspeccionó con cuidado desde el exterior, miró bajo el chasis y, aparentemente satisfecho, lo abrió y se sentó en el asiento del conductor. Una ensordecedora explosión convirtió el coche en un montón de chatarra retorcida y ennegrecida y mató a Boudia. Según los periodistas europeos, el *ramsad* Zvi Zamir contempló la explosión desde una esquina de la misma calle.

Pero los jefes del Mossad no tuvieron tiempo de celebrar su éxito. Al cuartel general llegó un mensaje urgente: habían enviado a un mensajero especial de Septiembre Negro, el argelino Ben Amana, a reunirse con Ali Hassan Salameh; Ben Amana cruzó Europa por una ruta extraña y tortuosa y llegó hasta Lillehammer, una ciudad turística de Noruega.

Pocos días después, el grupo especial de operaciones del Kidon, bajo el mando de Mike Harari, estaba ya situado en Lillehammer. Nadie tenía ni idea de lo que estaba haciendo Salameh en aquella tranquila ciudad de montaña. El primer equipo siguió a Ben Amana hasta la piscina de la ciudad y le vio establecer contacto con un hombre que parecía de Oriente Medio. Tres miembros del equipo revisaron las fotos y concluyeron que, sin duda, el hombre era Salameh. Rechazaron la opinión de su cuarto colega, que había oído al hombre hablando con otras personas y señaló que era imposible que Salameh supiera hablar noruego.

Los agentes estaban muy seguros de su identificación. Siguieron a Salameh por las calles de Lillehammer y le vieron en compañía de una joven noruega embarazada.

La operación entró en su fase final. Llegaron más agentes de Israel, Zvi Zamir entre ellos. La eliminación de Salameh iba a ser el último paso de la destrucción total de Septiembre Negro, y Zvi Zamir no quería perderse el final. Los ejecutores iban a ser el ubicuo Jonathan Ingleby, junto con Rolf Baehr y Gerard Emile Lafond. David Molad no participó en esa operación. El equipo de apoyo alquiló coches y habitaciones de hotel. Hay quien mantiene que los residentes en la ciudad notaron de inmediato aquella actividad inusual; la presencia en Lillehammer de tantos «turistas», cuyos coches iban y venían en todas direcciones, no era algo muy frecuente durante el verano.

El 21 de julio de 1973 Salameh y su amiga embarazada salieron de un cine donde habían visto a Clint Eastwood en *El desafío de las águilas*. La pareja cogió el autobús y bajó en una calle tranquila y desierta. De repente, un coche blanco frenó ante ellos, saltaron un par de hombres a la acera, con Berettas en la mano, y dispararon catorce balas a Salameh.

El Príncipe Rojo estaba muerto.

Una vez terminada la operación, Mike Harari ordenó a sus hombres que abandonaran Noruega enseguida. La retirada se hizo según las normas: los asesinos se fueron primero, abandonando su coche blanco en el centro de Lillehammer, y cogieron el primer vuelo que salía de Oslo. La mayor parte de los agentes y Mike Harari fueron los siguientes en irse, dejando atrás a los miembros del equipo que iban a evacuar los pisos francos y devolver los coches de alquiler. Pero una coincidencia inesperada lo trastocó todo. Una mujer que vivía cerca del lugar donde tuvo lugar el tiroteo se fijó en el color (blanco) y la marca (Peugeot) del coche de los asesinos; un oficial de policía, que realizaba un control de carretera entre Lillehammer y Oslo detectó un Peugeot blanco conducido por una mujer muy guapa y se fijó en la matrícula del coche. Al día siguiente, cuando el vehículo fue devuelto en la agencia de alquiler de coches del aeropuerto, la policía arrestó a sus ocupantes: Dan Aerbel y Marianne Gladnikoff. Su interrogatorio condujo al arresto de dos agentes más: Sylvia Raphael y Abraham Gerner. Otros dos agentes fueron arrestados el mismo día. Aerbel y Gladnikoff confesaron bajo el intenso interrogatorio y revelaron información muy confidencial sobre la operación: direcciones de pisos francos en Noruega y en toda Europa, normas de la conspiración, números de teléfono y modus operandi del Mossad. La policía

entró en un apartamento de Oslo y encontró numerosos documentos; también descubrieron que Ig' al Eyal, agente de seguridad de la embajada israelí, tenía conexión con el Mossad. Fue un desastre.

Al día siguiente, los periódicos de Noruega publicaron la noticia del arresto de agentes israelíes. Fue un golpe terrible para el prestigio y la credibilidad del Mossad. Pero además, los medios de comunicación publicaron otra noticia mucho más terrible todavía: el Mossad había matado al hombre equivocado.

El hombre que mataron en Lillehammer no era Ali Hassan Salameh sino Ahmed Bushiki, un camarero marroquí que había emigrado a Noruega buscando trabajo y se había casado con una mujer de allí, la rubia Torril, que estaba embarazada de siete meses.

En todos los periódicos del mundo se publicaron titulares sensacionalistas. Los agentes capturados fueron juzgados y algunos de ellos sentenciados a largas penas de prisión. Una de ellas, Sylvia Raphael, causó una fuerte impresión en los noruegos por su aspecto orgulloso y noble. Su juicio le aportó una recompensa inesperada: se enamoró de su abogado noruego y, cumplida su pena en prisión, se casó y vivió felizmente con él hasta que murió de cáncer en 2005.

Después del fracaso de Lillehammer, los jefes del Mossad tuvieron que limpiar la casa: cambiar las normas de las conspiraciones, abandonar sus pisos francos, establecer nuevos contactos... También se vieron obligados a admitir su responsabilidad en la muerte de Ahmed Bushiki y pagar 400.000 dólares a su familia, pero lo peor fue que la leyenda del glorioso e invencible Mossad había quedado hecha añicos.

Golda Meir ordenó a Zvi Zamir que abandonase la operación Cólera de Dios de inmediato. Pero pronto aquel fracaso quedó oscurecido por acontecimientos mucho más dramáticos: el 6 de octubre, los ejércitos de Egipto y Siria lanzaron un ataque sorpresa sobre Israel. Había empezado la guerra de Yom Kippur (véase el capítulo 14).

Pasaron dos años.

Una agradable tarde de primavera de 1975, una familia de Beirut tenía como invitada a la mujer más bella del mundo. Sin duda Georgina Rizik merecía ese título, pues cuatro años antes había sido elegida Miss Universo en el aparatoso concurso de belleza en Miami Beach, en Florida. La bellísima libanesa consiguió fama, dinero, viajes, entrevistas con líderes mundiales...

De vuelta en Líbano, disfrutaba de una brillante carrera como supermodelo y propietaria de boutiques de moda.

Aquella tarde conoció a un joven atractivo y carismático en casa de una amiga suya. Se enamoraron y dos años después, el 8 de junio de 1977, se casaban. El feliz novio era Ali Hassan Salameh.

Su carrera también había experimentado un vertiginoso ascenso en los años precedentes. A finales de 1973, Septiembre Negro dejó de existir. A pesar del colapso de su organización, Salameh se convirtió en mano derecha e «hijo adoptivo» de Arafat; había rumores que aseguraban que sería nombrado sucesor de Arafat al mando de la OLP.

Tras la caída de Septiembre Negro, Salameh fue nombrado jefe de la Fuerza Diecisiete, unidad al cargo de la seguridad personal de los líderes de Al Fatah y de los golpes poco ortodoxos. Salameh acompañó a Arafat en un viaje a Nueva York, en el que este último entró en la Asamblea de Naciones Unidas con una rama de olivo en la mano, pero también con el arma al cinto. Salameh también estaba al lado de Arafat cuando éste viajó a Moscú y se reunió con poderosos líderes mundiales. Para asombro de Israel, ahora lo cortejaba la CIA.

En otra de sus grandes equivocaciones, la Agencia Central de Inteligencia decidió ignorar el sangriento pasado del Príncipe Rojo, su papel en la masacre de Múnich, el salvaje asesinato de diplomáticos norteamericanos en Jartum bajo su dirección y el hecho de que Salameh era sencillamente uno de los terroristas más peligrosos del mundo, y lo reclutó como informante. La CIA esperaba que se convirtiese en leal sirviente de los intereses estadounidenses. Le ofrecieron cientos de miles de dólares que él rechazó, aunque por otra parte accedió a pasar unas largas vacaciones con Georgina en Hawái, con todos los gastos pagados por la agencia.

El estilo de vida de Salameh había cambiado, y sus amigos empezaron a creer que su vida ya no corría peligro. Pero él sentía que sus días estaban contados y no dejaba de hablar de su muerte. «Sé —le dijo a un periodista— que cuando mi destino esté sentenciado llegará el final. Nadie podrá salvarme».

Israel decidió sentenciarlo.

Muchos cambios se habían sucedido en Israel desde la caída de Septiembre Negro. Golda Meir se había ido y su sucesor, Isaac Rabin, había dimitido; en

ese momento ostentaba el poder un nuevo primer ministro, Menachem Begin. Zvi Zamir había dejado paso como *ramsad* al general Yitzhak (*Haka*) Hofi, antiguo comandante de la región norte. El terror palestino contra Israel continuaba produciendo esporádicos estallidos. En 1976, el secuestro de un avión de Air France que se dirigía a Entebbe, en Uganda, acabó con un audaz rescate por parte de paracaidistas israelíes y del Sayeret Matkal. En 1978, varios terroristas de Al Fatah entraron en Israel, secuestraron un autobús civil y se dirigieron a Tel Aviv. Estaban detenidos en un control de carretera a las afueras de la ciudad cuando finalmente los abatieron, pero antes los terroristas tuvieron tiempo de matar a 35 pasajeros. Hombres, mujeres y niños eran asesinados brutalmente con regularidad en incursiones terroristas en territorio israelí.

Menachem Begin pensaba que no había que dejar en paz a ningún terrorista con las manos manchadas de sangre. A finales de los años setenta, el nombre de Salameh estaba una vez más en la lista de los vengadores.

Enviaron a Beirut a un agente encubierto del Mossad que consiguió hacerse socio del gimnasio donde se ejercitaba Salameh. Un día, mientras entraba en la sauna, se encontró cara a cara con el terrorista desnudo.

Ese descubrimiento asombroso desató un terrible debate en el cuartel general del Mossad. Salameh desnudo en su gimnasio era una presa fácil. Por otra parte, cualquier intento de matarle allí podría tener como resultado la muerte de civiles, así que se abandonó el plan.

Y entonces apareció Erika Mary Chambers.

Se trataba de una inglesa soltera, excéntrica y extraña, que había vivido en Alemania durante los últimos cuatro años. Llegó a Beirut y alquiló un apartamento en el octavo piso de un edificio en la esquina entre la Rue Verdun y la Rue Madame Curie. Sus vecinos la apodaban Penelope. Ella les contó que realizaba trabajo voluntario para una organización internacional que se ocupaba de los niños pobres, y ciertamente se la veía en hospitales y agencias de socorro; algunos incluso dijeron que se había visto con Ali Hassan Salameh. Parecía una mujer muy solitaria. Siempre despeinada, vestida con desaliño, Penelope salía a la calle con platos de comida para los gatos abandonados; se decía que su apartamento estaba lleno de sus amados felinos. También era una pintora apasionada, pero los que vieron sus lienzos se dieron cuenta con rapidez de que su talento era bastante limitado.

Pero además de pintar paisajes libaneses, lo que de verdad interesaba a la señorita Chambers era el ajetreado tráfico de su calle y, más específicamente, el paso diario de dos coches bajo sus ventanas: una furgoneta Chevrolet color marrón siempre seguida por un *jeep* Land Rover. Usando un código, Erika anotaba con meticulosidad los tiempos y las direcciones de los movimientos de los vehículos. Cada mañana venían desde el barrio de Snoubra, bajaban por las calles Verdun y Curie y se dirigían hacia el sur, al cuartel general de Al Fatah; a la hora de comer regresaban y después volvían a aparecer a primera hora de la tarde, cuando se dirigían de nuevo hacia el cuartel general.

Contemplando los coches con unos prismáticos, Erika identificó a Salameh sentado en el asiento trasero del Chevrolet, entre dos guardaespaldas armados, y a otros terroristas armados en el Land Rover que les seguía.

Los guardias de Salameh quizá pudieran protegerle, pero no podían salvarle del peor enemigo de un agente secreto: la rutina. Desde su matrimonio con la bella Georgina, la vida de Salameh seguía un patrón fijo. Se estableció con su mujer en el barrio de Snoubra y cada mañana iba al trabajo a la misma hora, como un oficinista; regresaba a casa para comer y descansar, y volvía al trabajo después de hacer la siesta. Estaba ignorando las normas básicas de la actividad secreta: no mantener hábitos regulares, no permanecer nunca en la misma dirección demasiado tiempo, no usar nunca dos veces el mismo itinerario, no desplazarte nunca a la misma hora del día.

El 18 de enero de 1979, un turista británico, Peter Scriver, llegó a Beirut, se registró en el hotel Mediterranée y alquiló un Volkswagen Golf azul en la agencia Lenacar. El mismo día se reunió con un turista canadiense, Ronald Kolberg, que se alojaba en el Royal Garden y había alquilado un Sima Chrysler, también en Lenacar. Kolberg no era otro que David Molad. El tercer cliente de la popular agencia de alquiler entró en sus oficinas al día siguiente: era Erika Chambers, que pidió un coche de alquiler «para hacer un viaje por las montañas». Escogió un Datsun, que aparcó cerca de su casa.

Aquella noche, tres barcos israelíes se acercaron a una playa desierta entre Beirut y el puerto de Jounieh y dejaron una enorme carga de explosivos en la arena húmeda. Kolberg y Scriver estaban allí; ambos cargaron los explosivos en el Volkswagen.

El 21 de enero Peter Scriver salió de su hotel, fue a la Rue Verdun con su Volkswagen y lo aparcó de modo que se viera desde las ventanas de Erika

Chambers. Luego cogió un taxi hasta el aeropuerto y embarcó en un vuelo a Chipre. Ronald Kolberg dejó también su hotel y se trasladó al Montmartre, en Jounieh.

A las cuatro menos cuarto de la tarde, como de costumbre, Ali Hassan Salameh se introdujo en su Chevrolet. Sus guardaespaldas cogieron el Land Rover y la pequeña caravana se dirigió hacia el cuartel general de Al Fatah. Los coches bajaron por la Rue Madame Curie y giraron en Verdun.

Desde el octavo piso del edificio de la esquina, Erika Chambers les vio aproximarse. Molad estaba a su lado con un dispositivo de control remoto.

El Chevrolet pasó junto al Volkswagen azul; justo en ese momento, Molad apretó el botón del control remoto.

El Volkswagen explotó, convirtiéndose en una enorme bola de fuego. El Chevrolet, engullido por las llamas, explotó a su vez. Fragmentos de metal y esquirlas de cristal salieron disparados hacia arriba con violencia. Las ventanas de las casas colindantes quedaron hechas añicos y los trocitos de cristal llovieron sobre la acera. Los viandantes, horrorizados, contemplaron los cuerpos de los ocupantes del Chevrolet, desperdigados entre los desechos humeantes.

Coches de policía y ambulancias corrieron hacia el escenario y los sanitarios sacaron del retorcido chasis del Chevrolet los cadáveres del conductor, los dos guardaespaldas y Ali Hassan Salameh.

En Damasco, un mensajero entregó a toda prisa un telegrama urgente a Yassir Arafat, que presidía una reunión en el hotel Meridien. Anonadado, éste leyó el telegrama y se echó a llorar.

Aquella misma noche, un bote de goma descargaba desde un barco lanzamisiles israelí que desembarcó en la playa de Jounieh. Ronald Kolberg y Erika Chambers subieron a la embarcación, que les llevó al barco nodriza. Pocas horas después estaban en Israel. La policía libanesa encontró sus coches de alquiler aparcados en la playa, con las llaves en el contacto.

Erika May Chambers era el nombre real de una agente del Mossad, una judía británica que había vivido en Reino Unido y Australia antes de emigrar a Israel, y que fue reclutada por el Mossad cuando estudiaba hebreo en la universidad. Tras su regreso a Israel, nunca más se supo de ella.

Y ése fue el final de la búsqueda y la culminación de la operación Cólera de Dios.

Septiembre Negro fue eliminado.

Muchos años después, salieron a la luz muchos detalles de la operación. El general Aharon Yariv admitió en una entrevista televisiva que había aconsejado a la primera ministra Golda Meir «matar a todos los líderes de Septiembre Negro que pudiéramos». Admitió también que le sorprendió el hecho de que «una operación militar de nuestras fuerzas en Beirut y unos pocos muertos en Europa bastasen para que los líderes de Al Fatah abandonaran el terrorismo en el extranjero. Eso demuestra que acertamos al usar aquel método durante un cierto tiempo».

Pero ese oscuro asunto tuvo un sorprendente y prometedor epílogo. En 1996, unos amigos invitaron al periodista israelí Daniel Ben-Simon a una alegre fiesta en Jerusalén. Allí conoció a un joven palestino, impecablemente vestido y que hablaba inglés con fluidez. Se presentó como Ali Hassan Salameh.

—Ése es el nombre del hombre que tramó la masacre de los atletas israelíes en Múnich —señaló Ben-Simon.

—Era mi padre —contestó el joven—. Fue asesinado por el Mossad. —Le contó al asombrado Ben-Simon que había vivido durante años con su madre en Europa y que finalmente había vuelto a Jerusalén, como invitado de Yassir Arafat—. No hubiese creído nunca —añadió—, que llegaría un día en que estaría bailando con jóvenes israelíes en una fiesta en Jerusalén.

Describió su viaje por todo Israel, la hospitalidad y la calidez que había encontrado en los israelíes, y expresó su deseo de ayudar a reconciliar a israelíes y palestinos.

—Yo soy un hombre de paz al cien por cien —dijo el joven Salameh—. Mi padre vivió en tiempos de guerra y pagó por ello con su vida. Ahora estamos en una nueva era. Espero que la paz entre israelíes y palestinos sea el acontecimiento más importante en la vida de estos dos pueblos.

CAPÍTULO TRECE

Las vírgenes sirias

Una noche tormentosa de noviembre de 1971, un barco lanzamisiles de la Marina israelí luchaba contra las feroces olas del Mediterráneo mientras avanzaba hacia la costa siria. Tras dejar la base naval de Haifa a primera hora de la tarde, había navegado a lo largo de la costa libanesa hasta entrar en aguas territoriales sirias. El barco, con las luces apagadas, pasó junto al iluminado puerto de Latakia y siguió hacia el norte. Finalmente atracó a una distancia segura en una playa desierta, junto a la frontera turca. Varios comandos navales de la flotilla 13 salieron a la cubierta del barco, que cabeceaba descontrolado, y lanzaron botes neumáticos al agua.

Una vez listos para el desembarque, se abrió la puerta de un camarote lateral y salieron tres hombres vestidos de civil. Llevaban la cara oculta por unas kufiyas de cuadros y en sus bolsas impermeables portaban pequeños transmisores-receptores, pasaportes falsos, sus pertenencias personales y revólveres cargados. Sin pronunciar una sola palabra, saltaron a los botes y se dirigieron a la playa. Los comandos no conocían la identidad de esos hombres ni el motivo por el cual les conducían a Siria. A medida que se acercaban a la costa, poco antes del amanecer, los tres civiles se sumergieron en las heladas aguas y nadaron hacia la playa, donde se agacharon en las rompientes hasta que vieron la silueta de un hombre que esperaba en la arena. Nadaron los pocos metros que quedaban y se reunieron con él. Se trataba de Yonatan, con el nombre en clave de Prosper, su líder. Éste había llevado ropa seca a sus temblorosos amigos, que se cambiaron de inmediato. Luego los acompañó hasta su coche, oculto allí cerca. Un desconocido, al parecer un miembro local del Mossad, los esperaba al volante; puso en marcha el coche y diestramente se mezcló entre el tráfico en una de las principales arterias de Siria. Pocas horas después entraban en Damasco.

Se registraron en dos hoteles. Después de un sueño reparador, se reunieron y salieron a hacer un reconocimiento de la capital siria. Todos ellos

eran antiguos comandos de la flotilla 13, ahora agentes del Mossad, y estaban embarcados en la misión más inusual de toda su vida. Entre ellos se encontraba David Molad.

La operación se había planeado pocas semanas antes, en el cuartel general del Mossad en Tel Aviv. El *ramsad* Zvi Zamir, el jefe de la Cesárea, Mike Harari, y otros jefes de departamento se reunieron con los cuatro jóvenes, comprendidos entre los 23 y los 27 años de edad. Los cuatro eran amigos íntimos y habían participado juntos en varias operaciones, combinando sus habilidades navales de comando con su entrenamiento del Mossad. Todos ellos habían nacido en el norte de África y hablaban perfectamente francés y árabe. Se llamaban a sí mismos «la Cosa Nostra», como la mafia siciliana.

Zamir empezó a informarles: dos años antes había llegado un mensaje desde Siria, enviado por los líderes de la menguante comunidad judía. El régimen autocrático del presidente Hafez el Assad, que tomó el poder en 1970, oprimía y perseguía a los judíos locales; muchos de ellos habían abandonado el país, dejando tras de sí una comunidad minúscula y envejecida. Los hombres jóvenes y capacitados habían huido de Siria, donde las chicas judías no tenían esperanza alguna de encontrar marido. Su única opción era huir a Israel.

Algunas de las chicas, explicó Zamir a la Cosa Nostra, habían intentado escapar a través de Líbano con la ayuda de unos contrabandistas a los que habían sobornado. Algunas fueron capturadas, golpeadas y torturadas, incluso les dispararon. Pocas consiguieron llegar a Beirut. Las que lo lograron tenían la dirección de un piso franco en la capital libanesa, donde los colaboradores locales del Mossad se hicieron cargo de ellas hasta que pudieran llevarlas a Israel.

Una noche de invierno de 1970, un barco lanzamisiles israelí se acercó al puerto de Jounieh, al norte de Beirut, y unos pescadores locales llevaron a la embarcación a las 12 jóvenes judías que habían huido de Siria.

El capitán del barco era un veterano lobo de mar israelí y experto en submarinos, el coronel Abraham (*Zabu*) Ben-Ze'ev. Antes de la operación, sus hombres y él habían recibido un riguroso entrenamiento en una maqueta gigante construida en una base naval. La preparación había sido excelente y el trasbordo de las chicas a bordo se llevó a cabo de manera fluida y eficiente. Zabu hizo que sus hombres echaran unas mantas por encima a las jóvenes, que tiritaban asustadas, y que les sirvieran bocadillos y café, y luego salieron

a toda marcha hacia Haifa. A las cuatro de la mañana llegaron al muelle y, para su gran sorpresa, Zabu vio la inconfundible figura de la primera ministra Golda Meir esperando en el embarcadero, junto con el jefe del Estado Mayor del FDI, el general Haim Bar-Lev, y su segundo, el general David (*Dado*) El'azar. Golda dio una discreta fiesta para las chicas sirias y se sintió hondamente conmovida por su historia. A lo largo del año siguiente, Ben-Ze'ev y su sucesor en el cargo, Amnon Gonen, llevaron a cabo unas cuantas operaciones más para el traslado de jóvenes sirias desde la costa libanesa hasta Israel. Pero atravesar la frontera sirio-libanesa se había convertido en un asunto muy arriesgado, y los contrabandistas y pescadores árabes ya no eran de fiar. Golda decidió que debían llevar a las chicas que quedaban directamente de Siria a Israel.

A continuación llamó a Zamir y le dio instrucciones para el rescate.

En la reunión con la Cosa Nostra, Zamir se dirigió a los cuatro jóvenes: «Tenéis que rescatar a esas chicas. Ésa es vuestra misión», les comunicó.

Entonces se abrió un acalorado debate en la sala de conferencias. ¿Era ése un trabajo para agentes del Mossad?, preguntó uno de los hombres. Esa tarea debía encomendarse a la Agencia Judía. Otro añadió, enfadado, que el Mossad no era una agencia matrimonial, y que sus oficiales no deberían tener que arriesgar sus vidas en uno de los países árabes más peligrosos y crueles sólo para asegurarse de que unas cuantas vírgenes judías encontraban novio.

El *ramsad* no cedió, y recordó a sus hombres que rescatar a las comunidades judías en países enemigos era una de las misiones del Mossad ya desde su creación.

La operación recibió el nombre en clave de Smicha, «manta» en hebreo.

El día después de que la Cosa Nostra desembarcase en territorio sirio, su confianza aumentó. Recorrieron las calles de Damasco hablando en francés, comprobaron bien los alrededores y se aseguraron de que no les seguía el Mujabarat, el temido servicio de inteligencia sirio. Más tarde pasearon por los mercados iluminados de la ciudad y entraron en una joyería. Prosper y Claudie (Emanuel Allon) estaban examinando la joyería y conversando en francés, cuando el comerciante se inclinó hacia ellos y susurró:

—Ustedes son de *Bnai Amenu* —en hebreo, «nuestro pueblo» —, ¿verdad?

Los agentes se quedaron estupefactos. Si resultaban tan fáciles de identificar, se hallaban en peligro mortal. Ignoraron el comentario del comerciante, salieron rápidamente de la tienda y desaparecieron entre la multitud.

Las noticias sobre la posibilidad de escapar a Siria y llegar a Israel se habían extendido entre las jóvenes de la comunidad judía. «Nuestra situación en Siria era muy mala — contaría más tarde Sara Gafni, una de las jóvenes—. Nos presionaban para que nos casáramos, pero ¿con quién? No había nadie. Oíamos muchas historias y rumores, y nos obsesionamos con la idea de llegar a Israel, la tierra de los judíos».

A Prosper se entregó en secreto un mensaje: al día siguiente por la noche las chicas estarían esperando en un camión pequeño, no lejos de sus hoteles.

A la noche siguiente, efectivamente, la Cosa Nostra encontró el pequeño camión con la caja cubierta por una lona y aparcado en una calle oscura. Los agentes habían dejado previamente sus hoteles y llevaban con ellos su equipaje. Dos de los miembros de la Cosa Nostra se sentaron en la parte delantera del vehículo y otros dos detrás, bajo la cubierta de lona, donde les esperaban varias chicas de edades entre los 15 y los 20 años, y un chico adolescente. La Cosa Nostra se puso de nuevo las kufiyas, cubriéndose la cabeza y dejando sólo una rendija estrecha para los ojos. Sabían que en las autopistas sirias el ejército y la policía establecen a menudo barreras y controles, y decidieron que si les detenía la policía, dirían que llevaban a las chicas del camión a un viaje de estudios del instituto.

El colaborador local, que había aportado el camión, era quien conducía. Recogió a un par de chicas más en puntos establecidos de antemano y luego se dirigieron hacia el norte, a Tartus. Llegaron a una playa desierta; las jóvenes judías sirias y los agentes se escondieron en una choza abandonada. Alejado de la playa, esperaba un barco lanzamisiles del FDI; Prosper les hizo señales con una linterna y los llamó por radio. Los botes hinchables, tripulados por comandos de la flotilla 13, se pusieron de camino hacia la playa.

De repente, resonaron disparos de armas de fuego muy cerca de Prosper y sus amigos. Todos se pusieron a cubierto, aunque pronto se dieron cuenta de que los disparos no iban dirigidos a ellos. ¿Quién estaría disparando? ¿Habrían detectado los sirios la flotilla de botes? «Problemas en la playa», transmitió por radio a Israel el jefe naval del comando, Gadi Kroll. Pero no se

rindió. Hizo regresar a los botes y se dirigió hacia el norte, a una playa alternativa que habían seleccionado de antemano. Simultáneamente, Prosper y sus hombres llevaron corriendo a las chicas de vuelta al camión, tomaron camino hacia el norte y establecieron contacto de nuevo con el barco de la Marina. Esta vez la playa estaba tranquila. Las chicas y los hombres de la Cosa Nostra, con sus kufiyas de nuevo enmascarándoles el rostro, se metieron en el agua hasta la cintura y subieron a los botes que los llevaron a mar abierto; después de una larga y agitada navegación por aguas tormentosas, finalmente llegaron al barco que los devolvió a Israel. Los agentes se metieron en un camarote, llevaron a las chicas a otro y les ordenaron que no dijeran nunca ni una sola palabra de su huida de Siria. Habían dejado a su familia en Damasco y, si llegaba a conocerse su fuga a Israel, sus padres podían pagarlo con la vida.

El colaborador local condujo el camión de vuelta a Damasco para preparar la siguiente operación.

El barco lanzamisiles llegó a Haifa sin incidentes, pero antes de enviar a los chicos a su siguiente misión, el Mossad intentó averiguar quién había disparado aquella noche en la playa. El departamento de inteligencia comprobó los informes de los espías, activó a sus durmientes en Siria, contactó con sus fuentes en el ejército... No sirvió de nada. Concluyeron que el incidente podía haber sido una emboscada mal planeada o la respuesta nerviosa de unos soldados sirios a movimientos sospechosos en el agua.

En la siguiente ocasión, la Cosa Nostra llegó a Damasco en avión. Procedentes de París, fingieron ser estudiantes de Arqueología que iban a visitar las antigüedades sirias. Llevaban documentación falsa y los bolsillos llenos de billetes del metro parisino, monedas, recibos de cafés y restaurantes, y otras pruebas tangibles de su supuesta identidad. Sus documentos estaban en regla, pero ellos se mostraban nerviosos y agitados; ¿habría descubierto su tapadera el Mujabarat? Pasaron por inmigración sin problemas y, sin embargo, seguían sin calmarse. Atravesaron el atestado vestíbulo de llegadas del aeropuerto, partieron hacia la ciudad en distintos taxis y se registraron en hoteles diferentes. Claudie se alojó en el Hilton.

Esta vez, la primera noche que pasaron en Damasco fue tensa. Los cuatro jóvenes sabían muy bien que si los cogían su destino estaba sellado: torturas y una muerte horrible. Pidieron a sus colaboradores que los llevaran a la plaza donde unos años antes los sirios habían ahorcado al mayor espía de Israel, Elie Cohen. Hallarse en el lugar donde se encontraba el patíbulo del cual

colgó el cuerpo de Cohen, rodeados por una multitud fanática que vitoreaba y agitaba los puños, resultó demasiado para ellos. Claudie dejó a sus amigos y se fue corriendo al hotel, profundamente conmovido por aquella experiencia.

Atormentado por la siniestra imagen de la plaza, daba vueltas y más vueltas en la cama sin poder dormir. De repente, a medianoche, oyó un ruido que procedía de la puerta e inmediatamente supo de qué se trataba: estaban introduciendo una llave en la cerradura. «Ya está —se dijo—. Ya me han cogido. Seré el próximo que cuelgue en la plaza de la ciudad». Corrió a la puerta, miró por el agujero de la cerradura y lo que vio fue a una anciana turista norteamericana intentando en vano abrir la puerta. Tras varios intentos fallidos, se alejó; resultó que la dama había salido del ascensor en la planta equivocada. Claudie sintió que volvía a nacer.

Mientras esperaban que el siguiente grupo de chicas estuviese preparado, pasearon por las calles de Damasco y visitaron cafés y restaurantes. Los camareros miraban asombrados al cuarteto de *fransaouees* (franceses) que se partían de risa mientras comían. Todo era culpa de Claudie: sólo conseguía disipar la tremenda tensión de sus amigos (y la propia) improvisando grandilocuentes discursos en francés, en los cuales insertaba palabras y bromas en jerga hebrea.

Esta operación y las siguientes fueron ejecutadas de forma impecable hasta el día en que Prosper y sus amigos notaron un tráfico inusual y grandes concentraciones de tropas a lo largo de la playa. No podían arriesgarse a una operación en una costa fuertemente patrullada, así que Prosper decidió cambiar el itinerario.

—¡Vamos a Beirut! —le indicó a la persona que le ayudaba, y se dirigieron a toda velocidad a la capital de Líbano, a cientos de kilómetros de distancia.

Tras cruzar la frontera, Prosper se dirigió a Jounieh, un puerto al norte de Beirut habitado sobre todo por cristianos. Al cabo de poco tiempo alquiló un barco, un yate de tamaño mediano, tras explicar a su propietario que quería llevar a unos quince invitados a un crucero de placer, una fiesta sorpresa para celebrar el cumpleaños de uno de sus amigos. Una vez el barco estuvo seguro y listo para partir, telegrafió en código a sus superiores de París y les informó del cambio de planes. Poco después recibió la confirmación por el mismo canal.

Esa noche, el camión llegó desde Damasco con su habitual cargamento de jóvenes judías y Claude al volante, se detuvo a pocos kilómetros de la frontera libanesa y descargó su carga humana. Claudie continuó solo en el camión, presentó sus documentos en el control de la frontera y cruzó hacia Líbano. Allí se detuvo a un lado de la carretera y esperó. Las jóvenes, con sus pesadas maletas a cuestas y escoltadas por los agentes del Mossad, caminaron durante horas en la oscuridad, tropezando en aquel terreno lleno de pedruscos, y rodearon el control de la frontera. Tras una marcha agotadora, llegaron a la carretera al otro lado de la frontera y se reunieron con Claudie, que las llevó en el camión a Jounieh. Subieron al yate una a una y al final el barco zarpó, dispuesto para celebrar su «fiesta de cumpleaños». En mar abierto, las chicas fueron transferidas a un barco de la Marina.

La Cosa Nostra pasó el día siguiente en Beirut, paseando y de compras. Por la noche volvieron a Damasco siguiendo la misma ruta por la que habían llegado; unos kilómetros antes de la frontera, tres de los agentes se bajaron y se dirigieron hacia los campos oscuros que rodeaban el control. Claudie cruzó legalmente con su vehículo, se reunió con sus amigos carretera adelante y los volvió a llevar a Damasco.

Al día siguiente regresaron a París y luego a Tel Aviv.

La operación concluyó en abril de 1973, cuando Golda Meir fue a la base naval de Haifa a dar las gracias personalmente a Prosper, Claudie y sus amigos por lo que habían hecho. Entre septiembre de 1970 y abril de 1973, el Mossad y la Marina llevaron a cabo veinte operaciones para sacar a jóvenes judíos y judías de Siria a través de las playas de Tartus y la costa libanesa. Todas las operaciones fueron un éxito, y unos 120 jóvenes fueron conducidos a Israel. La operación se mantuvo en secreto durante más de 30 años.

Ése fue el fin de la Cosa Nostra. Sus miembros se dedicaron a actividades más pacíficas, como los negocios, el turismo y el funcionariado, aunque de vez en cuando les llamaban para misiones especiales del Mossad.

Pasó el tiempo y Emanuel Allon (*Claudie*) fue invitado a la boda de un pariente. Le presentaron a la novia y la reconoció de inmediato: era una de las vírgenes que había ayudado a escapar de Siria.

—¿De dónde eres? —le preguntó

La joven palideció; sentía que todavía estaba ligada por el secreto de su pasado. Allon le sonrió:

—¿No viniste de Siria? ¿Por mar?

La mujer, asombrada, casi se desmaya, pero luego le cogió por los brazos, lo abrazó y lo besó con calidez.

—¡Fuiste tú —murmuró—, fuiste tú quien me sacó de allí!

«Ese momento —comentó Allon más adelante—, me compensó por todos los riesgos que corrimos».

CAPÍTULO CATORCE

«¡Hoy estaremos en guerra!».

El 5 de octubre de 1973, a la una de la mañana, el agente del Mossad con nombre en clave Dubi recibió una llamada desde El Cairo. Dubi, oficial de alto rango, operaba desde un piso franco en Londres. La llamada constituyó una enorme sorpresa: al teléfono se encontraba el agente más importante y más secreto del Mossad, cuya existencia sólo conocían unos pocos elegidos. Le llamaban el Ángel (en algunos informes su nombre en clave era Rashash o Hot'el). El Ángel murmuró unas pocas palabras, y dos de ellas estremecieron a Dubi: «Productos químicos». Llamó enseguida al cuartel general del Mossad en Israel y transmitió la clave. En cuanto llegó al *ramsad*, Zvi Zamir, éste informó a su jefe de Estado Mayor, Freddie Eini:

—Me voy a Londres.

Sabía que no había tiempo que perder. Las palabras en clave «productos químicos» escondían un ominoso mensaje: «Esperamos un ataque inmediato contra Israel».

Israel esperaba un ataque de sus vecinos árabes desde la guerra de los Seis Días, en 1967, en la cual conquistó grandes áreas de territorio: la península del Sinaí y la franja de Gaza desde Egipto, los Altos del Golán desde Siria, Cisjordania y Jerusalén desde Jordania. El FDI estaba ahora desplegado en los Altos del Golán, en la costa este del canal de Suez y a lo largo del río Jordán. Los países árabes agitaban los sables, jurando venganza, pero en la guerra de desgaste que siguió a los combates de los Seis Días, Israel acabó por imponerse. Todos los esfuerzos por intercambiar los territorios recién conquistados por paz fueron furibundamente rechazados por los estados árabes. Mientras tanto, el orgulloso presidente de Egipto, Nasser, había muerto, y fue reemplazado por Anwar el-Sadat, un hombre que carecía de carisma y a quien los expertos israelíes consideraban débil, irresoluto e incapaz de dirigir a su pueblo a una nueva guerra. Tras la muerte del primer ministro israelí Eshkol, el liderazgo del país había sido confiado a la

carismática Golda Meir, una estadista dura y poderosa que contaba con la ayuda del ministro de Defensa Moshé Dayán, mundialmente conocido. La seguridad de Israel, al parecer, no podía estar en mejores manos.

Unas pocas semanas antes de la llamada telefónica, el rey Hussein de Jordania había volado en el mayor de los secretos a Israel y advertido a Golda de que egipcios y sirios planeaban un ataque contra Israel. Hussein era aliado secreto de Israel y estaba enfrascado en unas intensas negociaciones con los enviados de Golda. Pero en aquel momento, Golda no se concentró en las advertencias de Hussein: estaba mucho más interesada en las elecciones que se avecinaban, y el lema de campaña de su Partido Laborista era: «Todo está tranquilo en el canal de Suez».

Apenas 18 horas antes de Yom Kippur, parecía que nada estaba tranquilo en el canal de Suez. Zvi Zamir se tomó muy en serio la advertencia del Ángel. Según unos protocolos predeterminados que se habían puesto en marcha con las palabras clave, el *ramsad* iba a reunirse con su agente en Londres en cuanto le dieran la señal.

Zamir cogió el primer vuelo a la capital británica. En el sexto piso de un edificio de apartamentos, no lejos del hotel Dorchester, el Mossad tenía un discreto piso franco. Éste fue revisado y asegurado por agentes del Mossad, que colocaron también micrófonos ocultos. Lo habían adquirido y equipado con un único objetivo: las reuniones con el Ángel. En cuanto llegó Zvi Zamir, un destacamento de diez agentes del Mossad tomó posiciones en torno al edificio para proteger a su jefe si resultaba que la señal desde El Cairo formaba parte de un complot para capturarlo o hacerle daño. El jefe de la unidad era el veterano Zvi Malkin, el legendario agente que ayudó a capturar a Eichmann en Argentina.

Zamir, tenso y agitado, esperó al Ángel todo el día. Su agente, al parecer, había hecho escala en Roma de camino desde El Cairo, y no llegaría a Londres hasta última hora. Los dos hombres se reunieron en el piso franco a las 23.00 de la noche.

Mientras tanto, había empezado ya en Israel el Yom Kippur (fiesta de oración, ayuno y contrición). Todo trabajo había cesado, la televisión y la radio no emitían ya y no había ningún coche por las calles. Unidades militares mínimas patrullaban por la frontera del Estado judío.

La reunión entre Zamir y el Ángel duró dos horas. Dubi anotó cada palabra.

Era cerca de la una de la mañana cuando el encuentro llegó a su fin. Dubi invitó al Ángel a pasar a otra habitación, donde le pagó la tarifa habitual de 100.000 dólares. Zamir, frenético, escribió apresuradamente un telegrama para Israel, pero los agentes del Mossad no encontraban el codificador de la embajada para transmitir el vital mensaje. Al final Zamir perdió su sangre fría y llamó a casa de Freddie Eini. Las llamadas no recibieron respuesta y la atribulada operadora le dijo:

—No contestan, señor. Creo que hoy es un día festivo en Israel.

—¡Inténtelo otra vez! —gruñó Zamir. Por fin, el timbre del teléfono despertó a su jefe de Estado Mayor y éste cogió el teléfono. Parecía medio dormido—. Llena de agua fría una palangana —le ordenó Zamir—. Mete los pies y mientras tanto coge lápiz y papel. —Cuando Freddie hubo hecho lo que le pedía, Zamir le dictó la frase codificada—: «La empresa firmará el contrato al terminar el día». —Y a continuación añadió—: Ahora vístete, ve al cuartel general y despierta a todo el mundo.

Freddie siguió las órdenes de Zamir al pie de la letra. Empezó por llamar a los líderes políticos y militares de Israel, y el mensaje que les envió se podría resumir en una sola frase: «La guerra estallará hoy».

Poco después, el telegrama que Zamir había escrito llegó a Tel Aviv: «Según el plan, egipcios y sirios atacarán a primera hora de la noche. Saben que hoy es festivo y creen que pueden desembarcar [en nuestro lado del canal de Suez] antes de que anochezca. El ataque se llevará a cabo según el plan que conocemos. Él (el Ángel) cree que Sadat no puede retrasar el ataque porque se lo ha prometido a otros jefes de Estado árabes y quiere mantener su compromiso hasta el último detalle. La fuente estima que a pesar de las dudas de Sadat, las posibilidades de que el ataque se lleve a cabo son del 99,9%. Creen que ganarán y por eso temen una revelación prematura, que podría causar una intervención exterior y disuadir a alguna de las partes, que podrían pensárselo mejor. Los rusos no tomarán parte en la operación».

El dramático informe del *ramsad* no fue aceptado por todo el mundo. El general Eli Zeira, el guapo y confiado jefe del Aman, estaba convencido de que no había riesgo de guerra, a pesar de los preocupantes informes de las fuentes de inteligencia. Creía que las grandes concentraciones de soldados y vehículos blindados egipcios en la costa africana del canal de Suez formaban parte de una gran maniobra del ejército. Zeira admitió también, en conversación con Zamir, que «no tenía explicación» de por qué un informe de

la unidad 848 (la 848 era la instalación de escucha y monitorización del FDI, que más tarde adoptaría el nombre de unidad 8.200) afirmaba que las familias de los consejeros militares rusos en Siria y Egipto estaban abandonando a toda prisa esos países, una señal indudable de la inminencia de la guerra.

El jefe del Aman y la mayoría de los líderes de los servicios de defensa creían firmemente en la teoría de la «concepción», que afirmaba que Egipto sólo atacaría a Israel si se daban dos condiciones: primera, que recibiera de la Unión Soviética cazas capaces de enfrentarse a los aviones de combate israelíes, así como bombas y misiles capaces de alcanzar las ciudades israelíes; y segunda, que se hubiese asegurado de la participación de los demás países árabes en el ataque. Como según la teoría de la «concepción» no se daban esas dos condiciones, no existía posibilidad alguna de que Egipto atacase. Lanzarían amenazas, sí, y se mostrarían provocadores, y llevarían a cabo gigantescas maniobras militares, pero no irían a la guerra.

Pero la teoría ya había fallado antes, en 1967. Aquel año, una gran parte del ejército egipcio se encontraba en Yemen, donde había luchado largamente contra el ejército real. Israel estaba convencido de que Egipto no iniciaría ninguna acción provocativa o agresiva mientras gran parte de su ejército estuviese empantanado en el cenagal yemení, pero el 15 de mayo de 1967, unidades de élite del ejército egipcio cruzaron repentinamente el Sinaí y llegaron a la frontera israelí, mientras el presidente Nasser expulsaba a los observadores de la ONU y cerraba los estrechos del mar Rojo a los buques israelíes. Los expertos israelíes tendrían que haberse dado cuenta de que su razonamiento no era correcto, pero, deslumbrados por el brillo de la victoria en la guerra de los Seis Días, se cegaron.

La teoría de la «concepción» planeaba sobre la reunión extraordinaria del gabinete celebrada a primeras horas del 6 de octubre de 1973. No sólo Zeira, sino también varios ministros del gabinete dudaban de los informes sobre un inminente ataque sorpresa egipcio. Por dos veces, en noviembre de 1972 y mayo de 1973, el Ángel había advertido a Israel de un ataque inminente. Ciertamente se había retractado en el último momento, pero en mayo de 1973 fueron movilizados grandes contingentes de soldados en la reserva y la operación le costó a Israel la espeluznante suma de treinta y cuatro millones y medio de dólares.

En la reunión de gabinete de aquella mañana, todo el mundo era consciente de la gravedad de la situación. Sin embargo, decidieron hacer sólo una movilización parcial de reservistas. Los ministros acordaron también no

lanzar ningún ataque preventivo sobre las grandes concentraciones de tropas egipcias situadas a lo largo del canal.

Zamir volvió a Israel y se mantuvo en sus trece: ¡la guerra era inminente! Citaba la advertencia del Ángel de que habría una ofensiva conjunta por parte de los ejércitos egipcio y sirio poco antes de ponerse el sol.

A las dos de la tarde, Zeira convocó a los corresponsales militares a su despacho y dijo que existía sólo una pequeña probabilidad de que estallase la guerra. Todavía estaba hablando cuando un colaborador entró en su despacho y le tendió una breve nota. Zeira la leyó y sin decir una palabra más, cogió su boina y salió corriendo de la estancia.

Pocos momentos después, el gemido de las sirenas que avisaban de un ataque aéreo rompía el silencio del Yom Kippur. La guerra había comenzado.

Después de la guerra, oficiales de alto rango del Aman acusaron iracundos al Ángel de haber confundido a Zamir mencionando que la hora H del ataque sería a última hora del día, cuando en realidad la ofensiva empezó a mediodía. Más tarde se supo que la hora H fue modificada en el último momento, en una conversación telefónica entre los presidentes de Siria y Egipto. El Ángel ya estaba en el aire, de camino a Londres.

Resulta extraño que los jefes del Aman se preocupasen por ese error del Ángel, o por el hecho de que antes hubiese hecho advertencias equivocadas. Según parece, creían que el Ángel no era una simple fuente de inteligencia, sino más bien el representante del Mossad en el despacho del presidente egipcio, que debía informar con detalle de todo lo que ocurría allí. Ignoraban el hecho de que, a pesar de su posición en un cargo elevado, el Ángel sólo era un espía, que proporcionaba informes excelentes, eso sí, pero que no siempre lo sabía todo, como ocurre con cualquier espía.

Durante la guerra de Yom Kippur, que estalló aquel día, el Ángel siguió suministrando a Israel datos de absoluta relevancia. Cuando los egipcios dispararon dos misiles Scud a concentraciones de tropas del FDI, un informe del Ángel tranquilizó a los israelíes: el ejército egipcio no tenía intención de usar más misiles durante la lucha, dijo, y Egipto no intensificaría la guerra contra Israel.

La guerra de Yom Kippur acabó el 23 de octubre. El ejército sirio sufrió una derrota aplastante en los Altos del Golán y los cañones israelíes quedaron situados a 30 kilómetros de Damasco. En el sur, los egipcios habían ocupado

una franja de 8 kilómetros de ancho en la costa israelí del canal de Suez, pero su tercer ejército quedó totalmente rodeado por los israelíes, que habían establecido una cabeza de puente en territorio egipcio, roto las líneas egipcias y alcanzado nuevas posiciones a apenas cien kilómetros de El Cairo.

Aun así, Israel no podía alegrarse de aquella victoria. La guerra le había costado 2.656 vidas, 7.251 heridos y la destrucción del mito de su poder superior.

Empezaron las negociaciones entre israelíes y egipcios y se firmaron varios acuerdos, primero para el fin de las hostilidades y después para establecer una paz duradera entre las dos naciones. Siria se negaba a unirse al proceso de paz.

Zvi Zamir completó su mandato y fue reemplazado por el general Yitzhak (*Haka*) Hofi.

Zamir se retiró entre grandes alabanzas por sus logros. Fue aclamado por ser el único en los servicios de inteligencia que advirtió de los preparativos militares de sirios y egipcios, y por conseguir el crucial informe sobre el inminente ataque a Israel. Si los líderes de Israel hubiesen estado más atentos a sus advertencias y ordenado un ataque preventivo inmediato, es muy probable que los resultados hubiesen sido mucho mejores para Israel. Algunos ministros del gabinete mantenían que Israel había evitado acciones preventivas para que no le acusaran de iniciar la guerra, lo cual no sólo suena artificioso, sino que también parece una decisión bastante miope. ¿Qué era más importante en realidad, que no «acusaran» a Israel de desencadenar la guerra o protegerse por todos los medios a su alcance?

Sin embargo, el historiador israelí Uri Bar Yosef mantiene que la advertencia del Ángel salvó los Altos del Golán. La mañana del 6 de octubre, afirma, tras el informe del Ángel, se movilizaron urgentemente divisiones de tanques que llegaron al Golán por la tarde y detuvieron el avance sirio en el sector de Nafah.

Al final de la guerra, bajo una presión pública sin precedentes, el gobierno de Israel nombró una comisión de investigación encabezada por el juez del Tribunal Supremo Shimon Agranat, para que investigase el proceso de toma de decisiones durante la guerra de Yom Kippur. La comisión ordenó que se licenciara de inmediato al general Eli Zeira y a otros oficiales, incluyendo el jefe del Estado Mayor, David El'azar.

Pero ¿quién era el Ángel? A lo largo de los años se ha publicado un río inacabable de historias, informes y libros (todos ellos erróneos) sobre su identidad. Es obvio que el Ángel era alguien muy cercano a los círculos del gobierno de Egipto y al mando supremo del ejército egipcio, pero nadie penetró nunca el blindaje de secretismo que protegía su identidad real. Periodistas y analistas le han atribuido diversos nombres en clave y le han retratado como una figura poseedora de legendarios talentos. Se convirtió en héroe de muchas historias de espías e incluso de algunas novelas muy vendidas.

Después de su expulsión, el general Zeira arrastró una gran frustración en lo más hondo de su corazón. Estaba decidido a probar su inocencia y a revelar al mundo su versión de los acontecimientos de 1973.

Finalmente decidió escribir un libro y dar su propia respuesta a la pregunta de por qué rechazó el informe del Ángel. El general aseguró que éste era ni más ni menos que un agente doble, infiltrado en el Mossad por los astutos egipcios para confundir a los israelíes.

Algunos periodistas se creyeron la historia de Zeira y escribieron que el Ángel era en realidad un agente doble. El papel del Ángel, explicaban, era ir entregando a Israel información correcta y precisa a lo largo del tiempo para ganarse su confianza... y luego, cuando el Mossad estuviera prácticamente comiendo de su mano, alimentarlo con una mentira monstruosa que lo destruyera.

Era una bonita historia. Lo explicaba todo... o casi todo, porque tanto Zeira como sus seguidores prefirieron no tener en cuenta un simple hecho: todos los informes del Ángel, desde el principio hasta el final, habían sido absolutamente precisos. Así pues, ¿cuáles eran las mentiras?

Y cuando el Ángel pudo confundir a Israel e informar de que la enorme concentración de tropas en la costa del canal de Suez se debía sólo a unas maniobras y que no había peligro de guerra, el «agente doble» eligió la opción contraria: llamó al ayudante de Zamir en Reino Unido y le dio la advertencia: «Productos químicos»; luego cogió un avión a Londres y advirtió a Zamir de que el ataque sorpresa era inminente.

Pero ya no había quien parase a Zeira. En 2004 se publicó una nueva edición de su libro y él fue un paso más allá, revelando al público la identidad del Ángel. En una serie de entrevistas que culminaron con un programa de

televisión dirigido por el veterano periodista Dan Margalit, Zeira usó el nombre real del Ángel.

Ashraf Marwan.

Ese nombre dejó asombrados a todos los que estaban familiarizados con los círculos políticos egipcios. No podían creer que Marwan fuese un espía israelí.

Pero ¿quién era ese magistral espía? ¿Quién era Ashraf Marwan?

En 1965, una chica egipcia dulce y tímida conoció a un joven encantador y atractivo en la pista de tenis de Heliópolis. La chica, Moona, era la tercera hija de la familia, y no precisamente la más lista: su hermana Huda estaba mucho más dotada y sacaba matrículas de honor en el instituto de Giza. Pero Moona era bonita, encantadora y la favorita de su padre. El joven al que había conocido procedía de una familia respetable y acaudalada; acababa de obtener una licenciatura en Química y se había unido al ejército. Moona se enamoró perdidamente de él.

Poco después la chica presentó su novio a su familia y así fue como el joven conoció al padre de Moona, el presidente de Egipto, Gamal Abdel Nasser.

Nasser no estaba seguro de que su hija hubiese encontrado a su pareja ideal, pero ella no le dio elección. Finalmente, Nasser invitó a su despacho al padre del joven, un oficial de alto rango de la guardia del presidente, y ambos acordaron que sus hijos se casaran. La boda se celebró un año más tarde, en julio de 1966. Poco después el joven marido de Moona fue destinado al departamento de química de la Guardia Republicana, y a finales de 1968 se le trasladó al departamento presidencial de Ciencias.

El nombre del yerno del presidente era Ashraf Marwan.

Al parecer, el joven no estaba satisfecho con su nuevo trabajo. Le pidió permiso a Nasser para proseguir sus estudios en Londres. Nasser accedió y Ashraf Marwan se estableció solo en la capital de Reino Unido, bajo la supervisión de la embajada egipcia.

Pero la supervisión, al parecer, no era lo bastante estrecha. A Ashraf Marwan le gustaba la buena vida, las fiestas, las aventuras, y el Londres de los años sesenta le suministraba con generosidad todo aquello. Al joven egipcio no le costó mucho gastarse toda su paga. Necesitaba otra fuente para financiar sus placeres nocturnos... y no tardó en encontrarla.

El nombre de la mujer era Suad, y estaba casada con el jeque kuwaití Abdallah al Mubarak al Sabah. Ashraf sedujo a la romántica dama y ella a cambio le abrió el monedero. Pero el arreglo no duró demasiado. El asunto salió a la luz y Nasser, furioso, hizo volver a casa con deshonor al díscolo joven. Nasser exigió que Moona se divorciase del adúltero, pero ella se negó de plano. Finalmente, Nasser decidió que Marwan se quedaría en Egipto y se le permitiría ir a Londres sólo a presentar los trabajos a sus profesores; Marwan tenía que devolver también todo el dinero que había recibido de Suad al Sabah. Lo pusieron a trabajar en la oficina de Nasser y de vez en cuando se le encargaban pequeñas tareas o misiones.

En 1969, Ashraf Marwan volvió de nuevo a Londres para entregar un trabajo en la universidad, pero en esa ocasión también dio el primer paso para traicionar a su suegro. Su humillación por parte del presidente de Egipto le había dejado amargado y frustrado. No dudó: marcó el teléfono de la embajada israelí y pidió hablar con el agregado militar. Le respondió un oficial y Marwan se identificó con su nombre real y le dijo bruscamente que quería trabajar para Israel. Pidió que su oferta fuese entregada a las personas que se encargaban de ese tipo de actividades. El oficial que recibió su llamada no se lo tomó en serio y no transmitió el mensaje. La segunda llamada de Marwan también quedó sin respuesta, pero la historia llegó a oídos de algunos cargos del Mossad. El jefe de la sección europea del Mossad, Shmuel Goren, recibió una llamada de Marwan. Goren sabía quién era aquel hombre, era consciente de la importante posición que ocupaba, y pidió a Marwan que no llamase más a la embajada: le dio un número que no venía en el listín e inmediatamente alertó a algunos de sus colegas.

El informe secreto de Goren fue entregado a Zvi Zamir y Rehavia Vardi, jefe del Tzomet, el departamento del Mossad para el reclutamiento de agentes. Entre los dos nombraron un equipo especial para que examinase la oferta de Marwan en profundidad. Por una parte, el movimiento de Marwan tenía todas las características de una típica trampa: alguien de rango elevado en una organización enemiga se ofrece como agente, y no hace falta ningún esfuerzo para reclutarle. Resultaba muy sospechoso; el hombre podía ser agente doble, enviado como cebo por los servicios egipcios.

Pero por otra parte, la misma ecuación podía tener el significado opuesto. Alguien muy bien situado en la organización enemiga se ofrece voluntariamente como agente. No hay duda de que puede tener acceso a material ultrasecreto que nadie más puede proporcionar. Quizá, después de

todo, fuese el agente ideal, aquel con el que sueña cualquier servicio secreto del mundo.

Además, los hombres de Vardi sabían quién era Marwan: un hombre joven y ambicioso, hedonista, por tanto alguien a quien le gustaba el dinero. La tentación de los reclutadores del Mossad era grande.

Goren volvió a Londres y pidió reunirse con Marwan. Éste accedió y llegó vestido con elegancia, el típico joven apuesto. Le dijo abiertamente a Goren que había quedado muy decepcionado por la derrota de Egipto en la guerra de los Seis Días en 1967 y que había decidido unirse al bando ganador. Pero además de ese motivo «ideológico», Marwan pedía mucho dinero: 100.000 dólares por cada reunión en la cual entregase un informe a sus enlaces.

Goren se inclinaba por aceptar la oferta, a pesar del elevado coste. Nunca se habían pagado unas cantidades semejantes a un agente del Mossad. Pero antes, Goren necesitaba una prueba tangible de que Marwan cumpliría su palabra y le pidió una muestra de los documentos secretos que podía aportar. La entrega de documentos también ligaría a Marwan con el Mossad, pues constituía una prueba sólida e incriminatoria de que Marwan era agente israelí. Desde el punto de vista egipcio, eso le convertía en traidor y agente enemigo.

Marwan no hizo esperar mucho a Goren y le llevó la transcripción completa de todas las conversaciones mantenidas por el presidente Nasser con los líderes de la Unión Soviética en Moscú, el 22 de enero de 1970. En esa visita, Nasser pidió a los soviéticos que le suministraran bombarderos modernos de largo alcance que pudieran llevar bombas al interior de Israel.

El documento asombró a todos aquellos que lo leyeron. Nunca habían visto nada semejante; su autenticidad estaba fuera de toda duda. Los jefes del Mossad se dieron cuenta de que tenían un tesoro fabuloso entre las manos. Nombraron a Dubi como enlace de Marwan y le enviaron a Londres. También se hicieron cargo de inmediato de todos los arreglos: alquilar un apartamento en Londres para las reuniones con el Ángel, equiparlo con dispositivos ocultos de escucha y de grabación, asegurarlo, establecer un fondo especial para financiar a su agente estrella... El juego podía empezar.

Las reuniones las convocaba el propio Marwan, siempre que tenía algo de que informar. Según las normas establecidas con Dubi, Marwan llamaba a un intermediario (algunas fuentes aseguran que solía llamar a mujeres judías de Londres) y el Mossad se ponía en alerta. Marwan proporcionaba a sus enlaces

muchísimos datos y documentos secretos políticos y militares. El coronel Meir Meir, jefe del cuerpo 6 (ejército egipcio) en el Aman, participó en algunas de esas reuniones. Meir volaba a Londres con identidad falsa; habían quitado todas las etiquetas identificativas de su ropa. Paseaba por Londres durante horas, a pie, en taxi y en autobús, para asegurarse de que no le seguían, y al final llegaba al edificio del apartamento y subía al sexto piso. Cuando llegó al piso por primera vez, se reunió allí con un hombre guapo pero antipático, que se mostraba abiertamente desdeñoso y condescendiente con él. Marwan se ablandó un poco cuando se dio cuenta de que Meir era un hombre de vastos conocimientos y experiencia. Una vez, su amigo del Mossad le pidió a Meir que llevase un maletín a Marwan. Cuando le preguntó qué había en el maletín, el amigo le guiñó un ojo y le dijo: «Un ático en la plaza Hamedina» (el barrio más exclusivo de Tel Aviv), insinuando que contenía una suma fabulosa de dinero. Según estimaciones del Mossad, los informes de Marwan durante su servicio secreto para Israel costaron al Estado judío más de tres millones de dólares.

Nasser murió el 28 de septiembre de 1970 y fue reemplazado por Anwar Sadat. El profesor Shimon Shamir, uno de los eruditos especializados en Egipto más conocido de Israel, analizó el carácter de Sadat para el Mossad. Era un hombre débil, obtuso, dijo Shamir, y recalcó que no permanecería mucho tiempo en el poder ni iría a la guerra. Muchos de los líderes de Egipto pensaban lo mismo, pero Marwan decidió apoyar incondicionalmente a Sadat. La mujer de Nasser le entregó las llaves de su caja fuerte personal y él sacó los documentos y archivos más importantes y se los llevó al nuevo presidente.

Permaneció a su lado también en mayo de 1970, cuando unos cuantos líderes de Egipto conspiraron para llevar a cabo un golpe pro soviético. Entre los conspiradores se encontraban algunos de los nombres más famosos del país: Ali Sabri, antiguo vicepresidente; Mahmoud Fawzi, antiguo ministro de la Guerra; Sharawi Guma, ministro del Interior, así como otros ministros y miembros del parlamento. El plan era asesinar a Sadat durante su visita a la Universidad de Alejandría, pero Sadat se movilizó primero y arrestó a todos los conspiradores. Marwan estuvo a su lado y le ayudó cuando aplastó la conspiración.

El resultado no se hizo esperar: la posición de Marwan en la jerarquía egipcia mejoró enormemente. Fue nombrado secretario presidencial para la información y consejero especial del presidente. Acompañaba a Sadat en sus

viajes por todo el mundo árabe y tomó parte en conversaciones políticas del más alto nivel.

A medida que mejoraba el estatus de Marwan, lo hacían también sus informes. En 1971, Sadat viajó a Moscú varias veces y presentó a Leonid Brézhnev una lista de las armas que necesitaba para atacar Israel. La lista incluía, entre otras cosas, aviones MiG-25. Marwan entregó la lista a sus enlaces del Mossad; cuando le pidieron las actas de las conversaciones entre Sadat y Brézhnev, Marwan también se las proporcionó. Zvi Zamir quedó profundamente impresionado por los informes de Marwan y se reunió con él en persona. El material entregado por Marwan se dio a conocer a unos pocos funcionarios importantes del Mossad y a oficiales del Aman, al jefe del Estado Mayor del FDI y su segundo, a la primera ministra Golda Meir, al ministro de Defensa, Moshé Dayán; y al hombre de confianza de Golda, el ministro sin cartera Israel Galili.

Al parecer, parte del material de Marwan fue a parar a las manos de otros servicios secretos. El agente también se había acercado al servicio secreto italiano y se había ofrecido a trabajar para ellos; según una fuente, estableció contacto asimismo con el MI6 británico. Eso explica por qué aquel fatídico 5 de octubre, de camino a su reunión con Zvi Zamir en Londres, el Ángel hizo escala en Roma: informó también a los italianos de la guerra que se avecinaba.

Otro de sus informes había llegado con anterioridad a los italianos, pero fue a través del Mossad. Un mes antes de la guerra de Yom Kippur, Libia pidió ayuda a Egipto. Unos terroristas palestinos al servicio del líder de Libia, Muamar Gadafi, se proponían abatir un avión de El Al durante su despegue del aeropuerto de Roma.

Se trataba de un acto de venganza contra Israel por haber abatido a tiros erróneamente un avión civil libio en el Sinaí, en febrero de 1973. El Mossad tenía pruebas de que unos terroristas palestinos planeaban secuestrar un avión, cargarlo con explosivos y estrellarlo en una de las mayores ciudades de Israel (véase el capítulo 12). Cuando por encima del Sinaí apareció un avión con los colores de Libia, que se negó a identificarse y a abandonar el espacio controlado por los israelíes, los controladores del ejército israelí concluyeron que se trataba del avión-bomba suicida y lanzaron un par de cohetes que abatieron el avión. Más tarde se supo que el avión de pasajeros se había desviado de su rumbo por culpa de una tormenta de arena que se cernía sobre

el Sinaí. Las ambulancias israelíes encontraron 108 cuerpos entre los restos humeantes del avión.

Gadafi juró vengar a las víctimas. El equipo que debía llevar a cabo la operación contaba con cinco terroristas de Al Fatah, dirigidos por Amin Al-Hindi. El presidente Sadat decidió ayudar a los libios y ordenó a Marwan que entregase dos misiles Strela de origen ruso a los terroristas. Marwan envió los misiles tierra-aire a Roma a través de la valija diplomática. En Roma, Marwan los metió en su propio coche y se reunió con Al-Hindi en una zapatería en la mundialmente famosa Via Veneto; luego entraron juntos en una tienda de alfombras y compraron dos alfombras grandes, envolvieron los misiles y los transportaron, en el metro, hasta el piso franco palestino. Los terroristas se dispusieron a lanzar los misiles, sin saber que Marwan ya había alertado al Mossad y éste a su vez a los italianos. El 6 de septiembre, la brigada antiterrorista de la policía italiana irrumpió en un apartamento de Ostia, junto al aeropuerto de Roma, arrestó a algunos de los miembros del equipo terrorista y se apoderó de los misiles. Los demás miembros del equipo fueron detenidos en un hotel de Roma. La prensa italiana dijo que el Mossad era la fuente que había alertado a los servicios secretos italianos, y hubo quien mantenía que durante la operación estuvo presente en Roma el propio Zvi Zamir.

Un mes más tarde estalló la guerra de Yom Kippur.

Después de la guerra, Marwan siguió realizando importantes tareas secretas para Sadat. Fue a las capitales árabes como enviado suyo y realizó actividades para separar las fuerzas de Siria y Egipto e Israel. También estuvo presente en las conversaciones entre el secretario de Estado norteamericano, Henry Kissinger, y el rey Hussein de Jordania en Ammán. La separación de fuerzas dio la oportunidad a Marwan de contactar con otro servicio secreto: la CIA estadounidense, que buscaba datos creíbles sobre la política de Egipto tras los acuerdos provisionales con Israel. Según fuentes norteamericanas, las relaciones secretas entre Marwan y la CIA duraron casi 25 años. Visitó Estados Unidos en varias ocasiones para recibir tratamiento médico y disfrutó de una cálida bienvenida y una generosa hospitalidad, cortesía de la CIA.

Pero hasta su posición privilegiada y sus actividades secretas perdieron su atractivo, y Marwan emprendió una segunda carrera como hombre de negocios. Compró un apartamento de lujo en Londres, en el número 24 de Carlton House Terrace, y empezó a invertir su dinero en diversos proyectos. En 1975, Ashraf Marwan fue nombrado presidente de la Unión Industrial

Árabe, una organización fundada por Egipto, Arabia Saudita y los Emiratos del Golfo para producir armas convencionales con métodos occidentales. El proyecto fracasó, pero ayudó a Marwan a establecer valiosos contactos en el mundo de los negocios. Al cabo de poco tiempo le despidieron de su puesto y en 1979 se trasladó a París. Dos años más tarde, tras el asesinato del presidente Sadat a manos de unos terroristas fanáticos, se trasladó a Londres e inició una brillante carrera en los negocios, que le convirtió en un hombre muy rico. Alojó a su enlace del Mossad, Dubi, en un hotel que poseía en Mallorca y le hizo saber que se retiraba del mundo del espionaje. Algunos aseguran que a finales de los años setenta Marwan sentía que el aire de Egipto se había enrarecido mucho, que era sospechoso de mantener vínculos secretos con Israel y que por eso decidió abandonar tanto Egipto como el Mossad para siempre.

En los años siguientes, Marwan realizó una serie de negocios fabulosos. Invirtió bien su dinero y pronto compró una participación en el Chelsea FC y compitió con Mohamed Al-Fayed, padre del novio de la princesa Diana, Dodi, por la compra de los selectos almacenes Harrods, en Londres. Seguía fiel a su estilo de vida hedonista, siempre iba bien vestido y protagonizó una serie de aventuras amorosas. Unos agentes de la CIA que acudieron a verle a su hotel de Nueva York tuvieron que esperar fuera mientras su amante del momento se vestía y salía de la suite.

En los años ochenta, el nombre de Marwan quedó ligado al de diversos traficantes de armas para el régimen de Gadafi en Libia, y al de terroristas en Líbano. Un periodista estadounidense aseguraba que invitó a un agente de la CIA a su casa, le llevó a la terraza y señaló un resplandeciente Rolls-Royce aparcado junto a su hogar. «Es un regalo de Gadafi», le dijo.

La historia de la conexión de Marwan con el terrorismo parece una simple invención. Marwan no habría tratado jamás con terroristas pues se arriesgaba a un enfrentamiento con el Mossad, que podía desvelar su pasado como agente israelí y sentenciarle a una muerte cierta. Si Marwan hubiese realizado oscuros tratos con Libia o con los terroristas, sólo habría podido ser en plena colaboración con el Mossad.

Pero pasaron los años y en 2002 apareció en Londres un libro titulado *A History of Israel*. El libro estaba escrito por el estudioso israelí Ahron Bregman y mencionaba al espía que había advertido a Israel de la inminencia de la guerra de Yom Kippur. Bregman llamaba a aquel espía «el yerno», en alusión a que se trataba de alguien cercano a una personalidad importante, y

el Ángel era yerno de Nasser. Bregman aseguraba que aquel hombre había sido agente doble y que había proporcionado a Israel información falsa.

El libro no revelaba el nombre de Marwan, pero despertó su ira. Su reacción se materializó en una entrevista al periódico egipcio *Al-Ahram*, en la cual se burlaba de la investigación de Bregman y decía que su libro era «una estúpida novela policíaca».

Bregman, ofendido, decidió defender su honor y en una entrevista con *Al-Ahram* afirmó abiertamente que «el yerno» era en realidad Ashraf Marwan. Se trataba de una acusación muy grave, pero carecía de pruebas. No tuvo ningún impacto... hasta el día en que Eli Zeira declaró que el agente doble que había «engañado» a Israel era, en realidad, Ashraf Marwan.

Nunca había ocurrido nada semejante en Israel. La identidad de los antiguos espías no se revelaba, en muchos casos ni siquiera después de su muerte. Y Ashraf Marwan estaba vivo y era vulnerable, presa fácil de los asesinos del Mujabarat egipcio. Zvi Zamir salió a la palestra después de 30 años de jubilación e intentó establecer contacto con Marwan, pero el Ángel se negó a hablar con él. «No quiso —recordaba Zamir lleno de congoja—, porque creía que yo no podía protegerle. Hice todo lo que pude para protegerle, pero no lo conseguí».

Tras las revelaciones de Zeira, Zamir rompió el silencio que se había impuesto a sí mismo y atacó duramente al anterior jefe del Aman, acusándolo de revelar secretos de Estado. Zeira replicó y aseguró que el antiguo *ramsad* estaba protegiendo a un hombre que no era otra cosa que un agente doble.

El periodista israelí Ronen Bergman, que contempló la retransmisión televisiva en directo de una ceremonia oficial en Egipto, vio que el presidente Hosni Mubarak estrechaba cálidamente la mano de Marwan y que éste le acompañaba a depositar una corona de flores ante la tumba de Nasser. Después de la emisión, Bergman escribió que Marwan había sido agente doble. En cuanto al presidente Mubarak, corrió a socorrer a Marwan y rechazó los rumores de que era un espía israelí.

Israel se sumió en una avalancha de acusaciones y contra-acusaciones. El Mossad y el Aman establecieron dos comisiones de investigación que llegaron a la misma conclusión: Marwan no era agente doble y no había causado ningún daño a Israel. Zeira no se rindió y demandó a Zamir ante la justicia. El ex juez Theodore Or, nombrado árbitro por los tribunales, dictaminó al final que la versión de Zamir era la verdadera.

Pero parece que Zeira y sus seguidores decidieron ignorar el hecho de que Marwan había sido una de las figuras más importantes del gobierno egipcio, yerno de Nasser y consejero íntimo de Sadat. Los líderes de Egipto no querían admitir que uno de los suyos hubiese sido un traidor y un espía sionista. Tal reconocimiento habría sacudido a la opinión pública egipcia y puesto en peligro la confianza de los egipcios en sus líderes. De modo que eligieron un enfoque distinto: alabar y ensalzar a Marwan en público, pero condenarle en secreto.

El juez Or publicó sus conclusiones a principios de junio de 2007. El 12 de junio un tribunal israelí confirmó oficialmente las declaraciones de Zamir sobre el papel de Marwan al servicio del Mossad. Dos semanas más tarde, el 27 de junio, encontraron el cadáver de Marwan en la acera, debajo de su terraza.

Algunos observadores israelíes acusaron del crimen al servicio secreto egipcio, y muchos le reprocharon a Zeira que con su imprudente conducta había causado la muerte de Marwan. Por otra parte, en unas declaraciones que no pueden sorprendernos, la viuda de Marwan acusó al Mossad de asesinar a su marido. Testigos presenciales aseguraban haber visto a unos hombres con rasgos de Oriente Medio con Marwan en su terraza, minutos antes de su muerte.

Scotland Yard cerró el caso y luego volvió a abrirlo, y al final declaró que no habían sido capaces de encontrar a los responsables. Los asesinos del Ángel siguen libres todavía.

CAPÍTULO QUINCE

Una dulce trampa para el espía atómico

Excepto llevar un letrero que dijese: «Soy un espía», Mordechai Vanunu hizo todo lo posible para revelar su vida secreta.

Trabajaba como técnico en el reactor atómico de Dimona, la instalación más secreta y segura de Israel. La prensa extranjera, así como muchos gobiernos, estaban convencidos de que Israel estaba construyendo armas nucleares en esa instalación de alto secreto. Todo aquel que pedía trabajo en Dimona tenía que pasar por un largo y riguroso proceso, rellenar formularios, someterse a interrogatorios, soportar controles por parte del Shabak y otros especialistas en seguridad, hasta que, al final de un procedimiento exhaustivo, se les permitía entrar en el recinto secreto. La intensa vigilancia y el atento escrutinio continuaban en todo momento mientras uno estaba empleado en Dimona.

Vanunu pidió trabajo en Dimona después de ver un anuncio en un periódico. Llenó un formulario en las oficinas de la «instalación de investigación nuclear», en la cercana Beersheba, fue sometido a una investigación de seguridad rutinaria y obtuvo el trabajo sin más problemas.

¿Cómo fue posible? Se trataba de un izquierdista radical, sus amigos eran miembros árabes del partido comunista y antisionista Rakah; había participado en protestas con ellos, le habían fotografiado en mítines extremistas pro palestinos, había portado pancartas, pronunciado discursos e intervenido en los medios de comunicación.

También alojaba a militantes del Rakah en su pequeño apartamento de Beersheba y quiso apuntarse a su célula universitaria, compuesta en exclusiva por jóvenes árabes radicales y abiertamente hostil al Estado de Israel. En la Universidad Ben-Gurión, donde se matriculó como estudiante, era conocido por sus opiniones extremistas.

Era un joven con grandes virtudes, pero inestable. Antes de hacerse seguidor del Rakah había pertenecido a la extrema derecha y admiraba al racista Rabbi Kahane. Más tarde apoyó al partido de extrema derecha Hatechiya (Renacimiento), votó por el Likud y finalmente aterrizó en la extrema izquierda. Aseguraba que la controvertida guerra del Líbano de 1982 había cambiado sus opiniones políticas. Era un solitario, casi no tenía amigos, y creía firmemente que le discriminaban por sus orígenes marroquíes. Esa convicción se reafirmó cuando no consiguió aprobar las pruebas de ingreso para la Academia de las Fuerzas Aéreas y fue trasladado al cuerpo de ingenieros. Tras ser licenciado del FDI, empezó estudios de ingeniería en Tel Aviv, luego cambió de opinión de nuevo y se pasó a la filosofía. Se hizo vegetariano, luego vegano.

Sus compañeros de clase estaban muy impresionados por su afán de ganar dinero. Alardeaba de que no tenía que trabajar, sino que le bastaba con invertir astutamente en el mercado de valores. En su agenda, le daba a la bolsa «prioridad absoluta», antes que a la filosofía y la lengua. Conducía un Audi rojo, hizo algo de dinero como modelo de desnudos y en una fiesta estudiantil se quitó los calzoncillos para ganar un premio.

Su forma de vivir era asunto suyo, desde luego, pero su actividad política como simpatizante del Rakah y partidario de los palestinos debería haber hecho sonar mil alarmas. Por el contrario, le convocaron a una reunión con oficiales del Shabak, que le dijeron que abandonase esas actividades y le pidieron que firmase un documento conforme le habían advertido. Ni lo firmó ni las abandonó.

El Shabak describió las actividades de Vanunu en un informe rutinario al director de seguridad del Ministerio de Defensa. Éste transmitió el informe al director de seguridad del reactor Dimona, que lo guardó en uno de sus archivos, y eso fue todo. No se emprendió acción alguna ni se inició una vigilancia de Vanunu. Un descuido muy notable. Una larga serie de personas, oficiales del Shabak a nivel local y nacional y directores de seguridad en el ministerio y Dimona, no cumplieron con su deber.

Vanunu siguió con sus actividades políticas y ya no volvieron a molestarle.

Era «operador» en el Instituto 2, el departamento más secreto del complejo Dimona: de los 2.700 empleados de Dimona, sólo se les permitía la

entrada a 150. Vanunu tenía dos números de placa: el 9567-8 para entrar en las instalaciones de Dimona y el 320 para entrar en el Instituto 2.

Desde fuera, el instituto parecía un modesto edificio de dos pisos que podía ser una instalación de almacenamiento o una unidad de servicio marginal. Pero la gente con mente inquisitiva habría notado que había una cabina de ascensor en el tejado plano y se habría preguntado para qué necesitaría ascensor una casa de dos pisos. La clave de ese misterio era el auténtico secreto del Instituto 2: el ascensor era necesario no para subir, sino para bajar a los seis pisos subterráneos cuidadosamente ocultos. Vanunu estaba a cargo del turno de noche y conocía bien el edificio. El primer piso lo ocupaban varias oficinas y una cafetería. Unas pocas puertas de la planta baja se usaban para trasladar las barras de uranio que se usaban en el reactor; en el mismo piso había más oficinas y diversos laboratorios de montaje. En la primera planta subterránea sólo había tuberías y válvulas. En la segunda, la sala de control central y una especie de terraza llamada «balcón de Golda». Los visitantes importantes con autorización máxima podían observar la producción de la sala inferior desde aquel balcón. En el tercer piso subterráneo, los técnicos trabajaban con barras de uranio que bajaban desde arriba. En el cuarto nivel se encontraba un enorme espacio subterráneo que se alzaba hasta la altura de tres pisos, destinado a la planta de producción y las instalaciones de separación, donde se eliminaba el plutonio producido en el reactor de las barras de uranio. El quinto piso albergaba el departamento de metalurgia y el laboratorio donde se producían los componentes de las bombas, y en el sexto piso subterráneo se cargaban los desechos químicos en unos contenedores especiales.

Vanunu sabía que durante la operación normal del reactor nuclear, la reacción en cadena producía plutonio que se acumulaba en las barras de uranio. Después de «afeitar» las barras, el plutonio se usaba en los niveles cuatro y cinco, y en el montaje de armas atómicas israelíes.

Un día, sin ningún motivo en particular, Vanunu llevó una cámara de fotos al Instituto 2; la metió en su bolsa, entre los libros que se llevaría más tarde a clase en la Universidad Ben-Gurión. Si los responsables de seguridad le preguntaban por qué quería entrar con una cámara a Dimona, pensaba decir que se la había llevado a la playa y se olvidó de sacarla de la bolsa. Pero nadie registró su bolsa ni le hizo preguntas, y él guardó la cámara en su taquilla personal. Durante la comida y las pausas de la tarde, cuando no había nadie en el edificio, Vanunu fue por las plantas subterráneas y fotografió los

laboratorios, el equipo y las salas, dibujó bocetos detallados, entró en las oficinas vacías y leyó detenidamente documentos en las cajas fuertes abiertas. Nadie le vio y nadie sospechó de él. Los guardias de seguridad parecían haberse evaporado en el aire. Los superiores de Vanunu no tenían ni idea de su peligrosa afición, y en su evaluación le consideraron un técnico tranquilo, serio y diligente.

A finales de 1985, Vanunu fue despedido tras nueve años en Dimona. Su despido no tenía relación alguna con sus actividades políticas, sino que era consecuencia de unos recortes presupuestarios: fue despedido igual que muchos otros. Recibió una indemnización del 150% y ocho meses de salario como «subsidio de adaptación». Sin embargo, él se sentía furioso y frustrado. Decidió irse al extranjero y realizar un largo viaje... y quizá no volver nunca si podía encontrar un nuevo hogar, como los doce millones de judíos que vivían fuera de Israel. Vendió su apartamento y su coche y liquidó sus cuentas bancarias.

Vanunu, que entonces contaba 31 años, se echó la mochila al hombro y se marchó de viaje. Ya había hecho antes largos viajes, una vez a Europa y otra a Estados Unidos. En aquella ocasión se dirigió a Extremo Oriente. En la mochila llevaba dos carretes con las fotos que había tomado en Dimona.

Su primera parada fue Grecia, y luego Rusia, Tailandia y Nepal. En Katmandú conoció a una chica israelí y la cortejó con timidez. Se presentó a sí mismo como Mordy y admitió abiertamente que era pacifista e izquierdista, y que quizá no volviese nunca a Israel. Visitó un templo budista y jugueteó con la idea de hacerse monje budista.

Después de Katmandú, Vanunu viajó a Extremo Oriente y finalmente acabó en Australia. Durante unos meses desempeñó extraños trabajos en Sidney, pero la mayor parte del tiempo se sentía solo y desgraciado. Una noche paseaba por uno de los barrios de peor reputación de la ciudad, repleto de prostitutas, ladronzuelos y traficantes de drogas, cuando en la oscuridad, surgió frente a él la aguja de la iglesia de Saint George, conocido refugio de las almas atormentadas: gente desesperada, criminales, vagabundos sin hogar, hombres y mujeres pobres y oprimidos. Entró y se presentó al sacerdote anglicano John McKnight. El buen sacerdote se dio cuenta de inmediato de que Vanunu estaba buscando un hogar y una familia, y estableció una relación cálida e íntima con aquel huésped tan tímido e inseguro. En las siguientes semanas, los dos tuvieron largas y sinceras conversaciones, y finalmente, el

17 de agosto de 1986, Vanunu fue bautizado y eligió un nuevo nombre cristiano: John Crossman.

Representó una tremenda transición para un judío practicante nacido en Marrakech, que había pasado su juventud en escuelas talmúdicas y yesivás de Beersheba. Ciertamente que su celo religioso había desaparecido hacía años, pero su conversión era más producto de su inestabilidad y su confusión que de una auténtica decepción con el judaísmo. Si no hubiese entrado en la iglesia de Saint George ni hubiese conocido al padre John, quizá se habría convertido al budismo o a cualquier otra religión. Pero al volver la espalda al judaísmo, también volvió la espalda a Israel. La aversión a su país se fue convirtiendo gradualmente en uno de los principales motivos para sus futuras acciones.

Durante una reunión en la iglesia, Vanunu contó a sus nuevos amigos el trabajo que realizaba en Israel, describió el reactor de Dimona y se ofreció a hacer un pase de diapositivas con las fotografías que había tomado. Todos le miraron con desinterés; no tenían ni idea de lo que les estaba contando. Pero uno de los asistentes se quedó intrigado con sus palabras: se trataba de Óscar Guerrero, un colombiano que vagaba por el mundo y era periodista ocasional. Los dos habían pintado la valla de la iglesia juntos y compartieron apartamento durante un tiempo. Guerrero se dio cuenta de la importancia que tenían aquellas fotos y alimentó la imaginación de Vanunu con promesas de fortuna y gloria.

Vanunu necesitaba dinero desesperadamente, pero también pensaba que podía usar la gloria prometida para promover la paz entre judíos y árabes. Ése no era su plan original: la pacificación no era la razón por la que había abandonado Israel llevando por el mundo los dos carretes de película durante varios meses. Pero buscar la paz y salvar al mundo de la bomba atómica de Israel le parecían motivos nobles para sus actos. Su guerra privada contra el proyecto nuclear israelí iba cogiendo impulso a medida que pasaban los días, y se convirtió en el motivo fundamental para publicar las fotografías de Dimona. Pero Vanunu también comprendía que si lo hacía, sería su fin como israelí. Nunca podría volver a Israel, donde se le consideraría un traidor y un enemigo del Estado.

Aun así, la tentación era grande. Vanunu y Guerrero fueron juntos a un laboratorio fotográfico de Sidney, revelaron las fotos que había tomado el primero en el Instituto 2 e intentaron venderlas a las oficinas locales de revistas norteamericanas y emisoras de televisión australianas, pero todo fue en vano. Les veían o bien como unos excéntricos o como estafadores que

intentaban hacer dinero fácil. Nadie creía que aquel hombre tímido y ascético tuviera en sus manos el secreto mejor guardado de Israel.

Finalmente, Guerrero voló a España y el Reino Unido, y esta vez sí que dio en el blanco. Tras oír su historia, los editores del *Sunday Times* de Londres se dieron cuenta de las posibilidades dramáticas de un artículo sobre el reactor nuclear de Israel, basado en fotos y dibujos exclusivos. Sin embargo, debían ser muy cautelosos: poco antes habían salido muy perjudicados al comprar los «diarios de Hitler», que resultaron ser una falsificación de mala calidad. Por tanto, pidieron que les dejaran examinar todo el material que Guerrero había llevado consigo.

Mientras tanto, un responsable de la televisión australiana se puso en contacto con la embajada israelí en Canberra y preguntó si aquel hombre extraño que les había ofrecido las fotos del reactor de Dimona era en realidad ciudadano israelí. La historia llamó la atención de un periodista israelí, que informó a su periódico en Tel Aviv.

Un terremoto repentino sacudió los servicios secretos israelíes: un antiguo operario del Instituto 2 de Dimona estaba intentando vender el secreto más vital de Israel. «El sistema falló, no le cogimos a tiempo», admitió desesperado Haim Carmon, entonces director de seguridad en el Ministerio de Defensa.

La noticia corrió por el «club de los primeros ministros» (el primer ministro Peres y los antiguos ministros Rabin y Shamir), miembros del gobierno de unidad nacional. Éstos decidieron buscar a Vanunu de inmediato y traerlo de vuelta a Israel. Algunos de sus colaboradores sugirieron matar a Vanunu en lugar de traerlo de vuelta, pero la idea fue desechada. El primer ministro cogió el teléfono y llamó al *ramsad*.

Desde 1982, el Mossad tenía un nuevo director: Nahum Admoni. Después de casi veinte años de generales llegados directamente del FDI para llevar las riendas del Mossad, la organización por fin tenía un jefe que había ascendido desde el interior. Nahum Admoni, nacido en Jerusalén, era veterano del Shai y del Aman. Había sido colaborador de Yitzhak Hofi y alcanzado el codiciado puesto de *ramsad* después de que éste se jubilara en 1982. Su estancia en el puesto duraría siete años, pero no serían precisamente los mejores de los servicios de inteligencia. Entre 1982 y 1989 tuvieron lugar varios incidentes molestos para el Mossad: el asunto Pollard, que se destapó cuando un analista de inteligencia civil judío fue arrestado en Washington por espiar para una

unidad de inteligencia secreta de Israel; el asunto de la contra de Irán, en el cual se vio implicado Israel; arrestos de varios agentes del Mossad en países extranjeros, a causa de errores y descuidos... Pero sin duda, el peor daño a Israel lo causó Mordechai Vanunu. En cuanto Peres le llamó, Admoni inició una operación para capturar a Vanunu. El ordenador del Mossad les dio el nombre en clave de la operación: Kaniuk.

Nahum Admoni envió urgentemente una unidad de Cesárea a Australia para que buscasen a Vanunu pero, a su llegada, los agentes descubrieron que habían llegado demasiado tarde. El pájaro había volado del nido... a Reino Unido.

Poco después de entrevistar a Guerrero, el editor del *Sunday Times* envió a Australia a Peter Hounam, redactor estrella de la sección de investigación del semanario, para que se reuniera con Vanunu. Al abordar su vuelo, Hounam ya sabía que unos científicos británicos habían examinado algunas de las fotos que les llevó Guerrero y habían confirmado su autenticidad. La reunión con Vanunu en Sidney convenció también a Hounam de que su historia era cierta. Se sintió particularmente impresionado por el hecho de que Vanunu desmintiera las exageraciones de Guerrero, que afirmaba que era un «científico israelí». Vanunu le contó la verdad: sólo había sido técnico en Dimona.

Vanunu y Hounam volaron a Londres y dejaron atrás a Guerrero. En Londres, Vanunu fue objeto de intensos interrogatorios por parte de la gente del *Sunday Times*. Les explicó todo lo que sabía y reveló a los británicos que Israel también estaba desarrollando una bomba de neutrones, capaz de destruir a los seres vivos pero dejar intactos edificios y estructuras. También describió el proceso de ensamblaje de las bombas en el Instituto 2. Sin embargo, a lo largo de toda la reunión parecía muy asustado y nervioso; temía que los servicios secretos israelíes le matasen o secuestrasen. La gente del *Sunday Times* intentó calmarle; le trasladaron a otro hotel y movilizaron a todo su personal para que actuaran por turno como «niñeras» de su valioso huésped. Insistían (en vano) en que no debía andar solo por las calles.

Cuando terminaron los interrogatorios, le ofrecieron un trato fantástico: cien mil dólares por su historia y sus fotos, un 40% de los derechos de distribución de los artículos del periódico, y un 25% de los derechos del libro... si es que había libro. Le dijeron que el propietario del *Sunday Times*, Rupert Murdoch, también era dueño de la empresa cinematográfica Twentieth

Century Fox, y que estaba pensando en hacer una película sobre su vida y sus peripecias. El papel de Vanunu lo representaría Robert de Niro.

Los anfitriones de Vanunu en Londres le ofrecieron todas las posibles tentaciones excepto una: una mujer. Vanunu ansiaba el sexo y el calor de una mujer, pero no podía tenerlos. Mientras le hacía compañía Rowena Webster, miembro del personal de investigación, intentó convencerla desesperadamente de que tuviera relaciones sexuales con él, pero ella se negó. El sexo era el talón de Aquiles de Vanunu, pero los avisados editores del *Sunday Times* no se dieron cuenta.

Tampoco se dieron cuenta de que el temor de Vanunu hacia el servicio secreto israelí era fundado. Uno de los reporteros de investigación fue enviado a Israel para que averiguase si Vanunu era realmente quien aseguraba ser, y habló de él con un periodista israelí, que inmediatamente alertó al Shabak. Pocas horas después, varios miembros del equipo operativo del Mossad aterrizaban en Londres. El equipo iba encabezado por el ayudante del *ramsad*, Shabtai Shavit. La operación la dirigía el segundo ayudante del *ramsad* y jefe de la Cesárea, Beni Ze'evi.

Dos agentes del Mossad fingieron ser fotógrafos, se apostaron ante el edificio del *Sunday Times* y tomaron fotos del grupo de trabajadores que protestaban; casualmente estaban en huelga. Al cabo de unos días, vieron y fotografiaron a Vanunu y le siguieron por las calles de Londres, usando el método del «peine» desarrollado por el veterano agente del Mossad Zvi Malkin. Además de seguir a su objetivo, los agentes peinaban las zonas que podía visitar y llegaban allí antes incluso de que llegase. De ese modo, el 24 de septiembre Vanunu llegó a Leicester Square, lugar favorito de turistas y visitantes, y vio junto a un quiosco de prensa a una chica «que se parecía mucho a Farrah Fawcett, la estrella del programa de televisión “Los ángeles de Charlie”».

Era una rubia muy guapa, y a él le pareció «bella y angelical». La miró lleno de deseo, mientras ella hacía cola ante el quiosco. Ella volvió la cabeza y le miró, una mirada larga y significativa. Sus ojos se encontraron un momento, pero a ella le llegó el turno, compró el periódico y se fue. Él también se volvió para irse en otra dirección, pero reuniendo todo su valor, dio media vuelta y le preguntó si podía hablar con ella. Ella accedió con una sonrisa. Mantuvieron una conversación casual en la que ella se presentó como Cindy, esteticista judía de Filadelfia de vacaciones en Europa.

Vanunu sospechaba. Los últimos días habían sido muy duros para sus nervios. La gente del *Sunday Times* seguía interrogándole sin parar, y había pospuesto la publicación de su artículo. Su miedo al servicio secreto israelí aumentó al saber que el *Sunday Times* iba a pedir a la embajada israelí en Londres que comentase la noticia. Le explicaron que un periódico respetable como el *Sunday Times* siempre tenía que pedir la opinión del otro lado, pero él no estaba nada convencido. Se sentía solo, furioso e impaciente.

Y de repente... apareció Cindy.

—¿Eres del Mossad? —le preguntó él, medio en broma.

—No, no —contestó ella—. ¿Qué es el Mossad?

Luego le preguntó su nombre.

—George —dijo él. Era el nombre que había usado al registrarse en el hotel.

—Venga ya —respondió ella—. Tú no te llamas George.

Tras sentarse en un café, él le reveló su verdadero nombre y le habló del *Sunday Times* y de sus problemas. Ella sugirió inmediatamente que fuese a Nueva York, donde ella podía encontrarle buenos periódicos y abogados.

Pero en realidad él no la escuchaba: Mordechai Vanunu se había enamorado a primera vista. En los días siguientes se reunió con Cindy varias veces y, según él, aquellos fueron los mejores días de su vida. Paseaban por los parques cogidos de la mano, fueron al cine y vieron *Único testigo*, con Harrison Ford, y *Hannah y sus hermanas*, de Woody Allen. También vieron un musical, *La calle 42*, y se besaron mucho. Él nunca olvidaría los cálidos abrazos y los dulces besos.

Cindy le dio dulces besos, sí... pero se negó en redondo a acostarse con él. Le dijo que no podía invitarle a su hotel, porque compartía habitación con otra chica; también se negó a ir a la habitación de hotel de él. «Estás tenso y nervioso —le decía—, no funcionará. No en Londres».

Entonces ella tuvo una idea.

—¿Por qué no te vienes conmigo a Roma? Mi hermana vive allí; tiene un apartamento y podemos pasarlo muy bien, y así te olvidarás de todos tus problemas.

Al principio él se negó, pero ella estaba decidida a irse a Roma; compró un billete en clase turista y, cuando finalmente lo convenció, le compró otro

billete a él.

—Ya me lo pagarás más adelante —dijo.

Y él sucumbió a la tentación.

Si hubiera sido un hombre más serio y razonable, se habría dado cuenta enseguida de que había caído en una «trampa dulce», el término que usan los servicios secretos para la seducción por parte de una mujer. De repente, Vanunu conoce a una chica en la calle y ella se enamora perdidamente de él y está dispuesta a hacer cualquier cosa por él, aunque apenas le conoce: llevarle a casa de su hermana en Roma, comprarle un billete de avión... No puede acostarse con él en Londres, pero sí en Roma. Un hombre sensato habría concluido que la historia de Cindy era sospechosa, incluso ridícula, pero esta vez los psicólogos del Mossad habían hecho un excelente trabajo: sabían perfectamente lo que quería Vanunu y predijeron que se cegaría con los dulces besos y las promesas más dulces aún de una mujer preciosa y sexy.

Peter Hounam, del *Sunday Times*, era un hombre sensato. En cuanto oyó hablar de Cindy comprendió que algo no iba bien. Intentó convencer a Vanunu por todos los medios de que dejara de verla, pero fue en vano: Vanunu ya se había tragado el anzuelo y nada en el mundo podía hacerle cambiar de opinión. En una ocasión le pidió a Peter que le llevase en coche al café donde le esperaba Cindy, y Peter vio fugazmente a la joven (más tarde sería capaz de hacer un dibujo de su cara, basándose en aquel breve encuentro). Cuando Peter se enteró de la intención de Vanunu de irse de la ciudad «un par de días» intentó hablar con él de nuevo, pero no sirvió de nada. Aun así, advirtió a Vanunu que no abandonase Reino Unido y que no dejase su pasaporte en la recepción del hotel. Pero Peter Hounam no podía imaginar que Vanunu volaría a Roma para poder acostarse con Cindy al fin.

Cindy había accedido a acostarse con Vanunu en Roma por un motivo totalmente distinto: Israel no quería secuestrar a Vanunu en suelo británico. El primer ministro Peres no deseaba enfrentarse a la formidable Dama de Hierro, Margaret Thatcher. El Mossad no se sentía cómodo en Reino Unido. Unos meses atrás, las autoridades alemanas habían encontrado en una cabina telefónica un maletín que contenía ocho pasaportes británicos falsos. Desgraciadamente, el maletín también contenía una etiqueta con la identidad de su propietario y su conexión con la embajada israelí. El gobierno británico se puso furioso y el Mossad tuvo que prometer no volver a violar la soberanía

británica nunca más. Por tanto, ni Peres ni el Mossad podían pensar siquiera en emprender una operación secreta en suelo británico.

Roma era la mejor elección posible. Las relaciones entre el Mossad y el servicio secreto italiano eran estrechas y sólidas. El *ramsad* Nahum Admoni y el almirante Fulvio Martini, jefe del servicio secreto italiano, eran buenos amigos, y con el caos crónico que reinaba en Italia, era casi seguro que los italianos no podrían probar que Vanunu había sido secuestrado en su país.

Cogidos de la mano, el 30 de septiembre de 1986 Cindy y Mordy abordaron el vuelo 504 de British Airways a Roma. Al aterrizar a las nueve de la noche, los dos amantes fueron recibidos por un alegre italiano con un enorme ramo de flores, que los llevó en su coche a casa de la hermana de Cindy. Durante ese viaje, Cindy seguía abrazando y besando a su encantado Mordy.

El coche se detuvo ante una casa pequeña y una chica abrió la puerta. Vanunu fue el primero en entrar. De repente, la puerta se cerró de golpe y dos hombres saltaron sobre él, le golpearon con fuerza y le arrojaron al suelo. Vio que uno de ellos era rubio. Mientras le ataban de pies y manos, la chica se inclinó hacia él y le clavó una aguja en el brazo. Todo se volvió borroso y Vanunu se sumió en un profundo sueño.

Un camión comercial que transportaba al inconsciente Vanunu se dirigió hacia el norte del país. El vehículo viajó varias horas; junto a Vanunu se sentaron dos hombres y una mujer. Al cabo de unas horas, Vanunu recibió otra inyección. Cindy había desaparecido. El coche llegó al puerto de La Spezia; allí subieron a Vanunu, atado en una camilla, a bordo de una lancha motora que navegó hasta mar abierto, donde esperaba el carguero israelí *Tapuz* (según otra fuente era el *SS Noga*). A los miembros de la tripulación del barco se les ordenó que entrasen en el salón de la tripulación y permanecieran dentro, pero los que estaban de guardia vieron llegar la lancha. Se arrojó una escala de cuerda por la borda y dos hombres y una mujer subieron con muchas precauciones a bordo. Llevaban con ellos a un hombre inconsciente, al que condujeron al camarote del primer oficial antes de cerrar la puerta por fuera. El barco zarpó inmediatamente hacia Israel.

Vanunu pasó todo el viaje encerrado en aquel pequeño camarote. No volvió a ver a Cindy; estaba preocupado por ella y no sabía lo que le había ocurrido. No se daba cuenta de que formaba parte de un equipo del Mossad; ella le había dejado en el umbral del piso franco y probablemente abandonó

Italia aquella misma noche. La mujer que acompañó a Vanunu a bordo del barco era la doctora que le iba inyectando anestésicos durante el viaje.

El barco lanzó el ancla no lejos de la costa de Israel y Vanunu fue transportado a un barco lanzamisiles de la Marina israelí. Le recibieron unos oficiales de policía y agentes del Shabak, que le tomaron los datos formalmente y le condujeron a la prisión de Shikma, en Ashkelon.

Durante su primer interrogatorio, Vanunu supo que mientras él iba de camino a Israel, el *Sunday Times* había empezado a publicar el artículo basado en sus revelaciones. Éste, acompañado de fotos y dibujos, fue reproducido en numerosos periódicos de todo el mundo. El *Sunday Times* reveló que todas las estimaciones previas de la posible fuerza nuclear de Israel estaban equivocadas. Hasta el momento, los expertos creían que Israel poseía entre diez y veinte bombas atómicas primitivas, pero la información aportada por Vanunu probaba que Israel se había convertido en una potencia nuclear y que su arsenal incluía al menos de 150 a 200 bombas sofisticadas; también tenía la capacidad de producir armas de hidrógeno y de neutrones. Vanunu se asustó mucho ante las sensacionales revelaciones; temía que los israelíes le mataran y también tenía miedo por Cindy, y no podía creer que ella formase parte del complot tramado contra él.

Durante unos cuarenta días, el mundo no supo lo que le había ocurrido a Vanunu. La prensa publicaba sensacionales reportajes que no tenían nada que ver con la realidad; los periódicos británicos describían con todo detalle cómo le habían secuestrado en Londres y llevado a escondidas a Israel en el interior de una «valija diplomática». Otros citaban a «testigos» que le habían visto con una mujer joven embarcando en un yate en dirección a Israel. Miembros del Parlamento de Londres exigían una investigación y severas medidas contra Israel.

Vanunu fue acusado oficialmente a mediados de noviembre y apareció varias veces ante los tribunales. Decidió ser más listo que sus carceleros. Sabía exactamente dónde esperaban los reporteros y, en uno de los viajes al tribunal, se sentó en el asiento de atrás del coche de la policía y esperó a que éste se detuviese ante la multitud de reporteros y fotógrafos. Entonces, repentinamente, apretó la palma de la mano contra la ventanilla del coche y los reporteros y fotógrafos de la prensa mundial pudieron leer la frase que se había escrito en la palma:

vanunu m fue secuestrado en roma, itl, 30.9.86, 21.00. llegó a roma en vuelo 504 ba

Esa revelación no perjudicó las relaciones de Jerusalén con Londres, ya que dejaba bien claro que Vanunu había abandonado Reino Unido por propia voluntad en un vuelo comercial regular. En Roma, sin embargo, los jefes del servicio secreto se enfurecieron e indignaron mucho, aunque al cabo de poco tiempo los israelíes ya habían reparado los daños.

Vanunu fue acusado de espionaje y traición, y sentenciado a 18 años de prisión. Pero en otros países no era considerado espía ni traidor. Casi de la noche a la mañana aparecieron en Europa y en Estados Unidos asociaciones y grupos con su nombre, que empezaron a pintarle como un osado luchador por la causa de la paz, un mártir que había arriesgado su vida para detener el proyecto nuclear de Israel.

Vanunu no era nada parecido, desde luego. Todas aquellas consignas heroicas y cargadas de ideología no servían más que para encubrir las confusas acciones del frustrado técnico del Instituto 2. Vanunu no intentó rebelarse contra el proyecto nuclear israelí mientras trabajaba en Dimona; si no le hubiesen despedido, todavía seguiría trabajando allí. Cuando salió del país no se apresuró a emprender su guerra santa particular, sino que viajó por el mundo, recorrió Nepal y Tailandia, se bautizó en Australia... De no haber sido por Guerrero, quizá habría guardado las fotos del «balcón de Golda» y los laboratorios de montaje de bombas en el fondo de su mochila para siempre.

Pero mucha gente buena e ingenua de todo el mundo le empezó a ver como un héroe que luchaba contra el peligro atómico israelí. Una tierna pareja norteamericana le adoptó como hijo (aunque su familia seguía viva), y otros buenos cristianos le siguen nominando una y otra vez como candidato al premio Nobel de la Paz.

Cuando fue puesto en libertad tras 18 años en la cárcel, Vanunu vivió en una iglesia de Jerusalén. Hoy en día sigue alardeando de su odio por Israel, se niega a vivir allí, se niega a hablar hebreo, se llama a sí mismo Crossman y publica anuncios en los periódicos árabes buscando a una esposa árabe o palestina («israelíes abstenerse»).

¿Y Cindy? Resultó que debido a la urgencia de la operación de Londres, el Mossad no tuvo tiempo de construir una sólida tapadera para ella; se limitó a usar el nombre de su hermana, Cindy Hanin, y su pasaporte, y eso ayudó a los reporteros británicos e israelíes a descubrir su verdadera identidad. Averiguaron que su nombre auténtico era Cheryl Ben-Tov, apellido de soltera

Hanin, hija de un millonario estadounidense que había hecho fortuna en el negocio de los neumáticos. Era sionista ferviente y emigró a Israel a la edad de 17 años; allí sirvió en el FDI y se casó con un ex oficial del Aman. Un agente del Mossad la reclutó para la organización. Tenía un coeficiente intelectual alto, una motivación intensa y la ayuda de su pasaporte estadounidense. Realizó un exhaustivo entrenamiento de dos años antes de ser enviada con urgencia a Londres con otros miembros de la operación Kaniuk. Después del secuestro de Vanunu y la publicidad que la rodeó, tuvo que apartarse de la actividad operativa.

Hoy en día, Cheryl Hanin Ben-Tov vive en Orlando, en Florida. Ella y su marido se dedican al negocio inmobiliario y llevan la vida de una familia modelo judeo-estadounidense. El asunto de Vanunu quemó a Cheryl como agente del Mossad y sus colegas lamentaron sinceramente que aquella mujer lista, guapa y llena de recursos ya no estuviera con ellos. Gracias a ella, Israel consiguió sacar a Vanunu de Reino Unido sin vulnerar ninguna ley.

Margaret Thatcher controló a los tumultuosos miembros del Parlamento en cuanto quedó claro que no se había cometido ningún acto ilegal en suelo británico.

Pero al Mossad no le costó demasiado volver a hacer de las suyas. Dos años más tarde, los agentes del Mossad Arie Regev y Yaacov Barad colocaron a un palestino como agente doble en Londres. El palestino fue descubierto y arrestado, pero Thatcher cerró la rama del Mossad en Londres y expulsó a Regev y Barad.

El Mossad volvió a prometer que se portaría bien y así fue... hasta el asunto de Mahmoud Al-Mabhuh.

CAPÍTULO DIECISÉIS

El súper cañón de Saddam

El 23 de marzo de 1918, en el punto álgido de la Primera Guerra Mundial, un enorme proyectil de artillería explotó en el centro de la Place de la République en París. Una hora más tarde, otra bomba alcanzó el centro de París y mató a ocho personas. Las explosiones aterrorizaron a los parisinos, pues se suponía que la ciudad, lejos del frente, estaba a salvo. El comandante del distrito de París envió de inmediato a varias brigadas a recorrer los bosques en torno a la capital, donde debía de estar escondida una unidad de la artillería alemana. Pero la búsqueda no dio resultado. Los franceses supusieron que los proyectiles habían sido disparados desde un dirigible, aunque no se avistó ningún zepelín. Seis días más tarde, el Viernes Santo, estalló otra bomba en París. Esta vez fue un impacto directo en la iglesia de Saint Gervais, en el distrito cuarto. La explosión mató a 91 personas e hirió a un centenar.

El pánico se extendió por toda la ciudad. Patrullas del ejército se abrieron en abanico desde la capital y no encontraron nada. Nadie había oído hablar de un cañón que pudiese disparar a París desde una distancia tan extraordinaria. Los periódicos comparaban al monstruo que les bombardeaba desde lejos con el enorme cañón que el escritor Julio Verne había descrito en su libro *De la Tierra a la Luna*. El cañón ficticio de Verne podía disparar una nave espacial entera a la Luna.

Los franceses estuvieron de suerte, pues la guerra acabó aquel mismo año con la victoria de los aliados sobre la Alemania imperial. Poco a poco, empezó a filtrarse información sobre el horrible cañón que había sembrado la muerte y el pánico en la capital francesa. Algunos lo llamaban «cañón de París», otros «cañón de Guillermo», por Guillermo II, emperador de Alemania. Resultó que era un invento de la fábrica de armamento pesado Krupp, que había producido tres de aquellos misteriosos cañones. Tenía un alcance inusitado de 128 kilómetros; sus proyectiles eran de un metro de

largo, con una carga de pólvora de tres metros y medio. Las bombas alcanzaban una altura de 42 kilómetros, un récord sólo superado por los cañones alemanes V-2 en la Segunda Guerra Mundial. Krupp montó los tres súper cañones en el mayor de los secretos. Éstos se desplazaban mediante unos trenes especiales que los movían de una posición a otra casi diariamente. Cada uno de ellos era manejado por 80 soldados de artillería, que tenían prohibido hablar con nadie: era imperativo mantener aquellas armas monstruosas en el más absoluto secreto.

Cuando la guerra fue llegando a su fin, la capacidad de maniobra de los súper cañones se deterioró rápidamente. Los aviones británicos descubrieron los enormes cañones, los persiguieron a lo largo de las vías y los bombardearon. Los franceses también los atacaron desde posiciones cercanas a la frontera. Sin embargo, ninguno de aquellos ataques tuvo éxito. El único cañón neutralizado fue uno que explotó mientras disparaba; murieron cinco soldados. Los otros dos desaparecieron sin dejar rastro al final de la guerra. Lo que ocurrió con ellos sigue siendo un misterio; quizá fueran desmantelados o quedaran ocultos en alguna profunda cueva o una mina abandonada.

Los súper cañones se convirtieron en una leyenda y muchos pensaban que su secreto nunca se resolvería. Pero en 1965, una anciana alemana viajó a Canadá y fue a ver a un científico de 37 años, el doctor Gerald Bull, que estaba a cargo del programa de investigación de grandes alturas llamado Proyecto del Cañón Espacia (HARP por sus siglas en inglés) en la Universidad McGill, en Montreal. La mujer era familiar de Fritz Rausenberger, el difunto director de diseño de la empresa Krupp, y llevaba a Bull un manuscrito perdido que había descubierto en los archivos familiares y que describía con detalle el enorme cañón y su funcionamiento.

El manuscrito despertó la imaginación de Bull. Considerado un genio, se había doctorado a la edad de 23 años, el doctor más joven de todas las universidades canadienses. Bull soñaba con construir súper cañones que disparasen proyectiles a blancos que se encontraran a cientos de kilómetros de distancia, e incluso lanzar satélites al espacio exterior. Aprovechando el manuscrito, escribió un libro sobre los cañones Guillermo y las posibilidades que ofrecían a los científicos del futuro.

Pero el libro no bastaba. Bull obtuvo fondos de los gobiernos de Estados Unidos y Canadá, así como de su universidad. En un terreno de pruebas en Barbados probó su nuevo y enorme cañón, el más grande construido en todo

el mundo. Tenía 36 metros de largo, con un calibre de 424 milímetros. Cientos de trabajadores, técnicos e ingenieros, muchos de ellos locales, participaron en la construcción y prueba de la gigantesca arma de fuego.

El cañón de Bull sacó un sobresaliente en la prueba de fuego y envió enormes cargas a una altura récord. Él aseguraba que si en lugar de proyectiles cargaba su cañón con misiles propulsados por combustible sólido, podía disparar un misil de 100 kilos a una distancia de 4.000 kilómetros o a una altura de 250 kilómetros.

El cañón de Bull era un gran logro, pero los gobiernos estadounidense y canadiense decidieron, por diversos motivos, dejar de subvencionar el proyecto. En 1968 Bull se vio obligado a abandonar Barbados. Su frustración no tenía límites y atacó lleno de odio y despecho a los «burócratas» que habían abortado su proyecto.

Durante un tiempo se dedicó a producir proyectiles de artillería e incluso exportó 50.000 proyectiles a Israel para que los usaran con cañones de fabricación norteamericana. Incluso se vio recompensado con la ciudadanía honoraria estadounidense. Pero tenía un genio muy vivo, no siempre era capaz de controlar lo que decía y chocaba con la mayoría de los oficiales y funcionarios de alto rango con los que se cruzaba. La humillación que había sentido con el cierre del terreno de pruebas en Barbados seguía ardiendo en su interior, y estaba dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de continuar construyendo sus grandes cañones. Aquello se convirtió en una obsesión para él, y nada podía detenerle.

Primero construyó el cañón GC-45, el más avanzado de su época, con un alcance de 40 kilómetros. Bull vendía el cañón a quien quisiera comprarlo. A pesar del embargo de Naciones Unidas a la venta de armas a Sudáfrica, Bull vendió sus cañones al ejército sudafricano, que los necesitaba para la guerra contra la vecina Angola. Bull vendió también a Sudáfrica una licencia para construir los cañones en su propio territorio.

Algunos dicen que la CIA apoyaba secretamente la actividad ilegal de Bull, pero en cuanto el asunto se hizo público, los amigos que éste tenía en la CIA se esfumaron; se quedó solo y tuvo que enfrentarse a las acusaciones de la ONU de haberse convertido en un cínico y cruel traficante de armas. Se vio obligado a volver a Estados Unidos, donde le esperaba una desagradable sorpresa: un tribunal lo declaró culpable de comercio ilegal de armas y lo sentenció a seis meses de prisión. Tras ser liberado y regresar a Canadá, le

pusieron una multa de 55.000 dólares. Furioso y amargado, se trasladó a Bélgica, donde fundó una nueva empresa en asociación con Poudreries Réunies de Belgique.

Pero su obsesión no desapareció y siguió soñando con construir un enorme súper cañón, digno de la imaginación de Julio Verne. Como el Goethe de Fausto, estaba dispuesto a vender su alma al diablo con tal de realizar su sueño. Y la verdad es que encontró al diablo: el megalómano dictador de Iraq, Saddam Hussein.

En los años ochenta, Iraq estaba enzarzado en una guerra implacable contra Irán. Bull vendió a los iraquíes 200 cañones GC-45, hechos en Austria y pasados de contrabando a través del puerto de Akaba, en la vecina Jordania. Pero eso no fue más que el principio.

Saddam Hussein, como Bull, estaba terriblemente frustrado después de que Israel bombardease el reactor nuclear de Tamuz, destruyendo así su sueño de convertir Iraq en una potencia nuclear. También tenía unos celos terribles de Israel, que estaba a punto de lanzar satélites al espacio.

Bull se ofreció a construir para Saddam el súper cañón más grande y largo del mundo. Con ese cañón, prometió Bull, Saddam podría lanzar satélites al espacio y disparar proyectiles a una distancia de más de mil kilómetros. Saddam se dio cuenta de que podría alcanzar las zonas más pobladas de Israel y aceptó de buen grado la oferta de Bull. Bull llamó a esa empresa «Proyecto Babilonia».

Bull preparó los planos para el Babilonia: un cañón de 150 metros de largo, con un peso de 2.100 toneladas y un calibre de un metro, nada menos. Pero antes de construir su gigantesco cañón, decidió montar un prototipo más pequeño para realizar pruebas. Llamó al cañón más pequeño «Bebé Babilonia», aunque ese bebé era más grande que todos sus antepasados. El cañón tenía 45 metros de largo y el comandante de artillería de Saddam se quedó asombrado con sus prestaciones. Pero eso no era nada comparado con el de verdad, que estaba construyéndose ya en el desierto iraquí.

Bull decidió colocar su cañón gigante en una colina desnuda, situando los componentes en la ladera. Tras elegir la ubicación, pidió las piezas del cañón a diversas fábricas metalúrgicas de Europa. El componente principal, por supuesto, era el propio cañón, que Bull se proponía montar usando enormes cantidades de tubos de acero. Pidió los tubos a Reino Unido, España, Países Bajos y Suiza. Los pedidos eran camuflados como «parte de una enorme

tubería de petróleo». Como Iraq estaba sometido a unas restricciones internacionales draconianas para la importación de materiales estratégicos, una vez más se hicieron los pedidos en nombre de la vecina Jordania.

Empezaron a llegar las tuberías. El aspecto más sorprendente de toda la operación es que la mayoría de los estados y empresas implicadas en la producción de las tuberías entendieron perfectamente que éstas no eran más que piezas de un arma letal gigantesca, pero debido a su cinismo y su codicia, así como a su indiferencia a las guerras en Oriente Medio, no tuvieron problema alguno en cooperar. Las enormes tuberías obtuvieron licencias de exportación, fueron colocadas en cargueros y enviadas. Muchas de ellas llegaron a Iraq sin contratiempo alguno.

El ejército privado de técnicos e ingenieros de Bull empezó a montar las piezas del cañón, apuntando hacia el oeste, a Israel. Pero Bull todavía no estaba satisfecho. Construyó para los iraquíes dos cañones autopropulsados: Al-Majnoon y Al-Fao. Al-Majnoon (El Loco) fue integrado de inmediato en la artillería de Iraq.

Bull también accedió a mejorar los misiles Scud del arsenal de Saddam y modificar sus ojivas. Amplió el alcance del Scud y su actuación; esos misiles se usarían contra Israel durante la primera guerra del Golfo.

Ahí, sin embargo, Bull cruzó la línea. Según el testimonio de su hijo, agentes israelíes le aconsejaron que abandonase sus peligrosas actividades y Bull se negó a escucharles. Israel no era el único que deseaba detener al científico. La CIA y el MI6 también estaban preocupados, mientras que los iraníes tenían asuntos pendientes con Bull. Durante la guerra Irán-Iraq, los iraquíes habían usado cañones contruados por Gerald Bull contra ellos. Al parecer, Bull no carecía de enemigos precisamente, y todos estaban decididos a poner fin a sus proyectos.

Él ignoró las advertencias y los agentes extranjeros redoblaron sus actividades. Durante el invierno de 1990 personas desconocidas irrumpieron varias veces en el apartamento de Bull en el barrio de Uccle, en Bruselas. No se llevaron nada, sólo volcaron los muebles y revolvieron los armarios y cajones, dejando claras indicaciones de su visita. Era otra advertencia para Bull: estamos aquí; podemos entrar en tu casa cuando queramos y a lo mejor incluso vamos más lejos.

Una vez más, Bull ignoró las advertencias. Las piezas del cañón seguían llegando y eran colocadas, una tras otra, en la árida colina de Iraq. Parecía que

ninguna acción podía detener el Proyecto Babilonia. Excepto una.

El 22 de marzo de 1990, Bull regresó a su apartamento de Bruselas. Mientras buscaba en el bolsillo las llaves de su piso, apareció en el oscuro pasillo un hombre con un arma con silenciador en la mano y le disparó cinco balas en la nuca. El padre del enorme cañón se desplomó y murió en el acto.

La prensa mundial se enfrascó en especulaciones sobre la identidad de los asesinos. Algunos decían que los había enviado la CIA, otros señalaban al MI6, Angola, Irán... pero la mayoría de los observadores apuntaban hacia Israel. La policía belga inició una investigación, pero no encontró nada. Los asesinos de Gerald Bull todavía no han sido hallados.

Con la muerte de Bull, el trabajo del cañón se detuvo de inmediato, y sus colaboradores, ingenieros, investigadores y compradores se disgregaron por todo el mundo. Estaban familiarizados con las diversas partes del proyecto, pero el plan general se encontraba en la cabeza de Bull y sólo él sabía cómo realizarlo. La muerte de Bull fue también la muerte de Babilonia.

Dos semanas después de su muerte, las autoridades británicas se despertaron de su largo sueño y finalmente despacharon una unidad de aduanas al puerto de Teesport, donde se incautaron de ocho enormes tubos de acero de Sheffield, que constaban en el manifiesto de exportación como «tuberías de petróleo». El movimiento fue correcto, pero llegó demasiado tarde: a los británicos se les habían pasado 44 «tuberías de petróleo» más que se encontraban ya en suelo iraquí. En las semanas siguientes se interceptaron más componentes del cañón gigante en otros cinco países europeos. En Reino Unido se llevó a cabo una investigación oficial que intentó establecer cómo era posible que empresas respetables, como Sheffield Forge Masters, ignorasen los tortuosos objetivos de Hussein y suministrasen tuberías de acero para el enorme cañón.

Cuando el ejército de Estados Unidos conquistó Iraq en 2003, encontraron montones de tubos enormes que se estaban oxidando en un depósito de chatarra de Al-Iskanderiya, a unos cincuenta kilómetros al sur de Bagdad. Las tuberías oxidadas eran lo único que quedaba de los grandiosos planes del doctor Gerald Bull.

El asesinato de Gerald Bull llegó en un momento de profundo cambio en el carácter del Mossad. Al asumir sus funciones en 1989, el nuevo *ramsad*, el veterano agente del Mossad Shabtai Shavit, encontró un cuerpo muy distinto del que solía ser el Mossad. Antiguo luchador del Sayeret Matkal y jefe de la

Cesárea, Shavit parecía el hombre adecuado para el puesto, pero a partir de los años setenta, con la eliminación sistemática de los líderes de Septiembre Negro, y mucho más en los ochenta y noventa, el énfasis de las actividades del Mossad había pasado de la inteligencia a las operaciones especiales. Poco a poco, el Mossad tuvo que asumir la mayor parte de las operaciones contra peligros no militares y no convencionales que amenazaban al Estado de Israel. Los órganos formales del Estado eran incapaces de derrotar el terrorismo de una manera eficiente: los líderes terroristas vivían en el extranjero con relativa seguridad, planeaban sus atentados y enviaban a sus hombres en contra de corporaciones o ciudadanos israelíes por todo el mundo. Aunque Israel supiera quiénes eran y lo que estaban haciendo, no podía arrestarlos y llevarlos ante la justicia. El único camino que le quedaba al Mossad era encontrarlos y matarlos. Esas acciones resultaban brutales y enormemente duras para aquellos que las llevaban a cabo, como David Molad, pero al menos lograban su objetivo cuando el asesinato de los líderes terroristas aniquilaba o inmovilizaba a sus organizaciones durante muchos años. La caza de los líderes de Septiembre Negro fue el mejor ejemplo y el caso de Gerald Bull tuvo resultados similares: aunque sus asesinos nunca fueron identificados oficialmente, su muerte supuso también la muerte de sus proyectos malignos. Lo mismo ocurrió con Wadie Haddad.

Todo empezó con una caja de bombones.

El doctor Wadie Haddad, jefe del Frente Popular para la Liberación de Palestina, era uno de los enemigos más peligrosos de Israel. Su operación más notoria fue el secuestro de un avión de Air France que cubría la ruta de Tel Aviv a París el 27 de junio de 1976. Varios terroristas árabes, alemanes y sudamericanos obligaron al piloto a aterrizar en Entebbe, la capital de Uganda, y exigieron el intercambio de rehenes judíos e israelíes por los terroristas más peligrosos del mundo. En una heroica operación de rescate, varios comandos israelíes volaron miles de kilómetros, aterrizaron en Entebbe, mataron a los terroristas y liberaron a los rehenes. Después de Entebbe, Haddad se dio cuenta de que su vida corría peligro y trasladó su cuartel general a Bagdad, donde se sentía seguro y continuó dirigiendo operaciones terroristas contra Israel.

El Mossad estaba decidido a matar al architerrorista, pero ¿cómo? Se organizó una operación muy concienzuda con el objetivo de descubrirlo todo de Haddad, sobre todo sus debilidades y vicios.

Un año después del rescate en Entebbe, los agentes del Mossad averiguaron que a Haddad le encantaba el chocolate, especialmente el buen chocolate belga. La información sobre el vicio secreto de Haddad provenía de un palestino fiable que se había infiltrado en el Frente Popular de Haddad.

El *ramsad*, Yitzhak Hofi, presentó la información al nuevo primer ministro de Israel, Menachem Begin, que aprobó la operación de inmediato. Los agentes del Mossad reclutaron entonces a uno de los colaboradores de confianza de Haddad, que estaba realizando una misión en Europa y que le llevó a su jefe una enorme caja de deliciosos bombones Godiva. Expertos del Mossad inyectaron un veneno biológico mortal en los bombones rellenos de crema dulce. Supusieron que Haddad, a quien encantaba el chocolate Godiva, se comería él solo los bombones y no querría compartirlos con nadie.

El agente llevó la caja envuelta para regalo a Haddad, que cuando se quedó a solas devoró todos los bombones, hasta el último. Al cabo de unas semanas, el regordete Haddad empezó a perder el apetito y a perder peso. Los análisis de sangre que le hicieron sus médicos indicaron una grave deficiencia inmunitaria. Nadie en Bagdad entendía lo que le ocurría al líder del Frente Popular.

La salud de Haddad empeoró. Se quedó débil, esquelético y tuvo que guardar cama. Cuando su estado se volvió crítico, fue trasladado con urgencia a una clínica de Alemania del Este. Como la mayoría de los países del bloque soviético, la República Democrática alemana ofrecía generosa ayuda, entrenamiento, armas y refugio a los terroristas palestinos. Pero su pericia, impecable en otros aspectos, no ayudó en este caso.

Los médicos de Alemania del Este no pudieron salvar a Haddad, que murió por «causas desconocidas» el 30 de marzo de 1978. El líder terrorista, que tenía 48 años, legó a su hermana millones de dólares que había amasado mientras dirigía su guerra patriótica a favor de Palestina.

El diagnóstico de los doctores alemanes fue que Haddad había muerto de una enfermedad terminal que había atacado su sistema inmunitario. Nadie sospechó del Mossad. Algunos de los colaboradores más cercanos de Haddad acusaron a las autoridades iraquíes de envenenarle por haber avergonzado al régimen. Sólo después de muchos años se permitió a los informadores israelíes publicar la verdad sobre la implicación del Mossad en la prematura muerte de Haddad. Cuando 30 años más tarde murió Yassir Arafat, sus colaboradores acusaron a Israel de causar su muerte. Esa acusación nunca se

llegó a probar, a pesar de los análisis y las pruebas exhaustivos realizados por los doctores franceses de Arafat.

Con la muerte de Haddad, su letal organización se derrumbó. Los ataques a Israel de su grupo cesaron casi por completo y la larga batalla con uno de los enemigos más viles de Israel acabó definitivamente.

Después de Bull y Haddad, le llegó el turno a Shaqaqi.

A mediados del siglo XIX, el sultán del Imperio otomano envió al comandante de la Marina imperial, un famoso y admirado almirante, a conquistar la isla mediterránea de Malta. El almirante se hizo a la mar y surcó el Mediterráneo durante varios meses.

Pero no encontró Malta.

El almirante volvió a Estambul a informar al sultán y anunció: «*Malta Yok!*» (Malta no existe).

Pero en nuestra época, hubo algunos que sí encontraron Malta, y no sólo la isla, sino también a un hombre que había llegado disfrazado bajo una identidad supuesta con un secretismo total. Era el doctor Fathi Shaqaqi, jefe de la Yihad Islámica.

A última hora de la mañana del 26 de octubre de 1995, Fathi Shaqaqi salió del hotel Diplomat en la ciudad de Selma, en Malta. Se disponía a realizar algunas compras antes de volver a Damasco, donde vivía desde hacía unos cuantos años. Shaqaqi llevaba peluca y un pasaporte libio con el nombre de Ibrahim Shawush, y se sentía bastante seguro en la serena ciudad maltesa. No sabía que unos cuantos agentes del Mossad le seguían desde que la semana anterior había volado de Malta a Libia para participar en una conferencia de organizaciones clandestinas palestinas.

Nueve meses antes, el 22 de enero, dos terroristas suicidas, miembros de la Yihad Islámica de Shaqaqi, se habían inmolado con bombas junto a una estación de autobuses en el cruce de Beit Lid, no lejos de la ciudad de Netanya. Murieron 21 personas, la mayoría soldados, y 68 resultaron heridas. Fue uno de los atentados terroristas más sangrientos de la historia israelí. El primer ministro Isaac Rabin, que acudió enseguida a Beit Lid, quedó profundamente afectado por la carnicería; su ira se desbordó cuando leyó las bravatas de Shaqaqi en una entrevista en la revista *Time*, diciendo que éste había sido «el ataque militar más importante jamás realizado en el interior de Palestina [aparte de las guerras árabe-israelíes]».

»*Time*: ¿Y esto le produce satisfacción?«.

»*Shaqaqi*: Le da satisfacción a nuestro pueblo«.

El furioso Rabin ordenó al *ramsad* Shabtai Shavit, oficial de carrera del Mossad, que matase al jefe de la Yihad Islámica.

Shavit llevaba muchísimo tiempo acechando a Shaqaqi.

Según el semanario *Der Spiegel*, el Mossad propuso atacar a Shaqaqi en su cuartel general de Damasco, pero Rabin se negó. Estaba embarcado en secreto en unas conversaciones por la paz con el presidente de Siria, Hafez el Assad, y no quería poner en peligro las ínfimas posibilidades de acabar con el conflicto con el vecino septentrional de Israel. Rabin pidió al Mossad que propusiera planes alternativos para la operación. Era una misión muy compleja, explicó Shavit, porque Shaqaqi sabía que estaba en el punto de mira del Mossad y por eso apenas abandonaba Siria. Sin embargo, Rabin se negó a autorizar un golpe en Damasco y ordenó al Mossad que llevase a cabo la operación fuera de las fronteras sirias.

Pero ¿dónde? Durante un tiempo los líderes del Mossad no supieron qué hacer. Pero al final, por suerte, Shaqaqi fue invitado a una conferencia de organizaciones terroristas en Libia. Al principio excusó su presencia, pero luego le informaron de que su eterno rival Said Mussa, jefe de la odiada organización Abu Mussa, pensaba asistir a la reunión. Los expertos del Mossad supusieron que Shaqaqi no querría ceder terreno ante su adversario y acudiría a la conferencia a toda costa; efectivamente, un informe secreto de Damasco lo confirmó: Shaqaqi acudiría a Libia. En Jerusalén, Rabin dio el visto bueno a la operación.

Fuentes europeas aseguran que la preparación del golpe empezó cuando los expertos en terrorismo del Mossad comprobaron los registros de los anteriores vuelos de Shaqaqi a Libia. Resultó que siempre había volado a Trípoli vía Malta. El *ramsad* decidió entonces operar en Malta, no en Libia; era una ubicación más conveniente y tranquila. Varios agentes del Mossad esperaron a Shaqaqi en el aeropuerto de La Valeta, donde se suponía que iba a hacer sólo una breve escala de camino hacia Libia. Shaqaqi casi consiguió burlar a sus perseguidores al llegar a Malta con el tercer vuelo diario desde Damasco y con un sofisticado disfraz. Permaneció un breve rato en la sala de tránsito y cogió el vuelo de conexión a Libia.

A primera hora de la mañana del 26 de octubre, volvió a Malta y se registró en el hotel Diplomat, donde ya se había alojado previamente. Cogió

la habitación 616 y abandonó el hotel de inmediato. Los agentes del Mossad, en una motocicleta azul, le seguían allá donde iba. Pasó un par de horas visitando tiendas y mercados, y regresaba solo al hotel cuando la moto azul se detuvo a su lado. Uno de los agentes, a quien más tarde describirían como un hombre con rasgos de Oriente Medio, se acercó y le disparó seis balas a quemarropa con un arma con silenciador. Shaqaqi cayó en la acera, mientras su asesino corría hacia un callejón cercano donde se encontraba su compañero en una moto con el motor en marcha. Ambos salieron disparados hacia la playa cercana y subieron a bordo de una lancha motora que les llevó a un carguero que esperaba en alta mar. Oficialmente, el barco transportaba cemento desde Haifa hasta Italia, pero junto con el cemento llevaba otro cargamento: el propio Shabtai Shavit, que dirigía la operación desde un improvisado puesto de mando a bordo. La ruta de escape había sido bien planeada: nadie siguió a los dos agentes y ambos alcanzaron el barco nodriza con toda seguridad.

Tras la muerte de Shaqaqi, sus colaboradores de la Yihad Islámica intentaron desentrañar un gran misterio: quién era el traidor que había filtrado al Mossad los detalles de su viaje. Los asesinos lo conocían todo: la fecha de su partida de Malta, el número de vuelo, la identidad falsa, la fecha de su regreso a Malta y a Damasco... Tras una investigación de cinco meses, los líderes de la Yihad Islámica arrestaron a un estudiante palestino, colaborador muy próximo de Shaqaqi, y le acusaron de traición. Al interrogarle, el estudiante confesó: el Mossad le había reclutado mientras estudiaba en Bulgaria y sus enlaces le dieron instrucciones de trasladarse a Damasco y unirse al grupo de Shaqaqi. Durante los cuatro años siguientes se fue ganando la confianza de Shaqaqi e incluso llegó a ser uno de los pocos que conocían todas sus actividades.

A diferencia de Hamás y Hezbolá, que invertían gran parte de sus recursos en actividades sociales, la Yihad Islámica tenía un solo objetivo: el terror. Estaba integrada por un cierto número de células muy pequeñas y compartimentadas, compuestas por palestinos que no tenían otro objetivo que luchar contra Israel. El propio Shaqaqi era considerado entre los palestinos de la diáspora como el padre ideológico del terrorismo suicida. Fue el primero en encontrar en las enseñanzas sagradas del islam una legitimación para las acciones suicidas con bomba y los asesinatos.

La organización de Shaqaqi fue responsable de una larga lista de atentados terroristas: 16 muertos en el atentado del autobús 405 en la carretera

de Tel Aviv a Jerusalén, el 6 de julio de 1989; nueve muertos en el ataque a un autobús de turistas israelíes junto a El Cairo, el 4 de febrero de 1990; ocho muertos con una bomba en un autobús en Kfar Darom, en el sur de Israel, el 20 de noviembre de 2000; tres soldados muertos en un atentado suicida en el control de carreteras de Netzarim, en la franja de Gaza, el 11 de noviembre de 1994, y el terrible atentado con bomba en Beit Lid, donde murieron 21 soldados el 22 de enero de 1995. Se había ganado con toda justicia la sentencia de muerte que ejecutó el Mossad en una calle de Malta. Tras la muerte de Shaqaqi, la Yihad Islámica casi se desmoronó, y a la organización le costó años recuperarse de la muerte de su líder.

Israel nunca asumió la responsabilidad por ese asesinato. El primer ministro Isaac Rabin declaró: «No sé nada del asesinato pero, si es cierto, la verdad es que no lo siento».

Poco después, el propio Isaac Rabin fue asesinado, pero no por un terrorista palestino, sino por un fanático judío.

CAPÍTULO DIECISIETE

Fiasco en Ammán

—*Baba! Baba!* (¡papá! ¡papá!) —gritó la niña, que saltó del *jeep* negro y corrió detrás de su padre, entrando en un alto edificio de oficinas en el centro de Ammán, en Jordania—. *Baba!* —le llamó, y desencadenó uno de los percances más terribles de toda la historia del Mossad.

La operación se había planeado con habilidad. Aunque parecía burda, tenía todas las posibilidades de triunfar. Su objetivo era matar a Khaled Mash'al, recién nombrado director de la oficina política de Hamás. Mash'al, técnico informático de 41 años, era un hombre atractivo que lucía una barba negra muy cuidada. Se trataba del líder emergente de Hamás, que en los años anteriores se había convertido en uno de los peores enemigos de Israel. Esta organización terrorista, alentada por el fanatismo islámico, había reemplazado a la OLP en la lucha sin cuartel contra Israel, después de que Yassir Arafat e Isaac Rabin hubiesen hecho un movimiento hacia la paz firmando los acuerdos de Oslo, en septiembre de 1993. Los funcionarios de alto rango del Mossad propusieron el asesinato de Mash'al después de un terrible atentado suicida en Jerusalén, el 30 de julio de 1997: dos terroristas se inmolaron con bombas en el atestado mercado de Mahane-Yehuda, matando a 16 israelíes e hiriendo a 169. El primer ministro Benjamin (*Bibi*) Netanyahu convocó una reunión de emergencia del gabinete, donde se decidió matar a uno de los líderes de Hamás. El *ramsad*, el general Dany Yatom, nombrado para el cargo en 1996, recibió el encargo de Netanyahu de designar qué hombre debía morir.

Yatom tenía tras él una larga carrera militar. Era un hombre musculoso, calvo, de sonrisa fácil, había sido luchador y subcomandante del Sayeret Matkal, y luego oficial de la unidad blindada y jefe del Comando Central israelí con el rango de general de división. Devoto incondicional del primer ministro Isaac Rabin, fue secretario militar suyo. Tras la muerte de Rabin fue nombrado jefe del Mossad para sorpresa de muchos. Todos los que le

conocían apreciaban su eficiencia y sus hazañas militares, pero no parecía poseer las cualidades requeridas en el hombre que debía estar al mando de una organización secreta. Su nombramiento parecía un tributo al difunto más que la elección del mejor hombre para el puesto.

Tras su reunión con Netanyahu a principios de agosto de 1997, Yatom convocó una reunión urgente en el cuartel general del Mossad, en Tel Aviv. En la sala de conferencias se presentaron los jefes de los principales departamentos del Mossad: Aliza Magen, el segundo de Yatom; B., jefe de la Cesárea, el departamento de operaciones especiales; Yitzhak Barzilai, jefe del Tevel (departamento a cargo de la cooperación con servicios de inteligencia extranjeros); Ilan Mizrahi, jefe del Tzomet, el departamento de recogida de datos; D., jefe del Neviot, especializado en penetrar en objetivos enemigos, y los jefes de los departamentos de investigación y terrorismo (las personas designadas por una letra en lugar de un nombre todavía siguen en activo).

Al principio, la conversación parecía encontrarse en un punto muerto, ya que el Mossad no disponía de una lista completa de los líderes de Hamás. El jefe más importante era Mousa Mohammed Abu Marzook, pero éste tenía pasaporte estadounidense y atacarle podía crear complicaciones con Estados Unidos. Khaled Mash'al, por otra parte, era contemplado unánimemente como un objetivo adecuado, pero su despacho se hallaba en Ammán. Tras firmar un acuerdo de paz con Jordania en octubre de 1994, el primer ministro Rabin prohibió todas las operaciones del Mossad en aquel país. Mientras el general Yatom fue secretario militar de Rabin, siguió sus órdenes al pie de la letra, pero tras ser nombrado *ramsad* decidió ignorar las instrucciones del difunto y propuso el nombre de Mash'al al primer ministro Netanyahu. Su sugerencia venía respaldada por el jefe de la Cesárea y su oficial de inteligencia, Mishka Ben-David.

Netanyahu accedió, pero decidido a evitar una crisis con Jordania ordenó que fuese una operación «discreta», no un golpe espectacular. Yatom encargó al grupo Kidon (unidad de élite de la Cesárea) que la ejecutase. Un doctor en bioquímica, empleado en el departamento de investigación del Mossad, sugirió usar un veneno letal que se había desarrollado en el Instituto de Biología, en Ness Ziona. Unas pocas gotas de ese veneno, salpicadas en la piel de la persona, causarían su muerte. Ese veneno no dejaba rastro y no podía ser detectado ni siquiera en una autopsia. En el pasado se había utilizado un compuesto similar en el asunto Godiva contra Wadie Haddad, jefe del Frente Popular para la Liberación de Palestina (véase el capítulo 16).

—¿Y no le pareció mal el uso del veneno? —preguntó el periodista israelí Ronen Bergman a Mishka Ben-David, años más tarde—. Una forma de morir tan desagradable...

—Dígame —respondió Ben-David—, una bala en la cabeza o un misil disparado al coche, ¿es más humano que el veneno? Habría sido mejor, por supuesto, no tener que matar a nadie, pero en la guerra contra el terror resulta inevitable. La decisión del primer ministro de llevar a cabo una operación «discreta» para no dañar nuestras relaciones con Jordania tenía toda la lógica.

En el verano de 1997, algunos transeúntes vieron en una calle de Tel Aviv a dos jóvenes que agitaban unas latas de Coca-Cola y luego quitaban las lengüetas y las abrían. El líquido burbujeante salió a chorro con un ruido siseante. La gente dedicó una breve mirada molesta a los dos jóvenes y luego siguió andando. No sospechaban que eran agentes del Mossad y que estaban ensayando el asesinato de Mash'al: uno de ellos abriría una lata de Coca-Cola cerca de él, para distraer la atención, mientras el otro le salpicaba unas gotitas de veneno en la nuca.

Seis semanas antes de la operación, en agosto de 1997, llegaron a Jordania los primeros agentes. Llevaban pasaportes extranjeros y siguieron la rutina diaria de Mash'al: cuándo salía de casa, quién iba con él en su coche por la mañana, qué ruta cogía y adónde iba, qué tráfico tenía la carretera por la que circulaba... Calcularon el tiempo transcurrido entre la salida de su coche y la entrada en tal o cual edificio, comprobaron si se paraba por el camino para charlar con otras personas que entraran en el mismo edificio y recogieron todos los datos que pudieran influir en los planes de la operación.

El informe que hizo el equipo de avanzadilla al cuartel general de Kidon resumía los resultados de la misión preliminar: cada mañana, Mash'al salía de su casa sin guardaespaldas, se metía en un todoterreno negro conducido por su ayudante y se dirigían a la oficina de socorro a Palestina en el edificio Shamia Center, en Ammán. Cuando Mash'al bajaba del coche el conductor se marchaba, y Mash'al caminaba el breve trecho que le separaba del edificio y entraba. La oficina de socorro a Palestina era una tapadera para el cuartel general de Hamás en la capital jordana.

El informe de vigilancia del equipo de avanzadilla también sugería la mejor manera de atacar a Mash'al: por la mañana, en la acera, después de salir del todoterreno y dirigirse al edificio de oficinas.

Durante el verano continuaron los preparativos: vigilancia, despacho de otros equipos auxiliares a Ammán, alquiler de pisos francos y vehículos. De repente, el 4 de septiembre, otro atentado terrorista sacudió Jerusalén: tres miembros de Hamás se inmolaron en la calle Ben-Yehuda, matando a cinco israelíes e hiriendo a 181. Israel no podía esperar más; era hora de actuar.

24 de septiembre de 1997, un día antes de la operación. Una pareja de turistas están junto a la piscina de un gran hotel de Ammán. El hombre lleva un albornoz blanco. Les ha contado a los empleados del hotel que se está recuperando de un ataque cardíaco; su forma de caminar, lenta y precavida, revela que todavía sufre los efectos de su enfermedad. La joven que va con él es una doctora; de vez en cuando le toma el pulso y la presión sanguínea. La mayor parte del tiempo permanecen echados en unas sillas junto a la piscina. El «paciente cardíaco» es Mishka Ben-David, a cargo de las comunicaciones entre el cuartel general del Mossad y los agentes sobre el terreno; la mujer es también agente del Mossad y es una doctora de verdad, que lleva una inyección con antídoto para el veneno destinado a matar a Mash'al y que se usará si uno o más de los agentes del Kidon se vieran expuestos accidentalmente a algunas gotas del veneno durante la operación. Una inyección inmediata del antídoto sería la única forma de salvarles de una muerte segura.

Mientras el falso paciente y la doctora esperan junto a la piscina, el grupo especial de operaciones realiza los últimos preparativos. A lo largo de los días precedentes han ido llegando a Ammán algunos agentes que conducirán los vehículos de la huida y desempeñarán papeles secundarios. Después de ellos ha llegado el grupo especial de operaciones propiamente dicho: dos agentes del Kidon que fingen ser turistas canadienses, con los nombres de Shawn Kendall y Barry Beads. Ambos se han registrado en el hotel Intercontinental. En perspectiva, surgen algunas dudas inquietantes con relación a esos dos agentes: ¿por qué fueron elegidos, dado que no habían operado nunca en un país árabe? ¿Y por qué llevaban pasaportes canadienses, cuando hasta la inspección más superficial podía probar que no lo eran? Hablaban mal el inglés, con acento israelí, y su tapadera podía quedar completamente desmontada con una investigación un poco minuciosa. Pero todo aquello era una nimiedad en comparación con el error que cometió el equipo de vigilancia, y que sólo se conoció tras la operación.

El golpe iba a tener lugar a la entrada del edificio Shamia Center, donde estaba situada la oficina de Mash'al. El encuentro entre los agentes del Kidon

y Mash'al se suponía que iba a ser rápido y mortal. «Shawn» y «Barry» tenían que acercarse a Mash'al, rociarle el veneno líquido en la nuca y huir a bordo de un vehículo que les esperaba allí cerca. Los dos «canadienses» estaban bien preparados después de su entrenamiento en las calles de Tel Aviv. Shawn era el que llevaba la lata de Coca-Cola; cuando se encontrase con Mash'al, debía tirar de la lengüeta y salpicar «accidentalmente» en su dirección. Pero la Coca-Cola, por supuesto, no era lo importante. Barry, que llevaba un pequeño recipiente con el veneno, era la figura principal en la operación; en cuestión de segundos, tenía que salpicar a Mash'al con el veneno de su recipiente. La lata de Coca-Cola no haría otra cosa que distraer la atención de la salpicadura del veneno; el líquido se extendería sobre su piel y haría que sufriera un «ataque cardíaco».

Otros dos «turistas», un hombre y una mujer, tenían que esperar en el vestíbulo del edificio por si el equipo necesitaba ayuda. Por ejemplo, Mash'al podía caminar demasiado deprisa hacia la entrada y no dar tiempo a los dos canadienses de acercarse a él. En ese caso, la pareja de «turistas» debía salir del edificio y tropezar con Mash'al, entreteniéndolo hasta que el grupo especial de operaciones le alcanzase.

De esa forma, creían los planificadores del Mossad, no habría enfrentamiento alguno con los jordanos.

La clave del éxito era la situación en el terreno: la zona del objetivo limpia de guardaespaldas, miembros de la familia, conocidos, oficiales de policía, militantes de Hamás y otras personas que pudieran desbaratar el golpe. En efecto, las instrucciones de los ocho agentes enviados a Jordania eran muy claras: llevar a cabo la operación sólo si se cumplían todas las condiciones favorables. Dany Yatom asegura que les dijo a los agentes: «Si las condiciones difieren del plan original, siempre podemos ejecutarlo en una fecha posterior». Por lo que sabemos, eso fue lo que ocurrió; los agentes acudieron varias veces a la zona del objetivo, pero abortaron el golpe a causa de problemas inesperados: la presencia de oficiales de policía jordanos, guardaespaldas que escoltaban a Mash'al o la decisión de última hora de éste de no acudir a la oficina aquel día.

25 de septiembre de 1997, día D.

El comandante de la operación toma posiciones al otro lado de la calle, frente al edificio de oficinas. Se ha decidido no usar teléfonos móviles ni instrumentos de comunicación electrónica en la zona del objetivo, y los

agentes se comunicarán mediante signos manuales y corporales. Si hubiera que abortar la operación, el comandante lo notificaría a los dos agentes quitándose la gorra con visera.

Detrás del edificio, el coche de la huida para los dos ejecutores está preparado.

Shawn y Barry están en sus puestos, así como la pareja en el vestíbulo del edificio.

Todo está dispuesto.

En casa de Mash'al, la mañana es casi rutinariamente perfecta, excepto por un pequeño cambio de última hora: ese día la mujer de Mash'al le pide que lleve a los dos niños al colegio, aunque por lo general es ella la que lo hace. Los niños suben al todoterreno con su padre, pero el equipo de vigilancia del Mossad no los ve e informa a la gente del Kidon de que Mash'al está de camino, solo en el coche con el conductor. Los agentes no se dan cuenta de que los dos niños van sentados detrás. Las ventanillas del coche están tintadas y los niños no se ven desde el exterior.

Mash'al llega al Shamia Center, sale del coche, cruza la acera y empieza a subir las escaleras que conducen a la entrada del edificio. Los dos ejecutores se acercan a él: diez metros, cinco, tres... De repente, la hija pequeña de Mash'al sale corriendo del todoterreno, grita: «*Baba! Baba!*» y echa a correr hacia su padre. El chófer salta del vehículo y sigue a la niña. El comandante de la operación, que se ha situado al otro lado de la calle, ve a la niña, se quita la gorra y hace a sus hombres la señal de abortar. Pero en esos críticos segundos, los dos agentes están rodeando uno de los pilares de hormigón de la entrada del edificio y durante un momento pierden el contacto con su comandante. Y peor aún: no ven a la niña ni al chófer que corre tras ella.

Así que prosiguen con su misión. Llegan hasta Mash'al y Shawn sacude la Coca-Cola y tira de la lengüeta. Pero aquel día, por primera vez, la lengüeta se arranca, pero la lata no se abre. La maniobra de distracción fracasa. Barry, sin embargo levanta la mano para salpicar el veneno en el cuello de Mash'al. Pero el chófer, que viene corriendo detrás de la niña, ve la mano del extranjero levantada y cree que va a apuñalar a su jefe. Se pone a gritar, se lanza hacia Barry e intenta golpearle con un periódico doblado. Mash'al oye los gritos de su chófer y se vuelve. En ese momento Barry salpica con el veneno y unas gotas caen en la oreja de Mash'al, que sólo nota un ligero

escozor pero se da cuenta de que algo va mal y se va corriendo tan rápido como puede. Shawn y Barry salen disparados hacia el coche de la fuga.

En ese momento entra en escena otro personaje: Muhammad Abu Seif, militante de Hamás que va a entregar algunos documentos a Mash'al. Oye los gritos y ve el enfrentamiento entre su líder y los dos agentes. Mientras Mash'al sale corriendo para salvar la vida, Abu Seif intenta detener a Shawn y Barry, a punto ya de meterse en el coche de la fuga, en lo que supone un tercer tropiezo en esa malhadada misión. Lucha con Shawn, que le golpea con la lata de Coca-Cola sin abrir, y al final Shawn y Barry consiguen meterse en el coche y éste arranca.

Pero entonces cometen el error más crítico de la misión: el conductor les comunica que ha visto a Abu Seif apuntar el número de la matrícula y los dos agentes deciden abandonar el coche de inmediato. Temen que Abu Seif alerte a la policía y que si llegan al hotel con ese vehículo, tal como planeaban, los arresten allí mismo. No tienen la dirección de ningún piso franco ni ninguna otra ruta de huida. Barry y Shawn salen del coche al cabo de unas pocas manzanas y el conductor acelera para librarse de él.

Pero resulta que Abu Seif, veterano de los muyahidines que había luchado en Afganistán contra los rusos, no se ha rendido, sino que, tozudo y ágil, sigue corriendo detrás del coche de los israelíes. Shawn y Barry, que han bajado del vehículo y van caminando por ambos lados de la calle, no le ven hasta que salta encima de Barry, le agarra por la camisa y empieza a chillar que ese hombre ha intentado matar a Mash'al. Shawn, que va andando por la otra acera, cruza la calle y corre en ayuda de su compañero. Le da un golpe a Abu Seif, hiriéndole ligeramente en la cabeza, y le arroja a la cuneta de la carretera. La lucha continúa; una multitud se reúne rápidamente en torno a ellos y converge en los dos extranjeros que parecen estar maltratando a un compañero árabe. Aparece un policía en escena, dispersa a la multitud, detiene un taxi y hace que los dos extranjeros y Abu Seif, muy maltratado, se metan dentro. El taxi se dirige hacia la comisaría de policía.

En la comisaría, al principio los agentes pensaron que Abu Seif había atacado a los dos extranjeros, pero en cuanto se recuperó de la paliza, fue él quien acusó a éstos de haber atacado a Mash'al. Los investigadores jordanos comprobaron los pasaportes de los dos hombres y al darse cuenta de que eran canadienses, alertaron al cónsul de ese país. El diplomático habló un momento con Shawn y Barry y les dijo a los jordanos: «No sé quiénes son estos tipos, pero de algo estoy seguro: ¡canadienses no son!».

Los jordanos, sin saber aún el tesoro que les había caído en las manos, decidieron mantener a los dos extranjeros en custodia y les permitieron hacer una llamada telefónica. Los agentes llamaron al cuartel general operativo del Mossad en Europa e informaron de su arresto. Simultáneamente, una agente femenina que había tomado parte en la operación y contemplaba la escena desde enfrente del Shamia Center, comprendió que había ocurrido algún percance grave y decidió alertar al «paciente cardíaco», Mishka Ben-David, el oficial del Mossad de mayor rango en la capital jordana. Corrió a avisarle a su hotel y, al verla, él comprendió de inmediato que había ocurrido lo peor. Las órdenes estrictas de la operación eran que nadie se dirigiera a él con una sola excepción: si la operación había fallado y tenían que sacar a todos los agentes del país al mismo tiempo.

Ben-David se quitó el albornoz, se vistió enseguida y corrió al lugar de encuentro secreto que habían preparado de antemano. Poco después llegaba también el comandante de la operación, consciente de los fallos ocurridos. Sin embargo, ninguno de los dos podía imaginar el caos que estaba a punto de desatarse.

Mishka envió un informe inmediato al cuartel general del Mossad. El *ramsad* Dany Yatom discutió la situación con los jefes de departamento y decidió ordenar a los agentes que buscaran refugio en la embajada israelí en Ammán y no usaran la ruta de fuga que habían previsto de antemano. En Jordania, todo el mundo dejó el lugar de reunión y se dirigió a la embajada. Sólo la doctora permaneció en el hotel.

Mientras tanto, en un barrio distinto de Ammán, el veneno había empezado a obrar su efecto mortal en Mash'al, que se desmayó y fue trasladado al hospital. Los israelíes sabían que si no recibía el antídoto, moriría al cabo de unas horas.

Netanyahu se enteró de las malas noticias en su coche, de camino a una fiesta para celebrar el Año Nuevo judío en... el cuartel general del Mossad, una sorprendente coincidencia. Yatom informó al primer ministro y Netanyahu se quedó anonadado. Decidió que el *ramsad* debía acudir a Ammán inmediatamente, reunirse con el rey Hussein y contárselo todo, sin subterfugios ni mentiras. Desde el cuartel general del Mossad, el primer ministro llamó al rey Hussein y le dijo que enviaba al *ramsad* para hablarle de un tema muy importante. El rey accedió de inmediato, aunque no tenía ni idea del motivo de la reunión.

Los colaboradores de Netanyahu en aquella época sostienen que estaba abrumado por la ansiedad y que dio instrucciones a Yatom de que accediera a cualquier exigencia a cambio de que le devolvieran a sus agentes a Israel. También ordenó a Yatom que ofreciera el antídoto a los jordanos y salvara a Mash'al de una muerte cierta. Sharon diría más tarde: «Me reuní con Netanyahu por el asunto Mash'al. Se quedó destrozado y nos costó lo indecible animarlo... Estaba sometido a una presión tal que quería ceder en todo».

El rey Hussein, consternado, escuchó el informe de Yatom y ordenó a su gente que averiguara cuál era el estado de Mash'al. El diagnóstico llegó de inmediato: el estado del hombre se deterioraba rápidamente. El rey ordenó que lo trasladaran de inmediato al hospital real y aceptó el ofrecimiento de Yatom del antídoto que podía salvarlo. Por un absurdo quiebro de aquel terrible asunto, israelíes y jordanos se embarcaron en una carrera contrarreloj para salvar la vida de su enemigo, un peligroso terrorista.

Mishka Ben-David volvió al hotel con la ampolla del antídoto en el bolsillo. «Iba por ahí con el antídoto en mi posesión —recordaba en una entrevista posterior con Ronen Bergman—, sabiendo que ya no nos servía para nada, porque ninguno de nuestros hombres se había visto afectado por el veneno. Sólo nuestro objetivo se encontraba en estado crítico. Decidí destruir el antídoto, ya que temía que pudieran cogerme con él. Pero entonces recibí una llamada del comandante de la unidad en Israel; me preguntó si todavía tenía el antídoto y, cuando le dije que sí, me pidió que bajase al vestíbulo del hotel. Un capitán del ejército jordano me esperaba allí, y tenía que llevarse el antídoto al hospital de inmediato».

Pero en aquel momento surgió otro problema inesperado: la doctora que se suponía que tenía que administrar el antídoto al moribundo Mash'al se negó a hacerlo a menos que el *ramsad* se lo ordenara en persona. Dany Yatom, que había abandonado el palacio real e iba de camino a la embajada, la llamó y le ordenó que fuera con Mishka. Pero al llegar al hospital, los jordanos se negaron en redondo a que una doctora israelí inyectara el antídoto. Quizá temían que intentase rematar el trabajo.

Para complicar más las cosas, el médico del rey, responsable de intentar salvar a Mash'al, se negó a administrarle el antídoto sin saber cuál era la fórmula química del veneno y del antídoto. No quería asumir responsabilidad alguna por la vida de Mash'al, por si los israelíes le engañaban y mataban a

aquel hombre. Surgió una nueva crisis y ambos bandos se encastillaron en sus posiciones: los jordanos exigían la fórmula y los israelíes se negaban.

El estado de Mash'al empeoraba con rapidez. Dejó de respirar y tuvieron que conectarlo a un respirador en la unidad de cuidados intensivos del hospital real. Todos los implicados tenían claro que si Mash'al moría, sería un golpe fatal para las frágiles relaciones entre los dos países. El rey, que se sentía profundamente herido por los israelíes, amenazó incluso con ordenar a su ejército que irrumpiera en la embajada y arrestase a los cuatro agentes del Mossad que habían encontrado refugio allí. También aseguró que pondría fin a cualquier cooperación política y militar con Israel.

Las horas iban pasando y la tensión se agravaba. El rey anunció que si Mash'al moría, sentenciaría a muerte a sus asesinos (los dos agentes que mantenía en custodia la policía jordana). También hizo una llamada urgente al presidente de Estados Unidos, Bill Clinton.

Los norteamericanos empezaron inmediatamente a presionar a Israel para que entregase la fórmula a los jordanos. Netanyahu se embarcó en una maratón de reuniones con diversos grupos de consejeros y ministros del gabinete, y a final cedió y entregó la fórmula.

El doctor jordano administró el antídoto a Mash'al. La reacción fue inmediata: Mash'al abrió los ojos.

Cuando la noticia de la recuperación de Mash'al llegó a Israel, todo el mundo dejó escapar un suspiro de alivio, como si se hubiera salvado un hermano suyo perdido tiempo atrás en Jordania, ¡menos mal!

Mishka Ben-David y la doctora pudieron abandonar Jordania. En Ammán permanecieron seis agentes del Mossad, cuatro en la embajada y dos retenidos por la policía jordana.

En la unidad de cuidados intensivos, el estado de Mash'al iba mejorando. Israel envió una delegación del más alto nivel a Ammán, que incluía al primer ministro Benjamin Netanyahu, el ministro de Asuntos Exteriores Ariel Sharon y el ministro de Defensa Yitzhak Mordechai. Sin embargo, el rey Hussein se negó a recibir a la delegación y envió a su hermano Hassan en su lugar.

El gabinete también convocó a Efraim Halevy, ex ayudante del *ramsad*, amigo personal del rey Hussein y en aquel momento embajador de Israel ante la Unión Europea, en Bruselas. Éste viajó de inmediato a Ammán y ofreció un trato al rey: a cambio de los cuatro agentes de la embajada, Israel excarcelaría

al carismático fundador y líder de Hamás, el jeque Ahmed Yassin. El rey aceptó y los cuatro agentes volvieron a Israel con Halevy.

La negociación final se confió a Ariel Sharon, que mantenía estrechas relaciones con el rey.

Sharon pidió la liberación de los dos agentes del Kidon que todavía permanecían detenidos. A cambio, los jordanos pidieron la liberación de 20 prisioneros retenidos por Israel. Sharon aceptó, pero en el último momento los jordanos cambiaron de opinión y pidieron más concesiones a Israel. Sharon perdió los nervios en presencia del rey. «Si continúan así —le dijo, furioso—, nuestra gente seguirá en su poder, pero nosotros les cortaremos el agua [que Israel suministraba a Jordania] y mataremos a Mash'al una vez más».

El exabrupto de Sharon resultó bastante efectivo, y el trato se cerró. Dos helicópteros israelíes aterrizaron en Jordania; uno de ellos llevó a los dos agentes de vuelta a Israel y el otro trajo al jeque Yassin, que fue liberado de su cautiverio.

Los medios de comunicación israelíes y mundiales criticaron y ridiculizaron la operación del Mossad en Jordania. Netanyahu fue también ásperamente criticado por su forma de llevar el asunto, y no le quedó más opción que establecer una comisión de investigación para que analizase «el fallo de la operación de Jordania».

La comisión exoneró completamente al primer ministro, pero culpó al *ramsad* por «defectos en su actuación» y por llevar a cabo una operación que estaba destinada al fracaso desde el principio. Sin embargo, no pidió la dimisión de Yatom.

Tras el fiasco de Ammán, las relaciones de Jordania con Israel alcanzaron su punto más crítico. Khaled Mash'al, que todavía era una figura de poco relieve en Hamás, fue ganando proyección en la organización y se convirtió en uno de sus principales líderes. Tras la muerte del jeque Yassin, Mash'al alcanzó el liderazgo total de Hamás. El prestigio del Mossad en Israel y en el mundo (e incluso a ojos de sus líderes y agentes) quedó muy deteriorado. Dany Yatom, que había fracasado en toda la operación, fue abiertamente criticado por los oficiales más importantes del Mossad. Aliza Magen, ayudante de Yatom, dijo sin rodeos que no estaba cualificado para ser *ramsad*.

A pesar de las críticas, Yatom no dimitió. El único que asumió responsabilidades por el fracaso fue el jefe de la Cesárea, que presentó su inmediata dimisión. Pasaron cinco meses (hasta febrero de 1998, cuando un

agente del Mossad fue arrestado en Suiza mientras intentaba pinchar el teléfono de un miembro de Hezbolá) antes de que Yatom cediera por fin. «Asumí la responsabilidad como comandante —declaró en una entrevista al periódico *Haaretz*—, y decidí dimitir a causa de los fallos que hubo en Jordania y Suiza».

Fue reemplazado por Efraim Halevy, ex ayudante del *ramsad* que había negociado con éxito con el rey Hussein la liberación de los cuatro agentes implicados en el fracaso del caso Mash'al.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Desde Corea del Norte con amor

Una agradable tarde de julio de 2007, en Londres, un huésped abandonó su habitación en un hotel de Kensington, cogió el ascensor, bajó al vestíbulo y salió del edificio. Junto a la entrada le esperaba un coche. Se trataba de un funcionario sirio de alto rango, llegado desde Damasco aquella misma tarde y que se dirigía a una reunión.

En cuanto salió por la puerta giratoria, dos hombres se levantaron de las butacas donde estaban sentados, en un rincón alejado del vestíbulo. Sabían exactamente adónde ir. Al llegar a la habitación del sirio, accedieron al interior con un dispositivo electrónico especial. Se disponían a registrar la habitación metódicamente, pero en esta ocasión la tarea era fácil. En el tocador había un ordenador portátil. Los dos hombres se turnaron y, al cabo de unos momentos, habían instalado con gran pericia una sofisticada versión de un *software* troyano. El programa les permitiría monitorizar y copiar por control remoto todos los archivos almacenados en la memoria del ordenador. Una vez realizado su trabajo, los dos hombres salieron del hotel sin ser detectados.

Los analistas del Mossad en Tel Aviv examinaron los archivos del ordenador y se quedaron asombrados. En una reunión urgente de jefes de departamento, describieron aquella valiosa información que les había caído en las manos: una colección de archivos, fotos, dibujos y documentos que revelaban, por primera vez, el programa nuclear secreto de Siria. El material era de una importancia suprema e incluía los planes para construir un reactor nuclear en una zona remota del desierto, correspondencia entre el gobierno sirio y funcionarios de alto nivel de la administración norcoreana, y fotografías que mostraban el reactor incrustado en hormigón. En otra foto se veía a dos hombres; uno de ellos resultó ser un funcionario de alto rango en el proyecto atómico norcoreano, y el otro, Ibrahim Othman, jefe de la Comisión de Energía Atómica Siria.

La investigación confirmó los diversos informes fragmentarios que habían llegado a los servicios de inteligencia israelí en 2006 y 2007. Aquellos informes indicaban que el gobierno sirio estaba construyendo en el más absoluto de los secretos un reactor nuclear en la instalación del desierto de Dir Al-Zur, en el extremo nordeste del país. Esa instalación aislada era adyacente a la frontera turca y se hallaba a unos centenares de kilómetros de territorio iraquí. Quizá la revelación más sorprendente del informe era el hecho de que la instalación siria hubiera sido planeada y supervisada por expertos nucleares de Corea del Norte, y financiada por Irán.

La estrecha cooperación entre Siria y Corea del Norte empezó con la visita a Damasco en 1990 del presidente de Corea del Norte, Kim Il-sung. Durante esa visita, y a instancias del presidente sirio Hafez el Assad, los dos países firmaron un acuerdo de cooperación militar y tecnológica. Aunque el tema nuclear se discutió en conversaciones entre los dos jefes de Estado, Assad decidió darle una prioridad secundaria de momento y se preocupó sobre todo del desarrollo de armas químicas y biológicas. Además, canceló los planes para comprar reactores nucleares a Rusia. En febrero de 1991, durante la operación Tormenta del Desierto, se trasladó a Siria un primer envío de misiles Scud procedente de Corea del Norte. La noticia de la existencia de los misiles llegó a Moshe Arens, ministro de Defensa israelí. Varios generales del ejército recomendaron que se iniciara un golpe militar para destruir los Scud antes de que resultaran operativos. Arens desestimó la idea, con el fin de evitar otra conflagración en la región.

En el funeral de Hafez el Assad, en junio de 2000, su hijo y sucesor, Bashar el Assad, se reunió con otra delegación norcoreana. Las dos partes discutieron en secreto la construcción de una instalación nuclear en Siria, que sería supervisada por la Agencia Siria de Investigación Científica. En julio de 2002 se celebró otra reunión secreta en Damasco, con la participación de oficiales de alto rango de Siria, Irán y Corea del Norte, en la cual se llegó a un acuerdo tripartito: Corea del Norte construiría un reactor nuclear en Siria, que financiaría Irán. El coste de todo el proyecto, desde el tablero de diseño hasta la producción de plutonio para uso armamentístico, se estimó en dos mil millones de dólares.

Durante los cinco años siguientes, a pesar de las pequeñas filtraciones de información desde Damasco, ni la CIA ni el Mossad se dieron por enterados del proyecto sirio. De vez en cuando parpadeaban algunas luces de advertencia, pero ellos las ignoraban. Los servicios de inteligencia

estadounidenses no consiguieron captar el sentido de la información que se había acumulado, mientras que el Mossad y el Aman se dejaron engañar por sus estimaciones de que Siria no tenía capacidad ni deseo de obtener armas nucleares. Y nadie pensó en rebatir esa idea errónea, aunque la prueba estaba ahí: en 2005 el *Andorra*, un barco cargado de cemento que iba de Corea del Norte a Siria, se hundió junto a la ciudad costera israelí de Nahariya; en 2006, un segundo buque de carga norcoreano, que navegaba bajo bandera panameña, fue detenido en Chipre con otra carga de cemento y una estación de radar portátil; en ambos casos el «cemento» era en realidad, obviamente, equipo para el reactor nuclear. Y por último, a finales de 2006, expertos nucleares iraníes visitaron Damasco para inspeccionar el progreso de la construcción de la instalación. Los servicios de inteligencia israelíes y norteamericanos conocían aquella visita, pero no se percataron de que estaba vinculada con el proyecto de Dir Al-Zur.

Los sirios tomaron precauciones extremas para proteger el secreto del proyecto. Impusieron un bloqueo total de las comunicaciones a todo el personal que trabajaba en las instalaciones. La posesión de teléfonos móviles y dispositivos por satélite estaba rigurosamente prohibida; todas las comunicaciones se realizaban a través de mensajeros, que llevaban cartas y mensajes y los entregaban en mano. La actividad de la instalación no se podía identificar desde el espacio, aunque los satélites estadounidenses e israelíes la sobrevolaban constantemente.

Y entonces, el 7 de febrero de 2007, un pasajero descendió de un avión en el aeropuerto de Damasco. Era Ali Reza Asgari, general iraní y ex viceministro de Defensa, que había sido uno de los líderes de la Guardia Revolucionaria (véase el capítulo 2). Permaneció en el aeropuerto hasta que recibió la confirmación de que su familia había abandonado Irán, y entonces voló hacia Turquía. Poco después de aterrizar en Estambul, desapareció.

Un mes más tarde se supo que Asgari había desertado a Occidente en una operación planeada y organizada por la CIA y el Mossad. Fue interrogado en una base estadounidense en Alemania, donde reveló la existencia de planes nucleares sirio-iraníes y el acuerdo entre Corea del Norte, Irán y Siria. Les contó a sus interlocutores que Irán no sólo estaba financiando el proyecto de Dir Al-Zur, sino que ejercía fuertes presiones sobre Siria para completarlo lo antes posible. Suministró a la CIA y el Mossad una enorme cantidad de detalles sobre el progreso del proyecto, e identificó a los oficiales clave que estaban implicados en el asunto, tanto en Siria como en Irán.

Esta nueva información impulsó a la acción al Mossad, que inmediatamente se puso en modo operativo. Desde 2002 el *ramsad* era Meir Dagan, que había reemplazado a Efraim Halevy (véase el capítulo 1). Según fuentes extranjeras, Dagan asignó unidades y agentes para que verificasen el informe de Asgari. El primer ministro Ehud Olmert convocó una reunión de los jefes del Estado Mayor del ejército, el ministerio de Defensa y los servicios de inteligencia. Todos ellos acordaron unánimemente que debía llevarse a cabo una acción para obtener información sólida e irrefutable sobre las instalaciones de Dir Al-Zur. Israel no podía aceptar que Siria, su enemigo más implacable y agresivo, se transformase en una potencia con capacidad para desarrollar armas nucleares.

Cinco meses después de la desertión de Asgari, los agentes del Mossad consiguieron su mayor avance: el ordenador portátil del oficial sirio. Los jefes del Mossad y del Aman podían presentar ya al primer ministro Olmert las pruebas definitivas que el gobierno necesitaba.

Poco después, Dagan consiguió asestar otro golpe. En una operación audaz y creativa, un oficial del Mossad consiguió reclutar a uno de los científicos empleados en el mismo reactor. Éste fotografió el reactor exhaustivamente, tanto por dentro como por fuera, e incluso grabó un vídeo de las estructuras y el equipo que se encontraba en su interior. Eran las primeras imágenes que recibía el Mossad del reactor tomadas a nivel del suelo, en las que se veía una enorme estructura cilíndrica con unas paredes finas pero sólidas, y muros fortificados. Otras imágenes mostraban un andamiaje destinado a reforzar los muros externos del reactor. También había fotos de un segundo edificio, más pequeño, equipado con bombas de petróleo y diversos camiones aparcados por los alrededores. Al parecer había una tercera estructura, una torre que suministraba agua al reactor.

El Mossad mantenía a los estadounidenses informados de cada paso que daba y les proporcionaba copias de todos los informes y fotos, incluyendo imágenes de satélite y transcripciones de llamadas telefónicas entre Siria y Corea del Norte. Bajo la incesante presión de Israel, Estados Unidos puso a trabajar en el caso a sus propios satélites. Tanto las fotos del satélite como el rastreo electrónico del intercambio de llamadas telefónicas indicaban que los sirios estaban construyendo a una velocidad de vértigo.

En junio de 2007, el primer ministro Olmert voló a Washington con todo el material que había recogido Israel, se reunió con el presidente Bush y le comunicó que Israel había decidido que el reactor sirio debía ser destruido.

Olmert sugirió que Estados Unidos llevase a cabo un ataque aéreo contra el reactor, pero el presidente Bush se negó. Según fuentes norteamericanas, la Casa Blanca respondió que «Estados Unidos ha decidido no atacar [el reactor]». La secretaria de Estado Condoleezza Rice y el secretario de Defensa Robert Gates intentaron persuadir a Israel «de que se enfrentaran [a los sirios], pero sin atacar». Bush y el consejero nacional de seguridad Steve Hadley expresaron en principio su apoyo a la acción militar, pero pidieron que se retrasaran todas las operaciones hasta que se pudieran obtener datos más claramente amenazadores.

En julio de 2007, Israel llevó a cabo misiones de reconocimiento por aire a gran altura y programó su satélite espía Ofek-7 para que tomase fotos detalladas del reactor. Esas imágenes, analizadas por los expertos estadounidenses e israelíes, establecieron sin lugar a dudas que Siria estaba construyendo un reactor idéntico a la instalación nuclear de Corea del Norte en Yongbyon. Un vídeo que Israel compartió con Estados Unidos demostraba que los núcleos de ambos reactores eran idénticos, incluyendo la forma en que estaban colocadas las barras de uranio en el interior de la estructura. En otros vídeos incluso se veían los rostros de los ingenieros de Corea del Norte que trabajaban en el interior del reactor. Además, el departamento de interceptación del Aman, la Unidad 8.200, consiguió transcripciones completas de febriles conversaciones entre Damasco y Pyongyang.

Todas esas pruebas fueron enviadas a Washington, pero aun así Estados Unidos siguió pidiendo pruebas irrefutables de que la instalación era en realidad un reactor nuclear y que dentro había materiales radiactivos. Israel concluyó que no tenía otra opción que obtenerlas.

En agosto de 2007, Israel dio con la prueba definitiva de que la instalación de Dir Al-Zur era un reactor nuclear. La obtuvo una unidad de élite, el Sayeret Matkal, en una operación que puso en riesgo las vidas de muchos soldados israelíes. Los comandos del Sayeret Matkal volaron a Siria por la noche en dos helicópteros, vestidos con uniformes del ejército sirio. Tras sobrevolar zonas pobladas, bases militares y estaciones de radar, aterrizaron sin ser detectados muy cerca de Dir Al-Zur, se acercaron al lugar donde se erguía el reactor y recogieron muestras de tierra en los alrededores. Al analizarlas, ya en Israel, esas muestras resultaron ser altamente radiactivas, probando de una manera irrefutable que en aquel lugar había sustancias radiactivas.

Presentaron esas nuevas pruebas a Steve Hadley. En cuanto sus expertos hubieron comprobado las muestras de tierra, éste se dio cuenta de la extrema

gravedad del asunto. Convocó a sus colaboradores más cercanos y presentó sus conclusiones al presidente Bush en el informe diario que entregaba al Despacho Oval. Luego mantuvo conversaciones con Dagan y concluyó que el reactor suponía un peligro concreto y presente. Estados Unidos aceptó que el reactor sirio debía ser eliminado y puso a la operación el nombre en clave de «el Huerto». En sus memorias, George W. Bush escribió que durante un tiempo pensó en atacar el reactor, pero después de discutir las opciones con su equipo de seguridad nacional, finalmente decidió no hacerlo. Sentía que «bombardear un país soberano sin advertencia ni justificación alguna podía provocar una grave respuesta». Así que ordenó un ataque encubierto por parte de soldados de Estados Unidos.

Sin embargo, Olmert telefoneó al presidente Bush y le pidió que destruyera el reactor. Durante la conversación telefónica, Bush se encontraba en el Despacho Oval rodeado de sus colaboradores más íntimos: la secretaria de Estado Condoleezza Rice, el vicepresidente Dick Cheney, Steve Hadley y su segundo, Elliott Abrams, y otras personas. En las consultas preliminares, Rice los había convencido de que rechazaran la petición de Israel.

—George, te estoy pidiendo que bombardees el complejo —le dijo Olmert.

—No puedo justificar un ataque a una nación soberana —replicó Bush—, a menos que mis agencias de inteligencia den un paso al frente y digan que se trata de un programa de armamento.

Bush recomendó «usar la diplomacia».

—Tu estrategia me preocupa mucho —le advirtió Olmert con crudeza—. Haré lo que sea necesario para proteger a Israel.

—El tío los tiene bien puestos —dijo Bush más tarde—. Por eso me gusta. Según el *Sunday Times* de Londres, el primer ministro Olmert se reunió con el ministro de Defensa Ehud Barak y la ministra de Asuntos Exteriores Tzippi Livni. Los tres, junto con los jefes de los servicios de defensa e inteligencia, hablaron de las nuevas pruebas, así como de las posibles repercusiones de un golpe militar. Finalmente la suerte quedó echada: el reactor sirio sería eliminado. El primer ministro informó al líder de la oposición, Benjamin Netanyahu, y recibió su apoyo incondicional.

La fecha del ataque se estableció para la noche del 5 de septiembre de 2007.

El día anterior, según un informe posterior del *Sunday Times*, otra unidad de élite, el Shaldag (‘martín pescador’) había llegado a la zona de Dir Al-Zur. Los hombres pasaron casi un día entero escondidos cerca del reactor. Su misión era iluminar la estructura con rayos láser la noche siguiente, de modo que los aviones de la Fuerza Aérea pudieran localizar con facilidad el objetivo. A las once de la noche del 5 de septiembre, diez aviones F-15 despegaron de la base de las Fuerzas Aéreas Ramat David y se dirigieron hacia el oeste, sobrevolando el Mediterráneo. Treinta minutos más tarde, a tres de los aviones se les ordenó que regresaran a la base. Los otros siete recibieron instrucciones de dirigirse hacia la frontera turco-siria y girar en dirección sur, hacia Dir Al-Zur. De camino bombardearon una estación de radar, inutilizando las defensas aéreas sirias de modo que no pudieran identificar ningún aparato extranjero que se estuviera aproximando. Minutos más tarde llegaron a Dir Al-Zur y, desde una distancia cuidadosamente calculada, lanzaron misiles Maverick tierra-aire y media tonelada de bombas, golpeando su objetivo con precisión. El reactor sirio, destinado a construir bombas atómicas para la destrucción de Israel, quedó arrasado en cuestión de segundos.

El primer ministro Olmert, deseoso de evitar una reacción militar siria, estableció contacto urgente con el primer ministro de Turquía, Tayyip Erdogan, y le pidió que transmitiera un mensaje al presidente Assad: Israel no tenía intención alguna de ir a la guerra con Siria, recalcó Olmert, pero no podía aceptar una Siria nuclear a sus puertas. El mensaje de tranquilidad de Olmert resultó innecesario: la mañana siguiente al bombardeo, la reacción de Damasco fue el silencio total. Ni una sola palabra salió de los labios de los portavoces del gobierno. Hubo que esperar a las tres de aquella tarde para que una agencia de noticias siria emitiera un comunicado oficial, que establecía que aviones israelíes habían penetrado en el espacio aéreo sirio a la una del mediodía. «Nuestras fuerzas aéreas les han obligado a retirarse, después de dejar caer munición en una zona desértica. No se han producido daños personales ni materiales».

Los medios de comunicación internacionales estaban desesperados por saber cómo había conseguido el Mossad obtener fotos e incluso vídeos del interior del reactor sirio. La cadena de televisión ABC informó de que o bien Israel había colocado a un agente en el interior del reactor sirio, o bien el Mossad había reclutado a uno de los ingenieros, que les suministró fotos de la instalación.

En abril de 2008, unos siete meses después de la destrucción del reactor, la administración estadounidense anunció finalmente que la instalación siria era en realidad un reactor nuclear construido con el apoyo de Corea del Norte y que «no estaba destinado a usos pacíficos». George W. Bush pensaba que la «ejecución del golpe» de Olmert contra el reactor sirio había restablecido la confianza en los israelíes, perdida durante la guerra de 2006 contra Líbano, cuando Bush sintió que le habían engañado.

Funcionarios de los servicios de inteligencia de Estados Unidos mostraron a los asombrados congresistas y senadores unas diapositivas que dejaban bien clara la similitud entre el reactor sirio y el reactor de Yongbyon, en Corea del Norte; un pase de diapositivas con las fotos por satélite, dibujos y planos (así como los vídeos) estableció la procedencia de esos materiales.

Israel consiguió mantener el secreto tan sólo dos semanas, durante las cuales negó haber atacado el reactor. Pero después, el líder de la oposición, Benjamin Netanyahu, entrevistado en un informativo en directo, declaró: «Cuando el gabinete emprende acciones para la seguridad de Israel, yo le doy todo mi apoyo. [...] En este caso formé parte del asunto desde el primer momento, y lo respaldé por completo».

Once meses más tarde, el 2 de agosto de 2008, tuvo lugar el episodio final del proyecto nuclear sirio. Aquella noche se celebraba una cena muy cordial en el espacioso porche de una casa junto a la playa, en Rimal El-Zahabiya, al norte del puerto sirio de Taurus. La casa, situada junto al agua, tenía unas vistas espectaculares del Mediterráneo. El porche, frente a las oscuras olas, constituía un estupendo refugio para la humedad de la costa siria. Una suave brisa marina refrescaba el sofocante calor veraniego. Los invitados, sentados ante una mesa rectangular, eran amigos íntimos del propietario de la villa, el general Muhammad Suleiman, que los había invitado a pasar un relajado fin de semana.

Suleiman era el consejero más cercano del presidente Assad en materias militares y de defensa. Había supervisado la construcción del reactor y comprobado su seguridad. En los círculos de poder más elevados de Siria se le veía como la sombra de Assad. Su despacho estaba en palacio, contiguo al del presidente, pero a él sólo lo conocían unas pocas personas selectas, tanto dentro como fuera del país.

Su nombre nunca se mencionaba en los medios de comunicación sirios, pero el Mossad sabía de su existencia y seguía de cerca sus actividades.

Suleiman tenía 47 años y había estudiado Ingeniería en la Universidad de Damasco, donde se hizo amigo de otro estudiante, Bassel el Assad, hijo favorito y aparente heredero del presidente Hafez el Assad. Bassel murió en un accidente de coche en 1994 y entonces Assad presentó a Suleiman a su hijo menor, Bashar. Assad murió de cáncer en 2000, Bashar le reemplazó como presidente y nombró a Suleiman confidente y ayudante suyo.

Suleiman no tardó en convertirse en uno de los hombres más poderosos de Siria. El presidente Assad le encargaba la supervisión de todos los temas militares delicados y llegó a ser el vínculo fundamental entre el presidente y los servicios de inteligencia iraníes, especialmente en asuntos concernientes a su cooperación secreta con organizaciones terroristas en Oriente Medio. También era el principal contacto sirio con Hezbolá y mantenía una relación muy íntima con el jefe militar de esa organización, Imad Mughniyeh. Después de que Israel se retirase de la zona de seguridad en el sur del Líbano, en mayo de 2000, Suleiman se hizo cargo de la transferencia de armas desde Irán y Siria a Hezbolá, especialmente la entrega de cohetes de largo alcance. Durante la segunda guerra del Líbano, en 2006, un cohete de ese tipo alcanzó de lleno los talleres ferroviarios israelíes de Haifa, donde murieron ocho trabajadores. Más tarde, Suleiman suministró a Hezbolá misiles tierra-aire de fabricación siria, amenazando así las incursiones aéreas de Israel en Líbano.

Suleiman tenía otro cargo único y de mayor secretismo: era miembro de alto rango del comité de investigación sirio encargado del desarrollo de cohetes de largo alcance, armas químicas y biológicas e investigación nuclear. Supervisó la relación con Corea del Norte, coordinando el envío de las piezas del reactor a Siria, y dirigió las medidas de seguridad para aislar a los técnicos e ingenieros de Corea del Norte que trabajaban en la construcción del reactor.

La destrucción del reactor por parte de Israel supuso un duro golpe para Suleiman. Tras recuperarse de la conmoción inicial, empezó a planear la construcción de otro reactor, cuya ubicación todavía debía decidirse. Pero la vida de Suleiman se había vuelto más difícil; sabía ahora que lo buscaban tanto los servicios secretos norteamericanos como los israelíes, así que antes de embarcarse en planes para el siguiente paso, se tomó un permiso de varios días en su casa de Rimal El-Zahabiya. Un fin de semana tranquilo, con buenos amigos y excelente comida, parecía la mejor forma de aliviar su estrés.

Desde el centro de su larga mesa, Suleiman contemplaba las olas que rompían en la playa. Pero no vio dos figuras inmóviles agazapadas en el agua a unos

150 metros de distancia. Venían nadando desde mar adentro, donde un barco los había depositado aproximadamente a un kilómetro y medio de la casa de Suleiman. Comandos navales israelíes y expertos tiradores, llevaban equipo de buceo y habían avanzado bajo el agua hasta la playa que estaba frente a la casa. Cuando sus pies tocaron el fondo, salieron del agua y localizaron la casa de Suleiman. Examinaron la casa y el porche, situaron a toda la gente que había a la mesa y se centraron en su objetivo: el general sentado entre sus huéspedes.

A las nueve de la noche los tiradores calibraron sus mirillas y ajustaron el alcance. El porche estaba atestado y los dos huéspedes no invitados con sus trajes negros de submarinista querían asegurarse de disparar al general sin dañar a nadie más. Se apostaron en la playa, dieron unos pocos pasos y apuntaron sus armas equipadas con silenciadores a la cabeza de Suleiman. Una señal electrónica pitó en sus auriculares y dispararon simultáneamente. Los disparos fueron fatales: la cabeza de Suleiman rebotó hacia atrás y él se desplomó hacia delante, sobre la mesa llena de comida. Al principio los invitados no se dieron cuenta de lo que había ocurrido. Sólo cuando vieron la sangre que salía de la cabeza de Suleiman comprendieron que le habían disparado. En el porche se armó un escándalo terrible; algunos intentaron ayudar a su anfitrión, otro se agacharon, llenos de miedo, o echaron a correr sin objetivo, chillando. En medio de todo aquel caos, los dos tiradores desaparecieron.

El *Sunday Times* publicó una versión ligeramente distinta de los hechos. Aseguraba que los tiradores eran miembros de un comando naval israelí, la Flotilla 13, que había llegado a la costa siria a bordo de un yate perteneciente a un hombre de negocios israelí y que se había alejado inmediatamente, después de cumplir su misión.

Cuando la noticia llegó a Damasco causó una conmoción tremenda, pero el gobierno guardó silencio y no respondió a los medios. Los estamentos militar y de seguridad estaban confusos. ¿Cómo había conseguido aquel equipo llegar a Tartus, a 225 kilómetros de distancia de Damasco? ¿Y cómo habían huido? ¿Es que no había ningún lugar en Siria donde sus líderes estuviesen a salvo?

Al cabo de pocos días se emitió un lacónico comunicado, anunciando que «Siria está llevando a cabo una investigación para encontrar a quienes perpetraron este crimen». Pero la prensa de los demás países árabes no había esperado a esta reacción oficial. Desde el principio la noticia tuvo una

cobertura extensa, con informes detallados, y se especuló sobre la identidad de los asesinos. Los medios de comunicación árabes se preguntaron quién tenía interés en eliminar a aquel general y señalaron con su dedo acusador a Israel, asegurando que había llevado a cabo aquel asesinato por el papel que había desempeñado Suleiman en el reactor de Dir Al-Zur.

La reacción de los servicios secretos occidentales fue distinta; nadie derramó una sola lágrima por la muerte de Suleiman. En junio de 2010, la Flotilla 13 fue condecorada por el comandante en jefe de las Fuerzas de Defensa de Israel por «varias hazañas de armas», la naturaleza de las cuales no se reveló.

Uno puede preguntarse si los honores otorgados a esa unidad del comando naval no serían, al menos en parte, un reconocimiento a la operación Suleiman.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Amor y muerte al atardecer

El 12 de febrero de 2008 varios hombres se desplegaron en secreto en torno a un edificio de apartamentos en un barrio selecto de Damasco. A última hora de la tarde vieron un todoterreno Mitsubishi Montero plateado que aparcaba junto al edificio. Un hombre vestido de negro, con una barba muy bien recortada, salió del vehículo y entró en la casa. No iba acompañado de ningún guardaespaldas. Los agentes apostados en la calle susurraron a sus transmisores en miniatura que «el hombre» había llegado a Damasco y que iba de camino al apartamento. Sabían que el hombre de negro estaba a punto de reunirse con su amante secreta, Nihad Haidar, una mujer siria que le esperaba en el apartamento. El hombre llevaba un regalo para la guapa Nihad, que celebraba su trigésimo cumpleaños aquella semana.

Los amantes pasaron unas cuantas horas en el lujoso apartamento, que había puesto a su disposición Rami Makhoul, un hombre de negocios de mucho éxito, primo del presidente sirio Bashar el Assad.

Poco antes de las diez de la noche, el hombre de negro salió del edificio y se metió en el Montero plateado. Se dirigía a una reunión en un discreto piso franco en el barrio de Kafar Sousa, donde se encontraría con enviados iraníes, sirios y palestinos.

Según el *Sunday Express* de Londres, los agentes que le seguían comprobaron una foto actualizada del hombre en las pantallas de sus teléfonos móviles, para asegurarse de que no había ningún error de identificación. Mantenían las líneas de transmisión abiertas e informaban de cada movimiento del «blanco» al comandante del puesto del Mossad.

Cuando salió del edificio donde había pasado unas cuantas horas con Nihad, los agentes tuvieron una buena oportunidad de comparar su rostro con las fotos que tenían en las pantallas. Confirmaron la identificación a sus colegas de Damasco y al cuartel general en Tel Aviv. Una tensión abrumadora

invadía el Mossad. Los jefes de departamento estaban reunidos en el despacho de Meir Dagan, donde se estaba instalando todo el equipo necesario para monitorizar la operación a tiempo real.

El hombre puso en marcha el Montero plateado.

—Va de camino —susurró uno de los agentes a su diminuto micrófono.

El hombre del Montero plateado era Imad Mughniyeh, que había dejado un rastro sangriento tras él durante años.

15 de noviembre de 2001.

Tras el atentado de las Torres Gemelas, el FBI publica un enorme cartel con la lista de los terroristas más buscados del mundo.

El cartel tiene los sellos del FBI, el Departamento de Estado y el Departamento de Justicia.

En la lista aparecen 22 nombres y 22 fotos.

El primer nombre es el más peligroso de todos.

La recompensa por su captura es de cinco millones de dólares.

Hasta el atentado de las Torres Gemelas, se le consideraba responsable de la muerte de más estadounidenses que ningún otro terrorista vivo.

Imad Mughniyeh.

18 de abril de 1983: bombardeo de la embajada estadounidense en Beirut, 63 muertos.

23 de octubre de 1983: bombardeo del cuartel general de los Marines de Estados Unidos en Beirut, 241 muertos.

23 de octubre de 1983 (el mismo día): bomba en el cuartel general de los paracaidistas franceses en Beirut, 58 muertos.

Y además, el secuestro y asesinato del oficial de la CIA William Buckley; varios atentados en la embajada norteamericana en Kuwait, el secuestro de un avión de la TWA y otros dos aviones de las líneas aéreas de Kuwait; el asesinato del coronel W. R. Higgins, de la fuerza de observadores de la ONU en el sur del Líbano; la masacre de veinte soldados norteamericanos en Arabia Saudita...

Cuando se envió la lista anterior a Israel, el Mossad añadió sus propios datos:

4 de noviembre de 1983: bomba en el cuartel general del FDI en Tiro, en Líbano, 60 muertos.

10 de marzo de 1985: ataque a un convoy del FDI en Metullah, en la frontera israelí-libanesa, ocho muertos.

17 de marzo de 1992: bomba en la embajada israelí en Argentina, 29 muertos.

18 de julio de 1994: bomba en el centro comunitario judío de Buenos Aires, 86 muertos.

Y el secuestro y asesinato de tres soldados israelíes en el sector de la frontera de Har Dov, el secuestro del hombre de negocios israelí Elhanan Tannenbaum, una bomba junto al kibutz Matzuba y lo más destructivo de todo: el secuestro y asesinato de los soldados Regev y Goldwasser en la frontera israelí-libanesa, que desencadenó la segunda guerra del Líbano.

Imad Mughniyeh, el terrorista responsable de todos estos crímenes, era un fantasma que se trasladaba constantemente entre las capitales de Oriente Medio. Rehuía a los fotógrafos y se negaba a ser entrevistado. Los servicios secretos occidentales sabían mucho de sus actividades, pero casi nada de su aspecto físico, sus hábitos, sus escondites. Sabían que había nacido en 1962 en un pueblo del sur del Líbano. Según los pocos informes de los que disponían, sus padres eran chiítas devotos. De adolescente se trasladó a Beirut y se crió en un barrio pobre, poblado sobre todo por palestinos partidarios de la OLP. Dejó el instituto y se unió a Al Fatah, rama terrorista de la OLP. Más tarde se convirtió en guardaespaldas de Abu Ayad, segundo de Arafat y miembro de la Fuerza 17, unidad especial de seguridad de la organización Al Fatah creada a mediados de los años setenta, dirigida por Ali Hassan Salameh, el Príncipe Rojo (véase el capítulo 12). Pero en 1982, Israel inició la guerra del Líbano, llamada operación Paz para Galilea, invadió el país y aplastó a la OLP. Los miembros supervivientes, encabezados por Yassir Arafat, tuvieron que exiliarse a Túnez. Mughniyeh, sin embargo, decidió quedarse y se unió al primer grupo de fundadores de Hezbolá.

Hezbolá (literalmente, Partido de Dios) es una organización chiíta terrorista creada en 1982 como respuesta a la invasión del Líbano por parte de Israel. Inspirada por el ayatolá Jomeini, recibió entrenamiento y suministros de la Guardia Revolucionaria iraní y se convirtió en el peor enemigo de Israel; su principal objetivo era «la salida de Israel de Líbano, como preludio a su eliminación final». Desde el primer día de su existencia, Hezbolá se embarcó

en actos terroristas violentos contra Israel, y Mughniyeh era un recluta ideal para aquel grupo incipiente.

Auténtico hombre en la sombra, operaba en secreto y evitaba aparecer en público. Los informes sobre él eran fragmentarios y a menudo contradictorios. Una fuente le describía como guardaespaldas del jeque Fadlallah, líder espiritual de Hezbolá, mientras que otros aseguraban que era jefe de operaciones de la organización, el cerebro que planeaba las acciones más arriesgadas, que acababan siempre en baños de sangre. A diferencia del líder actual de Hezbolá, el jeque Nasrallah, Mughniyeh nunca aparecía en televisión ni pronunciaba discursos cargados de odio, pero en realidad era mucho más peligroso que el locuaz jeque. Pronto alcanzó el puesto de terrorista más eficiente y elusivo del mundo, como Carlos en sus tiempos y como su colega y gran admirador Osama Bin Laden.

Mughniyeh era un terrorista cruel y creativo que apareció de repente como planificador de varias matanzas en Líbano, al final de la operación Paz para Galilea. Sólo tenía 21 años el día de octubre de 1983 que envió unos camiones cargados de explosivos, conducidos por terroristas suicidas, a los complejos de los Marines norteamericanos y los paracaidistas franceses en Beirut; pocos días después, repitió la misma operación contra el cuartel general del FDI en Tiro. A los 22 años dirigió a un grupo de terroristas que atacaron la embajada norteamericana en Kuwait, que estaba fortificada, y después secuestró allí su primer avión. Tras cada una de sus operaciones desaparecía sin dejar rastro. A los 23 años, Mughniyeh secuestró un avión de la TWA que iba de Atenas a Roma y obligó al piloto a aterrizar en el aeropuerto de Beirut. Durante el secuestro mató al buzo de la Marina Robert Dean Stethem y arrojó su cuerpo por la puerta de la cabina de mando. Mughniyeh escapó después del secuestro aéreo, que duró 17 días, pero en esa ocasión dejó un recuerdo tras de sí: sus huellas en el baño del avión.

No se sabía casi nada de su vida privada, excepto que se había casado con una prima suya que le había dado un hijo y una hija. Desde muy temprana edad supo que estaba en el punto de mira de diversos servicios secretos occidentales e intentó ocultar su identidad. Se sometió a una rudimentaria cirugía plástica en Libia, se dejó barba y se apartó de las candilejas. Los servicios secretos occidentales sólo poseían una foto confirmada de Mughniyeh (gordo, barbudo, con gafas y gorra de visera). Su descripción tampoco era demasiado buena: el FBI lo retrataba como un hombre «nacido en Líbano, que habla árabe, pelo oscuro y barba, altura: 170 centímetros, peso:

unos 60 kilos». Resulta difícil imaginar cómo es posible que las generosas dimensiones de Mughniyeh cupiesen en un cuerpo de sólo 60 kilos... pero la descripción no hace más que confirmar que Mughniyeh se protegía bien y que conseguía engañar a todos sus enemigos.

Con los atentados, las bombas y los secuestros que había llevado a cabo, se había convertido en un admirado héroe de Hezbolá. Era alabado por su sofisticación, su valor y sus talentos operativos, que hacían que el brazo militar de Hezbolá fuese muy temido entre los servicios de inteligencia de todo el mundo. Cuando su poder aumentó, se convirtió en el principal objetivo para ser asesinado por Israel y Occidente en general. Mughniyeh se dio cuenta de ello y se volvió un paranoico que vivía huyendo constantemente y sospechando de todo el mundo, incluidos sus confidentes más cercanos. Cambiaba sus guardaespaldas muy a menudo y dormía cada noche en un sitio distinto; sus viajes entre Beirut, Damasco y Teherán tenían lugar bajo un espeso velo de secretismo.

Según el perfil preparado por Israel y otros servicios secretos, Mughniyeh era un solitario, muy carismático, muy impulsivo y muy entendido en los instrumentos y artilugios electrónicos más recientes. Tenía una asombrosa capacidad para cambiar de identidad y de aspecto, cosa que le permitía engañar a sus enemigos; los agentes secretos de Israel le llamaban «el terrorista de las siete vidas».

El oficial del Aman David Barkai, ex comandante en la unidad secreta de inteligencia 504 y encargado de preparar el perfil de Mughniyeh, reveló en una entrevista al *Sunday Times* británico: «Intentamos derrotarle varias veces a finales de los años ochenta. Acumulamos pruebas contra él, pero cuanto más nos acercábamos, menos información recogíamos. No tenía puntos débiles; nada de mujeres, dinero, drogas... nada».

La caza de Mughniyeh duró varios años. En 1988 las autoridades francesas casi lo capturan cuando su avión hizo escala en París. La CIA había suministrado a los franceses información sobre Mughniyeh, incluida su foto y algunos detalles sobre el falso pasaporte que usaba. Pero los franceses temían que su arresto pudiera causar el asesinato de los rehenes franceses retenidos en Líbano por aquel entonces, de modo que decidieron ignorar su presencia y dejarle escapar. Los servicios estadounidenses intentaron capturarlo en Europa en 1986 y en Arabia Saudita en 1995, pero él desapareció como siempre.

En aquellos años, Mughniyeh estuvo muy implicado en la planificación y ejecución de atentados contra israelíes y judíos en Argentina. En 1992 organizó los atentados con bomba de la embajada israelí en Buenos Aires mediante un camión lleno de explosivos, conducido por un terrorista suicida. Murieron 29 personas. Algunos de los jefes del Mossad vieron en aquella operación un acto de venganza por el asesinato del líder de Hezbolá, el jeque Abás Al-Musawi, en un ataque a un helicóptero en el sur del Líbano.

Dos años después, más bombas sacudieron Buenos Aires, en esta ocasión en el centro comunitario judío, dejando 86 muertos. Una vez más, algunos expertos pensaron que Hezbolá estaba vengando así el secuestro por parte de Israel de uno de sus líderes, Mustafá Dirani, en Líbano.

Los equipos de inteligencia de Estados Unidos e Israel que volaron a Buenos Aires a investigar los dos atentados concluyeron que estaban relacionados entre sí. El modus operandi era idéntico: cargar un camión con explosivos y enviarlo a su objetivo con un terrorista suicida al volante. Mughniyeh había usado exactamente el mismo método en Beirut y en Tiro, al principio de su carrera. Los investigadores establecieron que los servicios secretos iraníes y sus colaboradores locales estaban también involucrados en los atentados. Al menos uno de los camiones, el que había servido para la bomba de la embajada, fue suministrado a los terroristas por un vendedor de coches chiíta de Buenos Aires, Carlos Alberto Taladín. La pista conducía claramente a Imad Mughniyeh.

En esa época, Mughniyeh pasó largas temporadas en Irán; después del asesinato del jeque Al-Musawi temía que Israel intentase matarle también a él. En Teherán creó un equipo operativo compuesto por combatientes de Hezbolá y oficiales de la inteligencia iraní. Sus socios a la hora de establecer esa unidad fueron el comandante en jefe de la Guardia Revolucionaria, Mohsen Rezai, y el ministro de Inteligencia, Ali Fallahijan. Parece que fue esa unidad la que perpetró los atentados mortales de Buenos Aires, que tuvieron su consecuencia: Mughniyeh se convirtió en el hombre más buscado por Israel. Mediante sus actos se había sentenciado a sí mismo a muerte, pero pasarían largos años antes de que su sentencia fuese ejecutada.

En diciembre de 1994 Mughniyeh fue visto en Beirut; poco después, escapó a un intento de asesinato por medio de una bomba lapa en un coche, en un barrio de la zona sur. La policía libanesa publicó rápidamente sus averiguaciones: se había colocado una carga explosiva debajo de un coche aparcado junto a la mezquita donde el jeque Fadlallah pronunciaba su sermón.

La explosión destruyó la tienda de Fuad Mughniyeh, hermano de Imad, cuyo cuerpo encontraron entre los escombros. Pero Imad, que tenía que haber estado allí, cambió de opinión en el último momento y decidió no acudir, y de ese modo sobrevivió. Sus siete vidas volvieron a salvarle de nuevo.

Pocas semanas después de la explosión, los servicios de seguridad, en coordinación con Hezbolá, arrestaron a diversos civiles sospechosos de estar implicados en el ataque, como colaboradores del Mossad. El principal sospechoso era un hombre llamado Ahmed Halek.

Según el atestado policial oficial, «Halek y su esposa aparcaron su coche junto a la tienda de Fuad Mughniyeh. Halek entró en el establecimiento para asegurarse de que Fuad estaba allí, le estrechó la mano, volvió al coche y activó la bomba». El periódico libanés *As-Safir*, citando fuentes fiables, aseguraba que Halek había participado en una reunión en Chipre con un oficial superior del Mossad, que le dio instrucciones para colocar la bomba y le pagó unos 100.000 dólares. Posteriormente Halek fue ejecutado.

Mughniyeh escapó en aquella ocasión, pero los agentes del Mossad no se rindieron: fueron recogiendo minuciosamente todos los detalles que pudieron, recopilaron informes de los servicios de inteligencia extranjeros y estudiaron los métodos personales de Mughniyeh. En 2002, el Mossad recibió otra información sobre él que le relacionaba con el envío de 50 toneladas de armas a terroristas palestinos. Pero luego volvió a desaparecer, aunque corrían rumores de que ahora era comandante en jefe de Hezbolá y posible sucesor del jeque Nasrallah. Su vínculo principal era la inteligencia iraní y se decía que actuaba junto con las Brigadas de Al-Quds (nombre árabe de Jerusalén), encargadas de la cooperación con comunidades chiíitas de todo el mundo y con organizaciones terroristas controladas por los iraníes. Debido a la elevada posición que ocupaba Mughniyeh, era imperativo para él reforzar sus medidas de seguridad. Persistentes rumores afirmaban que una vez más había cambiado su aspecto externo, posiblemente mediante otra operación de cirugía plástica.

Según fuentes europeas, a finales de la segunda guerra del Líbano el Mossad reclutó a algunos palestinos que vivían en el país y se oponían con fuerza a Hezbolá. Uno de ellos tenía una prima en el pueblo de Mughniyeh, que le contó al agente recién reclutado que aquél había viajado a Europa y volvería a Líbano con una cara totalmente distinta.

El Mossad tenía un nuevo reto: investigar todas las clínicas de cirugía estética de Europa.

El avance decisivo e inesperado ocurrió en Berlín. Según el escritor británico Gordon Thomas, el agente del Mossad residente en Berlín, Reuven, conocía a un informador alemán que mantenía relaciones discretas con gente del antiguo Berlín oriental. El informador le contó que Imad Mughniyeh acababa de someterse recientemente a varias operaciones de cirugía plástica que habían cambiado por completo sus rasgos faciales. El tratamiento se realizó en una clínica que en el pasado había pertenecido a la Stasi, los antiguos servicios secretos de la Alemania del Este. La Stasi usaba aquella clínica para remodelar los rostros de agentes y terroristas enviados a cubrir misiones a Occidente.

Tras una dura negociación, Reuven accedió a pagar a su colaborador alemán una cantidad sustanciosa y recibió de él un expediente que contenía 34 fotos actualizadas de Mughniyeh.

Al analizar las fotos, los expertos de Meir Dagan comprobaron que Mughniyeh se había operado la mandíbula: le habían recortado la mandíbula inferior y le habían injertado hueso para conseguir una línea más estrecha, de modo que parecía más flaco y descarnado. Le habían reemplazado varios dientes delanteros por otros artificiales con una forma distinta. También le habían estirado la piel en torno a los ojos. El tratamiento se había completado tiñéndole el pelo de gris y reemplazando sus gafas por lentillas. Mughniyeh ya no se parecía en nada al «original», y las antiguas fotos recogidas por los servicios secretos occidentales desde los años ochenta ya no servían.

Según fuentes extranjeras, el Mossad empezó entonces a planificar el asesinato de Mughniyeh. Meir Dagan convocó a sus mejores hombres, incluidos el jefe de la Cesárea, el comandante del equipo Kidon y diversos oficiales importantes, para que se ocupasen del caso Mughniyeh. Pronto les quedó claro que no había forma de atacar a Mughniyeh en un país que no fuese musulmán. Viajaba muy poco a Occidente y sólo se sentía seguro en Irán y Siria. Los israelíes sabían que cualquier acción emprendida en esos territorios podía entrañar grandes riesgos. Ciertamente Israel había operado en países árabes en el pasado y realizado algunos golpes en Beirut, durante la operación Cólera de Dios; sus comandos habían llegado incluso a Túnez, donde supuestamente mataron al líder terrorista Abu Jihad. Pero Teherán y Damasco eran más suspicaces, estaban más armados y eran más peligrosos que Beirut o Túnez. Por otra parte, Meir Dagan sabía perfectamente el

tremendo impacto que podría tener una operación semejante: el asesinato del líder terrorista más letal de Damasco demostraría que nadie podía escapar al largo brazo del Mossad. Actuar con éxito en el refugio y la fortaleza de los enemigos de Israel extendería la confusión, el temor y la inseguridad entre el resto de los líderes terroristas.

Según el diario *Independent* de Londres, el plan surgido de las conversaciones en el cuartel general del Mossad se basó en la probabilidad de que Mughniyeh acudiera a Damasco el 12 de febrero de 2008. Se suponía que ese día debía reunirse con dirigentes iraníes y sirios que iban a participar en la celebración del aniversario de la revolución iraní.

Una vez estudiadas las posibilidades, se decidió que la operación se llevaría a cabo colocando un vehículo trucado junto al coche de Mughniyeh.

El Mossad se entregó a una actividad frenética para conseguir información detallada de todas sus fuentes, incluidos los servicios secretos: ¿acudiría Mughniyeh de verdad a Damasco? Y si lo hacía, ¿qué identidad elegiría? ¿En qué coche iría? ¿Dónde se alojaría? ¿Quién le acompañaría? ¿A qué hora llegaría a la reunión programada con los representantes sirios e iraníes? ¿Estarían informadas las autoridades sirias de su llegada? ¿Conocerían los líderes de Hezbolá sus planes de viaje?

El informe que inclinó la balanza en favor del proyecto de asesinato provenía de una fuente muy fiable, que confirmaba que la intención de Mughniyeh era viajar a Damasco. La información fue corroborada, según el periódico libanés *El-Balad*, por unos agentes que colocaron dispositivos de seguimiento en los coches de Mughniyeh y los líderes de Hezbolá.

En ese momento se puso en marcha la engrasada maquinaria de la Cesárea. A través de rutas laberínticas, los diversos equipos del Kidon llegaron a Damasco, mientras un equipo especial introducía de contrabando los explosivos en la capital de Siria.

En el último momento, un colaborador veterano del Mossad proporcionó información nueva y crucial. Cuando llegara a Damasco, decía el informe, Mughniyeh se reuniría con su amante. Por primera vez los espías del Mossad se enteraron de que Mughniyeh tenía una aventura secreta. La guapa mujer, Nihad Haidar, esperaba a Mughniyeh en un discreto apartamento en la ciudad. Nihad conocía las fechas de la llegada de Mughniyeh a Damasco por anticipado, ya viniera desde Beirut o desde Teherán. Él solía visitar su nidito de amor solo, despidiendo a sus guardaespaldas y su chófer.

Mensajes urgentes alertaron a los observadores que ya estaban situados. ¿Visitaría también Mughniyeh a su amante en aquella ocasión? ¿Sabía la propietaria del apartamento que él venía?

Los miembros del grupo especial de operaciones llegaron a Damasco justo cuando estaba a punto de iniciarse la operación. Habían volado a la capital siria desde distintas ciudades europeas. Según el *Independent*, el equipo contaba con tres agentes: uno llegó desde París en un vuelo de Air France; el segundo despegó de Milán con Alitalia, y el tercero embarcó en un vuelo corto desde Ammán con Royal Jordanian. Los documentos falsos de los tres agentes indicaban que eran hombres de negocios, dos de ellos dedicados a la venta de coches y el tercero agente de viajes. Al llegar declararon que habían acudido a Siria para unas vacaciones cortas, y pasaron por inmigración sin problemas. Fueron en coche a la ciudad por separado y se reunieron después de asegurarse de que nadie les había seguido. Más tarde se les unieron algunos colaboradores llegados de Beirut que los llevaron a un garaje oculto donde les esperaba un coche de alquiler y, junto a éste, una carga de explosivos que incluía cargas de plástico y diminutas bolas de metal.

Los tres hombres del grupo especial se encerraron en el garaje, prepararon la carga explosiva y la colocaron en el coche de alquiler. La carga no se colocó (como algunos periódicos afirmarían más tarde) en el reposacabezas, sino en el compartimento de la radio del vehículo.

Otro equipo de observadores del Mossad esperaba la llegada de Mughniyeh procedente de Beirut. Su misión era pegarse a él, vigilar de cerca el edificio de apartamentos donde se iba a reunir con su amante e informar de su partida. Tenían que seguirle y asegurarse de que llegaba a la reunión en Kafar Sousa. Entre la gente con la que iba a reunirse se encontraba el nuevo embajador iraní en Damasco y el hombre más misterioso de Siria, el general Muhammad Suleiman. Junto con otras personas, Suleiman estaba a cargo de transferir armas de Irán y Siria a Hezbolá, y mantenía relaciones muy estrechas con Imad Mughniyeh. (A Suleiman, que estuvo implicado en el proyecto nuclear secreto sirio, le quedaban sólo seis meses de vida; sería asesinado misteriosamente el 2 de agosto durante una cena con unos amigos, en su casa de la playa. Véase el capítulo 18).

Esa misma noche la embajada iraní había programado la celebración del aniversario de la revolución en el centro cultural iraní de Kafar Sousa, muy cerca del piso franco donde Mughniyeh iba a reunirse con los dirigentes

iraníes y sirios. Sin embargo, éste decidió no participar en las celebraciones, limitarse a consultar con sus socios y abandonar Damasco.

El 12 de febrero por la mañana, los equipos del Mossad estaban en sus puestos. Los observadores tomaron posiciones en torno al edificio de apartamentos, el primer destino de Mughniyeh. A última hora de la tarde comunicaron que el objetivo había llegado al apartamento de Nihad y por la noche informaron a sus superiores de que se había puesto en camino hacia su segundo destino. Esperaban que fuese el último.

El Montero cruzó Damasco y llegó a Kafar Sousa. Los observadores seguían a Mughniyeh al tiempo que informaban sobre sus movimientos. Habían llevado el coche preparado a la zona donde aparcaría Mughniyeh; la señal de activación se daría desde gran distancia, por medio de un equipo electrónico. Los agentes que prepararon el coche habían abandonado el lugar mucho rato antes y estaban ya de camino hacia el aeropuerto.

Los sensores electrónicos siguieron al todoterreno plateado. Éste se detuvo y un colaborador aparcó el coche trucado junto al Montero plateado.

Poco después de las diez de la noche, una tremenda explosión sacudió el barrio de Kafar Sousa, no lejos de la escuela iraní (vacía a aquella hora) y de un parque público. En el momento exacto en que Mughniyeh salía de su *jeep*, el coche que tenía al lado explotó.

Mughniyeh estaba muerto.

Su muerte sacudió Hezbolá hasta la médula y supuso un golpe terrible para el gobierno sirio, sólo unos meses después de que su reactor nuclear secreto hubiese quedado pulverizado.

Seis meses después de la muerte de Mughniyeh, en noviembre de 2008, las autoridades libanesas anunciaron que habían descubierto una red de espionaje que trabajaba para el Mossad. Una de las personas arrestadas, Ali Jarrah, de 50 años y originario del valle de Bekaa, llevaba 20 años trabajando para el Mossad por un salario mensual de 7.000 dólares. Se le acusó de viajar a Siria con frecuencia, en misiones para el Mossad. En febrero de 2008, pocos días antes de la operación, había viajado a Kafar Sousa. Los servicios secretos libaneses que arrestaron a Jarrah descubrieron un escondite con sofisticado equipo fotográfico, una videocámara y un GPS, expertamente ocultos en su coche. Jarrah se vino abajo durante el interrogatorio y confesó que sus enlaces del Mossad le habían dado instrucciones de que observara, fotografiara y

recogiera información sobre los barrios que Mughniyeh estaba a punto de visitar, incluyendo el nidito de amor donde se reunía con Nihad.

Israel negó cualquier conexión con el asesinato, pero el portavoz de Hezbolá acusó repetidamente a «los sionistas israelíes» del asesinato del «héroe de la yihad, que murió como un *shahid* [mártir]».

El portavoz del Departamento de Estado estadounidense, Sean McCormack, no compartía ese punto de vista. Describió a Mughniyeh como «un homicida a sangre fría, asesino de masas y terrorista responsable de acabar con incontables vidas».

«El mundo —concluía McCormack— es un lugar mejor sin él».

CAPÍTULO VEINTE

Las cámaras iban grabando

A principios de enero de 2010, dos coches Audi A6 negros cruzaron la puerta fortificada de un edificio gris asentado en una colina en el norte de Tel Aviv. El edificio, llamado «la Universidad», era en realidad el cuartel general del Mossad. El *ramsad*, Meir Dagan, recibió al primer ministro Benjamin Netanyahu cuando éste salió del segundo coche. Poco antes, Netanyahu había ampliado un año el mandato de Dagan.

Dagan y los jefes del Mossad se sentían optimistas y confiados tras el éxito de sus últimas operaciones: la destrucción del reactor sirio, la muerte de Mughniyeh y la de Suleiman. Lo urgente ahora era cortar otro vínculo entre Irán y los terroristas, y ese vínculo tenía un nombre: al Mabhuh. Según el periodista Ronen Bergman, el nombre en clave de la operación del Mossad para atrapar a Mabhuh era «Pantalla de Plasma».

En la sala de reuniones, Dagan y sus principales colaboradores presentaron su plan para matar a Mahmud Abdel Rauf al Mabhuh, líder de Hamás y eje del sistema de contrabando de armas desde Irán a través de Sudán, Egipto y la península del Sinaí hacia la franja de Gaza. Al Mabhuh, afirmaban los hombres de Dagan, sería asesinado en Dubái, uno de los Emiratos Árabes Unidos del Golfo Pérsico.

Netanyahu aprobó la ejecución de Pantalla de Plasma y los preparativos empezaron de inmediato. El plan era matar a Al-Mabhuh en una habitación de hotel en Dubái. El *Sunday Times* de Londres informaba de que los miembros del grupo especial de operaciones del Mossad ensayaron el asesinato en un hotel de Tel Aviv sin notificar nada a la dirección del establecimiento.

Mahmud al Mabhuh, más conocido como Abu Abed, nació en 1960 en el campo de refugiados de Jabalia, en el norte de la franja de Gaza. A finales de los años setenta se unió a los Hermanos Musulmanes y, como musulmán ferviente, tomó parte en el sabotaje de los cafés árabes donde se practicaba el

juego. En 1986 fue arrestado por el ejército israelí por posesión de un rifle de asalto AK-47, pero fue liberado al cabo de menos de un año y se unió a la Brigada Izz Ad-Din Al-Qassam, brazo militar de Hamás.

El comandante de Al Mabhuh, Salah Shehadeh, les encargó a él y a otros terroristas de Hamás una misión especial: secuestrar y matar a soldados israelíes. El 16 de febrero de 1989, disfrazados de judíos ultraortodoxos, Al Mabhuh y otro miembro de Hamás robaron un coche y se ofrecieron a llevar a un soldado, Avi Sasportas, que estaba en un cruce de carreteras esperando a que alguien le llevara a casa en coche. Cuando Sasportas entró en el coche, Al Mabhuh se volvió y le disparó en la cara. El soldado fue enterrado por Al Mabhuh y sus acólitos, después de fotografiarse con el cadáver. Tres meses después, Al Mabhuh y otros miembros de Hamás secuestraron a otro soldado, Ilan Saadon, en el cruce de Reem y también le asesinaron. Más tarde, en una entrevista en Al Yazira, Al Mabhuh admitió su implicación en la muerte y el entierro de los soldados.

Después del segundo asesinato, Al Mabhuh escapó a Egipto y luego a Jordania, donde continuó con sus actividades terroristas, sobre todo el contrabando de armas y explosivos a Gaza. De vuelta en El Cairo, fue arrestado por los egipcios, pasó la mayor parte del año 2003 en prisión y más tarde huyó a Siria. Para entonces ya estaba etiquetado como terrorista peligroso, buscado por la policía de Israel, Egipto y Jordania. Sus superiores le veían como un organizador de talento y poco a poco fue ascendiendo en la jerarquía de Hamás, centrando la mayor parte de sus esfuerzos en el contrabando de armas desde Irán hacia la franja de Gaza.

Al Mabhuh se dio cuenta de que el Mossad le buscaba por sus actividades, y también sabía que Israel no le perdonaría ni olvidaría el crimen de los dos soldados. Tomaba precauciones estrictas, cambiaba de identidad muy a menudo y fingía ser un hombre de negocios que viajaba entre las ciudades de Oriente Medio para hacer transacciones legales. A un amigo le contó que cuando se alojaba en un hotel, levantaba una barricada ante la puerta de la habitación con las butacas, «para evitar sorpresas desagradables».

En una de las pocas entrevistas que concedió, a la cadena Al Yazira, Al Mabhuh aparecía con la cabeza cubierta por una capucha negra. «Han intentado matarme tres veces —explicó— y casi tienen éxito. Una vez en Dubái, otra en Líbano (hace seis meses) y una tercera en Siria, hace dos meses, después del asesinato de Imad Mughniyeh. Éste es el precio que deben pagar todos aquellos que luchan contra los israelíes».

En realidad, Al Mabhuh dio aquella entrevista contra su voluntad; pensaba que suponía un riesgo innecesario, pero tuvo que obedecer las órdenes explícitas de los líderes de Hamás. Algunos afirmarían más tarde que la entrevista ayudó al Mossad a encontrarle. Al Mabhuh accedió a mostrarse ante las cámaras con una sola condición: su rostro aparecería completamente borroso. Después de grabar la entrevista, la cinta fue enviada a Gaza para su inspección. Por lo visto la distorsión de su rostro no era efectiva y le dijeron que debía grabar la entrevista de nuevo; la emisión de la nueva entrevista se pospuso (sería emitida sólo después de la muerte de Al Mabhuh). Al Mabhuh preguntó qué había ocurrido con la primera grabación y le informaron de que la cinta se conservaba en los archivos de Hamás. Hay quien cree que esa cinta llegó de alguna manera a manos de los agentes que estaban intentando encontrarle.

Pocas semanas después de la grabación, un miembro de alto rango de Hamás recibió una llamada telefónica de un árabe que aseguraba estar vinculado con un grupo especializado en contrabando de armas y blanqueo de dinero. Hizo algunas ofertas que Hamás, necesitado de armas, no pudo rechazar, y pidió reunirse con Al Mabhuh en Dubái. A los terroristas les pareció raro que hubiese elegido el emirato como lugar de encuentro; la bulliciosa ciudad era en realidad el lugar donde Al Mabhuh se reunía con los iraníes. Quizá esa llamada telefónica fue la sentencia de muerte de Al Mabhuh.

Entonces tuvo lugar un episodio sin precedentes en la historia de las guerras secretas: la eliminación de Pantalla de Plasma fue filmada, grabada e immortalizada por las cámaras de seguridad instaladas por todo Dubái, desde los mostradores del aeropuerto hasta los vestíbulos, salones y ascensores de los hoteles.

Esas cintas constituyen un documento único que muestra el desarrollo de la operación y sus etapas subsiguientes, y que ha permitido a millones de espectadores de todo el mundo, cómodamente arrellanados en sus sillones, seguir una operación secreta y mortal de un grupo especial.

Lunes 18 de enero de 2010.

Varios agentes del Mossad aterrizan en Dubái. Son los primeros de un numeroso equipo de veintisiete agentes que irían entrando en el emirato durante las siguientes veinticuatro horas. Doce de ellos llevaban pasaporte británico, cuatro, francés; cuatro, australiano; uno, alemán y seis, irlandés.

Los agentes se registran en distintos hoteles de la ciudad.

Martes, 19 de enero de 2010.

00.09: dos agentes del Mossad, Michael Bodenheimer, calvo, de cuarenta y tres años y con pasaporte alemán, y su amigo James Leonard, con pasaporte británico, aterrizan en Dubái. Los dos, según la policía local, son la avanzadilla del grupo encargado de asesinar a Al Mabhuh.

00.30: el comandante de la operación, Kevin Daveron, con perilla y gafas, llega a Dubái a bordo de un vuelo directo desde París. Va acompañado por su colaboradora Gail Folliard, una pelirroja muy vivaracha. Ambos llevan pasaporte irlandés.

1.21: Gail Folliard se registra en el elegante hotel Jumeriah y coge una habitación en el undécimo piso. Cuando el recepcionista le pregunta cuál es su dirección, ella responde sin pestañear: «Memmier Road 78, Dublín, Irlanda». Más tarde se averiguará que esa dirección no existe.

1.31: Kevin Daveron, el comandante, se une a su ayudante y se registra también en el Jumeriah. Coge la habitación 3308.

2.29: Peter Elvinger, coordinador logístico de la operación, llega a Dubái con pasaporte francés. Es delgado, con barba y lleva unas gafas muy elegantes. Según la policía, porta también un maletín «sospechoso».

2.36: en el aeropuerto, Peter se reúne con otro miembro del equipo y ambos se van juntos en busca de un hotel en la ciudad.

10.15: Mahmud al Mabhuh va desde Damasco a Dubái en un vuelo directo de Emirates. En Dubái se supone que coordinará con un enviado iraní el envío de armas de contrabando a Gaza.

10.30: Peter, el coordinador de operaciones, deja el hotel y se reúne con el grupo especial operativo en un enorme centro comercial.

10.50: Kevin y Gail, el comandante y su ayudante, se unen a la reunión en el centro comercial. Kevin no lleva gafas y su pequeño bigote ha desaparecido.

12.18: la reunión ha concluido y el equipo se dispersa. Kevin vuelve al hotel Jumeriah y paga la cuenta. Las cámaras de seguridad le muestran entrando en otro hotel, donde se pone una peluca, gafas y un bigote falso.

14.12: dos agentes vestidos con ropa de tenis entran en el lujoso hotel Al-Bustan Rotana. Son observadores que esperan a Al Mabhuh, cuya llegada se

espera al cabo de una hora.

15.12: Gail deja también el hotel Jumeriah. Por el alojamiento de una noche paga la suma de cuatrocientos dólares.

15.15: Mahmud al Mabhuh aterriza en Dubái. En el mostrador de inmigración muestra un pasaporte iraquí falso y declara que se dedica al negocio de la importación de textiles.

15.25: Gail se traslada a otro hotel, donde se cambia de ropa, se maquilla y se pone una peluca.

15.28: Al Mabhuh llega al hotel Al-Bustan Rotana. En la recepción pide una habitación con las ventanas selladas y sin terraza y le dan la 230, en el segundo piso. Coge el ascensor hasta la segunda planta, sin fijarse en los dos observadores del Mossad, vestidos de tenistas, que suben en el ascensor con él.

15.30: los observadores informan, mediante un dispositivo de transmisión especial, que Al Mabhuh ha entrado en su habitación. La habitación de enfrente es la 237.

15.53: Peter, el coordinador, llega al hotel de Al Mabhuh y entra en el centro de negocios. Llama a recepción y reserva la habitación 237.

16.03: un nuevo equipo de observadores releva al primero y espera a que Al Mabhuh deje su habitación.

16.14: todos los miembros del grupo especial de operaciones están ahora en el hotel Al-Bustan Rotana.

16.23: Al Mabhuh sale de su habitación, examina el vestíbulo para asegurarse de que el lugar está «limpio» y abandona el hotel. Los observadores le siguen.

16.24: los observadores transmiten al equipo de mando detalles sobre el coche que ha llevado a Al Mabhuh al centro de la ciudad.

16.27: Peter, el coordinador, entra en el vestíbulo y le da a Kevin Daveron el maletín, que probablemente contiene los objetos necesarios para el asesinato de Al Mabhuh.

16.33: Peter va al mostrador de recepción, se registra y recibe la llave de la habitación 237, frente a la de Al Mabhuh.

16.40: Peter le da la llave de la habitación a Kevin y sale del hotel con destino desconocido.

16.44: Kevin entra en la habitación 237 y comprueba la ventana y la mirilla de la puerta, por la cual podrá ver a Al Mabhuh entrar en su habitación.

17.06: Gail entra en la habitación 237. Kevin y ella repasan la agenda y siguen recibiendo informes sobre los movimientos de Al Mabhuh en la ciudad.

17.36: uno de los observadores entra en el hotel con una gorra de visera. En un rincón del vestíbulo vacío se cambia la gorra por una peluca.

18.21: Gail sale de la habitación 237 llevando el maletín que previamente le ha entregado Peter a Kevin; se dirige al aparcamiento del hotel y se lo entrega a uno de los miembros del grupo especial de operaciones.

18.32: el primer destacamento del grupo especial de operaciones sale del aparcamiento y entra en el vestíbulo del hotel.

18.34: el segundo destacamento del grupo especial de operaciones entra en el hotel y se sitúa en los sillones y sofás del extremo más alejado del lujoso vestíbulo, lo más lejos posible del primer destacamento.

18.43: el primer destacamento de observadores, los agentes que llevan ropa de tenis, sale del hotel.

19.30: Peter, el coordinador de logística, sale de Dubái en un vuelo a Múnich, en Alemania.

20.00: un empleado del hotel que limpiaba el segundo piso abandona el lugar. El grupo especial de operaciones intenta entrar en la habitación de Al Mabhuh.

20.04: Kevin, que está situado junto a los ascensores, hace una señal al grupo especial de operaciones para que entre en la habitación, porque el ascensor se ha parado en el segundo piso y un huésped del hotel sale de él. El sistema electrónico de control registra un intento de entrar en la habitación 230, la de Al Mabhuh.

20.20: Al Mabhuh vuelve al hotel. Los observadores informan a Kevin de que se dirige hacia el ascensor.

20.27: Al Mabhuh entra en su habitación. Kevin y Gail están de guardia en el pasillo del segundo piso, junto a los ascensores. El asesinato tiene lugar en la habitación 230.

20.46: cuatro miembros del grupo especial de operaciones abandonan el hotel.

20.47: Gail y otro miembro del grupo dejan también el hotel.

20.51: Kevin entra en la habitación de Al Mabhuh después del asesinato y coloca la señal de «no molesten» en el pomo de la puerta.

20.52: el destacamento de observación abandona el hotel.

22.30: Kevin y Gail abandonan Dubái en un vuelo directo a París. Aproximadamente al mismo tiempo, todos los miembros del equipo se marchan con distintos destinos.

A las diez de la noche, la mujer de Al Mabhuh le llamó a su móvil; el teléfono sonó hasta que saltó el buzón de voz. Volvió a llamar una y otra vez, sin resultado. Un amigo íntimo también intentó llamar a Al Mabhuh y no tuvo éxito. Los mensajes de texto que enviaron a Al Mabhuh quedaron sin respuesta. Pasaba el tiempo y Al Mabhuh no daba señales de vida. La preocupada esposa llamó a diversos dirigentes de Hamás, que decidieron enviar al delegado de Hamás en Dubái al hotel Al-Bustan Rotana. El hombre se dirigió a recepción y llamó a la habitación 230; no contestaron.

Después de medianoche, los empleados del hotel subieron finalmente a la habitación de Al Mabhuh, abrieron la puerta y encontraron su cuerpo. Un médico corrió a la habitación y examinó el cadáver, y concluyó que la causa de la muerte había sido un paro cardíaco.

Hamás publicó un comunicado oficial atribuyendo la muerte de Al Mabhuh a «motivos médicos», pero la familia de Al Mabhuh rechazó el diagnóstico médico e insistió en que había sido asesinado por el Mossad. Su cuerpo fue trasladado al forense en Dubái y una muestra de su sangre se envió a un laboratorio francés. El informe del laboratorio llegó nueve días más tarde. Hamás anunció entonces que unos agentes del Mossad habían asesinado a Al Mabhuh, primero inmovilizándole con un aturdidor eléctrico y luego asfixiándole con una almohada. Simultáneamente, la policía de Dubái anunciaba que no se habían encontrado restos de veneno en la sangre de Al Mabhuh. Sin embargo, no tardaron en llegar a la conclusión de que el Mossad había asesinado a Al Mabhuh en su territorio. El 31 de enero, doce días después de su muerte, el *Sunday Times* de Londres publicaba un artículo sobre el envenenamiento del Mossad. Los periodistas afirmaban que un grupo especial de operaciones israelí se había introducido en la habitación de Al Mabhuh y le había inyectado un veneno que simulaba un ataque cardíaco; a

continuación los agentes fotografiaron todos los documentos que llevaba y salieron de la habitación, dejando puesta la señal de «no molesten».

El 28 de febrero, el subjefe de la policía de Dubái informaba a la prensa de que el laboratorio francés había encontrado en la sangre de Al Mabhuh restos de un fuerte analgésico con ácido clorhídrico, usado para la anestesia antes de la cirugía. Esa sustancia, dijo, causa una relajación muscular seguida por pérdida de conciencia. Suponía que los asesinos habían inyectado a la víctima el anestésico y luego le habían asfixiado, para que su muerte pareciese natural.

El periodista Gordon Thomas publicó un artículo en el *Telegraph* de Londres sobre «la licencia para matar del Mossad». Thomas aseguraba que el modus operandi de la muerte de Al Mabhuh era similar a otros asesinatos llevados a cabo por el Mossad en el pasado. Añadía que los once miembros del grupo especial de operaciones, seis de ellos mujeres, habían sido elegidos entre cuarenta y ocho miembros de la unidad operativa Kidon. Yossi Melman, del diario *Haaretz*, también aseguraba que los movimientos de los asesinos, tal como reflejaban las cámaras de seguridad y otras fuentes, eran idénticos a pasadas operaciones del Mossad: llegar en vuelos separados desde distintas partes del mundo, alojarse en distintos hoteles, llamar por teléfono a través de operadores internacionales, llevar ropa que dificultara la identificación y esforzarse en simular que eran turistas u hombres de negocios que querían mezclar los negocios con el placer. Sin embargo, otros expertos negaron esa teoría, diciendo que esos métodos eran exactamente los mismos que usaba la mayoría de los servicios secretos occidentales, y que por tanto era imposible establecer con claridad quién había llevado a cabo el asesinato.

El semanario alemán *Der Spiegel* afirmó que la agencia de inteligencia alemana, la BND, había informado a los miembros del Parlamento alemán de que Al Mabhuh había sido asesinado por agentes del Mossad. *Der Spiegel* también decía que Michael Bodenheimer, nacido en Israel, había pedido en 2009 un pasaporte alemán porque sus padres eran de este país. El 8 de noviembre de 2009 voló con su nuevo pasaporte desde Frankfurt a Dubái, y luego a Hong Kong, un itinerario idéntico a sus vuelos antes y después del asesinato. Según *Der Spiegel*, otros nueve agentes volaron a Dubái el mismo día de noviembre de 2009 desde distintos aeropuertos de Europa. Parecía el ensayo general para la operación real, llevada a cabo en enero de 2010.

En una entrevista al periódico *Al-Arabiya*, el jefe de la policía de Dubái, Dhali Khalfan Tamim, explicó por qué estaba seguro de que el Mossad había

matado a Al Mabhuh: «Primero, tenemos algunas muestras de ADN y huellas. Segundo, todos ellos [los miembros del equipo] llevaban pasaportes extranjeros auténticos pero con datos falsos, y resultó que algunos de los propietarios [de los pasaportes] eran de Israel... Así que, ¿usted qué cree, fue Peace Now quien asesinó a Al Mabhuh? ¡Fue el Mossad, estoy seguro al cien por cien!».

El jefe de la policía de Dubái pronto se convirtió en una estrella de los medios de comunicación que pasaba horas frente a las cadenas de televisión del mundo y daba entrevistas a todo aquel dispuesto a escucharle. Llegó a ser el favorito de los reporteros de televisión, sobre todo gracias a las cámaras de seguridad del emirato. Tamim enseñó a la prensa una película de vídeo, montada con las cintas de las cámaras de seguridad repartidas por todo Dubái, en la que se mostraba hábilmente cómo se movían los miembros del grupo especial de operaciones por todo el emirato, cómo entraban y salían de hoteles, de centros comerciales y del aeropuerto mientras seguían a Al Mabhuh, cambiando a menudo de ropa y disfraz.

Según Tamim, el núcleo del equipo estaba compuesto por once miembros: tres ciudadanos irlandeses, seis británicos, un francés y un alemán. Todos llegaron a Dubái en varios vuelos procedentes de diversos aeropuertos europeos, algunos de ellos la noche antes de las operaciones, otros al mismo tiempo que Al Mabhuh y unos pocos sólo un par de horas antes de la operación. Las 648 horas de grabación de las cámaras de seguridad ayudaron a la policía de Dubái a reconstruir los acontecimientos que culminaron con la muerte de Al Mabhuh.

Las cintas de vídeo y fotos tomadas por las autoridades de inmigración de todos los pasajeros que entran y salen de Dubái llevaron al jefe de la policía a la conclusión de que en la operación no participaron sólo once agentes del Mossad, sino muchos más. Mencionó el número oficial de 27, pero más tarde añadió unos cuantos nombres a su lista de sospechosos.

Sin embargo, sus conclusiones suscitaban algunos interrogantes: ¿sabía el Mossad que había una red de cámaras de seguridad extendida por todo Dubái? Según Tamim, agentes de Israel habían visitado el emirato en varias ocasiones para preparar la operación. ¿No habían visto las cámaras de seguridad? Si las vieron, quizá gran parte de esas salidas y entradas de los hoteles, cambios de ropa, pelucas y bigotes no fueran más que una representación ante las cámaras, y tal vez unos cuantos de los participantes no

formaran parte de la operación sino que se usaran solamente para confundir a aquellos que examinaran más tarde las cintas.

Y otro punto más: el jefe de policía alardeaba de que todos los miembros del grupo especial de operaciones habían sido fotografiados al pasar por inmigración. ¿No sabía el Mossad que ése era el procedimiento que se seguía en Dubái? ¿Se aseguraron por tanto de que las caras de sus agentes estuvieran maquilladas y disfrazadas, para que fuera imposible reconocerlos después?

Una tercera pregunta: ¿cómo es posible que las cámaras de seguridad grabasen cada segundo de los movimientos de los agentes secretos excepto dos: el momento de entrar y el de salir de la habitación de Al Mabhuh?

Tamim reveló a la prensa que los miembros del grupo especial operativo usaban un número de Austria para algunas de sus comunicaciones; al comprobar los registros telefónicos, Tamim pudo establecer la identidad de los extranjeros que habían usado aquellos números y que eran, aparentemente, miembros del equipo del Mossad. También señaló que algunos de los agentes habían pagado sus gastos en Dubái con Payoneer, tarjetas de crédito recargables MasterCard de una empresa con base en Iowa que tenía un centro de investigación y desarrollo en Israel.

La revelación más intrigante de la investigación fue que la mayor parte de los miembros del grupo especial de operaciones habían usado pasaportes de ciudadanos israelíes reales con doble nacionalidad, y sólo unos pocos utilizaron pasaportes falsos. Al parecer se debía a un motivo concreto: el grupo especial de operaciones operaba en un país árabe que se consideraba territorio enemigo. Si los miembros del grupo hubiesen sido capturados, habrían podido pedir la protección de los cónsules de Reino Unido, Alemania, Francia y Australia, y si éstos hubieran buscado en su ordenador, habrían encontrado que esas personas existían en realidad y habrían accedido a ayudarles. Si, por el contrario, el grupo hubiese usado pasaportes falsos, el engaño se habría desenmascarado de inmediato y los agentes habrían quedado desprotegidos.

Después de que todo esto saliera a la luz, Israel fue duramente criticado por las naciones cuyos pasaportes se habían usado en Dubái. Reino Unido, Australia e Irlanda expulsaron a los representantes del Mossad de su territorio. Polonia arrestó a un hombre llamado Uri Brodsky en el aeropuerto de Varsovia y lo extraditó a Alemania. Brodsky era sospechoso de ayudar al agente Michael Bodenheimer a obtener un pasaporte alemán con engaños (al

final Brodsky fue liberado por Alemania después de pagar una multa de 60.000 euros. A Bodenheimer no se le encontró). Otros países expresaron su indignación y su ira. Esas reacciones dejaban traslucir una buena dosis de hipocresía, ya que el uso de pasaportes falsos o amañados es norma habitual de la actividad del servicio secreto; las naciones que acusaban a Israel usaban y usan pasaportes falsos exactamente igual que el Mossad. Sin embargo, cuando se destapó una red de espionaje rusa en Estados Unidos, a finales de 2010, nadie acusó a sus miembros de usar documentos falsos británicos y estadounidenses.

Los artículos publicados por la prensa mundial generaron la impresión de que la operación de Dubái había tenido éxito, pero también que se había cometido un grave error, resultado del burdo menosprecio al emirato y a las naciones europeas implicadas. Un golpe para la imagen internacional de Israel, pero no para su actividad secreta. Los enviados del Mossad expulsados fueron reemplazados por otros. La afirmación del jefe de policía de Dubái de que los miembros del grupo especial de operaciones serían detenidos, porque sus identidades se conocían en todo el mundo, quedó en suspenso. La policía no identificó ni arrestó a ningún agente del Mossad del equipo de Dubái.

Sin embargo, Dubái se convirtió en un símbolo de los nuevos desafíos a los que se enfrenta cualquier servicio secreto en un mundo cambiante. La época de la capa y espada ha acabado definitivamente. Cámaras de seguridad, fotografías y huellas digitales en inmigración, comprobaciones rápidas de pasaporte, ADN: todo ello requiere unos medios y métodos mucho más sofisticados por parte de los espías del mundo en el curso de sus oscuras y siniestras misiones.

El 7 de abril de 2011, un avión sin identificar lanzó un misil a un coche particular en una carretera a quince kilómetros al sur de Port Sudán, en el Estado africano de Sudán. Según fuentes israelíes, el coche fue atacado por un avión teledirigido (dron) Shoval que puede volar cuatro mil kilómetros sin repostar y transportar una carga de una tonelada. El Shoval forma parte de una nueva generación de drones que Israel utiliza ahora mismo en las misiones peligrosas más allá de sus fronteras, en sustitución de los aviones pilotados por personas. Los drones israelíes, que se cuentan entre los mejores del mundo, llevan a cabo misiones de reconocimiento y de ataque en todo Oriente Medio.

Se decía que una de las dos personas muertas en el atentado al coche en Sudán era un líder de Hamás, que usaba la vía de Sudán para pasar armas de

contrabando desde Irán a Gaza. Las armas llegaban en barco, las descargaban en Port Sudán y se transportaban en un convoy de vehículos a través de Egipto y el Sinaí hasta Gaza, donde los conductores sobornaron a los responsables de fronteras y puestos de control.

El gobierno sudanés acusó inmediatamente a Israel de ese golpe.

Israel había sido hallado culpable también de otro ataque misterioso a un convoy de armas en enero de 2009; los camiones que transportaban armas, misiles y explosivos fueron destruidos, y cuarenta personas que tripulaban el convoy, asesinadas.

Uno de los hombres supuestamente asesinados era el líder de Hamás al cargo de pasar armas de contrabando de Irán a Gaza.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Desde la tierra de la reina de Saba

Un grupo de niños etíopes, con la piel negra y vestidos de blanco, entró en el escenario del enorme auditorio de Israel. Los niños, dotados de una belleza muy especial, contemplaron al público con sus enormes y negros ojos llenos de curiosidad y orgullo. El famoso compositor israelí Shlomo Gronich se encontraba al piano. Las primeras notas volaron con suavidad por encima de la multitud y una hermosísima pero estremecedora canción surgió del coro de niños:

La luna mira desde lo alto.
A la espalda llevo una bolsa pequeña de comida.
Ante nosotros el desierto no tiene fin
y mi madre promete a mis hermanos pequeños:
«Un poco más, un poco más,
mueve las piernas, sólo queda un poco más
para llegar a Jerusalén».

Se trataba de «La canción del viaje», del poeta Haim Idissis, que describe el épico viaje de los judíos etíopes a la Tierra Prometida, Israel. El público vitoreó y aplaudió. Quizá no fuera esa la intención de Idissis, y quizá la entusiasmada multitud no se dio cuenta, pero la canción de los niños describía un capítulo conmovedor (y terrible al mismo tiempo) de la aleya de los judíos etíopes hasta la tierra de sus padres:

La luz de la luna sigue firme.
Perdimos la bolsa con nuestra comida...
Y por las noches nos atacaron los bandidos
con un cuchillo y una espada afilada.
En el desierto, la sangre de mi madre.
La luna es mi testigo
y yo prometo a mis hermanos pequeños:

«Sólo un poco más, un poco más.
El sueño se cumplirá;
pronto llegaremos a la tierra de Israel».

Ninguna comunidad israelí ha sufrido nunca un drama tan espantoso como el de la tribu etíope en su camino a Israel.

Se convirtieron en una leyenda viva.

Su simple existencia parece ya un cuento de hadas. Una tribu judía, apartada del mundo exterior y atrincherada en el corazón de África, que vivía en las montañas y los valles de Etiopía, la tierra de la reina de Saba. Durante cuatro mil años esa tribu se aferró con tozudez a su fe, una religión bíblica pura e inocente.

Esa tribu tranquila y tímida quedó fuera de la historia. Sus líderes, los kessim, venerables ancianos vestidos con túnicas blancas, conducían a su rebaño mediante las antiguas normas del judaísmo y las costumbres básicas de la vida moderna. La suya era una tribu que a veces vivía en paz y serenidad con sus vecinos, y otras veces era perseguida por gobernantes crueles. Pero también tenía que enfrentarse a una desagradable humillación por parte de rabinos y expertos teólogos judíos del mundo exterior, que habían decidido que los judíos etíopes, llamados falasha, en realidad no eran judíos.

Sin embargo, los judíos etíopes no se rindieron. Y generación tras generación, inspirados por la tradición transmitida de padre a hijo y de madre a hija, soñaban con el día en que emprenderían el camino hacia la tierra de Israel.

Muy pocos lo consiguieron durante los primeros treinta años de la existencia del país. Ni siquiera durante el reinado del emperador Haile Selassie, el León de Judea, amigo y aliado de Israel, se hizo ningún esfuerzo serio por llevar a los judíos de Etiopía al Estado judío. Las cosas empezaron a cambiar en 1973, cuando el rabino jefe de Israel, Ovadia Yosef, publicó una Halajá inequívoca dictaminando que los judíos etíopes, que se llamaban a sí mismos Beta Israel, eran judíos con todas las de la ley. Dos años después, el gobierno de Israel decidió aplicarles la Ley de Retorno, y cuando Menachem Begin llegó al cargo de primer ministro, en 1977, llamó al director del Mossad, el general Yitzhak (*Haka*) Hofi.

—¡Tráigame a los judíos de Etiopía! —le pidió Begin al *ramsad*.

En la estructura del Mossad había una unidad especial, la Bitzur, encargada de proteger a los judíos en países enemigos y organizar la inmigración desde esos países a Israel. El Bitzur (más tarde con el nuevo nombre de Tzafririm), se puso a trabajar de inmediato.

Poco después de la orden de Begin a Haka, David (*Dave*) Kimhi aterrizó en Addis Abeba, la capital de Etiopía. Dave era subdirector del Mossad y jefe del Tevel (departamento para las relaciones internacionales secretas), y llegó a conocer al gobernante de Etiopía, Mengistu Haile Mariam. En aquellos tiempos, la puerta de salida de Etiopía permanecía cerrada para la emigración judía. La nación estaba desgarrada por una guerra civil, y Mengistu pidió ayuda a Israel para luchar contra los rebeldes. Kimhi se negó a actuar contra los rebeldes en nombre de Mengistu, pero prometió suministrarle armas. Con una sola condición: que Mengistu permitiera la emigración de judíos. «Pedimos —dijo Kimhi—, que todos los aviones Hércules israelíes que aterricen aquí, cargados con equipo militar, despeguen cargados de judíos». Mengistu accedió, y a partir de entonces empezó el éxodo de judíos de Etiopía.

Este acuerdo duró seis meses, hasta su revocación en febrero de 1978 por un lapsus del entonces ministro de Asuntos Exteriores, Moshé Dayán, que declaró a un periódico suizo que Israel estaba suministrando armas al ejército de Mengistu. Algunos aseguraban que había filtrado aquella información a propósito, porque se oponía al envío de armas al régimen etíope, marxista y pro soviético.

Mengistu se puso furioso. No podía admitir públicamente que mantenía relaciones secretas con Israel, y decidió cancelar el acuerdo con el Mossad de inmediato. El canal directo para la inmigración de judíos quedó bloqueado, aunque la orden de Begin a Haka todavía seguía en vigor.

Las puertas de Etiopía quedaron cerradas una vez más, pero de pronto llegó una carta al cuartel general del Mossad desde Jartum, la capital del vecino de Etiopía, Sudán, que ofreció otra vía de escape para los judíos etíopes.

La carta iba firmada por Freda Aklum, un profesor judío etíope que había conseguido cruzar la frontera hacia Sudán. Desde el punto de vista de Israel, Sudán era un país enemigo, asolado por la hambruna, la sequía y las guerras tribales y religiosas. Miles de refugiados de diversas partes del país (y de la vecina Etiopía) se habían reunido en miserables campamentos de tiendas.

Aklum envió varias cartas a Israel y a organizaciones de socorro de todo el mundo, en un esfuerzo desesperado por obtener ayuda urgente para la emigración de los judíos etíopes. Una de las cartas de Aklum acabó en el cuartel general del Mossad y atrajo la atención de un oficial importante. «Estoy en Sudán —escribía Aklum—; envíenme un billete de avión». En lugar de un billete de avión, el Mossad envió a Sudán a uno de sus hombres, Danny Limor, para que se reuniera con Aklum.

Tras conocerse, ambos acordaron que Aklum intentaría encontrar judíos en el campo de refugiados y mantendría informado a Danny. Al cabo de pocos meses localizó a 30 judíos y el Mossad organizó discretamente su traslado a Israel. Un mes más tarde, el Mossad encargó a Aklum que buscara judíos en Jartum pero no los encontró, y Limor decidió volver a Israel. Antes de marcharse, dijo a Aklum que se fuera con él, pero Aklum quería quedarse y seguir buscando judíos en otras partes de Sudán. Limor, sin embargo, se mostró inflexible: ordenó a Aklum que pusiera fin a sus actividades y volviera a Israel al cabo de una semana.

Sin embargo, Aklum desobedeció la orden y empezó a viajar de una ciudad a otra, de un campo de refugiados a otro, esperando encontrar judíos. No encontró ni uno solo, pero sabía perfectamente que si volvía a Israel, aquello pondría fin a la inmigración de judíos etíopes a través de Sudán. Por tanto elaboró un informe falso, mencionando los nombres de muchos judíos a los que supuestamente había encontrado en Sudán, lo envió por fax al Mossad y anunció que se quedaba en el país «para ocuparse de ellos».

Los judíos a quienes Aklum había incluido en su lista sí que existían, pero no estaban en Sudán; todavía vivían en sus pueblos de Etiopía. Entonces Aklum empezó a operar en Etiopía en solitario. Visitaba los pueblos e intentaba convencer a los judíos locales de que emigrasen a la tierra de Israel. El rumor de que se había encontrado una ruta secreta a Jerusalén corrió como la pólvora. Primero unos pocos hombres, luego familias enteras y más tarde pueblos enteros empaquetaron sus escasas pertenencias y partieron. Miles de personas, incluyendo ancianos, mujeres y niños, abandonaron Etiopía en secreto. Les inspiraba un sueño mesiánico, la promesa bíblica de volver a la tierra de la leche y la miel.

Prepararon comida y agua, cruzaron la frontera y empezaron un viaje fatigoso y peligroso por el desierto. Marchaban por la noche y durante el día se escondían en cuevas y hendiduras. Muchos se pusieron enfermos y murieron. Los bebés morían de deshidratación en brazos de sus madres. Un

padre perdió a sus cuatro hijos durante aquel terrible viaje. A algunos les picaron serpientes y escorpiones, otros murieron de enfermedades infecciosas. El agua y la comida que se habían llevado resultaron insuficientes. Varios grupos fueron atacados por bandidos que les quitaban sus pertenencias y a menudo dejaban montones de cadáveres. Años más tarde, la actriz Mehereta Barush, que participó en el viaje, describió el terrible peaje que habían pagado. Cada mañana, decía, los viajeros contaban los cadáveres de sus amigos. A veces quedaban diez cuerpos tendidos en la arena, a veces quince. No había ni una sola familia que no hubiera perdido al menos a uno de sus hijos.

En verano de 1981, Danny Limor y su equipo del Mossad volvieron a Sudán en una operación secreta. Se hacían llamar «los hafis», iniciales de *Haka's Force in Sudán* (Fuerza de Haka en Sudán). Su objetivo era establecer contacto con los judíos etíopes en todo el país.

Pero los judíos supervivientes se encontraron con otras dificultades al intentar ponerse en contacto con los enviados del Mossad. Incluso aquellos que llegaban a los campos de refugiados en torno a Jartum estaban desconsolados. Tenían que ocultar que eran judíos y evitaban comer la comida no *kosher* que las agencias de socorro distribuían a los refugiados. Las mujeres eran violadas y las chicas jóvenes, secuestradas por matones y criminales que eran los que gobernaban realmente los campos. Un grupo de cien chicas fueron raptadas y desaparecieron. Mientras las buscaban, sus parientes se enteraron de que las habían vendido en Arabia Saudita, donde había unas 120.000 mujeres sometidas a la esclavitud. Varios judíos fueron identificados como tales por sus vecinos en los campos, arrestados y torturados por la policía sudanesa. Muchos permanecieron meses en los campos de refugiados, años incluso, hasta que al fin pudieron partir hacia Israel.

Los judíos etíopes pagaron un precio muy alto por su sueño de entrar por las puertas de Jerusalén. Más de cuatro mil murieron durante las diversas etapas de su viaje. Henry Gold, un judío canadiense que trabajó como voluntario en los campos de Sudán y Etiopía, quedó profundamente conmovido por la situación de los judíos que encontró allí, y criticó con dureza a los enviados israelíes por no ser capaces de llevar a cabo su misión de forma adecuada.

Sin embargo, el Mossad estaba buscando una forma segura de llevar a los judíos a Israel. El éxodo desde Sudán empezó mediante vuelos comerciales

regulares, con pasaportes falsos, pero pronto el Mossad decidió llevarse a los refugiados a Israel por mar, enviando barcos que los trasladarían a través del mar Rojo y los estrechos de Tirán... hasta el puerto de Eilat.

Como tapadera, el Mossad estableció en Europa una empresa de turismo y viajes. «Para operar en esa zona uno necesita una tapadera —explicó el agente del Mossad Yonatan Shefa, uno de los líderes de la operación—, porque si no la tienes, al cabo de una semana empezarán a preguntarte: “¿Qué estás haciendo aquí? ¿Eres un turista? ¿Qué hay que ver por aquí?”». La empresa alquiló junto a Port Sudán un centro turístico playero abandonado, llamado Arous, y firmó un acuerdo con el gobierno sudanés para el desarrollo de los deportes acuáticos en el mar Rojo. Todos los acuerdos administrativos se confiaron a Yehuda Gil, al que se consideraba uno de los mejores agentes del Mossad. Gil llegó a Jartum, se reunió con los oficiales del régimen y, con mucha labia, explicó, convenció, sobornó... hasta que finalmente obtuvo todos los permisos y las licencias necesarios para operar en el Centro de Turismo Arous. El hombre encargado de la restauración y dirección del centro fue Yonatan Shefa, que había tomado parte en muchas operaciones del Mossad. Arous estaba construido en realidad como un pueblo, con *bungalows* individuales y algunos edificios públicos. Desde Israel enviaron a varios agentes del Mossad con pasaportes falsos para que hicieran de instructores y empleados del centro, y éstos llenaron el almacén de las instalaciones con equipos de buceo, aparatos de submarinismo, máscaras, aletas y tubos. En el almacén escondieron también un transmisor-receptor que estaba en contacto permanente con el cuartel general. Emanuel Allon, que había participado en muchas operaciones con Shefa, incluyendo el rescate de las vírgenes sirias, recibió una llamada de Yonatan. «Me dijo: “Te necesito para algo especial. En esta operación no hay que matar a nadie; se trata de algo especial, algo humano. Sólo de hablar contigo ya me emociono. Quiero establecer un centro turístico en Sudán”». El pueblo estaba abierto al público y sus carteles pronto aparecieron pegados en las paredes de las agencias de viajes europeas.

Muchos turistas pasaron sus vacaciones en Arous y, al menos desde su punto de vista, el centro era un éxito. Durante el día buceaban, nadaban y disfrutaban de la playa del mar Rojo. Lo que no sabían es que casi cada noche, los agentes del Mossad se iban del pueblo para sacar a los judíos del campo de refugiados. Los «instructores de buceo» inventaron una tapadera para los empleados locales del centro, que eran sudaneses: les decían que iban a pasar la noche con las enfermeras suecas del hospital de la Cruz Roja, en la ciudad de Kassala. Cuando los alegres viajes alcanzaron una frecuencia

notoria, los empleados locales empezaron a sospechar que allí ocurría algo raro, pero mientras fuesen cobrando sus generosos salarios preferían hacer la vista gorda.

Los viajes nocturnos se llevaban a cabo en cuatro camiones viejos. Los agentes del Mossad, bajo el mando de Danny Limor, conducían hasta las cercanías de los campos. Los miembros más jóvenes de una organización secreta etíope, el Comité, reunían a los grupos de judíos y los llevaban a los camiones.

Pero no resultaba sencillo, y los israelíes corrían muchísimos riesgos. David Ben-Uziel, uno de los líderes de la operación, cree que la aproximación a los campos era la «parte más peligrosa» de la misión. «Estábamos muy cerca de los campos —dijo—. Podían cogernos en cualquier momento, así que aquella parte teníamos que hacerla lo más rápido posible».

Mientras el Comité intentaba localizar a los judíos en los campos de refugiados, había muchos que no se identificaban por temor a la policía sudanesa. Los judíos de los pueblos de las montañas de Etiopía no habían visto jamás a un hombre blanco y se negaban a creer que los israelíes fueran judíos que venían a salvarlos, porque no sabían que también había judíos blancos. Sólo cuando Danny Limor se puso a rezar con ellos empezaron a creer que realmente era judío; un judío muy raro, que rezaba de una manera poco habitual, pero judío a fin de cuentas.

Temiendo una filtración, los agentes del Mossad no advertían a los judíos de antemano. La gente del Comité les decía que estuvieran dispuestos a partir en cualquier momento y que cuando se pusieran en contacto con ellos, tenían que dejarlo todo e irse. Y así, noche tras noche, grupos de judíos se escabullían de los campos y se acercaban subrepticamente al punto de reunión en un pequeño barranco que había allí cerca, donde esperaban los agentes del Mossad.

El convoy de cuatro camiones recorría centenares de kilómetros hasta la costa del mar Rojo. Por el camino tenían que pasar por controles del ejército y la policía, donde Danny sobornaba a los guardias y éstos permitían continuar a los camiones. En el punto de reunión de la costa esperaba la Marina israelí.

El barco se encontraba anclado a cierta distancia y los comandos navales acudían a la costa con balsas hinchables para recoger a los judíos y llevarlos a bordo del barco nodriza. La embarcación principal, que acudía cada semana a la costa sudanesa, era el *Bat-Galim*. Ninguno de los agentes del Mossad y los

comandos navales olvidaría nunca el emotivo encuentro con sus hermanos etíopes y su dramática partida hacia Israel. El agente del Mossad David Ben-Uziel describió el traslado de los judíos a los barcos en una grabadora de mano. «El mar estaba tormentoso —dijo—. Llevábamos a nuestros hermanos en brazos para que nadie se ahogase. Las emociones de nuestros hombres estaban exacerbadas. Algunos decían que la imagen les recordaba a sus padres, que llegaron a Israel como emigrantes ilegales, y casi rompían a llorar cuando veían a nuestros hermanos entrar en el barco».

«Llegaban en completo silencio —añadió Gadi Kroll, comandante de las fuerzas navales—. Viejos, mujeres, niños en brazos. Inmediatamente zarpábamos por el mar tormentoso. Ellos se sentaban y no pronunciaban ni una sola palabra». Los barcos de la Marina los llevaban a Eilat.

Un día, el voluntario judío canadiense Henry Gold acudió al centro de vacaciones. Estaba exhausto por el duro trabajo en el campo de refugiados y unos amigos le sugirieron que se cogiese un par de días libres para tomar el sol, nadar y bucear. No tenía ni idea de las actividades secretas que estaban teniendo lugar en Arous y alrededores. Pero cuando recorrió el pueblo, notó algo que le pareció muy raro: tuvo la impresión de estar rodeado de agentes del Mossad. El personal también le resultó extraño. «Tenían un acento raro. Una mujer dijo que era suiza, pero no tenía acento suizo, y el iraní no tenía acento iraní. En la cena pusieron en las mesas una ensalada cortada muy fina. He estado en muchos sitios del mundo, pero una ensalada así sólo se sirve en Israel». A la mañana siguiente, Gold resolvió sus dudas, se dirigió hacia el instructor de buceo y le preguntó en hebreo:

—Dime, ¿qué estáis haciendo aquí?

El chico, asombrado, se puso muy rojo y se dejó caer en una silla. Finalmente le preguntó a Gold, también en hebreo:

—¿Quién eres?

Ese mismo día llegó un dirigente importante del Mossad y se llevó aparte a Gold. Éste se enfrentó a él, furioso por el trato que recibían los judíos en el campo de refugiados.

En una de las operaciones, en marzo de 1982, mientras varias barcas llevaban a los etíopes al barco principal en medio de la oscuridad, un bote neumático con cuatro agentes del Mossad embarrancó en unas rocas de la playa. En ese momento una brigada de soldados sudaneses armados con rifles

AK-47 apareció súbitamente en la playa y apuntó con sus armas al diminuto bote.

Danny Limor procuró serenarse, se arrojó hacia los soldados y chilló en inglés a su comandante:

—¿Habéis pedido la cabeza? ¿Es que vais a disparar a unos turistas?

Siguió gritando y hablando de los turistas que iban a bucear en aquel centro de vacaciones, de la contribución de Arous al negocio turístico en Sudán, y luego amenazó con presentar una queja contra el comandante de la brigada en Jartum. El oficial, asombrado, se disculpó y explicó que había asumido que los que iban en el bote eran contrabandistas. A continuación ordenó a sus soldados que abandonaran aquel lugar de inmediato.

Los agentes del Mossad estaban a salvo, pero al parecer las partidas por mar no podían continuar. Había que encontrar una nueva forma de transportar a los judíos a Israel. Una mañana, los turistas de Arous se despertaron y vieron que todo el personal extranjero había desaparecido y sólo quedaban algunos trabajadores locales, que preparaban el desayuno para los huéspedes. La noche anterior, los agentes del Mossad habían abandonado el pueblo, dejando cartas de disculpa en las que explicaban que el centro se había cerrado debido a dificultades presupuestarias. Los turistas recuperarían su dinero cuando volviesen a su país de origen. Así se hizo, y todos los buceadores recibieron su dinero en las semanas siguientes.

Tras largas discusiones en el cuartel general del Mossad, el *ramsad* decidió que los siguientes transportes se harían por aire, con Rhinos (el avión Hércules C-130 de transporte de las Fuerzas Aéreas israelíes). Era una apuesta arriesgada, que suponía la penetración en el espacio aéreo de Sudán y el repetido aterrizaje de soldados israelíes en territorio de un país enemigo. Pero Israel no tenía otra elección: los judíos etíopes debían ser rescatados.

En mayo de 1982, los agentes del Mossad volvieron a Sudán. Su primera misión fue localizar posibles zonas de aterrizaje al sur de Port Sudán. Encontraron un campo de aviación británico abandonado y repararon su pista de aterrizaje, para adecuarla al aterrizaje de los pesados Rhinos. El primer grupo de judíos fue conducido desde el punto de reunión hasta el campo de aviación, y se usaron antorchas para iluminar la pista de aterrizaje. Pero cuando aterrizó el enorme Rhino de las Fuerzas Aéreas, los judíos etíopes quedaron aterrorizados. El enorme pájaro de metal que veían por primera vez en su vida, con un terrible rugido de los motores y levantando nubes de polvo,

parecía abalanzarse hacia ellos. Muchos salieron corriendo y sólo accedieron a regresar tras fatigosos esfuerzos de persuasión por parte de la gente del Mossad. Otros se negaron tozudamente a entrar en el vientre del monstruo de acero. El avión, que se suponía que iba a partir de inmediato, al final despegó con una hora de retraso, portando en su interior a 213 judíos.

Los agentes recibieron un telegrama de felicitación del cuartel general, pero aprendieron una importante lección. En el futuro, los camiones esperarían hasta que el Rhino aterrizase y extendiese su rampa, y entonces se dirigirían hasta la propia cola del avión para que los judíos pudiesen meterse en el vientre abierto de la aeronave.

Fue un éxito... pero no duró mucho tiempo. Las autoridades sudanesas descubrieron el extraño tráfico del campo aéreo abandonado y los agentes del Mossad se vieron obligados a encontrar otra zona de aterrizaje. Pronto la encontraron, a 46 kilómetros al sudoeste de Port Sudán. Esta vez el Mossad decidió llevar a cabo una gran operación de rescate con varios vuelos Hércules, cada uno de los cuales llevaría a 200 judíos.

La operación Hermanos tuvo lugar bajo el mando personal del *ramsad*, Haka, y del comandante del cuerpo de paracaidistas, el general Amos Yaron. En los dos años siguientes, desde mediados de 1982 a mediados de 1984, llevaron a Israel a 1.500 judíos etíopes.

La operación casi acaba en fracaso. Un informante de las fuerzas de seguridad sudanesas localizó al hombre de contacto del Mossad en los campos de refugiados. Addis Solomon, un judío etíope, fue arrestado y torturado durante 42 días por los sudaneses. Querían saber los nombres de sus enlaces y la situación de los puntos de reunión con los agentes del Mossad, pero Solomon no se doblegó y no reveló el secreto.

A finales de 1984, la situación en los campos empeoró. La hambruna y las enfermedades infecciosas causaron numerosas muertes entre los etíopes. Una guerra civil hacía estragos en Sudán y amenazaba el régimen del dictador de la nación, Jaafar Nimeiry. Su supervivencia dependía de una inyección urgente de ayuda financiera y suministro de comida por parte de Estados Unidos.

Israel pidió a Washington que ayudase a Sudán, si éste permitía que continuase el transporte aéreo a Israel. La administración accedió y el embajador de Estados Unidos en Jartum recibió instrucciones de negociar en ese sentido. El resultado fue un compromiso: los judíos no volarían a Israel

directamente, sino a través de un tercer país; Israel no estaría implicado en la operación; y la compensación a Sudán sería en forma de envío de alimentos y combustible.

La embajada de Estados Unidos en Jartum informó a Washington de que los judíos se podían evacuar desde Sudán al cabo de cinco o seis semanas.

Así es como nació la operación Moisés.

Mientras tanto, Haka había sido reemplazado como *ramsad* por su ayudante, Nahum Admoni, distinguido en años anteriores por sus enérgicos esfuerzos para organizar la inmigración de los judíos etíopes. Admoni autorizó entonces a sus hombres a que transportaran a los judíos por avión a través de Bélgica. Un hombre de negocios judío que poseía una pequeña compañía aérea accedió a colaborar con la operación con sus aviones Boeing.

Y así, a la 1.20 de la mañana del 18 de noviembre de 1984, el primer avión belga aterrizó en Sudán. 250 refugiados hambrientos, exhaustos y aterrorizados subieron al avión, pero el piloto belga se negaba a despegar porque la aeronave iba equipada sólo con 210 máscaras de oxígeno, insuficientes para 250 pasajeros. El agente del Mossad a cargo de la operación se lo llevó a un lado y susurró, bajito pero con firmeza:

—¡Pues elija usted mismo y decida quién vive y quién muere! —Y luego añadió, no tan bajo—: Si no entra ahora mismo en la cabina de mando y pone en marcha los motores, le echaré del avión y pondré a otro piloto en su asiento.

Resultó ser un argumento muy persuasivo. El piloto entró en la cabina y a las 2.40 de la mañana, el primer vuelo de la operación Moisés despegó hacia Israel, con escala en Bruselas. Durante los 47 días siguientes, los Boeing llevaron a cabo 36 vuelos secretos y sacaron del país a unos 7.800 judíos etíopes.

En Israel, la censura militar hacía esfuerzos desesperados por evitar que se filtrase cualquier información sobre la operación. Sus esfuerzos tuvieron éxito hasta que el presidente de la Agencia Judía, Arie Dulzin, hizo pública una declaración afirmando que «una de las tribus judías está a punto de volver a nuestra tierra natal». Tras su comunicado, el *New York Jewish Press* publicó los detalles de la operación, seguido por el *Los Angeles Times*.

Tres días más tarde el primer ministro Simon Peres anunció en el Knesset: «El gobierno de Israel ha actuado, y seguirá actuando, hasta el límite de sus

poderes y más allá para continuar con la operación, hasta que el último judío etíope haya llegado a su tierra natal». Ese mismo día los sudaneses cancelaron los vuelos y la operación quedó suspendida. Los sudaneses estaban furiosos, no por los artículos en la prensa, sino por el discurso del primer ministro israelí que confirmaba la noticia. «Si los israelíes se hubiesen quedado callados otro mes más —observaba un funcionario de Estados Unidos en Washington—, habría sido posible salvar a todos los judíos de Etiopía».

El vicepresidente George H. W. Bush se sintió profundamente impresionado por la operación Moisés y los esfuerzos de Israel para repatriar a los etíopes, a pesar de los grandes riesgos que existían. Decidió actuar. Unas pocas semanas después de la cancelación de la operación Moisés, siete aviones Hércules de las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos aterrizaron en el campo sudanés de Al-Qadarif. Llevaban a bordo a varios agentes de la CIA. El equipo operativo estadounidense llevó a cabo la operación Reina de Saba, y llevó en avión a los 500 judíos etíopes que quedaban en Sudán directamente a la base de las Fuerzas Aéreas israelíes de Mitzpeh Ramon, en el Negev.

Dos meses después, Jaafar Nimeiry fue depuesto por una junta de oficiales del ejército. Funcionarios de inteligencia libios se dirigieron a Sudán a buscar a los agentes del Mossad que todavía permanecían en Jartum. Los tres últimos agentes que quedaban fueron descubiertos por los libios y en el último momento pudieron refugiarse en casa de un agente de la CIA. El norteamericano los acogió y más tarde los acompañó, escondidos en unas cajas de embalaje, a la capital de Kenia, Nairobi. David Molad, uno de los funcionarios de mayor rango del Mossad en Sudán, salió del país discretamente. El rescate de los judíos etíopes fue una de sus últimas operaciones antes de retirarse del Mossad.

En las operaciones Moisés y Reina de Saba, la cooperación entre Estados Unidos e Israel fue perfecta, casi idílica. Desgraciadamente, poco después estalló en Washington el asunto Pollard: un empleado judío de los servicios de inteligencia estadounidenses, Jonathan Pollard, fue arrestado por espiar para Israel. El gobierno de Estados Unidos quedó sorprendido y furioso; los jefes de la CIA se sintieron traicionados por el aliado a quien habían ayudado y que, a su vez, les había espiado.

El gobierno israelí se disculpó profusamente y devolvió a Estados Unidos los documentos robados por Pollard, pero las relaciones de inteligencia entre Jerusalén y Washington habían sufrido un duro golpe. Uno de los enlaces de Pollard resultó ser nada más y nada menos que Rafi Eitan, el legendario

agente del Mossad, que ahora dirigía una oscura organización de inteligencia en el Ministerio de Defensa. La organización, Lakam (Oficina para las Relaciones Científicas), fue desmantelada de inmediato y se inició un procedimiento judicial contra Eitan en Washington. Hasta el día de hoy, no puede entrar en Estados Unidos por temor a ser arrestado.

La operación Moisés fue severamente criticada por muchos judíos etíopes, ya que costó la vida de unas cuatro mil personas. En el Mossad, los oficiales de la Cesárea, dirigida en aquella época por Shabtai Shavit, también desaprobaban la planificación y la ejecución de la operación por parte del Bitzur. Shavit y sus hombres aseguraban que el Bitzur era un departamento marginal que no estaba preparado para llevar a cabo una operación de una magnitud como la Moisés. La gente del Bitzur insistía en que la operación tuvo éxito precisamente por su carácter espontáneo e improvisado. También señalaban que habían reclutado a algunos de los mejores agentes del Mossad para llevar a cabo las diversas etapas de la operación Moisés.

Todas estas luchas internas no podían cambiar el hecho de que miles de judíos habían vuelto a la tierra de Israel. Y sin embargo, aun después de completar las operaciones Moisés y Reina de Saba, miles de judíos seguían en Etiopía. También querían emigrar a Israel, pero las puertas estaban cerradas. Israel sentía que era imperativo llevárselos, por motivos ideológicos y sionistas, pero también por una razón humanitaria: muchas familias habían quedado divididas, los niños habían llegado a Israel sin sus padres, los padres sin sus hijos, maridos sin sus mujeres... Esa separación causaba terribles problemas de integración y muchas tragedias personales, como el suicidio de jóvenes que no podían soportar la nueva realidad sin el apoyo de su familia. Los emisarios de la Agencia Judía trasladaron a miles de judíos a campos ubicados en torno a la capital, Addis Abeba, y desde allí éstos seguían rogando que un milagro los trasladase a la tierra de Israel.

Y el milagro ocurrió.

En mayo de 1991, seis años después de la operación Moisés, se puso en marcha la operación Salomón. Tuvo lugar en el punto álgido de la guerra civil, mientras los rebeldes alzados contra la junta militar gobernante se acercaban a Addis Abeba desde todas partes. La operación fue posible gracias a un acuerdo de última hora, negociado por Estados Unidos, entre el gobierno de Israel y el asediado gobernante Mengistu, pocos días antes de su caída.

El acuerdo se negoció gracias a la actividad secreta de Uri Lubrani, uno de los «hombres misteriosos» de Israel que fue enviado especial en Irán y Líbano; éste se había hecho cargo de la misión a petición del primer ministro, Yitzhak Shamir. Israel accedió a pagar a Etiopía 35 millones de dólares por la emigración de los judíos, mientras que Estados Unidos prometió a algunas de las principales figuras del gobierno de Mengistu asilo político en Norteamérica. Simultáneamente se llegó a un acuerdo con los líderes rebeldes para que aceptasen una tregua en la lucha durante un tiempo limitado, mientras Israel llevaba a cabo su operación. Les costó 36 horas concluirla.

El FDI fue el encargado de ejecutar la operación Salomón. El ayudante del jefe del Estado Mayor, el general Lipkin-Shahak, se hizo cargo del mando de la acción. A sus órdenes, Israel mandó a Addis Abeba «todo lo que podía volar». Las líneas aéreas El Al enviaron a Etiopía 30 aviones y las fuerzas aéreas, muchos de sus aparatos. Brigadas de élite de los comandos Shaldag fueron transportadas a Addis Abeba. A su lado iban cientos de soldados de infantería y paracaidistas de origen etíope, que habían emigrado a Israel de niños, unos cuantos años antes. Se desplegaron en los confines del aeropuerto y condujeron a los judíos a los aviones. En 34 horas, 14.400 judíos fueron llevados al aeropuerto, embarcaron en el avión a una velocidad de vértigo y despegaron hacia Israel. Durante la operación se superó el récord mundial: un Boeing 747 de El Al llevaba a bordo a 1.087 emigrantes; cuando aterrizó, bajaron 1.088 personas. Había nacido un niño durante el vuelo.

Al ver a los jóvenes soldados etíopes que habían llegado de Israel e iban a rescatar a sus hermanos, tremendas emociones sacudieron a los emigrantes; incluso los duros paracaidistas etíopes, con sus uniformes verdes del FDI, sus gorras rojas y sus botas de combate, se echaron a llorar.

Hoy en día, más de veinte años después de la operación Salomón, todavía quedan muchos judíos en Etiopía, y siguen haciéndose esfuerzos para llevarlos a todos a Israel. Pero la integración de los etíopes en la sociedad israelí no ha sido fácil, a menudo debido al desfase entre una comunidad rural africana y una nación moderna occidental, pero también debido a la pura y simple discriminación, o a las deplorables afirmaciones de algunos líderes religiosos de que los etíopes no son auténticos judíos.

Como dice un verso de la canción «Viaje»:

En la luna
me mira la imagen de mi madre.

¡Madre, no desaparezcas!
Si ella estuviera a mi lado
podría convencerles
de que soy judío.

EPÍLOGO

¿Guerra con Irán?

AEROPUERTO DE ENTEBBE, UGANDA,
4 DE JULIO DE 1976

En lo más oscuro de la noche, cuatro aviones Hércules israelíes, no detectados por el radar ugandés, aterrizaron subrepticamente en el aeropuerto de Entebbe. Habían recorrido una distancia de 4.000 kilómetros desde su base en Israel, transportando al comando Sayeret Matkal y otras unidades de élite del ejército. Una semana antes, terroristas árabes y alemanes habían secuestrado un avión de línea de Air France que iba de Tel Aviv a París, y aterrizaron en Entebbe. Protegidos y apoyados por el dictador de Uganda, el general Idi Amín, los terroristas mantuvieron como rehenes a 95 civiles israelíes. Israel decidió llevar a cabo una atrevida operación en el corazón de África para rescatarlos.

Minutos después del aterrizaje, los comandos israelíes se dispersan por todo el aeropuerto. Yoni Netanyahu, comandante del Sayeret Matkal, dirige a sus hombres para asaltar la terminal donde retienen a los rehenes. En el intenso tiroteo que sigue, Yoni se desploma de repente, alcanzado por una bala. Otro oficial del Sayeret, el capitán Tamir Pardo, se inclina sobre su comandante caído, conecta su micrófono y llama a sus camaradas.

—Le han dado a Yoni —dice—. ¡Hazte cargo, Muki!

El segundo de Yoni, Muki Betzer, asume el mando y prosigue la misión. Minutos más tarde, la batalla ha concluido. Los terroristas están muertos, los rehenes rescatados y el pesado avión Hércules despegando de vuelta a Israel.

El rescate de los rehenes tan lejos de casa está a punto de convertirse en leyenda. Pero se ha pagado un precio: tres de los rehenes han muerto en el tiroteo, y también un soldado, Yoni Netanyahu, hermano del futuro primer ministro Benjamin Netanyahu. Toda la nación israelí llora la muerte de Yoni. Aquella noche, Tamir Pardo, oficial de comunicaciones del Sayeret, llama a la

puerta de la familia Netanyahu en Jerusalén. Le han enviado para que informe a los parientes de Yoni de las circunstancias de su muerte. Pronto surgirá una cálida relación entre la familia Netanyahu y Tamir Pardo, que estuvo al lado de Yoni en sus últimos momentos.

35 años más tarde, Tamir, de 57 años, sustituye a Meir Dagan como *ramsad*.

Nacido en Tel-Aviv en el seno de una familia judía de origen turco y serbio, Tamir, de dieciocho años, se ofreció voluntario en los paracaidistas, se graduó en la academia de oficiales y sirvió en las unidades de comando del Sayeret Matkal y el Shaldag. Cuatro años antes de la operación en Entebbe se unió al Mossad, tomó parte en diversas operaciones sin nombre y fue recompensado tres veces con el premio de Seguridad de Israel. En 1998 fue nombrado presidente de la comisión de investigación del Mossad que investigaba el fallido intento de asesinato de Jaled Mashal en Ammán. Poco después pasó a ser jefe del Neviot, el departamento del Mossad encargado de recoger electrónicamente información en países extranjeros. Se especializó en nuevas tecnologías y planificación creativa. En 2002, cuando Dagan fue nombrado *ramsad*, Pardo fue uno de sus dos ayudantes, y durante los cuatro años siguientes encabezó la dirección de operaciones del Mossad, aunque en 2006 pasó un año con el FDI como general del ejército, aconsejando al Estado Mayor sobre operaciones especiales. Se decía que había planeado diversas misiones audaces durante la segunda guerra del Líbano. Dagan llamó de nuevo a Pardo a su lado en 2007. Este último esperaba ser nombrado *ramsad* cuando acabase el mandato de Dagan en 2009, pero el gabinete, impresionado por los logros de Dagan, amplió su servicio un año más. Pardo, decepcionado, dimitió del Mossad y se dedicó a los negocios en una empresa de servicios médicos. No duró demasiado. El 29 de noviembre de 2010, el primer ministro Netanyahu le nombró *ramsad*, y Pardo asumió sus funciones en enero de 2011.

En muchos aspectos, Pardo siguió los pasos de su predecesor, y la implacable guerra encubierta contra Irán continuó. En noviembre y diciembre de 2011 varias explosiones sacudieron una base militar donde se probaban misiles Shehab y un barrio residencial de Isfahán donde el gas de uranio, separado mediante cascadas centrífugas, se convertía de nuevo en materia sólida. Otro científico, el doctor Mostafa Ahmadi Roshan, subdirector de las instalaciones subterráneas del Natanz, fue asesinado mientras conducía su

coche por las calles de Teherán. El modus operandi fue similar al usado en asesinatos anteriores.

Irán acusó a Israel de los atentados y juró vengarse. Por primera vez, los servicios secretos iraníes intentaron llevar a cabo diversos golpes contra objetivos israelíes en Asia: una bomba en un coche en Nueva Delhi hirió a la mujer de un diplomático israelí; en Tiflis, en Georgia, hubo un atentado similar que resultó fallido; diversas explosiones se sucedieron en Bangkok, Tailandia, una de las cuales hirió al propio perpetrador, un ciudadano iraní. Los servicios secretos egipcios frustraron el complot de unos agentes iraníes para volar un barco israelí que navegaba por el canal de Suez. La guerra encubierta entre Israel e Irán estaba quedando al descubierto. Investigadores policiales de Nueva Delhi, Bangkok y El Cairo señalaban a los servicios secretos de Irán. La prensa mundial describía con detalle los torpes intentos de los espías iraníes de atacar objetivos israelíes en el extranjero.

También salían a la superficie nuevos detalles sobre las operaciones israelíes dentro de Irán. Fuentes occidentales aseguraban que el Mossad había establecido bases operativas en Azerbaiyán y Kurdistán, justo en la frontera iraní, que servían como campos de entrenamiento y despacho de agentes a territorio iraní. Las mismas fuentes aseguraban que muchos de los agentes del Mossad que operaban en Irán eran en realidad miembros de la oposición del MEK, musulmanes iraníes que podían mezclarse con la población local mejor que cualquier funcionario israelí. Algunos militantes del MEK se habían entrenado en instalaciones secretas en Israel, e incluso habían ensayado algunas de las operaciones en escenarios contruídos a propósito, como una calle de Teherán, por ejemplo, donde tendían una emboscada al coche de un científico nuclear iraní o colocaban una bomba junto a su casa.

En otros casos, la aproximación a los disidentes iraníes se llevó a cabo por medios distintos. Algunos informes de la CIA aseguraban incluso que los agentes del Mossad realizaban misiones de reclutamiento con «bandera falsa». Los israelíes, fingiendo ser agentes de la CIA, reclutaban a militantes de la organización terrorista pakistaní Ansar Jund Alá y los enviaban a misiones de sabotaje y asesinato en el interior de Irán. Según esos informes de la CIA, los israelíes fingían ser funcionarios de la agencia de la inteligencia norteamericana para superar la objeción de los devotos musulmanes a servir al Estado judío.

En la primavera de 2012, algunos observadores internacionales, preocupados, aseguraban que el proyecto nuclear iraní estaba cerca de completarse, y fuentes de la Agencia Internacional de Energía Atómica declaraban que Irán había producido 109 kilogramos de uranio enriquecido, suficiente para montar cuatro bombas atómicas. Si Israel decidía asestar un golpe importante al proyecto iraní lanzando una ofensiva total contra sus centros nucleares, la guerra encubierta se convertiría en un conflicto abierto.

Según la prensa mundial y algunos portavoces especialmente locuaces, Israel no era el único que pensaba en esa opción militar. Tanto en Jerusalén como en Washington, fuentes oficiales confirmaban que Israel y Estados Unidos actuaban juntos, pero estaban en desacuerdo en el punto fundamental: cuándo había que detener a Irán por todos los medios necesarios, militares o de otro tipo. Los servicios secretos estadounidenses aseguraban que ese momento llegaría cuando el enriquecimiento de uranio por parte de Irán alcanzase el 80%, una fase crucial en el desarrollo de su capacidad nuclear. El uranio enriquecido hasta ese nivel podría ser mejorado rápidamente hasta el 97%, grado necesario para el ensamblaje de una bomba atómica.

El calendario de Israel era distinto, basado en informes sobre el terreno y la detección por parte de satélites. El Mossad había descubierto que Irán estaba embarcado en una alocada carrera contrarreloj y que construía un enorme número de instalaciones subterráneas enterradas a una profundidad de varios cientos de metros. Estaban trasladando todos sus materiales físiles y sus laboratorios secretos bajo tierra. Los informes de inteligencia obtenidos por el Mossad, con la ayuda del MEK, la organización de la resistencia, aseguraban que Irán había construido una nueva instalación subterránea cerca de Fordo. En las enormes salas de la nueva instalación, los iraníes planeaban instalar tres mil nuevas centrifugadoras, mucho más rápidas y sofisticadas que el equipo que ahora tenían en servicio. En esa instalación, los iraníes podían alimentar las centrifugadoras con uranio enriquecido hasta un 3,5% y seguir enriqueciéndolo hasta que estuviera preparado para su uso. Israel estaba convencido de que esa horrible instalación, como otras muchas bases y laboratorios, debía ser destruida antes de que las centrifugadoras estuviesen instaladas y completamente protegidas de un ataque aéreo. «Cuando lleguen al punto de enriquecimiento crítico —decían los enviados israelíes a los norteamericanos—, será demasiado tarde para poder atacarles. Habrán entrado en una “zona de inmunidad”, donde ninguna bomba será capaz de

destruir su proyecto. El momento de actuar es ahora, en la primavera de 2012».

Washington no estaba convencido y quería probar con una campaña de duras sanciones. Israel no creía que las sanciones detuviesen a Irán. En una cumbre en Washington a principios de la primavera de 2012, el presidente Obama y el primer ministro Netanyahu alabaron la firme alianza estratégica entre ambas naciones, pero no se pusieron de acuerdo en la forma de proceder contra el proyecto nuclear iraní. Los informes del Mossad indican que Teherán está buscando el poder atómico incansablemente. Al mismo tiempo, los líderes de Irán amenazan sin cesar a Israel con la aniquilación total. La misma idea del peligro que un Irán fanático y nuclear representa para Israel y para el mundo recuerda a los israelíes el antiguo adagio talmúdico: «Si alguien viene a matarte, levántate y mátales tú primero».

Israel tiene la sensación de que una vez más está solo. E igual que en 1948, el año de su creación, y en 1967, justo antes de la guerra de los Seis Días, Israel se enfrenta a la decisión más trascendental de toda su existencia.

Agradecimientos

En 2010 se publicó una versión anterior de *Mossad* en Israel, donde permaneció en la lista de libros más vendidos durante 70 semanas y recibió el escudo de oro, el de platino y el de diamantes por romper récords de ventas. Antes que nada queremos dar las gracias a nuestro editor israelí, Dov Eichenwald, director general de la editorial Yedioth Ahronoth, que concibió la idea y luego nos animó y apoyó a lo largo de todo el camino.

También estamos muy agradecidos a los ex directores y agentes de los servicios de inteligencia (sólo hemos podido nombrar a algunos) que nos ayudaron con su información y consejos.

Nuestras ayudantes de investigación, Oriana Almassi y Nilly Ovnat, hicieron un enorme esfuerzo para dar vida a este proyecto. Nilly Ovnat también colaboró muchísimo en la preparación, reescritura y actualización de la versión inglesa de *Mossad*.

En Estados Unidos tuvimos la suerte de colaborar con nuestro editor, Dan Halpern de HarperCollins/Ecco, y con nuestras abnegadas editoras, Abigail Holstein y Karen Maine. También queremos dar las gracias a nuestra correctora, Olga Gardner Galvin, por sus ojos dotados de rayos X y su inquisitivo lápiz.

Este libro aparece casi simultáneamente en más de veinte países de todo el mundo, así que apreciamos enormemente el esfuerzo de nuestros agentes, Writer's House de Nueva York, y especialmente del «señor Writer's House», Al Zuckerman, así como de la infatigable directora de derechos extranjeros, Maja Nikolic.

Finalmente, les damos las gracias a nuestras esposas, Galila Bar-Zohar y Amy Korman, por aconsejarnos, leer, corregir, sugerir, discutir... y no cansarse de nosotros, al menos en apariencia.

MICHAEL BAR-ZOHAR
NISSIM MISHAL

Bibliografía y fuentes

Mossad se basa en una enorme diversidad de fuentes, libros, documentos, periódicos, artículos y entrevistas. Puesto que recoge materiales secretos y exclusivos, la importancia de tener fuentes fiables y sólidas resulta fundamental. La mayor parte de las fuentes en hebreo son documentos sin publicar y entrevistas en profundidad con muchos de los actores principales de ese mundo de sombras. También hemos usado una gran cantidad de fuentes en inglés, después de intentar separar la información auténtica de las invenciones fantásticas de algunas mentes fértiles. Esperamos haber tenido éxito en semejante empresa. En cuanto a los libros en hebreo y artículos mencionados en las referencias, se han traducido los títulos al castellano. Las fuentes marcadas con una (H) están en hebreo. Entre las distintas fuentes para este libro, los autores hemos usado las siguientes publicaciones del doctor Ronen Bergman:

Capítulo 1: «El rey de las sombras» se basa, entre otras fuentes, en:

Bergman, Ronen, «Al servicio de Su Majestad», *Yedioth Ahronoth*, 5 de febrero de 2010 (H).

—, «Dagan sembró el caos», *Yedioth Ahronoth*, 7 de octubre de 2005 (H).

—, «Institución cerrada», *Yedioth Ahronoth*, 3 de julio de 2009 (H).

Capítulo 2: «Funerales en Teherán» se basa, entre otras fuentes, en:

Bergman, Ronen, *Punto de no retorno*, Kinneret, Zmora-Bitan Dvir, 2007, pp. 32, 454-456, 470-471, 473, 478, 481-482, 491-492 (H).

—, «Un incidente fantástico», *Yedioth Ahronoth*, 7 de diciembre de 2007 (H).

—, «El espía que habló», *Yedioth Ahronoth*, 12 de septiembre de 2009 (H).

—, «El Cerebro», *Yedioth Ahronoth*, 19 de marzo de 2010 (H).

Capítulo 4: «Un topo soviético y un cadáver en el mar» se basa, entre otras fuentes, en:

Bergman, Ronen, «Así mató el Mossad al padre (y mintió a la madre)», *Yedioth Ahronoth*, 26 de mayo de 2006 (H).

Capítulo 14: «¡Hoy estaremos en guerra!» se basa, entre otras fuentes, en:

Bergman, Ronen, «Su hombre en El Cairo», *Yedioth Ahronoth*, 6 de mayo de 2005 (H).

—, «Nombre en clave Hatuel», *Yedioth Ahronoth*, 7 de septiembre de 2007 (H).

Capítulo 16: «El super cañón de Saddam» se basa, entre otras fuentes, en:

Bergman, Ronen, «Córtale la cabeza, versión del Mossad», *Yedioth Ahronoth*, 8 de junio de 2007 (H).

Capítulo 17: «Fiasco en Ammán» se basa, entre otras fuentes, en:

Bergman, Ronen, «Menos suerte que el Cerebro», *Yedioth Ahronoth*, 7 de julio de 2006 (H).

Capítulo 18: «Desde Corea del norte con amor» se basa, entre otras fuentes, en:

Bergman, Ronen, «El plan nuclear de Assad», *Yedioth Ahronoth*, 4 de abril de 2008 (H).

—, «El general nuclear asesinado en la orilla», *Yedioth Ahronoth*, 4 de agosto de 2008.

—, «Wikileaks: el ataque a Siria», *Yedioth Ahronoth*, 24 de diciembre de 2010 (H).

Capítulo 20: «Las cámaras iban grabando» se basa, entre otras fuentes, en: Bergman, Ronen, «Apaga el Plasma», *Yedioth Ahronoth*, 31 de diciembre de 2010 (H).

—Christopher Schult, Alexander Smoltczyk, Holger Stark y Bernard Zand, «La anatomía de la operación Dubái del Mossad», Spiegel Online, 17 de enero de 2011.

Capítulo 21:«Desde la tierra de la reina de Saba» se basa, entre otras fuentes, en:

Bergman, Ronen, «El precio: 4.000 asesinatos», *Yedioth Ahronoth*, 3 de julio de 1998 (H).

CAPÍTULO 1: EL REY DE LAS SOMBRAS

Meir Dagan

Mahanaimi, Uzi, «Meir Dagan, the Mastermind Behind Mossad's Secret War», *Sunday Times*, 21 de febrero de 2010.

«The Powerful, Shadowy Mossad Chief Meir Dagan Is a Street-fighter», *London Times*, 18 de febrero de 2010.

«Mossad Chief Meir Dagan Is a “Streetfighter”» *Nation*, Pakistán, 18 de febrero de 2010.

Mahanaimi, Uzi, «Vegetarian, Painter... Spy Chief», *Sunday Times*, 21 de febrero de 2010.

Thomas, Gordon, «Mossad; The World's Most Efficient Killing Machine», Rense.com, 12 de septiembre de 2002.

Sarna, Yigal, «Abu Jabel consigue el Mossad», *Yedioth Ahronoth*, 13 de septiembre de 2002 (H).

Mike Eldar, Sayeret Shaked Association, The Heritage, sinopsis del libro *Unidad 424*, historia del comando Sayeret, Shaked Association (H).

Kadmon, Sima, «¿Dagan qué?», *Yedioth Ahronoth*, 30 de noviembre de 2001 (H).

Leshem, Ron, «El Mossad petrificado», *Yedioth Ahronoth*, 18 de enero de 2002 (H).

Sarna, Yigal y Leshem, Guy, «Las primeras liquidaciones», *Yedioth Ahronoth*, 26 de septiembre de 1997 (H).

Shavit, Amos, «Por ti, abuelo», *Yedioth Ahronoth*, 12 de abril de 2010, Día del Holocausto (H).

Oren, Amir, «Uno podría estallar», *Haaretz*, 28 de marzo de 2010 (H).

Leshem, Ron, «Incluso en la guerra de Yom Kippur War los mejores generales se equivocaron», *Yedioth Ahronoth*, 14 de enero de 2000 (H).

Barnea, Nahum, «Sharon nombra a Dagan», *Yedioth Ahronoth*, 13 de septiembre de 2002 (H).

«El valiente oficial que no reuló ante el asesinato», *Yedioth Ahronoth*, 11 de septiembre de 2002 (H).

Perry, Smadar, «Meir Dagan: el Superman israelí», *Yedioth Ahronoth*, 17 de enero de 2010 (H).

Herman, Dana, «Israel lleva a cabo una campaña de liquidación en Medio Oriente», *Haaretz*, 14 de febrero de 2010 (H).

Limor, Yoav y Ben-David, Alon, «El trabajo de su vida», *YNET*, 4 de junio de 2005 (H).

Oren, Amir, «En la sombra, no está tan mal ser el jefe del Mossad Meir Dagan», *Haaretz*, 23 de marzo de 2010 (H).

Ben, Aluf, «Incluso Nasrallah teme los métodos de Dagan», *Haaretz*, 26 de septiembre de 2008 (H).

Ben-David, Alon, «Perfil especial: el hombre que puso el freno a Israel», 4 de febrero de 2010, News.nana10.co.il/article (H).

Korin-Lieber, Stella, «Un político se arriesga (sobre Meir Dagan)», *Globes*, 18 de febrero de 2010 (H).

Ben, Aluf, «Quién manejará el proyecto nuclear iraní», *Haaretz*, 26 de agosto de 2003 (H).

—, «Sharon delega en el director del Mossad las operaciones contra la amenaza nuclear iraní», *Haaretz*, 4 de septiembre de 2003 (H).

Atentados a los líderes terroristas en Siria y Líbano

Mroue, Bassem, «Islamic Jihad Leader Killed in Lebanon», *Associated Press*, *Washington Post*, 26 de mayo de 2006.

«Syria Blast Kills Hamas Militant», BBC News, 26 de septiembre de 2004.

Stern, Yoav, «Informe: el secretario de Mashal fue asesinado en Syria», *Haaretz*, 9 de septiembre de 2008 (H).

Yechezkeli, Zvi, «El objetivo de la explosión en Beirut era el oficial de Hamás Osama Hamdan», *Nana 10*, 27 de diciembre de 2009 (H).

Nachmias, Roie, «Informe: Los miembros de Hezbolá fueron asesinados en la explosión de Beirut», YNET, 13 de diciembre de 2009 (H).

—, «Informe: 3 herido en el intent de asesinar a un miembro de Hezbolá», YNET, 13 de enero, 2010; *Haaretz*, 20 de junio de 2010 (H).

Zesna, Shlomo, «Netanyahu dio las gracias a Dagan en nombre de la comunidad judía», *Israel Hayom*, 3 de enero de 2011 (H).

Eichner, Itamar, «Dear Meir es George», *Yedioth Ahronoth*, 14 de enero de 2011 (H).

CAPÍTULO 2: FUNERALES EN TEHERÁN

General

Sokolski, Henry y Clawson, Patrick (eds.), *Getting Ready for a Nuclear-Ready Iran* (PDF), Strategic Studies Institute, 2005.

Cordesman, Anthony H. y R. Al-Rodhan, Khalid, *Iranian Nuclear Weapons? The Uncertain Nature of Iran's Nuclear Programs* (PDF), Center for Strategic and International Studies, 2006.

Jeffrey, Lewis, *Briefings on Iran's Weaponization Work*, Lewisarmscontrolwonk.com, 12 de marzo de 2008.

James, Risen, *State of War: The Secret History of the CIA and the Bush Administration*, Nueva York, Simon and Shuster, 2006.

Cockburn, Andrew y Cockburn, Leslie, *Dangerous Liaisons: The Inside Story of the U.S.-Israeli Covert Relationship*, Nueva York, Harper Collins, 1991.

Cordesman, Anthony, *Peace and War — The Arab-Israeli Military Balance Enters the 21st Century*, Nueva York, Praeger, 2001.

Minashri, David, *Irán: Entre el islam y Occidente*, Publicaciones del Ministerio de Defensa, 1996 (H).

Drogin, Bob y Murphy, Kim, «UN Calls US Data on Iran's Nuclear Aims Unreliable», *Los Angeles Times*, 25 de febrero de 2007.

Kreisler, Harry, «Juan Cole Interview: Conversations with History, Iran and Nuclear Technology», Institute of International Studies, UC Berkeley, Berkeley.edu/people5/cole.

M. Gatt, Terence, «The Enduring Threat —a Brief History: Iranian Nuclear Ambitions and American Foreign Policy», Information Clearing House, Information-clearinghouse.info.article, 3 de noviembre de 2005.

Squassoni, Sharon, «Iran's Nuclear Program, Recent Developments», CRS Congressional report, 2003, fpc.state.gov/documents/organization

—, «Iran Nuclear Milestones 1967–2009», Wisconsin Project on Nuclear Arms Control, *The Risk Report*, vol. 15, nº 6 (noviembre de diciembre de 2009).

Bednarz, Dieter, Follath, Erich y Stark, Holger, «The Secret Nuclear Dossier: Intelligence from Tehran Elevates Concern in the West», *Der Spiegel*, 25 de enero de 2010.

Parsi, Trita, *Treacherous Alliance: The Secret Dealings of Israel, Iran, and the U.S.*, New Haven, Yale University Press, 2007.

A Brief History of Iran Missile Technology, Liveleak.com/view, 9 de junio de 2007.

Weapons of Mass Destruction, Bushehr Background, Globalsecurity.org/wmd/world/iran/bushehr, 15 de octubre 15 de 2008.

New Nuclear Revelations, transcripción de la conferencia de prensa de Mohammad Mohadessine, presidente del Comité de Asuntos Exteriores del Consejo Nacional de Resistencia de Irán, IranWatch.org, 10 de septiembre de 2004.

Iranian Entity: Islamic Revolutionary Guard Corps, IranWatch.org, 26 de enero de 2004-27 de agosto de 2008.

Zafrir, Eliezer (Gaizi), *Gran Satán/Pequeño Satán: Revolución y huida en Irán*, *Maariv*, 2002 (H).

Kam, Ephraim, *Del terror a la bomba nuclear: el significado de la amenaza iraní*, Publicaciones del Ministerio de Defensa, 2004 (H).

Nakdimon, Shlomo, *Tammuz en llamas, Yedioth Ahronoth*, 2004 (H).

«Organización iraní: El proyecto nuclear se renueva después de 2003», Reuters, YNET, 1 de diciembre de 2007 (H).

Smith, Kraig, «Rajavi contra los ayatolás», Haaretz.co.il, 2005 (H).

Salomon, Ronen, «Primera explosión nuclear», Byclick.Info/rs/news (H).

«Cómo construir una bomba nuclear», Minerva.tau.ac.il/bsc/1/ 1804 (H).

Informe: Irán cruzará el umbral tecnológico en 2010, International Institute for Strategic Studies, YNET, 28 de enero de 2009 (H).

«Jefe de la inteligencia estadounidense: Irán puede amenazar Europa en tres años», AP, YNET, 17 de enero de 2009 (H).

Bechor, doctor Guy, «Análisis del enigma: ¿Qué hará Irán si le atacan? La respuesta te sorprenderá», Forum Intifada, *Internet News*, 8 de diciembre de 2008 (H).

«Irán podrá producir una bomba este año», Forum Intifada, Topics and News, *Der Spiegel*, 25 de enero de 2010, y NRG 25 de enero de 2010 (H).

Limor, Yoav, «Cómo detener la bomba», YNET, 19 de junio de 2007 (H).

Sanger, David, «Juegos de guerra (Escenarios)», *New York Times*, Haaretz, 4 de abril de 2010 (H).

Yehoshua, Yossi y Weiss, Reuven, «Uri Lubrani: Entrevista tras retirarse del Ministerio de Defensa», *Yedioth Ahronoth*, 15 de febrero de 2010 (H).

Shavit, Ari, «Palestina Irán Palestina», Haaretz, 25 de marzo de 2010 (H).

Ben, Aluf y Harel, Amos, «Cómo se perdió la oportunidad de atacar y destruir el proyecto nuclear iraní», Haaretz, 18 de diciembre de 2009 (H).

«Cita en Irán: El jefe del proyecto nuclear es el científico que sobrevivió al atentado a su vida», *Yedioth Ahronoth*, 14 de febrero de 2011 (H).

Melman, Yossi, «Un análisis del virus del reactor nuclear iraní confirma su propósito: sabotear la centrifugadora», Haaretz, 19 de noviembre de 2010 (H).

«Mossad, U.S., U.K. Cooperating to Sabotage Iran Nukes», JPOST.COM.STAFF, 30 de diciembre de 2010.

Jomeini y las armas nucleares «anti islámicas».

Tahiri, Amir, *El espíritu de Alá: Jomeini y la revolución islámica*, Tel Aviv, Ofakim-Am-Oved, 1985 (H).

Forsloff, Carol, «Will Worldwide Recession Create Totalitarianism Again?», *Digital Journal*, 14 de diciembre de 2008.

«Khamenei Vehemently Rejects Nuclear Allegations», *Arabian business.com*, 3 de junio de 2008.

Amirpour Katajun, Kedma, «¿Lleva Irán años intentando conseguir armas nucleares», traducido del *Zud Deutsche Zeitung* con permiso del autor, *Kedma.co.il* (H).

«Discurso del ayatolá Jomeini sobre el desarrollo nuclear y la influencia negativa de la tecnología estadounidense», *answers.yahoo.com*, 9 de abril de 2006 (H).

Dahan, Yossi, «Antes de empezar una nueva guerra en Oriente Medio», *Haoketz*, *haokets.didila.com*, 5 de junio de 2009 (H).

1977.— Israel ofrece misiles balísticos a Irán

«Minutes of Conversation Between Defense Minister Weizman and General Toffinian», 18 de julio de 1977; véase también «Top Secret Minutes from Israel's Ministry of Foreign Affairs», 18 de julio de 1977, *Digital National Security Archive*, George Washington University, Washington, D.C.

Entrevistas de los autores con el ex ministro de Defensa Ezer Weizman y con el ex director general del Ministerio de Defensa doctor Pinhas Zusman (Siko).

Shimron, Gad, «El pasado israelí del reactor nuclear iraní», *Maariv*, 8 de agosto de 2007 (H).

El doctor Khan y el programa secreto nuclear iraní

Perfil de Eurenco: *Eurenco.com/en/about*.

Confesión televisada del doctor Khan, *Whitemaps.co.il*.

«Bin Laden's Operatives Still Use Freewheeling Dubai», *USA Today*, 2 de septiembre de 2004.

El doctor Abdul Qadeer Khan habla del programa nuclear iraní en un programa de televisión, *Karachi Aaj News television*, 31 de agosto de 2009.

Linzer, Daphna, «Iran Was Offered Nuclear Parts; Secret Meeting in 1987 Might Have Begun Program», *Washington Post*, 27 de febrero de 2005.

Trento, Joseph y Susan, «How America Looked the Other Way as Pakistan Sold Nuclear Technology to Iran», War News, Secret History, Iraqwarnews.org, 20 de octubre de 2009.

Shell, Jonathan, «Are You with Us or Against Us?», Wagingpeace.org, 14 de noviembre de 2007.

Sweet, William, «Non-Proliferation Review and Iran —Why China Owes Us One», Arms control and proliferation, arms control foreign policy.com.

Henderson, Simon, «Investigation: Nuclear Scandal – Dr. Abdul Qadeer Khan», *Sunday Times*, 20 de septiembre de 2009.

Clary, Christopher, «A. Q. Khan and the Limits of the Nonproliferation Regime», Center for Contemporary Conflict, Monterey, artículos escritos entre abril y junio de 2004, Unidir.orgpdf/articles.

Deserción del doctor Chauhdry

Kifner, John, «Pakistani Says a Strike Was Planned on India», *New York Times*, 2 de julio de 1998.

—, «That Pakistani Nuclear Expert May Be a Lowly Accountant», *New York Times*, 3 de julio de 1998.

—, «Scientists Say Pakistani Defector Is Not Credible», *New York Times*, 8 de julio de 1998.

Rajghatta, Chidanand, «Pakistan Was 48 Hours Away from a Preemptive Strike: Scientist», *Indian Express*, 3 de julio de 1998.

«More Disclosures After Asylum: Defector», *Tribune*, India, 5 de julio de 1998.

Keshavan, Narayan D., «Mystifying Spy», *Outlook India*, 13 de julio de 1998.

Rajghatta, Chidanand, «Iran Part of Pakistan-China Nexus: Khan», *Indian Express*, 3 de julio de 1998.

«Asylum Seeker's Story Still Doubted», Associated Press of Pakistan, 3 de julio de 1998.

Wright, Robin, «Articles About Defection —Pakistani Reveals Details of Nuclear Program, Seeks Asylum», *Los Angeles Times*, 2 de julio de 1998.

Palast, Greg, «Khan Job: Bush Spiked Probe of Pakistan's Dr. Strangelove, BBC reported in 2001», Gregpalast.com, 2 de septiembre de

2004.

Varios informes de las conferencias de prensa mantenidas por el doctor Iftikhar Khan Chaudhry el 1 de julio de 1998 en las oficinas de Wildes & Weinberg, abogados, Madison Avenue, 515, Nueva York.

Israel y la desertión de Askari y Amiri de Irán

Linzer, Daphna, «Former Iranian Defense Official Talks to Western Intelligence», *Washington Post*, 8 de marzo de 2007.

Butcher, Tim, «Mossad Implicated in Missing Defector Mystery», *Telegraph*, 9 de marzo de 2007.

Mahanaymi, Uzi, «Defector Spied on Iran for Years», *Sunday Times*, 11 de marzo de 2007.

Cole, Matthew, «Iran Nuclear Scientist Defects to the U.S. in CIA “Intelligence Coup”», ABC News, 1 de abril de 2010.

Stern, Yoav, «Informa: Los mejores iraníes decidieron abandonar su país y emigrar a Estados Unidos», *Haaretz*, 7 de marzo de 2007 (H).

Melman, Yossi, «Informes contradictorios sobre la desertión del general iraní», *Haaretz*, 12 de marzo de 2007 (H).

—, «Informe: dos científicos nucleares iraníes huyen a Occidente», *Haaretz*, 7 de octubre de 2009 (H).

—, «Irán: Estados Unidos está implicado en la desaparición de nuestros científicos atómicos», *Haaretz*, 8 de octubre de 2009 (H).

«Informe: El científico del uranio que desapareció en Arabia Saudita huyó a Estados Unidos», Reuters, 31 de marzo de 2010 (H).

Hayom, Israel, «El científico nuclear que desapareció en Arabia Saudita colabora con la CIA», 2 de abril de 2010 (H).

Doctor Mohsen Fakhrizadeh («El cerebro»).

Iranian Entity: Mohsen Fakhrizadeh Mahabadi. Biografía completa y cargos, incluyendo números de pasaporte. Cuentas congeladas en Europa y Estados Unidos, etc. IranWatch.org, 18 de junio de 2007— 28 de agosto de 2008.

NCRI— Conferencia de prensa sobre la resistencia en Irán, pronunciada por Mohammad Mohadessin, presidente del Comité de Asuntos Exteriores,

sobre Fakhrizadeh: funciones, dirección, números de teléfono, IranWatch.org, 17 de noviembre de 2004.

«Iran Suspends Enrichment in Return for EU Pressure on Opposition», Irannuclear.org, 15 de noviembre de 2005.

«Verbatim: Iranian Opposition Reveals Secret Nuclear Site in Tehran», Iranfocus.com, 19 de noviembre de 2004.

Hider, James, Beeston, Richard en Tel Aviv y Evans, Michael (editor de defense), «Iran Is Ready to Build an N-bomb, It's Just Waiting for the Ayatollah's Order», *Times*, Londres, 3 de agosto de 2009.

«Disclosing a major secret nuclear site under the Ministry of Defense», NCRI, Boletín de Armas de Destrucción Masiva, 17 de noviembre de 2004.

«Ministry of Defense Continues Secret Work on Laser Enrichment Program», Irannuclear.org, 12 de febrero de 2006.

«Half Sigma: How Much Does a Nuclear Bomb Have to Weigh?», Half Sigma.com, 29 de septiembre de 2009.

«Fakhri Zadeh —Dr. Strangelove, seeker 401», wordpress.com.

Operaciones secretas en Irán

Conroy, Scott, «U.S. Working to Sabotage Iran's Nuke Program», artículo escrito por Sheila MacVicar y Ashley Velie junto con Amy Guttman, 23 de mayo de 2007.

Artículo e informe en las noticias de la noche de la CBS.

«Informe: el sabotaje secreto de Israel al programa nuclear iraní (usando asesinos, sabotajes, agentes dobles y empresas pantalla)», *Daily Telegraph*, citado por YNET, 17 de febrero de 2009 (H).

«Western Sabotage Undermines Iran Nuclear Drive: Experts», France 24, International News, AFP, 13 de abril de 2010.

Baxter, Sara, «Iranian Nuclear Scientist "Assassinated by Mossad"», *Times*, Londres, 4 de febrero de 2007.

«Bush Authorizes New Covert Action Against Iran», ABC News, 22 de mayo de 2007.

«Jitters Over Iran Blast Highlight Tensions», *World News on MSNBC*, Associated Press, 16 de febrero de 2005.

«Massive Explosion in Parchin Missile Site of the Guard Corps», Comité de Asuntos Exteriores del Consejo Nacional de Resistencia de Irán, 14 de noviembre de 2007.

Delegación en Bushehr de MPG, vídeo de explosión en una planta petroquímica [en la provincia de Bushehr], MPG, Bushehr Branch, Marzeporgohar.org, 15 de agosto de 2009.

«U.S. Sabotaged Natanz, Sent Defective Equipment to Islamic Republic (Power System Failed and 50 Centrifuges Exploded)», *Iran Times International*, *BNET* (CBS interactiva), 29 de agosto de 2008.

El ataque nuclear iraní complica las negociaciones nucleares (asesinato de Ali-Mohammadi), Stratfor, Global Intelligence, 12 de enero de 2010.

Guerra encubierta Irán-Israel: se dice que el Mossad llevó a cabo una campaña clandestina de asesinatos y sabotajes contra el programa nuclear iraní, pero esto podría perjudicar las negociaciones del presidente Obama con Teherán, Blanche, Medio Oriente, Thefreelibrary.com/_/print, 1 de julio de 2009.

Sherwell, Philip, «Israel Launches Covert War Against Iran», *Daily Telegraph*, 18 de febrero de 2009.

«Sources Expose Covert Israel War on Iran», Press TV, *Payvand Iran News*, payvand.com/news, 17 de febrero de 2009.

Porter, Gareth, «Iran Nuke Laptop Data Came from Terror Group», IPS, ipsnews.net, 29 de febrero de 2008.

—, «Report Ties Dubious Iran Nuke Documents to Israel», *Counterpunch*, Counterpunch.org, 4 de junio de 2009.

Bednarz, Dieter, «Mysterious Assassination in Iran —Who Killed Masoud Ali Mohammadi?», *Der Spiegel*, 18 de enero de 2010.

«Iran's VIP Plane Crash: Sabotage or Accident?», Stratfor.com, 10 de enero de 2006.

Broad, William J. y Sanger, David E., «Swiss Engineers, a Nuclear Black Market and the CIA», *New York Times*, 25 de agosto de 2008.

Erdbrink, Thomas, «Iran Hangs Convicted Spy for Israel», *Washington Post*, 23 de noviembre de 2008.

Ben-Ishai, Ron, «Un agente británico desvela el verdadero propósito del reactor de Qom», YNET, 15 de diciembre de 2009 (H).

Philip, Catherine, Elliot, Francis y Whittell, Giles, «How Secrecy Over Iran's Qom Nuclear Facility Was Finally Blown Away», *Sunday Times*, 26 de septiembre de 2009.

Ghosh, Bobby, «CIA Knew About Iran's Secret Nuclear Plant Long Before Disclosure», *Time*, 7 de octubre de 2009.

Melman, Yossi, «How El-Baradei Misled the World About Iran's Nuclear Program», *Haaretz* en inglés, 3 de diciembre de 2009.

Thomas, Gordon, «Mossad: Was This the Chief's Last Hit?», *Telegraph*, 5 de diciembre de 2010.

—, *Gideon's Spies*, Nueva York, St. Martin's Griffin, 2009, p. 478.

Baker, Luke, «Israel Seen Engaged in Covert War Inside Iran», Reuters (Londres), 17 de febrero de 2009.

«West Is Assassinating Scientists as Negotiation Strategy», JPost.com.staff, 1 de diciembre de 2010.

Pepper, Anshil, «Revista *Time*: El científico asaltado en Teherán es el más importante del plan nuclear iraní», *Haaretz*, 3 de diciembre de 2010 (H).

Melman, Yossi, «Irán acusa a Israel de matar a su ministro de Defensa», *Haaretz*, 2 de enero de 2011 (H).

—, «Les vendieron equipo defectuoso», *Haaretz*, 13 de julio de 2007 (H).

—, «¿Ha fracasado el Mossad?», *Haaretz*, 25 de noviembre de 2008 (H).

—, «Empresas pantalla o el Mossad: cómo engañamos a Irán», *Haaretz*, 28 de noviembre de 2008 (H).

Lewis, Jerry, Azulay, Orly y Eichner, Itamar, «Informe: El Mossad asesinó a un científico nuclear iraní», *Yedioth Ahronoth*, 4 de febrero de 2007 (H).

Beck, Eldad y Halili, Yaniv, «Aguijón nuclear», *Yedioth Ahronoth*, 26 de agosto de 2008 (H).

Ganz, Menachem, «El enigma del transporte químico iraní», *Yedioth Ahronoth*, 25 de septiembre de 2008 (H).

«Irán ahorca a un agente del Mossad (Ali Ashtari)»; «Inyan Merkazi», 22 de noviembre de 2008 (H).

La ayuda rusa a Irán

«Nuclear Aid by Russians to Iranians Suspected», *New York Times*, 10 de octubre de 2008.

Cohen, Ariel, «The Russian Handicap to U.S.-Iran Policy», *Jerusalem Center for Public Affairs*, vol. 8, nº 28, 22 de abril de 2009.

Declaración del director del Centro de No proliferación DCI, John Lauder, desde la proliferación rusa hasta los programas de armas de destrucción masiva y misiles de Irán, ante el Comité de Asuntos Exteriores del Senado, tal y como se preparó para ser pronunciado el 5 de octubre de 2000, Documents Home Page, CIA Released Documents, faqs.org.

Gerber, T. P., *The Collapse of the Russian Scientists and Rogue States*, Massachusetts Institute of Technology, 2005.

«Russia-Iran Nuclear Deal Signed», BBC News, 27 de febrero de 2005.

Walker, Shaun, «Arctic Sea Was Carrying Illegal Arms Says General», *Independent*, 24 de julio de 2009.

Schuster, Simon, «Was Russia's Arctic Sea Carrying Missiles to Iran?», *Time*, 31 de agosto de 2009.

Yoked, Zach, «Informe: Netanyahu proporcionó al Kremlin una lista de los científicos que colaboran con Irán», *Maariv*, 4 de octubre de 2009 (H).

Israel-Estados Unidos: colaboración y discusión

Sanger David, «U.S. Rejected Aid for Israeli Raid on Iranian Nuclear Site», *New York Times*, 10 de enero de 2009.

Phillips, James, «An Israeli Preventive Attack on Iran's Nuclear Sites: Implications for the U.S.», Heritage Foundation, Heritage.org, 15 de enero de 2010.

Arens, Moshe, «Facing Iran: Lessons Learned Since Iraq's 1991 Missile Attack on Israel», The Jerusalem Center for Public and State Matters, 8 de marzo de 2010.

Segev, Shmuel, *El triángulo iraní: la relación secreta entre Israel, Irán y Estados Unidos*, *Maariv*, 1981 (H).

Stuxnet y espionaje

Melman, Yossi, «Un virus informático en Irán marcó como objetivo una instalación nuclear», *Haaretz*, 28 de septiembre de 2010 (H).

—, «Israel May or May Not Have Been Behind the Stuxnet “Worm” Attack on Iran and It Doesn’t Matter Whether It Was», *Tablet*, 5 de octubre de 2010.

—, «Ciudadano iraní ahorcado por espiar para Israel», *Haaretz*, 29 de diciembre de 2010 (H).

—, «Teherán pide la intervención de la ONU tras acusar a Israel de matar a su ministro de Defensa (Ali Riza Askari)», *Haaretz*, 2 de enero de 2011(H).

«The Meaning of Stuxnet», *Economist*, 2 de octubre de 2010.

Yong, William, «Iran Executes 2 Men, Saying One Was Spy for Israel», *New York Times*, 28 de diciembre de 2010.

Perry, Smadar, «Irán: “Hemos ahorcado a un espía israelí”—. Ali Akbar Siadat fue ahorcado por espiar para Israel, que le pagó 60.000 dólares», *Yedioth Ahronoth*, 29 de diciembre de 2010 (H).

«Irán a la ONU: Averigüen qué pasó con el general desaparecido», *YNET*, 31 de diciembre de 2010 (H).

«Outgoing Mossad Head Delivers Farewell Words», *Jpost.com.staff*, Jerusalem Post, 7 de enero de 2011.

Ronen, Gil y Sheva, Arutz, «Netanyahu se despide del jefe del Mossad», *Israelnationalnews.com*, 1 de marzo de 2011 (H).

Shavit, Ari, «El Mossad no puede manejar la amenaza iraní: los servicios de inteligencia israelíes operan con brillantez pero son incapaces de abordar los retos históricos sin ayuda», *Haaretz.com*, 18 de febrero de 2010 (H).

Al-Houl, Ashraf Abu, «The Superman of the Hebrew State», *El-Aharam*, 16 de enero de 2010.

CAPÍTULO 3: UN AHORCAMIENTO EN BAGDAD

Hagai, Eshed, *El Mossad de un solo hombre, Reuven Shiloach: padre de la inteligencia israelí*, Tel Aviv, Idanim, 1988 (H).

Shabtai, Teveth, *Ben-Gurion’s Spy, The Story of the Political Scandal that Shaped Modern Israel*, Nueva York, Columbia University Press, 1990.

Strasman, Gavriel, *De vuelta de la horca*, Tel Aviv, Yedioth Ahronoth Books, 1992 (H).

Bar-Zohar, Michael, *Spies in the Promised Land*, Boston, Houghton Mifflin, 1972. Entrevistas con Shlomo Hillel, Yehuda Taggar y Mordechai Ben-Porat

CAPÍTULO 4: UN TOPO SOVIÉTICO Y UN CADÁVER EN EL MAR

El asunto Avni

Avni, Ze'ev, *False Flag: The Soviet Spy Who Penetrated the Israeli Secret Intelligence Service*, Londres, St. Ermin's Press, 2000.

Capítulo censurado y no publicado sobre Ze'ev Avni, preparado para el libro de Michael Bar-Zohar, *Spies in the Promised Land*, tal y como lo contó Isser Harel.

Entrevistas a Ze'ev Avni, el ex *ramsad* Isser Harel, el ex jefe del Shabak Amos Manor, miembros del Mossad y el Shabak (anónimamente).

Un cadáver en el mar

Capítulo censurado y no publicado sobre Alexander Israel, «The Traitor», preparado para el libro de Michael Bar-Zohar, *Spies in the Promised Land*.

Entrevistas con Isser Harel, Amos Manor, Rafi Eitan, Raphi Medan, miembros de la familia de Alexander Israel y familia (anónimamente).

Bar-Zohar, Michael, «El primer secuestro del Mossad», *Anashim* (People Magazine), 19-15, abril 1997 (nº 14) (H).

CAPÍTULO 5: «AH, ¿ESO? ES EL DISCURSO DE KRUSCHEV...».

Entrevistas con Victor Grayevski, Amos Manor, Isser Harel y Yaacov Caroz.

Khrushchev, Nikita, *The Secret Speech —On the Cult of Personality*, Fordham University, Modern History Sourcebook.

Rettie, John, «The Day Khrushchev Denounced Stalin», BBC, 18 de febrero de 2006.

Chamberlin, William Henry, «Khrushchev's War with Stalin's Ghost», *Russian Review*, vol. 21, nº 1, 1962.

Ledeer, Michael, «Dreams into Lightning: Victor Grayevski», asher813typepad.com/dreams_into_lightning/2007/11/victor-grayevski.html, 5 de noviembre de 2007.

Rabinovich, Abraham, «The Man Who Began the End of the Soviet Empire», *Australian*, 27 de octubre de 2007.

«Victor Grayevski», *Telegraph.co.uk*, 1 de noviembre de 2007.

Perfit, Tom, «El secreto del discurso de Khrushchev», *Guardian*, citado en *Haaretz*, 27 de febrero de 2006 (H).

Shimron, Gad, *El Mossad y el mito*, Jerusalén, Keter, 2002 (H).

Melman, Yossi, «Hay un discurso de Khrushchev en el Congreso», *Haaretz*, 10 de marzo de 2006 (H).

—, «Nuestro hombre en el KGB», *Haaretz*, 22 de septiembre de 2006 (H).

Cambio total (giro) en la radiodifusión con la entrada de Victor Grayevski, *Kol Israel*, (H), www.iba.org.il/kolisrael70.

CAPÍTULO 6: «¡TRAED A EICHMANN VIVO O MUERTO!».

Capítulo basado en entrevistas y documentos de Isser Harel que fueron censurados y no incluidos en el libro *Spies in the Promised Land* de Michael Bar-Zohar, pero publicados en *Yedioth Ahronoth* en 1970, y en el libro *El día del Juicio*, Tepper, 1991 (H) de Michael Bar-Zohar.

Harel, Isser, *La casa de la calle Garibaldi*, *Maariv*, 1975 (H).

Bascomb, Neal, *La caza de Eichmann*, Tel Aviv, Miskal Books, *Yedioth Ahronoth*, 2010 (H).

Malkin, Peter Z., *Eichmann en mis manos*, Tel Aviv, Revivim, 1983 (H).

Avrahami, Avner, «El mito en la operación: la captura de Adolf Eichmann», *Haaretz*, 7 de mayo de 2010 (H).

—, «Cincuenta años después de la captura y el traslado de Adolf Eichmann a Israel, sus secuestradores destruyen algunos mitos sobre la operación y cuentan cómo se sintieron mientras el dirigente nazi estaba en sus manos», *Haaretz*, 8 de mayo de 2010 (H).

Elian, Dr. Yona y Abramov, Etty, «El hombre de la jeringa», *Yedioth Ahronoth*, 13 de mayo de 2010 (H).

Gvirtz, Yael, «La edad y el truco (Rafi Eitan)», *Yedioth Ahronoth*, 31 de marzo de 2006 (H).

Tavor, Eli, «Zvi Malkin: el hombre que capturó a Eichmann», *Yedioth Ahronoth*, 15 de marzo de 1989 (H).

Blau, Uri, «Yehudith Nessyahu es Dina Ron, la mujer que secuestró a Eichmann», *Haaretz*, 19 de septiembre de 2008 (H).

Operación para capturar a Adolf Eichmann—. Publicación oficial del Shabak y del Mossad, 1960 (H).

Fox, Margalit, «Peter Zvi Malkin, Israeli Agent Who Captured Adolf Eichmann, Dies», *New York Times*, 3 de marzo de 2005.

Daniel, Michal, «Mamá, yo capturé a Eichmann», YNET, 27 de mayo de 2003 (H).

Abramov, Etty, «Un regalo espinoso», *Yedioth Ahronoth*, 24 de junio de 2011(H).

CAPÍTULO 7: «¿DÓNDE ESTÁ YOSSELE?».

Harel, Isser, *Operación Yossele*, Idanim, Tel Aviv, 1983 (H).

Entrevistas con Isser Harel, Ya'acov Caroz y Amos Manor.

Etinger, Yair, «El converso de Neturei Karta», *Haaretz*, 9 de julio de 2010 (H).

Levi, Eyal, «Para ellos siguió siendo Yossele: 45 años después de la operación, los luchadores no olvidan esos días», *Maariv* NRG, 18 de octubre de 2005 (H).

CAPÍTULO 8: UN HÉROE NAZI AL SERVICIO DEL MOSSAD

Entrevistas con Haim Israeli, Rafi Eitan, Raphi Medan, Isser Harel, Meir Amit, Amos Manor y Wernher von Braun.

Juicio de Otto Skorzeny y otros, Tribunal general del gobierno militar de la zona estadounidense de Alemania, 18 de agosto-9 de septiembre de 1947, expediente de la inteligencia británica.

Nakdimon, Shlomo y Ronen, Moshe, «La liquidación de un científico alemán en los sesenta», *Yedioth Ahronoth*, 13 de enero de 2010 (H).

Harel, Isser, *El asunto de los científicos alemanes, 1962-1963*, *Maariv*, Tel Aviv, 1982 (H).

Bar-Zohar, Michel, *La Chasse aux Savants Allemands*, Fayard, París, 1965.

—, *Shimon Peres: The Biography*, Random House, Nueva York, 2007.

CAPÍTULO 9: NUESTRO HOMBRE EN DAMASCO

Entrevistas con la familia de Elie Cohen (hermanos y esposa), y Jacques Mercier.

Segev, Shmuel, *Solo en Damasco: vida y muerte de Eli Cohen*, Keter, Jerusalén, 1986 (H).

«Eli Cohen», serie de artículos de Michael Bar-Zohar, *Haaretz*, septiembre de 1967 (H).

Hugi, Jacky, «La hija del espía Eli Cohen abre sus heridas», *Maariv*, 14 de octubre de 2008 (H).

CAPÍTULO 10: «¡YO QUIERO UN MIG-21!».

Entrevistas con Meir Amit y Ezer Weizman.

Amit, Meir, *En cabeza*, *Maariv*, Hed-Arzi, Or Yehuda, 1999 (H).

Nakdimon, Shlomo, *The Hope that Collapsed: The Israeli-Kurdish Connection 1963-1975*, Miskal, Tel Aviv, 1966) (H).

Bar, Yael y Estline, Lior, «La joya de la Corona», web de las Fuerzas Aéreas de Israel (H).

Leibovitz-Dar, Sara, «Alas rotas», NRG, *Maariv*, 2 de junio de 2007 (H).

CAPÍTULO 11: LOS QUE NUNCA OLVIDARÁN

Barabash, Menahem, entrevistas con «Anton Kunzle».

«Kunzle, Anton» y Gad, Shimron, *La muerte del carnicero de Riga*, Keter, Jerusalén, 1997 (H).

Bar-Zohar, Michael, *Les Vengeurs*, Fayard, París, 1968.

Dromi, Uri, «Menahem Barabash, ex miembro del Lehi y uno de los asesinos del carnicero de Riga: un obituario», *Haaretz*, 18 de octubre de 2006 (H).

Adler, Mika, «Aún desde el mismo pueblo», *Israel Today*, 16 de abril de 2010 (H).

Lori, Aviva y Melman, Yossi, «Contratiempo crítico en Paraguay», *Haaretz*, 19 de agosto de 2005 (H).

«El carnicero de Riga, secuestrado y hallado muerto», agencia de noticias, *Yedioth Ahronoth*, 7 de marzo de 1965 (H).

Alison, John, «Juicio rápido a los asesinos de Cukurs», *Yedioth Ahronoth*, 8 de marzo de 1965 (H).

Nevo, Amos, «Cuando un verdugo te ofrece su arma», *Yedioth Ahronoth*, 25 de julio de 1997 (H).

Shimron, Gad, «El bisabuelo mató a un nazi», *Bamachane*, 25 de febrero de 2005 (H).

CAPÍTULO 12: LA BÚSQUEDA DEL PRÍNCIPE ROJO

Bar-Zohar, Michael y Haber, Eitan, *Massacre in Munich*, Lyons Press, Guilford, CT, 2005, edición actualizada de *The Quest for the Red Prince*, Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1983.

Dittel, Wilhelm, *Agente del Mossad: operación Príncipe Rojo*, Bitan, 1997 (H).

Tinnin, David B., con Dag Christensen, *Equipo de combate*, Edan Books, Jerusalén, 1977 (H).

Klein, Aharon, *Cuenta abierta: la política de asesinatos de Israel tras la masacre de los atletas de Múnich*, Yedioth Ahronoth Books, Tel Aviv, 2006 (H).

Black, Ian, *Israel's Secrets Wars: A History of Israel's Intelligence Services*, Warner Books, Nueva York, 1991.

Landau, Eli, Dan, Uri y Eisenberg, Dennis, *The Mossad*, New American Library, Nueva York, 1977.

Payne, Ronald, *Mossad: Israel's Most Secret Service*, Corgi Books, Londres, 1991.

Barnea, Nahum, «Mike Harari: ¿ciudadano privado o agente secreto israelí?», *Yedioth Ahronoth*, 13 de diciembre de 1989 (H).

Yechezkeli, Zadok, «El espía que me amó: el marido de Sylvia Rafael...», *Yedioth Ahronoth*, 25 de febrero de 2005 (H).

El jefe del Mossad contempló el asesinato de un líder terrorista en París, corresponsal en Washington, *Yedioth Ahronoth*, 23 de julio de 1976 (H).

Lahav, Yochanan, «El escuadrón de liquidación de Avner vengó el asesinato de los atletas de Múnich», *Yedioth Ahronoth*, 29 de abril de 1984 (H).

Haber, Eitan, «Venganza ya», *Yedioth Ahronoth*, 3 de octubre de 2005 (H).

«El organizador de la masacre de Múnich: “No me arrepiento de nada”», YNET, 17 de marzo de 2006 (H).

«Muere Muhamad Uda, uno de los organizadores de la masacre de Múnich», servicio de teletipo, *Haaretz*, 3 de julio de 2010 (H).

CAPÍTULO 13: LAS VÍRGENES SIRIAS

Entrevistas con Abraham (*Zabu*) Ben-Zeev, Emanuel Allon, Amnon Gonen y otros (anónimamente).

Sukenik, Gadi, «Nuestras fuerzas en el corazón de Damasco», *Yedioth Ahronoth*, 17 de octubre de 2005 (H).

CAPÍTULO 14: «¡HOY ESTAREMOS EN GUERRA!».

Bar-Joseph, Uri, *El Ángel, Ashraf Marwan, el Mossad y la guerra de Yom Kippur*, Kinneret-Zmora-Bitan-Dvir, Or Yehuda, 2010 (H).

Bregman, Aharon, *Israel's Wars 1947-1993*, Routledge, Londres, 2000.

—, *A History of Israel*, Palgrave Macmillan, Londres, 2002.

Shalev, Arie, *Derrota y éxito de la advertencia: antes de la guerra de Yom Kippur*, Maarachot, Publicaciones del Ministerio de Defensa, 2006 (H).

Bar-Joseph, Uri, *El vigilante que se durmió: la sorpresa de Yom Kippur*, Zmora-Bitan, Or Yehuda, 2001 (H).

Haber, Eitan, «¡Hoy entraremos en guerra!», *Yedioth Ahronoth*, Tel Aviv, 1987 (H).

Zeira, Eli, *Mito frente a realidad: la guerra de Yom Kippur*, *Yedioth Ahronoth*, Tel Aviv, 1993, nueva edición 2004 (H).

Landau, Eli, Tavor Eli, Carmel, Hezi, Haber, Eitan, Ben-Porat, Yeshayahu; Gefen, Jonathan y Dan, Uri, *El contratiempo*, edición especial, Tel-Aviv, 1973 (H).

«Meeting the Mossad. Ira Rosen Meets the Former Head of One of the World's Top Spy Agencies», *60 Minutes*, CBS, 12 de mayo de 2009.

Mahanaymi, Uzi, «Dead “Mossad Spy” Was Writing Exposé», *Sunday Times*, 1 de junio de 2007.

Blum, Howard, «Who Killed Ashraf Marwan», *New York Times*, 13 de julio de 2007.

«Was the Perfect Spy a Double Agent?», *60 Minutes*, CBS, 10 de mayo de 2009.

Melman, Yossi, «Thirty Years after the Yom Kippur War, Top Secret Is Exposed by Israeli Historian Aharon Bregman», 19 de agosto de 2003, www.freedomwriter.com/issue 28.

—, «Garganta profunda lo niega todo», *Haaretz*, 16 de enero de 2003 (H).

—, «Qué sabemos de la misteriosa muerte del doctor Ashraf Marwan, el agente que nos advirtió», *Haaretz*, 28 de mayo de 2010 (H).

—, «¿Quién es el responsable de la muerte del espía?», *Haaretz*, 28 de mayo de 2010 (H).

Carmon, Haggai, «One Dead Israeli Spy, Two Theories of Double Loyalty, Three Explanations of How He Died, Four Suspects: Too Many Unanswered Questions», *Huffington Post*, 14 de julio de 2010.

Rabinovich, Abraham, «Revealing the Source», *Jerusalem Post*, 7 de mayo de 2007.

Hosken, Andrew, «Billionaire Spy Death Remains a Mystery», *BBC Today*, 15 de julio de 2010 (sobre sus relaciones con los servicios secretos británico e italiano).

Syal, Rajeev, «Elite Detectives Called in to Probe Spy’s Fatal Fall», *New Zealand Herald*, 6 de octubre de 2008.

«Inquest: Egyptian Spy Suspect’s Death Unexplained», *New York Times*, Associated Press, 14 de julio de 2010.

Weiss, Efrat, «Investigación en el Shabak: ¿Reveló Eli Zeira Revelar secretos de Estado?», *ynet*, 17 de julio de 2008 (H).

Gorali, Moshe, «El canto del ruiseñor», *Maariv*, 13 de junio de 2007 (H).

Zeira, Eli, «Baja probabilidad: el nacimiento de una leyenda», *Yedioth Ahronoth*, 11 de diciembre de 2009 (H).

Ben Ishai, Ron, «Nos engañaron», *Yedioth Ahronoth*, 29 de septiembre de 1998 (H).

Rappaport, Amir, «Zamir: Zeira debería retractarse o publicar las grabaciones», *Yedioth Ahronoth*, 2 de octubre de 1998 (H).

Haber, Eitan, «“Con la mayor modestia llevaste a cabo operaciones difíciles y osadas”: el primer ministro a Zvi Zamir en su jubilación», *Yedioth Ahronoth*, 2 de septiembre de 1974 (H).

Bar, Yossi, «En Roma se formularán cargos contra el ex jefe del Mossad Zvi Zamir», *Yedioth Ahronoth*, 26 de febrero de 1989 (H).

—, «Ex jefe de inteligencia italiano: “No hay pruebas de que el Mossad volara el avión”», *Yedioth Ahronoth*, 15 de febrero de 1989 (H).

—, «Ex jefe del Mossad absuelto en Italia», *Yedioth Ahronoth*, 19 de diciembre de 1999 (H).

Nakdimon, Shlomo, «12 días antes de Yom Kippur, Golda recibió información personal: Egipto y Siria planean la guerra», *Yedioth Ahronoth*, 8 de octubre de 1989 (H).

Tal, Rami, «Transcripción de la conversación entre Eli Zeira y Zvi Zamir», *Yedioth Ahronoth*, 23 de octubre de 1998 (H).

Zeira, Eli, «El Aman se equivocó al evaluar las intenciones del enemigo, y yo soy responsable», *Yedioth Ahronoth*, 24 de octubre de 2003 (H).

Zamir, Zvi, «La alerta del Mossad sobre el inminente estallido de la guerra no llegó al jefe del organismo», *Yedioth Ahronoth*, 24 de noviembre de 1989 (H).

Abramov, Etty, «Éste no es el mismo Estado (Zvi Zamir)», *Yedioth Ahronoth*, 29 de marzo de 2007 (H).

Kreitman, Modi y Perry, Smadar, «Sospechas: el espía fue lanzado desde el balcón de su apartamento», *Yedioth Ahronoth*, 28 de junio de 2007 (H).

Ze'evi, Nadav, «Los traicionados», *Maariv*, 28 de diciembre de 2007 (H).

Tal, Rami, «Un doble agente egipcio en el Mossad (fragmentos del libro de Aharon Bregman)», *Yedioth Ahronoth*, 9 de mayo de 2000 (H).

Bregman, Aharon, «Cómo un familiar de Nasser decepcionó a Israel», *Yedioth Ahronoth*, 15 de septiembre de 2002 (H).

CAPÍTULO 15: UNA DULCE TRAMPA
PARA EL ESPÍA ATÓMICO

«A Vanunu le faltaba información “para prevenir un segundo Holocausto”», *Nana News*, 30 de abril de 2004 (H).

Melman, Yossi, «Sobre los protocolos del juicio de Vanunu», *Haaretz*, 25 de noviembre de 1999 (H).

—, «Vida y obras de Cindy, la agente del Mossad que tentó a Vanunu», *Haaretz*, 7 de abril de 1997 (H).

—, «De Australia a la tentación de Cindy: Cómo fue el secuestro de Vanunu», *Haaretz*, 21 de abril de 2004 (H).

«La historia de la captura de Vanunu se publica hoy en Israel», *Yedioth Ahronoth*, 24 de marzo de 1995 (H).

Yechezkeli, Zadok, «Los amigos hablan de Cindy», *Yedioth Ahronoth*, 8 de abril de 1997 (H).

Levitzky, Naomi, «Machanaymi: me golpeó tres veces con el teléfono», *Yedioth Ahronoth*, 27 de abril de 1997 (H).

Lahav, Yohanan, Bar, Yossi y Shaked, Roni, «El gobierno italiano seguirá investigando el secuestro de Vanunu», *Yedioth Ahronoth*, 11 de enero de 1987 (H).

—, «La chica que tentó a Vanunu es Cheryl Ben-Tov, de Nataniya», *Yedioth Ahronoth*, 21 de febrero de 1988 (H).

Yechezkeli, Zadok y Lior, Gad, «“Me secuestraron en Roma”, se escribió Vanunu en la palma de la mano», *Yedioth Ahronoth*, 23 de diciembre de 1986 (H).

Sharav, Ohad, «Vanunu no fue el primero en caer en la trampa... Las chicas tentadoras», *Yedioth Ahronoth*, 17 de noviembre de 1986 (H).

Tal-Shir, Anat y Yechezkeli, Zadok, «La chica que tentó a Vanunu vive 18 años bajo su sombra: Cindy tiene miedo», *Yedioth Ahronoth*, 20 de abril de 2004 (H).

«El *Sunday Times*: éstos son los secretos atómicos de Israel. Las bombas se construyen bajo un almacén abandonado, a 35 metros bajo el suelo», *Yedioth Ahronoth*, 6 de octubre de 1986 (H).

Ben-Ishai, Ron, «Ha vuelto a hacerlo», *Yedioth Ahronoth*, 25 de noviembre de 1999 (H).

Kreitman, Modi, «Así fotografié el reactor nuclear (segunda parte de la entrevista al *Sunday Times*)», *Yedioth Ahronoth*, 6 de junio de 2004 (H).

Lior, Gad, «Mordechai Vanunu: “En Israel no hay democracia”», *Yedioth Ahronoth*, 6 de junio de 2004 (H).

Goldberg, Michael, «“Y entonces entró el tipo rubio que me golpeó”. Vanunu testifica en el tribunal sobre su secuestro», *Yedioth Ahronoth*, 24 de noviembre de 1999 (H).

—, «Le dije a Vanunu: “Ten cuidado con Cindy”», *Yedioth Ahronoth*, 24 de noviembre de 1999 (H).

«Cindy, del asunto Vanunu, vende apartamentos en Florida», *Sunday Times*, citado en *Yedioth Ahronoth*, 20 de abril de 2004 (H).

Mula, Shosh y Awissat, Wata, «Cindy desaparecida», *Yedioth Ahronoth*, 1 de septiembre de 2006 (H).

Nakdimon, Shlomo y Zimuki, Tova, «Mordechai Vanunu: “Así me secuestraron”», *Yedioth Ahronoth*, 24 de enero de 1997 (H).

CAPÍTULO 16: EL SÚPER CAÑÓN DE SADDAM

Auge y caída de Gerald Bull

Kendall, Anthony, «Project Babylon: Gerald Bull's Downfall», www.DamnInteresting, 26 de febrero de 2007.

Toolis, Kevin, «The Man Behind Iraq's Supergun», *New York Times*, 26 de agosto de 1990.

Eger, Christopher, «The Paris Guns of World War One», *Military History @ Suite 101*, 23 de julio de 2006.

Glanz, James, «Shades of Supergun Evoke Hussein's Thirst for Arms», *New York Times*, 10 de septiembre de 2006.

«Murdered by the Mossad», Canadian Broadcasting Corporation, 2 de febrero de 1991.

Frum, Barbara, «Who Killed Gerald Bull», (vídeo), Canadian Broadcasting Corporation, <http://archives.cbc.ca>, 5 de abril de 1990.

La muerte de Wadia Haddad y Fathi Shaqaqi

«Poisoned Mossad Chocolate Killed PFLP Leader in 1977, Says Book», *Middle East Times*, 5 de mayo de 2006.

Marlowe, Lara, «Interview with a Fanatic», *Time*, 6 de febrero de 1995.

Thomas, Gordon, «Mossad's License to Kill», *Telegraph*, 17 de febrero de 2010.

Cockburn, Patrick, «Islamic Jihad Betrayed by Mossad's Spy», *Independent*, 21 de marzo de 1996.

Cordesman, Anthony H., *Escalating to Nowhere: The Israeli-Palestinian War — The Palestinian Factions That Challenge Peace and the Palestinian Authority*, Centro de Estudios Estratégicos e Internacionales, Washington, D.C., 3 de abril de 2005.

Cockburn, Patrick y Haeri, Safa, «Arafat's Murder Was Foiled by Malta Killing», *Independent*, 7 de diciembre de 1995.

Sharon, Tomer, «*Der Spiegel*: “Así fue el asesinato de Shaqaqi”», *Yedioth Ahronoth*, 5 de noviembre de 1995 (H).

Perry, Smadar, Shaked, Roni y Regev, David, «El Mossad liquida al jefe de la Yihad», *Yedioth Ahronoth*, 29 de octubre de 1995 (H).

Bar, Yossi y Perry, Smadar, «Cinco balas en la cabeza, a bocajarro y en una calle abarrotada», *Yedioth Ahronoth*, 29 de octubre de 1995 (H).

Fishman, Alex y Bar, Yossi, «A la caza del francés que trajo la moto», *Yedioth Ahronoth*, 31 de octubre de 1995 (H).

Tomer, Israel, «El jefe del Mossad supervisó la operación desde un barco cerca de Malta», *Yedioth Ahronoth*, 5 de noviembre de 1995 (H).

Melman, Yossi, «El asesinato de Malta: Las habilidades de los agentes frente a la negligencia de Shaqaqi. No se encontraron balas en el escenario del crimen. La moto se trajo especialmente a la isla», *Haaretz*, 30 de octubre de 1995 (H).

—, «A veces una organización pequeña no puede recuperarse», *Haaretz*, 30 de octubre de 1995 (H).

—, «Con una pistola, explosivos, veneno; sin hacer preguntas», *Haaretz*, 17 de marzo de 1998 (H).

Eldar, Akiva, «*Der Spiegel*: Rabin ordenó el asesinato de Shaqaqi», *Haaretz*, 5 de noviembre de 1995 (H).

Letz, Yitzhak, «Cinco disparos en Malta», *Globes*, 15 de abril de 2001 (H).

Bechor, Guy, «A pesar de la financiación iraní, la Yihad Islámica se ha desmoronado tras el asesinato de Shaqaqi», *Haaretz*, 14 de octubre de 1996.

CAPÍTULO 17: FIASCO EN AMMÁN

Yatom, Dany, *Secret Sharer: Del Sayeret Matkal al Mossad*, Yedioth Ahronoth, Tel Aviv, 2009 (H).

«De vuelta en el escenario del crimen», Yossi Melman, *Haaretz*, 26 de septiembre de 2007 (10º aniversario del desastre) (H).

Tal-Shir, Anat, «El asunto del Mossad (Mash'al): una revisión de los hechos»; Nahum Barnea, «Netanyahu enterrará la cabeza del Mossad lenta pero sofisticadamente»; Shimon Shiffer, «Última hora: Los jordanos amenazaron con entrar en la embajada en Ammán. Israel se vio obligado a entregar la fórmula secreta del arma química»; Smadar Perry, «Hussein pide al Mossad que liquide a todos los involucrados en el asunto, o a los agentes de inteligencia israelíes no se les permitirá la entrada en Jordania»; Ron Ben-Ishai, «Debido a los éxitos precedentes, el Mossad desarrolló la noción de que una operación semejante es infalible»; Ariela Ringel Hoffman y Guy Leshem, «A Dany Yatom le dejaron solo; ahora todo el mundo le da la espalda»; Alex Fishman, «La rivalidad entre las agencias de inteligencia se reduce a mínimos; oficial de seguridad: “Si no se detiene de inmediato pagaremos el precio”», *Yedioth Ahronoth*, edición especial, 10 de octubre de 1997 (H).

CAPÍTULO 18: DESDE COREA DEL NORTE CON AMOR

Seis de septiembre de 2007, ataque aéreo, Globalsecurity.org, 29 de octubre de 2007.

Gartenstein-Ross, Daveed y Goodman, Joshua D., «The Attack on Syria's Al-Kibar Nuclear Facility», primavera de 2009, <http://www.jewishpolicycenter.org>.

E. Sanger, David y Mazzetti, Mark, «Israel Struck Syrian Nuclear Project, Analysts Say», *New York Times*, 14 de octubre de 2007.

«Report: Iran Financed Syrian Nuke Plans—Tip from Defector Said to Lead to Israeli Strike on Suspected Reactor in '07», Associated Press, 19 de marzo de 2009.

Linzer, Daphna, «Former Iranian Defense Official Talks to Western Intelligence», *Washington Post*, 8 de marzo de 2007.

Mahanaymi, Uzi, Baxter, Sarah y Sheridan, Michael, «Israelis Blew Apart Syrian Cache», *Sunday Times*, 16 de septiembre de 2007.

—, «Snatched: Israeli Commandos Nuclear Raid», *Sunday Times*, 23 de septiembre de 2007.

Follath, Erich y Stark, Holger, «How Israel Destroyed Syria's Al-Kibar Nuclear Reactor», *Spiegel.de*, 11 de febrero de 2009.

Background Briefing with Senior U.S. Intelligence Officials on Syria's Covert Nuclear Reactor and North Korea's Involvement, Consejo de relaciones exteriores, www.cfr.org, 24 de abril de 2008.

Ross, Michael y Kay, Jonathan, «El Mossad planeaba hundir un carguero sirio con misiles coreanos: un capítulo del libro *El voluntario; la biografía de un agente del Mossad*», *Yedioth Ahronoth*, 12 de septiembre de 2007 (H).

Ben-Horin, Yitzhak, «Informe: Siria y Corea del Norte están construyendo una instalación nuclear», *Yedioth Ahronoth*, 13 de septiembre de 2007 (H).

Rappaport, Amir, «Así se desarrolló un proyecto nuclear iraní frente a nuestras narices», *Maariv*, 2 de noviembre de 2007 (H).

Ben-Horin, Yitzhak, «El reactor nuclear sirio recibió un ataque semanas antes de ser operativo», *Yedioth Ahronoth*, 24 de abril de 2008 (H).

Melman, Yossi, «Informe: Una unidad de comando aterrizó en Siria un mes antes de que se bombardeara el reactor nuclear», *Haaretz*, 19 de marzo de 2009 (H).

Valdman, Amit, «Informe: Un desertor iraquí desveló el reactor nuclear sirio, revela un periódico suizo», *News 2, Mako*, 19 de marzo de 2009 (H).

«Bush: revelaciones sobre el bombardeo del reactor nuclear en Siria: un mensaje para Teherán», *Haaretz*, 29 de abril de 2008 (H).

Ben-Ishai, Ron, «Exclusiva: el enviado de YNET en la localización de la operación en Siria», *ynet*, 26 de septiembre de 2007 (H).

Sela, Dr. Yochai, «El plan nuclear sirio», Tzava Ubitachon, *The Mideast Forum*, 15 de septiembre de 2007 (H).

Walla, «Corea del Norte colabora con los sirios en el ámbito nuclear», basado en el *Washington Post*, 13 de septiembre de 2007 (H).

«El Sayeret Matkal operó en Siria antes del ataque», *Yedioth Ahronoth*, 23 de septiembre de 2007 (H).

Halili, Yaniv, «Científicos de Corea del Norte podrían haber sido asesinados en Siria», *Yedioth Ahronoth*, 18 de septiembre de 2007 (H).

Shimron, Gad, «Así se bombardeó el “complejo agrícola”», *Maariv*, 16 de septiembre de 2007 (H).

Azulay, Yuval y Ravid, Barak, «Jefe del Aman: “Israel ha recuperado su capacidad de disuasión”», *Yedioth Ahronoth*, 17 de septiembre de 2007 (H).

Perry, Smadar y Azulay, Orly, «Corea del Norte por el bien de Assad», *Yedioth Ahronoth*, 23 de septiembre de 2007 (H).

«El Sayeret Matkal recogió muestras nucleares en Siria», *Yedioth Ahronoth*, 23 de septiembre de 2007 (H).

Azulay, Orly, «Israel tenía una gente en el reactor nuclear sirio», *Yedioth Ahronoth*, 21 de octubre de 2007 (H).

Melman, Yossi, «¿Quién ayuda a Damasco a mejorar su decaído programa nuclear?», *Haaretz*, 16 de septiembre de 2007 (H).

—, «Israel hizo entrar en razón a Estados Unidos», *Haaretz*, 27 de abril de 2008 (H).

—, «Informe: en la instalación nuclear que Israel bombardeó había uranio enriquecido», *Haaretz*, 11 de noviembre de 2008 (H).

—, «Irán financió el edificio del reactor nuclear bombardeado en Siria», *Haaretz*, 20 de marzo de 2009 (H).

—, «Informe: Una unidad de comando aterrizó en Siria un mes antes del bombardeo del reactor», *Haaretz*, 19 de marzo de 2009 (H).

—, «Informe: Israel tenía un topo en el reactor sirio», *ynet*, 20 de octubre de 2007 (H).

Informe: La instalación que fue bombardeada en Siria era el lugar donde se construía un reactor nuclear. *The New York Times*: El reactor no se encontraba en una fase avanzada y se construía según un diseño norcoreano, 14 de octubre de 2007.

«Israel Sent an Agent to the Syrian Reactor, or Recruited One of Its Workers», *ABC*, 21 de octubre de 2007.

Broad, William y Mazzetti, Mark, «Las imágenes de satélite muestran que las instalaciones sirias bombardeadas se contruyeron hace seis años», *New York Times* citado en *Haaretz*, 28 de octubre de 2007 (H).

«El oficial iraní que desertó a Estados Unidos ocasionó el ataque al reactor sirio», *News 10*, news.nana10.co.il, 19 de marzo de 2009 (H).

Mendel, Yoni, «Informe: El general iraní emigró a Estados Unidos», *Walla*, <http://news.walla.co.il>, 6 de febrero de 2007 (H).

Merkazi, Inyan, «El Sayeret Matkal aportó muestras de tierra y Bush autorizó el bombardeo en el norte de Siria», *News-israel.net*, 10 de mayo de 2010 (H).

Stern, Yoav, «Irán a Assad: Os prestaremos toda la ayuda necesaria», *Haaretz*, 7 de septiembre de 2007 (H).

Bechor, Guy, «El incidente de los aviones avergüenza a Damasco», *Gplanet.co.il*, 15 de septiembre de 2007 (H).

Zisser, Eyal, «Entre líneas», news.nana10.co.il, 15 de noviembre de 2010 (H).

«Bush: “Olmert me pidió que bombardeara el reactor sirio”», *NRG News*, 6 de noviembre de 2010 (H).

Brandstein, Eli, «Así se desarrolló el ataque al reactor», *Maariv*, noviembre 8, 2010 (H).

Caspi, Ben, «Quién teme a Siria», *Maariv NRG*, 7 de noviembre de 2010 (H).

Bush, George W., *Decision Points*, Crown, Nueva York, 2010.

La muerte del general Suleiman

Blandford, Nicholas y Hider, James, «Syrian General's Killing Severs Hezbollah Links», *TimesOnline.com*, 6 de agosto de 2008.

«General Muhammad Suleiman Buried in Syria», cafe-yria.com/syrianews/2706.aspx, 10 de agosto de 2008.

Lutfi, Manal y Majli, Nazer, «Mystery Shrouds Assassination of Syria's Top Security Adviser», *Asharq El-Awsat*, 5 de agosto de 2008.

Mahanaymi, Uzi, «Slain Syrian Aide Supplied Missiles to Hezbollah», *Sunday Times*, 10 de agosto de 2008.

—, «Meir Dagan: The Mastermind Behind Mossad's Secret War», *Sunday Times*, 21 de febrero de 2010.

Blanford, Nicholas, «The Mystery Behind a Syrian Murder», *Time*, 7 de agosto de 2008.

Wanger, Lilit, «There Was Total Silence», *Yedioth Ahronoth*, 7 de junio de 2010 (H).

Yehoshua, Yossi, «Elogio del largo brazo», *Yedioth Ahronoth*, 22 de junio de 2010 (H). (*Sunday Times*: «The Naval Commando Liquidated Muhammad Suleiman Two Years Ago»).

Huggi, Jacky, «El fin del asesor secreto del presidente sirio», *Maariv*, 4 de agosto de 2008 (H).

Rabin, Barak y Stern, Yoav, «El miembro de Hezbolá liquidado era conocido en Israel como “el Mughniyeh sirio”», *Haaretz*, 4 de agosto de 2008 (H).

«Muere el constructor y oficial de seguridad norcoreano del reactor sirio», web de Debka, 9 de agosto de 2008 (H).

Harkov, Lahav, «Wikileaks: Siria cree que Israel asesinó al principal consejero de Assad», *Jerusalem Post*, 24 de diciembre de 2010.

Oren, Amir, «Ex director de la CIA: El secretismo alrededor del ataque del reactor sirio es injustificado», *Haaretz*, 9 de julio de 2010 (H).

CAPÍTULO 19: AMOR Y MUERTE AL ATARDECER

Black, Ian, «Profile: Imad Mughniyeh», *Guardian*, 13 de febrero de 2008.

«US Official: World “Better Place” with Death of Hezbollah Figure», Associated Press, 13 de febrero de 2008.

Thomas, Gordon, «Mossad Most Wanted: A Deadly Vengeance (Imad Mughniyeh)», *Independent*, 23 de febrero de 2010.

Oren, Amir, «Comentario: Un mensaje claro a Nasrallah y Hezbolá», *Haaretz*, 13 de febrero de 2010 (H).

Informe de Hezbolá sobre la liquidación de Mughniyeh, archivo Debka, 28 de febrero de 2008 (H).

«Desde Argentina hasta Arabia Saudita, todo el mundo buscaba a Mughniyeh», *Yedioth Ahronoth*, 13 de febrero de 2008 (H).

Stern, Yoav y Melman, Yossi, «Siria: la liquidación de Mughniyeh es un acto terrorista», *Haaretz*, 13-2-2008 (H).

Melman, Yossi, «Los ataques terroristas que colocaron a Mughniyeh en el mapa», *Haaretz*, 13 de febrero de 2008 (H).

—, «Comentario: en la lista de los más buscados se encontraba antes que Nasrallah», *Haaretz*, 13 de febrero de 2008 (H).

Nachmias, Roy, «Las represalias por el asesinato de Mughniyeh son cuestión de tiempo», *Yedioth Ahronoth*, 30 de junio de 2008 (H).

Cohen, Dudi y Nachmias, Roy, «Irán: “El asesinato de Mughniyeh es un ejemplo del terror israelí”», *Yedioth Ahronoth*, 13 de febrero de 2008 (H).

CAPÍTULO 20: LAS CÁMARAS IBAN GRABANDO

Tomlinson, Hugh, «Assassins Had Mahmoud al-Mabhouh in Sight as Soon as He Got to Dubai», *Times* (Reino Unido), 17 de febrero de 2010.

«Mahmoud al-Mabhouh Was Sedated Before Being Suffocated, Dubai Police Say», *Times* (Reino Unido), 1 de marzo de 2010

«Report from the *Sunday Times*: PM Authorized Mabhouh Killing», YNET, 21 de febrero de 2010.

Worth, Robert F., «Inquiry Grows in Dubai Assassinations», *New York Times*, 24 de febrero de 2010.

Ravid, Barak y Herman, Dana, «El primer ministro británico ordenó una investigación sobre los pasaportes falsificados; el embajador israelí fue convocado para dar explicaciones», *Haaretz*, 18 de febrero de 2010 (H).

Haber, Eitan, «La prueba del resultado: No es un fracaso; gran logro», *Yedioth Ahronoth*, 18 de febrero de 2010 (H).

Perry, Smadar, «El equipo de ataque visitó Dubái tres veces», *Yedioth Ahronoth*, 19 de febrero de 2010 (H).

Melman, Yossi, «Última liquidación de estas características; no habrá muchas más», *Haaretz*, 19 de febrero de 2010 (H).

«Netanyahu al equipo de ataque: “La gente de Israel confía en vosotros, buena suerte”», *Yedioth Ahronoth*, 21 de febrero de 2010 (H).

Barkan, Noam y Tubias, Benjamin, «Gail paga la cuenta (del hotel)», *Yedioth Ahronoth*, 22 de febrero de 2010 (H).

«Dubái reveló la identidad de 15 agentes más; diez de ellos tienen el nombre de ciudadanos israelíes», *Haaretz*, 25 de febrero de 2010 (H).

Kreitman, Modi, Zinger, Zvi y Glickman, Eitan, «La liquidación de Dubái: 8 israelíes que portaban pasaportes falsificados serán llamados a declarar por los investigadores británicos», *Yedioth Ahronoth*, 28 de febrero de 2010 (H).

Herman, Dana y Ravid, Barak, «El embajador de Israel en Australia convocado para dar explicaciones», *Haaretz*, 25 de febrero de 2010 (H).

Eichner, Itamar, «Londres no espera al Mossad», *Yedioth Ahronoth*, 4 de mayo de 2010 (H).

«Informe de inteligencia australiano: el Mossad es responsable de la falsificación», *Yedioth Ahronoth*, 25 de mayo de 2010 (H).

Kreitman, Modi y Eichner, Itamar, «Pasaportes falsificados: un diplomático israelí expulsado de Irlanda», *Yedioth Ahronoth*, 16 de junio de 2010 (H).

Issacharov, Avi y Herman, Dana, «Los asesinos del alto oficial de Hamás están incluidos en la lista de buscados de la Interpol», *Haaretz*, 19 de febrero de 2010 (H).

Perry, Smadar y Shaked, Roni, «No resistió la tentación: Se sospecha que una mujer extranjera fue quien le abrió la puerta», *Yedioth Ahronoth*, 1 de febrero de 2010 (H).

Perry, Smadar, «Dubái presenta a los sicarios. Así fue asesinado: una agente femenina en la puerta», *Yedioth Ahronoth*, 16 de febrero de 2010 (H).

—, «“Gracias a Dios que tomé precauciones”, Mabhuh en una entrevista a Al Yazi», *Yedioth Ahronoth*, 12 de febrero de 2010 (H).

—, «Un retrato dubaití de Dhahi Khalfan», *Yedioth Ahronoth*, 5 de marzo de 2010 (H).

—, «El hombre asesinado: “Un alto oficial de Hamás”», servicios de teletipo, *Yedioth Ahronoth*, 7 de abril de 2011 (H).

—, «Israel ataca en Sudán», *Yedioth Ahronoth*, 7 de abril de 2011 (H).

Aderet, Ofer y Melman, Yossi, «Informe: Alemania expide una orden para arrestar al sospechoso de ayudar en el ataque de Dubái», *Haaretz*, 16 de enero de 2011 (H).

Beck, Eldad, «El “agente del Mossad” multado con 60.000 euros en Alemania es Uri Brodsky, acusado de estar implicado en la liquidación de Mabhuh», *Yedioth Ahronoth*, 16 de enero de 2011 (H).

McGlothlen, John, «La policía de Dubái alega que el grupo de asesinos del comandante de Hamás utilizó tarjetas de crédito del Iowa Bank», *News Hawk, Statewide News*, 24 de febrero de 2010.

McGregor-Wood, Simon, Walter Vic y Setrakian, Lara, «La policía de Dubái encuentra nuevos sospechosos del grupo de asesinos», *ABC News Dubai*, 10 de febrero de 2010.

Payonneer.com, Elance case study www.payoneer.com/CS.Elance.aspx.

Yehoshua, Yossi, «Israel ataca en Sudán», *Yedioth Ahronoth*, 6 de abril de 2011 (H).

«Sudán elevará una queja contra Israel en la ONU por el golpe aéreo», *Aljazeera.net*, 7 de abril de 2011.

«Israel atacó en Sudán para prevenir el contrabando de armas a Gaza», *Nile_tv_international.net*, 20 de abril de 2011.

CAPÍTULO 21: DESDE LA TIERRA DE LA REINA DE SABA

De las numerosas fuentes consultadas para este capítulo, la más útil ha sido el libro de Gad Shimron: *Traedme a los judíos etíopes: Cómo el Mossad trajo a los judíos de Etiopía a Israel*, *Maariv* (Hed Arzi), Or Yehuda, 1988 (H).

The History of the Ethiopian Jews, Biblioteca virtual judía, jewishvirtuallibrary.org.

Myre, Greg, «Israel to Speed Immigration for Jews in Ethiopia», *New York Times*, 1 de febrero de 2005.

Heilman, Uriel, «Distant Relations», *Jerusalem Post*, 8 de abril de 2005.

Falasha: Exile of the Black Jews of Ethiopia, un documental de Simcha Jacobovici, 1983.

La emigración de los judíos etíopes, Operación Moisés 1984 y Operación Salomón 1991, www.jafi.org.il/JewishAgency/Hebrew (H).

Sanbato, Ainao Freda, «Operación Moisés», *Haaretz*, 11 de marzo de 2006 (H).

Shalit, David, «Entonces dije en hebreo: “¿Qué estás haciendo aquí?”», *Haaretz*, 17 de mayo de 1996 (la historia de Harry Gold) (H).

Perfit, Tudor, «El éxodo desde Etiopía», *Yedioth Ahronoth*, 25 de octubre de 1985 (H).

«La Flotilla 13 en la costa sudanesa», *Yedioth Ahronoth*, 15 de marzo de 1994 (H).

Kizel, Arie, «La Flotilla 13 aterrizó en Sudán», *Yedioth Ahronoth*, 18 de marzo de 1994 (H).

Geinosar, Shahar, «Última parada: Sudán», *Yedioth Ahronoth*, 27 de junio de 2003 (H).

Mosko, Yigal, «Antes, trae algunas muestras», *Yedioth Ahronoth*, 12 de octubre de 2001 (H).

Adino Ababa, Dani y Zimbabwe (Mengistu Haile Mariam), «La amante israelí», *Yedioth Ahronoth*, 23 de septiembre de 2005 (H).

Shir, Smadar, «La caravana del desierto», *Yedioth Ahronoth*, 17 de julio de 2009 (H).

Regev, David, «En las llanuras de Etiopía», *Yedioth Ahronoth*, 19 de marzo de 2010 (la historia de David Ben-Uziel) (H).

«Hamasa L'Eretz Israel —El viaje a la tierra de Israel», letra de Haim Idissis, música de Shlomo Gronich.

Dvori, Nir, «25 aniversario de la operación Moisés: Entrevistas con Emanuel Allon, Gadi Kroll, David Ben-Uziel y Yonathan Shefa», *The News, Channel 2*, 15 de junio de 2010 (H).

Duvdevani, Harel y Eran, «Operación Salomón —El regreso de los judíos etíopes», *sky-high.co.il* (H).

FUENTES GENERALES

Libros en hebreo

Edelist, Ran, *El hombre que montaba un tigre*, Zmora-Bitan, 1995.

Bar-Zohar, Michael (ed.), *Cien hombres y mujeres de gran valía*, Publicaciones del Ministerio de Defensa, 2007.

Golan, Aviezer y Danny Pinkas, *Nombre en clave: La Perla*, Zmora-Bitan-Modan, 1980.

Golan, Aviezer, *Operación Susanna*, Yedioth Ahronoth, 1990.

Thomas, Gordon, *Los espías de Gideon: La historia secreta del Mossad*, Or-Am, 2008.

Gilon, Carmi, *Shin-Beth entre los cismas*, Miskal Yedioth Ahronoth, Tel Aviv, 2000.

Melman, Yossi y Eitan Haber, *Los espías: Las guerras de contraespionaje israelíes*, Miskal Yedioth Ahronoth, Tel Aviv, 2002.

Halevi, Ephraim, *Un hombre en las sombras*, Matar, 2006.

Westerby, Gerald, *Un agente del Mossad en territorio hostil*, Matar, 1988.

Melman, Yossi, (ed.), *Informe de la CIA sobre los servicios de inteligencia israelíes*, Zmora-Bitan, Tel Aviv, 1982.

Amidror, Yaacov, *Inteligencia. De la teoría a la práctica*, Publicaciones del Ministerio de Defensa, 2006.

Fine, Ronald, *El Mossad*, Or-Am, 1991.

Kimche, David, *La última opción*, Yedioth Ahronoth, Miskal, 1991.

Sagi, Uri, y Rami Tal (eds.), *Luces en la niebla*, Yedioth Ahronoth, 1998.

Shimron, Gad, *El Mossad y el mito*, Keter, Jerusalén, 2002.

Libros en inglés

Posner, Steve, *Israel Undercover: Secret Warfare and Hidden Diplomacy in the Middle East*, Syracuse University Press, Syracuse, Nueva York, 1987.

Raviv, Dan y Yossi Melman, *Every Spy a Prince: The Complete History of the Israeli Intelligence Community*, Houghton Mifflin, Boston, 1990.

Landau, Eli, Dan, Uri y Dennis Eisenberg, *The Mossad*, Paddington Press, Nueva York, 1978.

Bar-Zohar, Michael, *Spies in the Promised Land*, Houghton Mifflin, Boston, 1972.

Libros en francés

Dan, Uri, *Mossad: 50 Ans de guerre secrete*, Presses de la Cité, París, 1995.

Bar-Zohar, Michael, *Les Vengeurs*, Fayard, París, 1968.

Entrevistas

Isser Harel, Yaa'cov Caroz, Izzi Dorot, Yitzhak Shamir, Amos Manor, Meir Amit, Anton Kunzle, Menachem Barabash, Victor Grayevski, Isaac Rabin, Ezer Weizman, Haim Israeli, doctor Pinhas (*Siko*) Zusman, Uri Lubrani, Wernher von Braun, Rafi Eitan, Raphi Medan, Yitzhak Sarid, Eli Landau, Hanoch Saar, Abraham (*Zabu*) Ben-Zeev, Emanuel Allon, Amnon Gonen, familia de Elie Cohen, familia de Alexander Israel, Ze'ev Avni y otros muchos que han preferido permanecer en el anonimato.



1. La instalación nuclear de Natanz. Encontrada gracias a la vigilancia de un oficial de inteligencia del Mossad
(Google Earth).



2. Ali Mohammadi. Explosivos en una motocicleta
(*Wikipedia*).



3. Meir Dagan. Sus soldados le llamaban «Rey de las sombras»
(*Dan Balilti*).



4. Dagan: «Ese viejo es mi abuelo»
(cortesía de Yad Vashem).



5. Isser Harel. Ben-Gurión le dijo: «Traiga a Eichmann vivo o muerto»
(Amit Shabi).



6. Adolf Eichman en su juicio en Jerusalén
(Oficina de Prensa del gobierno israelí).



7. Madeleine Ferraille, también conocida como Ruth Ben-David. Mata Hari del mundo judío
ultraortodoxo
(Archivo de Yedioth Ahronoth).



8. Yossele Schuchmacher con sus padres después de que le encontraran y le devolvieran a Israel. A la derecha, Yechezkel Adiram, el periodista.



9. Al Qahir. «El Conquistador», el misil que construyeron los científicos alemanes en Egipto (Archivo de Yedioth Ahronoth).



10. Profesor Eugen Sanger con Otto Joklik.



11. El dictador italiano Benito Mussolini y su rescatador, Otto Skorzeny.



12. Elie Cohen y su familia en un raro momento de felicidad.



13. Elie Cohen en su juicio en Damasco.



14. «Kamal Amin Tabet» en compañía de oficiales sirios en los Altos del Golán
(*Archivo de Yedioth Ahronoth*).



15. Arriba: primera plana de Yediot Ahronot del 7 de marzo de 1965 anunciando la muerte de Cukurs. Abajo: la caja donde fue encontrado el cuerpo de Cukurs en Montevideo.



16. Anton Kunzle fotografiado por Herbert Cukurs. «Si me matan, mi asesino está en esas fotos».



17. MiG 21. Ezer Weizman quería uno
(Zvika Tishler).



18. Jefes del Mossad (*ramsads*): Meir Amit y Efraim Halevi
(*Michael Kremer*).



19. Golda Meir: «Mandad a los chicos»
(*David Rubinger*).



20. El Príncipe Rojo y la mujer más bella del mundo.



21. El funeral del Príncipe Rojo. Yassir Arafat y el hijo de Ali Hassan Salameh.



22. Zvi Zamir: «¡Hoy estaremos en guerra!»
(Oficina de prensa del gobierno israelí).



23. Ashraf Marwan, nuestro hombre en la oficina del presidente egipcio
(*Wikipedia*).



24. Yitzhak (Hakka) Hofi. Fuerzas de Hakka en Sudán
(David Rubinger).



25. Gerald Bull. El hombre que vendió su alma al diablo
(Wikipedia).



26. Nahum Admoni. Siguiendo las huellas de Vanunu
(Archivo de Yedioth Ahronoth).



27. El eterno Rafi Eitan, recibiendo el certificado de honor por la captura de Eichmann
(Oficina de prensa del gobierno israelí).



28. «John Crossman» (Mordechai Vanunu) abandonando la cárcel
(Oficina de prensa del gobierno israelí).



29. Jefes del Mossad: Dany Yatom y Shabtai Shavit
(*Meir Partush*).



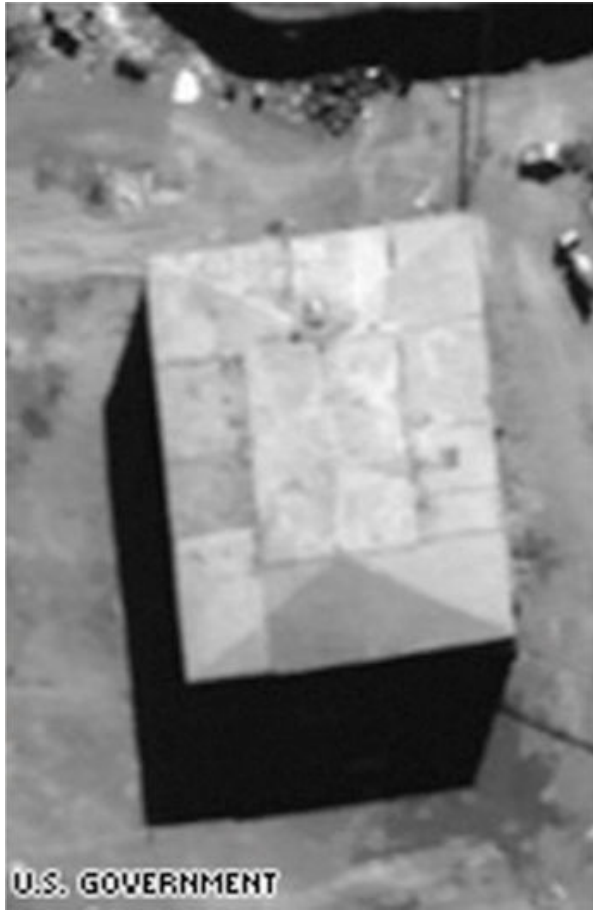
30. Una dulce trampa llamada Cindy
(*Archivo de Yedioth Ahronoth*).



31. Imad Mughniyeh, número 1 en la lista de los más buscados del FBI
(Hezbollah).



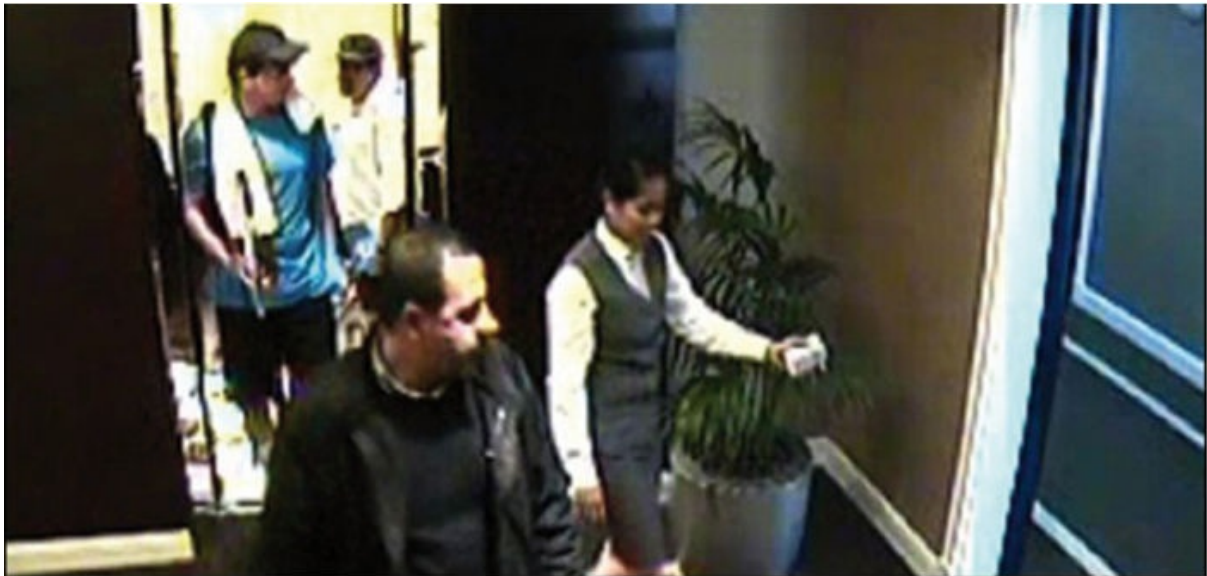
32. Khaled Mash'al. El error que salvó su vida
(Oficina de prensa del gobierno de Israel).



33. El reactor nuclear sirio, antes y después de la visita de las Fuerzas Aéreas israelíes
(*Gobierno de Estados Unidos*).



34. Mahmoud-Al-Mabhouh.
Las cámaras grababan
(Wikipedia).



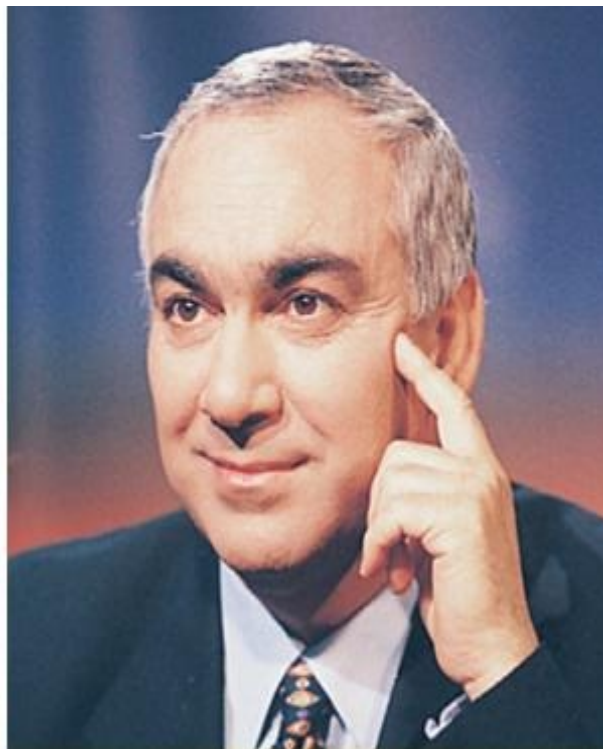
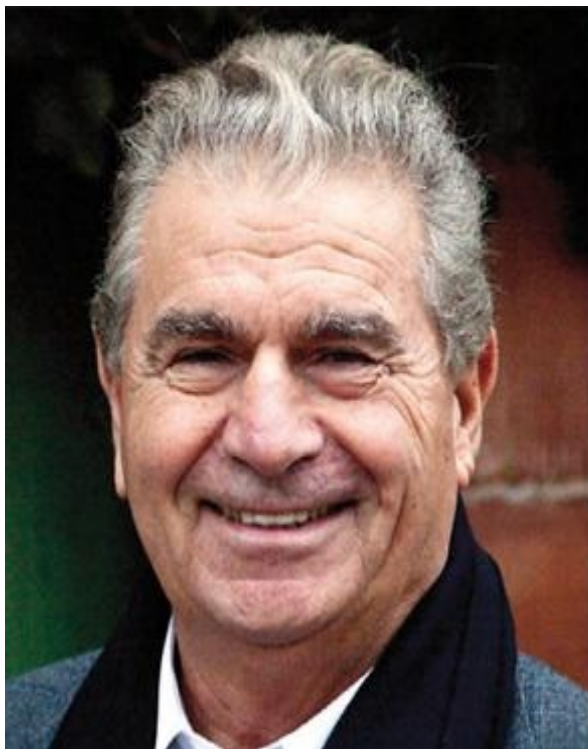
35. Agentes del Mossad en acción
(cortesía de la policía de Dubái).



36. «El sueño se cumplirá; pronto llegaremos a la tierra de Israel»
(Elad Gershgoren).



37. Tamir Pardo, ramsad (*Tomeriko*).



MICHAEL BAR-ZOHAR es escritor y conferenciante. Autor de diversas novelas y libros de ensayo, es uno de los mayores expertos israelíes en espionaje y el biógrafo oficial de David Ben-Gurion y Shimon Peres. Fue asesor de Moshe Dayan y profesor en la Universidad de Haifa en Israel y en la de Emory en Atlanta, Estados Unidos. Sus libros se han traducido a dieciocho lenguas.

NISSIM MISHAL es una de las grandes figuras de la televisión israelí. Doctor en Ciencias Políticas, ha trabajado durante años en la televisión pública de Israel de la que ha sido corresponsal en Washington y director general. Sus libros sobre la historia de Israel han sido traducidos al inglés, francés, ruso y español. Es coautor con Shlomo Ben-Ami de un libro sobre los dos mil años de judaísmo.